

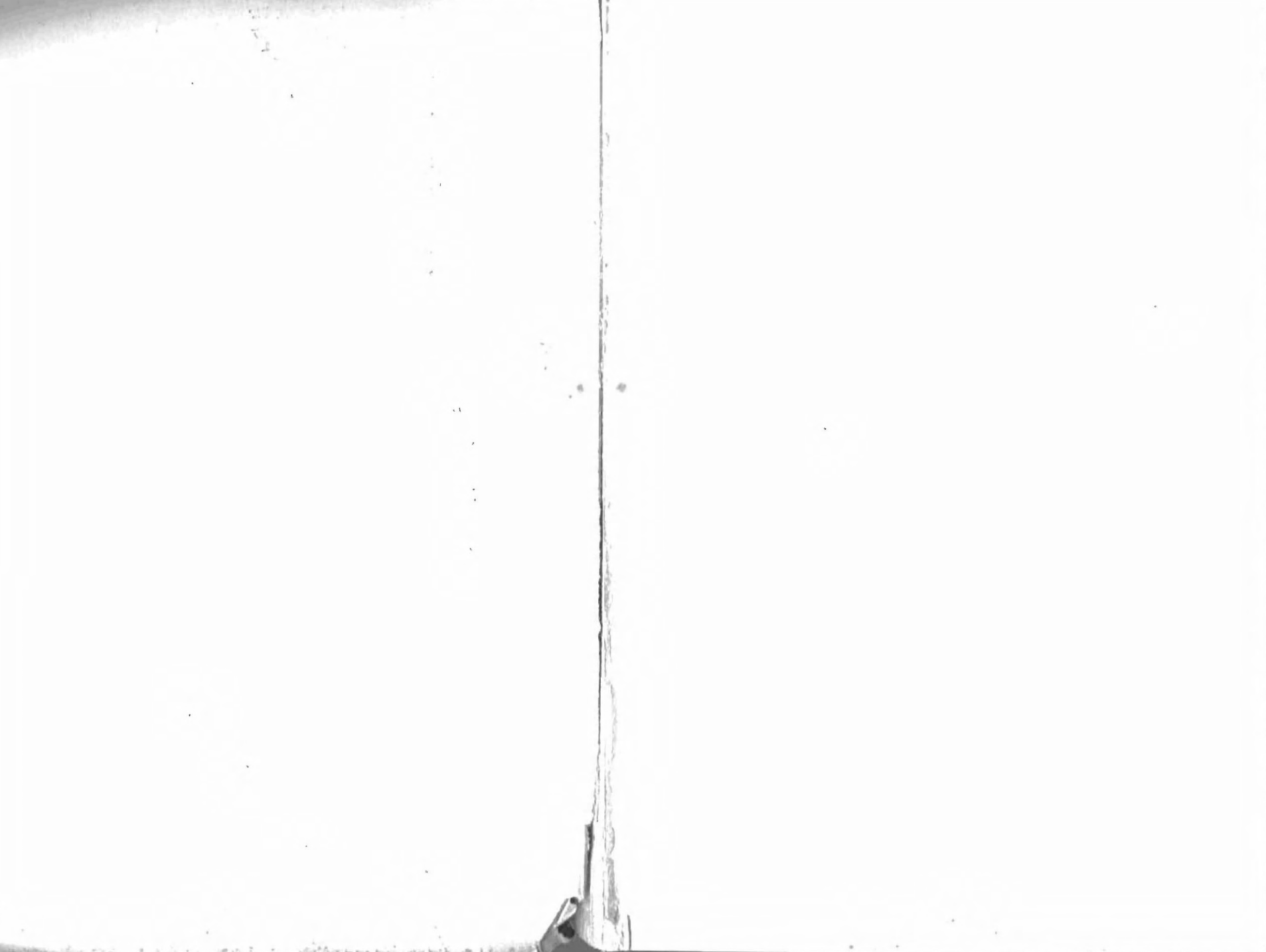
UNIVERSIDAD DE LA REPUBLICA - MONTEVIDEO - URUGUAY - DEPARTAMENTO DE PUBLICACIONES

ras nacionales Letr
ras nacionales Letr
as nacionales Letr
as nacionales Letr
as nacionales I
nacionales
nacionales
nacionales
nacionales
nacionale
nacional
naciona
naciona
naciona
naciona
naciona
naciona
naciona
naciona
naciona
naciona
s nacionale
as nacionales
as nacionales
as nacionales
as nacionales
as nacionales
as nacionales
as nacionales
as nacionales
as nacionales
ras nacionales
ras nacionales
ras nacionales
ras nacionales
ras nacionales
as nacionales
s nacionales
nacionales
nacionales
nacionales
nacionales I
nacionales Letr
nacionales Letr

Arturo Sergio Visca

ANTOLOGIA DEL CUENTO

URUGUAYO CONTEMPORANEO



Universidad de
la República

LETRAS
NACIONALES

3

DEDICO este libro a la memoria de mi padre, Arturo Pablo Visca, de mi hermano, Carlos Eduardo, y de un amigo, Líber Falco. Tres vidas ejemplares. Hoy, para mí, tres indelebles sombras entrañables.

A. S. V.

3500

114

.6

v

Arturo Sergio Visca

ANTOLOGIA

DEL CUENTO

URUGUAYO
CONTEMPORANEO

Indice

I — MONTIEL BALLESTEROS (1888)	8
Los sin patria	13
El chasque	25
II — PEDRO LEANDRO IPUCHE (1890)	32
El Paraguaycito	37
III — JOSE MONEGAL (1892)	48
Un monteador	53
El negro Ulpiano Maca y los Reyes	58
El sargento Cáceres	63
IV — JUAN MARIO MAGALLANES (1893-1950)	70
Gaucho	76
V — JUAN JOSE MOROSOLI (1899-1957)	84
Montaraz	90
Siete Pelos	95
Hernández	101
Dos Viejos	107
VI — ENRIQUE AMORIN (1900-1960)	116
Gaucho pobre	123
La doradilla	127
VII — FRANCISCO ESPINOLA (1901)	134
Todavía, no	141
Rodríguez	161
VIII — SANTIAGO DOSSETTI (1902)	166
El cuidador	172
Domingo en la estancia	179
Sobeo	187
IX — FILISBERTO HERNANDEZ (1902)	196
El cocodrilo	202
X — VICTOR DOTTI (1907-1955)	218
El chimango	224
XI — SERAFIN J. GARCIA (1908)	232
El recuerdo indeleble	237

XII — JUAN CARLOS ONETTI (1909)	242
El infierno tan temido	249
XIII — DIONISIO TRILLO PAYS (1909)	266
Agua estancada	272
Nuevo cauce	279
XIV — GISELDA ZANI (1909)	290
La casa de la calle del Socorro	296
XV — ELISEO SALVADOR PORTA (1912)	312
El padre	318
En el puesto del fondo	322
XVI — ALFREDO GRAVINA (1913)	330
La danza macabra	335
XVII — CARLOS MARTINEZ MORENO (1917)	346
El salto del tigre	352
XVIII — MARIO ARREGUI (1917)	370
Diego Alonso	375
XIX — LUIS CASTELLI (1919)	388
Mundo verde y rojo	395
La isla del puerto	410
XX — MARIO BENEDETTI (1920)	422
Tan amigos	429
Retrato de Elisa	434
Los pocillos	442
XXI — JULIO C. DA ROSA (1920)	450
Hombre flauta	456
La vieja Isabel	466
XXII — ANGEL RAMA (1926)	474
Nacimiento	480
XXIII — MARINES SILVA DE MAGGI (1929).....	486
Mi hermano Daniel	492

Advertencia

La presente antología ofrece, como desde su título lo indica, un panorama limitado de la narrativa uruguaya. Limitado en más de un sentido, porque no sólo se restringe a un género, el cuento, y a un conjunto de creadores, los que iniciaron su labor literaria entre 1915 y 1945, sino también porque dentro de ese género y de ese período hay algunos escritores cuyo valor literario validaría su inclusión en este libro y han quedado, no obstante, fuera de él. Sirva de justificación a tales limitaciones la imposibilidad de hacer crecer más este volumen, ya, tal como sale, no escaso en páginas. Hemos procurado, en cambio, representar, a través de los narradores elegidos, las tendencias más diversas, los más dispares modos de enfrentamiento al quehacer narrativo, los más distintos enfoques de nuestra realidad. Confiamos, por eso, que esta antología logre, a pesar de las limitaciones apuntadas, dar una imagen suficientemente completa de lo que la narrativa uruguaya es en esencia. Nos resta la esperanza de poder completar esa imagen, en un futuro todavía incierto,

con otros dos volúmenes: uno, que incluiría a los narradores que nacieron a la vida literaria antes de 1915, y otro con los que iniciaron su labor con posterioridad a 1945. Con ambos quedaría completado el cuadro del cuento uruguayo a través de su evolución histórica.

Otra advertencia nos parece necesaria. Dentro del plan de este libro, estaba comprendido un extenso ensayo, que serviría de prólogo, y en el cual se enfrentaría el estudio de la narrativa uruguaya en su totalidad, abarcando, junto con la descripción e interpretación de su proceso evolutivo, un grupo de problemas conexos: estudio de influencias, temas, personajes, estilos, relaciones entre el cuadro imaginativo dado por los narradores y la realidad fuente de su creación, etc. Dicho prólogo ha quedado, en definitiva, fuera de este volumen. La extensión casi abusiva del mismo obra aquí también como causal. Esperamos que si algún día completamos esta antología con las dos antes mencionadas, tal ensayo podrá servir de prólogo al primero de aquellos dos volúmenes o de epílogo, como estudio final, del segundo.

Haremos una advertencia más. Es mínima pero quizás conveniente. La ordenación de los cuentistas, como podrá comprobar el lector, se ajusta al orden cronológico y tiene como índice la fecha de nacimiento de los autores. Esas fechas han sido tomadas de diferentes fuentes. Quizá alguna no sea exacta. Autores hay —lo sabemos— que se molestan por año más o menos que se les atribuya. Admitimos desde ya las correcciones que se nos quiera hacer al respecto. Y con esto damos por concluidas las advertencias. Sólo nos resta agregar que deseáramos que esta antología contribuyera a la difusión en el mayor número de lectores de la labor de los narradores uruguayos. Tal fue nuestra meta al componerla. Una lectura atenta de la literatura uruguaya permite afirmarse en la convicción de que hay en ella auténticos valores. ¿Cómo no desear que se conozcan, que actúen sobre la conciencia nacional?

A. S. V.

I

Montiel Ballesteros (1888)

Es fácil recordar con simpatía la tan característica figura de don Adolfo Montiel Ballesteros. Y lo que especialmente se recuerda, casi como si fuera la esencia de su persona, es la contradictoria conjunción de su breve perita de aspecto mefistofélico y su mirada, buida, donde luce una chispa de ironía, pero con mucho más de escondida ternura y de vieja nobleza evidente. Nacido en Salto, como Horacio Quiroga y Enrique Amorim, el acendrado amor a la tierra natal no lo ha abandonado nunca y toda su vasta producción tiene siempre un secreto aroma que de ella viene. Con tres libros de versos: **Primaveras** (1912), **Emoción** (1915) y **Savia** (1917), inició Montiel Ballesteros su vida literaria. En ellos ensayó el autor esos primeros pasos líricos, casi nunca importantes, que luego, en muchos casos, se abandonan para tomar nuevos derroteros. Tal, hasta cierto punto, el caso de Montiel. Desde que se estrena como narrador con **Cuentos uruguayos** (1920) hasta su muy reciente novela para niños **Don Quijote Grillo** (1961) ha realizado una vasta labor de prosista (aunque unos criollos **Versos Baguales**, 1959, escritos a los setenta años, nos dicen que hay amores a los que se retorna). Entre aquellos iniciales **Cuentos uruguayos** hasta éste hasta hoy último **Don Quijote Grillo** se escalonan varios volúmenes de cuentos, otros de fábulas y apólogos, algunas novelas, unas cuantas obras de teatro y, por último, una docena de libros para niños. Buena cosecha, sin duda, obtenida en medio siglo de infatigable trabajar.

Verso, fábula, apólogo, cuento, novela, teatro, literatura para niños. Esto es: polifacetismo de géneros literarios. Con este primer rasgo del autor se corresponde un segundo, evidente cuando atendemos a los "contenidos" de sus obras: el polifacetismo de temas y de inspiración. En la obra de Montiel se pasa del tema campesino al urbano y del urbano al fantástico con la misma agilidad con que se pasa del tono humorístico al dramático. Este polifacetismo de temas es ya visible en su libro narrativo inicial, **Cuentos uruguayos**,

donde junto a cuentos de tema y personajes campesinos (por ejemplo: **No es la plata lo que vale...** y **La sombra del ombú**, que constituyen, a nuestro juicio, lo mejor del libro), hay otros de tema urbano (por ejemplo: **El ascenso** y **El folletín de amor**) y algunos que son como juegos imaginativos en que intervienen fuerzas ocultas y estados mórbidos de conciencia (por ejemplo: **Los rayos X**, **El fotopsicomatógrafo** y **Unos ojos negros**). Igualmente se podrían señalar en dichos cuentos, tal como hemos dicho, el saltar del chisporroteo del humor al dramatismo de algunas situaciones. Los libros posteriores confirman este gusto por la variedad de "contenido" e "inspiración". En sus libros de cuentos **Alma nuestra** (1922), **Luz mala** (1925) y **Que-rencia** (1940), así como en sus novelas **Castigo e Dios** (1930), **Gaucha tierra** (1949) y **El mundo en ascuas** (1956), continúa la línea del tema "criollo"; en los cuentos de **Montevideo y su cerro** (1928), en las novelas **Pasión** (1935) y **Barrio** (1937), se ubica en el tema urbano; en **Los rostros pálidos** (1924) realiza temas europeos. En su novela **La raza** (1925), combina lo campesino y lo urbano: son de tema campesino la primera y la tercera partes (**El obrero**, **El camino**) y es urbana la segunda (**El soñador**), cuyo personaje se mueve en Montevideo, primero, y en una ciudad del interior, Minas, después. Y también en todos estos libros hallamos, junto a la variedad temática, la variedad de inspiración. Se alían allí humor y dramatismo, realidad y fantasía. Pero nos hemos detenido a considerar hasta aquí solamente de qué canteras de la realidad ha extraído el autor sus materiales. Procuraremos ahora indicar qué es lo que ha hecho con ellos, cuál es su "visión" de narrador. Fijaremos para ello la atención, rápidamente, en los momentos a nuestro juicio más significativos.

Realizada esa labor de cernimiento crítico que nos deja entre las manos lo que, a nuestro entender, constituye lo mejor de un autor, de la obra de Montiel Ballesteros elegiríamos lo siguiente: **Alma nuestra**, **Pasión** y las **Fábulas**. El primero de estos tres libros constituye su colección de cuentos de calidad más pareja y sostenida. Hay en él unidad de temas, ambientes, personajes, medios de composición y estilo. A través de los 21 cuentos que forman el libro, logra el autor darnos con amplitud su particular visión de

nuestro medio campesino. Trabaja Montiel con el paisaje y el poblador del norte de nuestro país y nos muestra, en general, seres que parecen arraigados en una ya casi caduca manera de vida que lucha con el avance de nuevos hábitos que la desplazan. Los cuentos, por eso, a pesar de los toques de humor que el autor no abandona nunca, tienen un cierto aire dramático y por momento un dejo melancólico. Hay en todas las páginas un auténtico sabor “criollo”, no crecido desde una tradición literaria sino desde un fraternal contacto con la tierra y sus habitantes. Más que cada cuento en particular interesa, quizás, la visión panorámica que da el conjunto. Los 21 cuentos, de este modo, se apoyan los unos a los otros. El viejo conductor de carretas, el gallego dueño de una pulpería, el yuyero, el chasque van desfilando ante nuestros ojos hasta componer un cuadro vivaz, caliente de vida. Pasemos ahora a la novela **Pasión**. Sin desconocer los muy buenos pasajes de sus otras novelas, —recordamos especialmente algunos de **Castigo'e Dios**— pensamos que **Pasión** es la que logra una mayor solidez en su arquitectura total. Se funden en ella dos motivos caros a Montiel: el del antagonismo de las sucesivas generaciones, más la idea de que la vida, con formas distintas, es una reiteración de idéntica sustancia (tema que subyace asimismo en **La raza**) y el del un erotismo que nada tiene de malsano, que se presenta con los rasgos de una eclosión jugosamente instintiva y primitiva del ser humano (motivo éste que se halla también en el más sólido de los cuentos de **Luz mala**, el titulado **El marido de la maestra**, uno de los mejores del autor). Lamentamos no podernos detener en la consideración de los personajes de esta novela, como no lo hemos podido hacer tampoco en la de esa interesantísima creación que es el Comandante don Panta Carreño, de **Castigo 'e Dios**. La extensión con que están planeadas estas notas obliga a mantenerse dentro de límites discretos. En cuanto a las **Fábulas**, suscribimos sin reservas estas palabras de don Alberto Zum Felde: “La observación sagaz de la realidad y el conocimiento íntimo de nuestro campo, la pintura de luminoso colorido y la ironía sabrosa, se adunan aquí con las sugerencias de la imaginación creadora, y con el amor profundo y delicado hacia los seres y las cosas, amor que es compenetración intuitiva de poeta con la vida. Inge-

nio, gracia, emotividad, sentido: las mejores virtudes literarias valorizan esas fábulas —verdaderos poemas en prosa— en que el autor va creando la mitología rústica de nuestra naturaleza y nuestra vida campera, esa mitología primitiva que siempre tuvo un origen anónimo popular, pero que, en este caso, aparece por el esfuerzo interpretativo personal de un poeta". (Proceso Intelectual del Uruguay y crítica de su literatura. Montevideo, Editorial Claridad, 1941).

Los dos cuentos seleccionados para esta antología pertenecen a **Alma nuestra** (Montevideo, Cooperativa Editorial "Pegaso", 1922). Entre nuestro texto y el de la edición original se pueden anotar algunas diferencias. Corresponden a las correcciones manuscritas que figuran en el ejemplar del autor, que ha tenido la gentileza de prestárnoslo. Junto con los dos cuentos elegidos hubiéramos deseado dar **El marido de la maestra**. Los límites impuestos a esta antología lo ha impedido. Quizás no esté de más recordar que dicho cuento fue incluido por Serafín J. García en su **Panorama del cuento nativista del Uruguay** (Montevideo, Editorial Claridad, 1943). Pensamos que no obstante esa no inclusión, el lector puede fácilmente percibir, a través de los dos cuentos que ofrecemos, lo más característico del autor en sus cualidades de estilo y de composición de ambientes y personajes. En el primero de estos dos cuentos es ostensible la recatada ternura y la comprensión humana, llena de cálida cordialidad, con que el autor enfrenta a su personaje; en el segundo, y sin que falten las cualidades indicadas, se percibe ese humor con sus secretas puntas dramáticas tan característico de la narrativa de Montiel. Y tanto el Jesús de **Los sin patria** como el Diego Gularte de **El chasque** perduran vívidos y veraces en la memoria del lector.

Los sin patria

Es-ti-ba-dos, como decía él haciendo sonar castizamente las sílabas, había venido con unos compañeros en la bodega de uno de aquellos viejos barcos de vela que echaban cuarenta, hasta sesenta días, en el viaje penoso. Había venido de España a nuestra América en busca de libertad y de oro.

En ella había encontrado un rudo trabajo esclavizador que, como un castigo, lo dobló cuarenta años, remuneradores eso sí, pues le rindieron dinero en abundancia.

En ese sentido había triunfado, y de ello hablábamos en la trastienda del comercio, en nuestras interminables horas de mate amargo.

Tenía dieciséis años cuando vino —dependiente para todo servicio— al boliche del “Mundo”, en “Los Orientales”, rincón perdido en los límites de los departamentos de Salto y Tacuarembó.

Su patrón, don Manuel Rodríguez, a quien le gustaba empinar el codo y que cuando lo recibió estaba entre San Juan y Mendoza, le había dicho:

—Güeno, mi amigo, ahí está eso, hágase cargo'e la casa'e comercio: usté, como dueño, puede hacer y deshacer. Yo, sólo me v-i-a ocupar del otro negocio, del de los lechuzones. Aquí está su porvenir. Ustedes son trabajadores, honraus, ahorrativos... No le marco sueldo, ni nada; pero no v'a quedar descontento de mí... Trabaje y verá...

El "Almacén del Mundo" era como para caerse de espaldas.

El edificio de tablas carcomidas, agujereadas, con ese color violeta-azulado que toma la madera a la intemperie; el techo de zinc, protegido por grandes piedras que ayudaban a asegurar las chapas; cuatro habitaciones: la de la familia, —el patrón tenía mujer y una hija,— el comedor, que era también habitación de huéspedes, un depósito babélico, donde dormía el empleado, y el boliche, pomposamente llamado por don Manuel: la casa de comercio.

Esta tenía el piso de tierra y lucía una estantería y mostrador de madera sin pintar, amarillenta y sucia. Afuera del mostrador, en el sitio de los clientes, seis bancos, de esos de asientos redondos, abrían sus cuatro patas como si se estuvieran afirmando; contra la pared la tinaja de agua, un barril grande de catiguda caña brasilera, uno de menores dimensiones de vino carlón, y la barrica, empezada, de yerba.

El aroma acre de la yerba, junto al tufo del tabaco negro en cuerda, el olor de la caña y del pavimento de tierra, daban al ambiente un aliento característico, que fija imperecedero el recuerdo de los viejos almacenes de campaña.

Por los estantes, predominando las botellas de bebidas, se confundían artículos de toda clase y calidad: hilos, géneros, cuchillos, drogas, ropas... De los tirantes toscos, en sendos clavos, pendían botas, calderas, cinchas, ollas de hierro...

El negocio de "los lechuzones" de don Manequino, —así se le denominaba cariñosamente entre sus relaciones—, era el contrabando, y el boliche una especie de centro de operaciones y refugio protector.

A esta circunstancia se debía el tenerlo descuidado, a veces semanas sin abrir, mientras el patrón hacía sus productivas giras por el Brasil.

Don Gonzalo Alvarez, un comerciante de Tacuarembó, con quien trabajaba, le había aconsejado tomar aquel galle-guito como dependiente y, ya que él no tenía vocación para comerciante, seguía gustoso la indicación.

Su trabajo nocturno lo encontraba más en su elemento. Algo de aventurero, de expuesto, de romántico, grato a su idiosincracia, tenía aquel continuo peligro de burlar guardias y reírse de la ley.

En la noche ponía a prueba su conocimiento del terreno y sabía dar, guiado por las estrellas, con la picada acortadora de camino o con el monte protector.

Aparte de eso, el hombre. —flaco, hundido, de bigote y cejas abundosos y foscos—, no tenía muchas preocupaciones como él bien lo expresaba.

Amaba su pequeña familia y cuando la caña le ponía activa la estropajosa lengua se envanecía de sus hazañas, las relataba con lujo de pormenores, cuidando, con exageradas precauciones, de sustituir la palabra tabaco por “artículo”.

En sus soliloquios se interrogaba, se respondía, acentuando las frases con ademanes ampulosos.

—¿Y qué me decís, Manequiño?...

—¿Qué querés que te diga?... No, yo no sé quien traerá mejor artículo...

—¿A ver, a ver quien le pisa el poncho a Manequiño?...

—¡Ah, ah! usted quería artículo güeno, artículo garantido?... ¡Y a quién se lo va pedir!...

O su orgullosa paternidad reclamaba la presencia de su hija, a la cual elogiaba hiperbólicamente.

La chica se llamaba María, era endeble, rubiecita, con ojos claros.

Don Manequiño le gritaba con voz de trueno, que se volvía tierna:

—Venga la hija, venga con el tata... La linda Mariu-

cha... La Mariucha, la hija 'el Mundo; donde pisa la Mariucha, tiembla la tierra!

La pequeñuela le tiraba el bigote, le obligaba a no seguir bebiendo o le traía el mate que él sorbía incansablemente.

El nuevo empleado inició sus funciones no sin cierta desolación.

Miraba aquellos campos inmensos, el camino solitario, que daba la idea de esas sendas abandonadas por donde no se va a pasar más nunca... Se le caían los brazos frente al "comercio" tan desurtido, ocurriéndole que allí no sólo iba a aburrirse sino a morir de hambre.

Dominándose, mintiéndose ilusiones, acomodó todo como mejor pudo, limpió, ordenó. Se fue orientando con respecto a las ventas, y se enteró del negocio de "los lechuzones", bastante lucrativo, ya que era fuerte la demanda de tabaco, yerba, café, dulces...

Visitó las estancias vecinas; vinieron algunos clientes.

Fue al pueblo a hacer surtido.

De vuelta tomaron un peón, compraron una carretilla, y el hombre aparentaba tomarle el gusto y amor a su trabajo.

El llevaba los libros, vendía, cargaba o descargaba las mercaderías; maturrangueando a caballo recorría la clientela; hacía las compras.

Extendieron los negocios a frutos del país y hubo de aprender a enfardar lana y a envenenar cueros.

Penosas tareas que él llevaba a cabo con una dedicación y una bonhomía de muchacho dulce.

Con el trabajo y las preocupaciones se iba adaptando a esa vida simple; sólo sufría pequeños decaimientos secretos al caer la tarde, en esa hora en que se ahonda la tristeza de los campos... en las noches sin sueño, pobladas de recuerdos de su tierra, de nostalgias que se agudizaban entre las evocaciones... Entonces, suspirando, se prometía un pronto retorno...

Don Manequiño continuaba con sus actividades contrabandistas. Una noche, mientras aguardaban dos carretas que debían descargar rápidamente para evitar sorpresas, llegó herido nuestro hombre, acompañado por dos de sus secuaces.

—Mal gaucho, decía, lo que ha hecho es robarnos. Me v'a venir a mí con que defiende el fisco... Suerte todavía que no nos agarró a nosotros y pudimos salvar algo...

La herida no parecía de mucha importancia, pero habría que ir a buscar un médico al pueblo; él no podía andar más.

El español, que aparentaba una fría indiferencia para todo lo que no fuera su labor y a quien no era fácil atribuir gran sensibilidad, estuvo desconocido en aquellos momentos.

Con la llegada de don Manequiño sufrió todas las alternativas de los grandes sustos, pero tal estado psicológico que tenía un fondo de sincero dolor, pronto se transformó en entereza y en deseos de demostrar su afecto al patrón.

Con lágrimas en los ojos "a lo que te criaste" él hizo la primera cura; después se necesitó elocuencia para demostrarle que el peón era el más indicado para ir de chasque, en busca del médico, pues él reclamaba el derecho de ir.

Mientras trataban de estancarle la sangre, Rodríguez, que había pedido un trago de caña, que se volvía trago y buche, narra el hecho:

—Nos habíamos arreglado con el "segundo", porque siendo el cargamento grande era mejor pasar tranquilos. Y el otro comisario, hijo de p... también quería mojar.

No sé si olió la cosa... La cuestión fue que él no estaba en la sección y después apareció... Tuvo unas palabras con el segundo, éste nos mandó avisar; pero el milico de la comisión llegó tarde, cuando ya nos estaban meneando chumbo.

Hubiéramos tenido tiempo de disparar, pero a mí se me alborotó la Rodrigada y le hicimos la pata-ancha no-más...

Nos mataron el negro Timote, —tan güeno el finau!... —nos baliaron dos caballos, que los parió! —me jodieron a mí y nos agarraron una carreta con yerba y sal... La sal!... Yo digo siempre: la sal es una porquería y no se gana nada... Pesa como la gran pucha...

El doctor tarda dos días en venir. La herida, sin los convenientes cuidados, ha tomado mal carácter.

El enfermo tiene fiebre y sufre mucho. No lo dejan beber y aquello parece lo aniquilara más.

Una noche despierta sobresaltado y llama alrededor de su lecho a sus deudos, al dependiente.

—Soñé fiero, me asusté... No es pa que ustedes también se asusten, pero es mejor que hablemos.

—Lo que usted necesita es tranquilidad, don Manequiño. Su mujer menciona al doctor, y él:

—El dotor agarró pa chanchas moras...! ¡Qué sabe!... No me salió hablando 'e la bebida?... ¿Me baliaron con caña a mí?!

Güeno, Jesús, nosotros tuavía no hemos arregláu nada...

—No se preocupe, bah; lo importante ahora es su salud.

—Las cosas deben hacerse bien y no hay que dejar escapar el tiempo... Vos has trabajau fuerte, te has portau y así q'en todo te podés considerar como socio mío... Si querés arreglar cuentas, si vos te pensás ir... Lo que sí, como amigo, yo te haría un pedido: que no nos dejés.

—Pero si yo no he pensado en nada.

—No, yo te digo porque vos ya sos un hombre, tenés tu capitalito, estás en edad de casarte... Si querés, si te gusta la muchacha, ahí tenés m'hija, la Mariucha; ya es una mujer y vos la conocés...

La muchacha se ruboriza y la señora, que en silencio oye a su marido, se va para la otra habitación con el pañuelo en los ojos.

Jesús, emocionado, solemne, balbucea:

—Gracias, gracias... y estrecha la mano del herido.

De resultas de aquella malhadada herida, y cuando menos se creía muere don Manequiño.

Un día la viuda, temiendo que su ex-empleado pretenda alguna otra compañera, se atreve a hablarle de la promesa que se insinuó en la escena imborrable.

Jesús que consideraba un mandato sagrado el recordado ofrecimiento y estimaba un deber el cumplirlo, le manifestó que no había vuelto sobre el tema sino por cortedad, por delicadeza...

Mariucha lo miraba bien, lo quería.

Unido a la vida de la chica, habiendo vivido como dos hermanos, apenas fueron novios. El idilio lo vivieron después de casados.

El gallego, como le llamaban antes, con un dejo un tanto despectivo, es ahora conocido por don Hermida. Ha influido en ello más su bondad que su situación.

El hombre, con su buen sentido para el comercio, se ha redondeado una fortuna y es dueño de campos y haciendas.

Manda construir una nueva casa, contribuye a que se edifique la escuela; habilita a uno por aquí; ayuda a un muchacho con buenas disposiciones para estudiar, y tiene ganada la unánime simpatía del pago.

Vive tranquilo, feliz, con su mujer, quien le ha dado un casalcito de lindos chiquilines, pero siente un resquemor nostálgico en su alma.

Han pasado los años del esfuerzo continuo, de las luchas ásperas y vuelve la "murrña", que le apretaba el alma en los primeros tiempos, avivándole las saudosas remembranzas de la materna tierra...

El quiere eludir la insistencia melancólica de los recuerdos y se engaña:

—Me estoy quedando viejo... O atribuye su depresión a la falta de acción habitual.

Corren los años. El hijo estudia en la capital. La hija se casa, y con la falta de esa compañía querida, solo con su mujer, reanuda su angustioso proceso interior el ansia obsedente de tornar a su tierra.

Con las calladas evocaciones se le aparecen claras las cosas del pasado, las dulces visiones de la tierra, los mínimos detalles de su infancia lejana... Pequeñeces, nimiedades

que nacen nítidas entre las brumas de una lejanía sentimental que le es al tiempo grata y dolorosa...

Le exige una enormidad de diplomacia y de sutiles argumentaciones convencer a su patrona para que lo acompañe... Y el tacto que adopta es resultado de un explicable fenómeno psicológico: cuando está solo, para su sentir íntimo todo es hacedero y fácil, pero ante su mujer se complica el problema. El mismo se condena, considerando que al irse comete una ingratitud; que revela la dureza de su entraña no enternecida en los largos años inquietos y dolorosos, aunque llenos de compensaciones, que ha vivido en América.

Al fin consigue arrancar a su Mariucha el asentimiento; lo acompañará y si bien, él, venciendo escrúpulos, hubiera preferido restar allá, debía conformarse sólo con dar un paseo.

La suerte no quiere que su mujer participe del viaje. Una antigua dolencia la voltea. Y la pobre mujer se dijera que muere contenta; la Mariucha, hecha ya una vieja, siempre en aquel mundo reducido, familiar, entre el invariable círculo del horizonte inmediato; humilde, simple, quizás sin otra ambición que la de reflejar en sus ojos claros, como última visión, el nativo paisaje... Se diría que la misma fuerza misteriosa que atraía a Jesús a través del océano, la reclamó al largo descanso en su tierra melancólica, uniforme, sencilla y quizás por ello más querida.

El pobre Hermida se desesperaba, con el oscuro temor, con la angustia de haber precipitado su fin, pues se le ocurría que su mujer consciente y tácitamente, había resuelto aquella discreta y fiel manera de permanecer definitivamente en su amado rincón.

—¡Tal vez antes que irse de lo suyo!...

Ahora sí, bien solo, con el pensamiento de su tierra vuelto obsesión, miraba indiferente, desde la trastienda, el movimiento del comercio en plena prosperidad, recibiendo como por fórmula el pésame de los conocidos:

—Lo acompaño n'el sentimiento...

Sintiendo él:

—Cómo teim pasado, o el:

—Ate ya, de los muchachitos aindiados que traen una lista con las indicaciones de las compras, y vuelven en sus petizos, con las maletas de lienzo azul o color café, hinchadas de fariña, de galleta, de porotos. . .

Luego de largos meditates y consideraciones se confesaba que no poseía un verdadero apego, ni sentía una concordancia sentimental con aquella gente inculta, casi primitiva, que lo rodeaba; con el ambiente aplastador, con el paisaje, con el campo triste, donde ritmos y cosas que morían sin ecos, sonaban a sollozo angustiado: el balar de las bestias, el chillar de las carretas, el agudo grito de los horneros, el canto lamentable de los hombres! . . .

¡Se tenía que ir! Era preciso huir de aquellos lazos, de aquellas cadenas invisibles, de aquella atracción viva y oscura, semejante a las invisibles bocas succionadoras de los tembladerales, que devoraban prójimos y bestias en una especie de insaciable hambre de posesión.

Sí, se iba; y un pensamiento resignado, pero hondamente triste, le completaba la idea:

—A vivir los últimos días en la patria, a morir donde naciera. . . donde debía morir!

Escribió a los hijos. Arregló todo en forma y casi de sopetón, como para que la gente de las cercanías no se enterase y lo incomodara con sus despedidas; saludó sólo al gerente y los empleados.

La diligencia pasaba temprano.

La tarde antes había ido al cementerio donde descansaban su mujer y sus suegros. Se enterneció; en aquello no había pensado. Con la tristeza de las evocaciones le pareció todo menos triste. Y un pensamiento dormido le dijo desde el fondo del alma:

—¿Para qué te vas? . . .

Ahora, desde el pesado vehículo, al pasar frente al cementerio se entreparó para mirar por última vez, ¡por última vez! aquel rincón de sus sagrados recuerdos.

Pasó por Montevideo, donde vió a los hijos que prometieron visitarlo muy pronto, y con un ansia, con una nerviosidad infantil, no sacó en todo el viaje los ojos del horizonte, como si temiera cometer un pecado al no ver, primero que nadie, la tierra querida.

Largo, incómodo el viaje, pero ahora vendrían las compensaciones. Un buen día, claro, alegre, avistaron Portugal, Lisboa, y al otro día desembarcaba en Villa García, a dos horas de su lugar.

Qué honda y compleja emoción la de ver las campiñas nativas verdeguantes, pintorescas, risueñas... Y, por qué se acordaba, precisamente ahora, de aquellos campos uruguayos, tristes, del camino solitario, del cementerio?...

Habían pasado más de cuarenta años y ahí estaba todo reconocible, como esperándolo: las sierras, el valle, la aldea apeñuscada alrededor de la pequeña iglesia de un gris amarillo, manchado de lunares de humedad. Las callejas mal empedradas, con hierba, donde pastaba un asno. Chiquillos sucios que jugaban en la tierra...

Se instaló en casa de un pariente lejano, quien le abrió los brazos al olor de sus pesos. Los viejos del lugar, —algunos lo recordaban— venían curiosos a ver al indiano; el americano, decían otros.

Recibió la visita del cura, que le insinuó un pedido de dinero.

El, generoso, dió largamente para reconstruir la iglesia, para una escuela, para los pobres...

Entre los agasajos y sus humanitarias preocupaciones, entre las novedades y las charlas del villorrio, pasaron los primeros meses.

Después el ambiente, las figuras, le fueron siendo habituales. Aquello se asentó, como un limo, en su alma, y de más del fondo empezaron a insinuarse, a brotar los recuerdos.

En las siestas silenciosas, tenía la visión de cuando sentado dormitaba en la trastienda de su casa de comercio, y veía los indiecitos que lo interrogaban:

—¿Cómo teim pasado?...

Y soñó con el campo de “allá”, tan igual, tan amplio, tan triste!...

Creía haber huído del dolor y resultaba que al dolor lo había traído consigo. Allá había tristeza, y aquí había tristeza, y frío de mezquino interés y de egoísmo.

En la tierra nueva era el hombre laborioso, bueno y querido, al que se recurría como a un patriarca. En la tierra vieja era un desconocido, envuelto en una leyenda de oro: un rico de América... Un hombre al que se podía explotar...

Alcanzó a estar seis meses.

Un día inesperado llegó a casa de los hijos, en Montevideo. Mientras se abrazaban:

—¡Viejo!... ¿Y eso?...

—No sé como explicarte, no podía vivir allá; me vuelvo...

—¿Te quedás con nosotros, verdad?

—No, me vuelvo allá!

Y la voz rota de emoción:

—Allá, a quedarme... Ya me irán a ver ustedes.

Y ahora, desde la diligencia traqueteante, mira los campos familiares, los cerros ondulados, el tajamar que él ayudó a hacer, los sauces llorones que él plantara, que vió crecer como a sus hijos... Allá, el cementerio!...

Tiene una sonrisa mirando las estancias a donde iba, maturrangeando, a ofrecer las mercaderías.

Era domingo cuando llegó a “los pagos”, como él mismo amaba decir.

Siguiendo la costumbre, al llegar la diligencia salían a recibirla.

El gerente reconoció primero al patrón y mal repuesto de la sorpresa, le gritó, entre alegre y triunfante:

—¡Don Jesús! ¡Y esa patria!...

—Y, y, no me hallaba...

—Tanto entusiasmo...

—Es así, reflexionaba el viajero.

Sin saberlo, nosotros, al dejarlas, perdemos nuestras pa-

trias, y las perdemos porque venimos a traer nuestras almas y nuestros cuerpos para ayudar a hacer estas otras.

—Aquí me tienen...

Sí, allí lo tenían: era el ejemplo.

Las filosofías sobran.

Le fueron a preparar el mate.

Como era fiesta, las enramadas estaban llenas de caballos prolijamente aperados. La clientela rumorosa, bullanguera, que se había atropellado a las puertas del almacén y cambiaba comentarios, tuvo un alegre impulso colectivo de entusiasmo.

—¡Don Hermida! ¡Don Hermida!

Un paisano inició la bienvenida espontánea:

—¡Viva don Hermida!, que todos corearon:

—¡¡Viva don Hermida!!

Ya le traían el mate amargo.

El hombre no pudo contestarles nada, con el pecho oprimido, con los ojos llenos de lágrimas.

El chasque

Aun no existían por aquellos rincones el teléfono y el telégrafo, y eran necesarios para caso de urgencia los “propios” que, reventando caballos, se devoraban cincuenta leguas en ocho horas.

Para estas comisiones se necesitaban hombres de confianza, muchachos resistentes y que conocieran su responsabilidad.

Don Simón Rosas, en las tarjetas reclame de su empresa de diligencias, indicaba en letras llamativas que también se encargaba de “propios” a cualquier parte del país.

Diego Gularte, uno de sus peones, era el baqueano y el veterano de los chasques. Conocía los departamentos limítrofes como la palma de la mano y era ágil y de aguante.

Indiecito retacón y fuerte, parecía nacido arriba del caballo; puntilloso él de su hombría, las órdenes que recibía eran sagradas.

—Gularte.

—Mande.

—Tenés que dir al Mellau, al Paso del Parque, y estar pa mañana de güelta.

Dos o tres indicaciones más con respecto al caballo, al repuesto de éste, a alguna cortada de campo, a que tomase por una picada, y no había sol de fuego ni arroyo crecido ni nada que lo acobardase o lo atase.

Los otros peones lo consideraban con envidia, lo trataban de “liviano” aludiendo a su peso ligero, propicio a no cansar al animal en el viaje, y dándole en doble sentido, un despectivo valor al vocablo, popular equivalencia de flojo. Pero él, suficiente, sonreía, y estrenaba un sombrero compadrón, un pañuelo de seda, como resultado de las galopadas terribles.

Una mañana, no hacía mucho habían vuelto de un baile y mateaban para engañar el sueño, cuando llega el patrón a la cocina y después de saludar, dice, toreando:

—Vamos a ver, quién se anima a pegarse un paseíto hasta el Queguay?

Los peones, como reconociendo el derecho de Gularte, lo dejaron ofrecerse:

—Yo, patrón.

—Es pa las puntas del Queguay, a lo de don Lindoro Pintos, casi en la cuchilla de Haedo...

—Por donde el diablo perdió el poncho, comentó uno.

Gularte se mojó la cabeza, colocó unas frescas hojas de tártago dentro del sombrero, ajustado con el barbijo, se aseguró bien la carta que debía llevar, y en tanto sus compañeros le hacían guiñadas como diciéndole:

—¡Aura vas a ver con quien se casó Caña Güeca!...
Partió.

Calentaba el sol.

El indio, sin dormir, entrecerraba los ojos encandilados por la luz.

Galopaba canturreando por el callejón, y todo se le vol-

vía arroró: el acompasado golpear de los cascos del caballo. su propio canto monótono, el vaivén uniforme del galope.

Intentó sibar. Sacó un cigarro; atenuó la marcha y fumó.

Cuando llegó al arroyo del Molino se mojó otra vez la cabeza, se acomodó las hojas medio achicharradas y miró con delicia el pasto suave, alto, que se movía e invitaba a una siesta. . .

Al avistar el boliche del “Tropezón” crió coraje.

Bajó allí, tomó una cañita y pidió una botella de cuarta de la bebida porque veía que si no iba a aflojar.

Cambió caballo; comió pan, queso y sardinas y emprendió la marcha.

Se acercaba el medio día.

Las cachirlas, flotantes sobre sus patitas de alambre, esponjaban las alas, abrían los picos, asfixiadas.

Gemían las palomas; tuiráa, tuiráa. . .

A Gularte le pareció triste y desagradable la venia y exclamó:

—Pucha, yo mataría todas las palomas.

Había un calor de incendio. Se dijera que a momentos todo iba a empezar a arder bajo el implacable cielo amarillo, lívido. La sombra azul violeta del muchacho y de la cabalgadura parecía ir suspendida en el aire enrarecido. Venían del camino y del campo, con olor a pasto seco, bocanadas de fuego que herían los ojos y reseocaban las fauces.

—V-i-a tomar otro traguito. . .

Y la caña brava le daba una ilusión de fuerza y de alegría.

Se puso a cantar a gritos. Después le pareció que el pingo acertaba el galope.

—Disgraciau, aura te me vas a aplastar!

Y empezó a darle lazo y lazo, lanzándolo en carreras desenfrenadas.

El viento encendido le quemaba el rostro, le chillaba en los oídos, y él, dele rebenque, volaba por el callejón desierto.

Bufaba el caballo, echaba humo, se llenaba totalmente de blanca espuma.

A Gularte le zumbaba la cabeza y se sentía ganado de

una furiosa ira contra el matungo, contra el camino, contra los campos y los palos del alambrado que giraban vertiginosos como si estuvieran bailando.

—¡Nunca me ha pasau esto! se admiraba, y secándose el sudor se detenía para beber otro trago.

Se acordó del baile de la noche anterior: un güen baile... El salió enredadísimo con una chinita hija de una lavandera.

—¡Linda diversión los bailes! y si son con corte, no te digo nada!...

—¡Lindo el baile!

Galopó, galopó...

Sus recuerdos se confundieron, se embrollaron.

Sofrenó el caballo.

—¿Y ahura, pa qué me apuro tanto? se interrogó.

.....

Llegaba a Laureles. Había un almacén. Nuevamente hizo llenar de caña la botella. Compró dulce, bizcochos, yerba, azúcar... Allí, a la media legua, vivía una paisanita con la que él andaba noviando.

Salió tambaleante del almacén y montó a caballo.

Rumbeó al rancho.

Dormía todo en el bochorno de la siesta.

El campo, el cielo, las cosas, estaban como suspensos bajo la luz deslumbradora, en una calma de ojos abiertos e inmóviles.

Gularte sentía ganas de cantar a gritos, y la sangre se le precipitaba a borbotones por el cuerpo tembloroso.

Al llegar, saludó; no obtuvo contestación. Cuando se apeaba apareció la muchacha, la pardita sabrosa por quien él se derretía de amores.

—¡Oh, usted, Gularte!...

—Yo, prenda...

—Toy sola, mama salió.

—Mejor si es gorda, le sonrió el visitante sin saber lo que decía. Y, alcanzándole sus regalos:

—Le traigo esto, sabe...

Ella tomaba los presentes: los dulces, la yerba, los bizcochos...

—Gracias, pa qué se fue a incomodar...

—Usté lo merece... y se le aproximaba.

—Me parece que no está muy bien, Gularte.

—¡Estoy macanudo!

Dejó el caballo sin desensillar, se quitó el sombrero y entró al rancho, deshecho, derrengado, imposible.

La muchacha, que no tenía con él mayores intimidades, previó el peligro, quiso salir, pero él la tomó por un brazo tartajeándole:

—Venga, vieja, venga...

Y rodaron abrazados.

A los cinco minutos Diego Gularte roncaba con la boca abierta, mientras volaban, zumbándole sobre la cara, las moscas.

Cuando volvió la madre de la muchacha se enteró a medias del suceso; arreglaron mejor al paisanito sobre el recado, mientras ella comentaba:

—Pobre mocito... si-ha pasau un poco...

El sol alto del otro día daba en la cara del indio que se recordó con una sed de ascua ardiéndole las entrañas.

Se incorporó: las piernas duras, los riñones como descuajados, la cabeza terriblemente dolorida; salió del rancho, se fue al barril y bebió agua hasta sentir hinchada la barriga.

Estaba vestido. Vió su caballo. Con los ojos ardiendo, entrecerrados, la mirada perdida en las lejanías del campo, como sin ver, se puso a pensar.

No se acordaba sino del baile que empezó en el pueblo y había continuado en plena campaña donde todo, callejón y campo, alambrado y casas, giraban bajo la transparente lluvia de fuego del sol.

Se asomó la paisana:

—Güen día, Gularte.

Atrás aparecía la chiquilina, ruborizándose.

—¿Necesita cualquier cosa?

—Güen día, contestó él, y cuando quiso sacarse el saco para lavarse la cara, sintió en el bolsillo el frufutar de los papeles, de la carta, del chasque!

Se quedó rígido, paralizado.

—¡Junamente!!

Aun estuvo un minuto inmóvil, sin una decisión, frente a la cruda realidad de los hechos.

—¡No haberme muerto!

Ensiló. Se despidió de aquella gente que le daba un mate. Salió a todo galope.

Llevó la carta a su destino.

Llevó la carta. pero no volvió más al pueblo.

Estaba deshonrado.

II

Pedro Leandro Ipuche (1890)

Cuando se piensa en don Pedro Leandro Ipuche es fácil obtener la imagen (sin duda no del todo exacta desde un punto de vista rigurosamente histórico) de un escritor que tiene un libro recién publicado y otro en vías de publicación, más otros aun inéditos que yacen en los cajones de su escritorio y otros que, en proyecto, pugnan por abrirse camino, cabeza afuera, hacia las blancas cuartillas. Así es de fecunda su musa, que abarca, aunque apretando con desapareja intensidad, verso, narración, teatro, ensayo. Oriundo de Treinta y Tres, esa su región natal, por la asuidad con que anda por las páginas del autor, parece una prolongación de su propio ser. Y no es esto extraño en quien es figura señera de ese movimiento poético que podríamos llamar "el **nativismo del 20**", donde como aparcerero, se le une don Fernán Silva Valdés, que supo hacer "**romances chúcaros**" y ofrecer "**agua del tiempo**". El "**nativismo del 20**" procuró dar, mediante refinados procedimientos literarios, sin duda bebidos en el modernismo, una nueva visión de nuestra realidad campesina o nacional, y sus representantes mejores procuraron que en sus obras hubiera como un vaivén constante entre el arraigo en lo nuestro y la aspiración a universalizarlo. Raíz solariega, por un lado; afán de respirar un claro aire universal, por otro. Tal cosa es ostensible en el crecimiento de la obra poética de Ipuche. Así, por ejemplo, en **Engarces** (1918), los ornitológicos sonetos de **La pajarera nativa** prefiguran el orbe poético de **Alas nuevas** (1922), que el autor mismo considera su verdadero aporte inicial al nativismo. Pero así como **La pajarera nativa** anticipa el nativismo de **Alas nuevas** hay en este libro muchos poemas que anticipan esos otros horizontes poéticos (avances en la propia intimidad, inmersión en el misterio, solicitudes metafísicas) hacia los cuales se adelantó don Pedro en sus libros posteriores: **Tierra honda** (1924), **Júbilo y miedo** (1926), **Tierra celeste** (1938), etc., donde hay, además, nuevas elaboraciones de su nativismo. Estas referencias a la lírica de Ipuche eran necesarias para

hacer la presentación de su narrativa, ya que en ésta anda siempre suelto, y enredado en las líneas parejas de la prosa, el duende de la poesía. Entremos ahora a ver, en rápido esquema, su labor de narrador.

En 1931 aparece **Fernanda Soto**. Son páginas de lo que habitualmente llamamos prosa. Pero el autor mismo subraya el **élan** poético que discurre por ellas: romance en prosa denomina a su libro. La denominación es certera, no sólo porque se siente en él el latido de una arteria poética, sino también porque el libro, como los viejos romances españoles, participa de lo narrativo y de lo lírico. Cada uno de sus ocho capítulos constituye una breve estampa, a través de las cuales se organizan, como en un mosaico, una diversidad de temas y motivos. Ellos encuentran su punto de inserción o conjunción en la figura de Fernanda Soto. Diversidad de temas y motivos, hemos dicho, porque en el libro no es sólo doña Fernanda Soto la que se mueve con su misterioso andar de mágico realismo. Es también, y con ello se corrobora el interno lirismo de la obra, la intimidad del autor la que fluye por esas páginas que vienen desde muy lejos, desde muy hondo: desde la propia infancia de don Pedro Leandro Ipuche. Y en él —y este es un trazo permanente de su obra— la intimidad se expande, con gravedad patriarcal, en la familia que, a su vez, confluye en la colectividad. (“...**El pueblo, profundamente comprendido**” —ha escrito don Pedro— “**es una expansión del sentimiento familiar.**”) Y de este modo el libro **Fernanda Soto** es un friso donde se inscriben, con delicado fervor, escenas de la infancia del autor, escenas familiares, escenas de la historia de su natal Treinta y Tres. Y como centro de todo se yergue, “**como una planta grave que anduviera consciente**”, según el decir de María Adela Bonavita, la figura de doña Fernanda Soto, la vieja criolla sorda cuyos ojos, nos dice Ipuche “**embalsamados en los colirios de la ancianidad, OIAN con el caudal de las experiencias**”. También es un romance en prosa **Isla Patrulla** (1935), libro en el cual Ipuche continúa su labor de narrador lírico o de narrador que cantando cuenta o contando canta. Lo mismo que en **Fernanda Soto**, son varios los planos de creación, de motivos y de temas los que se conjugan en **Isla Patrulla**. También anda en estas páginas el autor, vivo y elástico,

entreverado con sus criaturas; también confluyen en esas páginas la evocación familiar, los recuerdos de la infancia, la memoriosa reviviscencia de los lares natales; también de **Isla Patrulla** salta, fuerte y hermoso, el aroma de la tierra nativa. Y todo se organiza aquí en torno al destino trágico de la familia, con hondas raíces patriarcales, de don Ezequiel Cruz. Una fatalidad ciega y bárbara parece golpear, como con el filo implacable de un hacha trágica, sobre ese recio tronco patriarcal constituído por los habitantes de Isla Patrulla. Integras de verdad humana y poética le salen a don Pedro sus criaturas: los hermanos Goyo y Antonio María, colorado el uno, blanco el otro, que, al no reconocerse, se matan el uno al otro al estrellarse en un brutal entrevero de la guerra fratricida; Cecilio, que muere ensartado en su propia lanza; Adelina, la dulce ciega profética, que anda nimbada por estremeedor misterio por las páginas del libro; el coronel don Ezequiel Cruz, el gaucho fuerte y de **"gracia honda y parva"**, que al enterarse de la muerte de sus hijos Goyo y Antonio María, lanza por primera vez una **"maldición eetrañable sobre la guerra"** y salpica **"la selva santa de sus barbas"** con el **"agua más honda de sus ojos, como la isla sorprendida con el peor aguacero"**. Estas y otras muchas figuras se mueven en la obra. Viven en ella. Allí respiran. Y trasmiten, viriles, rodeadas de una atmósfera hecha de claridad creadora y de angustia trágica, su calidad de genuínos representantes del alma colectiva. Sería de desear que la brevedad no obligara a eludir la anotación de algunas observaciones sobre la intensa y a la vez delicada manera con el autor enfrenta la naturaleza y sensibiliza el paisaje. Destacaríamos, por ejemplo, aquel momento del capítulo tercero en que el autor transita por el campo bañado por la blanca luz deliciosamente alucinante de la luna. Pero debemos abandonar éste y otros motivos que tanto **Isla Patrulla** como **Fernanda Soto** ofrecen solícitamente a la indagación del gustador literario. Conformémonos con haber señalado o sugerido, de una y otra obra, esa su cualidad de constituir cristalinos orbes poéticos.

Libros narrativos posteriores a los dos citados son **Cuentos del fantasma** (1946), **La Quebrada de los Cuervos** (1954), **Caras con alma** (1957). Si como opinaba Ortega y Gasset, para que un libro sea cabal-

mente un libro se requiere que en él haya un tema y un estilo personales, estos libros de cuentos de Ipuche son cabalmente libros. Hay en ellos estilo y tema propios. No obstante, nos permitimos opinar que en ellos no se mantiene la pareja calidad de **Fernanda Soto e Isla Patrulla**. La cantidad ha conspirado contra la calidad. Logra buenos relatos, pero en otros pierde ese nivel. Hemos elegido para nuestra antología uno de los que nos parecen bien logrados: el que inicia el libro titulado **La Quebrada de los Cuervos** (Montevideo, Impresora L.I.G.U., 1954). Tiene ese aire, tan característico de la narrativa del autor, entre cuento y crónica, con esquinces humorísticos y un estilo que corre con naturalidad y donde de pronto saltan inusitadas ocurrencias verbales.

El Paraguaycito

El catalejo
Del viejo Trejo
No es un trebejo
¡Canejo!
(De una canción)

I

Clausurada la ceremonia sacramental con la alocución familiar del párroco del pueblo, los novios, invitados por el padrino, fueron a colocarse debajo del espejo testero de la sala, en el sillón mayor, que, con la preparada jerarquía epitalámica de su asiento, los aguardaba expresamente.

No tuvo tiempo de sentarse el cumplimentoso padrino.

Un negro alto, de poncho color tabaco, entró escandalosamente, como un estandarte, en el salón del acontecimiento.

Con responsable rapidez, el padrino se le va encima. Y empieza a empujarlo con prevenido tino hacia la puerta de

entrada, diciéndole por lo bajo, gravemente, a cada codazo de avance: —Salga para afuera. Salga para afuera.

Lo va llevando así. Y cuando logra ponerlo en el umbral de salida, lo manda vereda abajo de un empellón, gritándole: ¡A la calle, sabandija!

El rechazado, sin conferirle importancia al trato, se dió a caminar, como un sonámbulo, en dirección al camino conocido del río.

¿Quién era el negro formidable que había venido a ultrajar la dignidad social, religiosa e idílica de la fiesta?

Era nada menos que Albino Caña, un antiguo matrero de la gavilla del Paraguay, que ahora hacía, de nuevo, vida de aguatero en el pueblo, y solamente cargado con su homónima, se atrevía a mostrar la figura donde no le estaba bien.

Para encarecer la puja de los dos personajes en la cautelosa empresa de expulsión, digamos que el señor padrino vestía jaqué de medida y calzaba guante blanco y charol de punta fina.

II

El Paraguay fue el primer matrero de importancia que conoció la población originaria de Treinta y Tres.

Un camino real que se tiraba en el paso público del Olimar; la herrería para armar el casco de los caballos y reparo de los escasos vehículos; la pulpería espaciosa de Palacios; la zapatería de mi abuelo; unos caserones amarillos, rosados y cenicientos, esparcidos con sus huertas y su alambre negros; la capilla primitiva con la comisaría de rigor, formando el cuadro de la plaza puestera...

Así no más se describe y pinta a la llana mi arcaico villorio por la desapuesta témpora del Paraguay: de este personaje montaraz, tan menudo y simpático, que los contemporáneos solían llamar, con achicamiento sentimental, el Paraguaycito.

III

Hallándose en muy estrecha penuria de mercaderías, resolvió ir a reponerse al pueblo.

Salió del escondrijo selvático; montó en su bayo cabos negros, salpicado de leche en la frente y por bajo del pecho. Y enderezó, cortando chacras, hacia la pulpería de Palacios.

Nuestro personaje fue matrero con gavilla invisible y dispersa. Siempre andaba solo. Cuando necesitaba ayuda o debía utilizar un compinche, buscaba al que podía hacerle pierna. Y nada más.

Por eso, a pesar de tantos aliados como contaba, lo vemos venirse únicamente con su sombra nada menos que a la pulpería de Palacios. A la boca del lobo policial.

Se apea. Y, sin manear, entra al local con las maletas vacías. Pide sin lástima. Yerba, azúcar, tabaco, galleta, caña, yesca, queso, sal, pan. Alojando va el sartal de pedidos con increíble aplomo y habilidad sobradora.

Cuando consideró bien servidos los senos de embutimiento, cerró la lista con una palabra de categoría: —Chocolate—. Y se sonrió.

Tomó las tabletas olorosas. Las llevó a los bolsillos del saco, alzando las haldas del poncho. Y saliendo del local, se acercó al caballo a sujetar el surtido en los tientos traseros del basto.

Volvió al negocio. Y, enfrentándose al mozo que lo había atendido, le dice despacito, como secreteándole un desafío:

—Si quiere cobrarme, sígame. Soy el Paraguay.

Aterrado el dependiente, no atinó ni a pestañar. Inmovilizado se estuvo, hasta que el materito subió a caballo. Y desapareció con un galope liviano de triunfo.

Cuando el mozo consiguió separar los ojos y recobrar su actividad y su palabra, llevó la noticia al patrón que andaba por el otro extremo del local, arreglando un estante.

—¡El Paraguay! —bramó el viejo Palacios que se las tiraba de héroe trasnochado y a destiempo. —¡No haberlo sabido!

IV

El amigo Palacios se presentó inmediatamente en la Comisaría.

Lo recibió el sargento de guardia con un mate calabazón en la mano. La azorada bombilla, dentro de la boca, apenas se asomaba.

—¡A ver dónde están los vivos y los guapos aquí!

—¿Por qué lo pregunta, don Miguel.

—Recién se va el Paraguay de la Pulpería.

—¡No puede ser!

—Y me ha plantado un clavo de marca mayor.

—Pero, ¿cómo se dejó hacer eso?

—Fue con mi dependiente. ¡También es más sandio!

Se armó el revuelo que es de imaginarse.

La alarma fue completa y perentoria.

El Paraguay nunca se había atrevido a cruzar su sombra por el villorio.

Hasta entonces, sólo había llegado hasta los oídos de la gente agrupada: sorpresas, robos, muertes, con una cerrada y distante adjudicación al cordero pascual de la criminología. Consumado todo lejos de allí. Sin alcanzarlos en sangre ni en interés. A veces, en lugares imaginarios. El Paraguay era el que hacía el gasto. Invariablemente. Aunque el mismísimo materito ignorara las más crudas fechorías que solían endilgarle.

Sin embargo, nunca de los jamases, la osadía lo había tentado a llevar el terror en forma visible y comprometedora al inocente poblacho, donde muy bien se le podía acorralar y dar caza.

—Esto es demasiado, —gritó uno de los patriarcas—. Tenemos que defendernos. Y la mejor manera de defendernos, es irlo a buscar. Hay que juntar una policía de vecinos. Enseguida. Enseguidita. Y ¡a perseguirlo! Sin darle alce ¡No hay materito que no caiga!

Otro de los presentes propuso un nombre para organizar y dirigir la cruzada. El comandante Nicomedes Trejo.

La aprobación fue unánime.

Este comandante Nicomedes Trejo es un personaje de mucho rigor dramático.

Sobreviviente de las guerras civiles, ya sesentón, se había replegado sobre unas islas que daban contra el río, cerrando duramente el camino con la hilera de lanzas de una verja de entrada a los patios del frente.

Solía salir a recorrer las chacras vecinas con los veinte perros fanáticos que lo envolvían permanentemente de protección.

Comía rodeado de su bulliciosa caterva canina. No tenía mujer. No quería hijos. Ni la más ligera estampa de pariente dentro del recinto monástico. Una vieja fiel, ancha y callada, le limpiaba la casona y le preparaba los desabridos platos de su mesa solitaria. Repartía lo que se le presentaba en los almuerzos con los perros más preferidos. Con algunos, llevaba su sentimiento de convivencia y aparcería hasta establecer un toma y daca de cuchara, —acción que disgustaba a la juiciosa sirvienta, quien solamente hablaba para censurar aquella falta de delicadeza de su patrón.

—Parece mentira ¡Comer con perros en la misma cuchara!

Estirado y enjuto, como hecho con tacuaras y charque, el vozarrón quemado le suministraba un tremendo prestigio inquisitorial.

Este haz de cañas de tasajo, erguía en lo culminante una cabeza de hacha, rígida de pelos entre lo más alto de la cara, por donde le venía una mirada de espinas, como salida de un nopal estilizado.

Era el obligado o, mejor dicho, el impuesto jefe de policía vecinal en los repetidos peligros comunes.

Auténtico patriarca, genio tutelar, el vecindario recurría a él como al Santo de la Seguridad.

Aseguraba don Nicomedes que su chacra era una ciudadela hermética en la que hasta el mismo señor Aire tenía que solicitarle permiso para entrar.

El éxito de sus andanzas de defensa local, estaba vinculado a cierto instrumento mágico que poseía. Se trataba de un catalejo, con el que había alcanzado numerosas hazañas bélicas. Y que ahora, en su estuche dormido, aguardaba la oportunidad para hacerse valer de nuevo.

La consabida coyuntura probática se había hecho presente.

Ese matrerito insignificante que se ha atrevido a provocar el descuido del villorrio, va a saber muy pronto que en el mundo existe un OJO capaz de ver las cosas más escondidas, huidizas y alejadas... Los matreros más pulgas.

Cuando la Comisión fue a proponerle la jefatura de la empresa, el comandante Nicomedes Trejo aceptó el honor esperado.

Después, mostrando a los circunstantes el catalejo providencial, les aseguró:

—Ya saben ustedes que, con éste, no hay temor de que se nos escape. Por más vivo que sea.

Una estrofito bastante sabrosa solía andar salpicando con bromas y chirigotas las conversaciones y las comparanzas:

El catalejo
Del viejo
Trejo,
No es un trebejo,
¡Canejo!

VI

No fue tan reservada la entrevista del vecindario con el comandante, que el Paraguay no se enterara de ella, así como de los preparativos afanosos de persecución y captura.

Una nohecita se apareció por los ranchos de Albino Caña.

Albino Caña era aguador. Había trenzado las viviendas pájaras cerca del vado, donde colmaba de agua su pipa de reparto urbano.

—Tenés que hacerme un gran favor.

—Pedí, no más.

- Sacarle el catalejo al comandante.
- Va a ser muy difícil.
- Pa vos, no.
- Veremos. . .
- Me lo pasás enseguida.
- Si llego a pescarlo, contá con el.
- Gracias, hermano.

VII

El Paraguay supo elegir el hombre para el secuestro.

Este Albino Caña es el genio vivandero del río, pues conduce el agua, como una tortuga necesaria, a las tinajas del villorrio.

Desde temprano, todos los días, hace rodar su despaciosa pipa rumbo al paso. Se hunde con ella en la corriente, hasta la mitad de las ruedas. Y, lata tras lata, va surtiendo la cavidad gigantesca, de donde, utilizando la manga del despiche, traspasa el líquido fluvial a los desperdigados edificios del perímetro y sus aledaños ventilados.

En las revoluciones y chirinadas había servido infaltablemente con su jefe regional, el comandante don Nicomedes Trejo. Y entre ellos corría un trato franco de patriada, al que se añadía cierta debilidad del comandante que le permitía a Albino Caña disponer de la casa de su jefe, como un familiar.

Es más: Albino Caña era la única persona que trasponía los portones del frente de la chacra, sin previa censura ni fiscoleo.

El comandante Nicomedes Trejo era un temperamento hepático, a quien atacaban de continuo una furia endócrina y terribles contrastes de bilis.

Para calmar su convulsiva cólera que enchufaba en un hábito guerrero de mando y baqueteo, bebía y usaba sistemáticamente el agua blanca de una cachimba que se escondía aposentada en un ángulo de la chacra de don Lino Medina.

Cada quincena, debía Albino Caña transportarle una remesa de la virtuosa bebida. Y verterla cuidadosamente en

las vasijas especiales que el comandante destinaba para tan sacra medicina.

Albino Caña sabía muy bien dónde el comandante guardaba el legendario catalejo.

Bonitamente, entró una mañana en la mansión temerosa. Volcó el agua acostumbrada en la boca de los recipientes. Y, al retirarse, metió con sigilo profesional el instrumento valioso en una de las latas. Y, despidiéndose del comandante que estaba de poda en un parral de sombra, subió al carromato de trabajo; iniciando su viaje de regreso con la misma flema con que había entrado a manotear la joya óptica.

VIII

Cuando el comandante se dió cuenta de la ausencia del espejelazo largavista, ya Albino Caña se había puesto en contacto con el Paraguay y le había pasado la prenda, como se lo prometiera; abandonando enseguida su pipa de aguatero, para colocarse a buen recaudo, pues se sabía cómo las gastaba el comandante, y que lo menos que podía cobrar era el comienzo de una estaqueadura, para continuar en los tormentos del calabozo. Y esto, si no se ligaba el escopetazo con sal del furibundo damnificado.

Conviene aclarar la técnica del escopetazo amargo.

El comandante Nicomedes Trejo gastaba la trágica vanidad de dejar marcado al que se atreviera a entrarle en las casas con la sucia intención del robo, según su manera detorsoria de calificar.

Teniéndolo al alcance, empuñaba su arma diabólica, y de un gatillazo bien aplicado, devolvía al sentenciado a la vida con una pierna flotante, con la mano derecha deshecha, o con la cara quemada, como una demostración de castigo especial.

Albino Caña no tuvo, pues, más remedio que hacerse oficialmente matrero de la gavilla desparramada del Paraguay. Y que volverse humo. O un desaparecido, como se estimaba en casos semejantes.

IX

Conforme el Paraguay se hizo del juguete maravilloso, trató de confirmar las referencias milagrosas que sobre él se venían tejiendo desde mucho tiempo atrás.

Buscó un árbol con torre desde donde poder examinar bien el poblacho a la distancia. Y, encaramándose al mirador botánico, aplicó el ojo al cristal con inesperado acierto.

¡Zambomba! Era verdad lo de ver lo invisible. Allí estaba a su alcance todo el movimiento, el color, la gente, los animales, las casas, la vida entera, transfigurada por la luz pujante del círculo de hechizo.

—Me van a agarrar ahora si son brujos...

Descendió del observatorio improvisado. Y guardó con gozoso respeto el talismán que la lealtad del aguatero le había proporcionado.

X

—Vamos, señores, —gritó el irascible comandante.

Cincuenta vecinos, armados hasta los dientes, se pusieron en marcha, llevando de puntero la amojamada arrogancia del conductor elegido.

Anduvieron en exploraciones y tanteos bastantes días de Dios.

El fantástico matrero se les escabullía siempre. Nunca lograban saber con seguridad dónde había estado ni por cuál casa o parte de los bosques podría andar o merodear. Parecía contar con la complicidad de todo el mundo. —¿No estuvo aquí? ¿No lo vieron por allá?—. Todos ignoraban.

—No hay matrero que no caiga, —sentenciaba, invariablemente, el comandante.

XI

Un día supieron por un forastero que los encontró de paso, que el Paraguay se hallaba en lo de Batista, sentado en

el comedor grande, bebiendo mate amargo, desprevenido, y bromeando de lo lindo, de acuerdo con su genio picaresco.

—Señores, —dijo el comandante Trejo—, el Paraguay ha manifestado que ando con ustedes, porque no me animo a prenderlo solo. Me tiene que devolver a mí, personalmente, el catalejo que me hizo robar.

XII

Como sombra de fantasma, el comandante se aparece en la puerta del vasto comedor de la casona de Batista.

—Vengo por mis vidrios, amigo.

El Paraguay dió un respingo felino; sacó la daga, como un relámpago, y le asestó una puñalada en el pecho. El comandante Trejo descargó su pistola celosa en el abdomen del matrero.

Antes de morir, el comandante se abalanzó al catalejo que el Paraguay había dejado en la mesa de huéspedes, y consiguió agarrarlo, desplomándose con él sobre el piso de tierra acasotada.

El Paraguay salió como pudo, arqueándose. Y angustiosamente, fue bajando hacia el bañado que rodeaba el ángulo de los galpones.

XIII

Una lluvia acumulada y sostenida se descolgó.

Días y semanas se estuvo abierto el cielo; colmando el bañado en forma de embalse y rebalse espaciosos.

Cuando se aclararon las nubes y el tiempo empezó a despejar los campos, apareció una mañana flotando un cadáver sobre los corrales de la estancia de Batista.

Vinieron a identificarlo por un anillo de compromiso. ¡Era el Paraguay! El anillo era de la novia. La novia gauchita que siempre llevó adentro como herida incurable, y que tuvo que abandonar brutalmente, después de la primera muerte

que se vió obligado a realizar en unas esquilas, allá, por la estancia de Quintana, sobre el arroyito de los Ceibos.

XIV

No contando Albino Caña con más delito que el de la sustracción del catalejo y el de haber sido un compinche habilidoso en las travesuras del Paraguay, —fácilmente fue indultado; retomando el servicio de aguatero, del que ya no salió más, a no ser para dar alguna sorpresa de beodo, como la que nos ha tocado utilizar, con el propósito de dar principio a esta narración.

III

José Monegal (1892)

Desde hace varios años, los lectores de **El Día**, al abrir el suplemento dominical de dicho diario, encuentran, casi domingo a domingo, unos curiosos dibujos que representan a unos no menos curiosos personajes cuyo aspecto se aproxima a lo inverosímil. Esos personajes tienen fchas y atuendos muy distintos a todo lo que habitualmente nos rodea. Son figuras de seres que jamás hemos visto. A pesar de lo cual sentimos que esos seres no nos son ajenos, que de algún modo nos son próximos y que, incluso, representan algo que pareciera adormecido en el fondo de la memoria, como recubierto por espesos velos. Esos dibujos ilustran unos textos donde se mueven personajes a las veces tan aparentemente inverosímiles como los representados en los dibujos mismos. Textos e ilustraciones pertenecen a un mismo autor: José Monegal. Según nuestras indagaciones, el autor no ha recogido todavía en volumen —y debiera hacerlo— una selección de esos cuentos que dominicalmente publica en el suplemento citado. Ha editado, en cambio, en 1938 **Nichada (Apuntes de un indio de la selva ecuatorial)** y dos libros de tema histórico: **Vida de Aparicio Saravia** (1942) y **Esquema de la historia del Partido Nacional** (1959). Además, de la novela, **Memorias de Juan Pedro Camargo** (1958).

Estamos seguros que esta última novela tiene que haber contado con la adhesión y la simpatía de esos lectores que acceden con espontaneidad y frescura a la obra literaria; esos lectores que sin prejuicios críticos, sin pretensiones de lucidez en sus valoraciones se acercan a los libros buscando en ellos una sustancia para el alma. (Estos lectores, contra todas las apariencias, existen todavía en el Uruguay). Estamos seguros, también, que si el lector-crítico, el lector-lúcido toma entre sus manos esa novela y la lee con pareja espontaneidad y frescura a la del lector antes indicado, hallará en ella muchos motivos de complacencia e incluso podrá saborear, con verdadero goce intelectual, algunos pasajes, algunos hallazgos estilísticos en que lo popular y lo culto se

alian en un acto de verdadera creación estética. Hacemos todas estas observaciones porque la novela combina aciertos grandes con desaciertos menores, pero los combina de tal modo que, ante ella, es fácil caer en un cierto estado de perplejidad crítica que hace difícil emitir un juicio más o menos rotundo. Volveremos sobre esto, pero antes nos parece necesario hacer una rápida caracterización de la obra. El Juan Pedro Camargo que en la novela escribe sus memorias es un zorro. Con esto queda dicho que la obra entronca temáticamente con un motivo folklórico: el de don Juan El Zorro de los cuentos o consejas populares. Pero aquí no hay un solo don Juan, sino varios, toda una familia, y cada uno de ellos lleva un segundo apelativo: don Juan Pedro, el relator; don Juan León, su padre; don Juan Francisco, su tío; doña Juana Melchora, una tía, y varios hermanos del relator: don Juan Polidoro, don Juan Martín, doña Juana Dominga y doña Juana Inés. Por fin, un zorrillo agregado a la familia: Juanillo. Y junto a este nutrido núcleo familiar, muchos otros animales-personajes: don Vizcacha Pereira, el Aguará Guazú, el ñacuturú, don Dos de Oros, el perro Dick y muchos otros (más zorros, más animales de otras especies). Pero la novela combina este plano narrativo en que los personajes son animales, con otro en que los personajes son seres humanos y en el cual aparecen desde el estanciero y caudillo prepotente (el coronel Camargo) hasta la noble figura de "El Pueta", sin que falte el matrero bravío (El Tuerto Mujica). Ambos planos—el de los personajes-animales y el de los personajes-hombres— se funden y componen un nutrido, abigarrado conjunto narrativo: personajes, situaciones, decorados. Diremos, ahora, cuáles nos parecen ser los aciertos mayores dentro de ese conjunto. Uno: la feliz creación de personajes. El autor, en una acertada reelaboración culta del tema popular, ha descompuesto la legendaria figura de don Juan el Zorro en varias: el relator, zorro joven, que va formando su experiencia; el padre, grave, serio, bondadoso; el tío, don Juan Francisco, es, aunque modificado, el más próximo al don Juan popular: el zorro cargado de experiencia, astuto pero con un fondo de nobleza y bondad, juerguista y muy mal hablado; Juana Melchora, pintoresca combinación de zorra virgen e his-

térica. Idénticamente definidos están los otros personajes humanos y animales (recordamos, por ejemplo, al Aguará, caudillo y héroe, a don Vizcacha Pereira, filósofico, experimentado, pero que sabe, en oportunidades, darle "gusto al cuerpo"). Otro acierto: la combinación, tan fiel a la vida y a la realidad, de lo intensamente dramático, como, por ejemplo, la lucha del Aguará y el perro Espadilla (cap. VII), la historia de la tapera del degollado (cap. XIII) y la muerte de El Pueta (cap. XVII), con las escenas llenas de esguinces humorísticos, como, por ejemplo, el baile en casa de doña Juana la Maistra (cap. XI). Un acierto más, todavía, es la naturalidad con que se ha introducido en el cuerpo novelesco —y especialmente a través de la figura de don Vizcacha Pereira— un contenido de filosofía moral, especie de decantación culta de la sabiduría y experiencia populares. Agreguemos, aun, los logros obtenidos en la descripción de paisajes, en la composición de algunos "retratos", en el tono a veces lírico con que crea una situación, y se comprenderá porqué es ésta una novela cuya lectura recomendamos, aunque, como hemos indicado, ofrezca algunos puntos débiles donde puede morder la crítica. De esos puntos débiles señalaremos tres. El primero, y menos grave, es el descuido en la composición; por ejemplo: desorden en el desarrollo argumental, escenas que se tornan confusas por la actuación de personajes que el lector aun no conoce y el autor da por conocidos, intercalación brusca de episodios secundarios y sin mayor conexión con la acción. Las otras dos debilidades son más graves, porque afectan a la concepción misma del mundo narrativo de la obra. En primer término: no hay unidad en el enfoque de los personajes-animales, que a veces actúan como animales meramente y otros están tan humanizados que son en realidad casi seres humanos. En segundo término: el plano narrativo animal y el narrativo humano se confunden demasiado, interfieren y se estorban. Esta confusión, más la falta de unidad en el enfoque de los personajes-animales, hacen borroso, poco nítido el dibujo total del orbe narrativo. Que, a pesar de todo, se mantiene consistente. Lo salva la sinceridad creadora del autor.

Pasemos ahora a considerar esos cuentos que, con tan curiosas ilustraciones, van apareciendo domingo

a domingo en el suplemento dominical de "El Día". Es un mundo donde viborean matreros, milicos, peones de estancia, chinas viejas y criollas jóvenes, estancieros platudos, negros pobres y uno no sabe cuántos tipos más. Aparecen viejas tercerolas, pistolas de dos caños, sables como montes. Hay montes abruptos, con sus claros tranquilos donde alguien matea y enciende un fueguito cuyo humo se eleva como trepando a la copa de los árboles; hay cañadas; hay arroyos donde alguien pesca; hay ranchos donde se arraciman criaturas. Hay animales que hablan y hasta organizan un certamen de canto; hay crímenes horrendos y clara fraternidad. Hay dibujo, hay color, hay criaturas que muestran en nítidas superficies su intimidad. ¿De dónde sale todo eso? El autor dice, a veces, que de la realidad misma. Quizás sea así. Pero sale, entonces, de una realidad que queda lejos en el tiempo, que llega trepando hasta el hoy a través de las vertientes del recuerdo, del anecdotario más o menos colectivo. Por eso hemos dicho, al comienzo, que todas esas criaturas nos impresionan, a la vez, como muy lejanas pero también como muy próximas, no ajenas. Inhallables, quizá, en la realidad de hoy, son transfiguración literaria de una realidad de ayer, y todos podemos hallarlas, sin duda, en una especie de subsuelo de la conciencia, en una especie de memoria ancestral. Pero lo que importa subrayar es el modo con que el autor trasmite esas criaturas. Su destreza consiste en combinar el retrato con la caricatura. Sin perder realidad, sus criaturas son caricaturescas, hechas de trazos gruesos. (Arte éste que dominó Javier de Viana en los mejores de sus cuentos breves). Y esto nos permite leer con complacencia esos cuentos, sin pedirles que sean más de lo que son: recreación gozosa (aunque a veces con sus puntas de crítica social o de saludable amonestación moral) de un mundo, de una realidad vista en lontananza. Confesamos que de entre ese nutrido conjunto de textos hemos elegido un poco azarosamente los tres que incluimos en esta antología.

Un monteador

(Esto que pasamos a escribir es algo tan absolutamente cierto como que el sol alumbra. Desde que Terencio Ayala fue peón de la estancia de don Quintín Costa, cuando le correspondía realizar su rosario de jornadas como monteador —que lo era y muy solvente— se tomaba un día para hachar y otro para filosofar. Manejando la herramienta, de sol a sol, lo hacía con energía, mudo y duro; filosofando, también, de sol a sol, descansaba el hacha en tanto machacaba su alma con singulares monólogos. El tema de estos monólogos era siempre el mismo: establecía un paralelo entre su vida y la de don Quintín. . . Bueno: por el hilo de lo que se va a narrar se sacará el ovillo).

Bruscamente los tajantes gritos de dos chajás desgarraron la profunda paz. Luego un crepitante golpear de alas. De nuevo imperó el silencio, un silencio que lentamente se fue punteando de píos, voces extrañas, breves estallidos en el río, roce de ramazones. La selva despertaba goteando el sereno de

la madrugada, las formas se fueron precisando, las sombras se iban.

Terencio Ayala corrió el poncho que lo tapaba y se sentó en los cueros de oveja que le habían servido de cama. A un metro de él blanqueaban las cenizas de un pequeño fogón. Con una vara que a su lado había, removi6 aquello, sacó charamusca seca que había dejado el pasto, la arregló sobre el tizonerío y comenzó a soplar. Las llamas se estiraron. Púsose de pie. Su busto desnudo parecía vaciado en bronce. Descalzo, arrastrando las tiras del calzoncillo sobre los húmedos pastos del abra, fue a la vera del agua. Se dio un medio baño, llenó la caldera y volvió al fogón. En una vara pulida ensartó pulpa que arrimó al fuego. Luego, de un buche de ñandú sacó los avíos de fumar. Picó el naco, enchaló el tabaco, encendió la yesca. Lanzó al aire gruesas nubes de humo, echó mano a un frasco. Después amargueó largo tiempo. Terminó comiendo el asado, triturando con sus dientes blanquísimos y parejos unos pedazos que más eran piedra que galleta. Ciñose un chiripá de bolsa y otra vez fue al río. Levantó una caña, ensebó el anzuelito. En seguida saltaban a un lado cuatro o cinco mojarras de un blanco deslumbrante. Atravesó dos en los anzuelos de dos aparejos, revoleó cuerda y plomada y los dejó rozando el camalotal y calzados en un peine de lata que metido en una estaca le servía de roncador. Volvió al fogón. Alzó el poncho y lo tendió sobre unas matas. Abrió los cueros por otro lado. El sol ya hacía vibrar el nuevo día. Entonces empuñó el mango del hacha y empezó a pasar suavemente uno de los pulgares por el filo de la hoja. Pasaba el dedo y en seguida llevaba la mano al cigarro que colgaba de sus labios. Y en ese subir y bajar del brazo comenzó a ensimismarse. Y fue tan poderosa la concentración que inconscientemente se sentó sobre la punta de un trafoguero que salía como un metro del brasero.

—Güeno —se dijo en una de esas—; ¿viá seguir hachando o no viá seguir hachando?

La respuesta a esta pregunta hecha a él mismo tardó un momento. Pero llegó:

—¡No monteo más! Que don Quintín se vaya a la mesmísima. . .

Lanzó una bocanada de humo y siguió:

—Sí. Montee usted de sol a sol, arrejunte cuatro carradas de leña, marche pa la estancia, venga de la estancia, cargue el carro, vuelva a dir y venir, y deseguida a meter hacha otra vez; y don Quintín, llenando la panza muy orondamente, durmiendo en colchón suave, jugando sus güenos solos en la pulpería de Zenén, viajando en pingos superiores cuando no en un carruaje como pa un obispo, y yo. . . ¡no, no monteo más, canejo!

Tiró lejos el hacha y le dio dos besos al frasco, que había sido de anís, cuadrado e imponente, ahora lleno de caña brava. Siguió:

—Ensillo el Ceibal, marchó pa las casas, levanto lo mío y con el Pericón de tiro enderezo a la línea. Y. . . “algún día hemos de llegar, después sabremos adónde”, como le oí cantar a un payador.

Dio vuelta a la cebadura, fue con la caldera al río. Volvía, ya estaba al lado del fogón, cuando el peine roncó. Tiró la caldera, corrió a la línea que ya se cimbraba como bordona y a grandes brazadas comenzó a recogerla. A unos diez metros de él, rompiendo en mil pedazos el espejo del río, asomó la cabeza de una tararira. Era enorme. La boca, cuajada de puñales, imponía pavor. En el postrer tirón la arrojó como a diez pasos, monte adentro.

—¡Tararira y venga a ver! —gritó.

Y cuando iba hacia ella que estaba armando un tifón de coletazos entre la hojarasca reseca, el roncador chilló de nuevo.

Poco después, con calma olímpica, escamó las piezas, las abrió, las estiró con “espeques” de mimbre, las saló y colgó para orearlas. El sol ya picaba, el cielo, intensamente azul, parecía temblar. El bicherío del monte cantaba, trabajaba y luchaba con todas las potencias de sus vidas, desde el picaflor a la pava, desde el ratón al carpincho. Avispas, mangangás,

mariposas y mamboretás enjocaban el aire. El florerío de los ceibos y del camalotal resplandecía.

De nuevo se sentó Terencio y esperó que chillara el agua en la caldera. Se rascó a lo largo y ancho del cuerpo.

—Pero... —tomó nuevamente el hilo del monólogo— el hombre Quintín también tiene sus contras, es verdá. Redepente se alza un cafondó en las casas que dura una mensualidá. Que la mujer, que las hijas, que la doña del pulpero Zenén... Y el hombre vive como caballo que le queman demás la broca. Lo vide una mañana salir del galpón de los cueros, ande había pasao la noche a lo gallo, corrido por la patrona que cuando se le suben los ajises a la cumbra es pior que tomar té de batatilla y dir de visita y el hombre despedía un jedor tan fiero de haber dormido entreverao en la cuerambre que hasta los chanchos le juían y tuvo que ganar el arroyo un día entero pa desmugrarse y descatingarse, sí señor.

Hizo otro cigarro y siguió:

—Yo, eso sí, enamorisqueo a lo gato, con la mujer tallo y apunto y, sobre esto, carniando en hacienda ajena carneo de balde. Pero no ¡no sigo montiando!

El sol ya había inundado el abra, su fuego chamuscaba. Terencio se mudó para el “fogón de adentro”, el del medio-día, perdido en la umbría. Llevó brasas en una lata.

—¡¡Esto es lujo! —siguió el rosario—. Comedor pal almuerzo y comedor pa la cena.

Siguió dándole al amargo y a la brasileña en medio de un frescor que le retozaba desde los talones hasta la coronilla. Antes de sentarse cambió el verdeo al Ceibal.

—Y a tuito esto no he hecho volar ni una astilla entoda-
vía... pero no, no hacho más pa don Quintín. Mañana le-
vanto los mulambros y... Güeno; llego al Brasil, atraco en
alguna estancia, pido trabajo. Si hay, quedo. ¿Y si no hay?
¿Y si no hay en cinco estancias más? No vía seguir a lo largo
de la vida, con los caballos secos y el carpincho secándose...
No, no es muy sencillo el asunto...

Se concentró otra vez, siguió el son del porongo y del frasco. Hasta que un tábano le hizo dar un bote. Lo cacheteó

y el alado cayó entre el ascua, estallando. Al sol le faltaba poco para que sus flechas cayeran a plomo.

—Pero... y a tuito esto las tripas están tocando rancho, Terencio!

Clavó cuatro estacas que por ahí tenía, las emparrilló con varas. Descolgó una de las tarariras, la tendió sobre el varaje. Muy delicadamente seleccionó brasas, las más chispeantes, y las llevó sobre el calvero reseco del fogón, y bajo el pescado las fue poniendo muy ordenadamente. Con una rama de sarandí, cuajada de hojas, les hacía aire de vez en cuando.

A mediodía en punto había comido la carne blanca, tan suave, tan untuosa, y tan soberbiamente asada que hubiera sido plato de honor en cualquiera de los banquetes de Trimalción. Grande era la tararira, gigantesca se puede decir; pero pasó íntegra al interior de Terencio, para dar mayor elasticidad y gracia a su carne y poder a sus huesos, pues la mitad de las espinas desfiló garganta abajo del hombre, sin siquiera tocarla.

—El que se rasque el tragadero con espina de pescado —decía sentenciosamente el monteador— es que no sabe manejar la mascada.

Desenrolló el ponchito de verano y en poco espacio de tiempo roncaba panza arriba con la quietud de un principal de piedra.

La tarde moría en un sonoro y apasionado canto de pájaros. El cielo enternecía sus violentos azules en dulcísimos celestes. Terencio llevó el caballo al río. Lo acomodó luego como para que hiciera noche sobre la alfombra verde. Removió el fuego del abra. Amargueó por lo largo y le vio el fondo al frasco. Comió la otra tararira...

Ya había finalizado el maravilloso proceso del crepúsculo, Terencio Ayala estaba a punto de irrumpir en la vida irreal del sueño, sumergido en las sombras... pero aún de su boca salió en un murmullo:

—¡Esto es vida, canejo! Mañana le sigo monteando a don Quintín...

El negro Ulpiano Maca y los reyes

Al llegar al alto el mozo hizo detener el carruaje. Y tendiendo el brazo hacia el llano dijo a su joven esposa:

—La estancia.

Lejos banqueaba el caserío de la hacienda, y verdeaban los tres ombúes gigantescos que la amparaban. Ella, que por primera vez salía al campo, sintió que una leve emoción le oprimía el pecho: aquello sería su nuevo hogar.

Era fin de año, la recepción fue brillante. De noche hubo baile. El primer día de enero siguió la fiesta. Sobre las once el amo hizo reunir a toda la servidumbre y peonada; y presentó oficialmente a la mujer de su hijo, único. La joven observó que entre los servidores había mucho niño. Tímidos, de azorados ojos, algunos lindos, feos otros. Entonces habló, dirigiéndose a ellos:

—Dentro de seis días los Reyes Magos visitarán nuestro mundo. Deseo que cada niño haga su carta para ellos, pidiéndoles lo que más quieran. Yo me haré cargo de esas cartas y las haré llegar a su destino... Los Reyes son tres: Gaspar,

Melchor y Baltasar. Dentro de cinco días, antes de acostarse cada uno pondrá sus zapatos en la puerta. Los Reyes dejarán sobre esos zapatos el pedido hecho. Voy a hacer traer mesa, papel y sobres, y cada uno me irá diciendo lo que precise. Yo escribiré las cartas.

Y así fue. Hubo un largo desfile. Ante la joven hablaron más los padres que los hijos. A alguno hubo que explicarle aquello de los Reyes. Todos desconfiaban del asunto, dudaron de aquella visita con regalos. Pero todos concluyeron rogando algo.

El negro Ulpiano Macá miraba aquel ajeteo muy atentamente. Era "el puestero de la costa". Contaba apenas cuarenta años, su piel se mantenía tersa, tupido el moterío, los dientes deslumbrantes, los ojos vivísimos. Era un zambo de ancho pecho y músculos admirables. Moraba en un ranchejo, a la vera del monte del Río Negro, entonces virgen. Cuidaba tres caballos para vigilar un potrero de mil cuadras. Con él vivían tres perros medio cimarrones. Había mucho yaguareté por allí y era menester cuidar las crías del vacaje. Además el lugar era sucio, áspero, y tenía que curar o cuerear mucho animal. El negro desempeñaba esta tarea, casi feroz, solo. Era el peón que más estimaba el amo, con esa estimación menaguada que los poderosos sienten por los humildes, si éstos le sirven y rinden.

Cuando desfiló el último de los peticionantes, Ulpiano se adelantó a la mesa de la joven, que ya cerraba los sobres con los pedidos. Se sacó el sombrero muy respetuosamente y dijo:

—Dígame, patroncita, ¿puéo decirle algo?

Junto a la mesa había mucha gente, su suegro y su marido, que siguieron con risueño interés la lista de las solicitudes. El amo dijo:

—¿Vas a pedir algo, negro? ¿Pa quien? ¿Pa los perros?

—Hablando mayormente, patrón, no tengo cría, y bruja a de ser la negra que me haga un tiro de bolas y me trabe las patas. Pero si los Reyes son reyes, han de ser pudientes y

güenos, y podrán dentrar en razón sobre un pedido que yo les haría. . .

—¿Qué le parece, mi nuera?

—Me parece muy justo lo que dice Ulpiano, —ella respondió.

Y abrió una hoja de papel, llevó la pluma al tintero, y

—Pida, Ulpiano, que si sabe pedir los Reyes lo han de atender.

El negro se concentró, apagó a uña la brasa de su cigarro —que atravesó en la oreja— acomodó el cuerpo y limpió el pecho. Y comenzó:

—Señores Reyes. . .

—Uno de ellos es negro como vos, lo digo pa tu gobierno, —terció el patrón.

—Ni en la baraja vide nunca rey negro, patrón. . .

—Así es, Ulpiano, uno de ellos es de su raza —habló la joven.

—Si usté lo dice, patroncita, mejormente, porque siendo negro me atenderá mejor. Güeno. Señores Reyes: mi patrón, que me tá oyendo, no es viviente malo, lo que es una gran cosa; pero podría ser viviente güeno, lo que sería mejor. Por lo que a mí me toca no me quejo, manqué me tenga a patacón por mes, y algunos avíos, y manqué de vez en cuando tenga que carnear algún tigre, que pué llegar el día que un tigre me carnée a mí. Cuando se me recalienta el achuraje ensillo cualisquier de los caballos, que los tres son superiores, y marchó en dos volidos pal pueblo, alante de la frontera, retozo dos días mesturao con el polleraje, y güelvo a mi jaula. Amargueo bien, paso algún trago de la brava, pulpeo regularmente. Totalmente, me lambo solo, como quien dice, y la sangre entodavía me hirve. Pa mí no pido nada, mayormente, señores Reyes. Pero pa mi patrón, que me tá oyendo, si. A ver si puen suavizarle en algo el ánima, mayormente cuando empina el frasco y se embravece y le dá por revolver el arriador dejando cáir la sotera sobre el lomo de esos pobres gurises. . . que si fueran míos. . .

—¡Basta! —rugió transfigurado el amo. ¡Inmediatamente ensillás caballo y te vas, negro trompeta, deslenguao!...

Y atropelló al negro, desenvainando el facón que llevaba. Fue contenido por el hijo y otros que allí estaban. Serenamente lo miró Ulpiano.

—Con decir que me vaya alcanza, patrón. Eso de llevar mano al arma no tá bien. Vea que yo cargo la mía y he cue-riao mucho tigre...

—¡Mandate mudar de una vez, negro sarnoso, o va a ser conmigo! —gritó el hijo del amo.

—¡Con el que sea, patroncito!

La joven señora fue hasta el moreno.

—¡Váyase, Ulpiano, se lo pido como un favor!

Pasados diez días, llegó a la estancia uno de los de la cuadrilla del contrabandista da Luz, quien generalmente paraba y acampaba junto a la Picada Sucia, cerca del rancho del negro.

—Manda decir el puestero de la costa que está esperando hombre pa la tarea. Que en cuanto llegue se muda.

No se dispuso nada.

Un mes después llegó otro hombre de la misma cuadrilla.

—Vengo a decir que Ulpiano tá en las últimas. Ayer se agarró con un yaguareté y...

En el carruaje de la estancia fue el amo y su hijo y su esposa, a quien no hubo forma de detener.

Cuando ella vio, a lo lejos, el rancho perdido entre el bravo espinillar de la costa y sufrió el latigazo elocuente de aquel sitio salvaje, sintió que el cielo azul y el sol esplendoroso se llenaban de sombras. Erizados y fieros salieron los perros. Un hombre —da Luz— pudo aquietarlos. Entraron.

Había un olor fuerte, repugnante, en el interior. El mosquerío zumbaba lúgubrementemente. Ulpiano estaba estirado sobre un catre de gasca. Sobre dos cajoncitos, metidos en los picos de unas botellas, dos velas hacían temblar las sombras. Seis mozos —la cuadrilla entera— estaban junto al cadáver, de pie, inmóviles.

Por largo espacio el tiempo pasó en uno de esos impo-

nentes silencios de la tragedia. En el rostro petrificado del negro había como un velo de dolor y sufrimiento. La joven comenzó a sollozar...

Y cuando de nuevo se hizo el silencio luego de la emocionada explosión de la mujer, la voz de da Luz sonó grave allí:

—El servicio que este negro hacía valía muy mucho; jué pagado con muy poco. A nosotros los contrabandistas nos tratan de foragidos, y la ley nos persigue y castiga. Pero yo reparto lo que gano, a medias con mis compañeros... y entodavía arriesgamos la sangre. ¿De qué había que tratar a los ricos, como el patrón de este negro, qué ley había que hacer pa perseguirlos y castigarlos?

Los seis mozos continuaban inmóviles; pero en sus miradas chispeaba un fuego satánico. Y súbitamente, impresionante, estalló la voz de da Luz:

—¡Juera de aquí, ruines, antes que nos hagamos la ley que merecen!

Al otro día hubo una escena patética en la estancia. La joven había mandado prender el carruaje. Su esposo hecho ensillar caballo. De ojos enrojecidos, saltándole el pecho a cada palabra, ella expresó:

—Vine a formar un hogar, a tener hijos y criarlos buenos... pero tengo que irme, no resisto más aquí. Lo que he visto ha rebasado mis fuerzas...

Y directamente a su marido, en un grito cortante:

—¡Déjeme ir sola, no me acompañe!

Fue tan terrible aquel grito y tan imperioso, que el carruaje partió con ella sola.

Y allí quedaron el amo y su hijo midiendo, por primera vez en el tiempo, la miseria de sus vidas.

El guardia civil Juan Cáceres

Era aindiado, cortón, de ojos escondidos bajo apretadas pestañas, y veinte y seis cerdas repartidas entre bigote y pera. La cola de una melenita lacia le besaba el cogote, nuca abajo. Lo único de cierta belleza que poseía eran los dientes, que los lucía blancos, grandes y parejos.

—Güenos dientes llevás, hermano —le dijeron cierta vez.

Y él:

—Pa lo que los menesto son herramientas muy superiores.

A los ocho años de cargar chaquetilla, bombacha con franja, y sable sonante, había hecho de su carrera ciencia y arte.

De la comisaría a unas dos leguas se alzaba, casi sobre el Paso de los Bagres, el rancherío Tacruzal. En realidad aquellas viviendas eran poco más que taperas y poco menos que ranchos. Allí se hacía de todo —menos trabajar honestamente— entre la última luz de la tarde y la primera del amanecer. Allí pernoctaba Cáceres en la cueva de la Tica Barroso, mujer que le lavaba los mulambos y le concedía su cuerpo

agrio una vez por semana. Cuando Juan volvía a la comisaría ocupaba su lugar en la cama y mesa el “capitán” Gabito, ser que vivía milagrosamente de un naipe cuyas figuras aparecían, también milagrosamente, por entre una pátina de sebo. Alguien le dijo a Cáceres en un encuentro.

—Mire, Cáceres, que el capitán se acuesta con su mujer . . .

—Ta equivocao, don —respondió— yo me acuesto con la mujer del capitán. Y vea: pa polecía yo alcanzo y entodavía sobro.

De cuño personalísimo e inconfundible eran sus procedimientos. Una vez, por ejemplo, salió del Tacuruzal bastante desnortado. La Tica había “compuesto” tres litros de caña que a Cáceres le parecieron la cúspide de la compostura. A medianoche salió del rancho de cincha floja, carona al revés y cojinillos atravesados. Sin embargo no había perdido el tino del todo. Puso rumbo a la Picada Sucia, lugar sombrío que conocía bastante. Era verano, allí cocinaría la tranca en paz. Llegó a un abra, tiró los cueros sobre el pasto y él sobre los cueros. Y entró como en un delirio . . . hasta que se sintió golpeado duramente. Sangre e instinto de indio hicieron que reaccionara de inmediato; y como entre la media luz del amanecer viera encima de él un bulto y sintiera unos bufidos escalofriantes se enderezó y dio libertad a un alarido que sacudió todo el monte del arroyo; y fue un ruidaje de carpinchos al agua, gritos de chajás, y de bichos despavoridos sorteando la espesura. Y ya sintió una voz aguda y angustiada:

—¡No me mate, don Cáceres!

Al lado de él, patas arriba, estaba el contrabandista Nacimiento Queirolo el que, habiendo pasado la picada y no viéndolo, le había echado la recua por arriba. Cáceres era un repentista, observó de soslayo los cargueros, se dio buena cuenta de la situación. Púsose de pie y habló:

—Te estaba aguaitando, lagarto sin yel, quebrador de leyes . . .

Queirolo pudo sentarse. Dijo:

—¡Ah, don Cáceres, no me levante el surtido! Vea que mantengo china y cuatro gurises...

—Sí, y también naipe y taba.

—Pa matizar lo hago, don Cáceres, que las negras hay que mesturarlas con las...

—Güeno, güeno, punto en boca. Lo vía hacer por la china y los gurises. Pero haceme el favor de apartarme cuatro quilos de porotos, cuatro de azúcar, cuatro de fariña, y unas diez rapaduras pa que se lo dejés de paso a la Tica diciéndole que ta pago tuito. Caña no le dejés aunque te pida porque aura le ha dao por hacer compuestos. Podés dirte, ¡y mirá que atrás de aquel ceibo tengo la tercerola!

Esta tercerola de Cáceres, de la que no se desprendía ni en situaciones como aquella del compuesto de la Tica, tenía sus mentas particulares y sonantes. En el curso de su existencia Cáceres había hecho cinco disparos con ella; cada disparo fue un cataclismo. Citaremos uno de ellos. Un matrero famoso, el "Gato Rabón", copó una noche un despacho de pulpería, y trancada la puerta se resistía. Llegó Cáceres, metió el caño de la tercerola reja adentro, hizo jugar el monumental gatillo, y la cosa no dió para más. No mató a nadie; pero de adentro sacaron al pulpero, a cuatro clientes y al Gato Rabón hechos trapo y con los tímpanos rotos.

Bueno. Alboreando un día de diciembre llegó a la comisaría el negro Lesmes, peón de la estancia de Alejandrino Moraes, conocido en ruedas murmuradoras por "el portugués Mandinga". Se trataba de un hacendado de gran fortuna, miserable y ruín; pero "guapo como las armas", y malo como mangangá que le tocan la tacuara. Era poderoso por su riqueza, pero odiado por ruín, pues hasta sus dos hijas, que con él vivían, más bien dicho morían en la estancia con la doble tristeza del hambre y de la prisión, vestían con paños que se deshilachaban de viejos. Llegó Lesmes, fue atendido por Cáceres.

—Traigo un parte muy peludo pal mayor, don Cáceres.

—El mayor marchó antiyer pal pueblo, por el doctor. Tuvo un ataque, el hígado se le sublevó. Yo soy el encargao de la comisaría, ¿qué hay?

—Lo que hay no es nada, don Cáceres; lo que hubo y lo que va haber es que es lo fiero. . .

—¡Gueno, dejate de tiemples y afines!

—Sucede que don Alejandrino nos tiene pasaos, dende las hijas hasta los piones. Si entodavía quedamos algunos es por querencia, por necesidá, y por apego a aquellas pobres niñas que ya no dan más de éticas; más que vivientes parecen estacas. La custión es que Viriato, mi primo, alguna noche carniaba un capón mientras el viejo roncaba, asina nosotros llenábamos las tripas con las que andábamos casi siempre con más viento que otra cosa. Pero antiyer el hombre descubrió el pastel y le dio una paliza a Viriato que pa dijunto le falta un jeme. Entonces tuitos, dende la casera Marica hasta las hijas, nos regulacionamos; y ayer, mientras el hombre dormía la siesta le cáimos arriba y lo reatamos a la cama. Allí ta pegando cada bramido que los perros ganaron el campo. Por eso me mandaron pa ver el mayor y pedirle si pué ponerle algún emplasto al mal. . . ¡Ay, don Cáceres, yo no güelvo allá, pobres de las mocitas, pobres de los piones. . . !

—¿Y vos crees que con lamentos. . . ? Mirá: mientras yo ensebo la tercerola ensillá aquel moro que está en la sogá.

Ya había corrido la mañana. Con sol y moscas llegaron a la casa de Moraes, Cáceres y el negro Lesmes. Se apeó ruidoso aquél y punteando la procesión de hijas y servidores entró en el dormitorio del miserable. El rostro de éste imponía pavor. Gritó:

—¡A ver, milico Cáceres, desátame que con usté o sin usté, viá ser justicia en esta casa!

Cáceres imperturbable arrimó una silla petisa a la cama. Se sentó en ella, descansó el sable y terció la tercerola entre sus piernas. Luego habló:

—Primero y prencipal: si güelva a levantar eso de milico le meto ese milico con tuita la carga de la tercerola buche adentro. Segundo y prencipal: el único que pué poner prima arriba el palabraje soy yo por ser autoridá. ¿Ha entendido?

—He entendido. ¡Suélteme aura!

—Sí, señor. Pero tiene que óirme primero. Pa su cono-

cimiento le viá notificar lo que va por delante. El negro Viriato, pión suyo, carnió un capón sin su permiso, y usté lo descostilló de una tunda. Ni el negro debió robar ni usté descostillarlo. ¡El código pertinente dice que la ley castiga al que roba y castiga al que apalea! ¿Pa qué tamos las leyes, el superior gobierno, y yo que represiento tuito eso? ¿Usté ha escrito alguna ley, es gobierno, es el guardia cevil Cáceres de la sesión correspondiente ande ta su estancia? Pero tuito eso es fariña de a cobre, como quien dice. Usté ha hecho y hace algo pior que lo dicho, y es lo que le viá notificar inmediatamente. Siendo dueño de nueve mil cuadras de campo que ya ni pasto tienen de tanto ganao que aguantan, y teniendo una burra que parece una carreta, de grande, atiborrada de cóndores y doblones, charquea una vez por mes, y de ese charque que mestura con algún poroto picao y con algunos pedazos de galleta como pa sacar chispas a un yesquero, de duras, tienen que vivir sus hijas y sus piones. Los perros se sostienen con las carnizas. Ni los ratones viven en esta casa, hasta las lechuzas pasan de largo por ella. ¡El único con estao aquí es usté, canejo! Y dígame una cosa: ¿pa qué amontona y quiere tanta tierra, tanta hacienda, y tanta plata? ¿Cree que va a seguir parando rodeo en el otro mundo y que allá las libras pesan? Si al menos juera dijunto antes que esas pobres hijas suyas, y ellas pudieran sacarle el jugo a tuito eso, vaya en paz.

Pero al trote que van usté se va a quedar como cuervo viudo. . . ¿y pa qué? El fisco y alguno de letra menuda, que ni sabe cómo usté se llama, se van a comer muy orondamente tuito esto: lo que usté cuidó, el sudor de sus piones, las lágrimas de la finada su mujer, que se murió de pena, y las de sus hijas que ya tan medio idas del encierro y del hambre. ¡Mire, portugués Mandinga, bandido y perdulario, debía de jusilarlo yo mesmo en nombre de la ley y de los hombres!

Y se levantó transfigurado Cáceres. De una patada apartó el corvo y alzó la tercerola. Y al mover el gatillo éste se levantó con un crujido tan imponente y siniestro que don Alejandrino, a pesar que tenía el hígado invulnerable, sintió que el terror le erizaba vellos, barba y melena. Las hijas del

bandido y los peones no pudieron resistir esa acción tan trágica de Cáceres. Las mentas de la tercerola habían trastornado muchas veces el pago. Las mozas se abrazaron a la autoridad.

—¡No tire, don Cáceres; es un desalmado pero es nuestro padre!

Las sirvientas rompieron a llorar, los peones clamaron... Pasó por allí un soplo dramático. Pero el drama real, profundo y tocante lo sintió el estanciero ante aquella reacción del amor filial. Todo lo que había hecho sufrir en su casa se derrumbó ante la determinación de Cáceres, anunciadora de su muerte. Su pecho se alzó, sintió que el nudo de una emoción desconocida lo ahogaba, estalló en un sollozo tremendo...

Hoy la hacienda de don Alejandrino Moraes tiene un patio florido que está lleno de pájaros. Gritos y alborozo de niños... Y en una pared de la sala, bajo un retrato de Cáceres encuadrado en dorado marco está su tercerola; retrato y arma son símbolo de bondad, de sabiduría, y de justicia.

IV

Juan Mario Magallanes
(1893 - 1950)

La obra de Juan Mario Magallanes es como un pequeño manantial que se abre en dos vertientes: una, poética; narrativa, la otra. La primera comprende dos libros (*Mi báculo*, 1920, *La ruta*, 1922) y la segunda, tres (*La Mariscala*, 1931, *Cielo en los charcos*, 1936, *Huellas*, 1942). Ninguna de las dos vertientes es, pues, muy caudalosa, porque no sólo se integran con pocos libros, sino porque éstos no son muy extensos. Parca por su cantidad, la obra de Juan Mario Magallanes es, también, de “**tono menor**” por su tipo de inspiración. Toda esa obra, verso y prosa, tiene un aire intimista, recatado, cauteloso y está dicha con una voz que procura no ser nunca vociferante. Y estos rasgos están presentes, incluso, en los momentos en que la narración se hace más objetiva o adquiere, siempre con medida, un tinte dramático. Es, precisamente, por contenerse dentro de esos límites, en cuyo ámbito halla sus cualidades más genuinas de escritor, que Magallanes ocupa un lugar perdurable en las letras uruguayas. Es uno de esos escritores menores, pero de perfiles definidos, que completan la fisonomía de una literatura y constituyen los “**lejos**” de ella (empleada esta palabra en el sentido que se le da en artes plásticas).

Su primer libro narrativo, *La Mariscala*, que el autor mismo ha considerado un conjunto de “**evocaciones campesinas**”, está formado por trece capítulos unidos por un tenue, casi inexistente hilo argumental. Escrito el libro en primera persona, el autor narra su estada, junto con un amigo, en la estancia de don Juan María Peralta y va entretejiendo, a través de los trece capítulos, la presentación de personajes (el dueño de la estancia y sus familiares, un pulpero, algunos paisanos, un indiecito que mezcla en su alma inocencia y crueldad) con la narración de sucesos (un aparte, una rodada, unas pencas, el baño en una laguna, una serenata), la descripción de paisajes con los trémolos, recatadamente dispuestos en la obra, de su propia emoción personal. El gran mérito del libro radica en la contención del autor, que no procura

salir nunca del tono menor en que inicialmente se ha ubicado. Todos los elementos que el autor maneja —personajes, situaciones, paisajes, emoción personal—, saltan de las páginas del libro en forma nítida, límpida, fresca y se disponen ante los ojos del lector componiendo un cuadro de equilibrados volúmenes, de color bien entonado, de dibujo claro. Es, desde luego, también, un cuadro limitado. **La Mariscala** ofrece ya que no una visión idílica de nuestro campo, sí una visión en que han sido excluidos sus aspectos turbios y socialmente negativos. Es una visión en la que los problemas del latifundio, de la miseria del trabajador rural, de los rancheríos no aparecen. Ni aparecen tampoco (o aparecen apenas insinuados), esos costados “nocturnos”, esos modos de la crueldad y la perversión que, contra todas las idealizaciones eglógicas, forman parte del entresijo del alma campesina (en el Río de la Plata y en todas partes del mundo). El fugaz satinado dramático de algunas situaciones es, así, en **La Mariscala**, sólo el necesario para obtener una nueva forma de interés estético en algunas páginas. Pero, como ya hemos indicado, esta misma limitación es el mayor mérito del libro. El autor ha medido sus fuerzas, sabe de lo que es capaz y se contiene dentro de esos límites. Nos da, de ese modo, “una” versión, “su” versión, de nuestro campo. Es la visión que un ciudadano tiene de la “**vida rusticana**” (o, quizás, la del campesino que tras años de vida en la ciudad, regresa durante unas vacaciones a la llanura). ¿Con qué elemento está compuesta esa visión? Con el júbilo que produce contemplar un amanecer, con la suave melancolía de ver sumirse a la llanura en la noche, con la observación de lo pintoresco, con el goce de resbalar la mirada por la superficie del alma de personajes inhabituales en la vida de quien los observa, con la delicia de un insinuado idilio selvático, con ese gusto especial de ver cumplir tareas bravías. Con esos ingredientes compuso el autor, en **La Mariscala**, su visión del campo. Y por haberla compuesto con sinceridad, nitidez y calidad a la vez narrativa y poética es que sus páginas perviven. Menos memorable nos parece su segundo libro, **Cielo en los charcos**, novela también de ambiente campero y en la cual el autor ha puesto mayores pretensiones, más ambición creadora. En esta obra procuró Maga-

llanes transmitir un clima dramático intenso y efectuar un sondeo en nocturnidades síquicas, pero el logro no corresponde al intento y la calidad aislada de algunos de sus ingredientes no consiguen sostener la totalidad de la novela. El drama —infidelidad de la esposa— del padre, don Tiburcio Lemos, recae sobre el hijo, Antolín, quien, cuando su vida comienza a abrirse a la ilusión y el amor, adquiere la casi certidumbre de aquella infidelidad conyugal y hasta imagina, lo que no es cierto, que su madre ha sido asesinada por don Tiburcio. Esas sospechas son un trauma en su vida síquica. Destruyen su amor y sus ilusiones. Lo sumergen en tinieblas interiores. Absorben el jugo mejor de su vida. Lo estrangulan hasta hacer de él un hueraño solitario resentido. El final de la novela, sin embargo, insinúa una redención del personaje. La obra está armada mediante una serie de estampas, cada una de las cuales lleva un titulillo (**Una noche, Mediodía, Sombras, Huída, Temblor, Retorno**) y desarrolla “un motivo”, el enfoque de un momento del drama. Cada estampa, concebida con cierto tono y temperatura poemático, busca cerrarse sobre sí misma, tener valor propio, pero sin destruir la unidad del todo. Unidad que está asegurada por el hilo anecdótico que corre desde la primera hasta la última página del libro. En este aspecto, en cuanto estructura formal, **Cielo en los charcos** está bien lograda y debe contarse entre los aspectos positivos del libro el acierto de algunas situaciones (por ejemplo, en **Posesión**, la del adolescente provocado por una mujer atractiva y mayor que él; el muchacho arde en deseos y no se atreve; años después recuerda, y recién ve claro en la situación vivida). Otro mérito: la limpieza de estilo que da consistencia a algunas páginas. Es un estilo muy característico, además, de algunas corrientes literarias de esa época. Un estilo formado mediante oraciones breves, concisas. Con abundantes elipsis. Hasta dejar convertida la oración, muchas veces, en un mero sustantivo. (Digamos al paso, que un tal estilo, eficaz para construir alguna página, resulta cansador en el total de la novela). Pero aparte de estos méritos parciales, el conjunto de la novela se resiente, y casi aniquila, por la inconsistencia de los personajes y porque no convence la autenticidad del drama de Antolín. Se siente todo lo que hay en ese

drama de premeditación literaria (tomando estas palabras en su sentido peyorativo). La obra, en este aspecto, parece una glosa de aquella vieja sentencia tanguera: todas las mujeres son iguales (igualmente malas). De este fracaso parcial resurge el autor con su último libro narrativo: **Huellas**, libro que incluye una primera parte titulada **Año 63 - Cuatro estampas de guerra**; una novela corta, **Pamperada**, y dos cuentos: **Corderitos** y **Gaicho**. Las cuatro estampas (**Desertores, Entrevero, Ejemplo, Marchas**) tienen un marco histórico definido: la llamada "**Cruzada Libertadora**" del General Flores contra el presidente Berro. A pesar de que por su tema las estampas se aproximan al clima épico, el autor realiza esta aproximación mediante el tono que le es más propicio: el tono menor, un tono que no se engola ni al describir la bélica situación del "**entrevero**" criollo. Las estampas narran las aventuras de Juancito, un joven pueblerino casi adolescente, desertor de la Guardia Nacional de Durazno (en alguna, junto a él está su aparcerero Luisito, igualmente joven y desertor también). Incorporado Juancito a la "**Cruzada**", interviene en varios lances. Estas cuatro estampas deben incluirse entre lo bueno de Magallanes. Amenas. Bien escritas. Crean clima y personajes. **Pamperada** participa, a la vez, de las virtudes literarias del autor y de las caídas señaladas para **Cielo en los charcos** (aunque en conjunto se sostiene mucho más que esa novela). Escenas fuertes, buenos momentos de estilo, inmersión profunda en la atmósfera campesina. Tales las virtudes. Pero los sondeos psicológicos no convencen del todo, el dibujo del protagonista es pálido, se reiteran innecesariamente algunos elementos anecdóticos (el protagonista vive dos romances amorosos, uno en la juventud y otro en la madurez, sin que el segundo se ligue con necesidad artística a la acción-eje de esta breve novela). Todo esto hace que la acción decaiga, se torne laxa y desmayada y permite pensar que la concentración y economía de elementos hubieran dado mayor solidez a la obra. El intento de salvataje, en medio del temporal, de unos corderitos, está contado con eficacia y ternura en el primero de los dos cuentos que cierran el libro. El otro, **Gaicho**, que publicamos según aparece en **Huellas** (Montevideo, Editorial Cultura americana, 1942), tiene ese tono de autenticidad de quien traslada a la literatura una realidad bien co-

nocida. El autor sabe componer con acierto un cuadro general, y destacar allí, emergiendo con naturalidad de esa atmósfera, a sus criaturas vivientes: el viejo capataz, el mozo, los perros. La pelea de los perros deja en el recuerdo una imagen fuerte. Hay en todo el cuento un hálito primitivo, casi bárbaro, que no destruye el ángulo lírico desde el cual esa realidad está mirada.

Ga u c h o

En el centro del cielo, frente al círculo del luminoso horizonte, el cuarto menguante de la luna lloraba su azul líquido y brillante.

Las grandes estrellas, nítidas, como recién lavadas, se venían sobre los cerros, dejando sólo el verde profundo, por el que se desparramaba la grajea de los astros lejanos.

La luminosidad de aquel cielo purísimo espejaba en los pastos. El reflejo era una niebla plateada flotando sobre el campo dormido.

Los dos jinetes marchaban en silencio. Al paso los caballos seguidos de cuatro perros grandes, silenciosos también, y graves. Los precedía el cuzquerío, varios animalitos retozones, ágiles, que saltaban unos sobre otros, se perdían de pronto entre los árboles para aparecer más allá y cerciorarse si el lento grupo continuaba el rumbo.

A la izquierda, la masa oscura del monte cuya costa seguían, se escondía, lejana, entre dos cerros claros. A la de-

recha, luego del pequeño llano, las suaves lomas cerraban el paisaje. Sobre ellas vichaba el ojo enorme de Venus.

La mancha blanca de la majada recostada a una isla de sauces algo distante del río, vibró un temblor a la proximidad de los cuzcos. Llamados éstos por los hombres, se unieron al grupo que se detenía ya entre la isla y el monte.

Desmontaron los jinetes sosegando la perrada, con bisbiseos enérgicos. Se acomodaron en cucullas, los caballos del cabestro.

Dos pirinchos agujerearon el silencio con ásperos gritos. Rayó el cielo su vuelo claro. Zambulleron luego en la sombra del monte.

—Entonc'e esperamo aquí, nomá...

—¿No le parece?

—Sí... ta bien... me parece...

Armaron sendos cigarros. Al darle fuego, la temblorosa llama mostró primero un rostro anguloso, arrugado, una barba blanca, entera, y un sombrero arratonado echado sobre unos ojillos grises. Luego, una faz bronceada, unos ojos oscuros y vivos, un pelo lacio reventando en rebeldes mechaz bajo un gacho aludo. Se borrarón de nuevo los rostros. Fumaron en silencio. Esperando. Ojo alerta.

La voz llena del mozo, se insinuó en la penumbra.

—Pues sí... como le decía... como yo n'el puesto no tengo más qu'el Valiente y los dos fóster...

—¡Ah!... ¡Ah!...

—¿Sabe?... Com'uno tiene sus ovejita... nu'estoy pa qu'este diablo me termine los corderos... Por eso pensé... vi'a dir a la estancia pa ver si el capataz mi'acompañia con la perrada...

—¡Ah, ah!... es razón... — habló el viejo. — Sí... el ñato y el ovejero son güeno... y el cuzquerío puede ayudar...

Intermitentes, rojeaban las brasas de los cigarros, denunciando los rostros en livideces mates y fugaces. Alguna chispita volaba. Lenta, en el ambiente traslúcido, iba oscureciendo hacia abajo, hasta fundirse con la tierra negra.

—¿Entonces... li'ha dijuntiau unas cuantas ovejita, el animal ese?

—Sí, señor. Como tre cordero, esta semana. Y en lo'e Benite, también tré.

—¿Y quién dice que lo vido?

—El gurí'e Bilbao. Ayer tardecita dice que supo verlo al trote como pal mont'e talas grande.

—¿Y nu'habrá vido mal el gurí?

—Y... el gurí es lince. Dijo qu'era un perro loguno, grandote... Y, como decía, yo lo había campíáu tres o cuatro noche, siguiendo la majada... frente a l'abra, al lau'el paso... Tengo recorrido pa'entr'el monte... iy nada!... Así, que cuando el gurí me dijo anoche.

—¡Ah, ah!... claro —y continuó—: Una ocasión, hace añares, nos jorobó muy mucho un perro diablo que s'escapó di'un rancho después que le dieron una zurra di'arriador, por ladrón. Ganó el monte, y, ¡viera matar cordero!... Era cuando yo supe ser pión en lo'e don Amancio Parede...

Le hizo bajar la cabeza la evocación. Armó otro cigarro, lento. Al darle fuego, ya la chispa del recuerdo titilaba en sus ojillos grises, desatando la lengua:

—¡Cómo se van los año!... Mire qu'he cincháu qu'he pasáu trabajo!... ¡Y a ocasione, amigo, parece que todo jué ayer!

Suspiró hondo:

—Aura nomá, ricordaba qu'entonce li'arrastraba l'ala a una tal Nieve Pareja... ¡linda moza!... Tal mal que yo lo diga, ¡pero andaba encamotada la china con este criollo!...

El silencio señaló un leve resplandor tras las suaves lomas.

Y el mozo:

—Vienen las barra'el día... y el hombre nu'aparece...

Pero el viejo continuaba:

—Sí, señor... como le decía, ¡se macaba lindo en la mazurca la china!

Bailoteaba un aire de malicia en la voz opaca:

—Mas dispué, quedé como chanco con el viejo Pareja. Porque no le cumplí a la muchacha... ¿sabe?...

—¡Aha, ah!...

—¡Amigo! ¡Me trajo por las corona, el viejo! ¡Era malo como tomar agua sudando!

Una risita hiposa le hizo escupir el pucho, que se abrió en una lluvia de pálidas chispas.

Miraron hacia el llano. Tranquila reposaba la majada blanca sobre el campo azul.

Clareaba el cielo. Los rostros de los hombres se insinuaron, terrosos.

La voz del viejo, monótona, rascó de nuevo la hora indecisa.

—¡Pagos lindos, aquellos, amigo!... ¡en aquel tiempo! ¡Si vier'aura! Vez pasada hice noche po'allá. ¡Ni sombra'e lo qu'era! And'estaba la estancia'e don Amancio, han formau un pueblito. Todo dividieron y vendieron. Pura gente nueva. ¡Naciones a bocha! Hay un regimiento!

—Vea, ¿eh?...

—¡Sí!... ¡Puro milico, nomá! Y chinerío e cuartel. De los vecino d'ante, ¡ni seña! ¡Es una pen'amigo! Nu'hay hospitalidad en ningún lau...

Temblaba el violeta del alba. Ya había pájaros.

Las ovejas llamaban a las retozonas crías.

Se delineaban las lomas, puras, lentas.

Runroneó aún la voz cascada:

—Mi'acuerdo como si fuer'aura. Cuando cái'a la pulpería'e los Pintau en mi moro parejero, con las pilcha que me hizo el platero Martine, de Mina...

—Memoria linda, tiene...

—¡Y de no! Supe ganar mis carrerita con ese moro!...

Interrumpiéndolo, el mozo tomó al viejo de un brazo. Señalaba por entre los árboles, hacia el campo:

—¡Mire!

—¡Parece ser!

En silencio, distrajeron los perros, acariciándolos. Atisbaban, atentos.

Sobre la próxima loma, que iluminaba ya el alba, se perfilaba neta, la figura de un animal galopando pesadamente. Contra el cielo claro se recortaban las gruesas patas, el anguloso lomo, las orejas abanicantes. Parecía un ternero si no fueran el ritmo del galope y los estrechos corvejones.

Se arremolinó la majada, punteando hacia el monte. La blanca teoría tremulante de balidos repiqueteó sobre el duro suelo su terror. Pronto una nube de polvo opacó el naranja brillante del cielo crepuscular.

Trabajo costó a los hombres contener a la inquieta perrada husmeando a la bestia vagabunda que trotaba ya por el llano. Obedientes, los canes gruñían su afán, gemían su quietud forzada.

Era el gaucho un perrazo barcino, rayado en negro. Pelo corto, erizado. En el tronco y el rabo, en el cogote y el lomo, chatascas de abrojos y barro le prestaban extraño aspecto. Las fauces tremaban anhelosas y la lengua zangoloteante, lívida, se deshilachaba en brillantes hebras. Dientes fuertes y blancos de animal joven.

A pesar del miserable ropaje, de la magrez, de aquel rabo horizontal e inexpresivo; no obstante la actitud solapada, temerosa, y el revolver lento de aquellos ojos, algo fuerte, serio, trazaba su trote fatal sobre el llano.

De súbito, plantóse, inmóvil, una mano en el aire, los ojos vueltos a la isla, las anchas orejas captando ruidos, una hacia atrás, la otra hacia adelante; mientras se alejaba la majada y los corderos alocados alzaban la espuma blanca de sus saltos.

Fué sólo un instante.

El barcino, perdido el rabo, giró sobre las patas, huyendo cuesta arriba. Era pesado su galope, torpes sus movimientos de haragán.

Los cincuenta metros que lo separaban del grupo fueron salvados rápidamente por la suelta perrada. Furiosos ladridos escandalizaron la hora serena y alegre.

Los hombres saltaron a caballo. El redoblar de los cascos empujó a la desatada jauría.

Pronto los cuzcos dieron alcance al fugitivo, se atravesaron en su carrera. Rodaron como pelotas. Pero volvían a estorbar la huída, tercós, atrevidos, chillando su miedo.

Cercano ya el galope de los caballos, el gruñir de los perros grandes, las voces de los hombres azuzándolos:

—!Usca, Sauce,¡... !Usca, Barroso!... Valiente!...
¡Sh, sh, sh, sh¡

El gaucho se decidió de pronto.

Contra el pajonal clavó la grupa. Medio sentado sobre los cuatros, sin un ladrido, con un revolver loco de la cabeza, se aprestó a la defensa. Y, parecía saberlo, a la muerte.

Al aproximarse los otros, sus ojos quizás buscaron con vaga esperanza un compañero. Los perros lo avanzaron como fieras.

Mezquinaba el pescuezo el barcino. Pero el mastín, saltando sobre su lomo, lo aprisionó del cogote, sacudiéndolo. Entonces, prendió también de una oreja al ovejero. El dogo se colgó de la garganta. Coquimbo, pobre perdiguero, cayó bajo el montón. El gaucho, en ímpetu desesperado, hizo presa en su pescuezo.

El grupo informe brotaba gárgaras de rabia, sacudidas epilépticas, gruñidos de esfuerzo.

Alrededor del gaucho, sacado de contra el pajonal, el cuzquerío, sabandija ávida, tironeaba, despedazaba la cola, los garrones, el lomo. De la oreja libre se colgó un foxterrier que quedó balanceándose, como muerto.

Era fuerte, bien mantenida, la perrada. El barcino se entregaba lentamente.

Aquello duró largos minutos. Los hombres, de a caballo, contemplaban el cuadro con ambigua sonrisa en los rostros.

Ya era día claro. Un cielo alto, limpio, cobijaba la tierra. El verde tierno de octubre triunfaba en árboles y gramíllas.

El ovejero arrancó por fin la oreja en que había hecho presa. La cabezota gris surgió entonces mutilada, sangrienta.

Debajo, yacía el Coquimbo, como sin vida.

Los atacantes, parásitos enormes, no aflojaban sus mandíbulas.

La boca ávida del barcino se abrió hacia el cielo. Un aullido erizante, ahogado, se fue escondiendo en las fauces, de donde emergía la larga lengua como una piltrafa sangui-nolenta. Hasta allí saltó entonces el ovejero, clavó sus colmillos, apretó las quijadas, sacudió furiosamente.

El perrazo se derrumbó. En la garganta estrangulada agonizó un gemido humano. El cuerpo desapareció bajo la jauría enfurecida.

La carnicería que siguió puso nerviosos a los hombres. Trataron de espantar los perros. Al cabo, los grandes soltaron su presa. Sonaban las narices, que refragaban contra el pasto. Sólo el dogo continuaba como dormido, el hocico incrustado en la garganta del miserable barcino.

Los hombres desmontaron. El viejo metió entre las mandíbulas agarrotadas del ñato el mango del rebenque. Mientras forcejaba, el mozo tiraba de las patas del animal. Por fin lo desprendieron. Quedó como atontado, ahogándose, aplastado sobre el pasto, como un enorme sapo disecado.

—¡Perro bárbaro! — ponderó el viejo.

Los cuzcos ladraban alrededor. Saltaban sobre la masa sangrienta que era la cabeza del gaucho, arrancadas las orejas, mascado el hocico, la garganta hundida, seca, los ojos como dos globitos rojos.

Al sentirse solo, volvió aquellos ojos hacia los hombres. Una mirada de supremo espanto subió por las enormes figuras hasta el cielo. Luego, reposó el cráneo informe sobre la tierra. A su lado, el cuerpo del Coquimbo yacía arrollado, afuera la lengua bermeja, los ojos vidriados, el pescuezo hendido brutalmente. El mozo lo empujó con el pié. La cabeza rodó, sin vida.

—¡Pobre Coquimbo!... Nu'er'animal pa esto.

Cuchillo en mano, se fue al barcino:

—¡Vamu'a despenarlo di'una vez!

Le hundió la hoja hasta el mango, en el corazón.

Se distendieron las patas. Temblaron un momento. La

cabeza se echó hacia atrás. Una mancha negruzca lamía desde el hocico deshecho hasta los cuartos traseros. La chupaba la tierra, ávidamente.

El hombre limpió la hoja en el pasto. Guardó el cuchillo.

Montaron.

—Güeno, vamo. Este no mata más cordero.

—Capaz.

Silbaron a los perros, que desparramados, festivos, galoparon delante de los caballos.

Asomó el sol sobre la isla.

Las sombras de los sauces se acostaron junto a los dos cuerpos inmóviles.

V

Juan José Morosoli
(1899 - 1957)

Con los poemas de **Balbucesos** (1925) y **Los Juegos** (1928) inició Juan José Morosoli su vida literaria. En ellos ofrecía ya una personal manera de sentir la vida y expresarla poéticamente transustanciada. Esa poesía, que canta y cuenta, tiene una sustancia —hombres, ambientes y paisajes— que prefiguran el mundo narrativo donde Morosoli halló, más tarde, su feliz plenitud de escritor. En 1932 publicó su primer libro de cuentos, **Hombres**, que reeditó, con muchas modificaciones, en 1942. Entre ese inicial libro de cuentos y el póstumo **Tierra y tiempo** (1959), que recoge parte de su labor de cuentista de sus últimos años, se encadenan cinco libros más: **Los albañiles de “Los Tapas”** (1936), que congrega el largo relato que da título al libro y diez cuentos; **Hombres y mujeres** (1944), cuentos; **Muchachos** (1950), novela; **Perico** (1947), estampas para niños, y **Vivientes** (1953), cuentos. Inéditos o no recogidos todavía en volumen quedan aún una considerable cantidad de cuentos, notas, ensayos. Toda esa labor hace de Morosoli uno de los valores más firmes y perdurables de nuestra narrativa. Y no se puede dejar de repetir, aunque sea una obvia repetición, que la figura de escritor de Morosoli muestra un rasgo inusitado: no quiso nunca abandonar su entrañable radicación en su región natal, Minas. Halló allí, en los paisajes y seres que lo rodearon, la sustancia con que elaborar su obra. Paisajes que a las veces son mortalmente agobiadores por su monotonía, como esos campos, pura planicie de pastos apenas onduladas “**que no tiene ni un árbol para los ojos cansados de planos muertos**”; seres humildes, en los cuales los afanes y quehaceres del diario vivir se constituyen en ocasiones en calladas formas del heroísmo. Pero esta humildad de los paisajes y seres que constituyó en materia de su obra, no le restó a la misma ni profundidad ni riqueza. Toda realidad, por ínfima que parezca, está grávida de plenitud y sentido. Basta que una mirada cargada de amor sepa penetrarla para que se llene de significación. Esto es lo que hizo Morosoli con esos seres —tan

humildes— y con esos paisajes —tan elementales— que constituyen la materia de su estupenda obra de escritor. Hundido en su región natal con el vigor de una raíz en la tierra nutricia, hizo de ella alimento de su alma y la reintegró luego convertida en limpia creación literaria.

La primera imagen que surge en la memoria, cuando se piensa en la narrativa de Morosoli, es la de un mundo de seres que, inicialmente, podrían ser definidos con el nombre de un oficio; en las páginas del minuano pululan monteadores, garceros, chacareros, albañiles, soldados, lavanderas, artistas de circo, rezadoras, peones de estancia, fabricantes de ataúdes, siete-oficios. Son todos seres elementales, que viven embebidos en la naturaleza y sometidos dócilmente a las leyes misteriosas que la rigen. Pero en todos ellos hay una chispa de vida espiritual, de honda y auténtica vida interior que los redime y los coloca por sobre ese sometimiento. La naturaleza puede a veces estrujarlos a veces casi bárbaramente; ellos mismos dejan, en ocasiones, que la vida los gaste como el roce gasta una moneda, pero en todos hay como un oído interior que escucha recónditas voces que vienen de lo hondo de sí mismo y es a modo de una dulce luz acariciante. La naturaleza es **un** y no **el** factor determinante en la conformación de los personajes morosolianos. Otro factor, y esencial, es el carácter reactivo del personaje mismo, su capacidad de responder con una réplica no fatalizada por la índole de la naturaleza que lo rodea. Esta libertad interior hace que los personajes morosolianos sean siempre, en cierto modo, constructores de su propio destino. Ellos sienten la vida como un que-hacer, aunque en algunas oportunidades sea un que-hacer tan delicadamente interior que se reduce a un auscultarse a sí mismo. Acotemos, eso sí, que lo que suele ser destructor para estas vidas tan humildes y sencillas es el peso de la tremenda injusticia social que en ocasiones padecen. En este sentido, aunque el autor no vocifera su rebeldía, su obra constituye una implícita denuncia de esa injusticia. Pero conviene acentuar el carácter de interioridad de los personajes morosolianos. Es por la sutilísima trama de su vida interior, que con frecuencia corre tan mansa y murmuradoramente como las aguas de un arroyo, que los personajes del minuano se definen realmente. El acontecer

exterior, el elemento anecdótico suele ser mínimo en sus cuentos. Muchos de ellos parecen hechos con la sustancia de la quietud y el silencio; la vida se remansa hasta dejar la impresión de un aire extático y detenido. El acaecer exterior pasa a un segundo plano; el personaje crece hacia adentro. Lo realmente profundo no es lo que les ocurre, sino su manera de reaccionar ante la circunstancia.

Ya hemos señalado en otras ocasiones que dentro de este mundo de seres elementales dos tipos humanos se dibujan nítidamente: el sedentario y el nómada. Paradigma del primero es el viejo Andrada, a quien **“los hombres, los días y los años se le iban sin tocarlo, sin rozarle el alma, que él tenía sólo para los domingos del monte”**. Pasan a su lado los seres, los compañeros de pieza y hasta **“un compañero muy especial”**, Floro Acuña, **“que le dijo una vez cosas muy hondas”**. Pero para Andrada sólo el monte existe profundamente. **“Iba a visitar el monte, como otros van a visitar un pariente o un amigo”**. Y en el monte se quedaba **“vaciado por las horas que hacían dar vuelta la sombra de los troncos, mientras la briza rozadora de hojas, movía las copas unánimes y los ojos se le iban poniendo pesados de mirar contra el cielo el vuelo de los bichitos**. El monte le entrega poco a poco sus secretos, se los vuelca en el alma y se la endulza. Y en esta quietud de planta milenaria, el viejo Andrada vive tan intensamente como en medio de extraordinarias aventuras. Junto a estos seres que escudan en una inefable quietud, y que dejan que la muerte les venga casi como una presencia acariciadora, aparece en la obra de Morosoli su contrapartida humana: el nómada, el vagabundo que quiere **“ir a pasar trabajo a los caminos”**. El sedentario clava sus raíces en un rincón del mundo; el cruza-caminos poseído de un extraño desasosiego, necesita ampliar horizontes, como juntando recuerdos para un trasmundo eterno, previsto y aceptado con cierta ironía: **“Yo plata no he juntado mucha... (—dice uno de estos personajes—) pero caminar he caminao... Si un día uno se va pa'yá siquiera vido algo...”**. Esta vocación de nomadismo suele nacer de la manera más imprevista. No es la necesidad material lo que los lleva a abandonar el pago. No es tampoco la falta de apego a éste, ya que el pago perdura siempre como lo añorado, como el recóndito centro

de sus propias vidas. El pago desde la lejanía se les hace más íntimo: **"Pago sin ausencia no tiene gusto... El pago es la ausencia"**, declara uno de estos vagabundos morosolianos. Es un irrefrenable impulso interior, que no saben de dónde les viene, el que los fuerza a cambiar la dirección de sus vidas. Parecen querer prolongar sus vidas más allá de sí mismos para tocar ensimismados la vastedad del mundo. Inolvidable ejemplo de nomadismo lo ofrece "el chileno" del cuento **Un compañero**. El chileno fue el compañero más especial que tuvo el indio Barrios. Un día, el chileno, que venía no se sabe de donde, le ganó el rancho al indio Barrios. Sin necesidad de invitación se instaló allí; sin pedir permiso cayó un día con una mujer. Permaneció unos meses con Barrios, hasta que de pronto, sin causa, le dice simplemente: **"Compañero, vi'a seguir"**, y se fue no más, dejando al indio Barrios dueño de todo: **"rancho, mujer y cielo"**.

Si original es la visión narrativa de Morosoli, tan original como ella es su forma expresiva. Su estilo, de extraordinario vigor, es sintético, incisivo, ceñido a su objeto emocional o descriptivo. Es un estilo que parece morder las palabras para acuñarlas en frases pulidas como sentencias. Tan original como su estilo es su personalísima forma de composición literaria. Salta por encima de la sucesión cronológica y ordena idealmente el acontecer de la vida de sus personajes. Con entera libertad, pero sin incurrir en desorden, avanza y retrocede en el tiempo. Esto le permite abarcar, dentro de un breve cuento, una o varias vidas enteras, sin falsearlas, sin empequeñecerlas, sin que en ellas falte nada de lo que les es esencial. Es como si de cada personaje nos ofreciera una sucesión de fotografías que lo mostrara en diferentes momentos y situaciones de su vida. Pero de fotografías que, además de modificar previamente la realidad a través de la perspectiva de la toma, hubieran sido ordenadas de acuerdo a una ley ideal que atendiera al orden profundo determinado por la conformación del alma de sus personajes. La ordenación contingente del acontecer real es sustituida así por una ordenación estética que depura, valoriza y da significación a la realidad tratada. Francisco Espínola ha escrito que esta manera de composición **"permite llegar a dar lo más íntimo de una psicología sin el fácil y habitual procedimiento de**

que el autor la explique y sin necesidad, tampoco, de tomar un más extenso período de circunstancias donde el espíritu, el actuar, vaya grabando su signo”.

Los cuatro cuentos elegidos para nuestra antología pertenecen a los siguientes libros: **Montaraz**, a **Los albañiles de “Los Tapes”** (Montevideo-Buenos Aires, Ediciones de la Sociedad Amigos del Libro Rioplatense, Vol. XXII, 1936); **Siete Pelos y Hernández a Hombres y mujeres** (Montevideo, Claudio García y Cía., 1944) y **Dos viejos**, a **Tierra y tiempo** (Buenos Aires, Editorial Cátedra Lisandro de la Torre, 1959). De estos cuatro cuentos, representativos de las mejores virtudes narrativas de Morosoli, sólo queremos decir que, a nuestro juicio, logran, dentro de su estupenda concentración, dejar parados, palpables en su ser físico y espiritual, cinco o seis personajes vistos en profundidad. Una vena de ternura, púdicamente recatada, corre debajo de esas páginas que tienen, por momentos, una fisonomía virilmente áspera.

Montaraz

Juan Artola se quedó en un rincón del patio, bajo un toldo de madre selvas.

Arrinconado, solo, fumando.

En vez de quedarse triste con la muerte del machito se había puesto malo.

Entraban algunos a acompañarle el sentimiento por la pérdida. Otros ponderaban al muertito:

—¡Tan bien criaio!... ¡Y pa mejor el único machito!...

—Con tantas hermanas pa cuidar cuando le toque dirse a usted!...

Algunos parecían tener la intuición del drama del padre:

—¡Diba ser su compañero!... Las mujeres son pa la madre!...

Artola hacía arder el pucho. Tenía fiebre en los ojos. Y en la nuca fiebre y ojos. Ojos que veían cosas que daban miedo.

Cuando le trajeron un mate de cedrón, lo devolvió.

—Tómelo Don Artola... Es consolador... Suelta el dolor... Usted tiene que desaugarse!...

—¡Va a consolar hombres con mate!... ¡Lleve, lleve, hombre!

Se fue el otro. El se quedó solo. Como cuidando una cueva.

Artola era muy cerrado de trato. Cazador de oficio en “la época e’la perdiz”, cazaba también “de montaraz”, haciendo zafra de cueros silvestres. Esto lo había hecho poco conversador, pero en cambio su conversación era muy apreciada porque “era conversación con más güeso que carne”.

Daba gusto tenerlo de compañero en una prosa mano a mano, atada con un mate de “tomo y devuelvo cebao”.

La mujer era bien el derecho si él era el revés. Era ladina, buena vecina, que pedía un servicio de gusto pa vincularse. Muy junta-mujeres parecía como un hecho de Dios lo de tener tres hijas y un varón: el muertito. A la madre, como le gustaba prosear, Dios le había dado tres hijas. El padre precisaba un hijo pa estar callado.

Artola tenía dos o tres amigos. Más bien compañeros, pues a veces hacía caza junto con algún vecino sin trabajo. Le gustaba agenciar amigos en las malas horas.

—Los bailes no sirven pa encontrar amigos...

—Los amigos se encuentran en lo cayao...

¿Parientes?... ¡Salga pa yá!... Los amigos, que más no sea usted loj elige...

Los parientes y las enfermedades son mandaos!...

La yunta era rara. ¡Esas cosas!...

—¿Lo vé a Artola?... Duro como un carezo: adentro está lo güeno... Pa ella es lo de adentro...

Lo habían visto los vecinos con las muchachas en racimo a la espalda. El sentado. La mujer alisándole el pelo!...

—Déjate e’mentir!...

—Viene del monte a ablandarse!

Yunta rara. Artola duro. Seco. Grandote.

—¡Un cerro con un clavel del aire arriba!...

Artola ambicionaba un machito. ¡Mire que un hijo pa compañero e'peripecias debe ser lindo!...

En el monte le iba a ir dejando la herencia:

—Mirá: vamo a plantar unaj casiyita e'máiz. N'aquel peladarsito!... Máices que en vez de choclos van a dar capinchos!...

Era así: se plantaba maíz pa los bichos. Del playo con el maizalito salía un sendero cuerpiando barrancas. Cuando las lunas de marzo calentaban de amor las parejas, éstas se hacían andariegas, retozonas. Entonces era cuando encontraban el maíz. El capinchaje jugaba a tumbos y bufidos. No se les veían las cabezas y los güi, güi, guf, guf, salían de los frotamientos de bestias y barrancas. Se levantaban polvaredas bajo la luna. Huían sombras bajo la clara noche total. Sonaban los tiros. Tumultos embalados, las bestias se azotaban en la laguna muerta bajo la luz. Quejidos que parecían de hombres se apagaban en el agua. Sonaban notas de flautas que parecían estarse rompiendo. A veces un balazo acertado en la bestia al perfilar la barranca, la hacía saltar en puntas de pie, como un payaso, y caer como una bolsa. Un momento. Luego estallaba el cohete del eco en alguna garganta de la sierra distante. Venía el silencio al fin. Un silencio lleno del susto del monte. Un silencio que escuchaba.

Artola arrastraba la pieza cobrada sobre una rastrita. Si se dejaba el pelerío en el arrastre, se perdía aquel playo para cazar nuevamente. Si se cuidaba ese detalle volvía la manada, a amarse a golpes y mordiscos, olvidados de la muerte, brutos de vida.

Artola tenía el espejo de su ambición en Venancio Pérez, un montaraz que cazaba garzas —plumas de garza decía él— en los bañados calientes y llenos de pájaros en los eneros ardidos:

—Cuando laj aves no ponen, ni crían, ni tienen que dir a ningún lao...

Cuereba cisnes en los abriles marchitos, cuando se juntaban las aves viajeras pa despedirse y acordonarse en collares

que se abrían y cerraban en el cielo. Pérez tenía un negrito que era una plata. El viejo se pasaba haciendo cuentos o inventando historias de pájaros y peces pa entretener al negro. El muchacho iba “pintando pa bueno”. Pérez lo había visto hacer “cosas de contarse” y el negro todavía “era un mososo”...

Artola vivía arañándose en los montes. Un espinillo le clavaba un pincho y él con rabia como si le pegara a un hombre, le pelaba un gajo de un machetazo.

No precisaba compañía. Era capaz de pasarse el día tomando mate desde el ranchuelo montaraz. Se curtía, se maduraba, se hacía espeso de mieles sexuales y volvía fuerte y silvestre a suavizarse a las casas. La mujer veía venir una fuerza grandota que le hacía andar en remolinos cerca de él, como sorbida. En esos días los planchados y los lavados los cumplían las vecinas. Las gurisas andaban en el medio sitio fondero jugando, y se daban casos en que Artola y la mujer mandaban por dos o tres días a las hijas a casa de la abuela. Lunas de miel.

Así vino el machito. Artola fue otro. ¡Hasta se reía pa los extraños!

Artola se perdía en pensamientos. Tal vez nunca pudiera tener el compañero que quería... Estaba tratando de rumbiar y no podía. Pero era seguro que lo que le había pasado le volvería a pasar... ¿Por qué?... ¡Vaya a saber!...

Se daba cuenta que esto no lo podía decir a nadie.

—Seguro: hay cosas que no las entiende nadie!... ¡Qué se le va a hacer!... ¡Todo no lo puede entender un cristiano!...

Allí comenzaba a bulliciar mucho. En las piezas adentro la madre estaba acompañada. El muertito estaba allí mientras todos conversaban.

Artola entró despacio. Fumaba, cerrada la boca dentro la barba negra, crecida en los cuatro días de vigilia. Su si-

lencio llenó la pieza. La gente fue callándose. Frente al muer-tito, con su bombacha negra ceñida al tobillo y su torso cua-drado bajo la blusa negra, Artola era un silencio irradiante. El muchachito en la cajita parecía más pequeño. Un silencio blanco purísimo frente al silencio arañador del padre. Estaban al fin solos los dos.

Nadie se animó a mirar si Artola lloraba...

Clareaba apenas cuando Artola despertó a la "patrona".

—Vamos, m'hija...

Ella se vestía. Buscaba la ropa tanteando. Las piernas lechaban las sombras, Artola cargó la cuna. Ella llevaba las flores. Iban al camposanto.

—Viene a ser una rejita, noverdá?... Soliloquió Artola:

—Va quedar bien!...

Ella ya había extendido las flores sobre la tierra fresca. Artola al poner la cuna tuvo una duda:

—La ponemos paradita o con el nido pa abajo?...

Ella no contestó porque estaba llorando.

Siete Pelos

Allí, entre la lujuria de las achiras, el hombre busca un número. Un pariente. Un desorden de cruces acribilla el plan-tío. Algunas tropiezan. Otras sacan hacia afuera el pecho de hierro en forma de corazón. Van y vienen hormigas atarea-das. En la mañana, encerrado allí, dentro del cementerio, Siete Pelos introduce unas puñaladas que espeluznan los ár-boles. Está afilando con una piedra roma una guadaña de filo agrio. De esos filos que duelen en los huesos cuando las pie-dras lo hieren. Los tajos que se frustran en la piedra andan en el aire.

Medio perdido en el yuyal, en "la tierra de los niños", Siete Pelos busca fijar el rostro del visteador.

Conoce el lugar. Lo tiene en la cabeza. Como un almacén. Cada cosa en su lugar.

El que llega no sabe esto.

Por eso él gana siempre. Como si estuviera mirando la boca del naipe.

El lugar donde hay más flores es el de los “angelitos”. Flores precisamente, no son. Son plantas de perfume doliente. Cedrón. Ruda.

—Las madre son madre...

Después viene el lugar de los hombres.

—Hay meno que en el de los angelito... Pero hay.

—¿Las llevan las mujeres?

—¿Quién las va a llevar?...

—Nadie te dice nada... Es una pregunta.

Prosigue:

—Las mujere con tanta potencia en la vida, no tienen ni una flor...

Y termina:

—Semo más bandido que las mujere... ¡Semo plaga, los hombre!...

El desconocido está allí, mirando la tierra, buscando situar al muerto.

Siete Pelos también. Tiene buena memoria. Tiene “todo representado en la cabeza”. Como una casa de comercio. Pero él no es un diario al que le ponen una cosa y queda allí. Para siempre.

Hace un esfuerzo para recordar.

A los dolientes les gusta que le recuerden los muertos...

La tumba está en “adultos”. Y por el lugar donde busca el otro, debe “andar” por los cinco años. Casi siempre los que buscan le erran cerca.

—Y si son cinco años tá en “la cantera”...

La cantera es el osario.

—¿Cada cinco años?

—Cuatro... ¿y sinó?... Precisarían más lugar pa los muertos que pa los vivos!

Ya está frente al otro. Sombrero en mano, tendiéndole la mano.

El hombre adelanta la de él. Ya casi palma a palma la detiene.

Mil veces le ha pasado esto a Siete Pelos. ¡Cómo si las manos de él no tuvieran dedos y pelos como las otras!

—¿Hermano?

—Sí. Un hermano... Toy seguro que estoy bordeándolo... ¡Pero cinco años son cinco años!

Siete Pelos se pone misterioso.

—¿No será má?... Si es el que yo digo, es má...

—Bueno... Cinco años y cuatro meses.

—¡No le dije!

Ahora ya está en la boca del trillo. El asunto sale. Más aquí o más allá sale.

—¡Ajá!... ¿Peón?... ¿Hombre de media edá?

—Sí. De horno... Con los vascos Aranda. Ladrillero...

Como Siete Pelos sigue concentrado, el otro rumbea con tristeza hacia una idea que le duele:

—¡Lo habrán tirao a la cantera!...

Siete Pelos se yergue.

—¿Y si yo le digo una cosa?

No espera que el otro responda. Lo hace él mismo:

—El pobre está guardao... Ahí tiene usted... ¿ve? ¡Guardao!...

Y comienza una historia.

—Vino otro hombre...

—¿Otro?

—¡Pues!... y dijo, lo único, que no era pariente. Que era amigo... ¡Me lo pidió!...

Como el hombre no tenía plata vendría después.

—¡Pobre!... ¡Quería que se lo guardara!... no vino más... ¡Vay'a saber! Quién le dice el fin del pobre...

El otro trata de encontrar el rostro de ese hombre que acaba de encontrar Siete Pelos.

Entonces es cuando éste dice:

—He hecho una cosa que no se puede... Le viá ser franco: si usted quiere, capaz que me hace echar... ¡Pero yo por los muertos... esté.. soy capaz de todo!...

Ahora conversan unidos por esa cosa tan sagrada que van a hacer los dos.

—Usté se viene de noche con la urna... Yo se la lleno...

—Tá.

Se lleva el índice a la boca:

—¡Qué haya misterioso! ¡ni a su mujer!... ¿Oyó? ¡Les viá dar sellaos y notas y “decretos”!

Se tienden la mano.

El otro ya se olvidó que aquella mano es la del campesantero.

Siete Pelos no niega que algunos pesos premian estos favores. Tampoco niega que dé “muertos cambiaos”. Casi todos.

—Te digo la verdá —dice. —Los vivos si no ven algo del muerto se olvidan... ¡Si no hubiera cementerios los pobres muertos estaban arreglaos!...

—Algún un día un muerto te pega un susto...

—Vos tenele miedo a los vivos... ¡Lo que son los muertos!...

El oficio, claro, no será lindo. Pero él lo heredó. Y que es un oficio, es.

—No es cuestión de hacer un aujero y ya está...

El sabe conformar un pariente. Siempre tiene un sitio esperando en cada lugar. En cada lugar porque tiene “encanterados” los muertos. Como plantas.

—Allí los hombres... allá las mujere...

Cuando le traen el papel, “porque hasta pa eso se precisa papel”, lee.

—Tá bien.

Semblantea a los dolientes:

—¿Cuál es el hermano?

Le dice que tiene allá, donde se ve el sol dorando la tierra que sacó del pozo, un lugar especial.

—Ha llevao mucho sol... Y allá no estuvo nadie...
¿Ve qué negror de tierra?

Ya cumplió todo. Está arrollando la piola con que bajó el cajón.

—Té tranquilo —le dice.

Le pondrá flores muy seguido. Nunca le faltan flores.

—¡No tengo familia y planto pa ellos!...

Señala el enorme campo pinchado de cruces.

El otro agradece. Baja el rostro. Mira la tierra fresca. Mullida como un colchón.

Las hormigas que habían interrumpido el camino, enloquecidas por aquella multitud de pisadas, lo ordenan nuevamente.

Siete Pelos piala el pensamiento del doliente:

—¡Y estos bicho se van'acabar también!... Mientras yo esté aquí, esté tranquilo...

Estas palabras las coloca a interés como monedas.

Al irse el otro, recibe la última prueba de Siete Pelos:

—Haiga resinación...

Y se queda solo frente al muerto, mirando la tumba.

A los que se van, esto los emociona.

Hay otro cementerio, allá en el centro de la ciudad. Pero aquello no es un cementerio. Eso piensa él.

—Lujo...

—Los muertos quieren estar bien —responde el otro.

Se indigna.

—¡La gente ni sabe lo que quieren los muertos...

Piensa un poco. Rectifica:

—¡Y, habrá también muertos que les gustan las bobadas! Claro, que hay excepciones.

A él mismo le llevaron hace poco, un hombre riquísimo que quería que lo pusieran allí, donde está él. En la tierra, bajo un árbol. Siente admiración por aquel hombre.

Hombres sencillos como aquel había pocos. El hubiera deseado conocerlo. Siente admiración por él.

—Tiene un panti6n de m6rmo1 en el otro cementerio...

No era que se lo hubieran dicho. El mismo fue a ver aquel pante6n. All3 estaba el nombre.

—¡All3 t3 el nombre y 3l aqu3!

Señala el t6mulo de tierra con una cruz de madera en la cabecera.

Cavaba una tumba cuando lleg6 el propio jefe de la oficina. Tra3a unos papeles bajo el brazo.

Siete Pelos tembl6.

Le sali6 al encuentro:

—¿Qu3 pasa?

El otro le dice que "le lleg6 la hora".

El est3 demudado. A lo mejor alg6n chisme es lo que trae hasta all3 al jefe con aquellos papeles.

—Lo ascienden... Usted va al otro cementerio... M3s sueldo y otra vida...

Nunca ha pensado 3l en este cambio. Se lo dice:

—¿Pa qu3?

El tiene una vaca. Un cuzco. La casa all3 contra el muro, mirando al campo.

—Y, ust3 ve... Pa mi esto es una quinta...

Es lindo tomar mate all3, de tardecita. Solo.

—Dispu3 los domingos... ¿Qu3 va a hacer 3l los domingos que tiene libre, all3 en el pueblo?... ¿No le parece?

El otro se va.

Siete Pelos lo ve partir. Luego va hacia la pala y como si hubiera salido de un peligro comienza a silbar como un muchacho.

Hernández

Solo, lo que se dice solo, vivía Hernández. Como un bicho. Mientras vivió su mujer, siquiera iba a velorios y bautizos. Después se acabó esto también.

Fue al volver del entierro de aquélla, que su hermano anunció:

—Por dos o tres días te vamo a acompañar...

El se asombró:

—¿Por?...

—Pues... Vos ves que solo...

Y... bueno. Se le había muerto la mujer. A muchos se les mueren las mujeres.

—No, —les dijo. —Es cuestión de acostumbrarse... ¿Y vos te crés que yo no me voy a acostumbrar?...

Siguieron un rato sin hablar, hasta que el otro por decir algo al despedirse:

—Lo que tenés que hacer es resinarte... ¿Qué vas a hacer con sismar?... Lo que no tiene arreglo está arreglao...

Se calló esperando una palabra de respuesta, pero “el doliente” había entrado al rancho.

Esperó un segundo para despedirse.

Volvió el viudo con una lata de maíz.

—Viá racionar los chanchos —dijo—. Los pobres no comen hace dos días...

Algún vecino aparecía de tarde. Esto, hasta que él se enfermó y estuvo tres o cuatro días en cama, sin poderse mover, con un terrible dolor de espaldas, como una cucaracha panza arriba.

Se había levantado, mejorando ya, cuando llegó un vecino. Se enteró.

—¡Pero Hernández!... ¡Parece mentira!... ¿Qué le costaba poner bandera?

Ponían un trapo blanco atado al extremo de una picana cuando había enfermos. Era el llamado a los vecinos. Desde el valle ancho donde estaban desparramadas diez o doce chacras se veían aquellos trapos pidiendo ayuda. A veces aparecía uno negro. Los hombres se enfundaban en un traje negro y partían hacia allá luego de dar alguna orden:

—Vos seguí arando... ¿qué le vamos hacer?...

Y a las mujeres:

—Bueno, hay que dir a acompañar esa pobre gente. Aprontensén.

El trapo negro vaciaba los ranchos. Los caminos de hormigas de los bancales se llenan de galopes primero, y luego de sulquis crujiendo de mujeres gordas, que llenaban de llanto el rancho apenas llegaban.

Hernández, malhumorado aún por aquel dolor que no tenía nombre, respondió:

—¡Pa lo que me iba a mejorar colgando un trapo y hablando bobadas!...

Desde ese día ni los vecinos llegaban más allí.

—Tá bien... que reviente solo, nomás!

Tres veces al año llegaban al rancho el hermano y los sobrinos. Tres veces y nada más. Cuando Hernández cortaba el trigo. Al trillar, y a buscarlo para ir juntos a la iglesia el Domingo de Ramos.

El hermano se acercaba:

—¿Cómo está, Hernández? — le dice.

Se abrazan fríamente, hasta rozar cara con cara, de costado, mirando uno hacia un lado y el otro al opuesto. Como un brazo que en vez de juntarlos los aleja. Frío que da miedo.

—Bien. ¿Su gente?

—Bien.

Después los sobrinos. La mano recta, que entra en la otra como una baraja en un mazo.

—¡Bien y usted!

—¡Bien y usted!

—¡Bien y usted!

Marcharon al galope. Sin hablar, separados por un silencio que desparrama el tío. Un silencio que sólo se puede romper con preguntas que apenas tienen respuestas.

—Tenemo herrero nuevo por allá...

—Sí, eh...

—Las rejas las calza bien... Y es considera pa cobrar...

—Sí, responde Hernández, dicen q'es lo que tiene...

El silencio en el galope lo miden estos diálogos. Estas preguntas del hermano que tiene necesidad de calentarse un poco en la voz del solitario.

—¿Tendrás moñato a porrete?

—Yo y todo el mundo.

—Si —piensa el hermano —el año que es bueno pa uno es pa todos... Pero estas no son contestaciones de dar...

Los muchachos acortan la rienda. Hacen un cigarro mientras el padre y el tío sacan ventajas. Se emparejan luego de pequeños diálogos:

—Tá cada vez más bicho...

—¡Es tío y todo lo demás, pero la m...!

—Y... bueno... Nosotros no tenemos la culpa...

Al regresar, en la portera ya:

—Bueno, le diré hasta pronto, que haya salud.

Parece no oír, pero contesta:

—¿No querés llevar moñatos?

—Tenemos hasta pa regalar, contesta uno de los sobrinos.

Galopan hacia la chacra distante, callados por no echar afuera la rabia que les despierta aquel tío rico, tan “roñoso”, con cien hectáreas de chacra, que parece olvidado de la vida.

Esto hasta que el padre termina un largo pensamiento:

—¡Qué hombre este Hernández!...

—Tá cada vez pior...

Han de pensar todos lo mismo:

Cien hectáreas, casi sin cultivar, él sólo... Ellos son muchos y tienen de tierra cansadas de cultivos...

Pero al padre se le ha escapado esto:

—En el cajón no se la va llevar...

Hernández a pesar de todo trabaja como una bestia. Esta es la verdad. Cierto que es un hombre fuerte y sano. Pero no tendría necesidad de trabajar así. Hasta que no puede más.

Un día le pregunta el hermano:

—¿Cómo hacés?... Trabajás a lo loco... ¡Y solo!

—Me levanto y aro, responde él. Le meto hasta que no puedo más.

Esta es la única vez que parece calentarse la charla entre los hermanos. Una satisfacción inmensa pone locuaz al solitario. Está revelando el secreto de su vida feliz.

—¿Tengo que pagar renta?... No. No tiene. ¿Tengo que darle cuenta a alguno? Tampoco. Y eso de que uno estuviera haciendo algo y el otro no entienda y pregunte con los ojos...

—A la misma finada le daba por hablar después de comer y al dormir... A veces estaba arando horas como si recién empezara, y comenzaba ella a los gritos:

—¡La comida! ¡La comida!

Había que dejar. Había que venir o era capaz de matarse a gritos...

Otras, a él se le cerraban los ojos, y ella deje y deje hablar:

—La más chica de Toledo se va a casar pronto... Ahora está solo. Feliz. Hace lo que quiere.

—Trabajo hasta que no puedo más... Cuando no puedo más, dejo...

Venía después la comida. El hacía unos guisos hermosos.

—No me falta nunca la carne de capón... ¡Cómo es pa mí solo!... Mi familia no come...

El hermano piensa en esto. Comer carne de capón, así, todos los días... Y que es verdad, es.

—Le meto hasta que no puedo más... Después dejo...

El hermano piensa también en esto:

—Este come hasta que no puede más... Esto todos los días... ¿Y él?... El come así cuando se casa algún vecino... Después, ¡si te he visto no me acuerdo!...

Prosigue el otro:

Después voy y me acuesto... No tengo quien me llame y me converse que se casa la menor de las Toledo!... ¡Duermo hasta que no puedo más!... En verano te levantas de la siesta... salís afuera... aquello es una bandeja que se levanta y se baja llena e'trigo... Comés una sándia al fresco... Te dentra una cachimba en la panza... Tomás un poco e'caña y aquello es un baile donde estás vos solo...

La cara revela un placer que al hermano le hace mal... Está reconstruyendo la vida del solitario. Trabajar hasta no poder más... Parece mucho, sí. Pero él trabaja hasta más allá de esto. No puede más y sigue... ¿Y dormir?... ¡Cada helada que duele en los pies sólo de mirarla y hay que poner los huesos de punta... ¿Y comer?... ¡Dios los libre si juéramo a comer así!... Semos once bocas —piensa— y si comiéramos así, al poco tiempo nos rematan hasta nosotros!...

Va a comenzar la trilla cuando el hermano va por Hernández que se acostó a "dormir atrás de la barriga", haciendo reposar la comida.

Hernández está en la cama. Durmiendo para siempre.

Aquel día había cumplido sus tres deseos. Había trabajado desde antes del amanecer hasta el mediodía. Hasta que no pudo más. Luego había comido hasta no poder más y ahora dormiría hasta que no pudiera más.

El hermano y los sobrinos siguieron trillando. Total, había trigo "para unas horas nomás"... El trigo no espera y el pobre Hernández ya no tendría apuro para nada.

Después de la trilla la bandera negra subiría hasta los primeros astros.

Dos viejos

Fue una amistad que se inició en la ventanilla de una oficina de pagos para jubilados.

Don Llanes recibió de manos del pagador una planilla en la que tenía que escribir algunos datos personales.

—¿Y usted no me la puede escribir? —preguntó el empleado.

—No. Pero aquel hombre tal vez le ayude.

Señaló a un hombre que estaba esperando. Este se paró y se acercó a la ventanilla, cobró y luego fue a hacerle el trabajo a Llanes.

A fin éste presentó el papel, recibió el dinero y salió con el otro de la oficina.

Ya en la calle Llanes invitó:

—¿Vamos a tomar una copa?

—Le agradezco pero no bebo.

—Entonces acépteme unos bizcochos.

—Mire, le digo la verdad, pero a esta hora no apetezco.

Don Llanes lo miró de frente. Advirtió que era un “viejo poquito”. Suave. Delgado. Atildado. Tenía buena corbata. Buenos botines lustrados. Y unas manos finas y blancas. Parecían de mujer.

—Ta bien —dijo—. Yo cuando cobro, como alguna golosina y me paso alguna caña para adentro...

La mañana estaba linda. Bien soleada la plaza. Bajo las acacias de sombra redonda, medallones de sol se hamacaban suavemente. Había un silencio agujereado por los píos de los gorriones. Don Llanes miró hacia los árboles. Sacó la tabaquera y se la tendió al otro.

—Haga uno. Es de contrabando.

—Gracias, no fumo.

Entonces Llanes preguntó:

—¿Es enfermo usted?

—No señor, pero me cuido.

Se hizo una pausa.

En el centro de la plaza, bajo una acacia dorada, el banco donde siempre se sentaba a comer bizcochos, parecía esperarlos.

—¿Qué le parece si nos sentamos a prosear?

—Sí. Eso sí.

Don Llanes era un hombre bajo, de cuello corto. Vestía bombacha ancha, de abrochar bajo el tobillo y calzaba alpargatas. De él se desprendía una fuerza tranquila. Su cara era plácida. Sin sonrisas, de mirada fuerte pero no dura. Una mirada que se quedaba un poco en las cosas.

Hablaba despacio con voz gruesa y baja. Una afeitada reciente hacía resaltar más el tostado de la piel en el cuello y en la frente. Un tostado color ladrillo.

—Yo estoy acostumbrado a sentarme aquí cuando cobro.

—Yo lo he visto. Vengo seguido, pero después me canso. Pero al rato vuelvo a venir...

—¡Fíjese!

Entonces “el viejito” —así lo había bautizado Llanes— ya seguro del interés del otro por su charla, prosiguió:

—Como no tengo familia vivo en una pensión...

—Una cosa que yo no podría, ¿vé? —acotó don Llanes.

—Sí, es triste... pero...

Don Llanes esperó un poco la continuación del relato, y preguntó después:

—¿Y?

—Eso. Tres en una pieza. Los otros son jóvenes. Trabajan. Vienen a comer y se van. Después vuelven y se acuestan.

La necesidad de contar algo de su vida parecía haber desbordado su prudencia frente a aquel hombre con quien hablaba por primera vez y que parecía tan diferente de él.

Siguió:

—Y no han caído en las camas y ya están dormidos.

—Las camas son para eso...

—Sí. Eso sí. Pero yo me acuesto y demoro en dormirme... Y después que me duermo me despierto otra vez... Me cuesta volver a dormirme... Hasta que me levanto temprano a esperar.

—¿A esperar qué?

—¡Nada! ¿Usted sabe lo que es esperar nada?

—Si le digo que no entiendo.

—Espero la hora de almorzar... Salgo y entro y salgo otra vez... Doy vuelta la manzana y vuelvo... Me siento aquí y espero. Calculo que son las doce y son las diez... Las doce demoran mucho en venir... Almuerzo y tengo que esperar que pase la tarde y la tarde no se va nunca. Cuando llega la noche espero la cena... Me acuesto... No me duermo y lo peor es que me tengo que quedar quieto porque tengo miedo de despertar a los otros...

Llanes le escuchaba. No entendía bien la tragedia del hombre pero se daba cuenta de que aquello era una cosa de esas que parece que no pueden ser.

El otro seguía y Llanes se iba fastidiando con él porque aguantaba aquello y lo contaba con una lentitud que no estaba de acuerdo con su deseo de que terminara en algo. Que le pasara algo, en fin. Hasta que le interrumpió:

—Pero amigo, le dijo, ¿usted no se enloquece?... Porque eso es peor que estar tullido.

—¿Como peor que estar tullido?

—¡Pues! Un tullido está tullido. Pero usted puede andar. Irse. Hacer algo. Usted no está atado ni enfermo, ni preso, ni yo que sé que es lo que le pasa!

—Sí, sí. Tiene razón, pero...

Los dos se habían desahogado. Parecían quedar vacíos. El silencio ni los separaba ni los unía. Como si hubieran vuelto a su natural soledad.

Así hasta que Llanes invitó:

—¿Qué le parece si vamos a mi rancho y comemos un asado?

El viejito aceptó porque le faltó resolución para rechazar la invitación.

No se explicaba porqué había ocurrido esto que le sacaba de su orden, de su destino de pieza engranada en un vacío que le hacía funcionar sin que hiciera falta. Que le hacía funcionar porque sí. Sin explicación posible.

Palabras fueron y palabras vinieron. La tarde se les fue sin advertirlo. Habían recorrido la quintita de Llanes. Llegaron hasta las barrancas del arroyo que distaba unas centenas de metros.

Ya estaban cerca de la pensión. Habían caminado dos o tres cuadras sin hablar cuando Llanes dijo ésto:

—Lo que tiene que hacer usted es venirse a vivir conmigo. Prueba. Si no le gusta se va...

El viejito vaciló. Miró a Llanes y contestó tímidamente:

—Bueno... Si usted quiere...

El rancho era amplio. Limpio. Paredes de ladrillo y techo de quincha, plantado en un terreno de dos mil metros bien cultivado. En dos horquetas clavadas en la tierra, el mazo de cañas de pescar, con una bolsita enfundando las puntas.

Llanes al lado del fogón tomaba mate. Era la primera mañana que iban a compartir. El viejito se lavó, se peinó y se acercó al fogón.

—Buen día— dijo.

Llanes por contestación le entregó el mate. Más que invitarlo le ordenó:

—¡Tome!

—Es temprano —dijo el otro—, usted madruga.

—¿Temprano? Son las seis...

Tres breve pausa, siguió:

—Como va a dormir de noche si se levanta a media mañana...

El otro no dijo nada. Pero pensó:

—Si le llama media mañana a las seis, se levantará a las cuatro...

Tomaron cuatro o cinco mates. Llanes volvió a ordenar:

—Vamos al mercado... Hoy vamos a pucheriar...

Cuando volvieron Llanes fue por verduras y leña. Al viejito le pareció que su deber era ayudar al amigo y se puso a lavar la carne. Cuando Llanes volvió lo encontró en eso.

—¿Pero qué está haciendo hombre? — le preguntó fastidiado—. ¿Se cree que la carne es una camisa? ¡No ve que le saca todo el jugo.

El otro se quedó callado. Abrumado por la reprimenda. Llanes lo advirtió y le dió lástima.

—Parece una criatura —pensó. Y dijo:

—Usted no haga nada sin preguntar... ¿No ve que no sabe?

El viejito empezó a agrandarse en la estimación de Llanes aquel día en que leyó el diario "para los dos".

Leía y hacía consideraciones sobre lo que leía. Explicaba todo y Llanes le entendía. Le parecía "estar viendo" lo que él le relataba. Se le "representaban" las cosas, según le dijo.

Era una crónica policial y al final comentó Llanes:

—Es grandemente claro... Pero la muerte está bien hecha.

—Sí. —dijo el lector—. Pero una muerte es una muerte...

—Según. El que sabe como fue es él...

—Sí. Pero la cárcel...

—Eso no es nada. Yo le digo porque sé... Feo es dormir con un muerto abajo la almohada... Si usted mata pa defenderse el muerto se va... Si no, se queda... La justicia es usted ¿no le parece?

—Eso sí... Pero...

Callaron un momento. Luego preguntó el viejito.

—¿Usted conoció algún caso?

—Sí. Me tocó a mí. Tuve preso y después salí... Y si le digo que no me acuerdo de la cara ni del nombre del muerto, no le miento...

Y tras un silencio:

—Bueno... Si las cosas no entraran y salieran de uno...
¡Dios nos libre!...

Estaban tomando mate cuando llegó aquel hombre. Era joven. Descendió de un camión.

—Buen día, dijo. Y se dirigió a Llanes:

—¿Cómo está?

—Bien... ¿Y vos?

—Bien...

Señaló el camión y dijo:

—Ahora estoy trabajando bien... Es mío...

—¿Y tu madre?

—Bien.

Se callaron. Parecían haber dicho todo hasta que Llanes preguntó:

—¿Querés quedarte a comer?

—No. Me tengo que ir... Tengo que cargar leña...

Otro silencio, pesado.

—Así que me voy a ir...

Le tendió la mano a Llanes y siguió:

—Bueno... Que siga bien...

—Gracias. Y dale recuerdos a tu madre.

El joven subió al camión y partió.

El viejito preguntó:

—¿Y este mozo?

—Dicen que es hijo mío...

Se asombró el viejito. Nunca había oído a Llanes hablar de su familia.

—¿Así que es casado entonces?

El que se asombró ahora fue Llanes.

—¿Casado? no! Pero hijos debo tener... dos o tres...

—¡Ajá!

—He caminado mucho. Uno por aquí y por allá. Y como ni ayuda ni pide ayuda... Y los hijos son de la madre, no del padre... Si uno sigue y ella queda, quedan ellos.

El viejito calló. Se concentró. ¡Qué hombre este Llanes! Sembró hijos. Mató un hombre. Olvidó a los vivos y a los muertos. Está solo y es feliz.

Comprendió que los hechos de su vida los iba dejando olvidados, como si no hubieran tenido consecuencias. Como hechos que al realizarse murieran.

Llamaban a la misa las campanas de la Iglesia. El viejito se levantó, se vistió con su traje dominguero y salió del rancho.

Llanes mateaba.

—Se durmió, le dijo y le alcanzó un mate.

—Gracias, dijo el otro. Hoy no puedo. Tengo que estar en ayunas.

Esperó que Llanes le preguntara algo. Que le averiguara porqué se había vestido con aquel traje que desde que vivía con él no se había puesto nunca. Pero Llanes no pareció interesarse ni por la contestación que él dió al rechazar el mate, ni por el traje nuevo.

—Voy a la Iglesia, dijo. A comulgar... Voy medio seguido... Y preguntó después:

—¿Usté no va?

Llanes pareció asombrarse.

—¿Para qué? preguntó a su vez. Y siguió: No estoy enfermo... No preciso nada... ¿Para qué voy a ir?... ¿No le parece?

El viejito no le contestó y ganó la calle. Camino a la Iglesia pensaba:

—Sí. Algo iba a pedir él... Pero no era para ahora. Era para después... Pero Llanes ni eso precisaba... Y recordó algo que le oyó decir un día: ¿Pedir lo que a uno le tienen que dar?... Si se lo tienen que dar y no se lo dan el que está mal es el que lo tiene que dar... Entonces usted lo agarra... Por eso él no pedía nada...

Ahora la vida de ambos tenía un ritmo parejo. De yunta. Comían, tomaban mate, pescaban. A veces recorrían la costa del arroyo. Hablaba el viejito y Llanes callaba. A veces hasta preguntaba algo, parando las lecturas del otro. Llanes cavaba la tierra. El viejito le seguía con fidelidad de perro, o iba al costado de él o le alcanzaba pequeñas plantas que el otro trasplantaba.

Aquella tarde fueron al arroyo. El viejito vió como Llanes se desnudaba y zambullía en la laguna desde la alta barranca. Después iba y venía nadando de orilla a orilla. Cuando salió le dijo:

—¡Pero qué hombre es usted Llanes!

No entendió Llanes y preguntó:

—¿Qué dijo?

—¡Que sería lindo ser como usted!

Se fastidió Llanes.

—Déjese de bobadas, dijo. Y luego: Decirme eso a mí que no sé leer!... ¡Cállese!

El viejo caminó dos o tres pasos, recogió la ropa de Llanes, y al tiempo que la alcanzaba dijo:

—Vístase ligero, Llanes... ¡Hace frío!...

Llanes sonrió.

Desde que estaban juntos era la primera vez que sonreía.

VI

Enrique Amorim (1900 - 1960)

El nombre "Las nubes", de la residencia donde el salteño Amorim vivió sus últimos años, es un hermoso y sugestivo nombre. Hace pensar en una amplia perspectiva abierta a un horizonte lejano, en un cielo azul, en unas nubes de pausado andar. E, inmediatamente, en un hombre ensimismado que, solitario, contempla toda esa dulzura. Quizás, en alguno de sus momentos íntimos haya sido así el escritor salteño. Pero su obra literaria, tan arraigada en la tierra y sostenida en los problemas del hombre, tan batalladora y colmada por los afanes de nuestro tiempo, destruye esa imagen de un ser contemplativo. Esa obra nos hace pensar en un hombre que no contempla sino que escruta la realidad. Una de sus últimas fotografías nos lo muestra así: con la mirada tendida a lo lejos, como de quien examina lo que tiene ante sí con soterrada pasión y al mismo tiempo, con fría objetividad. Su iniciación literaria (*Veinte años*, 1920, poemas) fue una eclosión lírica; esa vocación poética lo acompañó toda su vida (de poemas es uno de sus últimos libros, *Mi patria*, 1960). Escribió también para el cine y el teatro (*La segunda sangre*, drama, 1952, y alguna otra pieza); la pluma del ensayista también se movió en su mano. Pero fue, ante todo, narrador. Y como narrador, dió lo más perdurable de sí. Su obra de narrador se explaya en varios libros de cuentos (*Amorim*, 1923, *Las quitanderas*, 1924, *La trampa del pajonal*, 1928, *Después del temporal*, 1953) y numerosas novelas (*Tangarupá*, 1925, *La carreta*, 1929, *El paisano Aguilar*, 1934, *La edad desapareja*, 1938, *El caballo y su sombra*, 1941, *La luna se hizo con agua*, 1944, *El asesino desvelado*, 1945, *Nueve lunas sobre Neuquén*, 1946, *Feria de farsantes*, 1952, *La victoria no viene sola*, 1953, *Corral abierto*, 1956, *Los montaraces*, 1957, *La desembocadura*, 1958, *Eva Burgos*, 1960). Ante esta abundancia de material no puede dejar de sospecharse la existencia de una variedad de tonos, de temas, de tendencias, de períodos. La crítica, en efecto, ha ya señalado algo de eso. También puede sospecharse en esa obra tan am-

plia desapareja calidad en sus distintos momentos. La crítica lo ha subrayado, asimismo. Mario Benedetti ha afirmado que Amorim “fue un escritor de extraordinarios fragmentos, de páginas estupendas, de magníficos hallazgos de lenguaje, pero también de grandes pozos estilísticos, de evidentes desaciertos de estructura, de capítulos de relleno”. No es posible dentro de los límites de esta presentación atender todos los aspectos de esa obra tan variada y extensa, y que, teniendo singular importancia en la narrativa rioplatense, es, al mismo tiempo, tan singularmente desapareja. Concentraremos, pues, la atención solo en algunos aspectos de sus libros, a nuestro juicio, más representativos.

En la obra de Amorim no faltan (no podían faltar en un escritor tan buceador de temas, tan acuciado por el afán de explorar posibilidades temáticas), la narración de ambiente y personajes ciudadanos. Pero es, a nuestro ver, en el medio rural donde ha encontrado los personajes y temas, los decorados y atmósferas que le han dado la materia para las mejores y más significativas de sus obras. Y de ellas, tres nos parecen las esenciales: **La carreta**, **El paisano Aguilar**, **El caballo y su sombra**. Aunque independientes entre sí (sólo hay una levísima relación entre las dos últimas a través de algún personaje de la primera de ellas recordado en la segunda), esas tres novelas constituyen una especie de trilogía en que se elabora, con creciente rigor conceptual, un tema: el del “diálogo entre el hombre y la llanura”, mencionado al final de **El paisano Aguilar**. Cada una de esas tres novelas constituye un momento de la visión que de la realidad tiene Amorim. Esos tres momentos, finalmente, se integran. El círculo se cierra. Y se nos da una visión total. **La carreta**, cuyos antecedentes se hallan en **Las quitanderas**, es la invención de una “realidad narrativa” que no copia estrictamente ninguna “realidad real”. Invención del escritor es el tipo de prostituta nómada, del curioso racimo humano que en su lento andar transporta la carreta. Invención son —o quizás sean— muchas situaciones y modos de verla que en la obra aparecen. De todos modos, según los más conocedores, no son “típicas” de nuestra campaña, ni aun en el norte, donde la acción ocurre. Pero lo cierto es que es “elaboración poética” está reali-

zada con “sustracto” de realidad. Los sentimientos primordiales; los perfiles básicos del habitante de nuestra campaña —de la campaña del norte, especialmente— están en los personajes de **La carreta**. Almas desnudas en su primitivismo. Historias cruzadas por violentas ráfagas de pasión elemental. Miseria física y moral, en algunos. Una cándida ingenuidad que aflora entre esa miseria, en otras. Coraje. Astucia. Hurañía. La novela toda nos envuelve en el hálito áspero de esa tierra, según escribe Jorge Luis Borges, “de gauchos taciturnos, de toros rojos, de arriesgados contrabandistas, de callejones donde el viento se cansa, de altas carretas que traen un cansancio de leguas. Tierra de estancias que están solas como un barco en el mar y donde la incésante soledad aprieta a los hombres”. La carreta, primer momento en la elaboración del tema “diálogo del hombre y la llanura”, es como una toma de posesión del material literario. El escritor otea la realidad. Busca raíces. Se empapa de esencias. Y se complace en reelaborar todo eso con poético realismo, sin que la conceptualización estorbe esa reelaboración. Quiere transmitir en su virginidad primaria esa su primera visión. La carreta puede ser vista, así, como el suelo raigal de las otras dos obras. En **El Paisano Aguilar** comienza la elaboración conceptual del tema. El autor enfrenta aquí al hombre, al hombre individual, Pancho Aguilar, y la llanura. Pero el diálogo es, valga la paradoja, un diálogo hecho de silencios. Porque el hombre —el hombre del campo— es poco locuaz y se encierra en su mutismo, y “la pampa es muda y tan sólo se expresa por hechos grávidos de silencio”. Más que un diálogo hay una lucha: la lucha del paisano Aguilar que se siente “abofeteado por el campo” y se defiende “del avance de realidades campesinas”, y la llanura, que lo succiona, como pialando algún fondo ancestral del alma del personaje. Y la llanura vence, devora al hombre. Nosotros entendemos así el mensaje de la novela: la llanura es una tremenda fuerza avasallante; hay hombres que deben cumplir allí su destino; pero lo deben cumplir oponiendo a esa fuerza avasalladora, y que puede ser anonadante, una lúcida voluntad de creación que los salve. Hacia el fin de la novela parece entrever esa verdad el paisano Aguilar —hombre del campo educado en la ciudad y que luego vuelve al

campo y es casi aniquilado allí por esa anonadante fuerza oscura—. En los párrafos finales, queda el protagonista “buscando el perdido horizonte, desparrramando sus pupilas en las pampas que comenzaban bajo sus pies”. Se formula “una tras otra, muchas preguntas”. Oye, “como alucinado, voces inquisitivas”. Y en pie junto al palenque, hecho “un punto en la inmensidad”, oye y no atina a responder. En *El caballo y su sombra*, tercer momento del diálogo, los interlocutores no son ya la llanura y el hombre individual; en el diálogo intervienen colectividades: la estancia tradicional y la Colonia de chacareros extranjeros, dentro de cada una de las cuales se perfilan, desde luego, nítidas figuras individuales. Esta novela, edificada sobre cimientos conceptuales más amplios que los de *El paisano Aguilar*, ofrece muchos problemas donde podría morder el análisis. No podemos atenderlos a todos. Haremos sólo algunas rápidas observaciones. Si al final de *El paisano Aguilar* Amorim sugería que a la telúrica fuerza de la llanura se debía oponer una voluntad lúcidamente creadora, en *El caballo y su sombra* sugiere la posibilidad de dos actitudes creadoras distintas: la del latifundista Nicolás Azuara, que procura arraigar en lo tradicional criollo; la de los habitantes de la Colonia, que aportan una fuerza nueva abriéndose al futuro, procurando nuevas formas de explotación rural adaptadas a nuevos tiempos. Parece innecesario decir que de estas dos respuestas que el hombre da a la llanura, Amorim está con la segunda, aunque el autor sabe subrayar muy bien, y mirar con simpatía, ciertas viejas virtudes criollas subsistentes y que no deben perderse. Junto a este planteo, y surgiendo de él, el autor muestra los efectos sociales del enfrentamiento de esos dos espíritus: lucha de la Estancia y la Colonia. Con esto, la obra toma cierto carácter de novela de tendencia social, pero sin que el autor pierda el equilibrio de su visión. Amorim no carga las tintas. La lucha se reduce, casi, a que los colonos le carneen al latifundista algunas ovejas y le dejen colgados sobre las divisas los cueros tajeados y estropeados, y a que el latifundista mande prender a algunos colonos y haga hacer una arada innecesaria en sus campos para impedir el cruce por ellos. Algún momento dramático de esta lucha (muerte del pe-

queño hijo de Rossi, por ejemplo) tiene autenticidad. Además, el autor no se siente impelido a convertir en fatalmente canallas a los poderosos. (Todo el espíritu regresivo de doña Micaela, madre de Nicolás Azara, se reduce a una mezquina necesidad de efectuar economías; Adelita, esposa del citado personaje, es humana, dulce, tierna...).

Digamos, para terminar nuestro rápido enfrentamiento a estas tres novelas de Amorim, que **El caballo y su sombra** nos parece la más perfecta de las tres, la que logra un mayor equilibrio entre sus varios elementos. Hay buena composición; páginas de primer orden por su estilo; situaciones logradas; muchos personajes y todos con el aire de lo genuino (es inolvidable el ciego Romero, con su inseparable marlo para encender el cigarrillo de chala). Pensamos que esta novela por sí sola le daría a Amorim lugar prominente en la narrativa rioplatense. **El paisano Aguilar**, aunque menos lograda en su estructura total, tiene aparte del protagonista, algunos personajes memorables (don Cayetano Trinidad, de apodo "Quema-campos") y algunas escenas inolvidables (la muerte de Farías en la creciente del arroyo, que hace del capítulo penúltimo uno de los grandes momentos de la narrativa uruguaya). **La carreta**, fuerte por su atmósfera y sus tipos, con grandes momentos de estilo, se resiente algo por la incidencia constante en el tema erótico y por algunas debilidades de composición. No obstante, algunos críticos (el argentino Héctor P. Agosti, por ejemplo, en **Defensa del realismo**) la consideran la más hermosa de las tres. Si se atiende preferentemente a ciertas calidades parciales (brillo inventivo, intensidad de algunas situaciones, pintoresquismo de los personajes), se puede incurrir en la tentación de suscribir dicho juicio. Atendiendo al conjunto, a la armónica integración de ingredientes, a la riqueza de planos con que está concebida, a los problemas que suscita, seguimos considerando que **El caballo y su sombra** es la obra maestra de Amorim. En cuanto a las otras obras narrativas del salteño, y quizá merezcamos la acusación de proceder con ligereza, diríamos esto: **La luna se hizo con agua**, **Nueve lunas sobre Neuquén**, **La victoria no viene sola**, se ven demasiado agobiadas por el peso de su tendenciosidad social; **Corral abierto** intenta trenzar en uno solo tres

hilos temáticos (una anécdota policial, el problema del infanto-juvenil y el de los pueblos de ratas), y a pesar de que no logra el autor su propósito, obtiene, eso sí, como siempre, algunos pasajes brillantes. **La desembocadura** y la póstuma **Eva Burgos** son borradores, escritos como cercado por una muerte que quizá el creador intuía próxima (aunque la primera de las dos revela una concepción vigorosa); lo mejor de sus últimos años es, sin duda, **Los montaraces**. Como muchos novelistas, Amorim no obtuvo iguales calidades en sus cuentos que en sus novelas. No es un cuentista débil, pero sin duda sus cuentos ocupan un lugar de menor jerarquía en el conjunto de su obra. En nuestra antología figuran dos, extraídos de **Después del temporal** (Buenos Aires; Quetzal Editorial, 1953). **Gauche pobre**, dedicado a Borges, parece tener cierta deuda con el cuento de éste titulado **Hombre de la esquina rosada**; en el otro cuento, **La doradilla**, el autor combina con eficacia una experiencia infantil con una de esas anécdotas campesinas que tan bien ha manejado en su obra.

Gaicho pobre

A Jorge Luis Borges.

Mire, mi amigo, las cosas pasaron así. Yo dentré en la pulpería del ñato Godoy, bien liviano e caña. Tuavía el sol estaba alto. Los domingos nos da por tabear entre conocidos. Pero el último, el día no pintaba pa la taba. No sé por qué, pero fue ansina. El rubio Freneroso venía medio chispeau. Mamau no, eso se lo deajo por escrito. No. Yo no acostumbro a pelear con mamaus porque lo meten al pico, en antes, duranti y dispué. No. Si hay que peliar que hablen los cuchillos, ¿no le parece?

Cuantas más copas se empina el cristiano más labia compra. Y las cosas, creo yo, ¿no?, muy conversadas, no son de hombres. O se pelea o se le mete a la payada. Cuando fuí hombre de guitarra, era otra cosa. Así fue que dentrando en lo del Ñato, me acomodé como quien dice, pa mandarme un trago y no sé por qué todo el mundo le dió por decir que me ponía de frente al rubio pa mojarle la oreja. Las toses y las escupidas me lo fueron diciendo.

—Vas a necesitar una doble —dijo el Ñato.

¿Qué doble? ¿Pa qué una doble? ¿Qué quería decir el pulpero? Güeno, aceté la doble. Ya las cosas las acomodaban loj otros, por su cuenta, como acontece en estos casos. Si el Ñato lo decía, ¿por qué negarme?

Me mandé una doble como quien cumple en misa. Y fui viendo más claro, siguro. Supuse que hacía poquito rato que habían hablau de mi. Se olía de lejos lo conversado, como meada de zorrino. Estaba fresquita la porquería.

Yo vide la barbita de Freneroso rayada por la jarana. A mí no me gusta tomar a la chacota aquello que puede ponerse colorau. Cada cual con su parecer, está visto, pero la sangre es sangre en cualquier lau, sea al sol o a la luna. Y no me gusta romper al pepe ni un vasito de caña. Eso de pelear y que a uno le pasen después la cuenta de las botellas rotas o del tubo de la lámpara, no es serio. Me trajo mala estrellita apagar faroles. Pa pelear, la hondonada, el bajo, a campo abierto, sin más testigos que la lechuza. El que queda en el suelo, queda... Estas cosas me parecen que las fui diciendo, pero no estoy muy cierto, ¿sabe?, no estoy muy cierto de haberlas dicho. Eso sí, ricuerdo que repetí: "El que queda en el suelo, queda... y que le vengan a contar los tajos!..." Y cuando empiné la tercera caña doble, no me pude aguantar y levanté la espuma: "Si alguno me esperaba, no tiene más que seguirme". Y salí pa fuera, escupiendo a un lau, por las dudas. Siempre es güeno mirar de costau, pero con alguna razón, ¿no? Entonces vide al rubio que venía pal palenque, grandote, caracho, la melena haciéndole cosquilla al pañuelo colorau, y revoleando el poncho con la zurda. "No hay que andar con vueltas, deliberando —me dije pa dentro—. En domingo cae bien la sangre". Toqué a mi malacara y rumbié pal bañado. Como quien no quiere la cosa, doblé la cabeza como una tambera y vide que el rubio hacía caracolear su lobuno frente a la pulpería. "Se están aprontando pa la carrera", dije bajito. A Freneroso siempre le gustó levantar polvareda. Es un gusto respetable, ¿no? Así que me perdí en el bajo, pensando en el lobuno. "Lindo pingo, pa entrar en

el pueblo haciéndolo bufar. Lindo lobuno pa alzar el vuelo y que no te encuentre ni el mismísimo diablo”.

Y no hay por qué decirlo, ¿eh?, que fue por el lobuno que hice lo que hice. Si me equivoqué, pácencia. Otros se pierden por una mujer. Pero yo montaba un malacara mallambido, como le dicen, que me agenció el entenau del tuerto. Comprendo que lo hice por el lobuno, más que por otra cosa. No bien llegué a la pulpería, el animal me miró con ojos golosos. Se me aflojaron las piernas, lo juro. El lobuno me olfateó en el aire como si ya fuese mío. Lo que hice, fue por aquel caballo. Lo juro por esta luz que me alumbraba.

Estaba en el bajo, cerquita del bañado, junto a unas totoras, cuando en el lomo del cerro apuntó la cabeza del lobuno. Las orejitas le saltaban como dos estrellas. Dispués, vino el sombrero de Freneroso. El rubio lo traía al tranco, paso a paso como una bendición. Yo estaba apeau con el cabresto del pobre malacara en la zurda y calentando el mango con la derecha. Necesitaba tener al hombre cara a cara para sentirme más macho. Y que el lobuno me viese, canejo, que los caballos saben mirar más adentro que las gentes. Cuando él me dijo: “Me esperabas, ¿no?”, yo miré pa todos laus. Ni siquiera una res, ni un ánima... Como a mí me gusta. Volvió a repetir ya con el lobuno que se me venía encima:

—¿Me esperabas, no?...

Y no tuve tiempo de buscar palabras para contestar. ¿Qué puta podía decirle yo?... Pelé la farñera y sin asco la dejé correr por el encuentro del malacara hasta que sentí en la punta la pulpa del corazón. El bicho se me vino abajo como una rama de molle viejo. Quedó tumbado cerca del totoral y yo... con la mano medio tibia, ya...

—¡Bárbaro! —gritó el rubio—. ¿Por qué hacés eso?— mientras ataba las riendas del lobuno espantado en una mata de mío-mío.

Sacudí el facón con rabia. Esperé que se me viniese encima.

Pero mi contrario parecía que le ardía la lengua:

—¡Sos un bárbaro...!

—Mirá —le contesté mirando de reojo al malacara tumbado que boquiaba—. No servía pa nada. Me gusta tu lobuno. Y como de aquí no debe salir caminando más que uno... ¡Sobra un caballo!

Lo que después pasó, no sé contarlo. ¡Que otro le ponga música! Sólo sé decirles una cosa: Al rubio se le pusieron blancas las barbitas.

Y como soy un gaucho pobre...

La Doradilla

Mi yegua doradilla levantó la cabeza por arriba del cerco de cina-cina, las orejas erguidas, fino el morro. Aquel flequillo de cerda que le caía sobre la frente nunca me pareció tan arrogante como en la mañana de primavera que ahora rememoro.

A pesar de lo que sucedió después, sigue llenándome de orgullo la salvaje belleza de mi doradilla.

—Ese lujo es sólo para las hembras —me dijo el esquilador— Se las ve más lindas.

Se refería al flequillo que acababa de peinar con los dedos. Recuerdo perfectamente que el animal dió vuelta la cabeza y me miró.

Yo no había cumplido doce años, de manera que poco me enteraban de las faenas y los cambios. Mi única participación seria en la vida de la estancia consistió en la elección de aquel ejemplar equino de singular hermosura.

En las primeras vacaciones exigí que me arreasen a la doradilla.

—No podrás montarla todavía —me comunicaron—. Es cabortera y puede darte un golpe.

Para conformarme, el capataz la hizo atar al palenque. Si no podía jinetearla, que por lo menos mis ojos se llenaran con su belleza.

A mí me pareció que la doradilla me reconocía, e hizo alardes de su esplendor agitando las crines, moviéndose briosa.

El capataz me explicó:

—Anoche largamos el padrillo a la manada. ¿Comprendes?

“¡Ah, sí, claro —me dije—, es una razón para estirar el pescuezo por arriba de las cina-cinas!” Pero me guardé el comentario. Esperaba que la ensillaran y me permitiesen dar una pequeña vuelta, ir hasta el vecino tajamar, por lo menos.

Desgraciadamente, no pudo ser. Mi padre observó su estado y ordenó que no la montase. Al cincharla, la yegua hinchó la panza. Era un síntoma inequívoco de posibles inconvenientes.

—Connmigo no se portará mal —argumenté—. Como peso tan poco...

—No, es peligrosa. Mejor que no salgas —dijo mi padre con tono persuasivo.

—Estoy seguro de que no pasará nada. Mira como se deja acariciar —argumenté en una exitosa demostración.

No bien yo me acercaba a prodigarle caricias y palmo-teos, bajaba la cabeza y sosegaba la cola.

Al capataz y a mi padre les llamó la atención el efecto que le producía a la yegua arisca mi confiada proximidad. Se miraron desconcertados. El capataz meneó la cabeza.

—¡No, no! Desensíllela. No estamos para sustos —dijo mi padre.

—Pero... —articulé yo.

—¡Nada, asunto terminado! —respondió alejándose.

Le quitaron mi apero que nunca lució tan airoso sobre otro lomo de caballo. Se lo colocaron a un matungo que me pareció dormido, con la cabeza gacha y el rabo inmóvil, incapaz de espantar una mosca.

Salí al campo. No recuerdo un paseo más desafortunado.

En esa época nada me infundía tanta pesadumbre como un animal enfermo o triste. Me entró un desánimo inolvidable que los pájaros, cantando en el largo crepúsculo, exageraban a mi pasar. La tristeza me llevó hasta el tambo. El lamento de los terneros acabó por abatirme sin remedio. Creo que bajé del caballo llorando. Fueron las vacaciones más lamentables de mi vida.

Al año siguiente, no bien llegué a la estancia pregunté por la doradilla.

—Está fallada —me contestaron.

—¡Ah, ah!... —respondí, dándome por enterado—. Con que fallada, ¿eh?

Mi informante, un peoncito tres años mayor que yo, pronunció la frase alardeando tal suficiencia de sabiduría campesina, que me impidió confesar mi ignorancia. A una persona de más edad le hubiese declarado mi desconocimiento del término. Pero de un muchacho como él, era imprudente recoger información.

Dejé pasar unas horas, e interrogué al capataz:

—Parece machorra —me respondió secamente—. Ha engordado mucho.

Machorra, pensé, estéril, como mi tía Cristina. Vientre seco, boca fría, cabellos opacos. Desde aquel momento ya podía ocuparme de la doradilla, hablar de mi yegua con cualquiera, intervenir en su destino, quizás decidir su suerte.

Ensilé un caballo cualquiera. Salvo redomones o potros, todos me resultaban apropiados. Tal vez a mi padre le hubiese gustado verme jinetear uno de sus parejeros, aun a riesgo de aguantar un corcovo. Mi cuerpo necesitaba ese contacto con la fuerza bruta. Pero yo lo eludía de puro consentido.

Salí al campo solo. Quería contemplar a la doradilla en su doble condición de yegua y machorra.

Fuí a su encuentro con malsana curiosidad. Si había engordado no disfrutaría de la vigorosa estampa que era el lujo de mis ojos de propietario. Más de un año sin verla, e iba a contemplarla en campo abierto, sin testigos. La imaginé

arrogante, con el flequillo crecido, la cola hasta los garrones, el ojo vivísimo. Temía hallarla con las crines cortas y el rabo esquilado, porque seguramente querían desquitarse con su cerda, ya que no servía como animal de cría.

Al descender la cuesta la caballada paró la oreja, levantando a un tiempo la cabeza. Me miraron como a un intruso.

No me costó dar con la doradilla. Creo que a la primera mirada tropecé con ella. Pero no estaba sola como lo suponía. A unos metros de sus patas, un espléndido potrillo temblaba, presa de extraño terror. Según mis cálculos, acababa de nacer. Sus miembros inseguros parecían azotados por el vendaval. Al posar los débiles vasos en el suelo, los remos titubeantes daban la sensación de una extrema nerviosidad. Cuando me acerqué, la doradilla relinchó maternalmente, interponiéndose entre nosotros y el recién nacido, como si pretendiese ocultarlo de mi vista.

Mi alegría no tenía límites. Yo resultaba el afortunado mortal cuyos ojos podían vanagloriarse de ser los primeros que habían visto el potrillo de la doradilla.

—¡Linda yegua! ¡Doradilla querida!

¡Qué fresca resultó la brisa y qué olorosa! ¡Qué orgullo el de mi yegua con el flequillo sobre la frente, abundante, con exhuberancia de madre que acaba de echar al mundo un potrillo hermoso como un gamo. La cañada era de su absoluta pertenencia. Dominaba la tierra y el cielo con sólo levantar la cabeza.

Permanecí extasiado, creo que un cuarto de hora. Menos, quizás, porque de súbito debí intervenir para evitar que una yegua alazana la molestase, acercándose más de lo que prudentemente debe aproximarse un animal a otro en semejantes circunstancias.

Se defendió a mordiscos, a patadas. Sonó una y otra vez el vientre de la intrusa como un bombo sacudido en el corazón del valle. El espectáculo resultaba grandioso. Bárbaro y grandioso a un tiempo.

Comprendí que era mejor alejarse; que aquella escena

bestial la provocaba mi presencia al profanar la intimidad de una madre indómita, salvaje y exclusivista.

Doblé la rienda y rumbié hacia las casas, contento de poder comunicar la primicia. Apenas si me atreví a dar vuelta la cara, al iniciar el galope. Vi al frágil potrillo hundir su morro avariento en las ubres de la madre. El rabo enhiesto como un plumerito, ventilaba sus pocas cerdas tan sedientas de aire como su boca de leche.

No recuerdo otra sensación más cabal de felicidad. El canto de los pájaros celebraba mi hallazgo.

Mi yegua no nos defraudaba. Y ya que no me permitieron jinetearla, el destino me favorecía otorgándome el privilegio de ver su potrillo antes que nadie.

—Me parece que se equivocaron feo —dije con suficiencia—. La doradilla ha tenido cría.

El peoncito y el capataz se miraron con signos de entendimiento.

—Sí —continué, mientras desensillaba mi caballo—. Un lindo ruanito que será para mí.

Se acercó mi padre.

—La doradilla parió anoche —le comuniqué con un dejo de hombría que ocultaba también un serio reproche por la afrenta que se le había inferido a mi yegua.

—No, estás equivocado. Ese potrillo no es suyo —respondió mi padre sin darle importancia al caso—. Es de la alazana. Ayer nos pareció que se le había “pegado” a la doradilla.

Mi padre siempre pluralizaba al conversar con la gente a sus órdenes. Al oírle hablar así, sus palabras me resultaban sagradas.

—De manera que... —exclamé al escuchar la noticia—, ¿de manera que no es hijo de la doradilla?

La peonada no le dió mayor importancia al accidente. Ni mi padre, tan observador de los animales. Supusieron que el ruanito se equivocaba de madre vaya uno a saber por qué misterioso designio. Pero el hecho para mí tenía suma gra-

vedad. Tal vez porque yo acababa de ser testigo de la brutal embestida de la doradilla contra la mansa madre que reclamaba sus derechos.

No dormí tranquilo. En la mesa se habló de todo menos de la manada. En el fogón, donde mi padre confraternizaba con su gente en breves sobremesas, tampoco mencionaron a mi yegua.

El día siguiente amaneció lloviendo. Se suspendieron las tareas. La vida de la estancia quedó reducida a un conversar pausado en torno al fogón. Me cansé y dije que pensaba salir a dar una vuelta por la cañada y mi padre me respondió que era una tontería de puebleros salir a mojarse por que sí.

Mi instinto pudo subsanar el mal que la garúa agrandó.

La doradilla, bajo la lluvia, venció a la alazana definitivamente. A mordiscos, a coces más duras que las de una madre recién parida, impuso su bestial contextura de machorra enloquecida. Dentro del perímetro donde el potrillo podía accionar, se veían huellas, espantosas huellas de los cascos de la machorra que impedía que la madre se acercase, hasta que consiguió alejarla del lugar.

Cuando divisé el valle, la alazana pastaba indiferente a cien metros de un círculo de suelo alterado. En el barro yacía el potrillo ruano vigilado por mi yegua.

Aún respiraba cuando me acerqué. La doradilla le sopló su aliento en el pequeño morro; dejó posar su belfo húmedo en el vacío del moribundo, vivificando sus últimas aspiraciones. Ví los ojos del potrillo fijos en la nada. Las pupilas eran como dos cuentas de azabache en el verde de la cañada. "Delicado manjar para la voracidad de los chimangos", me dije.

Nunca podré olvidar aquellos ojos de niño hambriento, la soledad que cundió en mi alma y el impulso de indignación que contuvo la espléndida belleza de mi yegua. No me atreví a ultimarla.

Tampoco olvidaré una espantosa realidad: a la doradilla le sangraban las ubres.

VII

Francisco Espínola (1901)

Hace poco, un Jurado constituido por veintiún miembros concedió a Francisco Espínola el Gran Premio Nacional de Literatura que, una vez cada tres años, y a través del Concurso de Remuneraciones Literarias del Ministerio de Instrucción Pública, se otorga a un escritor uruguayo. Para otorgar el citado premio, concedido al total de la obra del escritor premiado, la ley exige que la misma revista, en el más vasto sentido, importancia nacional. Parece innecesario subrayar con cuanta amplitud la obra de Espínola llena esa exigencia. Los valores excepcionales de su labor literaria, su preocupación constante por los problemas de la cultura, su actividad docente, que es en él una prolongación fervorosa, viva y eficaz de su obra de escritor, hacen de más que límpida justicia la distinción conferida. Pero junto al recuerdo de esta consagración oficial nos permitiremos, y aunque estas líneas no pertenezcan —según un dicho de Borges— a la historia de nuestras emociones, traer aquí el recuerdo de nuestro primer contacto con la obra de Espínola. Conocimos algunos de sus cuentos por intermedio de Pereira, uno de los porteros del Liceo José Enrique Rodó. Era en nuestra adolescencia, allá por el año 30 y tantos. La impresión que nos produjeron esos cuentos —**Pedro Iglesias, El hombre pálido**— es imborrable. Fue como tocar con la mano el latido de una vida ajena. En esos cuentos descubríamos algunas fibras para nosotros hasta entonces inéditas del corazón nacional. Y no podemos olvidar tampoco nuestra ingenua emoción juvenil cuando veíamos, aquí o allá, la inconfundible figura del Paco de aquellos años: traje siempre negro, cuello palomita, el negro cabello lacio como tirando hacia atrás de la frente, bajo la cual los redondos lentes de carey encerraban unos ojos que, al mismo tiempo, parecían ocultarse y escrutar hacia afuera. Años después, la admiración por el escritor fue también amistad personal. Conservamos el recuerdo de muchas inolvidables, hermosas conversaciones con Paco Espínola. Entre otras, una sostenida en un silencioso, casi soli-

tario cafecito de la ciudad de Tacuarembó. De esa conversación recoge ahora nuestra memoria una metáfora. Decía Paco que vivir o insertarse en una tradición era como tener ante sí para contemplar, o detrás de uno para apoyarse, “una pared de corazones”. Nos atrevemos a afirmar que la obra de Espínola forma parte ya de esa “pared de corazones” que es nuestra incipiente tradición nacional. Es ya hoy, en efecto, un lugar común de la crítica la afirmación de que la obra de Espínola constituye un momento fundamental de la narrativa nacional.

Su primer libro de cuentos, **Raza ciega** (1926), trajo un “estremecimiento nuevo” a la narrativa rioplatense. La materia campesina de esos cuentos, tan transitada, no podía, sin embargo, ocultar la presencia de un creador personal, originalísimo, tanto en su intuición de la vida como en su posición estética. Figuras recias, vistas en hondura, los personajes de ese libro están tocados por un intenso soplo dramático, pero, al mismo tiempo, se hallan como suavizados, y profundizados, por los rápidos, certeros toques de humor y de gracia que el autor pone en ellos, depurándolos estéticamente. En feliz conjunción se alían en los cuentos de **Raza ciega** lo universal, lo esencial y primordial humano, con la entonación particularizada con que en cada región esa esencia universal se expresa. Porque si bien, por una parte, los cuentos del libro nos ponen ante los ojos la imagen del “hombre”, así en abstracto, enfrentado con un destino trágico, por otra, logran poner al aire las soterradas raíces de lo más nuestro, de esas casi imponderables constancias de nuestra alma colectiva, casi invisible a veces, profundamente ocultas, pero siempre actuantes. Sus personajes tienen siempre esas inconfundibles (aunque no fácilmente definibles en el plano conceptual) facciones del alma de lo rioplatense. Descubrimiento, pues, de esencias universales bajo la corteza de lo local; creación de personajes en que lo universal no diluye el sabor de esa corteza, personajes que son el hombre concreto, de carne y hueso, el hermano hombre que pedía Unamuno. Eso es **Raza ciega** (Ciega. ¿Porque aún se ignora a sí misma? Ciega. ¿Porque representa al hombre trágico encandilado por el resplandor de una bárbara fatalidad enceguedora?). Si recordáramos uno a uno los

cuentos del libro, podríamos subrayar como se verifica en cada uno de ellos una forma de lo trágico; veríamos un desfile de seres vivos, en los cuales, con amor, con desnudada piedad, ha posado el autor su mano. El hombre de la cara pálida, el negro Jacinto, Ignacio, Juana, Vicente, María del Carmen, Rudecindo, don Frutos Pareja. Dejemos aludidos por su nombre a esos personajes, ya que nos es preciso eludir la entrada en las profundidades de sus almas. Diremos tan sólo, para cerrar estas rápidas observaciones, que **Raza ciega** tuvo ya al nacer el rostro de lo permanente.

Tras **Raza ciega**, publicó Espínola su novela para niños **Saltoncito** (1930), donde junta ternura, gracia, imaginación y delicadeza expresiva, que no le restan, sin embargo, fuerza, y que es ya un clásico de nuestra literatura para niños. Tres años más tarde apareció su novela **Sombras sobre la tierra** (1933). La piedad que experimentó, de niño, Espínola, al ver quemar con agua hirviendo dos ratas encerradas en una trampa de alambre, se derrama también por las páginas de esta novela, para la cual ha descendido en busca de su materia narrativa al bajo fondo social —prostitutas, borrachos, derrotados—, pero descendiendo también, lo mismo que en **Raza ciega**, a las honduras del alma de sus personajes. Ese corte en profundidad en el alma de sus criaturas —en las que la angustia existencial y el ansia de evasión hacia realidades mejores, surgen iridiscentes a través de la miseria de sus vidas— pone en la obra un trémolo metafísico que conmueve todas sus páginas. Pero este trémolo metafísico suena con distinto diapasón en los diferentes personajes. Si atendemos a Juan Carlos, el personaje de la novela, **Sombras sobre la tierra** es, efectivamente, “una **Desolación, con mayúscula**”, como ha afirmado el mismo Espínola (*El País*, Página de Arte y Cultura, 21/I/62). Porque Juan Carlos disuelve su vida en una angustia existencial que no halla cauce seguro ni en lo humano puro ni en lo trascendente: su amor, su piedad, bracean inútilmente sin convertirse en fuerza creadora (de ahí sus reincidencias en modos de la crueldad por las que luego sufre como devorado por el remordimiento). Parece no creer en una posible redención social de los desamparados (aunque por instantes la entrevea); parece, igualmente,

despojado de Dios, aunque sueña con un Dios-testigo “de lo que no sale de nosotros” y nos ahoga. Pero toda esta desolada angustia existencial, que para ser evidenciada totalmente requeriría un análisis sutilizado, tiene una contrapartida en los personajes que forman el coro —coro tan importante como el protagonista— de la novela. Ellos, los más humildes, entreven un trasmundo mejor en el que se afianza la fe que llevan en lo subterráneo de sus almas. Por eso en ellos —Manuel Benítez, el indio Bonifacio, Carlin, Juan Gamarra, el viejo Mangunga, la Nena y tantos otros— tienen un más auténtico, aunque más oculto, espíritu de caridad que Juan Carlos. Almas inocentes, padecen con ingenua espontaneidad su angustia y añoran con igual ingenuidad algo que entreven más allá de sus vidas. La angustia existencial de Juan Carlos se estrangula a sí misma y deviene infecunda (¿Será porque “la inteligencia es un pérfido agente de destrucción”, según se pregunta en una oportunidad el personaje?). En cambio, intuimos que en los otros personajes —en la mayoría de ellos, por lo menos— la angustia para hacerse creadora sólo hubiera requerido circunstancias sociales propicias.

En 1937 estrenó, y publicó luego, Espínola, una pequeña obra de teatro de vanguardia **La fuga en el espejo**, drama-pantomima, de indudable intensidad dramática y poética; en 1954, publicó **Milón o el ser del circo**, donde analiza sutilmente, pero con dramático vigor mediante una forma dialogada de sostenida calidad, los problemas de la percepción estética. Entre ambas obras se ubica **El rapto y otros cuentos** (1950), que reúne **El rapto** (1926), **Los cinco** (1933), **¡Qué lástima!** (1933) y **Rancho en la noche** (1936). En estos tres últimos cuentos, la intensidad dramática no tiene los rasgos bárbaros y primitivos de los de **Raza ciega**; tampoco muestran la angustiante desolación de **Sombras sobre la tierra**. No obstante, aunque con distinto tratamiento el autor trabaja con idéntica sustancia: vidas humildes en las que chispea, de un modo u otro, un ansia de evasión de la dura realidad que las rodea. En **¡Qué lástima!** es la evasión, a través del leve puente del alcohol, hacia una angélica fraternidad arrolladora; en **Los cinco** y **Rancho en la noche** es la evasión hacia la delicia de sentirse “otro” convirtiéndose en casi real la máscara carnavalesca. Lo que

conocemos de la todavía inédita novela **Don Juan, el Zorro** nos permite pensar que allí se opera, culminando, la fusión de la dirección creadora representada por estos cuentos y la realizada en **Raza ciega**; y culminan también allí las formas de ese humorismo tierno y que no destruye lo dramático, que estaba ya en los primeros cuentos del autor y que éste siguió manejando con progresiva sabiduría. Culmina asimismo, en la citada novela, la destreza estilística y de composición de Paco Espínola. Su estilo procura conservar un sabor conversacional y logra la máxima elegancia, la que pedía Azorín: no dejar ver el esfuerzo, dejar la sensación de que el autor no se da cuenta de que está escribiendo. Igualmente eficaz es su destreza en la composición. Una lúcida inteligencia rige la estructuración de sus narraciones. Cada detalle, colocado allí donde es preciso, adquiere un máximo de nitidez; el conjunto consigue el efecto buscado por el autor. Esto es bien evidente en **Sombras sobre la tierra**, novela donde el autor no quiere contar un proceso anecdótico, sino “estructurar”, en un todo coherente, personajes, ambientes, situaciones. Cualquiera de sus cuentos puede valer, también, por una lección de composición narrativa.

Uno de los cuentos elegidos, **Todavía, no**, pertenece a **Raza ciega** y se transcribe según la última versión: la que figura en **Cuentos** (Montevideo, Publicaciones de la Universidad, “Letras Nacionales”, 1961), volumen en el cual el autor ha reunido la casi totalidad de sus cuentos. Las dos ediciones anteriores de dicho libro, que sufrió modificaciones, son las de **La Cruz del Sur** (Montevideo-Buenos Aires, 1926) y la de **Ediciones de Amigos del Libro Ríoplatense** (Montevideo - Buenos Aires, Vol. XXVII, 1936). Del mismo libro **Cuentos** se tomó **Rodríguez**, publicado inicialmente en la revista **Asir** (Nº 38, set. 1958). **Todavía, no**, es, a nuestro juicio, uno de los cuentos más densos y profundos de **Raza ciega**. El protagonista, Vicente, ejemplifica una muy característica forma de “soledad interior”. Hay en él una ternura intensa que quiere aflorar, un deseo angustiante de religarse a las ajenas vidas. Y, sin embargo, no puede; queda como náufrago en su propia vida, tal si lo apresara una tremenda fuerza de mutismo. La vida bulle en su torno, y él, hundido en su soledad,

dad interior, parece impotente para salir fuera de sí. **Rodríguez** nos ofrece otro modo de la narrativa de Espínola. Es una pequeña obra maestra de gracia, de humor y de destreza narrativa.

Todavía, no

Al pararse el carro que llevaba el cajón, el cortejo se paró, también. Alguien agarró las riendas del caballo del único doliente. Este, recién entonces, se bajó. El sombrero sobre los ojos, la barba descuidada, envuelto en el poncho negro, dió algunos pasos como dormido, sin saber dónde debía situarse.

Cavaban ya con la pala traída en el carro. Dos hombres, cogiendo el cajón por los extremos, lo bajaron y lo pusieron en el suelo. Advirtiendo lo liviano que era, uno de ellos exclamó:

—¡La pobre estaba ya como un pajarito!

Y cortó la frase, tornándose como todos menos el doliente, al oír un galope.

—Son los Pérez —dijo uno.

Eran los Pérez que, demorados quién sabe por qué cosa, llegaban recién al entierro.

—Te acompaño en sentimiento, Vicente— dijeron a su vez los dos hermanos.

Vicente, sin mirarlos, sacó de abajo del poncho la mano para que se la estrecharan. Después, volvió a esconderla, con los ojos siempre fijos en el suelo. Allí, al ladito, entre el pasto verde, el pozo se estaba haciendo cada vez más grande. Pero crecía con lentitud desesperante. Los hombres se turnaban y no acababan nunca. Vicente de buena gana se hubiera retirado unos pasos para no sentir el olor a tierra, que le hacía el efecto de estarla comiendo, de tenerla en la garganta. Y no quitaba los ojos del hueco donde, hasta las rodillas ya, se metía el que poceaba.

—Deme, le voy a dar una mano— se ofertaba alguno arrebatando la pala. Y la dejaba caer y la hundía más, a fuerza de pierna.

Todos se fueron amontonando alrededor de Vicente y del pozo, daban indicaciones, hablaban de cualquier cosa. Junto al carro, el cajón quedó abandonado.

Cuando la fosa estuvo dispuesta, alguien miró para todos lados sobrecogido de inquietud al acordarse del “cuerpo” y no hallarlo...

El cajón fue puesto sobre un maneador doblado. Todo el mundo, entonces, se llevó la mano al sombrero.

La cara de Vicente estaba blanca; blanca como si el corazón, cuyo frío sentía, le hubiera negado sangre.

—¿Destapamos, hermano?— consultó en voz baja Pedro Ibarra.

Con los ojos tan abiertos que parecían no ver nada, Vicente alzó los hombros lentamente y los dejó caer de golpe, con fuerza, echando atrás la cabeza. Y los volvió a alzar y se quedó así, sin hablar palabra.

—Bueno, mejor no destapamos —resolvió Pedro. —Mejor no destapamos.

El cajón quedó metido en la fosa.

Pedro, el primero, besó un terrón y lo arrojó sobre el ataúd. Vicente se llevó otros a los labios y lo dejó caer. Todos siguieron tirando tierra. Aquello resonaba como sordo tambor. Hasta que apenas sonó ya porque los terrones caían

ahora sobre terrones. Entonces, a fuerza de pala, se acabó de tapar.

Los que iban a tomar otro rumbo que el de Vicente, a quien se llevaban los Ibarra, antes de montar se despidieron. Los demás, mientras les venía bien el camino, fueron acompañando al doliente. Los Bacino se abrieron en el "bajo de Cuevas"; don Reinaldo y Eusebio, antes de pasar el arroyo; después que lo vadearon, los cinco Echeverry. De ahí que cuando llegaron a lo de Ibarra sólo iban con ellos los peones, el pardo Luna, el viejo Eustaquio y don Marcial.

—¿No gustan abajarse a amarguiar? —invitó uno de los Ibarra.

Agradecieron los jinetes y, ofreciéndose a Vicente para lo que precisara, se despidieron y siguieron trotando.

Los Ibarra, que eran como hermanos con Vicente, habían decidido que pasara allí los primeros días. El había aceptado por no hablar, por no negarse, sabiendo que le iban a hacer instancia. Al principio, creyó que era lo mismo estar en su casa que en la de sus amigos. Después, vió bien claro que lo que él quería y necesitaba era estar solo. Pero...

En cuanto se sentaron, la madre de los Ibarra, Jesusa recién llegada después de haber cerrado todo, de la casa de la difunta, sirvió a Vicente una gran taza de leche caliente y un pedazo de pan con grasa.

—Tomá, m'hijo. Desde ayer casi no probás nada. Con eso, lo que harás es agarrarte una enfermedadá.

La boca de Vicente se crispó como para llorar, los ojos le ardieron al brillar llenos de agua, pero se contuvo. Cuando inclinó la cabeza sobre la taza, mirándola sin verla, dos lágrimas cayeron en la leche.

—¡Tome, m'hijo! ¡No sea así! —insistía la señora.

Sin ganas ningunas, pero también sin voluntad para nada, Vicente fue, despacio, tomando toda la leche, comiendo todo el pan. Después, cuando doña Jesusa pasó a su lado, le entregó la taza.

El menor de los Ibarra, Pedro, que mateaba con la caldera entre las piernas, le ofreció:

—¿Querés un mate?

—Bueno.

—Mirá, tenés nata en el bigote.

Vicente buscó torpemente en sus bolsillos y sacó todo lo que en ellos había. Hasta que encontró el pañuelo y se limpió. Luego, empezó a sorber el mate.

—¿Querés armar?

—No, yo tengo.

—Pero negro. Mejor fumá blanco.

—No, blanco no; no le siento gusto.

Armó un cigarro y se puso a fumar.

¡Ah, si no le hablaran!, ¡si no le preguntaran nada!, ¡si lo dejaran quieto! ¡El se sentía envolver por tantos recuerdos...! Y a cada momento le cortaban los hilos: “Mama... mama... tan buena ¡y qué vida llevó...!”, “...Y esos ojos que tenía siempre... Ojos de... ¡Sí, igualitos, igualitos! De oveja desangrándose, de ovejita...”.

—¿Pero y Alberto? ¿Qué se ha hecho? —interrumpió Pedro. Quedó desensillando y... ¿Mama, y Alberto?

—Agarró para el bajo.

—¿De a pie?

—No, en el oscuro.

—Pero, ¿y qué diablos fue a hacer?

El pobre Pedro, no encontrando de qué hablar, decía cualquier cosa porque le inquietaba el silencio al lado de su amigo. Quería distraerlo, hacerlo mover... Y, al momento, volvía:

—¡Pucha, mire que este Alberto!

—¡Tan santa! —pensaba Vicente—. Yo con ella fuí un sabandija. El finao, no digo... Tenía sus preocupaciones y... se olvidaba de cómo tenía que ser con ella. ¡Pero yo! ¡Yo, de gusto! ¡Qué cosa! ¡Qué cosa!

—¿Está frión?

—No, todavía...

—Sí, está. Vamos a traer la otra caldera, y lo damos vuelta.

Sin alzar la cabeza, Vicente miró hacia la puerta para ver quien entraba. Y vió a Carmen, la hermana de los Ibarra.

—¿No quiere un poco de leche, Vicente? —preguntó la joven, acercándose compasiva.

—No. Recién me dió doña Jesusa.

—¿Ah, sí?... Pero mal no le va a hacer otro poco.

—No, gracias.

—¿Y un poco de pan y queso? Se va a pasar de debilidad. Desde ayer no prueba nada. Quiere, ¿eh?

—No gracia. Estoy mateando...

Y tuvo que hacer un esfuerzo tremendo, un esfuerzo que lo hizo temblar, para no incorporarse y echarlos a la puta a todos y salir campo afuera. Pero este arranque injusto lo aplastó más. No había nada que hacerle: él era malísimo. “¡Mire que enojarme con los Ibarra! ¡Si soy peor que tigre!”.

—Tome, está como nuevo —dijo Pedro alargándole el mate.

Ante lo cariñoso de la voz, Vicente exclamó ahogadamente.

—¡Yo les agradezco, hermano, cómo son ustedes conmigo!

—Pero déjese de amolar, pues. —Y palmeándole el hombro: —Bueno —agregó el amigo—, hay que ser fuerte, hermano. Hay que dominarse.

—¡Pucha que son buenos ustedes conmigo!

La tarde caía insensiblemente. Balaban los terneros encerrados en el corral, separados de las madres, que andaban por el campo tragando para la leche. De cuando en cuando, alguna, al toparse entre los balidos con el de su hijo, daba un mugido hondo, resignado.

Como gasas violetas caían sobre el mundo.

Alberto llegó por fin.

—El azulejo anda manco.

—¿Eh?

—Sí. Estaba desensillando y lo ví de lejos y me pareció. Fui y está manco, no más. Seguramente alguna patada.

—Ha sido el rosillo. Es un animal idioso. En fija que fue él. ¡Pucha, mire qu'es idioso!... —seguía Pedro, dando al hecho, con tal de hablar, una importancia que no tenía.

—Y ¿qué tal? —dijo Alberto dirigiéndose a Vicente.

Este, sin saber qué decir, alzando los hombros respondió:

—Aquí andamos, caminando.

Cada vez sentía ganas más grandes de estar solo. El dolor de cabeza le empezaba a zumbar, seguramente de tanto fumar y matear toda la noche y todo el día. Como la cocina estaba demasiado oscura, habían encendido un candil. El olor que desde el velorio Vicente tenía como pegado a las narices, olor a sebo, se acentuó más, entonces, y le hacía daño.

La vieja Jesusa, disponiéndose a preparar la comida, arrimó al fogón unos troncos y animó el fuego o soplidos por una larga caña hueca.

—¿Vamo a salir para afuera? ¡Aquí hace un calor!...

—Por mí, vamos.

Se sentaron en el patio. Los hermanos charlaban tratando de mezclar a Vicente en la conversación. La muchacha y Jesusa también se sentaban a ocasiones. Vicente decía a veces cualquier cosa porque le parecía que estaba mal permanecer tan callado; pero en cuanto hablaba le parecía que él no debía hablar. Además, se oía extrañamente, como si por su boca saliera la voz de alguien que no era él...

Cuando la comida estuvo pronta se sentaron a la mesa en la misma cocina, porque Vicente no era de cumplimiento.

Comieron en silencio. Arrepentido de su arranque de rabia contra los Ibarra, Vicente se sentía incapaz de contradecirlos en nada. Aguantando el estómago que se le rebelaba, repitió la sopa, repitió el asado y los fideos con leche.

El silencio solo lo turbaba alguno de la familia para decir:

—Che, Vicente, metele a esta presa. Esa está medio crudona.

—Si te gusta más gordo, avisá.

—¡Tome, m'hijo, otro poco!

Vicente hacía caso a todos. Comía gordo y flaco, crudo

y tostado. Todo era lo mismo para su estómago revuelto. De cuando en cuando alzaba la vista, y al que mirara lo encontraba con los ojos compasivos clavados en él. Sentía entonces un escalofrío. Y aunque con eso se mortificaba, volvía a fijarse de repente en otro, esperanzado en que no lo mirara. Pero sus ojos se cruzaban siempre con otros ojos tristes que se la deaban al verse sorprendidos.

Por fin se acostaron.

Y al poco rato la carne fatigada de tanto ajeteo le paró las ideas y lo hundió en el sueño.

Ya estaba alto el sol cuando se despertó. Al principio se extrañó de ver una guitarra colgada en la pared; de hallar dos camas más, al lado de la suya. Después, se acordó de todo.

La señora, que lo espiaba de vez en cuando, al sentirlo despierto entró con un mate de leche.

—¡Pero caramba, se fue a incomodar, doña Jesusa!

—¡Valiente!

Se sentó en la cama. Mientras sorbía el mate, seguía la charla a doña Jesusa.

—Ahí abajo tenés unas alpargatas. Ansina no te ponés las botas y estás más cómodo.

—Sí, es mejor. ¡Pucha, deben de ser... como las ocho!

—No, m'hijo. Y con las malas noches que has pasao...

—Caí a la cama como plomo, le garanto.

—¡Me figuro, hijo de Dios!

Carmen también entró en el cuarto. Vicente sonrió al oír sus palabras.

—¡Dormilón! ¡Mire qué horas!

—Me palpita que usted recién se levanta.

—¿Yo, mal agradecido? ¡Si ordeñé la leche que está tomando!

—Salí, mentirosa, haragana —terció Jesusa, riendo.

—Bueno, vamos —ordenó cuando Vicente le entregó el mate.

—Dejá que se levante.

El se empezó a vestir. Se había calzado una bota, pero se la sacó al acordarse de la recomendación de doña Jesusa y

se puso las alpargatas. Después se lavó, se peinó y, recogiendo el sombrero, salió del cuarto.

El sol amarilleaba y daba a todo un temblor de oro. A lo lejos se veía el ganado, el río, los montes. Más cerca, las majadas adelgazadas por la esquila. Sintiendo un claro ¡Rrr! ¡Rrr!... miró hacia el patio. Carmen se rodeaba de patos y gallinas, a los que echaba puñados del maíz que llevaba en su delantal recogido por las puntas.

—¡Rrrr...! Rrrr!

A galope tendido llegaban más gallos y gallinas y patos desde el campo. Estos últimos se desesperaban sintiendo que su pesadez los dejaba a retaguardia, y tornaban la cabeza para ver si se podían alegrar con llevarle la delantera a alguno.

—¡Rrrr!... ¡Rrrr!... ¡Rrrr!... ¡No seas mala, ceniza, no piques!... ¡Rrrr!... ¡Rrrr!... Bataraza, ¡corrí que te quedás afuera! ¡Salí gandul, glotón!... ¡Rrrr!... ¡Rrrr!...

Cuando ya le quedaba poco maíz, se dirigió hacia el ombú, donde una blanca gallinita ciega le esperaba sin moverse, sabiendo que llegaría. Carmen tomó un puñado y, acercándole la mano, la dejó comer.

—¡Pobrecita! ¡Lo que es allí no se puede estar! Se empujan, se pican... ¡Pobrecita, si vas allí, te matan!

El pico de la ciega, cuando erraba el grano, le hacía cosquillas en la palma. Carmen reía.

—¡Chocha, estás chocha, mi querida!

Vicente se había quedado a unos pasos de la puerta. Ante aquello tan claro que veía, las tinieblas que el sueño ahuyentó empezaron a caer lentamente en su alma. Desde bien abajo, como cuando se pulsa despacito, una por una, las cuerdas de una guitarra, así le fue viniendo la tristeza; grave, honda, confusa, cada vez más nítida, después, hasta hacerse agudísima, desgarrante. De todos lados le subía el dolor para definírsele en la conciencia. Como en nubes espesas se elevaba hasta condensarse arriba...

—¡Yo me tengo que ir a casa! ¡Yo me tengo que ir a casa! —sollozó.

Toda la mañana pasó repitiéndose lo mismo.
E, imponiéndose a todos, esa noche ya durmió en su casa.

Los primeros días recorría el campito, curaba alguna oveja, ordeñaba, hasta buscó y rebuscó unas hormas de hacer queso, que halló cuando ya había decidido no hacerlos... Pero se empezó a abandonar poco a poco, desentendiéndose de todo. Parecía que tenía dentro otro hombre que le examinaba su vida y que no lo dejaba un momento a solas. Cosas que antes habían impreso huellas en su espíritu, aparecían ahora extrañamente evocadas por un deseo que se gozaba en mortificarlo.

Desde niño le llamó la atención la mirada de su madre, mirada que no tenía la madre de los Ibarra —él, una vez, la fue a ver adrede— ni la del finado Tuquito, aquel tan compañero suyo. Al revés de las otras, su madre no le pegó nunca por ninguna diablura, y le ocultaba todo a su padre que, de pegar, le pegaría con el rebenque, sin duda alguna. Desde gurí, pues, le pareció que su madre lo quería más que otras madres a sus hijos, porque a Pedro y a Alberto doña Jesusa les sacudía la badana vuelta a vuelta. ¡Y en cuanto a Tuquito!... El niño se empezó a sentir atado a aquella mirada doliente que lo seguía a todas partes, hasta cuando estaba lejos de los ojos de su madre; a sentirse atraído con ese motivo a pensar en algo, como los círculos del agua agitada atraen hacia un punto invisible en lo hondo.

Cuando su padre llegaba del campo y pedía el mate; cuando estando en las casas le gritaba que le trajese cualquier cosa, ella se atolondraba toda y se desesperaba por andar pronto. Vicente, un día, apenas andaría en los siete años, le preguntó, a solas, mientras ella lo tenía en las faldas co-siéndole un trabón:

—Mama ¿usté le tiene miedo a tata?

—¡Pero m'hijito! ¡Por qué dice eso! —exclamó la madre con los ojos brillantes. —¡Eso no se dice! ¡Si no, Dios lo castiga! ¡Ya sabe, cuidadito! ¿Por qué dice eso, m'hijo querido?

—No —tranquilizó sonriendo, el gurí—, porque, si usted, quiere, cuando yo sea grande lo dejamos solo y yo me la llevo para mi casa.

Ella, muda, lo apretó contra su pecho, con la cabeza erguida y los ojos en lo alto, para no mirarlo. Un rato estuvieron así; él prendiendo y desprendiendo un botón de la bata de su madre; ésta, la vista opaca perdida en el azul profundísimo del cielo. Después, sin mirarlo todavía, musitó:

—¡Si usted vuelve a decir esto, yo no lo voy a querer más!

Cierta vez, desde un rincón, vió que su padre, porque ella no le traía ligero los escarpines, le arrojó una bota a la cabeza. El niño soltó el llanto. Su madre, tapándose la herida con el pelo, corrió y lo alzó, conteniendo las lágrimas. El hombre, entonces, se acercó también, mostrando los dientes en una sonrisa forzada y horrible.

—¿Por qué llora, amigo? —dijo—. ¡No llore! ¡No sea bobo! No ve qu'es jugando?

—¡Sí, jug...ando! ¡Cómo no! —sollozaba el gurí.

—¡Sí, m'hijo! ¡No sea bobo! ¡Jugando! —murmuró la madre—. Vaya y lavesé la cara! ¡Y no sea así!

Vicente salió. Mientras se dirigía al barril del patio, oyó a su padre:

—¡Pucha!... también... yo tengo un genio!

Y... la dulce voz de la madre disculpaba:

—¡No seas bobo! ¡Demasiado sé yo!

Su madre no era feliz. “Tata será bueno, pero con eso no se saca nada” —pensaba el niño—. “El genio es una cosa...”.

A veces sentado, apoyada la mejilla en la mano, con esa seriedad prematura de los que van a sufrir mucho, pensaba largamente sobre el “genio”. Don Ibarra, con ser ya viejo, solía hacer morir de risa a la gurisada. La atropellaba fingiéndose toro, le prendía una cola a doña Jesusa y empezaba a hacerle ¡Cuac! ¡Cuac!, como un zorro, o, cuando los niños organizaban bailes, vistiendo a Tuquito de mujer para acompañar a Carmen, se les aparecía con doña Jesusa a rastras

como a participar del jolgorio... Y a don Juan ⁽¹⁾ lo contaba lindísimo. ¡Pero su padre, nada! Siempre ceñudo y reservado, siempre seco. ¡Tan pocas veces lo vió reír el niño! En su casa la risa no se oía nunca. “Nosotros no nos reímos”, pensó muchas veces. “Somos muy serios, ¡de más!”. “Bueno, como los Ibarra son ricos y nosotros somos pobres...”. “Pero ¿y Tuquito, que está siempre con los dientes afuera? Ellos son más pobres, todavía...”.

Poco a poco fue dándose cuenta de que no sentía cariño por su padre. Su presencia enfriaba la alegría. Había en él algo que alejaba al mismo tiempo que infundía respeto o miedo. Estando él en “las casas”, el niño dejaba de jugar, no hablaba. Se tenía que quedar quieto... Su madre, a cada paso, repetíale, entonces: —“Tenga juicio, m’hijo, qu’está tata”. “No meta bulla, que a él le incomoda...”. Por eso, Vicente se ponía contentísimo cuando su padre hacía aquellas salidas que duraban varios días “pa recorrer la gente”, como le oía decir. El gurí no se explicaba qué era esto; pero deseaba tales recorridas que le permitían estar a su antojo y dormir con su madre y hacer visitas, sintiéndose ambos más libres.

Su padre se iba transformando para él en algo aborrecible, cuando una circunstancia vino a cambiar por completo sus sentimientos. Estalló la tan esperada revolución. Al salir con la gurisada al camino para ver a los guerreros que dejaban el monte, Vicente distinguió a su padre a la cabeza de la columna, espléndido en el tostado de gran alzada, echado hacia atrás, flotante el poncho, el sombrero a la nuca, y se le ocurrió en seguida:

—¿Cómo no va a ser tata como es, si es un jefe?

Su padre, alzando el brazo, le gritó:

—¡Adiós, m’hijo!

Y él, erguido en puntas de pie por una fuerza interior, gritó con toda su alma:

—¡Vivaa!

(1) Don Juan: así se designa al zorro en las fábulas del campo.

Pedro, Alberto, Tuquito, empezaron también a dar vivas. Pero ninguno tuvo, del único de Vicente, el acento fiero.

Corriendo loco de alegría, volvió a su casa. Al entrar, encontró a su madre de duelo. El la acarició, le apartó el pelo de la cara y le dijo, contrariado:

—El de jefe y usted llorando! ¡No hay que llorar, mamita!

Esa misma tarde le dió un susto a su madre. El hijo del gallego quintero de los Ibarra, quizá repitiendo lo oído al peninsular, dijo que los que iban a la guerra eran unos brutos y “atrasados”. Vicente, ciego de rabia, se le fue encima clavándole las uñas; pero el otro, con un palo, lo trajo al suelo.

Cuando volvió en sí, su madre, llorando y besándolo, lo tenía en brazos. Sus tres amigos los rodeaban. Y, ya solos los cuatro, Tuquito le dijo, mostrando sus dientitos en la constante sonrisa:

—¿Vistes? Tata iba en el doradillo de don Ibarra.

—Sí, se lo regaló tata, que iba en el zaino —atestiguaban los otros.

—Sí, sí —mentía Vicente, que no había visto a nadie más que a su padre.

La guerra, terrible, sin cuartel, devastaba el país. De cuando en cuando llegaba la noticia de que en tal parte habían peleado, de que habían ganado, de que habían perdido. . . Todas las noches, de rodillas junto a la cama de su madre, donde entonces dormía, el gurí rogaba con ella por el guerrero ausente.

—Pa que no le pase nada; pa que no lo vayan a herir. . . —decía su madre, primero.

Y brotaba luego el murmullo de los dos:

—Padre nuestro qu'estás en los cielos, santificao sea tu nombre. . .

—Pa que se acabe pronto la guerra — volvía a alzarse la voz.

Y recomenzaban:

—Padre nuestro que estás en los cielos. . .

Luego, la madre lo arrebujaaba bien.

—En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, amén.

Besábalo en la frente y el gurí, cansado de potrear todo el día, se dormía acurrucado, como un cuzquito, a la tibia del cuerpo de su madre.

Una noche oscurísima y fría estaban por acostarse ya, cuando sintieron como que mucha gente pasaba por el camino.

—¿Cuáles serán, mamá? ¿No andará tata?

—No, m'hijo. Son la gente de Fernández, que estaba acampada en el río.

—¡Ah, si los agarra tata! ¡Qué se apronten!

Dormía desde largo tiempo, cuando lo despertó su madre al saltar de la cama. A lo obscuro, no la pudo distinguir. El niño escuchó el ladrido del cuzco, y oyó casi junto a la puerta, un “¡Fuera, perro!”, muy bajito.

—No se mueva, m'hijo, no tenga miedo— lo recomendó la madre al oído. Y la sintió registrar el cajón de la mesa.

Con el mango de un rebenque, golpearon.

—¡Abran! ¡Buenas noches!

—¿Quién es? —oyó a su madre con voz entera.

—¡Abran! ¡Abran!

—¡Vayansén! ¡Aquí no tiene nadita que hacer!

Por toda contestación, alguien se echó sobre la puerta...

Y en eso resonó un estampido, y a la luz que hizo, Vicente vió a su madre junto a la puerta con una pistola en la mano.

Afuera se oyó un alboroto; en seguida, galope desenfrenado.

Al otro día, cerca de la puerta y por el patio había manchas de sangre.

Para estar más seguros se fueron a vivir a lo de Ibarra, a la vieja Estancia de gruesas paredes de piedra y puertas con trancas de fierro que, en tiempos del virreinato, resistió más de una vez el malón de la indiada.

Los tres niños —Pedro, Alberto y Vicente— dormían juntos. Y, algunas noches, hubo que dejar a Tuquito, que todas las tardécitas se iba de duelo.

Por fin se acabó la guerra. Como al mes cayó la gente al pago. El día anterior se hicieron pasteles, tortas, empanadas; se guardaban bien, "por los ratones", y las mujeres marchaban apuradas a la casa de Tuquito, de donde salían gemidos y gritos desgarradores.

Antes de acudir ella también, Doña Jesusa improvisó a éste una blusa negra y lo dejó en la Estancia para que no anduviera incomodando en su casa.

De vuelta de la guerra su padre siguió siendo el mismo. Por cualquier cosa se encolerizaba con su mujer, que si a veces no lloraba era por el niño. Siempre pálida, siempre con aquellos ojos tristes cuya mirada parecía tener una extraña, lejana querencia, la madre volvió a ser una sombra en la casa.

Vicente fue perdiendo el miedo a su padre. Un día le alzó no más la voz, con gesto duro. Y, al rato, al mirarlo Vicente de reojo, lo sorprendió con la vista clavada en él, apagado entre los labios el cigarro, sonriente, embobado.

El niño tendría entonces once años.

Después, un domingo de elecciones, en un coche trajeron muerto a su padre. En medio del llanto de su madre y de las mujeres que la acompañaban, resonó la voz del gurí, ahogada por el dolor y la rabia:

—¡Me la van a pagar! ¡Que yo los agarre, malditos!

Y al sentarlo su madre en las faldas, él se acurrucó en ella sollozando infantilmente, extenuado por el furioso esfuerzo.

Cuando él pudo trabajar, quedó sólo uno de los peones que se habían tomado. Vicente era patrón. Ya no hubo otra voluntad que la suya. Su madre volvió a ser lo de antes: una sombra.

Poco a poco, Vicente se fue dando cuenta de que era igual a su padre; indomable hasta por él mismo. Cualquier cosa producíale violentos arranques. Después se tranquilizaba, mimaba a su madre si le había hecho algo, y sufría porque hacía sufrir. "¡Pero caramba —se decía de repente— yo... yo tengo buenos sentimientos, y hago cada cosa!...". Pasaba días hecho una seda. Cariñoso, atento... Volvía de la pul-

pería con cuanta cosa hallaba que pudiera gustar a su madre... Pero una circunstancia cualquiera hacía brotar otra vez en llamaradas el fuego que tenía adentro.

Una mañana, a mediodía, volvió del campo indignado porque el zaino se le había mancado en una vizcachera. Renegó un rato con los bichos, con los pozos, hasta con el caballo y, ya casi desahogado, desensilló. Se sentó a la mesa. Su madre sirvió la sopa. Al llevarse la cuchara a los labios, Vicente sintió que el caldo estaba demasiado caliente. Tiró lejos la cuchara, hizo volar el plato, y se incorporó con los ojos saltados, mudo de rabia.

—¡Ah, se quemó, m'hijito! —tembló la voz de la madre con el doble susto de que su hijo se hubiera hecho daño y de las consecuencias de su ira. No se animaba a moverse. Sus ojos, donde se pintaba el dolor y el miedo, lo miraban rodeados por el mar de arrugas de la cara en pucheros.

Vicente la vió. Tuvo ganas de caer de rodillas. Y salió hacia su cuarto vuelta contra él la rabia.

Al rato entró su madre llevando una taza por la que asomaba una bombilla rodeada de amarillenta espuma.

—Vicente, tomá este candialcito. ¡No has comido nada!...

Dijo esto con recelo, esperando algún manotazo, alguna contestación dura. No alzaba los ojos del suelo como culpándose de todo.

El cogió la tasa y empezó a sorber.

—¿Está bien de azúcar? —preguntó ella, más animosa, buscándole los ojos.

—Sí, mama.

Vicente quería hablar y no podía. No sabía cómo ni de qué. De pronto alargó la mano hacia su madre, diciendo en voz baja:

—Mire, tiene una hebra —y retiró un hilito blanco de la negra bata de ella.

Eso no fue una caricia, pero como tal lo sintieron los dos. Una alegría intensa, una infinita ternura inundaban el

alma de Vicente. Tenía ganas de abrazar a su madre, de darle un beso... Y, de pronto, salió con:

—¿Y qué le parece, mamá, si fuéramos a hacer una visita a los Monduteises?

—¡Pero muchacho!...

—¡Sí, sí, vamos! Siempre está encerrada... Hay que pasear. ¿Eh? ¿Vamos?

—¡Pero muchacho!...

—Bueno, apróntese. Yo voy a ir ensillando. Apróntese. Más tarde, madre e hijo atravesaban los campos.

Bien próximos, al trotecito, charlando, riendo...

La evocación de estos episodios, que siempre dejaban amargo fondaje, era constante en él. Y un desaliento obscuro pero poderoso fue aprisionando como en tupida malla su voluntad.

Con el tiempo la imagen entristecida de su madre se fue borrando. Sin embargo, nunca faltaba alguna idea doliente que lo hundía en sí mismo y daba a su cara un aspecto sombrío. Era desaliento por él mismo lo que lo embargaba; como si se achacara algo que no sabía y que no podía saber. En su alma sentía a veces temblar cosas extrañas que no caían apresadas por el pensamiento. Las veía, en el borde mismo, asomarse, balancearse, y retroceder. Había días en que percibía muy claramente esas subidas y bajadas. A veces, podía pensar con firmeza y se aproximaba a aquel abismo de su alma; mas, al rato, un manto obscuro y pesado le cerraba el paso...

No lo visitaban con gusto sus antiguas amistades. Con "cuarta" había que sacarle las palabras. Y las noticias que le trajeron para avispar la conversación: negocios de conocidos, peleas en la pulpería, parición de tal o cual, resultaban lo mismo para él. Sólo los Ibarra iban todos los días. Pero detenidos por el aire de Vicente, no se animaban a preguntarle nada.

Les había arrendado el campo, después que vendió el ganado. Ahora, no hacía más que revolverse en aquellos ran-

chos que el descuido iba bajando y deshaciendo. Por la quincha podrida pasaban el sol y la lluvia, en muchos lados. El patio se había llenado de yuyos y las paredes de gruesas telarañas. Un olor fuerte a humedad, a cenizas, a mugre, apretaba la respiración de quien entrara. Los Ibarra varias veces quisieron arreglar algo; pero él siempre los detuvo.

—No. ¡No faltaba más! Eso lo hago yo. Yo... en cualquier... ¡Sí, está todo... patas arriba! Yo...

Un día, el mercachifle que lo surtía le dijo, alarmadísimo:

—¿No sabe lo que se murmura por ahí?

—Si usted no lo dice...

—¡Que se viene otra vez la guerra!

—¿Ah, sí?

—Parece que de ésta...

Cuando quedó solo, Vicente se sintió lleno de energías. No preguntó, ni le hubiera podido enterar el mercachifle, el por qué de la guerra. ¿A qué? ¡El enemigo, el enemigo de siempre! Había que pelear. La idea de la guerra lo enardecía. Se veía con la lanza de su padre, al frente de una columna, cerrar piernas al flete, agachar la cabeza y atropellar.

Hizo planes. El convocaría a la gente de su padre. ¿Quién sino él la mandaría?... .

Mas el fuego se fue apagando. Y cuando don Marcial cayó una tarde a invitarlo para la "patriada", un helado "lo voy a pensar", fue la respuesta.

Los Ibarra se alegraron de verlo tan manso. Ellos tampoco irían. No querían dejar solas a las mujeres. Pero Vicente no lo había decidido reflexivamente. Lo hizo porque sí, porque se le habían ido las ganas, nada más. Y después, los triunfos o las derrotas de los suyos no lo conmovieron.

—Estoy frío... —se decía una vez. Iba a agregar "como muerto" y se sobresaltó. Y por miedo extraño, desconocido, repitió en voz alta, corrigiendo:

—¡Estoy frío... Helao!

La guerra terminó. Volvieron las gentes y al trabajo se dedicaron otra vez con empeño, sin pensar que otra revolu-

ción volvería a parar en seco todo, y a maltratar y a devastar y a deshacer. Había hambre de olvido. Aquellos esfuerzos eran para echárselo arriba.

Cierto atardecer de verano, después de matear con Vicente, y ya por irse, Pedro Ibarra dijo a su amigo:

—Che ¿no sabés que Carmen se casa?

—¿Eh?

—Sí, con el hijo del vasco Iturbe, con José.

—Me alegre.

—Sí, el hombre es bueno. Y es una gente que está bien. Tienen amores hace seis meses.

Dando vuelta a la segunda cebadura, que todavía estaba buena, Vicente repitió:

—Me alegre... Me alegre mucho.

Lo que nunca, acompañó a su amigo hasta más allá del patio. Pronto lo vio perderse entre las chircas y las sombras. A sus espaldas, el sol había entrado. El cielo, para ese lado claro y medio amarillento, estaba al frente muy obscuro, ya.

Inmóvil, con la vista perdida Vicente fue sintiendo como que la noche lo emponchaba. Las manos en la espalda se agarraban sin fuerza. El viento le movía la melena como mueve las llamas.

—¡Carmen! —dijo.

Profunda y dulce a la vez, la tristeza lo envolvía, acariciante. Veía los ojos vivos de la muchacha, la constante expresión alegre de su cara; medía más que nunca ahora todo lo buena y lo bonita que era, recordaba la mañana en que él, hombrecito ya, al volverla a ver después de la larga estada de ella en lo de los Barceló, la trató de "usté" para siempre, cambiando el "vos y el "che" que usara desde niño...

—¡Carmen!

La luna tuvo acostada un largo rato la sombra de Vicente sobre los yuyos. Movidos por el viento, ellos parecían acunarla.

Tiempo después, en un despacioso atardecer de primavera, mateaban junto a la puerta de la cocina Vicente y

Pedro. Este, que continuamente se distraía en la conversación pensando en algo, dijo de pronto. cuando ya estaba por irse:

—Ché, Vicente, mirá... nosotros hemos estao pensando... con mama... que vos no debés estar aquí sino en casa.

—¿Qué? ¿Qué?

—Sí, dejate de partes. Vos ves qu'estás mal. ¿Qué vas a estar haciendo, solo? No tenés necesidá. En casa, además de estar mejor, nos hacés falta. Mama está vieja; nosotros, de repente, tenemos que andar de un lado para otro. Ella necesita compañía. Vos allí no vas a estar de agregao... Tenés con qué vivir... Sí, animate. Mirá, a mama le das un alegrón... y, a nosotros, ¡figurete! Sí, dejate de partes. Animate. Mama está loca de contenta con la esperanza de que vayas. ¿Un día estas aburrido? Pues montás a caballo y te pasás unos días donde quieras, recorriendo las amistades. La visitás a Carmen, que te quiere tanto, y les dás un alegrón a ella y al marido... Estás lo que se te antoje y, después, volvés con nosotros... ¿eh?

Vicente, con la cabeza agachada, no contestaba.

—Bueno, mirá —seguía Pedro—, ya te tenemos el cuarto pronto, y todo... ¿Te acordás cuando se fueron a vivir con la finada, cuando la guerra? ¿Te acordás? ¡Qué tiempos! Bueno ¿y por qué no podemos ahora volver a vivir juntos? No te vas a negar. Faltarán muchos de aquella reunión: la finada tu mama, el finao Tuquito, Carmen que ya tiene su dueño... Pero la vida es así y no hay más remedio que conformarse con lo que ella dispone. Con empacarse no se saca nada. Gracias a Dios, todavía podemos ser felices, ¡qué caracho!

Como Vicente ni levantaba la cabeza ni hablaba, Pedro pensó que lo mejor sería dejar allí las cosas. Tenía la esperanza de que, insistiendo podría sacarlo de sus taperas y llevárselo. Se despidió. entonces. Y se fue.

Vicente siguió un rato en el banco; mucho, un rato largo. Sentía en su interior como ya muertos para siempre los fuegos que solieron devorarlo. Y se daba cuenta de que, sin

embargo, aquéllos habían sido su apoyo y que, ahora, se sentía como nunca solo.

Las lágrimas empezaron a rodarle por la cara. Apenas si alteraba sus facciones aquel llanto manso, sin convulsiones ni gemidos.

A la mañana siguiente, Pedro volvió mandado por su madre para tratar de ablandarlo. Ella misma iría más tarde a seguir la conquista.

Pedro llegó a la cocina y no lo encontró. Al entrar en un cuarto, se detuvo, sorprendido. Arrodillado frente a un baúl, sacando ropa de éste y poniéndola sobre una sábana, estaba Vicente, de espaldas a la puerta.

—Hermano!

—¡Ah, eras vos! —murmuró Vicente. Y siguió retirando ropa y plegándola lento, prolijo; demasiado prolija y lentamente.

Sin decir palabra, Pedro lo dejó hacer. Cuando el baúl quedó vacío, Vicente ató las puntas de las sábanas y, alzando el fardo al hombro, dijo:

—Lo demás lo llevamos en otros viajes. Vamos.

De lejos, sólo el bulto blanco veíase alejarse sobre las altas chilcas. Parecía una nube que se quería cortar sola de la tierra y no podía.

Rodríguez

Como aquella luna había puesto todo igual que de día, ya desde el medio del Paso, con el agua al estribo, lo vió Rodríguez hecho estatua entre los sauces de la barranca opuesta. Sin dejar de avanzar, bajo el poncho la mano en la pistola por cualquier evento, él le fue observando la negra cabalgadura, el respectivo poncho más que colorado. Al pisar tierra firme e iniciar el trote, el otro, que desplegó una sonrisa, taloneó, se puso también en movimiento... y se le apareó. Desmirriado era el desconocido y muy, muy alto. La barba aguda, renegrada. A los costados de la cara, retorcidos esmeradísimamente, largos mostachos le sobresalían.

A Rodríguez le chocó aquel no darse cuenta el hombre de que, con lo flaco que estaba y lo entecado del semblante, tamaña atención a los bigotes no le sentaba.

—¿Va para aquellos lados, mozo? —le llegó con melosidad.

Con el agregado de semejante acento, no precisó más Rodríguez para retirar la mano de la culata. Y ya sin el menor

interés por saber quién era el importuno, lo dejó, no más, formarle yunta y siguió su avance a través de la gran claridad, la vista entre las orejas de su zaino, fija.

—¡Lo que son las cosas, parece mentira!... ¡Te vi caer al paso, mirá... y simpatiqué en seguida!

Le clavó un ojo Rodríguez, incomodado por el tuteo, al tiempo que el interlocutor le lanzaba, también al sesgo, una mirada que era un cuchillo de punta, pero que se contrajo al hallar la del otro y, de golpe, quedó cual la del cordero.

—Por eso, por eso, por ser vos, es que me voy al grano, derecho. ¿Te gusta la mujer?... Decí, Rodríguez, ¿te gusta?

Brusco escozor le hizo componer el pecho a Rodríguez, mas se quedó sin respuesta el indiscreto. Y como la desazón le removió su fastidio, Rodríguez volvió a carraspear, esta vez con mayor dureza. Tanto que, inclinándose a un lado del zaino, escupió.

—Alégrate, alégrate mucho, Rodríguez —seguía el oferente mientras, en el mejor de los mundos, se atusaba, sin tocarse la cara, una guía del bigote. —Te puedo poner a tus pies a la mujer de tus deseos. ¿Te gusta el oro?... Agenciate latas, Rodríguez, y botijos, y te los lleno toditos. ¿Te gusta el poder, que también es lindo? Al momento, sin apearte del zaino, quedarás hecho comisario o jefe político o coronel. General, no, Rodríguez, porque esos puestos los tengo reservados. Pero de ahí para abajo... no tenés más que elegir.

Muy fastidiado por el parloteo, seguía mudo, siempre, siempre sosteniendo la mirada hacia adelante, Rodríguez.

—Mirá, vos no precisás más que abrir la boca...

—¡Pucha que tiene poderes, usted— fue a decir, fue a decir Rodríguez; pero se contuvo para ver si, a silencio, aburría al cargoso.

Este, que un momento aguardó tan siquiera una palabra, sintióse invadido como por el estupor. Se acariciaba la barba; de reojo miró dos o tres veces al otro... Después, su cabeza se abatió sobre el pecho, pensando con intensidad. Y pareció que se le había tapado la boca.

Asimismo bajo la ancha blancura, ¡qué silencio, ahora, al paso de los jinetes y de sus sombras tan nítidas! De golpe pareció que todo lo capaz de turbarlo había fugado lejos, cada cual con su ruido.

A las cuadras, la mano de Rodríguez asomó por el costado del poncho con tabaquera y con chala. Sin abandonar el trote se puso a liar.

Entonces, en brusca resolución, el de los bigotes rozó con la espuela a su oscuro, que casi se dió contra unos espinillos. Separado un poco así, pero manteniendo la marcha a fin de no quedarse atrás, fue que dijo:

—¿Dudás, Rodríguez? ¡Fijate, fijate en mi negro viejo!

Y siguió cabalgando en un tordillo como leche.

Seguro de que, ahora sí, había pasmado a Rodríguez, y no queriendo darle tiempo a reaccionar, sacó de entre los pliegues del poncho el largo brazo puro hueso, sin espinarsse manoteó una rama de tala y señaló, soberbio:

—¡Mirá!

La rama se hizo víbora, se debatió brillando en la noche al querer librarse de la tan flaca mano que la oprimía por el medio y, cuando con altanería el forastero la arrojó lejos, ella se perdió a los silbidos entre los pastos.

Registrábase Rodríguez en procura de su yesquero. Al acompañante, sorprendido del propósito, le fulguraron los ojos, Pero apeló al poco de calma que le quedaba, se adelantó a la intención, y dijo con forzada solicitud, otra vez muy montado en el oscuro:

—¡No te molestés! ¡Servite fuego, Rodríguez!

Frotó la yema del índice con la del dedo gordo. Al punto una azulada llamita brotó entre ellos. Corrióla entonces hacia la uña del pulgar y, así, allí paradita, la presentó como en palmatoria.

Ya el cigarro en la boca, al fuego la acercó Rodríguez inclinando la cabeza, y aspiró.

—Y...? ¿Qué me decís, ahora?

—Esas son pruebas —murmuró entre la amplia humada

Rodríguez, siempre pensando qué hacer para sacarse de encima al pegajoso.

Sobre el ánimo del jinete del oscuro la expresión fue un baldazo de agua fría. Cuando consiguió recobrase, pudo seguir, con creciente ahinco, la mente hecha un volcán.

—¿Ah, sí? ¿Conque pruebas, no? ¿Y esto?

Ahora miró de lleno Rodríguez, y afirmó en las riendas al zaino, temeroso de que se lo abrieran de una cornada. Porque el importuno andaba a los corcobos en un toro cimarrón, presentado con tanto fuego en los ojos que milagro parecía no le estuviera ya echando humo el cuero.

—¿Y esto otro? ¡Mirá qué aletas, Rodríguez! — se prolongó, casi hecho imploración, en la noche.

Ya no era toro lo que montaba el seductor, era bagre. Sujetándolo de los bigotes un instante, y espoleándolo asimismo hasta hacerlo bufar, su jinete lo lanzó como luz a dar vueltas en torno a Rodríguez. Pero Rodríguez seguía trotando. Pescado, por grande que fuera, no tenía peligro para el zainito.

—Hablame, Rodríguez, ¿y esto?... ¡Por favor, fijate bien!... ¿Eh?... ¡Fijate!

—¿Eso? Mágica, eso.

Con su jinete abrazándole la cabeza para no desplomarse del brusco sofrenazo, el bagre quedó clavado de cola.

—¡Te vas a la puta que te parió!

Y mientras el zainito —hasta donde no llegó la exclamación por haber surgido entre un ahogo— seguía muy campante bajo la blanca, tan blanca luna tomando distancia, el otra vez oscuro, al sentir enterrársele las espuelas, giró en dos patas enseñando los dientes, para volver a apostar a su jinete entre los sauces del Paso.

VIII

Santiago Dossetti (1902)

En los primeros años de la cuarta década de nuestro siglo, comenzó a circular, bastante profusamente, en ambas márgenes del Plata, una colección de libros muy pulcramente editados y de muy agradable y llamativo aspecto. En las tapas —de diversos colores: rojo, verde, amarillo, gris, según el libro— figuraban dos series de círculos concéntricos que se entrecruzaban. En el centro de cada una de esas series, un punto blanco y un nombre: Buenos Aires, Montevideo. Esos libros eran lanzados al mercado por la **Sociedad de Amigos del Libro Rioplatense**. Allí aparecieron algunos libros que poco a poco van adquiriendo el sabor de clásicos en nuestra narrativa: **Sombras sobre la tierra y Raza ciega** (2ª edición), de Espínola; **Los albañiles de "Los Tapes"**, de Morosoli; **El paisano Aguilar**, de Amorim; **Más allá**, de Quiroga. Junto a ellos, y en idéntico nivel de calidad literaria, apareció **Los Molles**, de Santiago Dossetti. Publicado en 1936, **Los Molles** es hasta hoy el único libro de su autor, que, según nuestros datos, no ha escrito más cuentos desde entonces. Pero ese solo libro —hermoso y fuerte, viril y tierno— coloca a Dossetti en alto lugar entre nuestros narradores. Sólo nos cabe reprocharle a su autor (clavado, como Morosoli, con hondas raíces en la ciudad de Minas) que no haya hecho una nueva edición de **Los Molles**. Limitado a su tirada inicial de la S. A. D. L. R., el libro se ha visto restringido en su difusión. Entre las nuevas promociones de lectores, pocos son los que lo han leído. Es, sin embargo, uno de esos libros de generoso contenido cuya lectura es importante. Por su calidad literaria, por la calidad de su visión de un sector de nuestra realidad, **Los Molles** es uno de esos libros que ayudan en la elaboración de una conciencia nacional.

Hay libros en los que la sangre del creador parece circular en comunión fraterna con la de sus personajes, sin que, no obstante, el creador pierda la límpida, nítida visión objetiva de la realidad. Libro de esta índole es **Los Molles**. Hay en su autor una

lúcida mirada de narrador que hurga corazón adentro de sus criaturas y las ve en su íntima realidad; palpa sus resortes síquicos; no los idealiza; les pulsa, igualmente sereno, tanto sus lados claros (amor, ternura, limpia amistad), como sus lados oscuros (el dolor sombrío, el arranque bárbaro, aunque justiciero, que los lleva al asesinato). Pero esta visión objetiva de la íntima realidad de sus criaturas, que por momentos se convierten en objetiva diagnosis de una injusticia social, no despoja nunca al escritor de la cordial temperatura emotiva con que se aproxima a ellas. Ve con límpida mirada, pero crea con un corazón rebosante de calor fraterno. De ahí el tono de sus cuentos, que funden realismo y creación poética. Son cuentos donde los perfiles de la realidad son diseñados con precisión, pero donde, también, el empuje lírico del autor hace que esa misma realidad destile —con tonos claros, a veces, sombríos, otras— su propia poesía. Este es el tono, la temperatura de su creación, pero ¿cuál es la realidad que nos muestra? Si imaginariamente construimos un cuadro con los elementos que los nueve cuentos del libro nos ofrecen, vemos surgir nítidos, en primer término, tres volúmenes que corresponden a tres núcleos sociales: de un lado, la estancia, que abre **“un boquete blanco en el campo”**; en otro, el rancharío de los negros, **“ranchos cacundas, desgarbados y chiquitos”**, que, **“agobiados de soledad”**, desafían el horizonte; y entre uno y otro extremo, las chacras de los gringos, **“cernidor apacible”** que une **“la ranchería indefensa de los negros y la opulencia provocadora de la estancia”**. Sobre este telón de fondo se recortan, emergiendo palpables en su ser físico y moral, las criaturas de Los Molles. En ocho de los nueve cuentos (la excepción es **Salva-tierra**) hay una presencia constante que pone en la narración el filo de su drama: el negro y su condición de paria social. (Recuérdese que la acción de los cuentos se ubica geográficamente en la zona que da título al libro, y, temporalmente, hacia principios de siglo). De esos ocho cuentos, cinco (**Negritos, So-beo, El Negro Nieves, Domingo en la estancia, La rebelión**) hacen del negro personaje protagónico, y en tres (**Los nidos, El cuidador, Don Angelito**) su presencia es como un acorde, una nota que suena dolorosamente en el fondo de la narración. Esos negros

nada tienen de común, desde luego, con los carnavalescos —colorinche y tamboril— utilizados, a veces, como ingredientes de lo popular rioplatense. Son, por lo contrario, personajes hechos con una sustancia humana —y por ende literaria— densa y profunda. Es el negro Margarito, “**mal llamado Sobeo en la estancia vieja**”, que “**husmeaba fraternidad**” y que, de pronto, desde el oscuro dolor de su vida humilde, y tal si arrollara la desparramada, ingenua ternura de su corazón, levanta, como una centella, un gesto de rebeldía, y mata; es el negro Bandera, de alma honda y clara como un manantial, y que pasea el drama de su labio “**tajado y flotante**”, que lo encascara en “**una tristeza aflojadora**” y lo envuelve en “**paños de soledad**”; es el negro Nieves (protagonista de **La rebelión**, cuento de calidad excepcional que por demasiado extenso no hemos podido incluir en nuestra antología) que ante la muerte de su amigo el negro María (eran “**un casal de cuzco y perro ovejero**”) tiene esta afirmación estupenda: “**Que si haiga muerto, nu es nada... Lo pior é que no lo viá ver más nunca!...**” (Honda exclamación condensadora de un “**sentido**” de la muerte, de toda una filosofía de la muerte. ¿Cuántos desarrollos no permitiría el sentimiento apresado en esas palabras? Con razón comentaba Ortega el “**qué solos se quedan los muertos**”, de Bécquer, convirtiéndolo en un “**Qué solos se quedan los vivos**”). Esa profundidad de visión, que hemos apenas subrayado, hace que lo que hay de “**denuncia social**” en **Los Molles** sea solamente “**uno**” de sus elementos constitutivos, y no “**el**” esencial. Ese elemento pesa y vale en el libro porque se ha integrado como ingrediente de la creación literaria misma e independientemente, ya, de la realidad que la suscita. **Los Molles** ¿tipifican una “**situación social**” realmente existente hoy en nuestros campos? No importa que así sea o no. El libro vale —en el plano de la creación literaria superior— en cuanto es un alegato contra **toda** injusticia, no contra **una** forma particular de ella. Esto es, por otro parte, lo que ocurre con toda genuina creación literaria: en un sentido, en un momento pueden valer como “**documento**”, pero, en su contexto profundo, son “**símbolo**”. Nos permitiremos, todavía, agregar algo. El autor ha sabido mantener siempre lúcida su avizora mirada y no incurre en

dicotomías simplistas. Ni son, en todo instante, angelicalmente buenos los humildes (los peones también se ceban **“con autoridad, asco y derecho”** en esa carne de cañón que son los negritos), ni los poderosos son, en todos los casos, ilevantablemente pérfidos (don Angelito, estanciero acaudalado, termina sus días con este gesto que es la flor que corona **“toda su vida de santo”**: herido de muerte por una bala perdida, en una reyerta en la cual ni siquiera intervenía, junta en un hilito de voz la vida que aun le queda para hacer este pedido: **“Ayuden a juir a ese hombre. . .”**).

Composición. Estilo. Ambos son también admirables en **Los Molles**. Dossetti apresa la sustancia de una vida (a veces, varias) en los términos precisos de un cuento de dimensiones medias. (Sólo **La rebelión** excede esos límites). Centrada la atención del escritor en los personajes, narra aquellos sucesos significativos, a veces alejados entre sí en el tiempo, que los explican; hace el retrato físico de sus criaturas; mediante breves e incisivos toques paisajísticos permite intuir la relación hombre y medio; el diálogo nos ilumina certero la interioridad de las almas. Pero todos estos elementos que, dado la amplitud de la intención (dar en un cuento lo esencial de una vida), podrían disgregarse, adquieren unidad mediante un hecho, acción o situación, a veces tenue pero siempre hábilmente atendida, que actúa como eje ordenador. El cuento adquiere así una estructura sólida y equilibrada. En **El cuidador**, como comprobarán los lectores, todo se ordena en torno a la muerte y entierro de la enferma, pero lo que se levanta en primer plano es la figura de Casildo, que se **“entrega”** desde las líneas iniciales del cuento. Haciéndole fondo, y deliciosamente perfilada, la tía Cipriana, pone su humilde presencia dolorida de negra vieja. En cuanto al estilo, **Los Molles** es, a nuestro juicio, uno de los libros más hermosamente escritos de nuestra narrativa. Su escritura es tersa, fluída, concisa, de gran fuerza expresiva y llena de hallazgos verbales. A veces, el uso preciso de un neologismo le permite en una línea transmitir con intensidad una sensación: **“La estancia se algodona de sol, de ausencia y de modorra”**; otras veces, en una descripción brevísima pero precisa, logra que la acción más sencilla adquiera simultáneamente plasticidad y encanto poético: **“Abría**

melga de veinte pasos, inclinando la reja para clavarla con una levantada corta y rápida de la manera. Fijaba la mira en un punto lejano —árbol, piedra o esquinero— y el surco comenzaba a enlutar el verdor limpio, en un murmullo alargado de lluvia, zonzona y distante, producido por la gramilla y el trébol y las raíces al desentramarse. La gleba oscura y lustrosa disparaba, enrulada, por el ala tersa del arado”.

Mediante los tres cuentos elegidos, hemos procurado representar con la mayor amplitud posible el mundo narrativo ofrecido por Dossetti en *Los Molles* (Montevideo-Buenos Aires. Ediciones de la Sociedad de Amigos del Libro Rioplatense, 1936). En *Sobeo* hallan su conjunción el ámbito de la estancia, el de los chacareros y el de los negros; en *Domingo en la estancia* se acusa menos el “drama social” y más el “drama individual”; con *El cuidador* damos uno de los cuentos del libro donde el tema negro apenas está insinuado, es casi inexistente. Conviene anotar, sin embargo, porque el hecho confirma la unidad de concepción del libro, que este Casildo, *El Cuidador*, lo mismo que la tía Cipriana, reaparecen en el relato (*La rebelión*) que cierra el volumen, relato protagonizado, por otra parte, por el negro Nieves, personaje también de uno de los cuentos anteriores.

El cuidador

Donde hay un enfermo siempre es noche para Casildo.
No teme a ninguna peste.

Jugador en la mocedad, veinte años atrás, aprendió a mirar las sombras, luego de abandonar el verde rojizo de la carpeta, cuando las madrugadas comenzaban a levantarse desde el horizonte.

Esperando "pintas" se hizo filósofo, mientras el capitalito menguado se le iba como agua entre los dedos, deslizándose por el humo espeso de los cigarros y las aspiraciones resonantes de los apostadores.

Cuando le quedó sólo el caballo y el camino, el oficio le vino a mano. Se hizo cuidador de enfermos, murciélago de galpones oscurecidos y patios soledosos, porque no se distraía de mirón. Solía dormir en las carpetas.

Una vez le pusieron bigote, encima de la felpilla duraznera del bozo, con un corcho quemado. Quien le hizo la broma iría ganando o estaría, como él, ya de vuelta.

Desde entonces, Casildo no apareció más por las jugadas.

Ahora está sentado en un escaño liso, largo, con las piernas encima del asiento, enriendadas por los brazos, y la cabeza casi en las rodillas. Se respalda en la pared del rancho, lechada de cal, con el revoque agrietado, lleno de figuras, árboles, caminos, historias. Hasta gente y sucesos conocidos había adivinado Casildo, momentos antes, mientras despabilaba el sueño fumando. Las figuras caminaban por las paredes resquebrajadas, envejecidas y arrugadas. Las empuja el candil rojizo que lengüetea en una rinconera vercosa.

Afuera, el campo viene de lejos. En los bajíos la sombra se espesa en tibieza, arredrada por el frío seco de las cuchillas. El silencio cae despacio, goteando lucecitas de un cielo lejano y metálico.

En la pieza contigua se oye un jadeo. Tabique de junco prieto y peinado, por medio, está el palenque de Casildo.

—Un caso en el que Dios no resuelve nada, —según las palabras del cuidador.

En los ahogos, que venían menudeando de noches atrás, el hombre pega el salto y está junto a la cama. La negra Cipriana, que dormita a la cabecera de la enferma, amon-tonada en una silla petizona, es decidida pero despaciosa. Perdió agilidad, a medida que los ojos se le fueron aclarando y cada día atrapa más dificultosamente las cosas y la luz.

—En casos así, de mujeres, siempre carece tener una mujer... Aunque sea pa estorbar, —explicaba Casildo—. Son cosas de los parientes...

Casildo tiene que tomar a la enferma entre los brazos y sacudirla fuertemente, levantándola en alto, para evitar que el vómito haga un nudo definitivo en la garganta. Aquello lo hace sin darle importancia, acostumbrado.

Después se va otra vez, busca el cigarro perdido, lo enciende en el candil amigo y sigue mirando las grietas de las paredes. Hasta que el sueño le hunde la cabeza en las rodillas.

Urgido por el frío madrugador, Casildo despertó y salió a estirar las piernas en torno de los ranchos. Como llamados, los perros acudieron a sus pasos, muelles de tierra blanda,

rocío y alpargatas desflecadas. Cuando volvió, atraído no sabía por qué, Cipriana sacudía a la enferma, llamando en media voz desesperada.

—¡Nena!... ¡Nena!... ¡Patroncita!... ¡Despiertesé! . . ¡Dios mío!... ¡No se quede!...

La muchacha se había “quedado” e iba resbalando, flácida, por el borde de la cama. Las manos de la negra la tanteaban, angustiadas, interrogantes e inseguras. La enferma dió un brinco eléctrico enderezando el busto. Arrolló sobre sí las cobijas, clavándoles las manos ganchudas. El golpe de tos, grueso y sanguinolento, como una piola desflecada, se anudó en un quejido decreciente.

Casildo acomodó sin apuro el cuerpo, que era una pluma de liviano. Le enderezó las piernas, antes que se enfriaran. Hizo un hueco en la almohada y allí dejó caer, suavemente, la cabeza transparente. Cipriana veía menos con los ojos llenos de lágrimas. Estaban los tres solos en la pieza. La muchacha enflaquecida, quietita. Ellos caminaban cautelosos, moviendo y trasladando las cosas con cuidado, como si temieran cortar un sueño largamente esperado.

—Llame al patrón —musitó la negra vieja, metiendo las puntas del delantal en los ojos.

El cuidador salió al patio y tornó con un balde colmado de agua. Comenzó a lavar despacio el pecho liso y los brazos huesudos, florecidos de sangre.

—Dejemé— solicitó Cipriana, recobrándose. —Hay de llevarla toda a la pobrecita...

Casildo sabía que los ahorcados y los enfermos que morían así de golpe, con los ojos llamados por la cabeza, tenían “necesidades” y “deseos”.

—Las “partes” tamién, tia Cipriana...

Se metió en la noche. En el galpón sin mojinete, el padre de la joven dormía, vestido, sobre un recado. Dormía santamente, envuelto en una oscuridad piadosa. Maduro de cansancio y temores fatales, había caído a plomo, tras las sacudidas de vigiliat incontables. Estaba chato, feliz, en bajo relieve, olvidado en carne y dolor sobre los pelegos.

Casildo apartó con el pie al perro ovejero, que buscaba abrigo para su vejez junto al cuerpo del amo, y puso encima del dormido un cojinillo de lana espumosa.

Ahora no había nada que hacerle. Podría descansar hasta que la necesidad de moverse, para no olvidarse del todo, lo levantara otra vez.

Casildo permaneció un rato quieto, acodado en una saliente de la pared. Daba la cara al cielo, por cuya placidez bruñida parecían resbalar sin fatiga sus pensamientos de hombre.

Uno frente al otro, brasero acolchonado de ceniza por medio, están Casildo y Cipriana. Matean y pitán, a largos silencios, haciendo tiempo. El día está, todavía, detrás de los montes. Lejos.

En una mesa, junto al tabique de junco, se estira el cuerpo liso de la muchacha. Tapada de pies a barbilla con un poncho canela, color camino. Cruzadas sobre el pecho, las manos se esfuerzan por acusar los senos enfriados. En seguida viene la cera del rostro, ceñido por un pañuelo blanco, que pasa por debajo del mentón y se anuda entre el pelo lustroso. El espasmo le ha dejado la boca abierta. Las puntas del pañuelo son dos orejitas picarescas, dos orejitas de animal niño. Varias veces las ha aplastado Cipriana contra la mata del pelo. Pero ellas vuelven a porfiar, y ahí están, atentas.

Lavado por la canela y el azúcar, el mate de Cipriana se hace insulso. La negra lo pone de lado, afirmando la bombilla contra la vasija que le sirve de azucarero. Lía despacio un cigarro, luego busca una brasita entre el rescoldo y enciende.

Pregunta como entre dormida:

—¿Rezaremos?...

Casildo sale sin apuro, de atrás de una humada amplia:

—Lo mismo dá, tía Cipriana...

Por la puerta entreabierta se cuele una ráfaga. La llama del candil se alarga. Se echa hacia atrás. Vuelve. Cuando parece que se arrojará de la rinconera, como un nadador, entre las sombras, se endereza de pronto y queda temblante, fatigada.

La negra se persigna.

Casildo cierra la puerta del todo y le pasa la aldaba.

—Se reza, tía Cipriana, cuando no se puede conversar juerte... Tar callao en los velorios es lo que dá miedo... Parece que la muerte, que es eso: tar callao, lo comenzara a agarrar di a pdacitos a uno... Y si no juera por los rezos, dichos así en guerrilla, tal vez no habría defensa...

—Se reza por los finaos...

—Se reza por uno, tía Cipriana... Creamé...

Cipriana no comprende aquello. Desde lejos, recuerda:

—Mire que se divirtió al finadita el día que tuvo quince año... Cuando golviero del monte, tráiba lágrima de réise y de bailá... Aura, ya vé...

Cambian la yerba y comienzan de nuevo.

Al aclarar, llevan todos los útiles a la cocina: brasero, mates, banquitos. Casildo trae una brazada de leña cortada y el fuego comienza a levantarse del suelo, como un bicho manso, atraído por la negra.

El hombre ata un trapo blanco al extremo de la picana y luego la clava en lo alto de los ranchos. La improvisada bandera proclama la mala nueva entre los vecinos.

Casildo cuenta las "cuartas" que tiene la finada de pies a cabeza, ratifica la cuenta, después ensilla y sale a galope, rumbo a la portera.

Cuando despierta el padre de la joven, conmovido por el resonar de los cascotes en la tierra, ve alejarse al cuidador. Lo ve de una distancia imprecisa.

Y queda como perdido en el galpón clareado.

El trote desparejo de veinte cabalgaduras, levanta y hunde las cabezas de los jinetes, al parecer urgidas por encontrar una línea rítmica para valerse contra aquel desasosiego. Del camino se levanta un polvillo sin fuerza, que cae enseguida. El grupo va rumbo al cementerio de los Téliz, situado al otro extremo de la sección.

El cortejo es ancho, tanto como lo permiten los trillos sin cercas, pero se afina un poco detrás de una jardinera sin

toldo. El vehículo lleva una flecha blanca encima —lienzo casi transparente, lleno de viruelas, puestas en hilera espaciada por la visible cabeza de las tachuelas— que es la que hiende la distancia y arrastra a los hombres silenciosos. El género blanco, adherido como pellejo a las tablas rústicas, se aviva en la mañana, denunciando la adolescencia de la muerta.

Un muchacho, rezagado por la escasa tendida de su petizo lobuno y peludo, hace frecuentes galopes nerviosos, hasta conectar con el núcleo.

El cementerio blanquea de lejos, rodeado de soledad. Está empinado en una laderita.

Cuando la gente se aproxima, Casildo y otro hombre salen de atrás de los nichos, sobre los que juguetea la gasa blanquecina de los restos de un fogón. Limpian los cuchillos gra-sientos en la caña de la bota y se aprestan a recibir al grupo de jinetes.

Vinieron en la madrugada, a preparar la fosa. Un montón de tierra lustrosa y húmeda, respirando sin fatiga, proclama el trabajo de los hombres. Al lado está el hueco donde dejarán a la joven. Ahora, acaban de churrasquear.

Los caballos se desperdigán, enfrentados, pastando la hierba enhebrada de rocío. Dentro del cerco de alambre, la gente acciona despacio, agrupada en torno a la caja. Dan la cabeza descubierta a la mañana, todavía fresca. Pasan sobeos por las manijas de piola, tantean la tapa con los dedos férreos, levantan el ataúd y luego lo dejan caer blandamente a plomo. Es como si a la fosa le hubieran abierto, en el fondo, y de pronto, una ventana alargada por la que se puede ver más hacia la profundidad.

Un hombre encanecido, de cara bronceada y de párpados sanguinolentos, desgrana un puñado de tierra en lo hondo. Contesta un tamborileo apagado. De inmediato, otros hombres comienzan a palear seguido. El roce metálico de las palas termina, abajo, en un ruido de tambor, corto y firme. Cada vez más lejano. Los braceadores siguen apurando la tierra, hasta hincharla sobre la fosa, en un remedo de preñez.

El hombre encanecido ,permanece de pie junto al promontorio oscuro. De lejos, no se sabe si pregunta o espera.

Todos montan a caballo y salen, tranqueando, hacia el camino. El es el último. A poco trecho, van todos juntos enfilados.

De pronto, galopan. El primero en hacerlo, levantando volidos de ponchos y pañuelos, es el hombre que estaba como clavado junto a la tierra apilada.

En una horqueta del camino, Casildo resbala y se deja ir hasta la pulpería de Escamendi.

Allí compra tabaco de contrabando y papel "duque".
Provisión para meses.

El dependiente averigua:

—¿Tiene algún enfermo en vista, don Casildo?

—Voy pa lo e' Piriz...

—¿Otra vez?... ¿Y ese entierro no era la última muchacha viva que le quedaba al viejo Piriz?...

—La última... Por eso voy...

Y luego de elaboración concentrada de sus ideas:

—Sigo al viejo. que no tendrá juerzas pa llamarme, cuando lo atropelle la pior enfermedá del hombre: la soledá... La soledá, mocito, dentra a los ranchos con pieses de pluma...

El dependiente, que sólo oía decir cosas así a los borrachos, sonrió levemente tras la reja.

Casildo, amoscado por el gesto del muchacho, le reconvino:

—Ultimamente a usted no se le incumbe pa donde voy... Cóbrese!...

Casildo pagó el gasto y salió a galope tendido.

En el filo de la cuchilla, brillante por el camino y la mañana, los jinetes compañeros levantaban una nube de polvo, que ascendía fácil.

Domingo en la estancia

El domingo cae a plomo sobre la siesta de la estancia. El galpón se evade por los mojinetes libres hacia el campo, sangrado por la luz cuchillera. Así, abierto y agotado, parece concretar la fatiga circundante.

La distancia muere cerquita, presionada por la ondulación rutilante que alarga los pastos rumbo al cielo y hace espejos de los caminos. Espejos truncos, en los que suele mirarse la transida esperanza de los muchachos y de los agregados.

Hay una copa vegetal, dando sus óleos al cielo. Pero está ardiendo de chicharras tremantes, con los élitros como brasas, enrojeciendo la pesadez y el cansancio.

Buscandola breve cinta de sombra dibujada por el volado, pasa una gallina en procura de los tartagales y la tierra floja. Le pesan las alas desganadas, con las puntas casi a rastra. Va clueca de un sol violento, encendedor de vidas de fuego en el plumaje canela.

Lengua afuera, los perros están mansos y estaqueados.

Baten las fauces húmedas contra las moscas pegajosas. Como dando coletazos escamados en la laguna lisa del galpón.

La estancia se algodona de sol, de ausencia y de modorra.

El negro María, de cara lustrosa por el calor, llega al galpón metiendo las faldas de su camisa floreada en la pretina. Presiona levemente el cinto, redondo y atirillado por el uso, hatilla la punta sobre el arco que fraterniza con el vientre, y se tumba encima del cuero. Este también está derrotado por el calor y hunde la lana crespada en el piso de tierra. María rezonga con un "siete-cueros" rebelde, que le pone el talón en el aire, como afirmado por un espeque puntiagudo, y lo obliga a pisar con los dedos.

—¿Te duele?... Otro día vaj'a mirá mejor ande mean los cabayos...

La espaciada conversación de los muchachos se aviva un poco, a costa del recién llegado.

Pero la ceniza seca y caliente del mediodía, la ahoga en seguida.

—L'astancia del Cebollatí e'comu esta, má o meno... Pero lo qui hay son mujere...

Habla uno de los negros criados en los campos de los Fernández, que se van turnando de pagos, a medida de las necesidades de los patrones.

—Tonce las mujere alcanzarán pa todos...

—Sigún...

—Ah, claro!... No arrebatando...

Los negros arrastran los pelegos, con pereza pero con interés, hacia donde comienza a formalizarse el carozo de la conversación. Son cinco o seis muchachos y muchachotes. Uno de ellos, recién caído a los Molles.

Un negrito anguloso y canijo se descuelga del zarzo de los aperos, dejando en balanceo las acordadas duelas de barrica. Caer maduro de curiosidad.

—No corre aire ninguno ái arriba...

El del "siete-cueros" encoge la pierna, sin mirar, teme-

roso de ser tocado por el cojinillo, que pasa a su lado, haciendo un ruidito seco y flojo.

—Amiguito: usté déase güelta, qu'es muy jove pa óir conversaciones di hombres...

—¿Muy jove?... Preguntaseló a la renga Esperanza y a la cochera vieja...

—Esto sestá poniendo mu güeno...

Los más chicos tienen los ojos como plato: fondo negro y luminoso y vuelo de blancura virgen.

—¿Y vos, Bandera, no tenés nada pa contar?...

El aludido es un negro descarnado, silencioso, sin edad. Es, verdaderamente, fuerte. Bracea sin desmedro de su machismo al ritmo de cualquier mensual. Pero se place en su soledad sin comparaciones y en su pantalón a media pierna.

Como ha vivido en tres estancias del contorno, le ha resultado fácil reflorar su niñez en cada una.

Algunos de sus compañeros de ranchadas tienen credenciales de hombre. Juan, una querida. El chico va y viene al Brasil, contrabandeando. Medardo, purga en Montevideo una muerte derecha.

A Bandera lo aplanó aquel labio tajado y flotante. Un triángulo rosáceo descubre la flor blanca de los dientes apretados. El arco de la sonrisa esperanzada se quebró al medio y afiló su punta señalando un norte enfriador. El bordecito arqueado y pulposo, vigilado por un bocito vacilante, tiembla brevemente al menor movimiento de la cabeza. Tiembla como si tuviera conciencia de su desamparada desnudez.

Un peón del pueblo había dicho en el galpón de "Los Paraísos":

—Pero la boca d'este negro es una bandera e'comisaría... Tiene colores y se mueve...

Le festejaron la ocurrencia brutal, y le hincaron el mote al negrito.

Cuando dijeron "y vos, Bandera, ¿no tenés nada pa contar?", él estuvo por acogerse al sopor dominante y callar.

Pero se hizo involuntariamente fácil a fuerzas hondas,

que le canalizaron emociones fresquitas, íntimas y jugosas.

Comenzó desde lejos, tanteando o esbozando vagamente los protagonistas, como si removiera el rescoldo con la punta de los dedos cautelosos.

En la "Santa Cecilia" la vida es fácil y regalada. Los patrones están en el pueblo y rara vez caen a la estancia.

El capataz, hombre maduro y retraído, va poco al perímetro de las casas de material. Economiza palabras y preocupaciones. El accidente más notable de su actuación allí, es aquel cambiar mates y humadas con un guasquero viejo, que es como el alma tranquila de los galpones. El capataz ceba. El guasquero saca lamentos finos y torturados a la lonja con transparencias de ámbar.

—¿Vamo?... .

—Vamo.

—¿Comeremo?... .

—Comemo... .

Acuestan a lezna y la bombilla. Salen arrastrando las alpargatas.

Los "apartes" se producen a intervalos, por troperos que andan en eso. Cuando se van, marcha tras la tropa todo el movimiento de la estancia, enredado en los gritos y en las espirales de polvo caminero.

Después, el cuajarón espeso vuelve a caer sobre el campo. Adentro, mandan las mujeres.

Negras o mulatas adheridas en las buenas y en las malas de la estancia. Ayudan a levantarse y ayudan a hundirse. Según se les maneje hacen bien o mal. Como los cuchillos.

Los muchachos, con las venas pletóricas, haraganean, engordan y se buscan. Pajarean en obligaciones chiquitas y en deseos apurados.

Allí está Bandera. Es el pichón mojado de la bandada.

—¿Por qué no te vas con los muchachos al arroyo?... .
Pasan la tarde, pescan, juegan... . A la güelta, arrean los terneros... .

La voz es cordial. Aquella morena, con breve buche de

paloma, vigilaba con distancia y suavidad al enjambre. Tenía esguinces maternas. Dormía en las piezas de adentro. Había estado mucho en el pueblo, con los patronos. Usaba delantal corto y limpio. Era de las pocas que no buscaba obligaciones para quedarse en las noches galponeras, cuando había peones forasteros o mercachifles. Y no era porque le faltara juventud.

Bandera bajó la cabeza, sin contestar.

—¿Tas peliao con eyos?...

—No, señora...

El "no, señora" caracoleó en el oído de la mujer.

—Los muchachos son arteros pero son güenos... Son muchachos...

—Los muchachos varones, sí... Pero las mujeres...

Bandera no sabía como decirlo.

La conversación le fue franqueando el camino a su pensamiento miedoso.

En los baños del monte —programados con los varones aparte desde las casas, pero realizados después en común, en la misma laguna breve y avejigada— las negritas no querían que Bandera fuera lobo.

—Vos quedate de capincho... Nosotros te asustamo...

Lo asustaban una vez y luego lo olvidaban.

Los brazos, las zambullidas y el griterío espumoso se hacían trenza y ascendían por los claros del monte.

Los muchachos comenzaban por sentirse desnudos en el agua, cubiertos hasta la cintura. Apasionados en los juegos, vestían su desnudez de fugas y fatigas. Terminaban nadando en la luz hiriente de la playa.

Con sólo tocarla, la renga Esperanza se daba contra el suelo. Bandera la había seguido por los caminos overos, arrasado por los juegos. La renga sentía el tropel a su espalda y menudeaban los barquinazos. Iba cortando la luz y la sombra de los árboles, dibujados sobre los almácigos de yantén, con la proa incipiente del pecho adelantado. Alcanzada, se dejó caer, supina, sobre la hojarasca gemidora. Cansada y deseosa. Temblaba con vibraciones de llama. Los párpados apretados.

Bandera la tomó del hombro, correoso por el agua, y la puso cara al cielo.

—Ah!... sos vos?... Salí, negro porquería...

Bandera venía muy urgido. Insistió, dejándose caer.

La muchacha, con las manos agalletadas, golpeaba contra el tórax lustroso.

Le escupía la cara.

—Con vos, no!... Con vos, no!... Carniza jedionda!...

Se achicó el negro. Y sintió que le corría por los músculos una tristeza aflojadora.

Por eso Bandera se quedaba, ahora, en las casas.

El eje del carro pertiguero cruzó hilvanando el cicutal. Las caras de los muchachos amanecían risas claras.

Después de aquella confesión, el negro fue muy amigo de la mujer. Se pasaban horas calladas, unidos por el mate dulce y la soledad, junto al picadero gris del fogón.

En la cocina.

Tía Cipriana —mota apasada y cenicienta— oye, recuerda y fuma.

La morena amiga de Bandera arrastra una conversación entristecida, atajada de pausas.

—Y así e'nomá... Hombrecitos, hasta d'eso suelen pasá miseria... La mujer e diferente...

—El mío tará n'esa edá... buscadora pero miedosa...

—Tará... Gurisa, te puso la barriga en la boca... Lo conocí, tapecito, en "Los Paraíso"... Lindo, el mocosó!

—Si. Lo llevó la niña Juanita, cuando se casó...

Madrina se lo dió...

—Y güeno, si te priocupá e'pior... No remediás nada... El se arreglará áura o se desquitará cuando sea hombre...

Bandera oyó, sin querer, retazos de la conversación.

No entendió nada.

La tristeza se encascaraba en el negro.

Puso paños de soledad entre él y su compañera.

La mujer lo buscó. Un día le dejó caer, sorpresivamente, la mano blanda sobre el hombro:

—¿Si aninma a dir esta noche a las piezas di adentro?... Te dejo la puerta abierta...

Bandera sintió unas ganas locas de disparar.

El frío que le corrió por el cuerpo se hizo calor concéntrico y mareador en la cabeza.

Desde entonces, la vida tuvo motivo para el negro: esperar, lleno de miedo y hervor, la llegada de las noches...

Boleando cachilas que transcurrían entre los caminitos amenazados por el tenaz flechilla, Bandera volvió al círculo deprimente.

¡La mujer no lo había besado nunca!

¿Ella también le tenía asco?

Esa noche, consciente y cautelosamente, sin dejar que los sentidos se desbordaran, atrajo la cabeza y besó hondo y largo.

Aquel beso roto aceitó su tranquilidad.

Laxo, cordial y generoso comenzó a tantear el rostro amigo entre las sombras. Los ojos de la mujer nadaban en lágrimas.

Fue como si le hubieran quemado los dedos.

Al otro día, tempranito, Bandera pidió autorización al capataz para rumbear hacia la estancia de los Molles.

Ahora está allí, flotando en la siesta espesa.

—Miraló al Banderita este... Como pa facilitalo...

Otro de los negros alfileré:

—Pa cuento e'lindo... Por lo cortito...

—Nu es cuento... es verdá... —replicó, firme, Bandera.

—Güeno, si nu es cuento, amuestre la papeleta... A ver el nombre de la prójima...

—¿Carece?...

—Si... Pa má seguridá...

Bandera dijo el nombre, con pelos y señales.

El negro que había hablado de la estancia de Cebollatí, se irguió súbito y furioso. Era nuevo en la estancia. Dijo algunas palabras mordidas, que no se le entendieron.

Todos los muchachos se pararon, sorprendidos.

El forastero había tomado una tijera de tusar. Ya sobre Bandera, éste quitó el golpe con el brazo.

Atinados, los negros apartaron al que estaba como enloquecido, con los ojos encendidos en furor y lágrimas.

Bandera, solo, cayó en una blandura triste. La mujer historiada, llegó de lejos a su pensamiento. Lo inundó la claridad del presentimiento.

Mientras se fajaba la herida borbotante con un pañuelo color mugre, murmuró:

—Mire que soy negro disgraciao... Ni las mentiras me salen bien...

El heridor lo miró sorprendido, con una trascendida dulzura.

Tenía los ojos blandos, lavados y dóciles.

Ahora van los dos hacia el campo. Cobrarán los terneros para el corral chico.

Se hunden fáciles en la pelusa áspera de la tarde.

Van conmovidos por una clara fraternidad de estrella y de cachimba.

Sobeo

Los gringos pusieron, de la noche a la mañana, el cernidor apacible de una chacra, entre la ranchería indefensa de los negros y la opulencia provocadora de la estancia.

El primero en llegar al cuadro de casas de los labriegos —con hebras de pasto verde señalando las hiladas de terrones— fue el negrito “Sobeo”. Husmeaba fraternidad.

Mal llamado Sobeo en la estancia vieja, porque su verdadero nombre era Margarito.

—Margarito Rodrigue, pa selvilo...

En esa ranchada todos los negros eran Rodríguez. Marcharon la vida pegados a la hacienda del viejo terrateniente lugareño, como una “bajera” sucia a la cruz herida y sudorosa. Cuando el amo desapareció, la negrada se aqueresó contra el apellido.

Fue la herencia.

Eso, y alguna cicatriz disimulada entre el pellejo escamoso.

Margarito era menos muchacho que yo, pero más apunado, de huesos visibles y afilados. Caminaba blandito, con el

cuerpo flojo. Cambiaba el ritmo vacilante, a medida de los pequeños obstáculos. Tenía la espalda hundida, como si la fueran presionando con un puño. El juego de las rodillas, torpe o desmañado, ponía a su caminar en leve zarandeo, de nuca a frente. Trataba de asir un invisible apoyo que se alejaba siempre.

Los brazos largos le caían en desgano de pulpa sin hueso. Fue lo que le dió bautismo en los galpones de la estancia:

—¡Sobeo!

Los peones nunca erraban ni el nombrete ni el chirrido a las patas desnudas de los negritos.

Después de Margarito, los demás negros y las morenas empezaron a resbalar hasta la chacra, como gotas de agua que la cerrazón gruesa va volteando de los alambrados. Con anuencia de los labriegos —mis mayores— cortaban derecho a la estancia, sin despuntar las melgas barbechadas. O hundían los cuerpos en el maizal. Los atados de ropa limpia, firmes encima de la cabeza motosa, más que boyas flotando sobre el verde movedizo, parecían redondos trozos de nube suspendidos en el aire de la mañana.

Al retorno, siempre había para las negras un pañuelo atado por las puntas, con choclos reventones en leche; una mano dura y caliente o alguna herramienta prestada. Solían llevar semillas que malplantaban o rezos dificultosos para las noches de enfermedad y miedo. Rezos que se apichonaban en los labios y la memoria lerda y se fatigaban aleteando contra el campo, apretados por la mansedumbre y el cansancio físico.

Desde que le prohibí que me tratara de “usté” el negro Margarito fue mi amigo. Tal vez de antes.

Era hábil para trenzar lacitos de cerda y colocarlos en los tenues caminitos que iban, como venillas, de los potreros a la chacra. Hacía las armadas antes que levantara el rocío y cuando las menudas faenas de la estancia le deban una tregua, salía a recoger las perdices cobradas por su artimaña. La humedad de los pastos le albeaba los pies desplayados, tal

si pisara en leche. El empeine lleno de semillitas y briznas, denunciaba las escapadas del negro a los plantíos.

—Son pa vos...

Nunca llevaba una perdiz ni a la estancia ni a los ranchos. Me las dejaba, como si saldara deudas. Sentía placer en dar cosas suyas, cuya posesión no la debiera a nadie.

—Che, Margarito... venite a comer un guiso de perdiz...

—No me gustan. Son medias seconas. Las cimbro por cimbrarlas... y porque ustede dicen que son linda...

Y volvía a la estancia.

Los domingos, la estancia quedaba vacía. Las mujeres se iban en carruajes para el pueblo, cuya plaza ardía en vecinos y en sones de la banda del regimiento. Los hombres ganaban la pulpería o se metían en bailes de convite, que empezaban al oscurecer del sábado y terminaban con el sol del lunes. Margarito, dueño de su soledad, traía cañas de pescar y algunos rudimentarios instrumentos de caza. Rumbéabamos para el monte. Partíamos trozos de pan rubio, cocido por la mañana, y salíamos buscando los tajos del campo, hasta dar con los pesqueros menos frecuentados.

El tenía aripucas disimuladas en todos los albardones de la costa. Recogía, en otoño, brazadas de varillas de mimbre, gruesas como el dedo chico. Derechitas. De ponerlas en una línea con el agua quieta de la laguna. Después sacaba tientos de la corteza elástica de la envira, y las aripucas "se hacían solas", según su expresión de diestro sin sentido teatral del oficio.

Iba sembrando los claros del monte con pirámides huecas. Cuando las aripucas se levantaban de un lado, "con la boca abierta", era señal de que Margarito estaba cerca, hecho una bola entre la vegetación hostil, esperando que cayeran los trespó, las palomas color nube o el chisperío ígneo de los cardenales. Tenía una tenacidad terca, de perro bichero y conocía la hora de todos los pájaros, cuyos cantos remedaba, con los labios firmes sobre la dentadura pareja.

Nuestro silencio y las voces imprecisas del monte, solían hilvanarme al miedo. Para defenderme arrojaba algún tronco

seco o guijarro al agua. La laguna devolvía el golpe en un quejido de metal apagado. En ruido amigo.

El negro se molestaba, sin moverse.

Por entre los arbustos venían sus ojos como cuchillo.

La historia de Margarito cabía en un silencio. Para él todo recuerdo era tristeza. Vino a la estancia hecho un atadito hambriento, sobre la cadera de una morena joven. Había nacido como todos sus parientes en sangre y desgracia: de semilla que andaba en los vientos. La primavera en la vida de las negras, era un otoño de hijos.

Cuando la madre sintió que echaba los pulmones por la boca, tomó el camino del pueblo. Margarito fue, entonces, una hoja en los remolinos de la estancia. Hasta los pollos manosos, visitantes continuos de la cocina, lo dejaron muchas veces sin su trozo de carne cocida o su mijajón de pan.

Cortó espinillales, repuntó terneros, abrió porteras, buscó nidales entre las ortigas y las cicutas, hasta que lo llamaron de adentro. Para cebar mate. El acarreo comenzaba con sol alto, porque el hijo del patrón se levantaba casi a mediodía. Era un mocetón que se hacía ensillar el caballo de nochecita.

Una mañana, inadvertido, el negrito chorreó con el mate el poncho claro que pendía de una silla.

Margarito tenía memoria vaga de este suceso. Había sentido un golpe seco y profundo en la espalda. Luego, algo que no era frío ni calor le corrió por el cuello y fue a desparramarse como luz estallante en la cabeza. El frescor de la noche lo encontró tumbado sobre unos cueros de oveja, en el galpón de media agua. Quiso darse vuelta y no pudo. Levantado por el dolor y la fiebre, metía los ojos desmesurados por el paño de cielo cercano que le ponía mojinete al galpón. La carne rota de la espalda le hundía cien ganchos puntiagudos, llevándolo, nuevamente, a lo hondo. Desde allí asistía a la danza de unas lucecitas coloreadas, que Margarito no sabía si estaban pegadas a la sombra o a su carne. En los rincones oscurecidos empezaba a levantarse un hormigueo de murmullos, en hervor de calderas sumidas en el rescoldo. Todas las

cosas muertas del galpón cobraban vida repentina. Los lazos arrastraban sus argollas pulidas, deslizándose en el piso de tierra firme. Los cueros secos se doblaban sobre sí, en cómica actitud de morderse la cola. Un arreador golpeaba las alas resonantes de un recado, y éste daba brincos repuntando al cuerambre, para lanzarlo en arremetida sorda contra el negrito afiebrado. —¡Se viniero!...

Margarito esperaba el aluvi3n sin poderse encoger. Apretaba los dientes y los puños para contrarrestar el desgarramiento. Pero, de pronto, un paño frío y renegrido subía desde el piso hasta cubrir el mojinete desguarnecido, y las figuras hostiles desaparecían silenciosas, flotantes, en un olvido sin dolor.

Fiebres, angustia y soledad fueron señalando la enfermedad y la convelescencia de Margarito. Cuando pudo caminar de nuevo, a remezones, notó el extraordinario crecimiento de los brazos. Había perdido el juego hábil de las articulaciones. En la cicatriz de la espalda le cabía un puño. Tentó con miedo los viejos caminos, andando blandito. Los brazos eran dos guascas lacias, mojadas, engrasadas, sucias, usadas. Dos guascas de brete que pugnaban por arrastrarse:

—¡Sobeo!...

—¿Y por qué te dicen Sobeo?...

Margarito miró a la distancia, sin oír, como si esperara la aparición de alguien, desde atrás del pitangal.

En su rostro de tierra mal cocida, pasaban las emociones sin dejar rastros.

De los ojos le fue cayendo una luz. La sogá muerta, fácil a las manos de todos, daba botes como una víbora.

—¡Güe!... ¿Tas yorando?...

Las lágrimas hacían camino por las mejillas terrosas del negro.

Nunca lo había visto llorar.

—Sí!... Pero no digas a naide... Nu es di hombre...

Teníamos las piernas desnudas, colgando en la barranca. Recogimos los aparejos y los liamos. El monte, entramado de voces y sombras subidoras, nos fue empujando despacito hacia el campo.

Cuando llegamos a la chacra, la noche estaba ceñida por una cincha blaucuzca, enjoyada de moneditas de plata.

Al “patroncito” lo succionó la metrópolis y dejó el campo. Margarito se sintió menos dolorido, entonces, en las galponadas. Hubo más cielo para él. Lidiaba en livianos trajes con las mujeres de las cocinas o hacía mandados de los peones. Le pegaban coscorrónes o guascazos sin asco. Un tanto por costumbre y otro tanto porque el negro se estaba poniendo “medio ido” y solía gruñir a lo perro viejo.

Hacía dos veranos que el patroncito no venía a la estancia. Tendría asuntos en Montevideo. Polleras, decían.

El capataz recibió, de improviso, una carta, ordenándole que le mandara caballo aperado a la estación del ferrocarril. Las tijeras de esquila relampagueaban, parleras, en el galpón grande. Sacaron de la cancha a Margarito, que hacía el “benteveo” y el “médico” de sol a sol, y lo pusieron en el camino, con un caballo de tiro.

El viajero lo acogió con cierta jovialidad dispensadora. Y como venía con otro mocito de Montevideo, —fino, maturrango y amarillento— dejó a pie a Margarito. Su petizo lobuno sirvió al forastero.

—Vos andate a patacón, cortando campo...

Y salieron apareados, al trote manso, animando el diálogo con bocanadas de humo claro. Describían semicírculos con el brazo, chuceando el horizonte con el mango del rebenque. Los hechos del contorno se avivaban.

Margarito —casi contento— siguió la marcha de los jinetes.

Había tres leguas por las gambetas bayas de los trillos. Pero, a campo traviesa, la estancia se acercaba mucho.

Los vuelos sedeños de las lechuzas y el griterío circular de los teru-teros, rastreaban al negro, que caminaba blandito, sumido entre los chilcales.

Como Margarito desapareció de la chacra, busqué pretexto para ir a la estancia. Corté lechugas crespas, rojizas y achatadas, y las metí en una canasta de damajuana.

Al desembocar en el guardapatio, la sirvienta de “adentro” me atajó el juego. Se dejó venir con su rosario:

—Yandás sonsacando a Sobeo?... Seguí viniendo, que a lo mejor vos también tencontrás algún arriadorazo orejano... Si vieras como tá de avispaio el negro! Un mes cortón le ha bastao al patroncito pa ponerlo de rienda...

Y siguió pasando sobre la vida y penurias de Margarito, como una rastra sobre la escarcha.

Hizo una pausa. Ojeó las lechugas despectivamente. Siguió.

Cuando se agachó, para fregar con arena una ollita ventruda, estuve tentado de darle una patada en las nalgas desparramadas y meterla de cabeza entre los tizones, canosos de cenicienta ondulada.

Simulé la retirada. Llegué hasta el tartagal, compacto y siempre minado de gallinas, que se levantaba cerca de las porquerizas. Rodeando los trojes, la caballeriza, el dormitorio de los peones, fuí a desembocar al corral de los terneros, que terminaba en un galpón chato, con la quinchá a un metro del suelo. Parecía una gallina con las alas extendidas, escondiendo los polluelos de la voracidad de los chimangos.

En el fondo estaba Margarito, con un latón circular entre las piernas, desgranando maíz. Ponía las espigas en cruz, las apretaba y luego le hacía un juego como quien saca lustre a un mate nuevo.

El marlerío blanco subía en espuma, dejando sólo un hueco, por donde se metía el negro y el recipiente de los granos que garuaban un ruidito sordo.

—¡Güe!... ¿Se te descompuso la desgranadora?...

No. La desgranadora marchaba bien. El patrón lo hacía desgranar a mano, mientras dejaba otras tareas, “pa que no haraganiara”.

La soledad era un alivio físico para Margarito. Pero lo apretaba. La espalda aparecía más hundida.

Tenía las manos hinchadas y enrojecidas en la palma. Las muñecas abiertas, ceñidas con guasquitas lanudas.

—Iba a dir esta nohecita a tu casa...

—¿De noche?... Serás lobizón, ahora...

Se paró de golpe y me puso las manos sobre los hombros. Me metió los ojos hasta el corazón.

—¡Sos mi amigo!... Perame esta noche nel esquinero grande... ¡Que no te vean!...

Después, me empujó suavemente, guiándome fuera del galpón, como si yo fuera un ciego.

Olivera estaba en la bolsa del arroyo. Margarito lo había adivinado en la siesta, atalayando en una lomita cercana a las casas. Por el volido de los cuervos o el azoramiento de las palomas, que son una línea recta cuando resbalan sin miedo por el cielo. No habría sido, seguramente, por el humo del fueguito donde hervía la pava o goteaba, despacio, el asado de oveja. Eso no. Porque Olivera sabía buscar la dirección del cauce y el abrigo de las barrancas y hacer allí un nidito de leña seca, encenderla y largar el humo, agachándose sobre las aguas, caminando con pies livianitos, hecho felpilla de la corriente.

Olivera y sus compinches tenían que dar un reposo a los caballos de carguero, dóciles para caer en ristra a las picadas. Venían contrabandeando apurados desde el Chuy. Alivianados, pegarían la sentada esa misma noche.

Margarito y Olivera se habían encontrado muchas veces en el monte. El contrabandista le tenía lástima. Hacía tiempo que el negrito le pedía que lo ayudara a huirle a la estancia, llevándolo a cualquier parte. Al Brasil, si fuera posible. Esta vez Margarito insistió con vehemencia y lágrimas de hombre.

Olivera se ablandó y le prometió un caballo.

—Conseguite un aperito y vení... T'esperamo hast'al lucero...

Cuando llegué al esquinero grande, ya estaba Margarito. Sentado sobre un montón de sombras, que eran pilchas rejuntadas. Le faltaba la cincha. Volví a las casas y le traje la única disponible: la de ensillar para arrastrar el barril. Al tanteo, tomé unas bolsas de arpillera y se las llevé:

—Pa que te hagas un pochito...

Margarito reató en silencio su equipo de matrero. Después me dijo:

—Solo te viá pedí dos cosas: que siga siendo mi amigo y que no digas que me juí a caballo...

Le temblaban las manos y la voz.

Esa noche no pude dormir. Daba vueltas buscando el sueño, como un cuzco buscando un bicho entre las matas. Me levanté en la madrugada, esperando la salida del lucero. Cuando apareció, bajito, con su luz grande y azulada, le hice un saludo con el brazo. Lo hice sin querer.

Cerca de mediodía la estancia empezó a hervir en movimiento.

Un hombre salió a galope tendido hacia la portera y tomó el camino del pueblo. Iba atado a un poncho claro que era una nube loca.

Me acerqué a los guardapatios, indagante. Las mujeres escandalizaban, desesperadas. Lloraban, gritando y levantando los brazos.

El capataz pasó por mi lado, sin verme. Iba con la cabeza agachada y el sombrero a los ojos. Mandó ensillar y recorrer la costa, con voz entrecortada y áspera.

—Revisen bien... busquen en todas las matas... Si es preciso, prendanlén juego a los pajonales y al espartiyo!...

—No podrá arrastrarse muy lejo ese negro deshecho...

Los peones galoparon en abanico hacia el campo. La perrada, nerviosa, vanguardaba en zig-zag, adivinando el rumbo.

El "patroncito" estaba quieto en la casa. Quieto para siempre, en un cuajarón de sangre. Con la cabeza volcada hacia atrás.

Dos agregados, que se aprestaban a disfrutar de un velorio "bueno", comentaban en la cocina:

—Lo han agarrao a lo capón, al pobrecito...

—Es un tajo bagual...

IX

Felisberto Hernández (1902)

Con Felisberto Hernández es posible plantearse un problema en algo semejante al famoso del huevo y la gallina. Porque, en realidad, no se sabe si es un pianista que devino escritor o si es un escritor que durante muchos años desvió su vocación de narrador canalizándola en la de concertista. No importa mucho investigar a fondo dicho problema. Lo cierto es que durante tres lustros Felisberto Hernández, acompañado siempre de su inseparable amigo don Venus González Olaza, recorrió el país en todas direcciones realizando conciertos de piano. Igual hizo en algunas provincias argentinas. Y todo ello constituyó una experiencia visible en sus relatos. Al mismo tiempo, fue haciendo imprimir, (algunos de ellos en pequeñas imprentas del interior), sus primeros libros, que constituyen hoy verdaderas curiosidades bibliográficas. Son cuatro breves volúmenes: **Fulano de tal** (1925), **Libro sin tapas** (1929), **La cara de Ana** (1930), **La envenenada** (1931). Ellos constituyen algo así como la prehistoria de la carrera literaria del autor. Están lejos de ser, desde luego, obras definitivas. Pero hay en esos libros algunos trazos que anuncian al escritor que Hernández llegaría a ser más tarde. De **Fulano de tal** escribió Carlos Vaz Ferreira este juicio ambivalente: "Posiblemente no haya en el mundo más de diez personas a las cuales les resulte interesante, y yo me considero una de ellas". Y de **Libro sin tapas**, un comentarista afirmó que obtuvo las que le puso el público con un olvido indudablemente injusto. De todos modos, con la publicación de **Por los tiempos de Clement Colling** (1942), logra Hernández no sólo llamar la atención de un grupo minoritario pero admirativo de lectores, sino que provoca un juicio sumamente elogioso de Jules Supervielle: "Ud. alcanza la originalidad sin buscarla en lo más mínimo, por una inclinación natural hacia la profundidad. Ud. tiene el sentido innato de lo que será clásico un día". Cuatro libros más (**El caballo perdido**, 1943, **Nadie encendía las lámparas**, 1947, **Las Hortensias**, 1949 y **La casa inundada**, 1960) completan la obra de este escritor

de perfiles tan nítidos y originales dentro de la narrativa uruguaya.

Si procuramos expresar la primera impresión global que surge de la lectura de la obra narrativa de Felisberto Hernández, es fácil que nos sintamos compelidos a afirmar que estamos ante un orbe narrativo de carácter fantástico. Este juicio no es del todo inexacto. Pero, al repararlo, percibimos que es necesario precisarlo, pulirlo, matizarlo. Porque, apenas profundizamos algo en el análisis, notamos que casi no existen en la narrativa de Hernández elementos sobre o contra naturales. Por lo contrario, en sus cuentos suele moverse en el plano de la realidad más aparentemente trivial y utiliza, con gran autenticidad humana y literaria, ingredientes que pertenecen, indisimuladamente, a su propia biografía. ¿De dónde proviene esa impresión de orbe narrativo fantástico que deja la lectura de la obra del autor? Proviene de la particular visión que de la realidad tiene Hernández y del tratamiento a que la somete para hacerla ingresar a la literatura. La realidad, sin dejar de mostrar su carácter de tal, es vista desde una perspectiva que la convierte en fantasmagórica. Veamos ahora algunos de los materiales con que Hernández trabaja su narrativa, y que contribuyen a dejar en el lector esa impresión de vaivén entre la prosa de la realidad cotidiana y la poesía de un mundo fantástico.

La memoria y el recuerdo. Gran parte de la obra de Felisberto Hernández, está construída, repetimos, con recuerdos de su propia vida. En **Por los tiempos de Clemente Colling**, evoca al músico ciego de tal nombre, maestro de piano del autor cuando éste era adolescente; en **El caballo perdido**, evoca a Celina, primer maestra de piano que el mismo Hernández tuvo. Pero tanto como las figuras de Clemente Colling y Celina, al autor le interesa crear en dichos libros otra cosa: el tono vital de su propia vida interior en esos años. No es, pues, sólo los sucesos lo que el autor procura rescatar del pasado, sino también su sabor vital. El esfuerzo por lograr esta recuperación subjetiva del pasado, hace que ese pasado quede como hundido en un agua traslúcida que lo tiñe de lirismo y fantasía. No es el pasado mismo lo que se recupera, sino su imagen transformada por los mecanismos de la memoria y de la conciencia toda. De

ahí que la segunda parte de **El caballo perdido**, donde el propósito del autor es más lúcido, sea tanto prosa narrativa como un sutil ensayo acerca del modo en que el recuerdo actúa sobre la conciencia, o, dicho tal vez más exactamente, del modo en que la conciencia en cuanto **todo** modifica el pasado que se actualiza en el recuerdo ⁽¹⁾. **Animismo**. Otro de los aspectos que incide en la narrativa de Hernández para darle un aire fantástico, es la particular manera en que el autor traduce literariamente ciertos estados de alma, sensaciones, sentimientos, emociones, que la misma realidad suscita. Muchas veces la realidad promueve estados de conciencia difícilmente explicables en el lenguaje corriente. Para expresar esos estados de conciencia, Hernández, en un juego imaginativo, supone tras de la realidad una trans-realidad: hace viviente lo inanimado, consciente lo que de conciencia carece. Esta especie de animismo hace fantasmagórica a la realidad más trivial. Todos hemos experimentado, por ejemplo, la cualidad inefable de ciertos silencios. Pues bien: Hernández otorga conciencia al silencio y escribe: “El teatro donde yo daba los conciertos también tenía poca gente y lo había invadido el silencio: yo lo veía agrandarse en la gran tapa negra del piano. Al silencio le gustaba escuchar la música; oía hasta la última resonancia y después se quedaba pensando en lo que había escuchado. Sus opiniones tardaban. Pero cuando el silencio ya era de confianza, intervenía en la música: pasaba entre los sonidos como un gato con su gran cola negra y los dejaba llenos de intenciones”. La apariencia fantasmagórica de lo real proviene otras veces de que, así como da vida a lo inanimado, otorga independencia a lo dependiente. De pronto una mano se mueve, unos ojos lloran, una boca ríe independientemente de la voluntad del dueño de tal mano, ojos o boca y como si boca, ojos y manos tuvieran conciencia y voluntad propias. Hasta la cabeza es capaz de pensar por sí: “La situación era tan extraña, que mi ca-

(1) Otras páginas de Hernández revelan la importancia que tiene en su narrativa la memoria y el recuerdo. Por ejemplo, en **Nadie encendía las lámparas**, los cuentos **Mi primer concierto**, **El corredor oscuro**, **El corazón verde**.

beza, para animarme, me pensaba cosas como en broma. Cuando me encontré que las uñas al alargarse se habían hecho una garra doblada hacia abajo, la cabeza se me puso a pensar esto: Tenía razón Darwin, el hombre desciende del mono". Esta animación de lo inanimado y esta independencia de lo dependiente colocan al lector en una zona síquica donde cualquier realidad adquiere el aspecto de lo misterioso. Lo grotesco. Hay todavía otro rasgo de la narrativa de Hernández que explica que, aún cuando el autor no trabaje con elementos contra, sobre o extra naturales, impresione, sin embargo, como una narrativa de carácter fantástico (2). Nos referimos a la índole psicológica de algunos de sus personajes y al modo de creación de ciertas situaciones o anécdotas. Muchos de los personajes de Felisberto Hernández, aunque no están concebidos desde una tesitura creadora abiertamente anti-realista y aun cuando son síquicamente verosímiles, presentan manías o rarezas que los colocan en los lindes de la organización psicológica normal. Traspasan, incluso, algunas veces, esos lindes e ingresan en lo patológico. Algo análogo ocurre con algunas situaciones y anécdotas: si bien no resultan inimaginables en la vida real, resultan, sí, sumamente inusitadas. Recuérdese, por ejemplo, a la enamorada de un balcón, que, al derrumbarse éste, entiendo, primero, que él se suicidó por ella y se considera, segundo, la viuda del mismo; recuérdese al protagonista de **Las hortensias** enamorado de esas muñecas de estatura humana a las que convierte en sus amantes; recuérdese al protagonista del cuento que incluimos en nuestra antología. Otros ejemplos podrían recordarse y el mismo músico ciego de **Por los tiempos de Clemente Colling**, aunque sin trazos

(2) Elementos extra-naturales hay en **El acomodador** (un hombre cuyos ojos arrojan luz en la oscuridad), en **La mujer parecida a mí** (un hombre que recuerda sucesos de cuando fue caballo) y en **Muebles "El Canario"** (donde unas ciertas inyecciones sensibilizan al cuerpo para escuchar por sí mismo determinada estación de radio). Notemos que cualquiera de estos cuentos podría ser interpretado como transcripción en clave simbólica de una experiencia real.

tan acusados en este aspecto, tiene por momentos un aire abiertamente esperpéntico. Esa manía o rareza de los personajes (de raíces, a veces, inocultablemente sexuales), lo inhabitual de las situaciones o anécdotas, adquieren, por momentos, el aspecto de lo grotesco. Pero de un grotesco muy especial. Porque el autor combina lo dramático de la situación interior del personaje con los elementos de coloración humorística con que es visto ese drama. Son, así, creaciones bufo-trágicas o dramático-bufas. Este rasgo contribuye —tal como hemos dicho— al teñido fuertemente fantástico de la narrativa de Hernández. El autor mismo ha escrito, en una página titulada **Explicación falsa de mis cuentos** (**Entregas de La Licorne**, Números 5 y 6, **Montevideo**, Setiembre 1955), que, como primera génesis de un cuento, siente que en un rincón de sí mismo nacerá una planta. La maduración de esa planta al alcanzar plenitud es el cuento mismo. Esas plantas, en verdad, sin dejar de ser tales, tienen aspectos muy extraños; en ocasiones, monstruosamente extraños. Es como si desde dentro de lo real mismo se engendrara lo fantástico pero sin lo que lo fantástico deje de ser real, como si lo natural disparara lo insólito pero un insólito que no deja de ser natural.

El mundo narrativo de Felisberto Hernández es original por su modo de atrapar la realidad, por la manera de enfocarla —y transformarla— para hacerle arrojar destellos inusuales. Original es también el estilo y composición de sus cuentos. Su lenguaje suele ser, a veces, desmañado; incluso, incorrecto. Pero el autor ha sabido hacer virtud de su defecto, porque su modo expresivo, si bien no siempre correcto es siempre fuertemente personal. No procura **hacer estilo** pero halla expresiones incisivas y muy concretas para expresar los matices más sutiles de ciertos estados síquicos; mantiene un tono conversacional donde de pronto salta un chisporroteo de ingenio. En cuanto a la composición, pareciera dejarse llevar por una espontaneidad imaginativa que hace crecer el cuento con la naturalidad —según su propio símil— con que crece una planta. La organización íntima de sus obras parece provenir más de una intuición libre y creadora que de un esfuerzo lógico-conceptual. El cuento que reproducimos está tomado de **La casa inundada** (Montevideo, Editorial Alfa, 1960).

El cocodrilo

En una noche de otoño hacía un calor húmedo y yo fui a una ciudad que me era casi desconocida; la poca luz de las calles estaba atenuada por la humedad y por algunas hojas de los árboles. Entré a un café que estaba cerca de una iglesia, me senté a una mesa del fondo y pensé en mi vida. Yo sabía aislar las horas de felicidad y encerrame en ellas; primero robaba con los ojos cualquier cosa descuidada de la calle o del interior de las casas y después la llevaba a mi soledad. Gozaba tanto al repasarla, que si la gente hubiera sabido me hubiera odiado. Tal vez no me quedara mucho tiempo de felicidad. Antes yo había cruzado por aquellas ciudades dando conciertos de piano; las horas de dicha habían sido escasas, pues vivía en la angustia de reunir gente que quisiera aprobar la realización de un concierto; tenía que coordinarlos, influírlos mutuamente y tratar de encontrar algún hombre que fuera activo. Casi siempre eso era como luchar con borrachos lentos y distraídos: cuando lograba

traer a uno el otro se me iba. Además yo tenía que estudiar y escribirme artículos en los diarios.

Desde hacía algún tiempo yo no tenía esa preocupación: alcancé a entrar en una gran casa de medias para mujer. Había pensado que las medias eran más necesarias que los conciertos y que sería más fácil colocarlas. Un amigo mío le dijo al gerente que yo tenía muchas relaciones femeninas, porque era concertista de piano y había recorrido muchas ciudades; entonces podría aprovechar la influencia de los conciertos para colocar las medias.

El gerente había torcido el gesto; pero aceptó, no sólo por la influencia de mi amigo, sino porque yo había sacado el segundo premio en las leyendas de propaganda para las medias. Su marca era "Ilusión". Y mi frase había sido: "¿Quién no acaricia, hoy, una media Ilusión?" Pero vender medias también me resultaba muy difícil y esperaba que de un momento a otro me llamaran de la casa central y me suprimieran el viático. Al principio yo había hecho un gran esfuerzo. (La venta de medias no tenía nada que ver con mis conciertos; y yo tenía que enténdrmelas nada más que con los comerciantes). Cuando encontraba antiguos conocidos les decía que la representación de una gran casa comercial me permitía viajar con independencia y no obligar a mis amigos a patrocinar conciertos cuando no eran oportunos. Jamás habían sido oportunos mis conciertos. En esta misma ciudad me habían puesto pretextos poco comunes: el presidente del Club estaba de mal humor porque yo lo había hecho levantar de la mesa de juego y me dijo que habiendo muerto una persona que tenía muchos parientes, media ciudad estaba enlutada. Ahora yo les decía: estaré unos días para ver si surge naturalmente el deseo de un concierto; pero les producía mala impresión el hecho de un concertista vendiera medias. Y en tanto a colocar medias, todas las mañanas yo me animaba y todas las noches me desanimaba: er como vestirse y desnudarse. Me costaba renovar a cada instante cierta fuerza grosera necesaria para insistir ante comerciantes siempre apura-

dos. Pero ahora me había resignado a esperar que me echaran y trataba de disfrutar mientras me durara el viático.

De pronto me dí cuenta que había entrado al café un ciego con un arpa; ya lo había visto por la tarde. Decidíirme antes de perder la voluntad de disfrutar de la vida; pero al pasar cerca de él volví a verlo con un sombrero de alas mal dobladas y dando vuelta los ojos hacia el cielo mientras hacía el esfuerzo de tocar; algunas cuerdas del arpa estaban añadidas y la madera clara del instrumento y todo el hombre estaban cubiertos de una mugre que yo nunca había visto. Pensé en mí y sentí depresión.

Cuando encendí la luz en la pieza de mi hotel, vi mi cama de aquellos días. Estaba abierta y sus carillas niqueladas me hacían pensar en una loca joven que se entregaba a cualquiera. Después de acostado apagué la luz pero no podía dormir. Volví a encenderla y la bombita se asomó debajo de la pantalla como el globo de un ojo bajo un párpado oscuro. La apagué en seguida y quise pensar en el negocio de las medias; pero seguí viendo por un momento, en la oscuridad, la pantalla de la luz. Se había convertido a un color claro; después su forma, como si fuera el alma en pena de la pantalla empezó a irse hacia un lado y a fundirse en lo oscuro. Todo eso ocurrió en el tiempo que tardaría un secante en absorber la tinta derramada.

Al otro día de la mañana, después de vestirme y animarme fuí a ver si el ferrocarril de la noche me había traído malas noticias. No tuve carta ni telegrama. Decidí recorrer los negocios de una de las calles principales. En la punta de esa calle había una tienda. Al entrar me encontré en una habitación llena de trapos y chucherías hasta el techo. Busqué rápidamente entre todos los objetos para ver si encontraba una cara humana. Sólo había un maniquí desnudo, de tela roja que en vez de cabeza tenía una perilla negra. Golpeé las manos y en seguida todos los trapos se tragaron el ruido. Detrás del maniquí apareció una niña como de diez años que me dijo con mal modo:

—¿Qué quiere?

—¿Está el dueño?

—No hay dueño. La que manda es mi mamá.

—¿Ella no está?

—Fue a lo de doña Vicenta y vuelve enseguida.

Apareció un niño como de tres años. Se agarró de la pollera de su hermana y se quedaron un rato en fila, el maniquí, la niña y el niño. Yo dije:

—Voy a esperar.

La niña no contestó nada. Me senté en un cajón y empecé a jugar con el hermanito. Recordé que tenía un chocolatín de los que había comprado en el cine y lo saqué del bolsillo. Rápidamente se acercó el chiquilín y me lo quitó. Entonces yo me puse las manos en la cara y fingí llorar con sollozos. Tenía tapados los ojos y en la oscuridad que había en el hueco de mis manos abrí pequeñas rendijas y empecé a mirar al niño. El me observaba inmóvil y yo cada vez lloraba más fuerte. Por fin él se decidió a ponerme el chocolatín en una rodilla. Entonces yo me reí y se lo di. Pero al mismo tiempo me di cuenta que yo tenía la cara mojada.

Salí de allí antes que viniera la dueña. Al pasar por una joyería me miré en un espejo y tenía los ojos secos. Después de almorzar estuve en el café; pero vi al ciego del arpa revolver los ojos hacia arriba y salí enseguida. Entonces fui a una plaza solitaria de un lugar despoblado y me senté en un banco que tenía en frente un muro de enredaderas. Allí pensé en las lágrimas de la mañana. Estaba intrigado por el hecho de que me hubieran salido; y quise estar solo como si me escondiera para hacer andar un juguete que sin querer había hecho funcionar hacía pocas horas. Tenía un poco de vergüenza, ante mí mismo, de ponerme a llorar sin tener pretexto, aunque fuera en broma, como lo había tenido en la mañana. Arrugué la nariz y los ojos, con un poco de timidez para ver si me salían lágrimas; pero después pensé que no debería buscar el llanto como quien escurre un trapo; tendría que entregarme al hecho con más sinceridad; entonces me puse las manos en la cara. Aquella actitud tuvo algo de

serio; me conmoví inesperadamente; sentí como cierta lástima de mi mismo y las lágrimas empezaron a salir.

Hacía rato que yo estaba llorando cuando vi que de arriba del muro venían bajando dos piernas de mujer con medias "Ilusión" semibrillantes. Y en seguida noté una pollera verde que se confundía en la enredadera. Yo no había oído colocar la escalera. La mujer estaba en el último escalón y yo me sequé rápidamente las lágrimas; pero volví a poner la cabeza baja y como si estuviera pensativo.

La mujer se acercó lentamente y se sentó a mi lado. Ella había bajado dándome la espalda y yo no sabía como era su cara. Por fin me dijo:

—¿Qué le pasa? Yo soy una persona en la que usted puede confiar. . .

Transcurrieron unos instantes. Yo fruncí el entrecejo como para esconderme y seguir esperando. Nunca había hecho ese gesto y me temblaban las cejas. Después hice un movimiento con la mano como para empezar a hablar y todavía no se me había ocurrido qué podría decirle. Ella tomó de nuevo la palabra:

—Hable, hable nomás. Yo he tenido hijos y sé que son penas.

Yo ya me había imaginado una cara para aquella mujer y aquella pollera verde. Pero cuando dijo lo de los hijos y las penas me imaginé otra. Y al mismo tiempo dije:

—Es necesario que piense un poco.

Ella contestó:

—En estos asuntos, cuando más se piensa es peor.

De pronto sentí caer, cerca de mí un trapo mojado. Pero resultó ser una gran hoja de plátano cargada de humedad. Al poco rato ella volvió a preguntar:

—Dígame la verdad: ¿cómo es ella?

Al principio a mí me hizo gracia. Después me vino a la memoria una novia que yo había tenido. Cuando yo no la quería acompañar a caminar por la orilla de un arroyo—donde ella se había paseado con el padre cuando él vivía—esa novia mía lloraba silenciosamente. Entonces, aunque yo

estaba aburrido de ir siempre por el mismo lado condescendía. Y pensando en esto se me ocurrió decir a la mujer que ahora tenía al lado:

—Ella era una mujer que lloraba a menudo.

Esta mujer puso sus manos grandes y un poco coloradas encima de la pollera verde y se rió mientras me decía:

—Ustedes siempre creen en las lágrimas de las mujeres.

Yo pensé en las mías; me sentí un poco desconcertado, me levanté del banco y le dije:

—Creo que usted está equivocada. Pero igual le agradezco el consuelo.

Y me fui sin mirarla.

Al otro día cuando ya estaba bastante adelantada la mañana, entré a una de las tiendas más importantes. El dueño extendió mis medias en el mostrador y las estuvo acariciando con sus dedos cuadrados un buen rato. Parecía que no oía mis palabras. Tenía las patillas canosas como si se hubiera dejado en ellas el jabón de afeitar. En esos instantes entraron varias mujeres; y él, antes de irse me hizo señas de que no me compraría con uno de aquellos dedos que habían acariciado las medias. Yo me quedé quieto y pensé en insistir; tal vez pudiera entrar en conversación con él, más tarde, cuando no hubiera gente; entonces le hablaría de un yuyo que disuelto en agua le teñiría las patillas. La gente no se iba y yo tenía una impaciencia desacostumbrada; hubiera querido salir de aquella tienda, de aquella ciudad y de aquella vida. Pensé en mi país y en muchas cosas más. Y de pronto, cuando ya me estaba tranquilizando, tuve una idea: “¿Qué ocurriría si yo me pusiera a llorar aquí delante de toda esta gente?”. Aquello me pareció muy violento; pero yo tenía deseos desde hacía algún tiempo, de tantear el mundo con algún hecho desacostumbrado; además yo debía mostrarme a mí mismo que era capaz de una gran violencia. Y antes que arrepentirme me senté en una sillita que estaba recostada al mostrador; y rodeado de gente, me puse las manos en la cara y empecé a hacer ruido de sollozos. Casi simultáneamente una mujer soltó un grito y dijo: “Un hombre está llorando”. Y después oí el

alboroto y pedazos de conversación: “Nena, no te acerques...” “Puede haber recibido alguna mala noticia...” “Recién llegó el tren y la correspondencia no ha tenido tiempo...” “Puede haber recibido la noticia por telegrama...” Por entre los dedos ví una gorda que decía: “Hay que ver como está el mundo... Si a mí no me vieran mis hijos, yo también lloraría!” Al principio yo estaba desesperado porque no me salían las lágrimas; y hasta pensé que lo tomarían como una burla y me llevarían preso. Pero la angustia y la tremenda fuerza que hice me congestionaron y fueron posibles las primeras lágrimas. Sentí posarse en mi hombro una mano pesada y al oír la voz del dueño reconocí los dedos que habían acariciado las medias. El decía:

—Pero compañero, un hombre tiene que tener más ánimo...

Entonces yo me levanté como por un resorte; saqué las dos manos de la cara, la tercera que tenía en el hombro y dije con la cara todavía mojada:

—¡Pero si me va bien! ¡Y tengo mucho ánimo! ¡Lo que pasa es que a veces me viene esto; es como un recuerdo...

A pesar de la expectativa y del silencio que hicieron para mis palabras, oí que una mujer decía:

—¡Ay! Lloro por un recuerdo...

Después el dueño anunció:

—Señoras, ya pasó todo.

Yo me sonreía y me limpiaba la cara. En seguida se removió el montón de gente y apareció una mujer chiquita, con ojos de loca, que me dijo:

—Yo lo conozco a usted. Me parece que lo vi en otra parte y que usted estaba agitado.

Pensé que ella me habría visto en un concierto sacudiéndome en un final de programa; pero me callé la boca. Estalló la conversación de todas las mujeres y algunas empezaron a irse. Se quedó conmigo la que me conocía. Y se me acercó otra que me dijo:

—Ya sé que usted vende medias. Casualmente yo y algunas amigas mías...

Intervino el dueño:

—No se preocupe señora. (Y dirigiéndose a mí): Venga esta tarde.

—Me voy después del almuerzo. ¿Quiere dos docenas?

—No, con media docena...

—La casa no vende por menos de una...

Saqué la libreta de ventas y empecé a llenar la hoja del pedido escribiendo contra el vidrio de una puerta y sin acercarme al dueño. Me rodeaban mujeres conversando alto. Yo tenía miedo que el dueño se arrepintiera. Por fin firmó el pedido y yo salí entre las demás personas.

Pronto se supo que a mi me venía “aquello” que al principio era como un recuerdo. Yo lloré en otras tiendas y vendí más medias que de costumbre. Cuando ya había llorado en varias ciudades mis ventas eran como las de cualquier otro vendedor.

Una vez me llamaron de la casa central —yo ya había llorado por todo el norte de aquel país— esperaba turno para hablar con el gerente y oí desde la habitación próxima lo que decía otro corredor:

—Yo hago todo lo que puedo: ¡pero no me voy a poner a llorar para que me compren!...

Y la voz enferma del gerente le respondió:

—Hay que hacer cualquier cosa; y también llorarles...

El corredor interrumpió:

—Pero a mí no me salen lágrimas:

Y después de un silencio, el gerente:

—¡Cómo, y quien le ha dicho...?

—¡Sí! Hay uno que llora a chorros...

La voz enferma empezó a reírse con esfuerzo y haciendo intervalos de tos. Después oí chistidos y pasos que se alejaron.

Al rato me llamaron y me hicieron llorar ante el gerente, los jefes de sección y otros empleados. Al principio, cuando el gerente me hizo pasar y las cosas se aclararon, él se reía dolorosamente y le salían lágrimas. Me pidió, con muy buenas maneras, una demostración; y apenas accedí entraron unos cuantos empleados que estaban detrás de una puerta.

Se hizo mucho alboroto y me pidieron que no llorara todavía. Detrás de una mampara, oí decir:

—Apúrate, que uno de los corredores va a llorar.

—¿Y por qué?

—¡Yo que sé!

Yo estaba sentado al lado del gerente, en su gran escritorio; habían llamado a uno de los dueños, pero él no podía venir. Los muchachos no se callaban y uno había gritado: “Que piense en la mamita, así llora más pronto”. Entonces yo le dije al gerente:

—Cuando ellos hagan silencio, lloraré yo.

El, con su voz enferma, los amenazó y después de algunos instantes de relativo silencio yo miré por una ventana la copa de un árbol —estábamos en un primer piso— me puse las manos en la cara y traté de llorar. Tenía cierto disgusto. Siempre que yo había llorado los demás ignoraban mis sentimientos; pero aquellas personas sabían que yo lloraría y eso me inhibía. Cuando por fin me salieron lágrimas, saqué una mano de la cara para tomar el pañuelo y para que me vieran la cara mojada. Unos se reían y otros se quedaban serios; entonces yo sacudí la cabeza violentamente y se rieron todos. Pero en seguida hicieron silencio y empezaron a irse. Yo me secaba las lágrimas mientras la voz enferma repetía: “Muy bien, muy bien”. Tal vez todos estuvieran desilusionados. Y yo me sentía como una botella vacía y chorreaba; quería reaccionar, tenía mal humor y ganas de ser malo. Entonces alcancé al gerente y le dije:

—No quisiera que ninguno de ellos utilizara el mismo procedimiento para la venta de medias; y desearía que la casa reconociera mi... iniciativa y que me diera exclusividad por algún tiempo.

—Venga mañana y hablaremos de eso.

Al otro día el secretario ya había preparado el documento y leía: “La casa se compromete a no utilizar y a hacer respetar el sistema de propaganda consistente en llorar...”. Aquí los dos se rieron y el gerente dijo que aquello estaba mal. Mientras redactaban el documento, yo fui paseándome

hasta un mostrador. Detrás de él había una muchacha que me habló mirándome y los ojos parecían pintados por dentro.

—¿Así que usted llora por gusto?

—Es verdad.

—Entonces yo sé más que usted. Usted mismo no sabe que tiene una pena.

Al principio yo me quedé pensativo; y después le dije:

—Mire: no es que yo sea de los más felices; pero sé arreglarme con mi desgracia y soy casi dichoso.

Mientras me iba —el gerente me llamaba— alcancé a ver la mirada de ella: la había puesto encima de mí como si me hubiera dejado una mano en el hombro.

Cuando reanudé las ventas, yo estaba en una pequeña ciudad. Era un día triste y yo no tenía ganas de llorar. Hubiera querido estar solo, en mi pieza, oyendo la lluvia y pensando que el agua me separaba de todo el mundo. Yo viajaba escondido detrás de una careta con lágrimas; pero yo tenía la cara cansada.

De pronto sentí que alguien se había acercado preguntándome:

—¿Qué le pasa?

Entonces, yo, como un empleado sorprendido sin trabajar, quise reanudar mi tarea y poniéndome las manos en la cara empecé a hacer los sollozos.

Ese año yo lloré hasta diciembre, dejé de llorar en enero y parte de febrero, y empecé a llorar de nuevo después de carnaval. Aquel descanso me hizo bien y yo volví a llorar con ganas. Mientras tanto yo había extrañado el éxito de mis lágrimas y me había nacido como cierto orgullo de llorar. Eran muchos más los vendedores; pero un actor que representara algo sin previo aviso y convenciera al público con llantos...

Aquel nuevo año yo empecé a llorar por el oeste y llegué a una ciudad donde mis conciertos habían tenido éxito; la segunda vez que estuve allí, el público me había recibido con una ovación cariñosa y prolongada; yo agradecía parado junto al piano y no me dejaban sentar para iniciar el concierto. Seguramente que ahora daría, por lo menos, una audición.

Yo lloré allí, por primera vez, en el hotel más lujoso; fue a la hora del almuerzo y en un día radiante. Ya había comido y tomado el café, cuando de codos en la mesa, me cubrí la cara con las manos. A los pocos instantes se acercaron algunos amigos que yo había saludado; los dejé parados algún tiempo y mientras tanto, una pobre vieja —que no sé de dónde había salido— se sentó a mi mesa y yo la miraba por entre los dedos mojados. Ella bajaba la cabeza y no decía nada; pero tenía una cara tan triste que daban ganas de ponerse a llorar...

El día que yo dí mi primer concierto tenía cierta nerviosidad que me venía del cansancio; estaba en la última hora de la primera parte del programa y tomé uno de los movimientos con demasiada velocidad; ya había intentado detenerme; pero me volvía torpe y no tenía bastante equilibrio ni fuerza para seguir; pero las manos se me cansaban, perdía nitidez y me dí cuenta que no llegaría al final. Entonces, antes de pensarlo ya había sacado las manos del teclado y la tenía en la cara: era la primera vez que lloraba en escena.

Al principio hubo murmullos de sorpresa y no sé por qué alguien intentó aplaudir; pero otros chistaron y yo me levanté. Con una mano me tapaba los ojos y con la otra tanteaba el piano y trataba de salir del escenario. Algunas mujeres gritaron porque creyeron que me caería en la platea; y ya iba a franquear una puerta del decorado, cuando alguien, desde el paraíso, me gritó:

—Cocodriiiiiioooo!

Oí risas; pero fui al camarín, me lavé la cara y aparecí en seguida y con las manos frescas terminé la primera parte. Al final vinieron a saludarme muchas personas y se comentó lo de “cocodrilo”. Yo les decía:

—A mi me parece que el que me gritó tiene razón: en realidad yo no sé por qué lloro; me viene el llanto y no lo puedo remediar; a lo mejor me es tan natural como lo es para el cocodrilo. En fin, yo no sé tampoco por qué llora el cocodrilo.

Una de las personas que me habían presentado tenía

la cabeza alargada; y como se peinaba dejándose el pelo parado, la cabeza hacía pensar en un cepillo. Otro de la rueda lo señaló y me dijo:

—Aquí, el amigo, es médico. ¿Qué dice usted, doctor?

Yo me quedé pálido. El me miró con ojos de investigador policial y me preguntó:

—Dígame una cosa: ¿cuando llora más usted, de día o de noche?

Yo recordé que nunca lloraba en la noche porque a esa hora no vendía, y le respondí:

—Lloro únicamente de día.

No recuerdo las otras preguntas. Pero al final me aconsejó:

—No coma carne. Usted tiene una vieja intoxicación.

A los pocos días me dieron una fiesta en el club principal. Alquilé un frac con chaleco impecable y en el momento de mirarme al espejo pensaba: “No dirán que este cocodrilo no tiene la barriga blanca. ¡Caramba! Creo que ese animal tiene papada, como la mía. Y es voraz...”

Al llegar al Club encontré poca gente. Entonces me di cuenta que había llegado demasiado temprano. Vi a un señor de la comisión y le dije que deseaba trabajar un poco en el piano. De esa manera disimularía el madrugón. Cruzamos una cortina verde y me encontré en una gran sala vacía y preparada para el baile. Frente a la cortina y al otro extremo de la sala estaba el piano. Me acompañaron hasta allí el señor de la comisión y el conserje; mientras abrían el piano, el señor —tenía cejas negras y pelo blanco— me decía que la fiesta tendría mucho éxito, que el director del liceo —amigo mío— diría un discurso muy lindo y que él ya lo había oído; trató de recordar algunas frases, pero después decidió que sería mejor no decirme nada. Yo puse las manos en el piano y ellos se fueron. Mientras tocaba pensé: “Esta noche no lloraré... quedaría muy feo... el director del liceo es capaz de desear que yo lllore para demostrar el éxito de su discurso. Pero yo no lloraré por nada del mundo”.

Hacia rato que veía mover la cortina verde; y de pronto salió de entre sus pliegues una muchacha alta y de cabellera

suelta; cerró los ojos como para ver lejos; me miraba y se dirigía a mí trayendo algo en una mano; detrás de ella apareció una sirvienta que la alcanzó y le empezó a hablar de cerca. Yo aproveché para mirarle las piernas y me dí cuenta que tenía puesta una sola media; a cada instante hacía movimientos que indicaban el fin de la conversación; pero la sirvienta seguía hablándole y las dos volvían al asunto como una golosina. Yo seguí tocando el piano y mientras ellas conversaban tuve tiempo de pensar: “¿Qué querrá con la media?... ¿Le habrá salido mala y sabiendo que yo soy corredor...? ¡Y tan luego en esta fiesta!”.

Por fin vino y me dijo:

—Perdone, señor, quisiera que me firmara una media.

Al principio me reí; y en seguida traté de hablarle como si ya me hubieran hecho ese pedido otras veces. Empecé a explicarle cómo era que la media no resistía la pluma; yo ya había solucionado eso firmando una etiqueta y después la pegaba en la media. Pero mientras daba estas explicaciones mostraba la experiencia de un antiguo comerciante que después se hubiera hecho pianista. Ya me empezaba a invadir la angustia, cuando ella se sentó en la silla del piano, y al ponerse la media me decía:

—Es una pena que usted me haya resultado tan mentiroso... debía haberme agradecido la idea.

Yo había puesto los ojos en sus piernas; después las saqué y se me trabaron las ideas. Se hizo un silencio de disgusto. Ella, con la cabeza inclinada dejaba caer el pelo; y debajo de aquella cortina rubia, las manos se movían como si huyeran. Yo seguía callado y ella no terminaba nunca. Al fin la pierna hizo un movimiento de danza y el pie, en punta, calzó el zapato en el momento de levantarse, las manos le recogieron el pelo y ella me hizo un saludo silencioso y se fue.

Cuando empezó a entrar gente fuí al bar. Se me ocurrió pedir whisky. El mozo me nombró muchas marcas y como yo no conocía ninguna le dije:

—Deme de esta última.

Trepé en un banco alto del mostrador y traté de no arru-

garme la cola del frac. En vez de cocodrilo debía parecer un loro negro. Estaba callado, pensando en la muchacha de la media y me trastornaba el recuerdo de sus manos apuradas.

Me sentí llevado al salón por el director del liceo. Se suspendió un momento el baile y él dijo su discurso. Pronunció varias veces las palabras “avatares” y “menester”. Cuando aplaudieron yo levanté los brazos como un director de orquesta antes de “atacar” y apenas hicieron silencio dije:

—Ahora que debía llorar no puedo. Tampoco puedo hablar ni quiero dejar por más tiempo separados los que han de juntarse para bailar. Y terminé haciendo una cortesía.

Después me dí vuelta, abracé al director del liceo y por encima de su hombro vi la muchacha de la media. Ella me sonrió y levantó su pollera del lado izquierdo y me mostró el lugar de la media donde había pegado un pequeño retrato mío recortado de un programa. Yo me sonreí lleno de alegría pero dije una idiotez que todo el mundo repitió:

—Muy bien, muy bien, la pierna del corazón.

Sin embargo yo me sentía dichoso y fui al bar. Subí de nuevo a un banco y el mozo me preguntó:

—¿Whisky Caballo Blanco?

Y yo, con el ademán de un mosquetero sacando una espada.

—Caballo Blanco o Loro Negro.

Al poco rato vino un muchacho con una mano escondida en la espalda:

—El Pocho me dijo que a usted no le hace mala impresión que le digan “Cocodrilo”.

—Es verdad, me gusta. . .

Entonces el sacó la mano de la espalda y me mostró una caricatura. Era un gran cocodrilo muy parecido a mí; tenía una pequeña mano en la boca, donde los dientes eran un teclado; y de la otra mano le colgaba una media; con ella se enjugaba las lágrimas.

Cuando los amigos me llevaron a mi hotel yo pensaba en todo lo que había llorado en aquel país y sentía un placer maligno en haberlos engañado; me consideraba como un bur-

gués de la angustia. Pero cuando estuve solo en mi pieza, me ocurrió algo inesperado: primero me miré en el espejo; tenía la caricatura en la mano y alternativamente miraba al cocodrilo y a mi cara. De pronto y sin haberme propuesto imitar al cocodrilo, mi cara, por su cuenta, se echó a llorar. Yo la miraba como a una hermana de quien ignorara su desgracia. Tenía arrugas nuevas y por entre ellas corrían las lágrimas. Apagué la luz y me acosté. Mi cara seguía llorando; las lágrimas resbalaban por la nariz y caían por la almohada. Y así me dormí. Cuando me desperté sentí el escozor de las lágrimas que se habían secado. Quise levantarme y lavarme los ojos; pero tuve miedo que la cara se pusiera a llorar de nuevo. Me quedé quieto y hacía girar los ojos en la oscuridad, como aquel ciego que tocaba el arpa.

X

Víctor Dotti (1907 - 1955)

En 1930, Carlos Reyles, en una conferencia de las que integraron el ciclo de disertaciones sobre literatura uruguaya realizado por el S.O.D.R.E. para celebrar el centenario de la Jura de la Constitución, dijo que Victor Dotti, “benjamin de la literatura uruguaya” era el “más gaucha de los narradores criollos”. No nos atrevemos ni a confirmar ni a negar esta última afirmación, a pesar de que, corroborándola en cierto modo, don Alberto Zum Felde haya escrito que si Espínola era, entre nuestros narradores, “el domador”, Victor Dotti podía ser llamado “el baqueano”. Pero, en cambio, es indudablemente cierto que, en aquel año, era Dotti “el benjamín” entre nuestros narradores. En efecto: en el curso del año anterior, 1929, y cuando el autor contaba apenas 22 años, publicó *Los alambradores*, libro que, en definitiva, habría de constituir su casi único aporte a la narrativa uruguaya. Posteriormente el autor canalizó sus energías, y las canalizó apasionadamente, en una militancia muy activa de orden político y social. Fruto de esa militancia —aparte de su continua actividad en el periodismo y la tribuna— fueron sus libros *Veintidos meses de traición*, *Desde el pacto nazi-soviético hasta la agresión a la U.R.S.S.* (1941) y *La agonía del hombre. Examen de la Rusia Soviética* (1948). Hacia el final de su vida retomó la pluma del narrador. Comenzó a escribir una novela, cuyo título definitivo se ignora, pero que, según el testimonio de amigos y familiares, quizás llevaría uno de estos dos: *En Molles del Pescado* o *Después de 1904*. De esa novela escribió los dos capítulos iniciales y unos apuntes que dan idea del plan general de la obra. Unos y otros fueron publicados por la revista *Asir* (Mercedes, Uruguay, N° 38, setiembre 1958). Agreguemos a estos datos, el siguiente: *Los alambradores* en su primera edición (Montevideo, Editorial Albatros, 1929) incluía siete cuentos (*Los alambradores*, *En el Chilcal*, *El chimango*, *El lobizón*, *La cruz*, *Una pelea*, *La estancia asombrada*); en su segunda edición (Montevideo, Ediciones Universo, 1952, con prólogo de

Carlos Scaffo), agrega a esos siete cuentos otros dos: **El perro** y **La pelea de toros**. Nueve cuentos, pues; dos capítulos de una novela inconclusa; unos apuntes sobre el plan de la misma. He aquí lo que nos ha dejado Dotti como narrador. Es poco. Y es lástima que sea tan poco. Porque todo ese material revela la mano de un escritor dotado de excepcionales cualidades para narrar.

Con **Los alambreadores** se incorporó Dotti a ese conjunto de narradores “criollistas” (cuya correspondencia poética se halla en el “nativismo” de Fernán Silva Valdés y Pedro Leandro Ipuche) que por esos años daban libros como **Alma nuestra** (1922), de Montiel Ballesteros, **Raza ciega** (1926), de Francisco Espínola, **Crónica de un crimen** (1926) y **Crónica de la reja** (1930), de Justino Zavala Muniz. Y se incorpora aportando su personal visión del hombre campesino, su propia técnica del cuento y su original estilo. Como todos los narradores campesinos, y es natural que así sea, Dotti nos pone delante de los ojos unas cuantas almas primitivas, aceradas por la barbarie del medio, transidas, a veces, por una “soledad asustante”, como el Quinteros de **En el chilcal**. Mas éste es, como dijimos, un rasgo genérico que los personajes de Dotti comparten con los de otros creadores. ¿Cuál es la **diferencia específica** que al particularizarlos los define? Fácil es intuir esa diferencia si cotejamos los personajes del autor de **Los alambreadores** con los de algunos otros narradores “criollistas”. Los gauchos de Espínola, en **Raza ciega**, son también almas primitivas y bárbaras, pero se iluminan de pronto en sus honduras con reveladoras claridades de sentimiento que estallan súbitamente en ellas (piénsese en el enorme rendimiento literario que el autor obtiene a través del “ensimismamiento” de sus criaturas); almas elementales son también los personajes de Dossetti, pero sus negros, sus chacareros transpiran fraternidad, parecen a veces caldeados por una viril ternura; un esguince picaresco suele percibirse en los gauchos de Montiel Ballesteros; los personajes de Morosoli, tan elementales, tan primitivos también, muestran, sin embargo, en muchas ocasiones, los más delicados matices del sentimiento. La definición de los personajes de Dotti, personajes de un registro emotivo y sentimental reducido, contra-

riamente al de los creadores citados, puede sintetizarse en estas dos palabras: virilidad y dureza. Dureza, o sequedad de alma, hasta en sus momentos de bondad o en esos otros en que la ternura que llevan como escondida muy adentro quiere aflorar. Basta, como ejemplo, el de los personajes de **Chimango**. Nótese, al comienzo del cuento, el entusiasmo de don Braulio por el Chimango: lo admira por lo que tiene de bárbaro, casi diríamos por lo que tiene de animal chúcaro o indómito. No es necesario subrayar, porque salta a la vista como impresión global a la primera lectura, la sequedad sentimental, el duro sentido viril de la vida ostensibles tanto en el Chimango como en su padrastro Ciriaco. Y esa dureza se hace hurañía, hosquedad, pudoroso recato de todo sentimiento: compruébese en la escena (capítulo III) en que el Chimango impide que su madre vaya a “prenderle unas velas al finau”, su “marido legal” y padre del Chimango. Este procede, sin duda, por devoción filial, pero no hay una palabra que acuse ese sentimiento. (Podemos preguntarnos: ¿el personaje mismo sabe desde qué honduras le viene lo que lo hace obrar así?). Tampoco hay un reproche explícito a su madre. Sólo una orden: “No vaya, mamá”. Y véase, además, el hermetismo de esas almas que parecen tener cegada toda vía de comunicación: la madre no comprende la razón del proceder del hijo. Igual contenido de viril sequedad hallamos en los otros personajes de Dottí, hasta en el niño, once años, que mira, con participante entusiasmo, la pelea de toros, en el cuento de ese nombre. (Un cuento fuerte, de hermosa realización, digámoslo de paso). Virilidad, dureza, sequedad, teclado sentimental y emotivo confinado en pocas notas. Tales los rasgos característicos de estos personajes de Dottí. Bien. Pero hay otra impresión que ellos nos producen, especialmente cuando, pasado el momento de la lectura, los recordamos. Es su misteriosidad. Son almas simples y, no obstante, profundamente misteriosas. Hacen sentir lo insondable del alma humana, aún de la más sencilla y primitiva. Tienen algo de tembladeral: una superficie opaca, mansa, pero que, sin embargo, una vez pisada nos absorbe y nos hunde en un abismo oscuro.

En cuanto a la técnica, nos atreveríamos a afir-

mar que es una técnica de narrador de fogón. ¿Técnica de narrador de fogón? Sí, pero siempre que no olvidemos que el auténtico narrador de fogón (según nos lo trasmite una larga tradición) es el más lúcido de los narradores: calcula efectos, pesa las reacciones de su auditorio, sabe provocar una expectativa, coloca, cuando conviene, un suspenso, vuelca la narración, con movimiento que parece espontáneo y es premeditado, hacia una incidencia accesoria que luego se liga al relato total. Tal es, en rigor, la técnica de Dotti. Los abundantes “bigotes” que separan en fragmentos a la narración pueden equivaler a ese silencio, expectante, creado por una chupada de cigarro o una sorbida de mate. Son silencios que “hablan”, son pausas con “contenido”, son blancos que tienen “luces”. Dotti va colocando, en mosaico, pequeñas situaciones, retratos de personajes, paisajes, hasta llegar a una situación culminante, que, de un golpe, completa la fisonomía del personaje o culmina destellantemente la acción. El estilo se adecua a esta técnica. Es un estilo sobrio y de gran fuerza plástica; es gráfico y tiene colorido. Tiene hallazgos que, en un primer momento, pueden pasar casi desapercibidos por su aspecto de naturalidad. Da pinceladas donde la originalidad de visión y expresión nacen del uso, con un sesgo muy personal, de modos del habla popular: “La lluvia, una lluvia de cuatro días, caía sobre la quincha con rumor sordo de pasos de gallina”. “Los pastos venían brotando a pechadas”. “De lejos empezó a ver luz en la casa de las Jiménez, unas chinas que eran sin fin para el amor y el mate dulce”. Otras veces, logra expresividad por el solo uso novedoso de un vocablo, un verbo en este ejemplo: “...el sol empezaba a lavar las tinieblas”. No le faltan imágenes gráficas e ingeniosas, pero vertidas llanamente, sin pretensiones de ser sorprendentes: “El cielo, poncho de pobre, estaba acribillado de agujeritos y la luna en creciente era una tajada de sandía rielando sobre los campos”. En pocas líneas, con un lenguaje muy ceñido a su objeto, visualiza a un personaje: “Era un indio chico, menudito y algo panzón. Tenía las piernas tan arqueadas que aun con los pies juntos, podían pasar entre ellas dos perros peleando. Los ojos se le estaban poniendo clarones y celestes, como de cuzco viejo muy meado por los zorrillos”.

¿Una valoración global de la obra narrativa de Víctor Dotti? Cuando en 1929 publicó **Los alambreadores**, el libro, teniendo en cuenta la edad del autor, tuvo que parecer el comienzo brillante y sorprendentemente maduro de un narrador en el cual podían ponerse enormes esperanzas. Esas esperanzas no se cumplieron, ya que el autor abandonó casi totalmente la literatura. Pero de todos modos, hay en **Los alambreadores** valores permanentes. Poco a poco el pequeño libro va adquiriendo, a nuestro ver, el aspecto de un "clásico menor" dentro de la narrativa uruguaya. Una tardía pero estupenda culminación pudo haber sido la novela que el autor dejó apenas comenzada. Los dos capítulos escritos son de excelente calidad. El esquema o plan general escrito por Dotti hace intuir que la novela hubiera crecido hasta un final de enorme intensidad dramática. La acción de la novela estaba ubicada, geográficamente, en Molles del Pescado (Florida), región natal del autor, y, temporalmente, en los años inmediatamente posteriores a la revolución de 1904. Dentro de un cuadro muy amplio, y en el que se moverían muchos personajes, de las estancias de la época, la novela iba a desarrollar un conflicto preciso: el crecimiento de una pasión amorosa culminada trágicamente en el crimen y en el suicidio. Los apuntes del autor permiten entrever que, desde luego, la atención no iba a concentrarse en el aspecto policial del asunto. Por lo contrario, en forma implícita el conflicto postularía un problematismo psicológico, moral y hasta metafísico en el cual andarían en juego las ideas del Bien y del Mal.

El cuento que publicamos lo hemos tomado de la segunda edición de **Los alambreadores**, realizada bajo la dirección del autor y que, por consiguiente, debe ser considerada como la definitiva.

El chimango

I

Un muchacho de unos catorce años jineteaba un lindo bagual pampa. El hombre que lo apadrinaba, a quien llamaremos, por ahora, su padrastro, enarbolaba un largo arreador con el que enverijaba al muchacho cuando lo veía “desacomodarse”. El hombre gritaba con energía:

—¡Apretá esos pichicos, muchacho!

—¡Eche ese cuerpo p'atrás!

Don Braulio, el patrón, comentaba con entusiasmo:

—¡Se agarra lindo! ¡Va a ser camperazo! Después, cuando el potro hubo cedido, don Braulio añadió:

—¡No 'star al lau de otro hombre! Porque, y acuerdénse lo que les digo, o este pardo hereje lo mata a lazo o el gurí lo levanta n'el cuchillo en cualquier güelta. El muchacho es diablote; no es di'arriar con el poncho, nó. La vez pasada se me vocó feu n'una tropiada qu'hicimo p'adentro. Yo venía incomodadote con un gringo que no me vendió ni me quiso

dar una media res de oveja. El gurí se demoró un poco n'abrir una portera (¡y es un tropero especial!) y yo, que venía con la sangre arriba el ojo (¡esa cosa!) le grité'e mal modo:

—Abrá esa portera 'e una vez, pues amigo! Te venís durmiendo arriba 'el mancarrón. ¡Bocabierta!

—¡Abraláj usted si quiere, carajo! —y asujetó el caballo.

—Tas muy lleno 'e creencias, guacho, ¡y yo te vi'a enseñar a rispeter los hombres! — le dije p'asustarlo nomá. ¿Quedrán creer qu'el gurí se me bolió al suelo con el mango dau güelta? ¡ Y me costó un trabajo bárbaro p'amansarlo!

Padraastro y entenado salieron de la estancia a la caída de la tarde.

Los pastos venían brotando a pechadas.

Un odio feroz los unía. Uno terminaría al otro. Era, por lo menos, lo que pensaba mucha gente y lo que presentía instintivamente el padraastro. Este veía en el muchacho al cachorro que habría de devorarlo si no lo mataba antes de que se criara demasiado. El muchacho, apodado el Chimango, tenía una recia complexión. La cabeza, de ángulos anchos y fuertes, se angostaba poco para penetrar en el tronco; todo lo cual le prestaba cierta similitud a un lagarto.

Ciriaco Almada se llamaba el hombre y era puestero de don Braulio. Terriblemente lunático, el día que amanecía de "mala güelta", hasta el aire le andaba estorbando... Insultos y golpes llovían sobre su mujer, el Chimango, los animales, y hasta sobre las cosas: aventaba el mate a setenta metros... rompía una puerta a patadas por encontrarla cerrada... tiraba las garras "campuajuera"...

Dos semanas después de la muerte del padre del Chimango, Ciriaco, que en vida de aquél había trabajado siempre a su lado, ocupaba, en todo lo ancho de la palabra, el puesto que el difunto dejara vacante. Desde entonces comenzó la tiranía de Ciriaco y el odio terrible, ciego, del muchacho. Este lo había visto todo: desde que se besaron en la cocina hasta que Ciriaco cambió, definitivamente, de dormitorio. El

tenía once años entonces. Desde la “disgracia” dormía con su madre, pero aquella noche ella le dijo cuando se fueron a dormir:

—Acuestese allí, m'hijito, n'aquel catre.

El Chimango, que ya lo había comprendido todo, no preguntó nada. Un rato después, la cama de su madre se quejaba como si la estuvieran apretando. Esa misma noche el Chimango se fue a dormir al galpón.

II

En la estancia se siguió comentando la proeza del Chimango. Uno de los peones narró:

—La otra madrugada, si no es por mí, ¡quien sabe lo qui'hubiera pasau! Ciriaco se levantó con una luna machaza y no se oía más qu'el pororó 'e la boca 'el indio. Dispué sentí la farra y cuando dentré al corral a'garrar caballo, lo vide a Ciriaco qu'empezó a cáirle por las costillas al gurí con un sobeu dau güelta. El Chimango echó mano al cuchillo y se le vino, pero Ciriaco no le dab'alce y lo levantaba n'el sobeu. ¡Pero qué gurisito malo! ¡Mire que le dió leña y ni ¡ay! decía! ¡ Y le tiraba cada viaje!... En ese juego tuvieron un güen rato. El hombre ya estaba medio cansau y el gurí lo cargaba cada vez con más gana hasta que lo'staba arrinconando a Ciriaco contra un brete. Yo vide que lu'iba a concluir allí si los dejaba y me metí al medio y los aparté.

III

En el ocaso, algunas nubes incandescentes se reían del frío de aquella tarde límpida y serena de julio. Las ovejas, grávidas las más, se encaminaban al rodeo por sus angostos senderos.

El Chimango recorría el campo, tarea que tanto afila las características de paciencia y observación gauchas. Al coronar un cerro, vió a su madre, que, enhorquetada en el petizo

bichoco de traer agua, iba rumbo a la sepultura de su marido legal, que estaba en aquel potrero.

—¿P'ande va?

—Vi'a prenderle unas velas al finau.

—No vaya, haga el favor.

—¿Por qué no vi'a dir?

—No vaya, mama.

—¡Qué muchacho sin corazón, éste! ¡Y tan güeno que él era con vos!

—Ah, ah, era güeno...

—¡Seguramente! ¡Güenazo! — Añadiendo después de enjugarse las lágrimas con la punta del pañuelo que llevaba en la cabeza:

—Y no sólo con vo, con tuitos era asina. ¡Yo no sé a quien salís!

Amelia intentó proseguir su marcha sin hacerle caso. El Chimango le agarró el petizo de las riendas. La madre, encolerizada, le tiró un lazazo con tanta fuerza que al no encontrar resistencia —el muchacho evitó el golpe— la llevó al suelo. La mujer en vano intentó levantarse. Imploró el socorro del Chimango:

—¡M'hijo, m'hijo!

El Chimango descendió al tranco la falda del cerro, sin mirar a su madre, siquiera.

IV

Mañana ventosa de octubre. La negra Juana, gorda y jetona, le dijo al Chimango cuando éste entró a la cocina:

—¿Sabés, ché Chimango, que doña Amelia tuvo un gurisito? ¡Y esh el retrato 'e don Ciriaco! Doña Amelia, la que no'stá bien, la pobre.

El muchacho enderezó al galpón, montó a caballo y se fue.

Trancurrieron cuatro días sin que se le conociera el paradero. Supusieron que se hubiese "juído", pero volvió. No le pidieron explicaciones.

Cuando las espesas tinieblas se enrarecieron un poco, Ciriaco y el Chimango salieron en busca de un toro bandeador que andaba por las costas del Cebollatí.

Sin embargo, al poco rato el Chimango estaba de vuelta. Como pensaban regresar de tarde, causó no poca sorpresa a Amelia el hecho de que el muchacho retornara tan temprano. La mujer fue al galpón a averiguar la causa de todo aquello.

—¿Cómo te jué, m'hijo?

El Chimango siguió desensillando sin contestar.

—¡Pero contestá a la gente ¿querés? mocoso!

—¿Qué hay?

—¿Cómo te jué, te digo?

—¿Y cómo m'iba a dir? Bien me jué!

—¿Y Ciriaco?

—Quedó pu allá — respondió el Chimango de mal modo.

—¿En lo de José, seguro?

—N'el monte.

—¿N'el monte?

—N'el monte, sí. Tamién usted ¡es más cargosa!

—¿Y qué quedó haciendo?

—¡No ve! ¡No puede aguantar sin saber lo qu'está haciendo la lindura! ¡¡Si es pior que las gallinas!! — y el muchacho ponía una cara de burla y de odio a la vez.

—¿Pero qu'est'haciendo Ciriaco n'el monte, decí, muchacho?

—¡Vaya usted si quiere saber lo qu'est'haciendo! — contestó el Chimango, lleno de ira.

El cuzco bayo lanzó dos ladridos que se rubricaron con saltos alegres, movimientos de cola y otras manifestaciones de afecto. Ciriaco, con gran asombro del Chimango, venía entrando al galpón.

El hombre, cabizbajo, sin sombrero, densamente pálido, conservaba huellas de un gran terror en todo el rostro. Amelia le preguntó que le había pasado.

—¡Déjame! —le contestó—. No m'he ahugau porqu'estaba nomá que no debía ahugarme!

—¿Y qué'stuviste haciendo n'el monte?

—¿Por?

—El Chimango me dijo que habías quedau n'el monte...

—Ah... ¿te dijo? Me entretuve en cortar un cabo de arriador — añadió Ciriaco.

Al entrar a la cocina, Ciriaco vió los ojos del Chimango brillar en las sombras. En seguida, el seudo padrastro tuvo que irse. Ahora, la presencia del muchacho lo inquietaba. Los papeles estaban cambiados.

¿Cuál era el motivo de todo esto? Las cosas pasaron así:

Como lloviera durante toda la noche, el campo estaba encharcado y las cañadas se hacían petizas para contener tanta agua. En los bajíos, los cascos de los caballos iban dejando cuatro regueros de puntos suspensivos. Ciriaco venía a unas dos cuadras adelante. De ahí que fuera el primero en llegar al arroyo. La creciente era chica y, aunque peor que gato para el agua, se dispuso a pasar. Tenía recelos, eso sí, pues la picada tenía fama de ser traicionera y ya se había tragado a unos cuantos.

El caballo de Ciriaco se sentaba y sólo cedió a fuerza de rebenque y espuela. Con el agua hasta cerca del encuentro, el animal se detuvo. Agachó el cogote como para beber, pero se limitó a olfatear y a sonar las narices. En ese momento, también el Chimango se disponía a pasar, pero su malacara viejo lo tenía a los retorteos. Cuando el muchacho miró para el paso, vió a éste vacío de bulto. Al fijarse con más atención, alcanzó a divisar, en un recodo, una mano desesperada que emergía de las aguas. En seguida no vió nada más. El Chimango siguió corriente abajo y no tardó mucho en hallar a Ciriaco prendido a una rama que flotaba en medio de una laguna. Sin sombrero temblando de frío y de terror, espantaban sus ojos, grandes como pesos.

—¡¡El sobeu!! ¡¡El sobeu!! —clamaba.

El Chimango continuó avanzando hasta la orilla, aparentando no oír nada.

—¡El sobeu!! — imploraba Ciriaco.

Y el entenado seguía su marcha sin alterarse, sin emocionarse. En el borde de la laguna, se detuvo.

—¡¡El sobeu!! ¡¡Tírame el sobeu!!

El muchacho, fijo, inmóvil, con todo su odio asomado a los ojos, le dió esta consoladora respuesta:

—¡¡Hundite, hijo 'e mil...!!

XI

Serafín J. García (1908)

Cuando en 1936 publicó Serafín J. García su **Tacuruses**, no sospechaba, sin duda, que ese libro, que tuvo diez ediciones en unos veinte años, lo convertiría en el poeta uruguayo vivo más leído en el país durante estas últimas décadas. Sin embargo, así fue, en efecto. Y esos versos, en los que volvía a resonar, aunque con distinto tono, el cordaje de la vieja guitarra gauchesca, no sólo obtuvo la fervorosa adhesión popular, sino también la aprobación —entusiasta, a veces— de los críticos cultos. Víctor Pérez Petit llega a afirmar —¡nada menos!— que los improperios, reproches y acusaciones de **Hombrada**, una de las más celebradas composiciones del volumen, resuenan “**con la grandeza épica que tienen las desatadas cóleras del mismo Rey Lear**”. (Tres poemas gauchescos - Guillermo Cuadri, Serafín J. García, Romildo Risso. *Revista Nacional*, Año IV, Agosto de 1941, N° 44). Los poemas de **Tacuruses** tienen todas esas virtudes, y también vicios y carencias, que hacen factibles entre nosotros un gran éxito popular y hasta pueden promover, en cierto grado, la aquiescencia del lector culto. Los poemas se vertebran mediante un hilo anecdótico que los hace fácilmente memorizables, comprensibles, concretos; hay en ellos una retórica sentimental —retórica muy sincera, auténtica y vivida— que sin esfuerzo contagia su efusividad al lector ingenuo; los versos ostentan un ritmo sencillo pero sostenido; el lenguaje tiene fuerza comunicativa y el poeta sabe inventar algunas de esas metáforas incisivas que quedan en la memoria casi como sentencias. Añadamos —con lo cual se explica aún más su explosivo éxito inicial— que el libro constituía una especie de revitalización de un género —el de la poesía gauchesca— que parecía ya para siempre herido de muerte. El libro ofrece, desde luego, sus flaquezas, la mayor parte de las cuales se originan en la “**retórica sentimental**” aludida. Ella promueve una visión de la realidad que si bien es eficaz para el logro de un inicial impacto emotivo no resiste luego el empuje del más somero análisis. En medio de su

entusiasmo, el mismo Pérez Petit percibe cuanto hay de falso, de doctrinario y declamativo en poemas como **Ejemplo**. De todos modos, y hecho el promedio de sus virtudes y debilidades, se tiene la impresión que **Tacuruses** tiene asegurada esa forma de perduración de los libros que de algún modo, y al mismo tiempo, excitan y reflejan la conciencia popular. Nuevos libros de poemas (**Tierra amarga**, 1938, **Raíz y ala**, 1949, etc.), mostraron al autor empeñado en embarcar su musa en modos de poesía menos tradicionalmente gauchescos. No le fue ajeno tampoco el impacto de la gitanería garcialorquesca, que suena tan fuerte y hermosa en el poeta español y se le vió caminar tan a contramano en sus imitadores de América. Al mismo tiempo que el autor treintaitresino hacía conocer esos nuevos poemas, donde, con perjuicio para él, intentó ser algo menos "popular" y un tanto más "culto", dió a la imprenta varios volúmenes de cuentos: **En carne viva**, (1937), **Burbujas** (1940), **Barro y sol** (1941), **Asfalto** (1944), **Las aventuras de Juan el Zorro** (1950). Es autor, además, de dos antologías: **Panorama de la poesía gauchesca del Uruguay** (1941) y **Panorama del cuento nativista del Uruguay** (1943).

Casi todos esos cuentos, aunque los de **Asfalto** son ciudadanos, tienen por escenario el campo, y de los varios títulos mencionados los que mejor representan al autor son, a nuestro juicio, **En carne viva** y **Las aventuras de Juan el Zorro**. Respondiendo a una de las preguntas de la encuesta realizada hace unos dos años por un semanario montevideano, escribió Serafín J. García: "No creo que ningún hecho en particular haya influido sobre mi obra; pero estoy seguro, eso sí, de que la miseria incrustada en los alrededores de mi pueblo, y la silenciosa dignidad con que la sobrellevan los hombres, las mujeres y hasta los niños por ella fustigados sin razón, me impulsaron a hacer de ese drama anónimo y oscuro mi tema permanente, aún sabiendo que con él podría entorpecer felices digestiones". (Marcha, N° 1011, 3/6/60). Estas palabras explican suficientemente el tono, los ambientes, los personajes, los temas, el carácter todo, en suma, de los cuentos de **En carne viva**. Y en efecto: la visión que el autor da de nuestro campo es una visión anti-idílica, contra-bucólica. El ha visto la

miseria y el drama, el hambre y la explotación del hombre por el hombre; en el paisano, ha visto al proletario, según la afirmación de don Alberto Zum Felde.

Y su libro ofrece, desnudamente, un cuadro sombrío. Desde el punto de vista de la realidad, el autor, sin duda, no exagera las tintas. Lo que narra es (o fue) cierto. Desde el punto de vista literario, cabe reprocharle la falta de creación, la elementalidad de sus medios expresivos, la ausencia de matices en el cuadro (ver sólo la miseria del mundo campesino supone tanta limitación como la del que sólo ve sus aspectos idílicos). La simplicidad en la narración hace, sin duda, que estos cuentos sean fácilmente accesibles a cualquier lector, pero los despojan, sin duda también, de auténticas calidades literarias. Un toque de clara fraternidad habita el alma de los personajes del libro (carboneros, leñadores, chacareros, peones de estancia, trabajadores de los arrozales, habitantes de los pueblos de ratas). Ese toque ilumina algo la fisonomía demasiado opaca —literariamente— de esas almas. En *Las aventuras de Juan el Zorro*, el autor se ubica —y ubica a sus lectores— en otro tono, en otro modo, en otra zona de creación literaria. El protagonista es el zorro astuto y aventurero de las narraciones populares y de idéntica cepa provienen los otros personajes: el Ñandú, el Tigre, la Mulita, la Tortuga, la Cigüeña, el León Bayo, etc. Fábulas criollas subtítulo el autor al conjunto de 27 capítulos que forman el libro. Aunque cada fábula constituye una unidad narrativa, casi todo el libro se desenvuelve en torno a un elemento anecdótico central: la rivalidad del Tigre overo, rico hacendado y caudillo político, y el Zorro, que lo ha engañado con motivo de unas elecciones. Desde el cap. VI, titulado **Entra en escena el Tigre**, el libro tiene una cierta estructura de novela. La veta humorística y poética de las narraciones populares de donde el libro proviene se infiltra en sus páginas, y ellas adquieren, por eso, un rostro risueño, un andar ágil y ameno que las hacen de agradable lectura. El libro no está exento, desde luego, de intención crítica social, y aún moralizante, pero está muy lejos del cuadro sombrío dado **En carne viva**. El autor pretende menos y obtiene más. Se palpa en estas páginas el goce de narrar, la escritura realizada

sin el estrujante preconcepto de que la función del narrador debe ser mesiánica y reivindicatoria. Todo esto no quiere decir que el libro sea inobjetable. El autor trabaja con el material que le ofrece una tradición popular y no lo reelabora hasta hacer de él su propia creación personal; los personajes están diseñados sólo en superficie, son definibles mediante un epíteto que dice cómo son pero que no es bastante, desde luego, para hacernos ver cómo viven lo que son (del Ñandú se dice que es glotón y de la Tortuga que es avara, pero no los vemos vivir ni su glotonería ni su avaricia); el lenguaje de los diálogos es mera reproducción fonética de las deformaciones del habla popular, pero no alcanza categoría de recreación poética del mismo. Estas observaciones no impiden, sin embargo, y tal como hemos dicho antes, que el libro pueda ser leído con agrado y constituya, incluso, un aporte interesante para el estudio de nuestro folklore.

El recuerdo indeleble

Aunque aquello había ocurrido hacía muchísimo tiempo estaba siempre en su memoria. Y tan vivo, tan nítido, como si recién acabara de suceder.

Entonces él no tenía la boca desencajada, ni los ojos estúpidos, ni el interminable hilillo de baba humedeciéndole el mentón. Era, sí, un niño de ganglios nudosos, anémico y ventruado, como casi todos los niños del rancherío. Pero, aún conservaba su expresión vivaracha y la inquietud de sus piernas ágiles, sobre las que andaba todo el día de un lado para otro, descubriendo mundos insospechados debajo de cada piedra, entre las ramas de cada árbol, sobre la minúscula superficie de cada mata de pasto.

El tiempo parecía haberse estancado en aquel rincón de memoria sobre donde se grabara el suceso. Y por eso veíalo todo con la misma claridad y la misma exactitud de cuando aconteció. Todo. Desde la pupila enferma de la vaca hasta el cuchillo de delgada hoja y curvo gavlán: desde el bigote

hirsuto del hombre hasta los rojos espolones del teruterero alborotador, que revolaba en torno al nido pisoteado.

Sus otros dos recuerdos sobrevivientes —el del médico que se llevó a su madre en el automóvil gris, luego de pronunciar aquella palabra tan linda: “desnutrición” y el de los “milicos” que hicieron cavar a su padre detrás del rancho hasta que apareció el cuero descabezado de la oveja— perdían entidad y relieve frente al primero. Además, poco a poco, habíase ido desdibujando. Ya no podía reconstruir sino con esfuerzo la cara bonachona del médico, su maletín de bruñido cierre, su larga túnica, salpicada de barro y yodo. Y costábale también evocar la figura de su padre caminando delante de los policías, baja la cabeza, torpes las piernas, al hombro el cuero recién desenterrado... Cuando la brutal conmoción del golpe, tarándole el cerebro, enredó en inextricable lío las imágenes que lo poblaban, fueron aquellos tres recuerdos los únicos que escaparon del caos, del terrible caos en que se desintegró su mundo sensible y emocional. Pero sólo uno de ellos vivía como fuera del tiempo, hurtándose a la acción de su niebla diluyente y escamoteadora. Y por eso su vida, toda su vida, íbase reduciendo fatalmente a la memoria del acontecimiento salvado.

Hacía muchísimo tiempo, sí. Tanto, que ya el pueblo de ratas, ceñido por un cinturón de alambres cada vez más tensos, había ido desplazándose de aquella loma para negrear en otra, un poco más al Sur, dócil a su volandero destino de semilla de cardo. Pero él, sin embargo, por milagro del hecho siempre reciente, continuaba viéndole enclavado sobre el antiguo desnivel pedrizo, metido —como una cuña absurda— entre el verde infinito de las dos estancias circundantes.

La vaca vivía en el potrero más próximo al rancherío y acostumbraba a pernoctar allí, cerca del alambrado. Era pequeña y overa, con peludas orejas movedizas y grandes cuernos filosos pero inofensivos. Tenía la pupila sana de un hermoso color azulenco; y la otra, cancerosa, goteaba de continuo con una especie de llanto triste y rojizo. Tal vez por su pelaje distinto, o por su continente humilde, o por la enfermedad que

la roía, desdeñábanla las otras vacas de la estancia, todas ellas pampas, mochas y fornidas.

Una tardecita, él se atrevió a franquear el alambrado tenso para acercársele. Palpóle las orejas flácidas y el cuadril puntiagudo. Le tocó con la yema de los dedos el hocico húmedo. Y el animal lamióle la mano mientras lo contemplaba con su ojo bueno, mugiendo suavemente. Acercósele más, y vió su rostro reflejado en la pupila azulenca. El aliento tibio, oloroso a pasto rumiado, cosquilleaba dulcemente sobre su cuello escrofuloso. Y la lengua áspera, con serlo tanto, tenía una suavidad de caricia maternal para su mano de huérfano.

Entonces él podía pensar aún. Y pensó. La vieja vaca enferma debía echar de menos a sus hijos, como él echaba de menos a su madre. De ahí, sin duda, la atracción recíproca que experimentaban.

Largo rato permaneció junto a la mole quieta y mansa, entregándole por entero su pequeña soledad. Era aquel el mejor de los mundos que había descubierto desde que correteaba en descampado, lejos del padre enterrador de cueros sin cabeza, siempre taciturno y hermético.

Y desde entonces, todas las tardecitas, cuando volvía de recoger macachines, de masticar tallos de hinojos o de ahumar camoatíes siempre flacos, iba a jugar un rato con la vieja vaca ovejera de lengua áspera, aliento vegetal y cuernos filosos pero inofensivos.

El peón era aindiado y vestía un chiripá de arpillera y una camisa de franela, a cuadros blancos y negros. Largos mechones incultos escapaban de su viejo sombrero agujereado.

Dejó el caballo junto al alto carquejal y se acercó silbando una milonga. El lo siguió con ávida curiosidad, pisándole la sombra larga y escurridiza.

Lo vió detenerse ante la vaca, que en ese momento dormitaba, echada plácidamente en el sitio habitual, restregándose a intervalos los bordes del hocico con su gran lengua áspera y verdosa.

El hombre llevaba un largo cuchillo en la cintura y la camisa a cuadros recogida en las mangas, hasta el codo. Los

brazos eran velludos y cortos y el bigote ríspido como de alambre. Pero el silbido sonaba grato en la tardecita de cordial tibieza, bajo el dulce cielo lleno de nubes rosadas. Y los ojos, cuando el peón se volvió un segundo para dar fuego a su pucho, parecieron iluminarse con una tierna y retozona luz.

El creyó al principio que el hombre iba a jugar con la vaca. Aunque no había visto jugar jamás a ninguno de los hombres que conocía, lo creyó sin titubeos, candorosamente. Acaso el peón aindiado y la mansa bestia enferma fueran viejos amigos que volvían a encontrarse por casualidad, después de larga ausencia.

Cuando vió al hombre desenvainar su cuchillo, tampoco tuvo miedo. Gustóle el movimiento resuelto con que se apretó la faja y se recogió un poco más las mangas de la camisa a cuadros.

El sol escintiló alegremente sobre el acero limpio. La vaca levantó un poco la cabeza y luego volvió a bajarla, como un saludo. Y fue entonces, precisamente entonces, que el hombre pisó el nido junto al albardón. Y el terutero, furioso, púsose a revolver sobre su cabeza en ajustados círculos, enhiestos los espolones de las alas.

Cuando él alzó lo ojos para seguir el vuelo del ave, advirtió que la nube tras la cual iba a ocultarse el sol tenía la forma de una vaca roja. Una enorme vaca roja, con los cuernos cúrveos y el aire plácido de la que reposaba allí, cerca del alambrado.

Y en ese momento hirió sus oídos el mugido triste, de inolvidable tristeza. En el primer instante no hubiera podido asegurar si procedía de la vaca terrestre o de la vaca etérea. Pero cuando oyó golpear sobre el campo las pezuñas vacilantes y vió doblarse las flacas patas, como si se quebraran; cuando, casi a sus pies, se derrumbó pesadamente la pobre mole mansa, la inofensiva mole overa; cuando la pupila azulenca lo contempló enturbiándose, vidriándose, ya no le cupo nada.

Fue así como la muerte le desnudó su pavoroso sentido. Y todos los pequeños mundos descubiertos bajo las piedras, entre las ramas, sobre los pastos, desaparecieron frente a la

monstruosa realidad de aquel cuchillo goteante, de aquel brazo corto y velludo que lo esgrimía, de aquellos ojos humanos sin dolor, de aquella boca que seguía silbando a pesar de la sangre descauzada, del viejo cuerpo yacente, del mugido tristísimo. . .

Vió la lengua áspera y verdosa alargarse todavía hacia él, una vez más, cual si buscara sus manos para lamérselas. Vió la pupila azulenca reflejar aún su figurilla raquítica como la primera tarde de amistad, como el montón de tardes que la sucedieron. Vió las últimas lágrimas tristes y rojizas gotear del ojo enfermo. Y tendió instintivamente sus brazos al humilde pescuezo desgarrado de donde fluía la vida, en un hillo ya.

Pero el cuchillo, el silbido y el hombre se aproximaban de nuevo. Y tuvo la sensación escalofriante de que venían por él, trayéndole aquella dura muerte que ellos representaban, que en ellos residía obscuramente, misteriosamente. Y huyó en huída frenética, carquejal adentro, hasta despeñarse en la boca taimada del zanjón.

Por unos días tuvo carne vacuna el rancherío, lo que aseguró la paz nocturna en las majadas. Tal vez la hubo en su rancho, como en los demás. El no lo supo nunca. Su vida estaba ya reducida a tres recuerdos: aquellos dos que el tiempo iba destiñendo y ese otro siempre nítido, presente siempre, que aunque sustentado por la muerte no moría jamás.

XII

Juan Carlos Onetti (1909)

A fines de 1939 se terminó de imprimir, y empezó a circular entre los lectores montevidéanos, un pequeño libro titulado **El pozo**. Su autor era J. C. Onetti. El volumen —unas cien páginas de formato chico— estaba constituido por un relato amargo e intenso. La presentación externa no hacía, ciertamente, del pequeño libro, una joya de la industria gráfica. Estaba impreso en ese papel áspero y grisáceo al que le llaman papel de fideos; llevaba en su portada un curioso grabado que lucía la firma de Picasso; había sido compuesto, según reza el colofón, en la imprenta **Stella** para las **Ediciones Signo**. La tal imprenta —fugaz aventura comercial de un poeta, Juan Cunha, y de un músico, Casto Canel— era casi fantasmagórica; la editorial, fantasmagórica sin casi; y el grabado revelaba, como después se supo, la mano más musical que plástica —ítem est: plásticamente inhábil— de Casto Canel. De todos modos, con este pequeño libro, editado en esas condiciones un tanto pintorescas, colocó Juan Carlos Onetti la piedra angular de un edificio narrativo que muestra ya hoy una arquitectura muy precisa y definida. Además de **El pozo**, otros nueve libros constituyen ese edificio. Ellos son siete novelas (**Tierra de nadie**, 1942, **Para esta noche**, 1943, **La vida breve**, 1950, **Los adioses**, 1954, **Una tumba sin nombre**, 1959, **La cara de la desgracia**, 1960, **El astillero**, 1961) y dos libros de cuentos (**Un sueño realizado y otros cuentos**, 1951, y **El infierno tan temido**, 1962).

El pozo —repetimos— es la piedra angular del edificio narrativo erigido por Onetti. En ese pequeño libro, en efecto, se encuentra ya, como en la simiente el árbol, todo el orbe narrativo —temas, tipos, tonos, modos de expresión— que con modulación diversa aparecerá en los libros posteriores. Claro está que lo que en **El pozo** es, a veces, sólo germen, en los otros libros arribará a plenitud; lo que es allí sólo anuncio, en las obras siguientes se hará presencia. Pero el hecho es que **El pozo** constituye de por sí, y a pesar de sus breves dimensiones, la postulación de

un mundo narrativo desconocido hasta entonces en las letras uruguayas. El protagonista de *El pozo*, ese Eladio Linacero que en las páginas del libro confía al lector sus "extraordinarias confesiones", como él mismo, con un dejo amargo e irónico las califica, es representante ejemplar del tipo humano que Onetti ha incorporado a nuestra narrativa: el desarraigado. Pero ¿qué debemos entender por desarraigado en este caso? En primer lugar: un ser desubicado ante su contorno vital e incapaz, por ende, de religarse cordialmente con los seres y cosas que constituyen ese contorno. En Eladio Linacero esa desubicación es tan grande, que su vida no es más que una sucesión de fracasos: en el amor, en la amistad, en los más elementales intentos de comunicación humana. Esta situación da, en segundo término, este otro rasgo a la fisonomía interior de Eladio Linacero: su conciencia se convierte en un recinto hermético, su alma no es más que un pozo de soledad. Eladio Linacero es un náufrago que no termina nunca de ahogarse. Entrevé valores que podrían salvarlo, pero no tiene la fe necesaria para asirse de ellos. Pero como a la conciencia le es tan imposible sostenerse en el vacío como al cuerpo respirar donde no haya aire, Eladio Linacero llena su vacío (que es angustia) existencial poblando su soledad de ensueños e imaginaciones. Este desarraigado, paradójicamente, arraiga en la evasión: en esa evasión consistente en contarse a sí mismo imaginarias aventuras. (La realidad asedia, sin embargo, al soñador: Ana María, la sexualmente agredida "en el mundo de los hechos reales" reaparece obsesivamente en las aventuras imaginarias). El personaje, además, y esto completa su fisonomía, aparece como inmerso en una espesa nube de sexualidad. Una sexualidad que no instaura, por cierto, una mística del erotismo, sino que parece, más bien, otra forma de la angustia existencial: lo sexual es sentido como un lastre, como una atadura ante la que no hay posibilidad de rebelarse. Es la de Eladio Linacero, pues, una vida que no logra convertir en positivas, ni darles un sentido, ni siquiera a las fuerzas instintivas que la gobiernan (aunque no le faltó, en algún momento, el impulso crecido desde la ilusión y la esperanza: "Hubo un mensaje —confiesa— que lanzó mi juventud a la vida; estaba hecho con palabras de

desafío y confianza. Se lo debe haber tragado el agua como a las botellas que tiran los naufragos"). Esta historia de frustración vital —por incapacidad de arraigo en la circunstancia inmediata, por impotencia afectiva para darle un sentido a la vida interior— se repite en obras posteriores. En *Tierra de nadie*, el desarraigado no es ya un personaje individual sino colectivo: una generación. El mismo Onetti ha escrito estas significativas palabras: "Pinto un grupo de gentes que aunque puedan parecer exóticas en Buenos Aires son, en realidad, representativas de una generación; generación que, a mi juicio reproduce veinte años después la europea de postguerra. Los viejos valores morales fueron abandonados por ella y todavía no han aparecido otros que puedan sustituirlos. El caso es que en el país más importante de Sudamérica, de la joven América, crece el tipo del indiferente moral, del hombre sin fe ni interés por su destino. Que no se reproche al novelista haber encarado la pintura de este tipo con igual espíritu de indiferencia". Esta declaración del propio autor es, sin duda, una válida síntesis del contenido y la intención de la novela. En efecto: los personajes, masculinos y femeninos, de *Tierra de nadie* no son más, en último rigor, que otras tantas modulaciones, bajo distintas máscaras, de esa postura vital cuya esencia ha sido dada en Eladio Linacero; no son más que otros tantos desarraigados uno de cuyos rasgos es, en la definición del autor, la indiferencia moral. Y todos, igual que Eladio Linacero, viven como apresados por una malla espesa, espesa y desagradable, en la que están enredados: la sexualidad. Algunos —Llarvi, obsesionado por su Labuk, Casal, de conducta tan ambigua— están al borde de lo sicopático (o son abiertamente sicopatas). Todos los personajes de la novela parecen aceptar la idea de que sus vidas —quizás, la vida— es cosa fea y sucia. Por momentos, mediante una especie de braceo natatorio imaginativo, procuran emerger de esa sucia fealdad. ¿Cómo? Igual que Eladio Linacero: mediante una evasión absurda, inconsistente. Caso típico: Aránzuru, que sueña en una imaginaria isla paradisíaca. Pero, claro está, ellos saben también la inanidad de tales evasiones; saben que tales islas no existen. Y se hunden más en esa fea suciedad de la que quisieran huir. Sin fe

—indiferentes morales— son impotentes para hallar la única salida posible: crear dentro de sí mismos esa vida mejor que es, para ellos, paradójicamente, como una nostalgia de algo aún no vivido. En *El pozo*, pues, se instauran las bases de una visión de la realidad y de un mundo narrativo que en *Tierra de nadie* se continúa. Con *La vida breve* ese mundo narrativo y esa visión alcanzan plenitud. Esta novela, realizada, como *El pozo*, en primera persona, tiene por relator y protagonista a Juan María Brausen. ¿Quién es éste? Es una nueva variante de Eladio Linacero. Las diferencias de orden social, no disimulan la identidad de sustancia síquica de ambos personajes. Dos máscaras pero un mismo rostro. Aunque Brausen está analizado —o se auto-analiza— con mayor morosidad, aunque no menor sutileza, que Eladio Linacero. Y, además, se complica —o auto-complica— más que el relator de *El pozo*. Porque el personaje, desarraigado también de su vida real, intenta dos modos de evasión. La primera consiste en fabricarse una segunda personalidad, donde no es Brausen sino Arce, para introducirse así en el mundo bastante equívoco de la Queca; consiste la segunda en la creación de un argumento cinematográfico que, en rigor, no es más que otra evasión imaginativa al modo de Eladio Linacero. Tres planos —u orbes narrativos— se funden en la novela: aquel en que Brausen es Brausen; aquel en que Brausen es Arce, y, por fin, aquel en que Brausen y Arce —dos que son uno— van transfigurando sus propias circunstancias en el argumento de cine. Pero esos tres orbes son en rigor uno: un mundo fatalizado en la frustración, el fracaso, la desolación, el sexo. Este estar sumido en la realidad, y sumido en ella hasta sentirla como dolorosamente insoportable, pero, al mismo tiempo, braceando, por medio de tentáculos imaginativos, para evadirse —o intentar hacerlo— de ella, adquiere su expresión límite en *El astillero*, la hasta hoy última novela de Onetti. Aquí el protagonista es Larsen, otro de esos anti-héroes característicos de las novelas del autor. Algunos episodios de la turbia vida de Larsen fueron narrados en *Tierra de nadie*; en circunstancias bastante equívocas, reaparece fugazmente hacia el fin de *La vida breve*; en *El astillero* lo hallamos ocupando la Gerencia General de Jeremías Petrus, Sociedad Anó-

nima. En esta última novela, la realidad —la realidad en que viven los personajes de la obra— y la imaginación —el juego imaginativo mediante el cual los mismos personajes quieren evadirse de la realidad que viven— engranan hasta formar un todo. Porque, en rigor, el astillero de Jeremías Petrus no es ya un astillero: es sólo un esqueleto de astillero, son los descarnados restos de una empresa paralizada por la quiebra. Y, sin embargo, los personajes se empeñan en actuar como si el astillero fuera realmente tal, como si fuera posible su en verdad imposible rehabilitación. La imaginación se ingiere así en la realidad. Brausen se evade de su vida imaginando otras: los personajes de su argumento cinematográfico; Larsen introduce el juego imaginativo en la misma realidad que vive, funde lo imaginario con lo real y actúa aceptando las reglas de este juego. La evasión imaginativa de Larsen, otro desarraigado, consiste, paradójicamente, en la inmersión en su propia circunstancia, pero modificándola imaginariamente (aunque sin que pierda la conciencia de que esa modificación sólo tiene vigencia dentro de sí mismo y dentro de sus compañeros de juego).

Sería absurdo, desde luego, pensar que con lo que llevamos dicho queda apresada toda la sustancia de la narrativa de Onetti. En rigor, hemos tan sólo trazado un esquema de algunos de los elementos que, a nuestro juicio, vertebran toda su narrativa. No se nos escapa cuantos elementos importantes de ella han quedado fuera de nuestro esquema, ni como él se enriquecería tomando en cuenta los aportes de otras obras del autor que no hemos considerado. Pero lo dicho nos parece suficiente como para permitirnos esta afirmación: en su conjunto, la obra de Onetti constituye una muy personal diagnosis de la situación que vive el hombre de nuestro tiempo. Esa diagnosis diseña una imagen desoladora, negativa, casi cruel. Esa imagen nos muestra a un ser solitario, en el que todo además de comunión parece frustrarse y quedar inacabado; esa imagen nos muestra a un ser despojado interiormente de toda fe y de toda fuerza creadora (salvo la tan discutible constituida por la hipertrofia imaginativa, por la devoradora capacidad de ensoñar). Esto le da a sus obras, aunque quizás el autor no se lo proponga, aunque quizás sólo quiera mantenerse en el plano de

la pura creación literaria, una intensa calidad de testimonio. Lo que sería difícil determinar es si ese testimonio puede convertirse en una denuncia contra el hombre de hoy, o si es solamente una resignada, sufrida y paciente aceptación. De todos modos, a nuestro juicio, esa diagnosis tremendamente sombría —y quizás demasiado subjetiva— ve con precisión tan sólo una parte de la realidad: sus aspectos nocturnos, desolados y angustiantes. Ese cuadro de sombras podría aclararse, matizándose con otros aspectos —positivos, luminosos— que tampoco faltan en el hombre de hoy (ni en el de siempre). Tal vez, y si admitimos que hay cosas que se hacen evidentes por su ausencia, un sentido afirmativo podría desprenderse de la obra de Onetti. Así lo insinuó cautelosamente don Alberto Zum Felde cuando afirma que “los personajes de Onetti serían una prueba —aunque involuntaria— de que lo único que puede salvar al hombre del “pozo” de su Yo aislado, en el que sólo puede hundirse más y más, sin hallar otra cosa que la creciente negrura del vacío, es la comunión en grandes ideales humanos o divinos, superpersonales. Acaso, y por ausencia, ese puede ser el sentido de sus novelas” (Índice crítico de la literatura hispanoamericana; La narrativa). Pero aún cuando no compartamos totalmente la diagnosis a la cual nos referimos, es indudable que la labor de Onetti es una de las obras narrativas más fuertes, auténticas y personales de la literatura rioplatense. Es, también, y este aspecto lo hemos eludido en esta presentación, uno de los que muestran mayor personalidad y firmeza en sus aspectos técnicos, de composición y estilo. En cuanto al cuento elegido, pertenece a **El infierno tan temido** (Montevideo, Ediciones Asir, 1962). **Un sueño realizado**, otro de los cuentos de Onetti, es quizás más representativo de los caracteres generales de su obra; hemos elegido, no obstante, **El infierno tan temido** porque, con igual calidad, nos parece más accesible a un mayor número de lectores.

El infierno tan temido

La primera carta, la primera fotografía, le llegó al diario entre la medianoche y el cierre. Estaba golpeando la máquina, un poco hambriento, un poco enfermo por el café y el tabaco, entregado con familiar felicidad a la marcha de la frase y a la aparición dócil de las palabras. Estaba escribiendo “cabe destacar que los señores Comisarios nada vieron de sospechoso y ni siquiera de poco común en el triunfo consagratorio de Play Boy, que supo sacar partido de la cancha de invierno, dominar como saeta en la instancia decisiva”, cuando vió la mano roja y manchada de tinta de Partidarias entre su cara y la máquina, ofreciéndole el sobre.

—Esta es para vos. Siempre entreveran la correspondencia. Ni una maldita citación de los clubs, después vienen a llorar, cuando se acercan las elecciones ningún espacio les parece bastante. Y ya es medianoche y decime con qué querés que llene la columna.

El sobre decía su nombre, Sección Carreras. “El Liberal”. Lo único extraño era el par de estampillas verdes y el

sello de Bahía. Terminó el artículo cuando subían del taller para reclamárselo. Estaba débil y contento, casi solo en el excesivo espacio de la redacción, pensando en la última frase: "Volvemos a afirmarlo, con la objetividad que desde hace años ponemos en todas nuestras aseveraciones. Nos debemos al público aficionado". El negro, en el fondo, revolvió sobres del archivo y la madura mujer de Sociales se quitaba lentamente los guantes en su cabina de vidrio, cuando Risso abrió descuidado el sobre.

Traía una foto, tamaño postal; era una foto parda, escasa de luz, en la que el odio y la sordidez se acrecentaban en los márgenes sombríos, formando gruesas franjas indecisas, como en relieve, como gotas de sudor rodeando una cara angustiada. Vió por sorpresa, no terminó de comprender, supo que iba a ofrecer cualquier cosa por olvidar lo que había visto.

Guardó la fotografía en un bolsillo y se fue poniendo el sobretodo mientras Sociales salía fumando de su garita de vidrio con un abanico de papeles en la mano.

—Hola —dijo ella—, ya me ve, a estas horas, recién termina el sarao.

Risso la miraba desde arriba. El pelo claro, teñido, las arrugas del cuello, la papada que caía redonda y puntiaguda como un pequeño vientre, las diminutas, excesivas alegrías que le adornaban las ropas. "Es una mujer también ella. Ahora le miro el pañuelo rojo en la garganta, las uñas violetas en los dedos viejos y sucios de tabaco, los anillos y pulseras, el vestido que le dió en pago un modisto y no un amante la curva triste de la boca, el entusiasmo casi frenético que le impone a las sonrisas. Todo va a ser más fácil si me convenzo de que también ella es una mujer".

—Parece una cosa hecha por gusto, planeada. Cuando yo llego usted se va, como si siempre me estuviera disparando. Hace un frío de polo afuera. Me dejan el material como me habían prometido, pero ni siquiera un nombre, un epígrafe. Adivine, equívóquese, publique un disparate fantástico. No conozco más nombre que el de los contrayentes y gracias a Dios. Abundancia y mal gusto, eso es lo que había. Agasa-

jaron a sus amistades con una brillante recepción en casa de los padres de la novia. Ya nadie bien se casa en sábado. Prepárese, viene un frío de polo desde la rambla.

Cuando Risso casó con Gracia César, nos unimos todos en el silencio, suprimimos los vaticinios pesimistas. Por aquel tiempo, ella estaba mirando a los habitantes de Santa María desde las carteleras de "El Sótano", Cooperativa Teatral, desde las paredes hechas vetustas por el final del otoño. Intacta a veces, con bigotes de lápiz o desgarrada por uñas rencorosas, por las primeras lluvias otras, volvía a medias la cabeza para mirar la calle, alerta, un poco desafiante, un poco ilusionada por la esperanza de convencer y ser comprendida. Delatada por el brillo sobre los lacrimales que había impuesto la ampliación fotográfica de "Estudios Orloff", había también en su cara la farsa del amor por la totalidad de la vida, cubriendo la busca resuelta y exclusiva de la dicha.

Lo cual estaba bien, debe haber pensado él, era deseable y necesario, coincidía con el resultado de la multiplicación de los meses de viudez de Risso por la suma de innumerables madrugadas idénticas de sábado en que había estado repitiendo con acierto actitudes corteses de espera y familiaridad en el prostíbulo de la costa. Un brillo, el de los ojos del afiche, se vinculaba con la frustrada destreza con que él volvía a hacerle el nudo a la siempre flamante y triste corbata de luto frente al espejo ovalado y móvil del dormitorio del prostíbulo.

Se casaron, y Risso creyó que bastaba con seguir viviendo como siempre, pero dedicándose a ella, sin pensarlo, sin pensar casi en ella, la furia de su cuerpo, su enloquecida necesidad de absolutos que lo poseía durante las noches alargadas.

Ella imaginó en Risso un puente, una salida, un principio. Había atravesado virgen dos noviazgos —un director, un actor—, tal vez porque para ella el teatro era un oficio además de un juego y pensaba que el amor debía nacer y conservarse aparte, no contaminado por lo que se hace para ganar dinero y olvido. Con uno y otro estuvo condenada a

sentir en las citas en las plazas, la rambla o el café, la fatiga de los ensayos, el esfuerzo de adecuación, la vigilancia de la voz y de las manos. Presentía su propia cara siempre un segundo antes de cualquier expresión, como si pudiera mirarla o palpársela. Actuaba animosa e incrédula, medía sin remedio su farsa y la del otro, el sudor y el polvo del teatro que los cubrían, inseparables, signos de la edad.

Cuando llegó la segunda fotografía, desde Asunción y con un hombre visiblemente distinto, Risso temió, sobre todo, no ser capaz de soportar un sentimiento desconocido que no era ni odio ni dolor, que moriría con él sin nombre, que se emparentaba con la injusticia y la fatalidad, con el primer miedo del primer hombre sobre la tierra, con el nihilismo y el principio de la fe.

La segunda fotografía le fue entregada por Policiales, un miércoles de noche. Los jueves eran los días en que podía disponer de su hija desde las 10 de la mañana hasta las 10 de la noche. Decidió romper el sobre sin abrirlo, lo guardó y recién en la mañana del jueves mientras su hija lo esperaba en la sala de la pensión, se permitió una rápida mirada a la cartulina, antes de romperla sobre el waterclós: también aquí el hombre estaba de espaldas.

Pero había mirado muchas veces la foto de Brasil. La conservó durante un día entero y en la madrugada estuvo imaginando una broma, un error, un absurdo transitorio. Le había sucedido ya, había despertado muchas veces de una pesadilla, sonriendo servil y agradecido a las flores de las paredes del dormitorio.

Estaba tirado en la cama cuando extrajo el sobre del saco y la foto del sobre.

—Bueno —dijo en voz alta—, está bien, es cierto y es así. No tiene ninguna importancia, aunque no lo viera sabría que sucede.

(Al sacar la fotografía con el disparador automático, al revelarla en el cuarto oscurecido, bajo el brillo rojo y alentador de la lámpara, es probable que ella haya previsto esta

reacción de Risso, este desafío, esta negativa a liberarse en el furor. Había previsto también, o apenas deseado, con pocas, mal conocidas esperanzas, que él desenterrara de la evidente ofensa, de la indignidad asombrosa, un mensaje de amor).

Volvió a protegerse antes de mirar: "Estoy solo y me estoy muriendo de frío en una pensión de la calle Piedras, en Santa María, en cualquier madrugada, solo y arrepentido de mi soledad como si la hubiera buscado, orgulloso como si la hubiera merecido".

En la fotografía la mujer sin cabeza clavaba ostentosa-mente los talones en un borde de diván, aguardaba la impaciencia del hombre oscuro, agigantado por el inevitable primer plano, estaría segura de que no era necesario mostrar la cara para ser reconocida. En el dorso, su letra calmosa decía "Recuerdos de Bahía".

En la noche correspondiente a la segunda fotografía pensó que podía comprender la totalidad de la infamia y aun aceptarla. Pero supo que estaban más allá de su alcance la deliberación, la persistencia, el organizado frenesí con que se cumplía la venganza. Midió su desproporción, se sintió indigno de tanto odio, de tanto amor, de tanta voluntad de hacer sufrir.

Cuando Gracia conoció a Risso pudo suponer muchas cosas actuales y futuras. Adivinó su soledad mirándole la barbilla y un botón del chaleco; adivinó que estaba amargado y no vencido, y que necesitaba un desquite y no quería enterarse. Durante muchos domingos le estuvo mirando en la plaza, antes de la función, con cuidadoso cálculo, la cara hosca y apasionada, el sombrero pringoso abandonado en la cabeza, el gran cuerpo indolente que él empezaba a dejar engordar. Pensó en el amor la primera vez que estuvieron solos, o en el deseo de atenuar con su mano la tristeza del pómulo y la mejilla del hombre. También pensó en la ciudad, en que la única sabiduría posible era la de resignarse a tiempo. Tenía veinte años y Risso cuarenta. Se puso a creer en él, descubrió intensidades de la curiosidad, se dijo que sólo se vive de veras cuando cada día rinde su sorpresa.

Durante las primeras semanas se encerraba para reírse a

solas, se impuso adoraciones fetichistas, aprendió a ditinguir los estados de ánimo por los olores. Se fue orientando para descubrir qué había detras de la voz, de los silencios, de los gustos y de las actitudes del cuerpo del hombre. Amó a la hija de Risso y le modificó la cara, exaltando los parecidos con el padre. No dejó el teatro porque el Municipio acababa de subvencionarlo y ahora tenía ella en el sótano un sueldo seguro, un mundo separado de su casa, de su dormitorio, del hombre frenético e indestructible. No buscaba alejarse de la lujuria; quería descansar y olvidarla, permitir que la lujuria descansara y olvidara. Hacía planes y los cumplía, estaba segura de la infinitud del universo del amor, segura de que cada noche les ofrecería un asombro distinto y recién creado.

—Todo —insistía Risso—, absolutamente todo puede sucedernos y vamos a estar siempre contentos y queriéndonos. Todo; ya sea que invente Dios o inventamos nosotros.

En realidad, nunca había tenido antes una mujer y creía fabricar lo que ahora le estaban imponiendo. Pero no era ella quien lo imponía, Gracia César, hechura de Risso, segregada de él para completarlo, como el aire al pulmón, como el invierno al trigo.

La tercera foto demoró tres semanas. Venía también de Paraguay y no le llegó al diario, sino a la pensión y se la trajo la mucama al final de una tarde en que él despertaba de un sueño en que le había sido aconsejado defenderse del pavor y la demencia conservando toda futura fotografía en la cartera y hacerla anecdótica, impersonal, inofensiva, mediante un centenar de distraídas miradas diarias.

La mucama golpeó la puerta y él vió colgar el sobre de las tablillas de la persiana, comenzó a percibir cómo destilaba en la penumbra, en el aire sucio, su condición nociva, su vibrátil amenaza. Lo estuvo mirando desde la cama como a un insecto, como a un animal venenoso que se aplastara a la espera del descuido, del error propicio.

En la tercera fotografía ella estaba sola, empujando con su blancura las sombras de una habitación mal iluminada, con

la cabeza dolorosamente echada hacia atrás, hacia la cámara, cubiertos a medias los hombros por el negro pelo suelto, robusta y cuadrúpeda. Tan inconfundible ahora como si se hubiera hecho fotografiar en cualquier estudio y hubiera posado con la más tierna, significativa y oblicua de sus sonrisas.

Sólo tenía ahora Riso, una lástima irremediable por ella y por él, por todos los amantes que habían amado en el mundo, por la verdad y error de sus creencias, por el simple absurdo del amor y por el complejo absurdo del amor creado por los hombres.

Pero también rompió esta fotografía y supo que le sería imposible mirar otra y seguir viviendo. Pero en el plano mágico en que habían empezado a entenderse y a dialogar, Gracia estaba obligada a enterarse de que él iba a romper las fotos apnas llegaran, cada vez con menos curiosidad, con menor remordimiento.

En el plano mágico, todos los groseros o tímidos hombres urgentes no eran más que obstáculos, ineludibles postergaciones del acto ritual de elegir en la calle, en el restaurante o en el café al más crédulo e inexperto, al que podía prestarse sin sospecha y con un cómico orgullo a la exposición frente a la cámara y al disparador, al menos desagradable entre los que pudieran creerse aquella memorizada argumentación de viajante de comercio.

—Es que nunca tuve un hombre así, tan único, tan distinto. Y nunca sé, metido en esta vida de teatro, donde estaré mañana y si volveré a verte. Quiero por lo menos mirarte en una fotografía cuando estemos lejos y te extrañe.

Y después de la casi siempre fácil convicción, pensando en Riso o dejando de pensar para mañana, cumpliendo el deber que se había impuesto, disponía las luces, preparaba la cámara y encendía al hombre. Si pensaba en Riso, evocaba un suceso antiguo, volvía a reprocharle no haberle pegado, haberla apartado para siempre con un insulto desvaído, una sonrisa inteligente, un comentario que la mezclaba a ella con todas las demás mujeres. Y sin comprender; demostrando a pesar de noches y frases que no había comprendido nunca.

Sin exceso de esperanzas, trajinaba sudorosa por la siempre sórdida y calurosa habitación del hotel, midiendo distancias y luces, corrigiendo la posición del cuerpo envarado del hombre. Obligando, con cualquier recurso, señuelo, mentira crapulosa, a que se dirigiera hacia ella la cara cínica y desconfiada del hombre de turno. Trataba de sonreír y de tentar, remedaba los chasquidos cariñosos que se hacen a los recién nacidos, calculando el paso de los segundos, calculando al mismo tiempo la intensidad con que la foto aludiría a su amor con Risso.

Pero como nunca pudo saber esto, como incluso ignoraba si las fotografías llegaban o no a manos de Risso, comenzó a intensificar las evidencias de las fotos y las convirtió en documentos que muy poco tenían que ver con ellos, Risso y Gracia.

Llegó a permitir y ordenar que las caras adelgazadas por el deseo, estupidizadas por el viejo sueño masculino de la posesión enfrentaran el agujero de la cámara con una dura sonrisa, con una avergonzada insolencia. Consideró necesario dejarse resbalar de espaldas e introducirse en la fotografía, hacer que su cabeza, su corta nariz, sus grandes ojos impávidos descendieran desde la nada de más allá de la foto para integrar la suciedad del mundo, la torpe, errónea visión fotográfica, las sátiras del amor que se había jurado mandar regularmente a Santa María. Pero su verdadero error fue cambiar las direcciones de los sobres.

La primera separación, a los seis meses del casamiento, fue bienvenida y exageradamente angustiada. "El Sótano" —ahora Teatro Municipal de Santa María— subió hasta El Rosario. Ella reiteró allí el mismo viejo juego alucinante de ser una actriz entre actores, de creer en lo que sucedía en el escenario. El público se emocionaba, aplaudía o no se dejaba arrastrar. Puntualmente se imprimían programas y críticas; y la gente aceptaba el juego y lo prolongaba hasta el fin de la noche, hablando de lo que había visto y oído, y pagado para ver y oír, conversando con cierta desesperación, con

cierto acicateado entusiasmo, de actuaciones, decorados, parlamentos y tramas.

De modo que el juego, el remedo, alternativamente melancólico y embriagador, que ella iniciaba acercándose con lentitud a la ventana que caía sobre el fjord, estremeciéndose y murmurando para toda la sala: "Tal vez... pero yo también llevo una vida de recuerdos que permanecen extraños a los demás", también era aceptado en El Rosario. Siempre caían naipes en respuesta al que ella arrojaba, el juego se formalizaba y ya era imposible distraerse y mirarlo de afuera.

La primera separación duró exactamente cincuenta y dos días y Risso trató de copiar en ellos la vida que había llevado con Gracia César durante los seis meses de matrimonio. Ir a la misma hora al mismo café, al mismo restaurante, ver a los mismos amigos, repetir en la rambla silencios y soledades, caminar de regreso a la pensión sufriendo obcecado las anticipaciones del encuentro, removiendo en la frente y en la boca imágenes excesivas que nacían de recuerdos perfeccionados o de ambiciones irrealizables.

Eran diez o doce cuadras, ahora solo y más lento, a través de noches molestadas por vientos tibios y helados, sobre el filo inquieto que separaba la primavera del invierno. Le sirvieron para medir su necesidad y su desamparo, para saber que la locura que compartían tenía por lo menos la grandeza de carecer de futuro, de no ser medio para nada.

En cuanto a ella, había creído que Risso daba un lema al amor común cuando susurraba, tendido con fresco asombro, abrumado:

—Todo puede suceder y vamos a estar siempre felices y queriéndonos.

Y la frase no era un juicio, una opinión, no expresaba un deseo. Les era dictada e impuesta, era una comprobación, una verdad vieja. Nada de lo que ellos hicieran o pensaran podría debilitar la locura, el amor sin salida ni alteraciones. Todas las posibilidades humanas podían ser utilizadas y todo estaba condenado a servir de alimento.

Creyó que fuera de ellos, fuera de la habitación, se ex-

tendía un mundo desprovisto de sentido, habitado por seres que no importaban, poblado por hechos sin valor.

Así que sólo pensó en Riso, en ellos, cuando el hombre empezó a esperarla en la puerta del teatro, cuando la invitó y la condujo, cuando ella misma se fue quitando la ropa.

Era la última semana en El Rosario y ella consideró inútil hablar de aquello en las cartas a Riso; porque el suceso no estaba separado de ellos y a la vez nada tenía que ver con ellos; porque ella había actuado como un animal curioso y lúcido, con cierta lástima por el hombre, con cierto desdén por la pobreza de lo que estaba agregando a su amor por Riso. Y cuando volvió a Santa María, prefirió esperar hasta una víspera de jueves —porque los jueves Riso no iba al diario—, hasta una noche sin tiempo, hasta una madrugada idéntica a las veinticinco que llevaban vividas.

Lo empezó a contar antes de desvestirse, con el orgullo y la ternura de haber inventado, simplemente, una nueva caricia. Apoyado en la mesa, en mangas de camisa, él cerró los ojos y sonrió. Después la hizo desnudar y le pidió que repitiera la historia, ahora de pie, moviéndose descalza sobre la alfombra y casi sin desplazarse de frente y de perfil, dándole la espalda y balanceando el cuerpo mientras lo apoyaba en una pierna y otra. A veces ella veía la cara larga y sudorosa de Riso, el cuerpo pesado apoyándose en la mesa, protegiendo con los hombros el vaso de vino, y a veces sólo los imaginaba, distraída por el afán de fidelidad en el relato, por la alegría de revivir aquella peculiar intensidad de amor que había sentido por Riso en El Rosario, junto a un hombre de rostro olvidado, junto a nadie, junto a Riso.

—Bueno; ahora te vestís otra vez —dijo él, con la misma voz asombrada y ronca que había repetido que todo era posible, que todo sería para ellos.

Ella le examinó la sonrisa y volvió a ponerse las ropas. Durante un rato estuvieron los dos mirando los dibujos del mantel, las manchas, el cenicero con el pájaro de pico quebrado. Después el terminó de vestirse y se fue, dedicó su jueves, su día libre, a conversar con el doctor Guñazú, a

convencerlo de la urgencia del divorcio, a burlarse por anticipado de las entrevistas de reconciliación.

Hubo después un tiempo largo y malsano en el que Riso quería volver a tenerla y odiaba simultáneamente la pena y el asco de todo imaginable reencuentro. Decidió después que necesitaba a Gracia y ahora un poco más que antes. Que era necesaria la reconciliación y que estaba dispuesto a pagar cualquier precio siempre que no interviniera su voluntad, siempre que fuera posible volver a tenerla por las noches sin decir que sí ni siquiera con su silencio.

Volvió a dedicar los jueves a pasear con su hija y a escuchar la lista de predicciones cumplidas que repetía la abuela en las sobremesas. Tuvo de Gracia noticias cautelosas y vagas, comenzó a imaginarla como a una mujer desconocida, cuyos gestos y reacciones debían ser adivinados o deducidos; como a una mujer preservada y solitaria entre personas y lugares, que le estaba predestinada y a la que tendría que querer, tal vez desde el primer encuentro.

Casi un mes después del principio de la separación, Gracia repartió direcciones contradictorias y se fue de Santa María.

—No se preocupe —dijo Guiñazú—. Conozco bien a las mujeres y algo así estaba esperando. Esto confirma el abandono del hogar y simplifica la acción que no podrá ser dañada por una evidente maniobra dilatoria que está evidenciando la sinrazón de la parte demandada.

Era aquél un comienzo húmedo de primavera, y muchas noches Riso volvía caminando del diario, del café, dándole nombres a la lluvia, avivando su sufrimiento como si soplara una brasa, apartándolo de sí para verlo mejor e increíble, imaginando actos de amor nunca vividos para ponerse enseguida a recordarlos con desesperada codicia.

Riso había destruído, sin mirar, los últimos tres mensajes. Se sentía ahora, y para siempre, en el diario y en la pensión, como una alimaña en su madriguera, como una bestia que oyera rebotar los tiros de los cazadores en la puerta de su cueva. Sólo podía salvarse de la muerte y de la idea de

la muerte forzándose a la quietud y a la ignorancia. Acurrucado, agitaba los bigotes y el morro, las patas; sólo podía esperar el agotamiento de la furia ajena. Sin permitirse palabras ni pensamientos, se vió forzado a empezar a entender; a confundir a la Gracia que buscaba y elegía hombres y actitudes para las fotos, con la muchacha que había planeado, muchos meses atrás, vestidos, conversaciones, maquillajes, caricias a su hija para conquistar a un viudo aplicado al desconsuelo, a este hombre que ganaba un sueldo escaso y que sólo podía ofrecer a las mujeres una asombrada, leal, incompreensión.

Había empezado a creer que la muchacha que le había escrito largas y exageradas cartas en las breves separaciones veraniegas del noviazgo era la misma que procuraba su desesperación y su aniquilamiento enviándole las fotografías. Y llegó a pensar que, siempre, el amante que ha logrado respirar en la obstinación sin consuelo de la cama el olor sombrío de la muerte, está condenado a perseguir —para él y para ella— la destrucción, la paz definitiva de la nada.

Pensaba en la muchacha que se paseaba del brazo de dos amigos en las tardes de la rambla, vestida con los amplios y taraceados vestidos de tela endurecida que inventaba e imponía el recuerdo, y que atravesaba la obertura del Barbero que coronaba el concierto dominical de la Banda para mirarlo un segundo. Pensaba en aquel relámpago en que ella hacía girar su expresión enfurecida de oferta y desafío, en que le mostraba de frente la belleza casi varonil de una cara pensativa y capaz, en que lo elegía a él, entontecido por la viudez. Y, poco a poco, iba admitiendo que aquella era la misma mujer desnuda, un poco más gruesa, con cierto aire de aplomo y de haber sentado cabeza, que le hacía llegar fotografías desde Lima, Santiago y Buenos Aires.

Por qué no, llegó a pensar, por qué no aceptar que las fotografías, su trabajosa preparación, su puntual envío, se originaban en el mismo amor, en la misma capacidad de nostalgia, en la misma congénita lealtad.

La próxima fotografía le llegó desde Montevideo; ni al diario ni a la pensión. Y no llegó a verla. Salía una noche de "El Liberal" cuando escuchó la renquera del viejo Lanza persiguiéndolo en los escalones, la tos estremecida a su espalda, la inocente y tramposa frase del prólogo. Fueron a comer al Baviera; y Risso pudo haber jurado después de haber estado sabiendo que el hombre descuidado, barbudo, enfermo, que metía y sacaba en la sobremesa un cigarrillo humedecido de la boca hundida, que no quería mirarle los ojos, que recitaba comentarios obvios sobre las noticias que UP había hecho llegar al diario durante la jornada, estaba impregnado de Gracia, o del frenético aroma absurdo que destila el amor.

—De hombre a hombre —dijo Lanza con resignación—. O viejo que no tiene más felicidad en la vida que la discutible de seguir viviendo. De un viejo a usted; y yo no sé, porque nunca se sabe, quién es usted. Sé de algunos hechos y he oído comentarios. Pero ya no tengo interés en perder el tiempo creyendo o dudando. Da lo mismo. Cada mañana compruebo que sigo vivo, sin amargura y sin dar las gracias. Arrastro por Santa María y por la redacción una pierna enferma y la arterioesclerosis, me acuerdo de España, corrijo las pruebas, escucho y a veces hablo demasiado. Como esta noche. Recibí una sucia fotografía y no es posible dudar sobre quién la mandó. Tampoco puedo adivinar por qué me eligieron a mí. Al dorso dice: "Para ser donada a la colección Risso", o cosa parecida. Me llegó el sábado y estuve dos días pensando si dársela o no. Llegué a creer que lo mejor era decírselo porque mandarme eso a mí es locura sin atenuantes y tal vez a usted le haga bien saber que está loca. Ahora está usted enterado; sólo le pido permiso para romper la fotografía sin mostrársela.

Risso dijo que sí y aquella noche, mirando hasta la mañana la luz del farol de la calle en el techo de cuarto, comprendió que la segunda desgracia, la venganza, era esencialmente menos grave que la primera, la traición, pero también mucho menos soportable. Sentía su largo cuerpo expuesto como

un nervio al dolor del aire, sin amparo, sin poderse inventar un alivio.

La segunda fotografía no dirigida a él la tiró sobre la mesa la abuela de su hija, el jueves siguiente. La niña se había ido a dormir y la foto estaba nuevamente dentro del sobre. Cayó entre el sifón y la dulcera, largo, atravesado y teñido por el reflejo de una botella, mostrando las entusiastas letras en tinta azul.

—Comprenderás que después de esto... —tartamudeó la abuela. Revolvía el café y miraba la cara de Riso, buscándole en el perfil el secreto de la universal inmundicia, la causa de la muerte de su hija, la explicación de tantas cosas que ella había sopechado sin coraje para creerlas. Comprenderás —repitió con furia, con la voz cómica y envejecida.

Pero no sabía qué era necesario comprender y Riso tampoco comprendía aunque se esforzara, mirando el sobre que había quedado enfrentándolo, con un ángulo apoyado en el borde del plato.

Afuera la noche estaba pesada y las ventanas abiertas de la ciudad mezclaban al misterio lechoso del cielo los misterios de las vidas de los hombres, sus afanes y sus costumbres. Volteado en su cama, Riso creyó que empezaba a comprender, como un bienestar, la comprensión ocurría en él, liberada de la voluntad y de la inteligencia. Sucedió, simplemente, desde el contacto de los pies con los zapatos hasta las lágrimas que le llegaban a las mejillas y al cuello. La comprensión sucedía en él, y él no estaba interesado en saber qué era lo que comprendía, mientras recordaba o estaba viendo su llanto y su quietud, la alargada pasividad del cuerpo en la cama, la coma de las nubes en la ventana, escenas antiguas y futuras. Veía la muerte y la amistad con la muerte, el ensoberbecido desprecio por las reglas que todos los hombres habían consentido acatar, el auténtico asombro de la libertad. Hizo pedazos la fotografía sobre el pecho, sin apartar los ojos del blancor de la ventana, lento y diestro, temeroso de hacer ruido o interrumpir. Sintió después el movimiento de un aire nuevo, acaso respirado en la niñez, que iba llenando la habitación y

se extendía con pereza inexperta por las calles y los prevenidos edificios, para esperarlo y darle protección mañana y en los días siguientes.

Estuvo conociendo hasta la madrugada, como a ciudades que le habían parecido inalcanzables, el desinterés, la dicha sin causa, la aceptación de la soledad. Y cuando despertó a mediodía, cuando se aflojó la corbata y el cinturón y el reloj pulsera, mientras caminaba sudando hasta el pútrido olor a tormenta de la ventana, lo invadió por primera vez un paternal cariño hacia los hombres y hacia lo que los hombres habían hecho y construído. Había resuelto averiguar la dirección de Gracia, llamarla o irse a vivir con ella.

Aquella noche en el diario fue un hombre lento y feliz, actuó con torpezas de recién nacido, cumplió su cuota de cuartillas con las distracciones y errores que es común perdonar a un forastero. La gran noticia era la imposibilidad de que el crédito del stud "El Gorrión" amaneció hoy manifestando dolencias en uno de los remos delanteros, evidenciando inflamación a la cuerda lo que dice a la claras de la entidad del mal que lo aqueja.

—Recordando que él hacía Hípicas —contó Lanza—, uno intenta explicar aquel desconcierto comparándolo al del hombre que se jugó el sueldo a un dato que le dieron y confirmaron el cuidador, el jockey, el dueño y el propio caballo. Porque aunque tenía, según se sabrá, los más excelentes motivos para estar sufriendo y tragarse sin más todos los sellos de somníferos de todas las boticas de Santa María, lo que me estuvo mostrando media hora antes de hacerlo no fue otra cosa que el razonamiento y la actitud de un hombre estafado. Un hombre que había estado seguro y a salvo y ya no lo está, y no logra explicarse cómo pudo ser, qué error de cálculo produjo el desmoronamiento. Porque en ningún momento llamó yegua a la yegua que estuvo repartiendo las soeces fotografías por toda la ciudad, y ni siquiera aceptó caminar por el puente que yo le tendía, insinuando, sin creerla, la posibilidad de que la yegua —en cueros y alzada como

prefirió divulgarse, o mimando en el escenario los problemas ováricos de otras yeguas hechas famosas por el teatro universal— la posibilidad de que estuviera loca de atar. Nada. El se había equivocado, y no al casarse con ella sino en otro momento que no quiso nombrar. La culpa era de él y nuestra entrevista fue increíble y espantosa. Porque ya me había dicho que iba a matarse y ya me había convencido de que era inútil y también grotesco y otra vez inútil argumentar para salvarlo. Y hablaba fríamente conmigo, sin aceptar mis ruegos de que se emborrachara. Se había equivocado, insistía; él y no la maldita arrastrada que le mandó la fotografía a la pequeña, al Colegio de Hermanas. Tal vez pensando que abriría el sobre la Hermana Superiora, acaso deseando que el sobre llegara intacto hasta las manos de la hija de Risso, segura esta vez de acertar en lo que Risso tenía de veras vulnerable.

XIII

Dionisio Trillo Pays (1909)

Despacho de la Dirección de la Biblioteca Nacional. Sentado en un sillón, frente a un escritorio amplio y colmado de libros y papeles, un señor. Impresiona como salido de una fotografía de antaño. Cabellos grises, abundantes, que caen, a veces, sobre las orejas, al modo de una incipiente melena; bigote espeso; ojos con aspecto de melancolía y algo de neurastenia. Cuello duro. Traje Azul. Rostro pálido. Todo esto, más algunas otras cosas, es Dionisio Trillo Pays. A veces habla sereno. Parece un faraón. Otras, se enoja, farfulla, tartamudea, grita. Luego se calma. Parece el motor de un viejo Ford descompuesto. Pero todo esto es lo externo. Dentro hay un ser reflexivo, grave, paciente, capaz de perseguir sin prisa y sin pausa un objetivo. En unas páginas muy sugestivas (revista *Asir*, N° 10, julio de 1949), Trillo nos ha narrado algo de su vida y de sus comienzos literarios. Esas páginas, tan representativas de ciertas vidas que se abrieran a la acción y a la actividad literaria por los años 30, cuando el golpe de estado (1933) y la revolución española (1936), tienen, a pesar de su carácter de confesión personal, un valor testimonial más amplio; dan un trazo, como afirma el mismo Trillo, "de la fisonomía dramática de un pueblo". En esas páginas nos dice Trillo que sus cuentos y novelas han sido el campo de sus tribulaciones y sus dudas. Aparte de lo aún inédito, aparte de lo que anda suelto en revistas, Trillo ha superado esas dudas y tribulaciones en cuatro libros publicados: dos de cuentos (*Horizonte humano*, 1937, *Zarzas*, 1944) y dos novelas (*Pompeyo Amargo*, 1942, *Estas hojas no caen en otoño*, 1946). En las mismas páginas acepta Trillo la definición que de él ha hecho un amigo: pesimista frustrado. Hay, en efecto, algo de pesimista frustrado en la obra de Trillo. Una visión amarga de la vida. Una visión sombría, por momentos. Pero por detrás, un hálito de esperanza y de salud moral.

Salvo un par de rápidas corridas hacia el campo, lugar que el autor, sin duda, no conoce mucho, — nació en el Paso Molino y vivió siempre en Montevi-

deo—, el ambiente y personajes de **Horizonte humano** son urbanos. No se puede afirmar, ciertamente, que el pequeño libro haya sido un logro del escritor. Hay allí esa frescura de quien está descubriendo la literatura; hay inventiva; hay buena observación de seres y ambientes. Pero hay debilidad de ejecución. Son planes de cuentos más que cuentos cabales. Aunque en esos planes se adivina la existencia —en estado larvario— de personajes hondos que quieren emerger a la vida —a la vida ficticia, ¡y tan real! de la narración— y no pueden, porque la falta de destreza del narrador no los ayuda. Tras este insipiente libro incipiente, Trillo trabaja, entre tribulaciones y dudas, durante cinco años, en **Pompeyo Amargo**, tal como nos lo dice en las páginas autobiográficas antes mencionadas. De la narración breve pasó de un golpe a la novela extensa: cuatrocientas páginas de apretada prosa. Utilizando una imagen de Rafael Barrett, podemos afirmar que con respecto al primer libro **Pompeyo Amargo** constituye un pasaje del “cartílago al hueso”. Por su tema, ambiente, personajes, **Pompeyo Amargo** es una novela urbana. Narra la historia de un negrito educado en el seno de una familia pudiente. El Paso Molino, escenario de la infancia de Pompeyo; el sórdido conventillo; las inquietudes de la vida estudiantil; el viejo barrio Palermo. Tales los ambientes y escenarios dentro de los cuales se historia esa vida analizada con fervor y densidad. Infancia llena de sueños turbadores (el negrito parece siempre descolocado ante la realidad); infancia mimada (hijo de Martina Amargo, criada de los Arroyo Martínez, el negrito es en la familia un “bibelot” exótico); infancia que conoce una devoción: la devoción a Paca, sobrina de los Arroyo Martínez (hermosa figura femenina ésta de Paca, uno de los memorables personajes de la novela). Adolescencia atravesada por todas las crisis. (Pompeyo no puede continuar siendo un “bibelot” exótico. Inicia estudios de medicina. Vida en un conventillo. Despertar del instinto sexual. Enfrentamiento al mundo de la cultura. Problemas. Problemas que lo fascinan y lo desbordan. Ajenidad a un medio que no le es hostil pero donde es un raro, una figura extravagante. Pompeyo gira, como alucinado a veces, en todo ese torbellino que lo absorbe). Juventud que comienza a situarse con grave-

dad, seriamente ante sí mismo y ante los otros. (Como pequeños resplandores lejanos, entrevé "verdades" que dan sentido y dirección a aquel torbellino en el que estaba). La muerte, por fin, joven aún, cuando comenzaba a asirse a esas claridades salvadoras. (Muere en soledad, con "la triste soledad del hombre que es virgen de la virginidad de América"). **Pompeyo Amargo** no es, pues, la novela del problema racial que enfrenta el hombre de color. Este aspecto es, a lo más, un segundo plano, una lontananza. Es ante todo, el drama de una conciencia. De una conciencia que procura comprender su vida y la vida, la realidad y su realidad, y queda siempre como encerrada en un recinto hermético. Es el drama de un querer y no poder. El drama de una soledad. Hondo es el buceo en el personaje Pompeyo, pero a su alrededor, como en un coro, se disponen otros muchos personajes, también sutilmente analizados. No nos detendremos en ellos. Digamos algo, en cambio, sobre los aspectos formales de la obra. **Pompeyo Amargo**, novela hermosa por su concepción global y por el fervor y densidad con que el autor trabaja sus materiales, no es igualmente feliz en todos sus momentos en cuanto a la realización. Hay páginas en que el afán de precisiones históricas, externas a la acción, como las dedicadas a historiar los orígenes de la Unión, demoran sin ventajas el ritmo narrativo; en otras páginas se sobreabunda en análisis hechos "desde afuera", allí donde una "situación significativa" hubiera sido más eficaz para transmitir el personaje (aunque de esas situaciones las hay, y tan fuertes y conmovedoras como aquellas en que Pompeyo suelta el perro bravo, en el cap. III); por último, hubiéramos deseado un mayor uso del diálogo, ya que él nos lleva en forma muy directa al alma de los personajes.

Zarzas, un conjunto de doce cuentos, y **Estas hojas no caen en otoño**, otra novela, vuelven a mostrar a Trillo en su empeño de ofrecer una visión coherente de nuestra realidad montevideana. Los cuentos de **Zarzas** son de despareja calidad. En su mayor parte parecen muy sujetos al impacto emotivo sufrido por el autor como consecuencia de su militancia política, junto a los opositores, cuando el golpe de estado del 33, y a su militancia social, junto a los republicanos, en la lucha contra el franquismo. Se resienten

estos cuentos de esa contaminación emocional. La nobleza y la justicia de la posición política y social del autor no encontró adecuada realización en lo literario. Del conjunto emergen, superando a los otros, tres o cuatro cuentos, y hay, también, alguna buena idea narrativa mal realizada, algún personaje bien visto, perdido por la pobre ejecución literaria. En cambio, nos parece otro buen logro del autor su novela **Estas hojas no caen en otoño**, donde revela una amarga visión de nuestra época a través de una familia de clase media. Es la familia que componen doña Plácida, viuda del coronel Suárez Rada, y sus hijos Gerardo, Serena y Serrana, que más Ulpiano Toro, esposo de Serrana, y Diego Artús, novio de Serena, constituyen los personajes-ejes de la novela, alrededor de los cuales se perfilan muchos otros: Ana, Bautista, Ramón Alcides, Felipa, Demetrio Pascale. La conciencia de un fracaso que no lo es ante el mundo (el médico que cediendo a su ambición no vacila en traicionar la amistad y el amor para alcanzar el triunfo, el arribismo político, mezquinas ambiciones sociales disimuladas o enmascaradas bajo el amor, etc.), impregna la vida de esos personajes, conscientes todos del fraude que se han hecho a sí mismos por la imposición de una vida que al mismo tiempo aceptan y rechazan. En **Pompeyo Amargo** el autor se empeña especialmente en esculpir al personaje que da nombre a la novela y obliga a que el lector concentre su atención sobre ese personaje, que va creciendo como levantado a pulso por el escritor. Los personajes secundarios —aunque bien perfilados— están todos, literariamente, al servicio del personaje protagónico. En **Estas hojas no caen en otoño** la intención y los procedimientos narrativos son otros. El autor busca dar vida, en bien equilibrados volúmenes, a varios personajes. Todos ellos surgen nítidos a la vida de ficción, sin estorbarse mutuamente. El autor conduce con habilidad los hilos de esas varias vidas, que aparecen, desaparecen y reaparecen en las páginas de la novela con justa adecuación a las necesidades del dinámico cuadro que el novelista quiso componer. Señalemos que a esta segunda novela no le son imputables los recroches formulados para la primera. Su estilo es más ágil; la acción más dinámica; hay fuertes situaciones; diálogos bien logrados. Digamos,

por fin, que tanto **Pompeyo Amargo** como **Estas hojas no caen en otoño**, novelas más profundas que brillantes, y en las cuales la creación de caracteres le importan más al autor que hacer un alarde técnico o deslumbrar con pirotecnias verbales, constituyen, a nuestro juicio, dos de las novelas de ambiente urbano más valiosas de las escritas en el país en los últimos años.

Los dos cuentos elegidos pertenecen a **Zarzas** (Montevideo, Claudio García y Cía., Editores, 1944). Trillo, temperamento más analítico que sintético, se ha movido mejor en la novela extensa que en el cuento. Sin embargo, estos dos representan bien algunas de las cualidades literarias de su autor. Realismo. Observación de ambientes y de tipos. Y en los personajes, ese fondo de abulia y de desgano (bajo los cuales brilla una chispita de fe y de esperanza en algo que no se sabe bien qué es), tan característico de algunos agonistas creados por Trillo (y tan característico, asimismo, del rioplatense).

Agua estancada

¡Está linda la mañana soleada! Son aproximadamente las diez. El calor apretará sin duda. Pero todavía no molesta. El verde del follaje, lustroso, después de la ablución en el rocío de la noche. En el patio, el piso reluciente y fresco. Las puertas abiertas permiten el aire correr en libertad. Ruido de tachos en la cocina. Ecos de conversaciones de las vecinas con algún proveedor callejero.

Los pájaros en sus jaulas recién limpiadas, picotean en sus pitanzas. Los canarios, en su lechuga fresca. El sabiá, en su pelota de papa y huevo. El cardenal de copete rojo, canta a la mañana alegre.

Los animales de corral también han sido atendidos. Tienen su maíz, afrechillo, agua limpia. Las nidadas han sido revisadas.

Nada ha descuidado la madre de Pedro Flores.

—Vieja —inquiére éste—, ¿se fijó en los almácigos, si anduvieron las hormigas?

—Si, hijo. ¡Cómo no voy a mirar! A esas pícaras hay que ganarles por cansancio.

No sólo en la persecución de las hormigas es incansable la viejecita. Lo es en el cuidado de los animales, de la casa y las plantas. Nada escapa a su atención vigilante. El polvo tiene en ella un enemigo tenaz.

Y el bienestar de los animales y la buena marcha de los plantíos e injertos cuentan con su dedicación minuciosa y sabia.

Para ella es indiferente el estado del tiempo. Cumple sus obligaciones con regularidad, en la medida de lo posible. Aunque su hijo parece no percatarse de ello, porque siempre tiene algo que recomendarle. Y la respuesta es la misma: “Ya lo hice”, o “Ya lo tengo dispuesto”...

—¡Mirá si se me va a pasar!...

Esa mañana tenía casi todo pronto. No quería dejar las cosas para cuando apretara el calor.

Interpela al hijo:

—¿No salís?

—No. Dame el mate.

Como un pájaro espantado se aleja, toda disculpas.

—Creía, nomás... El agua ya está. Te lo traigo enseguida.

Pedro Flores pensó salir. Lo estaba anunciando hacía dos o tres días. La noche anterior estaba decidido a no retardar más la entrevista con “el gallego”. ¡No lo iban a jorobar a él!

Pero esa mañana se había dormido. No se levantó al ser despertado por la madre; volvió a dormirse y, por último, la echó de malas maneras, cuando la celosa viejecita quiso recordarlo otra vez.

Además, el diario venía bueno. En lugar destacado de una de sus páginas, se hacía crónica prolija de un suceso policial. Un inquilino mal pagador. El propietario que quiere cobrarse. Disputa, riña. Un balazo y un muerto.

Pedro Flores estaba indignado. Leyó dos o tres veces la crónica.

—Estos gringos se creen que uno tiene la plata a mano cuando a ellos se les ocurre cobrar... Vió, vieja: uno que quiso hacerse el vivo. ¡A cuántos habrá acosado! Anoche fue a buscar la plata y se llevó un balazo.

Cuando decidió vestirse, se le entró la mañana por los ojos. Las baldosas del patio, todavía húmedas. El sol tibio dulcificaba el fresco de la sombra. El ancla de las pajareras y de los brotos de los rosales que esperaban sus cuidados; la amarra del mate, del mate después del desayuno, y las innumerables advertencias que debía hacerle a la madre, sobre los bichos, lo dejaron en casa.

No postergó la entrevista con "el gallego". No se acordó de ella.

Sentóse al fresco, mirando hacia la calle.

La mayor agitación del momento concéntrase en la carnicería y en la provisión de mitad de la cuadra.

Ambos establecimientos despiertan su atención y mueven sus reflexiones.

El primero porque en un tiempo pudo haber sido suyo. Entonces le quedaban unos pesos. Se disolvía una antigua sociedad y uno de los socios, amigo del barrio le propuso que entrara con un capitalito. El negocio daría. Pero ¡cómo iba a meterse Pedro Flores en esas cosas!

Si no atendía él mismo, muy poco después, negocio y capital pasarían a manos del otro. El tal sujeto era una buena pieza. Habría que vigilarlo. Y él no iba a estar detrás del mostrador de una carnicería!

Entonces el otro suplantó a Pedro Flores. Y éste había vaticinado: se roban y se funden. Desde ese instante esperaba.

El segundo comercio también tenía su historia. Cuenta ya algunos años de existencia. Siempre en el mismo sitio. Reducido en un tiempo. Hoy, ampliado con el fruto del trabajo.

Esto no fue logrado sin sacrificios. Ni escapó a la torva atención de Pedro Flores.

El dueño era un extranjero llegado al país, huyendo de

los campos de concentración de prisioneros. La guerra del catorce había roto en su existencia los lazos que lo ligaban a un futuro de paz y de trabajo holgado.

Pedro Flores, que lo supo desde entonces, asimiló la suerte del ex-combatiente a la suya. La guerra había sido cruel también con su familia. Pero los golpes fueron asestados, en ambos casos, con distinta saña. En uno, brutal, con estrépito de armas y de explosivos; con la movilización que desgarrar los hogares y arroja a las trincheras la carnaza humana; que subvierte orden y valores establecidos de años y remachados por la costumbre; con cara de hambre y de herejía que pone alas en la voluntad transida de los hombres. En el otro, —el caso de Pedro Flores— con un golpe de su puño estirado sobre el océano que derrumbó el castillo de naipes de fantásticos negocios, amasados con el dolor ajeno, y terminó con la fortuna y la vida de su padre.

Diferencias éstas que Pedro Flores no apreció cuando en la adversidad del extranjero inmigrante se comparó con él, ni cuando, en la prosperidad creciente de aquél, lo despedazaba con sus apreciaciones personales.

Desde el portón de su vieja casona —costrosa y resquebrajada, pero todavía envuelta en la consideración de los antiguos vecinos, que respetaban en ella su pasado de alcurnia—, siguió el esfuerzo de aquel hombre.

Tal esfuerzo, para Pedro Flores, era suerte. Pero la suerte entrevista por él: a través de la sonrisa desesperada en sus labios finos y engarzada como piedra falsa en el collar de sus argumentaciones malevolentes.

Un hombre que se enlaza a una mujer que “todos conocen” —la escoria del barrio— para hacer de ella una bestia de carga, un peón gratuito y la madre de sus hijos... Un hombre que arroja su pasado honorable para caer en los más bajos menesteres; que suplanta las necesidades físicas con el interés del negocio y que da hijos a la vida dura sin otro porvenir que el del esfuerzo... ¡Acícate bárbaro para la lucha el de los hijos sucios y hambrientos!... Pero la suerte favorece a los “animales” y a los inconcientes. Ahí está la pro-

visión, parada en dieciocho años, apuntalada y redituando ganancias que no servirán para proporcionarle descanso a la pareja, pero que borrará del pasado de los hijos la secuela de horrores de su infancia harapienta, protegida por el cuidado de los vecinos caritativos. ¡Ah! pero mientras exista Pedro Flores, mateando en el umbral de la prócer casona, aquéllos polluelos jactanciosos y esmirriados no se quitarán los piojos de los tiempos duros.

Era indudable que aquellos dos negocios se entraban en su charca —quietud de vida diluyente— como las poderosas raíces de los árboles que crecen florecientes a la orilla del estanco.

¡Eh! ¡Cualquiera protesta! No se aguanta sin reacciones explicables —emanaciones de la charca—, cuando se siente pudrir a su sombra, en tanto que las codiciosas raíces, chupándose, van buscando en su fondo las napas duras en que afirmarse...

Uno, el de la esquina, ya había dado dinero en hipoteca sobre la vieja casona. El otro, el de la provisión, había prometido levantarla, comprando la propiedad.

Y otra vez acudió a su mente el asunto de “el gallego”. Porque si el gallego, que manejaba una industria con capitales de la viuda de Flores, sin darle más cuenta de que las cosas iban mal, cumpliera el compromiso contraído con él, de muchos años atrás, la situación podría cambiar.

Estas historias las conocía todo el mundo. Referidas por Pedro Flores, con cuidado de pormenores, en un esfuerzo detallista, fino y minucioso, crecieron con el Barrio nuevo, “mojadas y llovidas” en el transcurso de los años.

El tiempo, breve para que pudiera detenerse en su caída y avaro de las horas inmóviles que le permitisen concretar sus propósitos, era ampliamente generoso para fomentarle sus impulsos diluídos en ondas de voluptuosa modorra.

Pedro Flores, tan cuidadoso en la elección de las personas para tratarse con ellas y tan refractario a la familiaridad

contraída con desconocidos, por imperio de circunstancias favorables, no tenía reparos en informar a quien quisiese oírlo sobre los asuntos con “el gallego” y la historia que él sabía muy bien de los dueños de la provisión y de la carnicería, lo cual era como contar toda su vida y abrir las profundas llagas de su corazón.

¡Iría al boliche!... Tenía necesidad de explayarse...

Pero se quedó. ¡Estaba tan linda la mañana! ¡Tan escandalosamente linda!... Zúmbanle en la cabeza los colores brillantes. El aire fresco, impermeable al calor, tenía un roce de manos cariñosas que lo embriagaban. Los cuerpos mórvidos de las muchachas vestían las burdas telas puestas sobre ellos con una gracia picante. Y el mate tenía fuerte amargor de vida intensa que anudaba la garganta con borbotones de angustia.

Las piernas flojas se negaron a moverse. Y, solo, sin auditorio complaciente, monologó sus historias con torpeza extraña y nueva.

Como no lo hiciera nadie que lo escuchase hasta entonces, se sintió interrumpir en sus manoseadas consideraciones. La voz contradictoria —que tenía ecos de inusitada intranquilidad—, llegó a forjarle impulsos desconocidos. Gustó los azares y peripecias corridas por el extranjero y los placeres gruesos —de cabezota redonda y botadora— del que hubo de ser su socio. Valoró la capacidad de energía desplegada a diario por su viejecita. Y en un plano ascendente de peligroso entusiasmo, envidió al homicida de la crónica del diario.

Porque si ya era imposible dirigir su destino en un sentido similar al de aquellos hombres que lo obsedían —coleccionistas de rutas y de cielos cambiantes—, no habría impedimento para satisfacer el goce de un impulso resuelto. Y era matar al gallego... Pensarlo y hacerlo...

A sus pies, un mal declive del suelo recogía estancadas aguas de lluvia. Todavía la pequeña charca sucia conservaba su caudal de la caída de tres días antes.

Observó —al punto de su sangrienta resolución— que la charca le devolvía su imagen.

Le arrojó una piedra que la quebró en estremecimientos huyentes. Y tornó su imagen a mirarlo.

Le arrojó un grueso cascote y se hundió en un chapuzón oscuro y sucio de barro... Pero las aguas cubrieron las piedras y volvieron a ofrecerle su imagen temblorosa.

Pedro Flores ocultó su rostro con las manos.

La madre había llegado, en sus quehaceres, hasta los injertos de rosas finas. Cuidábalas contra la voluntad de su hijo. Y era un trabajo que hacía su deleite, porque en eso él se miraba.

Para mejor inspeccionarlos, debía chapalearse el agua estancada. Miró al hijo, segura de que la regañaría. Pero lo vio distraído, hundida la cabeza en las manos.

Y confiando en no ser observada, arriesga los pies en el barro.

—¡Vieja! ¡¡Salga de ahí!!

La sorprendieron las palabras y la acritud del grito.

Pillada en falta, se sonroja, y posando la vista en sus pies húmedos y sucios, discúlpase y justifica la actitud fuerte del hijo.

Pero éste insiste rabioso:

—¡¡No me jurguñe en los injertos... que me los enyeta!!

En el desahogo de su rabia injusta, se desvanecen sus arrebatadas reflexiones. Las buenas y las malas.

Nuevo cauce

Desde su nacimiento hasta que le ocurrió aquéello, su vida es un borrón informe. Más negro que el recuerdo de un expósito es el suyo respecto a sus padres y a sus hermanos. Es un negro de sangre coagulada y descompuesta al calor de la torpe curiosidad y del escándalo, después de haber sido bárbaramente derramada. No precisa si sus padres eran jóvenes y si su madre, especialmente, era agraciada y atractiva. Pero una noche más oscura que el interior del rancho que habitaban allá en el Norte, despertó sobresaltado y dolorido bajo el peso de una pesadilla que estremecía sus miembros y que chapoteó con brincos espantables sobre su estómago y por sobre su cabeza aturdida expuesta a fracturarse. Por más que abría sus ojos y por esfuerzos que hiciera para ordenar el barullo infernal que taladraba sus oídos, la pesadilla seguía atosigándolo con su delirio... y tanto, que hubo de rendirse a la evidencia: las sombras que cegaban sus ojos desmesuradamente abiertos, no eran las del sueño sino las del cuarto miserable y trágico, y lo que creyó fuera pesadilla de resultas

del atracón de maíz asado en las cenizas, era el crimen que desataba las cuerdas de la vida de la madre, desbordaba la sangre roja de sus ardores y aflojaba los tientos estirados de la duda del padre, sombrío y celoso...

Después, el ferrocarril... A consecuencia del suceso desgraciado que destruyó el hogar —un rancho humilde, una vaca, dos caballos y cinco perros—, se colma un anhelo larga y silenciosamente acariciado; partir en el ferrocarril, hacia cualquier rumbo, como se lo imaginara en sus deseos y quizá un poco peor, hacia la colonia de menores, como jamás lo sospechara.

Pasada la primera impresión de extrañeza, cayó en la cuenta de la monótona sucesión del paisaje en fuga esfumada por los medios tonos de la indiferencia.

Como el paisaje en aquella emergencia, el tiempo transcurrió para Pedro López con características cruzadas en una uniformidad demoledora. Como su vida y vicisitudes. Can-sándolo, anulándolo mucho más que el trabajo físico.

Desgajado por el temporal y echado en medio de la corriente, se adaptó a todo, sin fuerzas para resistir; sin rebeldías para forjárselas. Sintió el placer de vivir orgánicamente bien. Sumiso a las disciplinas, manso a la explotación, sufrido en las privaciones, se dejó vivir como los pájaros enjaulados, cantando para quien le arrimara el sustento. No preveía otras posibilidades para su existencia y no entendió de solidaridad con nadie que pudiera exhibir una muy larga cadena de infortunios siempre inferiores en jerarquía a su dolor, al dolor que lo había anulado integralmente, convirtiéndolo en una cosa.

Los que tuvieron oportunidad de conocerlo, siempre lo vieron igual. Solo o acompañado, lo mismo le daba. Ya fuera hombre o mujer, quienquiera que se le pegaba a su vida, buscando su arrimo, ayuda o la satisfacción de los sentidos, debía llegar a él y manifestarse. El nunca obligaba.

Paciente como un buey, fácil le fue siempre encontrar trabajo y durar en los enganches. Mujer no le faltó nunca. Era joven, fuerte y no mal parecido. Y si no lo abrumaron

jamás con la obligación de que afincara con ellas, fue porque ellas eran chispas de una hoguera y también porque, aparte de su abrazo viril, daba la sensación de estar vacío por dentro. Nada le interesaba ni le importaba. Su destino era cauce abierto por fuerza de la correntada en la ciénaga pestilente, que él seguía hasta el fin. Cuándo y dónde sería ese fin, no le preocupaba.

Si se casó fue porque Ella quiso.

Ella —Pedro López la llamaba así— acababa de enviudar de un hombre de menos vacío que él. Como tantos, ocupaba ese vacío con las emociones del juego y las ausencias del alcohol. Ella no sabía cómo lo ocuparía Pedro López, pero estaba hecha para moverse, sin experimentar el vértigo de la interrogante inútil al borde del abismo que son los hombres para muchísimas mujeres.

Y si se juntaron porque ella lo impuso, el hijo vino al cabo porque se juntaron.

Socialmente, la pareja y el niño, vivían bien. Agonizar en silencio es una forma del buen vivir. Y es discreto.

Se le vió lo mismo que siempre, por los caminos, abstraído en lo que no fuera su trabajo; cumplir las órdenes, aceptar los convites modestos, compromisos sin importancia; frecuentar las canchas de fútbol y el boliche, y hacer tiempo para volver a la casa en oportunidad indispensable... Era un hombre ocupado en esos resortes del vivir cotidiano que para los más pasan desapercibidos.

Ni cuenta se dió, en cambio, que al hijo no sucedieran otros. O, a lo mejor, pensó que todo su engendro de vida se le fue en aquel esfuerzo.

Tampoco reparaba mayormente en que el hijo crecía, que había aprendido a hablar y, lo que hubiera sido para él una revelación insólita, que a tropezones pensaba.

Fue entonces que ocurrió "aquello"...

Vivían en el barrio Villa Muñoz, desde que prestaba servicio en la sección Goes de la Compañía de Tranvías. La

profusión del elemento extranjero que domina la población de esa barriada, preferentemente judíos, en la región que se extiende al este de la estación, le proporcionaba al vacío espiritual de Pedro López, un motivo más para pasar desapercibido hasta de sí mismo, sin que persona alguna se interesara por su caso.

Por las pequeñas calles cortadas, breves y claras, como patios gigantes de conventillos; por las otras, curvas y sombreadas bajo la frondosidad de las copas de añosos paraísos; en esa reducida extensión que pueblan las casas todas iguales, en un entrevero de calle que rompen la monotonía de los cuadriláteros tirados a cordel, la figura de Pedro López, escurridiza y huraña, solitaria y aplomada impermeable a las agitaciones diarias tan comunes en un solar superpoblado por pobrerío, desabrido por las preocupaciones políticas, sociales y del trabajo, era familiar por la costumbre de mostrarse hasta el punto de ser indiferente.

Entre aquellas gentes dadas a vivir en la puerta y ventanas de las casas, ruidosas y chatamente pintorescas; libres hasta la impudicia de enseñar las carnes cansadas de las mujeres empeñadas en tareas sostenidas y violentas, y por mostrar a quien quisiera enterarse los más íntimos pliegues del sentimiento expuestos en los menesteres comunes y pequeños, Pedro López quedaba arrojado de todo comentario.

Aunque su mujer y su hijo participaran ardientemente de la agitada algarabía del vecindario, él era desplazado, no con desprecio, ni con repugnancia, sino como desplazaban de la consideración de sus sentimientos, las funciones privadas y el desnudo de las mujeres en el hacinamiento mixto de las piezas.

Pedro López era una "cosa", una función orgánica que se mostraba en la calle, en las provisiones, en el boliche y en el trabajo.

Pero el hijo crecía revolcándose con los chiquillos de la vecindad. Inquieto y vivaz tomaba parte en su educación, en la escuela de la barriada, en sus juegos, en sus picardías, en sus reyertas. Curioso y animado de esas ansias de arraigo

que en los niños pequeños se manifiestan por querer saber todo lo que sus ojos abarcan sin comprenderlo al punto, y de tener, como los otros, una historia que contar, un padre para alabar, un destino que cumplir o un ritual que seguir, como los chicos judíos, se iba formando en su conciencia la idea de no tener raíces.

Preferentemente notaba no estar arraigado en su padre; que no había continuidad de una vida rica en comentarios y llamada a la consideración de la gente, hacia él, que no se sentía obligado a seguir un oficio, a mantener un trabajo personal y especificado, a cumplir ciertos ritos que obligaban en otras familias a los ancianos y a los niños, a las mujeres desordenadas y a las mocitas prietas.

Entre su padre y él, en cambio, había un abismo. Y esa curiosidad por inclinarse para ver en él lo haría caer en el vacío de Pedro López y estrellarse, encontrándolo.

Una atención un poco indiscreta sobre Pedro López, dejaba ancha cabida para el disgusto. En modo muy especial cuando era su hijo, inteligente e inquieto, quien la prestaba.

La comparación perjudicaba a Pedro López.

Había en la barriada, entre tantos sujetos dignos de interés, dos tipos que atraían la imaginación entusiasta de los niños: el jugador de fútbol y el militante obrero.

Uno ocupaba profusamente las planas de los diarios de mayor difusión y los comentarios ruidosos de las "esquinas"; el otro comunicaba su colorido a la atmósfera que respiraban en los sórdidos palomares de sus casas, en las funciones de los centros y locales gremiales; era la cuerda que vibraba suave y ceñuda en las conversaciones a media voz.

Uno y otro eran objeto de la atención y visita de personajes extraños y de importancia, que llenaban de satisfacción o de congoja los corazones de las mujeres ampulosas, desgreñadas y parlanchinas.

A la casa del futbolista llegaban en automóviles señores empingorotados, que hacían alarde de campechanos, para hablarle, insinuarle y palmotearlo; que podían conocer a la

madre y demás parientes, con los cuales los fotógrafos construían hábiles trucos de escenas familiares que eran la ilustración de jugosos artículos y, luego, el comentario del público boquiabierto.

A la casa del otro —del dirigente— arribaban también visitantes, pero estirados y violentos, que disimulaban con el traje de civil la función del policía; que revolvían y hurgabán todo; que hacían despliegue vistoso de fuerzas; que interrogaban a todo el mundo, haciendo de la vida y milagros de una familia una comidilla intrigante y falaz. Llegaban también fotógrafos y periodistas, y en la plana policial de los periódicos aparecía luego el vecino amable retratado con una cara de asesino que espantaba, ilustrando una crónica llena de terribles acusaciones y de presuntas perversidades reveladas. Después se movían señores de alta significación intelectual y política, en pro de una causa desde ya perdida, que agitaba las consideraciones de los más graves vecinos del lugar.

La mayoría de los niños tenían sus raíces que se estiraban hasta aquellos sucesos, aspirando de ellos la satisfacción o la zozobra, cuando no era tranquila mansedumbre que vela los juegos, los estudios y el hambre de los pequeños de las clases y razas perseguidas.

Perico naufragaba en la angustia que le provocaba un padre ajeno a toda esa vida intensa y llamativa.

Una tarde, que ya no sería como tantas otras para Pedro López, le saltó sobre sus rodillas el chico rubio y fuerte que era su hijo.

Pedro López estaba sentado en el cordón de la vereda, en mangas de camisa y fumaba, distraído en el juego de los niños que llenaban las calles con sus gritos y corridas.

Entre ellos debía estar su hijo, pues de allí salió el muchacho, resollando con las fuerzas de un ternero retozón, echándose contra su pecho.

Esta actitud de inusitada confianza del niño lo desconcertó. No estaba acostumbrado a ella. Aunque bien es cierto

que no habría sabido precisar si el chico la adoptaba con frecuencia. No obstante hacíasele evidente que la intención de su hijo era romper el cerco de su acostumbrado despegó.

—Papá, ¿vos no jugaste nunca al fútbol?... ¿Fuiste huelguista?... ¿Te persiguió la policía?...

Disparaba las preguntas con breves intervalos, sin esperar respuesta. Después de formulada se echó de espaldas contra su padre, siguiendo el juego de los compañeros, sin demostrar prisa porque le contestaran.

¿Intuía la pereza mental del padre? ¿No era su intención, más que preguntar, reprocharle que no fuera como los padres de los muchachos que él más admiraba?

Lo real y positivo es que le dió a Pedro López amplio espacio de tiempo para recibir el golpe que por primera vez se le interrogara algo concreto acerca de su pasado y sobre sí mismo.

Apenas atinó a decir:

—¿Qué te importaría eso?

El niño, sin dejar su desgarbada posición, se encogió de hombros, hizo un gesto de duda con la boca apretada y replicó:

—Para saber... y para ser como vos, cuando sea grande.

Se enderezó. Luego se sentó al lado de su padre, en la misma forma que él, y, divagando al parecer fuera del motivo que lo impelía a hablar, agregó con cómica profundidad de niño:

—Todos los chiquilines piensan ser como los padres.

La gravedad de su expresión daba a las palabras que pronunciara el carácter de una sentencia.

“Aquello” era para Pedro López una novedad que lo desarticulaba enteramente. Entonces él había engendrado aquel ser que llevaba su sangre, que se le asemejaba físicamente y que se iría haciendo hombre como él, para padecer sus necesidades y aún quizá aumentadas por las exigencias de una sensibilidad que no era la suya! Y su trabajo no sería solamente alimentarlo, vestirlo y educarlo, sino que tendría que responder a esas exigencias en cuanto se referían a él,

y que se formulaban con palabras tan claras y precisas!... ¡Estaba absorto!...

El hijo había colocado una mano sobre sus rodillas y arpegiaba con sus dedos sucios y mochos alguna sinfonía que no desfloraba de los oídos, pero que a Pedro López le quemaba en la sangre de sus venas.

Como las manos del pianista arrancan del teclado de su instrumento la música de sensibilidades exquisitas y como la caricia del pincel sobre la tela extiende un mundo de armonías y de colores que vive en la poética imaginación del artista, las manecitas volatineras del niño, en sus arpegios sobre la pierna temblorosa de Pedro López, hacen que irrumpa, de lo más profundo del hombre quebrantado, la música armoniosa, de una plástica brillante, con el confuso despertar de su sensibilidad virgen por el dolor.

Bajo la apariencia inalterable de Pedro López, de todos conocida, surgía, iba creciendo y modelándose una nueva sensación de su ser, que respondía de un modo extraño y conmovedor a la naturaleza que debía de ser la del padre auténtico de aquel niño maravilloso, justamente exigente, infantilmente claro; que debía de ser, a no dudarlo, la napa húmeda y rica de savia donde afincarían las tiernas raicillas del cogollo rubio y fuerte que era su hijo.

Pero, ¿cómo ser en un momento lo que tendría que haber sido hasta entonces? ¿Cómo crear en él, cómo conducirla, una personalidad? —aún una personalidad humilde—, para trasmitirla con el ejemplo, o con el entusiasmo, a ese hijo que quería ser una continuidad suya?

El chico se largó de súbito de su lado, movido por el deseo más imperioso de intervenir en una disputa que acababa de suscitarse entre los pequeños jugadores de la calle.

No se imaginaba el desconcierto en que había sumido a su padre, ni había apreciado la tremenda transformación que se operaba en aquel hombre que, como varado en todos sus miembros, incorporábase para encaminarse a su pieza.

Pedro López pensó que lo más cómodo era huir. Pero lo cierto es que las nuevas fuerzas que bullían en su interior,

lo arrancaban de la actitud pasiva mantenida a lo largo de los años del vacío de su vida.

Era todo confusión por dentro. Desazón extraña, fuerte, imperativa. No habría medio de deshacerse de ella. Y no sería bueno... por el chico...

Por otra parte, no era su malestar de los que aplastan, de los que tiran más y más al fondo de la miseria física. No significaba el curso de una destrucción anímica. Era... era algo alegre! Era un golpe de salud que asaltaba su organismo adiestrado en treinta y cinco años de ausencia de duende, y que lo resolvía todo, agruesándose en corriente que abría cauce para un propósito nuevo.

Pero, ¿cuál era ese propósito?

—¡Cuerno, de chico!, —protestó su vieja inercia.

Sin embargo, el muchacho volvería por sus ocurrencias. Y, además, él quería que volviese.

¿Para qué?... ¿Qué contestarle? ¿Qué hacer? ¿Qué darle al hijo?

Hablaba solo, con voz alta y agria. La mujer se revolvió en el cuarto. Se miraron, y nada más. Ella no estaba más ajena de lo que ocurría, de lo que había estado siempre respecto al marido. El, por su parte, jamás fue comunicativo. Menos lo podía ser ahora, cuando el cambio operado no contaba aún con una forma de expresión concreta.

En medio de esa indiferencia en que conviven dos animales domésticos, Pedro López deambulaba por la pieza, profundamente preocupado por "aquello".

—¿Qué hacer?

Discurría simplemente: por lo general salía solo. Más bien, siempre. Quizá solo no encontraría nunca la respuesta para su hijo. ¿Aquello no sucedió a raíz del trato con el chico? Eso era algo... Y el chico sabría lo que quería. Habría que ver eso... habría que ver...

La mujer, por despegada que fuese del marido, no podía haber sido indiferente a este monólogo a media voz.

Pero jamás se atrevería a interrogarlo. Y él, por vergüenza de lo que empezaba a tomar por una debilidad suya, por temor de cortarse al punto de empezar a franquearse, por el convencimiento de que no podría explicar jamás a persona alguna la naturaleza de tanta desazón, y estando resuelto, sin embargo, a no dejar perder esa disposición de ser alguien, de estimarse, de transmitirse, y de transmitirse con dignidad de un ser que quería ser como él, no atinó sino a decir, para satisfacer la interrogante ansiosa de la mirada de la mujer:

—Cuando salga... voy a llevarme al chico...

Y como tirando de su propio asombro, más que por replicar:

—...para que ande con su padre!

XIV

Giselda Zani (1909)

En 1930 publicó Giselda Zani su primer libro, un tomo de poemas, cuyo título, muy sugestivo, es **La costa despierta** (de estos poemas, y de los escritos después, afirmó don Alberto Zum Felde que son “poemas estrictos, cuyo riel corre sobre el filo del álgebra”). Algunos años más tarde, la autora hizo conocer un nuevo libro, ahora de prosa: **La cárcel de aire** (1938), agudo enfrentamiento con la pintura —digamos, también, con el espíritu— del Giotto. Ambos libros —verso y prosa— denotaban idéntica —y hermosa— sustancia espiritual, en la que era rasgo definitorio el equilibrio entre inteligencia y sensibilidad. Porque si en ellos se hacía ostensible una inteligencia despierta que regía finalmente la sensibilidad, era evidente en ellos, al mismo tiempo, una sensibilidad alerta que no permitía ser devorada por la inteligencia. Análoga afirmación cabe hacer sobre otros trabajos (conferencias, crítica, ensayos sobre temas estéticos y en especial artes plásticas) realizados en aquellos años. Años en los que, por lo demás, tampoco abandonó su pluma de poeta, que hasta hoy sigue trazando sobre el papel esos surcos donde quedan apesadas emoción e inteligencia. (En estos últimos años ha dado a conocer, en publicaciones periódicas, algunos poemas que integrarán un **Cantoral de las Misiones**). Sabemos que tiene también inéditos otros libros de prosa. De género narrativo, hasta hoy ha publicado un solo libro: **Por vínculos sutiles** (1958), formado por un conjunto de siete cuentos. Pero este solo libro, escrito ya en feliz posesión de los medios expresivos, nos pone en presencia de una narradora que no solamente tiene **sus** temas, **sus** personajes, **su** mundo narrativo, sino que denota también poseer su personal estética. Así lo entendió el Jurado del Concurso Literario Emecé 1957 al discernir el Primer Premio a **Por vínculos sutiles**.

Cuando, después de habernos sumergido en las páginas de **Por vínculos sutiles**, emergemos de la lectura, tenemos la clara sensación de habernos movido en un ámbito en el que se han combinado, con indu-

dable acierto, realidad y fantasía. Hay, en efecto, en todos los cuentos que integran el libro, una sustancia cuyas raíces se hallan clavadas en la realidad. Pero la imaginación introduce su juego de luces dentro de esa materia real, y, sin destruirla como tal, la ilumina con extraños reflejos, la modifica y, en cierto grado, la **irrealiza**. Es como si la realidad arrancara de su propio corazón un halo fantástico y con él se nimbara. **Por vínculos sutiles** nos coloca, pues, ante un mundo narrativo donde la realidad adquiere el rostro de lo fantástico, y lo fantástico la consistencia de lo real. Con sobresaliente malabarismo creador, la escritora abre el orbe de lo real y, sin destruirlo, posa allí el juego imaginativo. Lo real y lo imaginario se funden y constituyen un **todo** atenido a sus propias leyes, que no siempre son las que rigen el mundo de lo real. Este trazo, común a todos los cuentos, da al libro una sólida unidad de atmósfera y de tono. Pero tan evidente como esa unidad de tono y atmósfera es la diversidad de medios para lograr ese fin. En efecto: la operación por la cual se funden lo real y lo imaginario, por la cual lo real adquiere el rostro de lo fantástico y lo fantástico la consistencia de lo real no es idéntica en todos los cuentos. Esa operación consiste, a veces, en la introducción de lo **insólito** dentro de lo más estrictamente **verosímil**. Así ocurre en **Verano**, el extenso y hermoso relato inicial, y en **La broma**, tan vivaz de ritmo y veraz en los detalles. En el primero, lo **insólito** está constituido por la perfecta concatenación lógica de hechos fortuitos que llevan al protagonista, como conducido de la mano por el destino, hacia la muerte que lo **apresa** en el preciso instante en que comienza a cumplirse su más anhelado deseo. Es como si una secreta presencia sobre-natural fuera predeterminando las circunstancias —y sin que el acaecer pierda un ápice de su verosimilitud— para que Daniel Lebs-teín, avance, descuidado y feliz, hacia su muerte. (Una muerte que le deparará al cadáver un sepulcro de inaudita belleza: ese jazminero gigante que, con el paso de los años, lo envuelve en una casi sensual fragancia y lo enreda en un estrellerío de flores blancas). En **La broma**, lo **insólito** aparece bajo el aspecto de lo sorprendente: lo ficticio se hace súbitamente real, la muerte verdadera se apodera de quien se simula muerto. En otro cuento, **Los altos pinos**, el

procedimiento de fusión de lo real y lo fantástico es distinto. El encuadramiento general del cuento es realista, pero actuando como "pivot" de la acción se ingiere una ingeniosa fantasía científica: la posibilidad de que en los ojos de los muertos queden grabadas imágenes pasibles de ser fotografiadas. En **La casa de la calle del Socorro** y en **Luz de limbo**, de tan intensa atmósfera poética, la creación de un clima fantástico tiene también su propio modo: consiste en llevar al lector a una zona de sutil ambigüedad, que lo obliga a preguntarse si el cuento lo ha colocado ante una realidad sobrenatural o ante un estado alucinatorio de los personajes. También lo real y lo fantástico se funden en los otros dos cuentos del libro (**Soliloquio de Kaftaar**, monólogo de una hiena, y **Persona desplazada**, basado en la leyenda del Judío Errante). Pero en estos dos cuentos el elemento anti-realista está acentuado y adquieren, hasta cierto punto, una textura de símbolo o alegoría.

Los siete cuentos de **Por vínculos sutiles** constituyen, pues, una atmósfera narrativa que denota el esfuerzo de la escritora por mantenerse equidistante tanto de la mera copia naturalista de la realidad como del juego gratuito de la fantasía. No renuncia, por consiguiente, a los fueros de la imaginación creadora, pero no se abandona tampoco a los caprichos de la fantasía. Sus cuentos tienen un lastre de **realidad real** que les da consistencia y un vuelo de la imaginación que transfigura estéticamente esa sustancia real. Este rasgo —esencial— visible en la arquitecturación global de los cuentos, en lo que podríamos llamar sus contenidos anecdóticos, es evidente también si fijamos la atención en otros aspectos: creación de personajes, de ambientes, paisajes, decorados. El trazado psicológico preciso caracteriza a los personajes de **Por vínculos sutiles**, pero ese trazado es sólo el esquema inicial que permite la creación de algo más amplio: **figuras narrativas** con rostro y alma reconocibles. Los personajes no son **psicologías** sino seres. Viven y alientan aún fuera de las páginas del libro. Y si su verdad psicológica proviene de una lúcida atención a lo real, la operación por la que esa verdad es elaborada hasta convertirse en **almas** es el resultado del ejercicio de la intuición creadora. Pasan así por las páginas del libro figuras que

la memoria retiene sin esfuerzo: Daniel Lebenstein y Gustavo von Rotenburg, esos dos deliciosos personajes —viva sensibilidad, inteligencia despierta— de **Verano**; don Marcelino, bondadoso y, a la vez, feroz bromista; las tres tías —Adolfina, Carmelita, Fifa— perfiladas a través de una visión limpiamente irónica; Miguel Estevez, quebrado por su problema moral en **Los altos pinos**. No menor actitud creadora se revela en el don para levantar un decorado o un paisaje. En alguna oportunidad, escribió Giselda Zani que entre los sucesos que habían influido en su creación literaria podían anotarse, entre muchos, **“haber sentido la tristeza infernal de un atardecer de verano en París o la pureza casi insoportable de una mañana de invierno en Punta del Este; haber pasado, en la noche, junto a determinados perfumes; recordar —sí, exactamente— la asociación del tacto de una mano con el sonido de una voz”**. Y, efectivamente, cuando describe un paisaje o coloca un decorado, se percibe que ellos están contruídos desde experiencias profundamente vividas y que han servido para una asimilación honda de las más diversas sensaciones (auditivas, visuales, táctiles) integradas luego en una poderosa asociación. Sus paisajes, sus decorados, por eso, nítidamente dibujan formas, y están llenos de luces, colores, aromas, sonidos. Y todo ello integrado entre sí y funcionando dinámicamente al servicio del relato. Y también en esto se opera la transformación de **lo real en lo estético**, sin que, no obstante, esta transformación destruya los perfiles genuinos de lo real.

La lectura del cuento que hemos elegido, tercero de los siete que forman **Por vínculos sutiles** (Buenos Aires, Emecé Editores S. A., 1958), basta para poner de relieve dos cualidades más de ese libro: la destreza para la estructuración del relato y el dominio del lenguaje. La estructura de sus cuentos es, sí, muy intelectual, muy calculada, pero el conjunto deja, luego, una impresión de naturalidad. Todo en la estructura del cuento tiene una función, cada detalle está diestramente calculado para lograr un fin, y constituye un verdadero placer intelectual entrar en el juego, ir descubriendo, paso a paso, el porqué de cada engranaje narrativo. En cuanto al estilo es limpio, cuidado pero ágil. No detiene el ritmo narrativo. Permite gustar a la vez

de la narración y del andar mismo de la prosa, que posee una elegancia que no deja entrever ningún esfuerzo por escribir bien. Es un libro, diríamos, **naturalmente** bien escrito (que es, desde luego, la única forma de realmente escribir bien). Todo lo dicho permite terminar con la afirmación de que **Por vínculos sutiles** es, dentro de la narrativa nacional, uno de los mayores esfuerzos por hacer una literatura que sea, ante todo, literatura, una narrativa donde el hecho estético sea siempre el núcleo de la creación, nunca la periferia de otras preocupaciones (a veces ingenuamente sociales o sociológicas). Y esto no significa, desde luego, una limitación, porque se parte del convencimiento de que la literatura es, por naturaleza, **integradora**, que ella, en su cuerpo sutil, puede congregarlo todo.

La casa de la Calle del Socorro

Una llovizna persistente, de esas que durante dos o tres días seguidos interrumpen los vendavales montevideanos del invierno y se acompañan de un alza de temperatura casi imperceptible, había introducido en la casa, desde la mañana, un rumor impreciso y constante que había vuelto más silencioso aún el ámbito tapizado donde los pasos no se oían resonar y las conversaciones eran escasas y moderadas. Aquel silencio, obtenido en pleno centro de la ciudad gracias a minuciosas aplicaciones de elementos diversos —pisos totalmente alfombrados, dobles cristales en las ventanas, y hasta algún material aislante disimulado tras los empapelados que cubrían ciertas paredes— había encantado a Tota Urrutia cuando ella y su marido André Maubourg habían venido a Montevideo a pasar unos días en casa de su prima Cristina Pérez Lefaur: el silencio y la fusión de tonos pálidos empleados en decoraciones y muebles obtenían para aquella vivienda una impresión general de blancura. Pero no a André: aquel francés educado en Oxford, que hablaba siempre inglés con su mujer argentina,

había declarado a ésta, ya solos en el cuarto de huéspedes, que la casa de Cristina le parecía sofocante y “too damn virginal”.

La estada de los primos había sido breve, como siempre que pasaban por Montevideo, para seguir viaje a Europa. Cristina no había visto alteradas sus costumbres pero desde tres días antes, de nuevo sola, se encontraba devuelta a la fruición de su independencia así como al estado permanente de equívoca angustia cuyas alternativas de excitación y melancolía le proporcionaban un buen pretexto para ejercer sobre sí misma algunas disciplinas de contención que alimentaban su orgullo y su heredado propósito de elegancia moral.

Desde una hora antes, los lejanos y espaciados rumores provenientes de la cocina donde terminaban sus tareas la ya envejecida Carola y la otra muchacha que todas las mañanas venía a ayudarla en las labores más pesadas, se habían desvanecido. Y Cristina, que había decidido dormir durante las primeras horas de la tarde, resolvió de pronto salir.

Se alegró de que a esa hora Carola estuviera retirada en su cuarto, durmiendo o zurciendo ropa. Carola se estaba volviendo rezongona y autoritaria, con esa familiaridad que nadie intenta corregir en los servidores que ya han conocido a dos generaciones de la misma familia a cuyas órdenes siguen estando. Si la hubiese visto prepararse para la salida, no hubiera ahorrado comentarios sobre la inconveniencia de andar en la calle con aquel tiempo, y el pretexto de que Cristina tenía que ir a buscar unos libros nuevos hubiera parecido bastante pobre. Pocas cosas irritaban más a Carola que el continuo afluir de libros y revistas a la casa; no podía comprender que se siguiera añadiendo estantes a la vasta biblioteca, nunca disimulada a pesar de las repetidas mudanzas que en los últimos diez años se habían realizado debido al aburrimiento que producía en Cristina cada nueva casa, a los pocos meses de terminado un costoso arreglo supuestamente definitivo. En cuanto a la que ahora habitaba, desde hacía algunas semanas le había empezado a encontrar defectos que ella misma magnificaba hasta convencerse de que eran intolerables.

Sin haber tomado una resolución precisa, había comenzado a recortar algunos anuncios de alquiler. La visita de Tota y André había desplazado aquellas preocupaciones, y ya no sabía dónde había puesto los recortes. Cristina sonreía, mientras se ponía el sombrero, pensando en la poca convicción que habría puesto en explicar a Carola su decisión de ir a buscar libros. Sabía que, aun para sí misma, aquello era un pretexto. Su deseo de salir en la tarde lluviosa era imperativo, pero no obedecía a ninguna necesidad concreta. “Una de mis viarazas”, se dijo. Ya lista, apagó las luces de su tocador, caminó por el largo pasillo, y salió sin ser notada.

A los treinta y nueve años, Cristina conservaba intactas muchas de sus fruiciones de adolescente. Entre éstas se contaba la de ambular por la calle cuando la lluvia era decorosa. A lo dieciséis años le habían permitido por primera vez salir a caminar bajo la lluvia, y recordaba que el pretexto dado había sido el de estrenar un impermeable —el primero de señorita— que su padre le había traído aquel mismo día de Buenos Aires. Con cierta melancolía pensó que casi todas las independencias sucesivas que había ido conquistando hasta que había llegado a ser adulta y sola, habían sido obtenidas por medio de pretextos, ingenuos los unos, con apariencia de tales los más. No todas le dieron un goce tan puro y tan solitario. Deshechó, en aquel momento, todo recuerdo triste y en particular uno, reciente, que todas sus fuerzas estaban empleando en sofocar desde meses atrás, y cuando hubo caminado cincuenta metros ya estaba totalmente envuelta en aquella atmósfera húmeda y sombría que la hacía tomar mayor conciencia de la vitalidad de su sangre y de la permanencia, en su corazón, de una especie de hogar siempre cálido y expectante.

Metió las manos en los bolsillos del impermeable, y al hacerlo palpó en uno de ellos varios papélicos arrugados. Pensó que serían entradas de cine y los arrojó sin mirarlos. Pero uno había quedado en el fondo y lo sacó de allí para ver de qué se trataba. Era un recorte de diario, y al observar la dirección impresa en él, que se destacaba del resto, no re-

cordó haberlo visto antes entre los anuncios de alquiler que había guardado. Volvió a mirar aquella dirección, y se sorprendió de que algo tan particular no se hubiera fijado en su memoria. El mismo texto parecía redactado de manera distinta de la habitual. No constaba de abreviaturas describiendo las diversas comodidades de la casa ofrecida, sino que decía solamente, en un recuadro bastante grande:

HERMOSA FINCA CON JARDIN

Calle del Socorro N° 32

(Se atiende personalmente)

En primer lugar, la numeración no correspondía a la habitual. Esto no era muy sorprendente, porque a veces quedaban, de manera inexplicable, algunos rezagados números antiguos entre los modernos ordenados por el municipio. Lo raro era que esto sucediera en un lugar casi céntrico, donde tales olvidos eran menos frecuentes. Y la Calle del Socorro era una de las que cruzaban la arteria principal de la ciudad, a un kilómetro, más o menos, del lugar donde terminaba la zona de tránsito más intenso. Empezó a entusiasmarla la idea de vivir tan cerca del centro en una casa con jardín. No iba a ser fácil buscar el número. Cristina nunca había recorrido la calle del Socorro. Sabía cuál era. Sabía que el trecho que seguía llamándose así era el que partía de 18 de Julio hacia el Sudeste, pues del otro lado se le había dado el de un médico ilustre y fallecido. La primera manzana quedaba cortada por otra calle paralela a la principal. Suponía que después de esa interrupción la Calle del Socorro conservaría su nombre por lo menos hasta Rivera, donde quizás terminase. De ser así, habría que caminar poco desde 18 de Julio.

Se había alejado bastante de su casa, y al llegar a la Plaza Independencia estuvo por tomar un taxímetro, pero resolvió ir en ómnibus, que aquella hora no iría demasiado lleno. El cielo no presagiaba cambio alguno. Por lo contrario, se había oscurecido hasta dar la impresión de un atar-

decer casi nocturno, a pesar de no haber transcurrido más de algunos segundos desde que el reloj de la Catedral hiciera oír las campanadas de las cuatro. Subió al ómnibus y con placer respiró un mezclado olor a pantasote, a impermeables mojados y al café recién molido que una señora llevaba en un paquete. A Cristina le encantaba el que las cosas tuvieran olores reconocibles, y contrastaba su exigencia de que en su casa se percibiera el menor olor de alimentos, especias o aceites por esa causa proscriptos de su cocina, con la fruición que experimentaba una vez en la calle el reconocer, casi a ojos cerrados, las panaderías, las fiambrerías, los comercios de tabaco, o, en el puerto, los hangares donde se almacenaban mercaderías varias.

La lluvia arreció cuando el ómnibus dejó la esquina de la calle Ejido. Los supuestos rezongos de Carola se habrían justificado si aquella descarga continuaba. Pero bien sabía que en Montevideo es imposible pronosticar algo seguro en cuanto a cambios atmosféricos: aquel chaparrón tanto podía preceder una tormenta producida dentro de la misma lluvia mansa anterior, como descargar el cielo en pocos minutos y ser seguido por un atardecer de reflejos increíbles, rojizos y verdosos, multiplicados en los charcos que quedaran en las calles. Y luego podía llegar una noche estrellada y fría, límpida.

Dos o tres manzanas antes de llegar, observó que el paso de la gente, por las aceras, se volvía más lento porque el aguacero empezaba a ralear. Pero el cielo seguía muy oscuro y tras las ventanas seguían encendidas las luces que desde el mediodía venían anticipando la noche. Bajó en la esquina de la Calle del Socorro. A pocos metros de 18 de Julio un zaguán abierto le mostró algo fascinador; en el patio sin claraboya de una casa, antigua y baja, que parecía apoyarse en el gran edificio de apartamentos de la esquina, se levantaba un enorme filodendro —de los que tienen hojas caladas— hasta sobresalir un poco de la línea de la azotea. La lluvia había empapado las grandes hojas, y una pequeña brisa levantaba en esos instantes, o la corriente producida

por la puerta abierta, las movía haciendo jugar sobre ellas el reflejo de un brazo de luz que había en una pared. También había una pajarera muy grande y muchas macetas con plantas. Cristina deseó que la casa buscada fuese aquélla, y pensó que el jardín bien podía ser un segundo o tercer patio cultivado como tal. Pero muy difícilmente podía habersele ocurrido a alguien designar aquella modesta vivienda como "hermosa finca", aunque quizás hubiera podido considerársela como tal ochenta años antes. Una mirada al número de la puerta terminó de convencerla: no era aquélla la casa anunciada en el recorte. Dobló a la derecha, buscando la continuación de la calle cortada. Iba distraída, tratando de fijar en la memoria aquel reflejo de botellas verdes que había visto en las grandes hojas, y no levantó la vista hasta llegar a la nueva esquina.

Lo que vió entonces hizo que se detuviera por la sorpresa. El tramo desconocido de la Calle del Socorro no tenía nada que ver con el que acababa de dejar. No tenía nada que ver con el resto de la ciudad misma, a no ser con algún trozo de barrio de las afueras, o más bien de algún callejón de ciudad del interior. La calle era allí bastante más ancha, y en lugar de asfalto la calzada tenía un empedrado de grandes adoquines entre los cuales crecían algunas hierbas. Las veredas a un nivel mucho más alto que las demás, estaban cubiertas de lajas de piedra cenicienta y pulida. A la derecha, una hilera de casas bajas se sucedía sin variantes que diferenciasen a las unas de las otras. A la izquierda, una gran tapia, muy alta, de la que sobresalían variadas enredaderas, estaba encalada con un tono lila muy pálido, casi blanco, y se veía interrumpida, al medio, por un gran portón de rejas con floridos arabescos de hierro. Al fondo de la calle un gran edificio la cerraba como un telón. En los dos pisos que la componían, todas las ventanas estaban cerradas tras las rejas repetidas. Su estilo era colonial y de sobrias líneas, y su color un rosa muy tierno, realizado por el blanco de las chambranas y el de las molduras que remataban el frontón central, donde unas letras espaciadas y en relieve

permitían leer: “Hospicio de Nuestra Señora del Socorro”.

Cristina se dió cuenta, de pronto, que era muy extraño que ella pudiese leer aquellas letras, percibir los distintos tonos de muros y fachadas, en la oscuridad que la había acompañado hasta la esquina. Levantó los ojos al cielo, y se encontró con un azul intenso, sobre el cual flotaban pequeñas nubes celestes que recibían reflejos rosados del sol que declinaba. Ningún edificio más alto se veía sobresalir por detrás del Hospicio, las casas de la derecha o la tapia de la izquierda. Era como si otra ciudad distinta, de construcciones bajas —o el campo mismo— albergara aquella isla de silencio que sin embargo estaba dentro de una ciudad erizada de altas estructuras. Cristina experimentó una reacción que la impulsó a huír de aquel lugar. Pero su mano volvió a rozar dentro del bolsillo el recorte que la había llevado hasta allí. Otro impulso la dominaba, más fuerte, y avanzó hasta el portón de hierro donde sabía que encontraría el número que buscaba. Bajo la anilla que ponía en movimiento una campana, la cifra 32 se encontraba en una placa de verdinoso metal fundido.

Miró a través de la reja para ver qué aspecto tenía aquello antes de tocar la campana. El jardín pareció brotar del suelo ante su llegada, tan fuertemente proclamaban su presencia los perfumes, los colores, el vaho de humedad fértil que de él se desprendía. Las casas —pues eran dos, dispuestas como una L cuyo trazo más breve hubiera sido seccionado en el punto que lo unía al más largo— eran bien visibles desde el portón a pesar de alzarse ante ellas una pequeña avenida de naranjos que el invierno colmaba de esferas doradas. Algunas julianas, desnudas de follaje pero portadoras de grandes cálices rosa-morado, se erguían espaciadas entre vastos canteros donde eran cultivadas las más pálidas corolas invernales. Los junquillos, los jacintos, las violetas, mezclaban sus antagónicos olores a otro, más acre y difuso, que provenía de un gran macizo circular de crisantemos casi leonados. Una friolenta embriaguez, parecida a la que repercutía en

el corazón de Cristina cuando comenzó a caminar bajo la lluvia, penetró en ella. Su resolución estaba tomada aun antes de observar la dignidad sencilla y ordenada de la arquitectura, común a las dos construcciones. Su mente iba anotando detalles satisfactorios: las puertas de maciza madera lustrada, los herrajes de bronce pulido, indicaban un lujo compatible con ese ascetismo de las construcciones del pasado rioplatense, desdeñosas de lo ornamental, pero pródigas en espacio y materiales auténticos. Una gran galería vidriada daba sobre el jardín en aquella de las casas, paralela a la calle, que estaba situada al fondo. El reflejo del poniente no permitía ver a través.

Durante un tiempo que pareció muy largo, Cristina esperó que fuera atendido su llamado. De atrás de la casa del fondo surgieron, lentas, dos figuras vestidas de oscuro. Con paso silencioso, casi flotante, se venían dirigiendo hacia ella. Se trataba de una pareja de edad madura, con vagas reminiscencias de uniforme o librea en su vestimenta. La mujer llevaba el pelo recogido en un rodete erguido en su cabeza como una pequeña corona. El cuello de su vestido largo y amplio, muy ceñido en la cinutra por una correa de charol de donde colgaba un gran manojó de llaves, llevaba un pulcro ribete de festón blanco. El hombre era calvo, menos en las sienes pobladas de cabello canoso. Lucía, bajo el cuello alto y almidonado, una tiesa corbata negra de lazo. Los pantalones de su traje eran estrechos en los tobillos y algo cortos, dejando ver unos botines altos, ajustados por elásticos. Llevaba guantes blancos de algodón. Ambos, de tez muy pálida, se inclinaron con cortesía extremada cuando estuvieron a dos pasos de Cristina. "Gran estilo suranné", se dijo Cristina, usando una palabra que su madre había declarado sin equivalencia española, mientras respondía sonriente a aquel saludo. La mujer abrió el portón con una de sus llaves y el hombre se hacía a un lado dándole paso con un gesto invitante de la mano. No tuvo que hacer ninguna pregunta, porque ya el mayordomo —o lo que fuese— la interrogaba:

—La señora viene de parte de las Hermanitas, ¿verdad?... Ya la Madre Isabel nos dijo...

Como Cristina contestase negativamente, una horrible expresión, parecida a la de una cómplice ironía, deformó la cara rasurada del hombre y éste musitó:

—No he dicho nada, señora; no he dicho nada. Pase, pase...

A Cristina le pareció notar que, ocultando a medias el rostro con la mano enguantada, el hombre se volvía hacia la mujer mientras uno de sus párpados caía en un guiño. Esta impresión se disipó al oír que el hombre estornudaba casi sin ruido, excusándose en seguida por ello. La mujer seguía inmóvil, sonriendo apenas y con mucho empaque, la cabeza erguida y las manos cruzadas sobre el vientre. Cristina se encontró dirigiéndose hacia las casas precedida por el mayordomo y seguida por la gobernante, entre la doble fila de naranjos que había contemplado desde el portón. Los perfumes variados del jardín, antes fundidos en una sola atmósfera, parecían ahora seres vivos que se fueran presentando a medida que sus pasos avanzaban. El olor acre del boj, ese olor que parece el equivalente de una expresión negativa, estaba siempre tras los otros como el bajo continuo en ciertas músicas. Al llegar frente al primer edificio, el hombre se detuvo ante quienes lo seguían e indicó el sendero que llevaba a la puerta de aquella casa más pequeña. La mujer se adelantó y abrió la puerta de nogal moldurado. Cristina no hizo preguntas, respetando más la propia sorpresa esperada que aquel orden que se le imponía. Pensó que tendrían sus razones para empezar por aquella casa, y el mayor lujo de la misma le pareció razón suficiente. Como si adivinara sus pensamientos —ya en el umbral— el hombre dijo:

—Esto le conviene más, señora.

La mujer, abriendo los labios por primera vez, comentó:

—Por ahora, al menos.

Una furibunda mirada del mayordomo la hizo enmudecer nuevamente, aunque no sin haber proferido un ruidito derisorio casi de labios adentro.

Cristina, ya en el vestíbulo, no pudo reprimir una exclamación admirativa. Lo que veía superaba toda expectativa optimista. Cristina guardaba desde su infancia una nostalgia especial por determinado estilo de viviendas que seguramente había frecuentado cuando era chica pero que su memoria no podía situar en una casa determinada. Era el de las construcciones coloniales reformadas para un lujo mayor, que habían incorporado a sus líneas ascéticas ciertos —muy pocos— elementos de un gótico apenas insinuado en la forma ojival de las puertas, en algún alto “lambris” de madera oscura, reluciente y olorosa a ceras perfumadas. Estos se completaban con empapelados que parecían sedas de tonos oscuros y cálidos, y el tono general de los ambientes así condicionados era el de un refugio grave, suntuoso y seguro, totalmente ajeno a los azares del tiempo exterior. Estaban todavía lejos del “pastiche” gótico —ése sí recargado y falso— que impuso su mal gusto unos años después. Eran como el reflejo de un momento de fantasía equilibrada, dominada por un sentido especial: el de la sencillez que hubiera tomado conciencia de sus posibilidades de riqueza. Y allí, en la casa de la Calle del Socorro, se encontraba un resumen perfecto de aquel estilo que había sido fugaz y era memorable.

A ambos lados del pasillo se abrían las puertas que daban a un salón no excesivamente amplio, de un lado, y del otro a una salita donde había hermosos muebles de escritorio. Todo: los muebles, las alfombras espesas y floridas en tonos pálidos, los objetos de plata, porcelana y cristal que adornaban los ambientes, producían el más extraño de los efectos por su indudable antigüedad y su no menos evidente calidad flamante. Era eso, quizás, lo que quitaba a aquella casa todo aire de cosa arcaica o fuera de lugar, como lo tienen aquellas donde se acumulan cosas antiguas que no corresponden a un todo armonioso. Los objetos *estaban* allí y *eran* de allí; vivían y parecían vívidos; se podía sentir casi, como esa vibración que invade los ambientes todos de un transatlántico, una corriente de correspondencia sutiles entre todos ellos.

—Pero, ¿y esto? —preguntó Cristina al mayordomo sin poder terminar la frase.

—¿La señora *no sabía* que la casa se alquila con muebles?

Y nuevamente miró a la mujer con aquella expresión que Cristina había creído sorprender en el jardín.

Cristina se sentó en uno de los sillones de caoba y seda amarilla del salón, no sabiendo cómo disimular el entusiasmo que le habían producido aquellas palabras. Al fin pudo preguntar algo más, algo aparentemente normal, que le permitiera encubrir su resolución ya tomada de alquilar la casa, sin conocer las condiciones del precio. Preguntó por las demás comodidades, y se le describieron: dos alcobas, un tocador, un comedor con ventanal al jardín, un baño “muy moderno” con bañera de mármol y servicio de agua caliente con serpentín. Y una cocina “muy buena”, con invitación de verlo todo en seguida. Pero ella quería, por el momento, quedarse en la sala, y el hombre, obediente, al ver que la luz de afuera comenzaba a escasear, se acercó a una de las paredes y encendió, con un mechero apropiado, dos brazos de gas. Al hacer aquello aclaró a Cristina que la casa, como veía, tenía “todas las comodidades”.

Estas últimas palabras la enternecieron, a pesar del leve miedo que desde su aparición había provocado en ella el mayordomo. Este y la gobernante se fueron a las otras habitaciones para encender las luces, según dijeron a Cristina.

La sensación en la cual Cristina se dejaba sumergir era la de un completo acuerdo entre su ser y lo que la rodeaba, tal como nunca, le había sido dado experimentar. La conciencia de ese bienestar borraba toda otra lucidez, y sólo percibía, ahora en modo más intenso, aquella especie de vibración que se traducía casi en un zumbido audible. Sus ojos se entrecerraban de placer y a veces se abrían ante algo, siempre diverso, que solicitaba su atención. Una vez fue un tono como de heliotropo en uno de los dibujos de la alfombra, en el cual, por un momento, creyó ver una flor corpórea y translúcida que se elevaba, entre hojas finas, del nivel

del suelo. Otra vez creyó que un gran gato gris, hasta entonces inadvertido, se apelonaba sobre un almohadón, para comprobar que se trataba solamente de un repliegue del mismo enorme cojín; llamada con más fuerza, volvió la cabeza para mirar un cuadro que se encontraba en la pared menos iluminada del salón, y en aquella penumbra distinguió apenas un torso de mujer que parecía mirarla. Mientras se sentía profundamente atraída por aquella figura misteriosa y por la vaguedad que la rodeaba, fue devuelta a su propósito de visitar la casa por la presencia de la mujer y del hombre. No sabía cuánto tiempo había pasado desde que quedara sola. Se dirigió con ellos a las otras habitaciones.

También en éstas todo era perfecto. Las dependencias de servicio correspondían del mismo modo a la impresión conferida por el resto de la casa en el sentido de cobijar una vida no interrumpida por los años.

De vuelta en el salón, Cristina se detuvo nuevamente. Preguntó al mayordomo:

—¿Con quién tengo que hablar por las condiciones del alquiler?

Como si aquello lo sorprendiera mucho, contestó el hombre:

—Con nosotros, señora: *usted sabe* que el señor está ausente desde hace años...

Sin hacer caso de aquella extraña formulación, preguntó el precio, y cuando éste le fue dado, la cifra era tan ridículamente baja que Cristina creyó hallarse ante un loco. Se la hizo repetir. El mayordomo debió entender su gesto de sorpresa en el sentido opuesto al que tenía, porque añadió presurosamente que se podía pensar en una pequeña rebaja, sobre todo tratándose de ella.

Las repetidas alusiones a un conocimiento previo no habían perturbado a Cristina. Sabía que su nombre y su figura eran bien conocidos, y, además, cabía la posibilidad de que aquella gente hubiera estado al servicio de algunos amigos suyos sin que ella lo recordara. Evitó entrar en aclaraciones para no dar confianza a dos seres tan extraños, que la

inquietaban ligeramente. Dijo que contestaría al día siguiente.

Antes de salir, Cristina se detuvo una vez más en el umbral del salón para contemplarlo. Nuevos puntos de atracción, otras sedas, algún reflejo de plata que parecía encenderse para retener su atención, se hicieron presente. Quiso mirar el retrato desde cuyo marco los ojos de la mujer la habían mirado en la penumbra. Pero sólo un espejo de nebuloso azogue se encontraba en su lugar y reflejaba indecisamente los objetos adosados a la pared opuesta. Entre éstos, inadvertido antes por Cristina y ahora allí, casi al lado suyo, se encontraba un fanal altísimo cuyo cristal encerraba un exquisito faisán plateado. El cuerpo embalsamado parecía más vivo por el brillo de los ojos de cristal que por el intacto color del plumaje heráldico.

Mientras caminaba por el jardín, la mujer dijo a Cristina que ella podría traer consigo a su propia servidumbre, pues ellos no molestarían para nada. "Sabemos desaparecer", añadió con aquella empacada sonrisa que ya había observado Cristina.

—Pero, ¿ustedes se quedarán aquí?...

—No podemos abandonarla —dijo el hombre, señalando hacia la casa del fondo— somos parte de esto. Pero la señora nos verá sólo si nos llama.

Con estas palabras, la expresión del mayordomo había cambiado. Una extraña y como contenida desesperación tenía ahora sus facciones.

Cristina se sintió algo conmovida por ese dolor que había sustituido a la odiosa ironía.

—Por favor —les dijo sonriendo cordialmente—, no he querido decir que me molestarían. Preguntaba, nomás. ¿Y dónde viven ustedes?

A un tiempo mismo, el hombre y la mujer señalaron hacia la segunda casa.

Ya habían llegado al portón, y Cristina, sabiendo que volvería, que se instalaría en aquel ámbito tentador y extraño

a la vera del jardín invernial, quiso darles alguna seguridad de que aquello era trato hecho.

—Anote mi nombre, por favor. La contestación definitiva se la daré mañana.

El hombre sacó de un bolsillo una libreta negra en la cual una tira de elástico sostenía un lápiz y, sin dar tiempo a Cristina, fue diciendo en voz baja, mientras escribía lentamente.

—*Doña María Cristina Deschamps de Lefaur.*

Un denso, tremendo vértigo se apoderó de Cristina. Dió tres pasos vacilantes hacia la calle, y como atraída por lo mismo que la aterrorizaba, se volvió a mirar el jardín. El hombre y la mujer ya no estaban allí. La casa que había visitado estaba ahora oculta por el muro. Pero a través del portón se distinguía claramente la casa del fondo, en cuya galería vidriada, que tenía ahora encendidas las luces, se veía caminar lentamente, agobiadamente, a una mujer delgada, cubierta como por una túnica blanca, que de vez en cuando llevaba las manos a la cabeza envuelta en una larga, lacia cabellera suelta.

Corrió, más que caminó, por la larga acera que la separaba del tramo conocido de la Calle del Socorro. Al llegar a la esquina de 18 de Julio se detuvo para respirar y componer sus facciones que adivinaba alteradas. Llovía de nuevo, como si no hubiera existido nunca aquel súbito aclararse del cielo cuando ella encontró la casa sorprendente. Ya en un taxímetro, recapacitó. ¿Por qué la había aterrorizado tanto el que, en lugar del suyo propio, hubiese sido proferido por el hombre vestido de negro el nombre de su abuela materna a quien ella no había conocido nunca? Aquellos dos seres eran, sin duda, viejos y un poco chiflados; debían confundir las distintas generaciones de las antiguas familias montevideanas. Aquello sería sólo un lapsus explicable, y quien se había puesto en ridículo era ella misma con su huída estúpida. Sus nervios —pensó y observó de paso que ahora podía volver a aflorar a su conciencia el recuerdo reprimido du-

rante tantos meses— no habían vuelto a ser los mismos desde su ruptura con Carlos Olivera, tan ignorada por todos como sus relaciones con el mismo, sólo sabidas por Carola durante tres años de espaciados éxtasis y frecuentes contrariedades. Pero a pesar de atribuirle un origen explicable, no podía impedir que el miedo siguiera asentado en su corazón.

Pensó entonces en su abuelo, delgado y taciturno, a quien había conocido ya muy viejo, muy encorvado, cuando ella andaba los primeros pasos. Siempre le había producido una pena muy aguda el recuerdo de una ocasión en que ella, cuando tenía cinco años, había preguntado al anciano por qué no tenía una abuelita como las demás niñas. Nada había respondido el hombre silencioso: grandes lágrimas se habían formado en sus ojos. Pocos días después había muerto.

Cristina llegó a su casa cuando el reloj de la Catedral daba las seis. Abrió la puerta con su llave, y no encontró a Carola en el trayecto hacia su dormitorio. Se desvistió, con una sensación de infinito cansancio, y se metió en la cama. Sólo entonces tocó el timbre para llamar a Carola. Esta llegó con todos los síntomas de un serio enojo impresos en la cara. No dió tiempo a Cristina para que explicase su salida de aquella tarde:

—¡Parece mentira! ¡Todo el tiempo encerrada en este cuarto! ¿No tiene nada en qué entretenerse, niña? Es cierto que el tiempo está feo, pero podía haber llamado a alguna amiga para tomar el té. Ya me imaginé que estaba con una de sus “neuras” cuando vine y llamé y no me contestó. Y le había hecho una torta riquísima. ¿A que yo sé lo que está pensando? No sea boba niña; los hombres no valen “ni esto”. ¡Es un escándalo!

—No, Carola: estás equivocada. Traeme ahora el té y no me retes, que no me siento bien.

Se oyó el timbre de la puerta de calle, y Carola salió a atenderlo. A los pocos momentos volvió trayendo un gran envoltorio, alto, sostenido, por una argolla en la parte superior.

—Pero mire que estoy distraída, niña. No la quise despertar cuando llamó el arquitecto Torres para decir que le

iba a mandar una sorpresa. Debe ser esto. ¿Lo desenvuelvo?

—Claro, boba. ¿A ver?

Siempre despertaban en ella una curiosidad emocionada los regalos que le hacía llegar una y otra vez el director del Jardín Zoológico, viejo amigo de su padre.

Carola desató las cintas, y apareció una liviana, alta jaula de mimbre. En su interior agitaba las alas un perfecto ejemplar de faisán plateado. Carola, extática, con las manos juntas, ya hablaba con mimos al ave. Cristina la sacó de aquel entusiasmo cuando le pidió el sobre que todavía colgaba de la jaula, y la instó, para quedarse sola y dominar la renovada turbación, a que le trajera el té ofrecido. La tarjeta decía solamente:

“Tinita: me dicen las muchachas de casa que este año se usan mucho las colas de faisán en los sombreros. ¿Por qué no un faisán vivo?... Tu ‘tío postizo’, Rafael”.

Cristina acarició tentativamente la posibilidad de no haber salido: de que la Calle del Socorro sólo existiera en el tramo conocido antes por ella; de que un sueño se hubiera ido acomodando hasta hacer que el faisán embalsamado frente al espejo que había parecido contener un retrato, no fuera otro que éste, vivo, que le mandaba Torres. Se aferró más y más a esa idea. Pero dudó nuevamente, y se levantó a mirar las ropas que había colgado cuidadosamente tras el biombo.

Los zapatos tenían la suelas muy húmedas, y a sus tacones se adherían algunas briznas de hierba fresca.

Volvió a meterse en la cama, y lloró igual que si algo inexorable se hubiera inclinado sobre su vida.

El faisán piaba con dulzura, como desde una lejanía infinita.

XV

Eliseo Salvador Porta (1912)

Eliseo Salvador Porta nació en Tomás Gomen-
soro (Artigas). Allí pasó su infancia, de la cual conserva
esos recuerdos encendidos de emoción que constitu-
yen, casi siempre, el manadero de vivas aguas que
dan a cada vida lo mejor de su sustancia. Cuando se
radicó en Montevideo para seguir sus estudios de
Medicina, se sintió como una planta transplantada a
una tierra poco propicia. Por eso, sin duda, en pági-
nas escritas hace ya casi diez años, Domingo Luis Bor-
doli escribía que “después de un próspero trajín de
cinco lustros en Montevideo, Porta desea volver a su
lugar natal para ejercer allí su profesión de médico
en una policlínica”. Porque, según escribe también
Bordoli, cada vez que en vacaciones volvía Porta a
su pueblo experimentaba “una especie de estremeci-
miento por el que entendió que estaba allí y no en
otro sitio el punto exacto desde donde él podía con-
templar el universo”. En la madurez de su vida, según
nuestros datos, ha cumplido Porta su deseo. Arraigado
en su lugar natal, dirige allí una policlínica y ejercita
su también vocacional labor de profesor. Y escribe.
Cumpliendo así esa su vocación tercera —no sabemos
si primera en su orden preferencial— que le ha hecho
publicar seis libros en más o menos dos décadas. Su
libro inicial fue **Estampas** (1943). Los versos de ese
libro, y hasta su mismo título, anuncian, igual que
los iniciales versos de Morosoli, más que a un futuro
poeta en crecimiento a un narrador en potencia. Y
en efecto, los tres libros siguientes, y hasta hoy los
más representativos del autor, pertenecen al género
narrativo: **De aquel pueblo y sus aledaños** (1951),
cuentos, y dos novelas, **Con la raíz al sol** (1953) y
Ruta 3 (1956). Sus últimos libros son dos breves,
ágiles, incitantes y discutibles ensayos: **Artigas - Valo-
ración Psicológica** (1958) y **Uruguay: realidad y re-
forma agraria** (1961).

¿Cuál es, cómo es el “mundo imaginario” que
verifica Porta en sus tres libros narrativos? Caracte-
ricémoslos brevemente. En lo que se refiere al primero,
el título mismo, **De aquel pueblo y sus aledaños**, nos

señala suficientemente cuáles son los ambientes y decorados. A través de los apuntes, supuestos apuntes, sin duda, de don Plácido, “antiguo maestro ya jubilado”, Porta va perfilando ambientes, sucesos, personajes de un pueblo “interesante porque se parece a muchos otros de nuestra querida tierra”. Tanto **El padre como En el puesto del fondo** son bien representativos de los personajes (chacareros, poceros, peones de estancia, algún comerciante, algún agrónomo) y del ambiente (el pueblo mismo y el campo abierto) del libro. **El padre** transmite con plenitud un personaje y una situación de profundo y generoso contenido humano. Sus elementos narrativos son sencillos pero de notable nitidez. Es interesante subrayar la simpatía con que está visto “el gringo”, ese humilde pero importante factor de la vida de nuestro país y al cual satirizó tan injustamente el sainete rioplatense. Es hermosa la estampa que el autor pone ante nuestros ojos cuando el protagonista surge, a pleno sol, del pozo, “floreceda de gotitas la barba de oro, y todo él reluciente y agigantado”. Otro clima y otros tipos da **En el puesto del fondo**, cuento que tanto por su situación final —el parto primitivo en el rancho perdido en la soledad de los campos— se jerarquiza por la autenticidad, de cosa vivida y profundamente sentida, de todos los detalles con que se va componiendo la conducción de los tres toros. (Un ejemplo: “El amanecer nos encontró lejos del pueblo, arreando al paso por el callejón las grandes masas plásticas de los toros. De vez en cuando alguno de ellos se atravesaba, de frente al sol,, y permanecía inmóvil como un monumento.”) Jerarquiza también a este cuento la verdad intensa con que están vistos los personajes; son personajes que poseen virtudes morales (vigor interior, serenidad, aceptación de sus circunstancias) con la forma más hermosa de posesión: sin tener conciencia de que las poseen. Después de estos cuentos iniciales, viene **Con la raíz al sol**, que marca, a nuestro juicio, el mejor momento de la narrativa de Porta. Es la novela de la seca, que pone al sol no sólo las raíces de las plantas sino la de las almas humanas que la sufren. La seca desnuda las raíces de la tierra y desnuda las raíces del alma humana. Y este doble desnudamiento se refleja, como en un espejo, en la novela. De ahí: paisajes y personajes mostrando, en la

novela la acción de los unos sobre los otros. Del medio sobre los personajes, de éstos sobre aquél y de los personajes entre sí. La tierra se reseca y se endurece también el alma de los hombres. (Víctima de una broma cruel y estúpida, muere de insolación Dominiguito, el tonto del pueblo). Arde la tierra y arden las pasiones. (Claudia, la hija del estanciero don Artemio Segovia, se entrega al peón Nemesio). La luna inmensa y trágica, **“deja sobre las cosas lumbres fúnebres como restos de incendio”**. Y bajo ese fulgor, los seres parecen moverse por momentos en una fantasmal danza macabra. (Don Artemio Segovia ve pasar, bajo la luz lunar y vestida de blanco, a su hija Claudia. Enmudecido de respeto, cree reconocer, alucinado, en esa figura a su difunta esposa, cuando era joven y pasaba con largo batón blanco). Pero el final de la novela, cuando don Artemio y los chacareros de la colonia se unen y luchan contra la seca, hace de la obra un verdadero himno a la fraternidad humana. **“Es un desenlace sorpresivo, —ha escrito Bordoli en el prólogo de la obra—, que el autor parecería no haber premeditado y que cierra la novela con una destellante rotundidad”**. Anotemos ahora que la intención social y revolucionaria que subyace en las páginas de **Con la raíz al sol**, aflora en algunos momentos y empalidece las mejores cualidades del escritor. Pero, afortunadamente, esa intención no afecta esencialmente a los valores sustanciales de la novela. No ocurre lo mismo en **Ruta 3**. Aquí el **“sociólogo”** se ha sobrepuesto al creador, impidiéndole el libre juego de su creación. Al hacer esta afirmación, no le reprochamos al autor su intención revolucionaria, sino la inadecuación entre lo hondo de su visión directa de la realidad y lo débil de su construcción ideológica. Como casi todos nuestros pretendidos escritores revolucionarios, Porta se ajusta en **Ruta 3** a este patrón conceptual: de capataz para arriba todos los hombres son malos, de capataz para abajo, todos buenos. Con un esquema tal, no hay novela de intención social y revolucionaria que subsista. Además, la obra es protagonizada por un personaje, Antero Rumi, literariamente inconvincente. Antero Rumi es un profesional (¿médico?, ¿abogado?) que, contra toda razón, y sin que el autor se moleste en explicar los motivos, ha abandonado su profesión para dedicarse a las faenas rurales. Tras

un par de presumibles fracasos iniciales, se casa con Lina, "la hija del balsero", y se asocia más tarde con un chacarero vecino, Rusoli, para dedicarse al cultivo del tomate. Para Porta, Antero Rumi es "un precursor", un ser "perhinchado de una ciencia de abuelos a quienes nunca vio", es "uno de tantos que llegaron tarde para intervenir en las cargas de lanza". De ahí que Antero Rumi pueda desdeñar todo convencionalismo, mostrarse arisco y tierno sucesivamente, sentirse irónico ante la religiosidad de los pobres, desdeñar la ayuda de los ricos, consolarse a sí mismo y a su mujer, cuando se les muere un hijo de pocos meses, con inconducentes reflexiones sobre problemas sociales. En una palabra, el personaje no convence y nos hace recordar que, con exacta fórmula, Engels afirmaba que la novela social requiere, "además de la exactitud de detalles, la representación exacta de caracteres típicos en circunstancias típicas". ¿Qué tiene de típico Antero Rumi? No obstante, no todo es esfuerzo perdido en esta novela. Hay en Porta siempre una última autenticidad que salva al narrador. Sabe, por ejemplo, en páginas de sostenido interés, contar la vida de un balsero; sabe hacer vivir, aunque apenas los aboceta, a algunos de esos típicos chacareros de ascendencia europea que envejecen sobre la tierra, inclinándose día a día sobre ella; sabe mostrarse como un hábil paisajista que sin artificio monta con emoción y plasticidad sus escenarios; sabe sentir la naturaleza, como lo evidencia en las páginas finales del cap. VIII, donde narra con hermosa sensibilidad sus emociones ante el arroyo y el monte, y las mil minúsculas vidas que los pueblan. Esos pasajes y el ejercicio de esas cualidades salvan en conjunto a la novela y, en definitiva, si se nos preguntara nuestra opinión, diríamos que merece y debe ser leída. Debe ser leída, a pesar de que en ella, como en las otras obras del autor, son visibles algunas no muy importantes, pero sí algo molestas, deficiencias técnicas (cierto desorden en el proceso anecdótico, falta de equilibrio de los distintos elementos narrativos) que muy fácilmente pueden ser corregidos. Quien, como Porta, sabe "ver" tan bien la realidad, quien, como él, tiene una visión tan honda y auténtica de ella, tiene la obligación de aspirar a que la ejecución literaria tenga idéntica limpieza y calidad.

Los dos cuentos que hemos escogido son del libro **De aquel pueblo y sus aldeaños** (Montevideo, Editorial Letras, 1951). Sobre ellos, baste con lo dicho más arriba.

El padre

Mientras, en la agonía de la tarde, íbamos a lento paso recorriendo el pueblo, don Plácido, mi antiguo maestro, en cuya compañía pasaba yo las vacaciones, dijo:

—En esta hora, las casas parecen más chatas y los árboles más solemnes.

—¿Serán las aldeas de otros países tan vacías al atardecer como las nuestras?

—Me inclino a creer que en los países poblados serán más alegres; pero nuestros pueblos están ahogados en una soledad mortal. Quienes más sufren son las muchachas casaderas de “buena familia”. ¿Has pensado en ello alguna vez? Las pobres se arreglan al atardecer, salen a la puerta, y permanecen como flores, hasta que la noche las oculta. ¡Cuánta callada angustia!

Yo continué a su lado, cabizbajo, esperando alguno de sus relatos, pero calló. En verdad, había dicho bastante sobre el tópico.

Un jinete al trote que se cruzó con nosotros dejó en el

aire una polvareda dorada que nos hizo toser. Mi maestro comentó:

—Ya tenemos seca otra vez.

Y ambos lanzamos los ojos al molino, frente al cual pasábamos en ese instante. Estaba inmóvil, vuelto hacia el poniente, como un gran girasol.

—¡Cuántos años hace que presta servicio!

—Más de treinta. Conocí al hombre que cavó el pozo. El trece de marzo de 1913 encontró agua. Hay al respecto una pequeña historia.

—Cuenta, maestro.

—Era un magnífico italiano, con bigotazos que se le veían de atrás, voz tonante y azules ojos infantiles. Estaba casado con una criolla que le había dado varios hijos y estaba a punto de darle otro.

El pozo tenía ya más de veinte metros. El trabajo de la mañana se terminaba haciendo estallar la dinamita; pero aquel día uno de los cartuchos no explotó. El pocero se dispuso a bajar. Sobre una especie de estribo atado a un cable que pasaba por una rondana, se hundía ya en el tremendo agujero lleno de humo, cuando un gurí llegó corriendo.

—“Don Pablo, eh!, don Pablo: Vengo a decirle que su señora va a tener familia”.

—“¡Oh! ¿Y la partera?”.

—“Su hijo el mayor fue a buscarla en el sulky de Batista y la trajo, también”.

El italiano, suspendido en la boca del pozo, pensó como hombre sensato: Su mujer siempre había tenido los hijos sin contratiempo; si él iba ahora a su casa quizá no pudiera volver de tarde, cuando los peones bajasen a cargar la piedra suelta. Y él solo conocía la ubicación de cada cartucho. Así que contestó:

—“Vuelva, nomás, muchacho, y diga que pronto voy”.

El “gurí” partió a escape y el italiano desapareció en el cráter.

No le fue difícil, por su mucha práctica, encontrar el cartucho fallido cuya mecha había saltado. Lo guardó en el

bolsillo y ya pensaba gritar para que lo izaran cuando una sensación de frescura, que por su experiencia de pocero conocía bien, lo retuvo.

¡El agua! El agua próxima, penetrándole hasta los huesos con imponderable caricia. Removió las piedras más grandes y sintió la humedad. Me lo imagino de rodillas, escarbando con las manos crispadas, como los halladores de tesoros. No se había engañado: A través de una capa de piedra, pasaba la corriente con un rumor misterioso. El italiano se irguió:

—“¡Eh, los de arriba: bajen la barreta!”.

Al instante, embutida en un cubo, comenzó a descender la herramienta.

—“Va la barretaá!” Y en seguida la misma voz: “Don Pablo, oiga: de su casa preguntan por usted”.

—“¿Quién vino? Que se asome”.

Allá arriba apareció una cabecita de oro.

—“Soy yo, papá”. Era su hijo Pedrín.

—“¿Qué pasa?”

—“Mamá te reclama”.

—“¿Qué dice la partera?”.

—“Dice que para el gusto de ella todo va bien”.

—“Bueno, hijo, vaya y diga que pronto voy”.

Firme el torso sobre las piernas rígidas; empuñando a dos manos la barreta, empezó a golpear de firme. Fuera del pozo, los peones, esperando por momentos oír la explosión y ver salir al “gringo” hecho pedazos, fumaban tranquilamente, pues, aunque apreciaban al hombre que les enseñaba el oficio, en este mundo sucede lo que tiene que suceder y debe respetarse la voluntad ajena.

Otra vez el chasquecillo rubio, con la camisa de afuera, llegó jadeando. Se entabló un diálogo semejante al anterior, con igual resultado. El muchachito se volvió, “a todo lo que daba”, golpeándose la nalga con la mano abierta, con lo cual un gurí, convertido en el jinete de un caballo brioso, que es él mismo, corre sin cansarse.

—“El hombre ta emperrao”, dijo un peón.

—“Ta”, respondió el otro, y siguieron fumando.

Allá en el fondo, el italiano consiguió introducir la punta de la barreta en una hendidura y, con ambos puños contra los pectorales, cargó el cuerpo sobre el otro extremo. El sudor le viboreaba por las sienes, las yugulares parecieron a punto de estallar bajo la piel cárdena, hasta que la loza saltó como una tapa, y en el alvéolo aparecieron, atropellándose, los borbollones del agua.

El se quitó la gruesa camisa de tartán y se lavoteó ruidosamente, resoplando y bebiendo. Por las piernas le subían los anillos helados del agua virgen, como manos purísimas.

Instantes después, por su orden, los peones tiraban al unísono haciendo gemir la rondana; y él surgió a pleno sol, de pie sobre el estribo, oprimiendo el cable entre los muslos, desnudo de medio cuerpo arriba, con la barreta en la mano, como un cetro y en la otra el cubo, lleno de agua y de luz; florecida de gotitas la barba de oro, y todo él reluciente y agigantado.

Sonreía como un niño e hizo beber a los peones:

—“¡Buena l'agua, patrón: un yelo!”.

—“Esta tarde no se trabaja. A rivederci!”.

Después ató el cubo al extremo de la barreta, se lo echó al hombro como un ligero hatillo, y se marchó a su casa por el medio de la calle.

Pedrín venía otra vez a su encuentro, castigando su potro imaginario:

—“¡Papá! ¡Mamá tuvo un varoncito! Yo ya lo vi: ¡es bien melado!”.

Y el “pingo” brincó de gozo.

—“Gran día, hijo, gran día”, dijo el padre y apuró el paso.

Su mujer descansaba en un sopor profundo, y la partera andaba en la tarea de bañar al recién nacido.

—“Ha de ser con esta agua”, dijo el hombre.

Y cuando el hijo, rojo como un ají, chillaba debatiéndose en la bañerita esmaltada, el gigante perniabierto reía sonoramente.

Entre tanto circulaba por el pueblo la noticia, y todos acudían a probar el agua.

En el puesto del fondo

Crecí en aquel poblacho del interior pero, al regresar de mi primer año liceal, en el verano de 1920. el campo no era ya el marco habitual de mi vida, sino el teatro de mis vacaciones, y todo en él me encantaba.

Un sábado por la tarde fueron desembarcados, en presencia del pueblo entero, tres espléndidos toros que, al cabo de dos días de descanso en una barraca próxima a la estación, serían conducidos a un establecimiento distante. El capataz que había venido a buscarlos se alojó en casa, donde siempre se lo recibía como de la familia, porque era hermano de leche de mi padre.

El lunes, durante la cena, se hablaba del viaje, y el paisano, después de peinarse pulcramente los bigotazos, con la servilleta, me dijo:

—Y, dotorcito, ¿no quiere dir a tropiar mañana con nosotros?

Yo abrí la boca y miré a mi madre. De ella recibía siempre las mayores condescendencias y las prohibiciones más tirá-

nicas, porque su amor por mí desbarataba su juicio; pero fue mi padre quien decidió:

—Que vaya. Puede ensillar el malacara grande con mi recado.

—Pero... ¿y para volver? Pobre mi hijo, ¡Tan lejos!

—Te tranquila, doña: A fin de semana tengo que mandar al negro Serafín con unas machorras pal carnicero, y entonces le mando el hijo. El ya es un hombrecito y el negro viejo es de toda confianza.

—Hay que decirle al peón —concluyó mi padre— que agarre el malacara grande junto con los otros. Y usted, joven, termine de cenar y vaya a dormir, que mañana tiene que ma-
drugar.

De una manera vaga comprendí en ese instante que había cesado el reino de mamá sobre mi educación, y que desde entonces debía entendérmelas con mi padre que deseaba hacer un hombre de mí, según él lo entendía; pero las bellas imaginaciones del viaje, imprevisto como un milagro, me ocultaron en seguida la melancolía de aquella comprobación. ¡Mamá sí, lo sintió! Me acompañó hasta la cama, preparó suspirando una maleta para llevar a los tientos, y a las cuatro de la mañana, previo desayuno, me despidió con lágrimas y recomendaciones, que traté de recibir con frialdad, en presencia del capataz y del peón que me aguardaban montados.

El amanecer nos encontró lejos del pueblo, arreando al paso por el callejón las grandes masas plásticas de los toros. De vez en cuando alguno de ellos se atravesaba, de frente al sol, y permanecía inmóvil, como un monumento.

—Tóquelo despacio, dotorcito.

Sólo cuando yo, respetuoso, llegaba hasta tocarlo con el encuentro de mi malacara, el toro se dignaba seguir tranqueando, macizo y flexible.

El callejón concluía en uno de los campos de Goldaracena, que era dueño de una cuarta parte del departamento. Sus influencias en Montevideo, seguían impidiendo que los alambrados encauzaran el camino a lo largo del campo, por sobre el dorso de la loma, despuntando el Yucú. El pretendía

que cruzase los bañados y lagunones de ese arroyo. “Que echen tosca, si quieren camino firme; que hagan puentes, manga de sabandijas. No le van a sacar a mi campo una lonja del lomo, no, no. El callejón pasará por donde yo he dicho. ¡Qué más quieren! ¡así cortan camino...!” Y gozaba pensando que ese trazado delimitaría en el extremo de su campo, bien aislado por el doble alambrado, un buen potrero de trescientas cuadras que todos los años le hacía falta cuando desterneraba.

Promediando la jornada nos acercábamos a la franja de espinillos, mataojos, guayabos y sarandíes en cuyo seno circula el Yucú. Los toros caminaban distanciados, afirmando su individualidad. Mis ojos seguían fascinados la ondulación profunda que parte de las testas oscilantes y alcanza hasta el borlón rizado de la cola. De tanto en tanto, desde que salieran al campo abierto, poniendo horizontal la cabezota, exhalan un lamento vibrante que se prolonga en rezongo cavernoso, entrecortado por el paso rítmico.

—Ya olieron el vacaje —dijo el capataz, y ordenó al peón que se adelantara a retirar el ganado que hubiese en aquella parte del monte.

—No sia cosa que don Goldaracena si ofenda si le nace un ternero 'e raza...

—¿No refina?

—¿Pa qué? El negocio d'el ta en la cantidá: cuando nadies tiene pa vender, él tiene; cuando nadies tiene pasto, él tiene. En tanto campo nunca le faltan aguadas. Aura, con la seca, ta perdiendo; pero los vecino chico pierden más qu'él, porque tienen menos. Si esto sigue, algún otro campito va dir a parar a las manos del vasco viejo.

Con miles de chicharras invisibles, pegadas a las ramas, el bosque parecía freírse al sol. Comienzan con un “rik, rik, rik”, de juguete al que se le da cuerda, hasta que, de súbito, sueltan su chirrido. A esta estridencia, que llena el aire, se contrapone el aterciopelado “um-ju. um-ju”, de las palomas recónditas.

Después de churrasquear, el capataz le dijo al peón:

—Nu hay que dejarlos pastar mucho; nu están acostumbrados. Más bien los tiene medio afuera, a la sombra 'e los mataojo. Con la seca hay poco tábano. Lo que afloje la calor usté sale, despacito nomás.

—Si —sior.

—Yo via dir adelante con el dotorcito, pa disponer las cosas. Qué dice, amiguito: ¿si anima a trotiar un poco al rayo'el sol?

Yo contesté:

—Si —sior.

Desde el caballo el capataz agregó:

—Cuando llegue le mando un hombre. No los deje parar en la Laguna Negra que l'agua ta fea. Van a llegar de noche; pero hay luna. Vamo, dotorcito.

Pocos paisajes habrá más inmateriales y, al mismo tiempo más abrumadores que el que en verano, a medio día, rodea al jinete que cruza la llanura. Bajo el ala del sombrero que echa un antifaz de sombra, duele el frontal contraído; no aparece más tierra firme que aquella que el caballo va pisando, como si marchara sobre un islote fantástico; el resto es todo luz, todo cielo, todo fluído, en cristalina y silenciosa marejada.

—¿Va cansado, dotorcito?

—No —sior.

—Aura nomás damo una yegadita al Puesto del Fondo de Goldaracena, a sacarno la sé.

Desviándonos a la izquierda llegamos al rancho que a veinte pasos aparecía sumergido entre temblores diáfanos. Bajo la mitad del techo de paja, a dos aguas se había construído una pieza con paredes de barro y ramas. El resto servía de enramada. Alrededor había un tendal de cueros estaqueados.

Nos apeamos.

Una chinita de no más de seis años, sentada en un toco de ceibo, con las rodillas muy juntas, cuidaba una criatura,

meciéndola a ras del suelo en una especie de zarzo, de cuero crudo que pendía de la cumbreira.

—¿Qué tal la moza? ¿Ta solita?

—No señor; mi mama está ahí adentro.

Del interior llegó un quejido largo. El capataz dijo: “¡Gué!”, y se asomó a la puerta, luego entró, agachándose. Yo quedé frente a la chinita que no cesaba de mirarme y de mecer a su hermana. De vez en cuando le espantaba las moscas con una varita de escobadura.

—¿Cómo te llamas?

—Me llamo Aurora, para servir a usted.

—¿Cuántos años tienes?

—No sé.

—¿Está enferma tu mamá?

—Ella no está enferma; ella va a tener un hijo.

El capataz salió en ese momento.

—La comadre ta saliendo de cuidao. ¡Mire qué caso! Vamu a ver di ayudarla.

Sobre cuñas de palo estaba en la enramada el barril del agua, junto a una pila de cueros secos. Yo, que influído por los primeros estudios, no había querido beber en la fresca corriente del Yucú, tragué sin asco el agua tibia, con gusto a bañado, que se sacaba del barril con un vasito de guampa atado a un tiento. El capataz bebió a su vez y luego dijo:

—Llévele un poco di agua a la pobre... Dentre nomás, dotorcito, que son cosa de la vida.

—Si —sior.

Me agredió al entrar un olor bestial. La pieza era chica, pero apenas distinguí en el fondo el rostro de la mujer, echada sobre un catre, cubierta con una especie de colcha de cretona. Estaba tranquila y bebió:

—Dios se lo pague, joven.

—¿Quiere más?

—No, m'hijo, nu hay que encharcarse 'n estos caso...

El capataz volvió a entrar.

—¿Qué tal, comadre?

—Aquí 'stamo.

Se oía en la enramada el runruno de las moscas poniendo queresas en un espinazo de oveja. La claridad vibrátil del campo se detenía en la puerta. Dentro, aparte los ramedos de la cretona, todo era pardo. Aurorita inició un apagado canturreo sin palabras.

—¿Qué edad tiene la más chica, comadre?

—Diez mese para once; ya come de todo.

De tanto en tanto volvían los dolores. La mujer recogía las piernas levantando la colcha con las rodillas, y crispaba las manos en los largueros del catre que gemía. Una vena enorme se hinchaba en su cuello.

Los tres sudábamos.

Acezando, ella pidió un sombrero del marido ,chambergó verdoso, “punta ’e corazón”, que estaba en un gancho. El capataz, sabedor sin duda del recurso, se lo posó en la cabeza, dejando fuera las greñas lacias, pegoteadas sobre el rostro grasiento.

En los intervalos de calma, conversaban. Supimos que su hombre pasada el día en el campo, cuereando:

—Ocasiones train hasta diez cuero. Pa eso llevan la rastra ’el barril. A medio día ganan el monte y comen. Día por medio tiene que dir a presentarse a l’estancia y traer la carne.

—¿No carnean aquí?

—El patrón no consiente.

La conversación recayó sobre los hijos.

—Me quedan tres: el mayor, que anda con el padre, va pa los diez años; l’Aurorita, que ya me ayuda en la lidia, y después la más chica qu’es muy sanita, a Dios gracia. Perdí tres más. . .

—El destino. . .

—Nu hay mal que por bien no venga: Si hubieran vivido habríamo perdido la colocación, porque el patrón no quiere familia grande.

—¡Mire qué caso! Los gurise di hoy se crían en los pueblos y después los patrone se quejan de que nu hay peones campero.

—La verdad... En los parto fui siempre muy feliz: pero, eso sí, todos nacen por los pieses.

—¡Mire qué caso!

—Vamo a ver éste.

—Ha de ir bien.

Los dolores la poseyeron otra vez; la colcha resbaló sobre el vientre desnudando los muslos morenos. La mujer echó atrás la cabeza, enganchó las manos en las rodillas, y clavó los talones entre las guascas del catre. El sombrero del marido le tapó los ojos. Crujieron los dientes que los labios remangados descubrían, como en la "Risa sardónica" de los tetánicos.

—Haga juerza, comadre. Aguante'l resuello, que ahí viene. Como los otro, ¡mire qué caso!: Paradito, nomás ¡ah gaucho! Una juercita más y y'está. ¡Esu es! El cuerpito ta juera, comadre.

La mujer dejó escapar el aliento y se aplastó en el catre. Yo también me aflojé todo, dándome cuenta entonces de la fuerza que había estado haciendo. El capataz la miró interrogante, pero ella, sonriéndose un poco, le dijo:

—No se aflija, don. Déjeme descansar un ratito. Lo que venga otro pujo usté me lo alcanza por los piecitos. ¡Aura!

—¡Va!

Entonces ví aparecer por entre los muslos divergentes el cuerpecito café con leche, entre las manazas del capataz, de cuya muñeca izquierda colgaba el rebenque.

—Agarre, comadre. ¡Ta!

—Largue, nomás.

Sus manos ávidas reptaron desde los pies hasta el torso, donde se aplicaron para empezar a traccionar de firme. El occipucio del niño, que me parecía muerto, giró sobre el pubis materno; apareció el mentón, luego la boca, y en seguida toda la cabeza, como un carozo por la grieta de una fruta exprimida. El cuerpecito reposó flácido sobre el vientre materno que subía y bajaba; después se encogió como un resorte y soltó el llanto. Era un varón.

—¡Lindo torito! —dijo el capataz.— ¡Bien pangaré! Y se pasó la mano por la frente jaspeada de sudor.

Con voz casi natural, la mujer dijo:

—Si me hace el favor, don: esa bolsita con jareta qu'está'n ese gancho detrás de usted.

El capataz se la dió y ella extrajo unos trapitos y un tiento fino, enrulado.

—Ya lo tenía too pronto. Es pal cordón.

El capataz echó mano a la cintura, pero ella dijo:

—Nu hace falta; el corte a cuchillo sangra; cuanto más filoso, pior. Yo corto a diente.

—¿Algo más, comadre? Usted mande.

—Pa l'otro yo me arreglo, gracias. Y disculpe tanta molestia. No le digo a l'Aurorita que los obsequie con un mate, porque una poca yerba que había...

—Déjese d'eso, ¡no faltaba más!

Instantes después nos alejábamos al galope. Yo erguí el busto, respiré fuerte, como para meterme el ancho campo salvaje dentro del pecho, y de un manotón viril me eché el sombrero a la nuca.

Tres días más tarde, al regresar con el negro Serafín, me llegué hasta el rancho. Bajo la enramada estaba Aurorita, con las rodillas muy juntas, meciendo a su hermana.

—Buenos días moza: ¿Y tu mamá?

—Ella no está.

—¡Cómo! ¿Qué le pasó?

—No le pasó nada; ella fue al arroyo a lavar, con mi hermanito.

XVI

Alfredo Gravina (1913)

Desde la publicación de su primer libro de cuentos, **Sangre en los surcos** (1938), Alfredo Gravina parece reclamar que se le considere un escritor sino muy de acuerdo con su época, sí bien ubicado en su tiempo. Atento a la vida y los seres que lo rodean, atento a los problemas que los urgen, Gravina ha publicado, en el término de algo más de dos décadas, cinco novelas (**Historia de una historia**, 1944, **Macadán**, 1948, **Fronteras al viento**, 1951, **El único camino**, 1958 y **Del miedo al orgullo**, 1959), dos libros de cuentos (el ya citado y **El extraordinario fin de un hombre vulgar**, 1942), más algunas otras publicaciones de índole distinta (**Viaje por la URSS y Checoslovaquia**, 1956, **Reportaje campesino y Presentación de Rumania**, también ambas de 1956). Y en todos sus cuentos y novelas es el hombre uruguayo de hoy —radicado temporal y geográficamente con estricta delimitación— el que protagoniza la acción. Buen conocedor de nuestro campo —es oriundo de Tacuarembó— y también de Montevideo —está radicado aquí desde muy joven—, Gravina es de los pocos narradores uruguayos que ha procurado dar en su obra una visión totalizadora del país. Es éste uno de sus mayores méritos, cualesquiera sean las limitaciones que puedan señalarse en esa visión y las objeciones que puedan hacerse a su realización literaria. Pero de la desaparecida calidad de sus páginas (Gravina parece cuidar la combinación en dosis iguales de aciertos y desaciertos), surge siempre un aire cordial, efusivo y fraternal que las ennoblece.

Tres momentos nos atreveríamos a señalar en la producción de Gravina. El primero lo hallamos en sus libros iniciales (**Sangre en los surcos**, **El extraordinario fin de un hombre vulgar**, **Historia de una historia**) y en algunos cuentos (recordamos en este momento **El durito**, **La seca**, **La danza macabra**) que aparecieron en diversas revistas y que el autor pensaba recoger en un volumen, **La calle de la Estación**, que no apareció. Ya esos trabajos iniciales informan del que será el procedimiento más característico del autor:

sobre el entramado de una historia uniformemente gris y opaca, destaca, de pronto, el instante de intensidad en el que la vida, urgida, revela el destello de su siempre imprevisible riqueza. Toda esa producción lo coloca en la línea de un naturalismo que no rehuye la crudeza, ni las luces duras y violentas, pero que frecuentemente se humaniza con un toque de comprensión y ternura. Y si el naturalismo —como se ha dicho— es unas veces el mundo visto a través de una ventana, y otras el interior de un cuarto atisbado por el ojo de una cerradura, podemos afirmar que las citadas obras de Gravina participan de ambas notas. Desde esas páginas muestran al hombre y su medio —al hombre en su limpio paisaje campesino o en su turbio paisaje ciudadano— sin interferir en la narración con explicaciones, dejando que uno y otro, y su mutua dependencia se expliquen por sí mismos. Este dejar andar con sus naturales pasos a los personajes —que era en el caso de Gravina una virtud literaria— comienza a desaparecer en **Macadán**, que constituye el segundo momento del autor. Allí el autor comienza a ingerir su personal ideología en el individual destino de sus seres de ficción y les estorba en parte su natural andadura. No obstante el novelista se mantiene firme y logra, sin muchas caídas, darnos sin falseamientos esa realidad no muy reconfortante de la vida, o algunas vidas, en un pueblo del interior. (Un pueblo del interior: cuarenta manzanas rodeando una plaza y en torno a ella el Club Social, la Jefatura de Policía, la Iglesia, algunos comercios. Allí, adonde fue trasladado debido a un sumario administrativo, acomoda Albano, protagonista de la novela, su inadaptación a un ambiente que encuentra sórdido, pequeño, monótono. A su vez, los otros personajes, al contacto con este hombre extraño a sus propias vidas, entran todos en un ritmo de vida que les es ajeno. Surgen conflictos individuales. Pero surge, también, un personaje colectivo: el pueblo con su vida monótona, con sus días aparentemente idénticos, con sus “**noches y noches iguales, fundidas en una sola noche que absorbe los escasos incidentes extraordinarios de la vida y los sume en el olvido**”). El tercer momento aparece con **Fronteras al viento** y sigue en **El único camino**. Casi a codazos, la personal ideología del autor procura prevalecer

sobre la espontaneidad del narrador. La división de los hombres en dos grupos: los ricos y los pobres, con la adscripción de lacras morales a los primeros y morales virtudes a los segundos, no es la mejor manera, por cierto, de convencernos de la solidez del andamiaje ideológico del autor. Eso es, sin embargo, lo que Gravina hace en ambas novelas (la primera de ambiente rural y de ambiente urbano la segunda). Conspira así contra sus mejores virtudes de narrador, las cuales, sin embargo, en muchos instantes y aspectos se siguen sosteniendo. Digamos, ahora, que, afortunadamente para el libro y el autor, en su hasta hoy última novela, **Del miedo al orgullo**, esos males literarios que afectaban a las dos anteriores, aunque subsistentes, aparecen atemperados, disminuídos. Y de ello nos congratulamos. Y nos congratularíamos también de irlo viendo volver a la actitud creadora de aquellos sus primeros cuentos de **Sangre en los surcos**. Ellos —con su frescura, sus hallazgos expresivos, su incisiva precisión sintética— siguen siendo de las mejores cosas del autor, aunque no tengan, sin duda, la madurez de escritor visibles en sus otros libros.

Un juicio global sobre la narrativa de Gravina daría, a nuestro juicio, el resultado que indicaremos en seguida. **Virtudes:** fácil imaginación para inventar anécdotas y situaciones; destreza para conducir la acción y combinar coherentemente, y sin que el lector se pierda, distintas vidas y muchos personajes en una misma obra (ésta es una de las excelencias de **El único camino**); capacidad para observar y recrear ambientes y personajes; amenidad; estilo fluente, ágil, con algunos momentos en que hay realmente creación estilística. **Deficiencias:** debilidad ideológica; intromisión, a veces de contrabando, de puntos de vista del autor allí donde no es necesario (el mismo Federico Engels opinaba que no era conveniente que el novelista ni aun el social diera explícitamente soluciones);* extensión excesiva en algunas obras, como consecuencia de la facilidad para narrar que posee el autor, con lo cual las superficializa y debilita. Si sumamos virtudes y deficiencias y buscamos el promedio hallaremos un buen puntaje para el autor. Gravina tiene un lugar destacado en la narrativa uruguaya de hoy. El cuento que hemos incluído en este libro lo comprueba. Hay en él fuerza, personajes, conflicto —in-

terno y externo—, estilo y amenidad. La danza macabra no fue todavía recogido en libro. Se publicó en la revista *Asir*, N° 10, julio de 1949.

- * “Vale más para la obra de arte que las opiniones políticas del autor permanezcan escondidas (...) La tendencia debe resaltar de la acción y de la situación, sin que sea explícitamente formulada y el poeta no tiene por qué dar al lector la solución histórica futura de los conflictos que describe”. (F. Engels; Carta a Minna Kantsky - Del libro *Sobre literatura y arte* - Selección de textos de Carlos Marx y Federico Engels; México; Editorial Masas, 1938).

La danza macabra

I

Don José Pablo, el primogénito, tenía en su cuarto una victrola y un disco con la Danza Macabra de Saint-Saenz. Los otros discos eran de tangos viejos y algún estilo en guitarra. Los tocaba poco. En cambio, por rachas, solía escuchar dos y tres veces seguidas la Danza Macabra. Inocencio, de tanto oírla, sabía muy bien cuando la voz engolada de la victrola emitía la música preferida del patrón. Entonces, entraba en el cuarto en puntillas, larga la cara de miedo, y esperaba, silencioso, que don José Pablo agarrase el mate que él le traía. Era tal su miedo en esas circunstancias, que había llegado incluso a saber a la perfección qué tablas del piso crujían, para no tocarlas con sus sacrílegas plantas. En cuanto a pronunciar una sílaba, se hubiera tragado la lengua antes.

Cierta vez que don José Pablo se hallaba ausente, vinieron sus primas de visita. Las primas siempre querían bailar con los primos, y mandaron a Inocencio que trajese la victrola

y los discos al comedor, donde ya estaban, bulliciosas, apartando la mesa y abriendo espacio.

Inocencio fue al cuarto de don José Pablo. La caja de la victrola estaba abierta; sobre el plato hallábase el disco grande y brillante que tan bien conocía. Se sobrecogió. Todas las cosas de don José Pablo le inspiraban un raro temor.

Cómo fue que el disco se deslizó de sus manos para caer al suelo y romperse, es cosa que Inocencio jamás pudo explicarse. Quedó petrificado. Temblando, llevó la victrola y los otros discos al comedor. Nada dijo. Las primas se pusieron a bailar, encantadas y ligeras, con sus ruborizados y pesados primos, mientras Inocencio acarreaba mate a los viejos. Con el susto, el mate se le chorreaba, levantando protestas. ¿Qué castigo le esperaba? Su angustia iba más allá de la idea del castigo. Y más allá también de toda dilación. Apenas las sombras se hicieron en el campo, huyó.

De una carrera salvó las diez cuadras que había entre las casas y la portera que daba al campo grande, sin mirar atrás, creyendo oír el galope del caballo de don José Pablo tras él. Pero al cruzar la portera, exhausto, se dejó caer en tierra y volvió el rostro al trecho recorrido. La luna, que ponía un halo naranja en las nubes, comenzaba a iluminar el campo. En el bloque negro formado por las casas se veía una luz. El canto de los grillos y el rumor del viento en el maizal adensaban el vasto silencio nocturno. De súbito, amenguado ya su jadeo, le llegó, nítida, la voz de la victrola. Echó a correr de nuevo. El puesto de su padre distaba casi una legua, y tenía que atravesar el monte. Pero el terror a la figura humana le daba fuerzas para vencer al de la naturaleza. Cruzó un espacio llano moteado de espinillos y pitangueros, y bajó hacia la picada. Los árboles se apretaban ahora volcando sus copas sobre él. El monte lo anillaba en sombras, murmullos siniestros, quejidos sobrenaturales. A cada paso sentía la presión de las tinieblas cerrándose sobre él. El chapuzón de un carpincho lo paralizó. Vió el agua, tocada por la luna, brillar fríamente. Se estremeció. Embrujos, fuegos fatuos, almas en pena, toda la superstición campesina llenó su corazón. Perma-

neció inmóvil hasta que sus alucinados oídos creyeron percibir el retumbo de un galope. ¡Don José Pablo! Reanudó la fuga. Atravesó la picada a los saltos y se perdió en los matorrales de la otra orilla.

El puestero Gumersindo, su padre, tomó las cosas con calma. Cierto era que don José Pablo había sido siempre autoritario y maniático y que, muerta su mujer —que en lugar de hijos le dejara, con la victrola y los remordimientos, su extraña melomanía— dichas características se acentuaron en forma notable. Pero su hijo no había cometido un crimen para que se le tratara con excesivo rigor. Y, contra la resistencia del niño y de la madre, lo llevó a la mañana siguiente por donde había venido, en un carrito que hermoseara antes con zapallos y choclos escogidos.

Esa misma tarde regresó don José Pablo. Lo informó su madre de lo ocurrido y le suplicó:

—No le digas nada, José Pablo. . . Está muerto de miedo. Fueron las muchachas que le mandaron traer la victrola, y vos sabés que el pobre es medio tarambana. . .

Don José Pablo escuchó en silencio, hinchadas las venas de la frente. Luego resonaron sus espuelas en el patio. Se dirigía a su cuarto.

La madre corrió a la cocina, donde estaba, en un rincón, gris de terror, hecho puro ojo, Inocencio.

—Andá a sacarle las botas, que no te va a pasar nada. Andá, movete.

Inocencio salió y se detuvo en el umbral, baja la cabeza. Don José Pablo estaba sentado en la cama, con una ceja fruncida sobre el ojo y la otra en arco hacia arriba. El niño se arrodilló a sus pies y comenzó a tironear de una bota, con hábil movimiento de vaivén, para descalzarla mejor. Ni una sola vez miró la impresionante figura más allá de las amplias bombachas. Cuando terminó la operación, se encontró con un brillo metálico ante los ojos.

—Te voy a matar, sabés.

Reconoció entonces el revólver. Algo insospechadamente grande, espantoso, así, a pocos dedos de la cara.

—Te voy a matar, ¿me oís?

Cayó abrazado a los pies del otro.

—No me mate, patroncito, no me mate, fue sin querer...

Don José Pablo jugaba con el arma entre los dedos...

—Bueno, levántate. No te voy a matar ahora... Pero otra vuelta te mato. Te mato de un tiro en la cabeza. Acordate.

Pasaron años. Don José Pablo no le daba motivos para olvidar la amenaza. Si Inocencio trepaba a un árbol, podía sonar un tiro e incrustarse la bala en el tronco, a pocos centímetros de su cabeza. Bromas así cuando el patrón estaba de humor. En otras ocasiones, le profetizaba al recriminarle cualquier descuido:

—Vas a morir de un tiro en la cabeza, gurí.

Inocencio temía ese tiro. Le parecía que su cuerpo con ser tan vulnerable, tenía una parte única y predestinada para recibir la muerte: la cabeza.

—Cualquier vuelta t'encaja el tiro no más, Ino. Lo que soy yo no lo pelaba... Me mandaba mudar de aquí —le decían los peones, gente que no pudiendo sufrir al patrón, cambiaba continuamente.

—¿Y si mi hace golver con la policía?

—¿Y si no ti hace? Te escapás...

Lógico. Sus padres habían muerto y podía ganarse la vida por ahí. Durante varios meses guardó íntegra la soldada de tres pesos que le daban, y un sábado por la tarde, luego de echar las vacas, ensilló el lobuno que le dejara su padre y partió rumbo a la pulpería, como a buscar la correspondencia. Salió al trotecito. Llevaba en la maleta su única muda de ropa. Pasados los altozanos tras los cuales era invisible el camino desde las casas, le aflojó las riendas al lobuno. Galopó toda la tarde. A Tacuarembó. En la capital del departamento estaría más seguro. A cinco leguas de la población lo cogió el crepúsculo. De vez en cuando miraba hacia atrás temiendo ver surgir sobre una loma la silueta de don José Pablo para cortarle la fuga de un tiro en la nuca. ¡Miseria! Pero el viento le zumbaba en los oídos su áspero canto de libertad.

¡Adelante! Llano el camino ahora y bravo el lobuno para gallopar.

Las lechuzas, muy señoronas en los postes, lo miraban acercarse, se encogían, aprestaban el vuelo, ya inminente, abiertas las alas, y el jinete pasaba mientras ellas, sin abandonar su sitio, recomponían su actitud primera dirigiéndole una mirada recelosa, casi humana. . .

Siempre al galope, se hundió el tránsito en la noche. Leguas allá, Tacuarembó elevaba sobre el horizonte el difuso resplandor de sus luces.

II

Justino Ibarra, el joven teniente que llegó al pueblo fronterizo de Chuy con un pequeño destacamento a sus órdenes, iba decidido a reprimir el contrabando. De entrada no más, un soldado disparó su carabina sobre un ñandú a la carrera y a una distancia de doscientos metros, matándolo. Ibarra, porque no echase a perder con un segundo tiro menos feliz el buen efecto causado, le prohibió que intentase repetir la hazaña. A los pocos días, jugando con el comisario al blanco, se encargó el teniente de mostrar cómo se volaban, a tiros de revólver, una tras otra, tres cápsulas colocadas a veinticinco pasos.

La noticia de semejante puntería se propaló con rapidez por el lugar. Y creada así cierta atmósfera propicia, dió comienzo un activo patrullaje. Ibarra contaba tan solo con nueve hombres, entre ellos un cabo y un distinguido. Dividía su gente en tres partidas, dejando siempre un soldado en el puesto, con preferencia, por su aspecto anodino y torpe, a uno apellidado Hernández. Este, que no podía ocultar la satisfacción de quedarse, se fingió enfermo una vez, para no salir. Cuando quiso usar nuevamente el recurso, Ibarra lo barajó en el aire:

—¡Con que andás escurriendo el bulto, no! ¡Yo te arreglo! Hoy salís conmigo. Si te dejas, veo que vas a desertar.

Era Inocencio el remiso. Habían transcurrido diez años.

Durante los períodos preeleccionarios conseguía trabajo en los municipios como peón caminero. Podía entonces amanecerse con la primer china que le saliera al paso. Pero eso duraba poco y había que volver a las andadas. Inocencio, con todo eso, sin saber cómo y por qué, sentó plaza de soldado. Y he ahí que con él contaba el resuelto teniente para combatir el contrabandismo.

Como lo dispusiera el superior, Hernández formó en la patrulla. Partieron temprano a fin de hallarse sobre las costas del arroyo San Miguel al atardecer, hora en que se “tiran” los contrabandistas. El espaciado caserío del Chuy quedó bien pronto a la distancia, envuelto en el polvo brillante de sol que levantaban las cabalgaduras.

Cerca del puente internacional sobre el San Miguel, Ibarra señaló con la mano hacia el Brasil:

—Allá se ve el “Depósito de los Bender”.

En rigor, no se veían los almacenes donde se guardaban artículos destinados al contrabando, sino una masa de árboles.

Inocencio se puso nervioso.

—¿Qué te pasa, gallina?

—¿No nos tirotearán, mi teniente?

Ibarra soltó una carcajada. Pasaron el pueblito 18 de Julio, y en el correr de la noche llegaron, por entre bañados, a la entrada del Rincón del Marco, bolsón formado por la Laguna Banca, el río San Luis y el brazo en que termina al sur la Laguna Merín. Acamparon al rayar el alba, sin novedad.

—Habías sido flojo, Hernández.

—Es que me van a matar, mi teniente.

—¿Por qué te van a matar?

—Me van a matar de un tiro... y en la cabeza...

Yo sé...

Ibarra lo observó extrañado:

—A vos te funciona mal algún resorte.

—Puede ser...

Matearon un poco y se echaron a dormir. A mediodía comieron un asado. Anocheció cuando el teniente ordenó:

—Cuidá los caballos, Hernández. Nosotros vamos a hacer un reconocimiento a pie.

A la media hora Inocencio oyó unos disparos, muy cercanos. Apareció el teniente —que los había hecho exprofeso—, y no halló al soldado por ninguna parte. Hubo que llamarlo a los gritos.

—¡Animal! ¡Si disparan los caballos nos quedamos a pie en medio del bañado! —le recriminó al verlo aparecer espantado.

—Me mataban, mi teniente —farfulló Hernández, muerto de vergüenza.

—Estando conmigo nadie te matará, gallina. Lo que te voy a matar es el miedo.

Arrojó espada y revólver al suelo:

—Defendete.

—Yo no soy cobarde, mi teniente... mire...

—Bueno, defendete, entonces.

Le aplicó una corta y violenta paliza.

—Para que te acuerdes que estando a mi lado nadie te va a matar.

El teniente era enérgico, dominador, y no pegaba porque sí. Tironeó con habilidad al hombre que debía haber en Hernández. Para él, la cobardía de un subordinado era más que otra cosa, un vicio de comando. Y lo combatió sistemáticamente. Una mañana entró en un boliche del pueblo con Hernández. Acostumbraba entablar paliques con los concurrentes, y se dirigió a un pacífico ciudadano que bebía su vaso de caña brasileña acodado en el mostrador:

—Sé que la semana pasada “tiraste” un contrabando de tabaco. Andá con tiento, eh.

El hombre respondió con tono levemente socarrón, en su jerga fronteriza:

—¿O seu teniente me víu? ¿No andará errado o seu teniente?... Onte sí le atiramos uno... ¿Noun teve noticia?

Ibarra, divertido, lo miraba sin contestar.

—O seu teniente pode ver o “apretadero”...

Ibarra había comprobado más de una vez la veracidad de esas audaces informaciones.

—Ya sé que no mentís. Pero cuidate: donde te pesque, te dejo seco de un tiro.

El hombre sin inmutarse, bebió un sorbo de caña:

—Monta un cavalo branco o seu teniente... Noun devía... Se ve muinto de noite...

—Compadreá no más; ya vas a caer.

—...Un cavalo branco... Pirigoso... —repitió el hombre, lacónico.

—Te voy a dar “pirigoso” —replicó Ibarra, tratando de remedarle el acento.

Salieron. Cuando trotaban por el polvoriento callejón, Inocencio no se contuvo:

—Mi teniente, cambie de caballo, cambie...

“Más vale me hubiera cortado la lengua —pensaba el tropa, jinete en el caballo blanco del teniente—; ahora sí que me levantan la tapa de los sesos”.

Pero eran infundados sus temores. Ibarra sabía que los contrabandistas, aunque valerosos, en caso de verse descubiertos destruían, o, en último extremo, abandonaban la carga, esfumándose. Lo único que defendían a sangre y fuego era su libertad. Y resultaba imposible atraparlos. Sólo para esa zona habría sido necesario un batallón. Se limitaba entonces a una activa vigilancia. Enviaba de Chuy hacia el Rincón del Marco una patrulla al mando del distinguido. A las dos horas partía otra con el cabo al frente. Luego salía él con su asistente y Hernández. Permanecían escondidos dos o tres días. ¿Dónde se hallaban? Los contrabandistas no se animaban a largarse. Lo peor para ellos no era perder un cargamento, sino que les descubrieran sus derroteros secretos; esto los obligaba a buscar nuevas rutas por los bañados y las intrincadas sierras. Así las cosas, no había gran peligro de un encuentro a mano armada. Por lo cual, hacer montar a Inocencio en su caballo era parte de su terapéutica moral.

La voluntad de Ibarra y el tiempo dándole la razón, obraron poderosamente en el ánimo de Inocencio. “Mientras

esté conmigo no te va a pasar nada". Y no le pasaba. Empezó a cobrarle confianza, a encontrarse seguro a su lado. Y su fe encontró motivos para consolidarse.

Marchaban un atardecer al trote largo por la orilla del San Miguel. Algo husmeó el teniente, porque entraron al galope en el monte. El arroyo se estaba tragando un gran cargamento de tabaco. De los contrabandistas, nada. Inocencio quedó pasmado. ¿De modo que tenían al teniente? ¿Su sola proximidad los espantaba? ¡Qué fiera el teniente! Más adelante, en otra oportunidad, la única, agarraron un "charquero" en el bañado. La luna hacía brillar los cañizales. Desde lejos se vió clarear un poncho. Lo siguieron. El contrabandista azuzó su caballito criollo, sufrido para los bañados. A la primer voz de alto, siguió. A la segunda, seguida de un tiro al aire, se detuvo. Era un mozo muy conocido en el pueblo.

Inocencio llegó a creer, no que el peligro era como era, escaso, sino que la presencia del teniente, a quien fue endiosando, conjuraba todo peligro.

III

A los seis o siete meses Ibarra estaba completamente desilusionado. Casi todos los pobladores de la región fronteriza con el Brasil, desde la costa atlántica hasta la desembocadura del Cuareim, al norte, vivían del contrabando, o, cuando menos, tenían intereses en él. Miles de familias. Las mismas autoridades aduaneras solían estar complicadas, ya fuera por parentesco con los contrabandistas, ya por conveniencia. Imposible destruir una organización tan excelente. Y menos con sus pocos hombres.

Cuando las patrullas partían de Chuy, funcionaba el teléfono, dando aviso a los contrabandistas. Perfecto. Nadie delataba a nadie. Todos encubrían a todos. Habían intentado, incluso, comprarlo. Buena gente, que se mofaba de su empecinamiento: ya que su esfuerzo era vano, ¿por qué no dormir la siesta tranquilo? "Llevan la razón —se dijo por fin

Ibarra—, no tienen otro medio de vida y lo encuentran justo aunque sea ilegal”.

Pidió el traslado.

—Eras un gallina y te dejo hecho un hombre; querías desertar y ahora sos un soldado —le dijo a Inocencio al despedirse—; seguí siéndolo.

El soldado agradeció con una emoción extraña. Siguió con los ojos el auto en que se marchaba Ibarra, hasta verlo perderse en las curvas del camino. Se sintió luego inmensamente desamparado. En la primer salida que hizo, aquel miedo enloquecedor que le venía de la infancia, volvió a cogerlo en sus garras. Ahora que no estaba el teniente, lo despacharían de un balazo. Pensó otra vez en desertar. Pero el saludo del teniente entrañaba el compromiso más grande de su vida. Desertar, no. Jamás.

—Parece que el teniente se equivocó —le decían los otros con intención.

E Inocencio sufría porque el miedo, volviendo por sus fueros, lo agarraba ahora sin respaldo. La obsesión de la muerte violenta, sin defensa, no le concedía respiro.

Se aislaba, se recomía en la soledad. A la semana de haberse ido Ibarra, le tocó formar parte de una patrulla. Hasta último momento se mantuvo apartado, taciturno, preparando lentamente sus avíos. Partieron, por fin. El pueblo se encogía bajo el rigor invernal. Secreto y seguro, sólo circulaba por él el contrabando.

—Tas pensativo, Hernández, eh.

Absorto, no contestaba.

La recorrida llevó toda la noche. Al amanecer hicieron alto a la entrada del Rincón del Marco, a poca distancia del Monte Negro, prieta y salvaje arboleda rodeada por grandes pajonales. Acamparon. Brilló el fuego en la mañana gris. Chilló el agua en la pava, y el mate, espumoso, en la tersa y caliente calabaza, empezó de mano en mano a repetir su trayectoria.

Hernández miraba el fogón con insistencia. Al cuarto mate agradeció, levantándose con gesto perezoso:

—Bueno... me voy a dormir...

Se alejó varios metros, tendió carona, cojinillos, puso el recado de cabecera y se acostó, cubriéndose totalmente con el poncho.

Los otros siguieron tomando mate. A ratos cambiaban algunas palabras. El viento soplaba fuerte, continuo, gemía en el pajonal arrancándole un ruido áspero de millones de pajas duras entrechocadas, frotadas entre sí. Venía del Este.

—Viento'e la laguna —dijo el cabo—; se v'a a tapar el Rincón si sigue.

—Pa mí que sí... si no calma... —respondió el tropa mientras daba vuelta la yerba con esmero.

Cebó el mate, remozado ahora, y se lo tendió al otro. El cabo, en silencio atizó el fuego. Saltaron chispas alocadas. De pronto, el brazo que se extendía para devolver el mate, se detuvo. La mano que iba a tomarlo, también. A un tiempo. El brazo extendido, sin que el mate pasara a la otra mano, se retrajo y lo depositó en el suelo. Las miradas, una en la otra hasta ese instante, se desprendieron con esfuerzo al volver los hombres la cabeza hacia atrás. Habían oído un chasquido seco, ahogado. El poncho de Hernández registraba un temblor convulsivo. Otra mirada rápida, de idéntico presentimiento, y corrieron. Ya el poncho se aplastaba, inmóvil, sobre el cuerpo.

Se miraron para ver quién lo levantaba.

Lo hicieron los dos, al unísono. El cuerpo estaba de espaldas a la tierra; entre las piernas, calzada la palanca de maniobra de la carabina: el dedo pulgar, para que no resbalara en el gatillo, envuelto en un pañuelo; la boca del cañón en la garganta, y sobre los duros pastos un reguero de sangre y masa encefálica.

El viento seguía ululando en el pajonal.

XVII

Carlos Martínez Moreno (1917)

Quizás para muchos de sus clientes, Carlos Martínez Moreno sea sólo el Dr. Carlos Martínez Moreno, abogado, que, aunque oriundo de Colonia, ejerce su profesión en Montevideo, donde también desempeña el cargo de Defensor de Oficio en lo Civil y lo Criminal. Pero en la realidad, y contrariando esa visión parcializadora que sospechamos en algunos de sus clientes, el Dr. Carlos Martínez Moreno engrana a esa su actividad profesional otras varias actividades, e ignoramos, en rigor, si la actividad indicada constituye el núcleo o la periferia de su personalidad. Durante años, y desde 1938, fue lo que con un entreguionado de aspecto existencialista podríamos llamar "el-crítico-teatral-de-Marcha". Como tal comentó la actividad escénica montevideana en crónicas que, para unos, denotaba un juicio justo pero severo, y, para otros, un juicio severo pero, además, injusto. No obstante, en uno y otro caso, siempre se consignó en su activo la rectitud de intención y el claro afán por juzgar el hecho escénico no en su cualidad de mero espectáculo sino en cuanto valor cultural o literario. Tenemos, pues, ya, un abogado desdoblado en crítico teatral. A estas dos imágenes iniciales se suman otras, que podemos ir mostrando como muestra el prestidigitador los objetos que extrae de la manga: editorialista en **Marcha** y **El Diario**; comentarista de la actualidad política nacional y extranjera (recordamos algunas notas sobre Bolivia); conferencista ocasional y ocasional ensayista (recordamos algún trabajo sobre una de sus devociones literarias: Gustave Flaubert). Pero es, sin duda, la del narrador la imagen que lo muestra en lo que entendemos ser su más íntima vocación. Como narrador fue dando a conocer, pausadamente, a través de años, cuentos y relatos en **Marcha**, en **Número**, en **Asir**, en **Ficción**. Obtuvo en 1944, con el cuento **La otra mitad**, el primer cuento del concurso organizado por **Mundo Uruguayo** y A.I.A.P.E.; en 1956 ocupó igual lugar, con **Cordelia**, en el concurso de **Número** y alcanzó el segundo puesto con **Los aborígenes** en el concurso

convocado en 1960 por *Life*. Ha publicado sólo dos libros: *Los días por vivir* (1960) y *Cordelia* (1961). No está en ellos, desde luego, "todo" el narrador Martínez Moreno, pero sí lo suficiente para definir el "qué" y el "cómo" de su mundo narrativo. Esto es: ambos libros muestran con claridad que le interesa narrar y cómo le interesa hacerlo. La conjunción de ese "qué" y ese "cómo" configuran una personalidad de narrador discutible y discutida pero de perfiles indudablemente nítidos.

Una primera aproximación, sumaria y externa, al "qué" de la narrativa de Martínez Moreno, permite anotar, como característica inicial, que el autor, para su creación, ha seleccionado temas, tipos y ambientes pertenecientes, por lo general, a la clase media acomodada, aunque a veces descienda a un nivel más bajo (Aníbal Arriagada, por ejemplo, en *Los días escolares*), o asciende a un nivel más alto (Alberto Andueza, por ejemplo, en *El invitado*). Una segunda nota característica del mundo narrativo de Martínez Moreno consiste en que el autor refracta en su obra, a través de temas y tipos, casi exclusivamente los aspectos negativos, mezquinos, sórdidos o perversos de los ambientes que le proporcionan materia para su creación. Este rasgo —característico, por otra parte, de la mayoría de nuestros escritores de tema urbano— ha sido unánimemente subrayado por la crítica, aunque las consecuencias inferidas y la estimativa del hecho sean distintas en los diversos críticos. En nota publicada en *Marcha* (Nº 1083, 10/XI/61), y titulada *Barroquismo conceptual*, José Pedro Díaz ha afirmado al respecto "que ninguno de nuestros narradores ha manejado hasta ahora un mundo más agrío y anonadante, ni ha dado una imagen más gris de la naturaleza humana. No se trata siquiera de la angustia que anida —en otro nivel— en las novelas de Onetti. En aquellas hay, en el peor de los casos, la auscultación de un ritmo vital agonizante en el que se desgastó hasta la desesperación. Aquí en cambio, sólo hay marionetas absurdamente colgantes de unos hilos que el azar deja enredar y que se bambolean sin buscar siquiera otra cosa que el hábito de su propio absurdo balanceo". Y en efecto: ocho de los nueve cuentos que congregan los dos libros del autor —la excepción es *El simulacro* donde la ten-

sión se atenúa— crean una atmósfera glacial, opresiva y hasta, quizás, deprimente. Esa atmósfera, desde luego, varía de tono e intensidad en los diversos cuentos. Puede tener un satinado agri-dulce, más lo primero que lo segundo, en la rememoración, no nostálgica sino obstinadamente analítica, de los sucesos de la infancia, en **Los días escolares**, aunque el cuento se cierra, a través del encuentro con el ex-condiscípulo Aníbal Arriagada, con una imagen desoladora de la frustración y el fracaso; puede ser un cuadro abrumador e impiadoso de la vulgaridad humana, tal como ocurre en **La última morada**, donde todo —muerte, adulterio, frustración y hasta una inquisición en el Más Allá con mayúscula— muestra un rostro sin grandeza, mezquino y corrosivo; puede constituir, así en **El lazo en la aldaba**, una fría disección de la mezquindad de unas hijas y la decadencia económico-social de una madre, separadas, sin ni siquiera un odio intenso, por un polar témpano de incomunicación que borra el mínimo vestigio de amor. Esa atmósfera opresiva adquiere, desde luego, otros rostros más que no subrayaremos. Interesa, en cambio, apuntar alguna observación sobre el carácter particular del dramatismo de este mundo narrativo tan implacable en la refracción de los aspectos negativos de la “**condición humana**”. Porque este mundo narrativo glacial, opresivo y hasta deprimente es, también, dramático, pero con un dramatismo que no surge de la peripecia externa, de un hecho o acción dramáticos en cuya narración se demore el autor. Tal hecho o acción pueden existir (hay en **Cordelia** como marco un accidente de aviación, y en **El salto del tigre**, un hombre baleado por una mujer), mas el autor no procura hacer de esas situaciones un “**núcleo**” dramático. La impresión de dramatismo que proporciona este mundo narrativo proviene, pues, de lo interior de los personajes, aunque su génesis, o una de sus raíces, puedan hallarse en el hecho externo, en la acción objetiva. Notemos ahora, y es otro dato, que el autor raramente acusa los perfiles dramáticos de sus personajes, ajenos a los modos violentos del patetismo. ¿De dónde surge, entonces, el dramatismo de este mundo narrativo? A nuestro juicio, surge especialmente del modo de enfrentamiento que el autor tiene, narrativamente, respecto a la realidad (o, si se quiere, surge del

“cómo”, entendiendo este “cómo” en su aspecto de “estilo interno” de la creación narrativa). Todos sabemos que aspecto de ritual absurdo adquiere la vida cuando comienza a cristalizarse por el hábito, la repetición y la costumbre, cuando deja de fluir espontáneamente. Los seres, más que vivir sensaciones vitales propias, comienzan a vivir automatizados por esa costra gris, opaca que es el hábito social (que fue, alguna vez, vida espontánea, creadora, y es, ahora, mero mecanismo). Cuando se vive de ese modo, es decir, desde afuera, desde la vida ajena, toda fuerza creadora interior, toda vida íntima queda en rigor clausurada. Más que un ser se es un autómatas. Todo —desde el odio hasta el amor— adquiere raquítica dimensión, se hace mezquino. Pues bien: Martínez Moreno ha demorado su mirada sobre esta faz de la vida y esa sensación de dramatismo que da de sí su narrativa surge de ahí. Sus personajes son seres estrangulados por esa vida cristalizada o automatizada por el hábito, la repetición, la costumbre y el prejuicio. La vida propia ha llegado a un mínimo de temperatura. Vulgares o mezquinos, los personajes no pueden ni siquiera serlo en grado excepcional. Nótese que en *El salto del tigre* hay un “drama pasional” en el que, rigurosamente, parece no haber ni pasión ni drama. Pero lo dramático nace, precisamente, de ese auto estrangulamiento vital, de esa especie de suicidio interior consistente en obturar el fluir espontáneo de la vida. Cabe anotar que esta situación es especialmente evidente en los cuentos de la mayor madurez narrativa del autor: los últimos de *Los días para vivir* y los tres de *Cordelia*. La escena inicial de ese relato es, a nuestro ver, una imagen casi pesadillesca de lo que podríamos llamar “dolor automatizado o mecanizado”. La notoria eficacia con que el autor da expresión a ese lado polar, exangüe, mecanizado de la vida es uno de los valores que se verifican en su obra; es lo que le da rasgos y trazos tan personales. Pero es también fuente de debilidades y limitaciones. La vida ha sido vista por un solo costado, y el mundo narrativo del autor corre el riesgo de la monotonía y la falta de matización. Es un mundo que se cierra a toda dimensión vital (y espiritual) profunda. Se convierte en un orbe que, estéticamente, carece de equilibrio. Un título del autor nos hace recordar que

si Shakespeare creó con Gonerila y Regana dos monstruos de perversidad restableció el equilibrio estético al crear simultáneamente, en Cordelia, un alma angélica. El gran arte, es siempre, un enfrentamiento de lo diverso, un diálogo entre lo antagónico.

Nos parece oportuno completar nuestro esquema con algunas consideraciones sobre los aspectos formales (composición y estilo) de los cuentos de Martínez Moreno. También en estos aspectos acusa el autor una personalidad original dentro de nuestra narrativa. En general, los cuentos de Martínez Moreno constituyen estructuras complejas pero realizadas, en los cuentos más logrados, con un orden, una nitidez de diseño, que revelan la mano segura del escritor. Así ocurre en **El salto del tigre** —con sus tres puntos de vista que enriquecen la sustancia de la anécdota— y en **Cordelia** —con su arquitecturación en varios planos—. Pero en este aspecto el logro mayor, a nuestro entender, se halla en **La última morada**, donde se siente menos la intelectualización de la estructura, a pesar de su complejidad, como si ella hubiera surgido directamente, del íntimo, intuitivo impulso creador que genera el cuento. Menos logrados nos parecen otros cuentos, como **Los sueños buscan el mayor peligro** y **Los días escolares**, donde la complejidad se parece más a una yuxtaposición de partes que a un todo integrado por elementos absolutamente interdependientes. Igualmente complejo es el estilo del autor, que calificaríamos con un adjetivo —preciso— que denota su lado positivo, y otro —recargado— que subraya el negativo. Es un estilo, además, de sabor acusadamente intelectual. Logra con él, muchas veces, páginas antológicas, pero en otras ocasiones hace innecesariamente lenta, demorada y densa la narración. En **El simulacro**, sin embargo, que es uno de los últimos cuentos publicados por el autor, se nota un aligeramiento de esa prosa, se percibe el esfuerzo por lograr una andadura narrativa más ágil. En cuanto al cuento tomado para nuestra antología, pertenece a **Los días por vivir** (Montevideo, Ediciones Asir, 1960).

El salto del tigre

I

En el atardecer lluvioso, El Cato Mitre y yo recorrimos la avenida de paraísos y entramos en casa de Lydia; ella se había empeñado en que Hugo fuera directamente del sanatorio a la quinta y se alojara allí. Era una buena ocasión para afirmar un mecenazgo al que el pintor había escapado durante años, y para ingerirse así —quién sabe qué es la gloria y cuándo se acuerda— en otra vida y otro agradecimiento.

Hugo estaba sentado en el borde de la cama, con un pijama azul y una bata de fumar. “Baleado a dos carrillos” —como dijo de entrada Mitre, por el prejuicio de crear humorísticamente el anticlímax de la enfermedad, para poder olvidarla—, tenía dentro de la boca una armazón de alambres que le sujetaba las mandíbulas y por fuera un barbijo de yeso, terminado por un soporte en forma de espátula para el mentón. No podía hablar, pero Lydia lo había rodeado de papeles y le había allegado una tabla y un juego

de lápices para que se manejara; entraba con las visitas, le aparejaba las hojas en blanco y desaparecía.

Con unas ojeras exasperadas por la convalecencia y una barba rala y negra que crecía rodeando la cicatriz rosada y aquella franja ya grisácea del yeso manoseado y raído, Hugo se favorecía con la huella del sufrimiento físico. Siempre he pensado que su reputación de inteligencia y de sutileza espiritual es excesiva, pero es fácil explicársela por la fascinación que ejerce con su flacura, con ese aire de trasvivencia descuidada, de negligencia e impotencia para lo práctico, de remotismo, de torpeza motriz, de frágil perversión y hasta de misticismo (una malvada impostura de misticismo) que se desprende de su figura.

Sentí en seguida que Mitre y yo enfrentábamos con pueril turbación aquella presencia que se despojaba de sus pocas defensas de los días de salud, y sólo henchía un poquitito los labios para esbozar la dolorosa y contraída sonrisa. Después que lo saludamos y nos sentamos frente a él, y mantuvo una mano apoyada en una rodilla de cada uno de nosotros, mirándonos durante un minuto eterno, en lo que era un comentario extorsivo de su situación de herido y callado, tomó la tabla y escribió el primer papel, con una letra gorda y deshecha, para pedirnos libros. “¡Libros!”, como dijo, por su prurito de sorprender o tal vez para tantear la situación, dándole el pie menos comprometedor.

Yo, un poco más cerca de Hugo que Mitre, averiguaba desde el revés de las letras aquella desbaratada escritura, o me levantaba para descifrarla por encima de su hombro. La leía en voz alta y El Cato y yo respondíamos. Al principio la conversación (si es que podía llamarse conversación a ese doble juego de oralidad y escritura) fue mantenida en un campo horriblemente neutro, que suponía nuestra mejor ciencia, nuestra posibilidad de recetarle lecturas para su tiempo de reclusión.

Escribió que era muy ignorante y que ya a esa edad (treinta y tres años) había renunciado a formarse una cultura. “No me gusta tanto leer”, agregó. “Soy perezoso”.

—Has visto lo que te importa y basta —dijo Mitre, como si fuera a patrocinarlo—. Lo que te parece que es pe-
reza es el resultado de un mecanismo de selección.

“¿O hedonismo?”, escribió Hugo, siempre urgido por recostarse a categorías ya dadas, como tan a menudo sucede con los pintores.

El Cato se encogió de hombros, sin ayudarlo esta vez.

Seguidamente nos garabateó que precisaba algo “concentrado, denso”, que sumergiera sus sentidos en la lectura y lo distrajera de la penuria física.

—James Cain o las orquídeas para Miss Blandish —postuló Mitre.

Empezamos a aventurar nombres y él iba rechazándolos o acogiendo los ambiguamente con balanceos de la mano que empuñaba el lápiz, o con ligeros alzamientos de cejas, cuando alguno le resultaba extraño. Pudimos ver que no sabía tan poco, pero asimismo que sus preferencias eran más bien ominosas. Era una víctima de la era de las biografías noveladas y un devoto de lo intenso.

—Céline —propuso ahora Mitre.

Y él, como si jugara una carta mejor, retrucó: “Henry Miller”.

Hubo un espacio y asumió toda su equívoca candidez para anotar: “pornografía lírica”.

Pescó en el aire mi resistencia a sus juicios y para agradecerme escribió, volviéndome rápidamente el papel, a fin de sustanciarlo conmigo: “Joyce no es lectura para un tipo deprimido. No se le puede meter diente si uno está esperando toda la tarde que venga la enfermera a curarlo con hisopos y gasas”.

“Meter diente” era un modismo desavenido con su situación y se lo señalé bromeando, para rehuir una polémica sobre gustos; porque él escribía.

“Algo estimulante”, insistió. Y Mitre acabó prometiéndole “La serpiente emplumada”, que acató sin protesta.

El procedimiento, de seguir así, era extenuante. Fue por eso que El Cato y yo nos echamos atolondradamente a deba-

tir cualquier cosa, a fin de impedir que siguiera escribiendo; la revolución mejicana y su literatura, la boliviana que casi no la tenía; y hasta hicimos alguna profecía grandiosa sobre el destino del hombre americano. Comulgábamos en un desaforado intento de arrastrar la conversación fuera de sus centros nerviosos, lejos de lo que a Hugo le había pasado y a nosotros podía suponerse que nos intrigara. La delicadeza nos llevaba a cubrirlo de una marea de locuacidad. Y él nos miraba con un servilismo de sus ojos desmesuradamente abiertos, forzados desde adentro como si hubiera tomado benzedrina. Un mechón de pelo oscuro le caía sobre la frente y se lo echaba atrás con el dorso de la mano o lo enroscaba lentamente en el lápiz. Detrás de su cabeza había un gran cuadro en el que el Corazón de Jesús se encendía en mitad del pecho, con dos llamas rodeando una cruz, y las palmas de las manos avanzaban la desolladura cárdena de los clavos.

—El esnobismo cristiano de Lydia —criticó Mitre, parodiando ampulosamente el gesto de la estampa.

“Patriciado, Orientalidad”, escribió Hugo. Y todavía, en otro papel y amanerando la letra: “Linaje”.

También había una litografía de la guerra del 14, con un soldado francés y el clásico “Debout les morts”; y en la pared opuesta el Saravia de poncho, perfilado a caballo.

“El padre de Lydia peleó en Masoller”, informó Hugo. Y apuntó confirmatoriamente hacia el florero que lucía sobre la cómoda: era la cáscara de un obús, con una plaqueta de bronce y la fecha de la batalla: setiembre de 1904. Los dos largos nardos que bailaban en su boca eran tal vez otra profesión de fe blanca.

Llegó el momento de preguntarle para cuánto tendría.

“Sólo Dios sabe”, escribió. Lo había hecho para encontrar un cabo de frase que devolviera el asunto al punto en que habíamos malbaratado la fe, al atribuirle la condición de un cosmético para Lydia. Aquello lo había desasosegado, porque escribió de corrido, con una velocidad y un entusiasmo trémulos, que hay una religiosidad infusa en nosotros, que aflora en las situaciones de dolor, y aun de simple hartazgo

de la incomodidad, de la postración, de la invalidez. “Ahora lo sé”, subrayó. “Y es una cosa seria”.

En la niñez, él y su hermano Emilio habían sido católicos, por influjo de su madre, o por lo menos habían creído que lo eran; y a él le había quedado siempre “una nostalgia de religión”.

“De cualquier religión”, agregó. Mitre afirmó entonces que el cristianismo era, de todas las religiones, la más triste, la más pobre estéticamente. Era una de sus aperturas dialécticas, y yo se la había visto repetir muchas veces.

Hugo se estiró hasta la mesa de luz y tomó un libro encuadernado en azul; era un tomo de *Las Mil y Una Noches*. “El Islam es hermoso”, sentenció.

—Pero ése no es el Corán —objetó Mitre—. Aunque es una lectura estimulante —concedió con un retintín benigno y molesto.

“Fatalismo”, escribió Hugo. “En este momento, es lo que prefiero”, y puso un dedo de punta sobre la tapa del libro. Parecía referirse a una comida, o en todo caso a una medicina. No a una convicción ni a un estado de espíritu.

De pronto, tras señalarme con el lápiz, apuntó: “¿Te parece, Ricardo, que el futuro es un libro que no está escrito o que no hemos leído?” Sonreí para desechar su ingenuidad, y él persistió, porque el tema le inquietaba: “¿Te parece que es un libro que no se ha terminado de escribir o, como éste en que me faltan aún cincuenta páginas, que sólo no hemos terminado de leer?”.

—No está escrito —contesté por decir algo, a la espera de que desembuchara. Presentíamos que estaba por llegar a su caso.

“Algún día te voy a contar lo que pasó aquella noche absurda en que Dorita me baleó, y vas a tener, como yo, la sensación de que todo estaba escrito”.

Me animé entonces a preguntarle si en aquel momento, herido y en busca de auxilio, no lo había llenado la idea de la muerte. Siempre he tenido la manía de espiar cualquier rastro de esa idea dominadora, referida por un sobreviviente.

En los hospitales o en cualquier otro lado.

—¿Pensaste que te morías? ¿Lo pensaste con claridad, serenamente, o te achicaste de golpe?

Escribió que no, que no había pensado en morirse; que sólo había pensado, mientras se apretaba con una mano la cara y sentía correr la sangre entre los dedos, que iba a perder todos los dientes, y que ninguno de ellos estaba picado.

Me quedé en silencio, y tuvo la impresión de que me defraudaba.

“Frivolidades de los Momentos Supremos”, escribió a modo de disculpa.

—Otoño —dijo Mitre, que no nos perdonaba—. ¡Se te acaban las hojas!

Lydia nos contó el resto. Había llegado hasta un bar, porque Dorita se había alejado corriendo, y había pedido a unos taximetristas que lo llevaran al hospital. No quisieron hacerlo, argumentando que había que llamar a la policía; en realidad, lo que temían era que les arruinara el tapizado.

—Entonces tomó el teléfono y me llamó —dijo con un falsete de orgullo—. Por suerte tenía el coche en la puerta y estuve allí en diez minutos.

La certidumbre de que había proveído por él la inflaba más aún en su deplorable gordura.

—Y ha tenido la nobleza de no denunciarla —añadió.

—Aprovechando que no puede hablar —dijo Mitre.

—La verdad es que ni el juez ni la policía se empeñan en saberlo; y hacen bien. Que Dios la ayude.

Cuando pasamos la verja, El Cato recordó los tiempos en que Lydia se rodeaba de efebos y en que alguien había dicho para definirla: Es una de esas poetisas glandulares que llevan a remolque a su marica, como el ballenato pasea en el lomo a la gaviota.

Terminaron los árboles y entramos en la lluvia.

II

No creo, a esta altura de mi vida, que los hechos tengan tanta importancia; y lo que estoy pasando legitima ese des-

creimiento, desde que lo dirijo contra mí. Pero no pude ni puedo todavía contártelos y he resuelto ponerlos por escrito, luego de esa torpe visita, en que a ti te hubiera contado muchas cosas y a El Cato no quería confiarle ninguna. Por lo menos es un ejercicio contra el tedio y el silencio, que no me dejan leer ni dibujar; un memorial, una botella al mar, lo que quieras.

Empiezo por decirte que, salvo en la infancia, no creía haberme enamorado nunca. Sé bien el día de mi vida en que tuve la primer evidencia de que existe ese sentimiento. Era un aniversario en casa de mis abuelos, y Elisa y Gabriela —hijas de unos amigos de mis padres— llegaron a traer un canasto de flores. Le he contado muchas veces a Dorita —y ella quería que pintara este recuerdo— que me parecieron maravillosas, como Mesdemoiselles Cahen d'Anvers en el cuadro de Renoir, con sus grandes sombreros de paja y cintas y sus lazos color rosa en la cintura, apretando apenas los vestidos de gasa que la envolvían. Gabriela tenía, pienso ahora, diez años, y yo once. Habían puesto a un costado la canasta de flores y estaban tiesas y solemnes, de pie entre las jardineras del patio, cuajadas como dos figuritas antiguas sobre el piso de damero. Avancé impetuosamente, amparándome en la excitación del día, y las besé. Besé a las dos para besar a Gabriela. Ella, que nada sabía de los juramentos que le dedicaba cada noche, me besó también, con una inocencia de la que extraje un primer gusto por la vida, un gusto desparejo, excitado y maligno.

Nunca me animé a decirle nada, y años después me desilusioné repentinamente de ella, al ver sus rodillas. Tendríamos entonces catorce y quince, y ella estaba echada sobre una alfombra —en la sala— enseñándome ese juego en el que, con una tijera se van haciendo recortes en una hoja, hasta que se sacan y despliegan dos palabras: Hell y Heaven, infierno y cielo. Vi sus rodillas demasiado grandes, escuché el fondo ronco de su voz, que se hacía de mujer, y supe de pronto que ya no la quería.

Es claro que en esos pocos años que van de uno a otro recuerdo, queda tendida en el suelo mi inocencia. Emilio tenía dos años más que yo y me había apadrinado, para hacerme conocer demasiado temprano el fuerte amor de las sirvientas. Aquí sí hay por lo menos dos escenas para pintar de memoria, con esa memoria sentimental que es mi don (y el de Figari). En la primera, aparecemos Emilio y yo frente a Papá, que nos mira y nos deja hablar mientras se tironea una guía del bigote. La muchacha estaba en casa desde hacía pocos días y Emilio se había sentido enfermo; yo también, pero mi contagio era sólo el de un susto. Papá debe haber visto que no era nada, pero se mostraba alarmado (y hoy me parece que ocultaba desde el principio su diversión). —“¿Y Julia?”, “Y Amelia?”, nos iba preguntando retrospectivamente. Nos mirábamos con recelo, consultándonos antes de ser veraces o de mentir, y al final le contestábamos, con una descompasada timidez: “Sí”. De persona en persona, llegó a Agripina. Era un macaco horrible, que hablaba una jerga veteada de portugués y español, y que alguien nos había mandado desde la frontera, con la creencia de que, en tanto no se espabila, ése es el servicio más barato. “¡Agripina no!”, dijo Papá, descartándola de antemano. De reojo volvimos a consultarnos, y decididos ya a vencer todo pudor, con una repugnancia viviente que debe habernos quedado ridícula en las caras, le dijimos “También”. La vieja nos había iniciado. Papá no pudo contenerse más, y se echó a reír a carcajadas. “Son dos mininos de gusto estragado”, comentó al fin, con un parsimonioso dejo brasileño, para enrostrarnos el idioma del mico; y era como volver a verlo. Aquella misma tarde nos llevó a una clínica, para que nos revisaran. Entró con nosotros y nos hizo sentar juntos, mientras pasaba a conversar con el médico. Y ésa es la segunda escena: me parece que la sala de espera estaba llena de tipos patibularios, barbudos. Con nuestros rizos dorados sobre la frente y los angostos pantaloncitos de sarga azul que no ceñían unos muslos casi rojizos, debíamos tener algo de querubines equívocos, en medio de aquella concurrencia. Y creo que los otros nos miraban con sorna, con ganas de pre-

guntarnos algo, acaso para averiguar si éramos los agentes o las víctimas de la relación que nos había contaminado.

Dorita tampoco traía un pasado importante, cuando nos encontramos. Tenía entonces treinta y dos años, y yo veintisiete. Antes de conocerme, había vivido un par de años con El Cato; dos años que sólo habían servido para llenarla de afectaciones estúpidas, de retruécanos, de falsas suficiencias. Ya estaba reaccionando cuando nos fuimos a vivir a Juan Carlos Gómez, donde pude encontrar aquella especie de desván para taller, y ella un rincón en que crear su ambiente: el biombo, la cama y los libros. Lo has visto muchas veces, ¿y a qué te lo cuento? Sabes también que ella pretende que fuí su hombre verdadero, su primer amor, su única pasión, etcétera. Cuando las cosas empezaron a rodar mal, apareció un día en casa con una botella de whisky, que había comprado porque la marca era igual al apodo de Mitre. Y si nos peleábamos la abría y se tomaba un trago, diciendo que era como la Magdalena de Proust. Un día le hice un apunte y se lo dejé sobre su sitio de la almohada. Estaba ella más vieja de lo que era, con la cara apoyada en una mano y una lágrima en cada mejilla, frente a la botella de etiqueta amarilla y un vaso, sobre un fondo en que se veía desvaídamente un retrato suyo de años atrás, que yo le había hecho. Y abajo, dentro de una cinta de bordes lenguados, al modo de la leyenda de un anuncio comercial, decía: *Como los presos, mete sus años en una botella*. Lo festejó cuando nos reconciliamos y me mostró que el Cato estaba terminado; no volvió a comprar más.

Yo sólo podía corresponderle diciéndole que no había tenido ningún Gran Amor en el pasado. Pero no le bastaba. Había que decirle que ahora sí lo tenía, y era ella; y siempre llega el momento en que se dice. "A veces debo parecerme frívola —repetía—. Pero lo que pasa es que nunca nadie me ha exigido que le sea fiel; nadie me lo ha pedido de veras, y yo he estado siempre deseando que me obligaran a serlo. Porque al final de cuentas es lo único que quiero, lo único

que me descansaría". El agravio era a menudo ése: que yo fuese el elegido para exigírselo, y no se lo pidiera.

¿A qué pedir nada? No tengo un cuerpo y un alma vírgenes, ni derecho a esperarlo de los demás. Pero nadie, en cambio, podía impedirme preferirlos si alguna vez los encontraba.

Hilda tenía dieciocho años cuando llegó de afuera, a estudiar Medicina. Era sobrina de Dorita y nadie había preguntado si cabría en la bohardilla; venía a quedarse, con esa simplicidad sin preguntas con que se descuelga la gente desde los pueblos a Montevideo; por un día o por años, tanto da.

También es claro que Dorita de cualquier modo le habría dicho que sí, no tanto para ocultar su estrechez como para que se viese que no la tomaba en cuenta. Lo cierto es que vino, con aquella insignificante delgadez sin pecho ni cintura, con su pelo caído, sus pómulos lustrosos, sus ojos enormes y su gran timidez física mezclada a un estilo de curiosa resolución intelectual. Se ruborizaba por el solo hecho de que le hablaran, pero estaba en la edad intransigente, y no ceder un ápice en un concepto propio figuraba en su código de honor, un código exótico para alternar con los perdonavidas y los campeones de la amplitud que se juntaban todas las noches en el taller.

Tenía un aire cohibido y una luz interior, como dicen que era —y ya te veo erizarte por la comparación profana— Simone Weil. (Digo "tenía" porque ahora ha madurado en sus certezas pero con menos hambre de vivir, con menos candor para jugarse y más resentimiento, y ya es otra historia y otro coraje y otra persona, una vieja de veinte años sobre las piezas anatómicas o en los mitines del P. C.).

En su momento, era un gran cambio de estilo en relación a la opulencia de Dorita, a su prepotencia de carnes y desplantes. Más bien me parecía una Gabriela crecida y sin rodillas, sin esas rodillas y esas caderas a lo Maillol que tiene ahora Gabriela, llena de hijos e igual a sus hijos, con un cómico tamaño de monstruo infantil. Hilda era a los dieciocho lo que yo pude soñar, de niño, que fuera un día Gabriela, el

sueño que su adolescencia frangolló. Así me había llegado.

Dorita lo supo antes que yo; y sus celos me ayudaron a tener conciencia de lo que iba a pasarme. Mientras Hilda dormía tras su biombo, ella lloraba junto a mí por las noches, desperdiciaba felicidad en prever que la perdería.

Por aquella época yo empecé a esperar a Hilda por las tardecitas, a la salida de la Facultad. Ibamos siempre al mismo bar, y ella pedía invariablemente un café. Cuando lo terminaba sacaba un atado de cigarrillos y fumaba sin ofrecerme, dejando caer la ceniza dentro del pocillo. Las primeras veces hablábamos de Dorita, y eso acabó por crearnos un lazo absurdo de culpabilidad antes de los hechos. Nosotros éramos su preocupación. Después fuimos olvidándola, y creíamos que con cierto derecho, porque a la noche inevitablemente la veríamos. Al cabo de unos meses, Hilda quiso mudarse a casa de una amiga y Dorita no hizo nada por retenerla.

Entonces descubrí de golpe lo que era quedarse al lado de Dorita; era como entretener a un moribundo, con la sola esperanza de que llegara el día en que ya no lo precisase, y uno pudiera sentirse liberado. Pero estaba cada día más difícil y más exasperada, porque la decadencia del amor se posterga echando mano a la pasión. Y sin cinismo se llega a sentir que el engaño no puede conllevarse si es estéril, si uno no cuida nada más allá de sus términos.

Una noche ella estaba leyendo a Connolly, los dedos hundidos en la melena rubia cenicienta, los codos defendiendo el espacio del libro sobre la mesa.

—Oí bien esto y decime si no es cierto —pidió. Y leyó en seguida: —“En la guerra de los sexos, la desconsideración es el arma del macho, la vindicta la de la hembra. Ambos sentimientos se engendran recíprocamente, pero el ansia de venganza de la mujer sobrevive a todas las otras emociones”.

—¡Fundamental! —dijo, y era uno de sus adjetivos predilectos; le gustaba la aureola de rotundidad que difundía la palabra.

Después leyó unos versos en inglés, y procuramos tradu-

cirlos mejor de lo que estaban al pie de la página. Recuerdo bien la versión en que convinimos:

“Y la venganza de ellas es como el salto del tigre, mortal, instantánea y aplastante; pero tan verdadera es su tortura, que lo que infligen sienten”.

—El salto del tigre, —dijo pensativamente, y vi que el libro ya no podría seguir distrayéndola—. ¿Qué harías si creyeras que algún día soy capaz de darlo contra tí, de improviso?

Creí que el salto había llegado cuando me denunció, en custodia de los intereses espirituales de Hilda y en busca de una reparación para su credulidad, que yo había estafado.

Me lo dijo antes de que recibiera la citación; estaba en su estilo porque —como mucha gente— ella pensaba que una bellaquería hecha de frente era un acto de valor, y que la sinceridad es el mérito de las actitudes desagradables. “Disculpame, había dicho una vez. Son mis arrebatos de cocinera sentimental”. Pero esta vez ni siquiera me lo dijo. El gesto tenía la santificación de la franqueza, y era auténtico —razonó— desde que ella también se arriesgaba a perderme.

Supo que ese momento había llegado cuando, de vuelta del juzgado, empecé a hacer la valija.

—¿Te vas? —preguntó.

—Se lo prometí al juez —mentí.

Era lo más corto. Lo otro era discutirle sus valerosas felonías y en esa discusión cabrían todos los argumentos, todos los reproches.

En realidad, ni había visto al juez. Sólo estuve frente a un empleado que, tras poner una hoja en la máquina, abrió un cuadernillo, alisó las páginas para que se mantuvieran abiertas, y me leyó lo que decían.

Dorita, como guardadora de hecho de la menor y desde que sus padres vivían en Lavalleja, me denunciaba por estupro, “por haber obtenido el acceso a la doncella bajo promesa de matrimonio”, y pedía mi castigo. Terminó de leer y, consultando un papelito escrito a mano que estaba dentro del

libreto, me interrogó desganadamente, tras copiar la pregunta:

—¿Usted le prometió matrimonio?

—De ningún modo —dije, mientras daba vueltas en la cabeza a aquella frase medioeval: por haber obtenido el acceso a la doncella—. Ni se lo prometí ni ella lo quiere, —agregué.

Escribió muy abreviadamente lo que había escuchado. Y ya volvía a consultar el papel cuando le dije:

—Lo que pasa es que la muchacha es la sobrina de mi mujer. —Y como parecía no darse cuenta le aclaré: —Porque la denunciante es mi mujer.

Me miró perplejo, las manos abiertas como si fuera a arrancar un acorde del teclado de la máquina.

—¿Así que la denunciante es su esposa?

—Es mi mujer —corregí, como si estuviera diciendo lo mismo en otras palabras. Y debe haber creído que simplemente me fastidiaba ese alquitaramiento cursi y pequeño burgués que hay en decir “su esposa”, “mi esposa”. Dudó un instante, pero al final no puso nada de esto. No tenía ninguna curiosidad por averiguar los motivos; era un lujo fuera de la rutina, y no le incumbía.

—¿Qué puede pasarle a la muchacha? —pregunté a mi vez, cuando firmé la declaración.

—No puedo decirle —contestó revistiéndose de importancia, mientras encendía un cigarrillo y agitaba lentamente el fósforo en el aire—. Eso depende del juez. Tal vez pase los antecedentes a Menores.

Que Hilda fuera menor, que la trataran como menor era tan divertido como lo del acceso a la doncella. Pero en los juzgados nadie tiene sentido del humor, y uno mismo lo pierde en cuanto llega a sus patios.

Cerré la valija y esperé todavía que ella hiciera una escena para arrepentirse y detenerme. Pero no la hizo.

Pasan veinte días y me ves caminando con ella, a las once de la noche, por la calle Soriano, hacia afuera. Me había

pedido una cita y la estaba dedicando a abogar por Hilda, a pleitear por su causa sin haberla consultado.

—Cuando ella vuelva de Minas tienen que casarse —decía.

—¿Porque lo quiere ella o porque lo quieres tú? —pregunté calmosamente.

—Porque no se puede ser tan miserable si a uno le queda un resto de propia estima —argumentó con sus sentimientos.

—Mi propia estima es asunto mío.

—Y el embarazo de Hilda es un asunto de ella —replicó en una pobre tentativa de sorprenderme.

—Sería si lo hubiera —dije—. No lo hay.

Caminamos repitiéndonos estas cuatro o cinco cosas desencajadas y fraudulentas; yo en frío, ella mascullando sus palabras.

—Hilda no precisa de tu celestinaje —le dije de pronto—. Si lo que quiere es alejarse de mí.

—Y tú tranquilamente, como un caballero que no fuerza a las damas, la dejas irse.

—Como un caballero que ya no accede a la doncella —le dije, y pude ver que la frase no era suya (sino de algún abogado), porque no dió muestras de reconocerla.

—La verdad es que estás pleiteando por tu propia causa —golpée ahora—. Lo que querés es colocarte de nuevo. Pero el camino que elegiste es el peor. Cuando quieras rescatar algo como mujer, no lo emprendas como tía. Las tías no son mujeres, no son nada.

—Tercer o cuarto sexo —dijo ella.

—El sexo de los despechados —dije.

—El mío. . . —propuso.

—Sí.

Caminamos unos pasos y me acerqué a ella, porque el andamiaje de una obra estrechaba la acera. Entonces ví el brillo sobre mi izquierda, sentí un chasquido y un viboreo de calor ardiente en la mejilla. No pude darme cuenta de lo que era hasta que la vi correr: el salto del tigre.

Ya sabes que no quise delatarla en el juzgado, y no insistieron demasiado; no era en el mismo turno de la denuncia,

y son tan inertes que nadie coordina unas cosas con otras, nadie ata cabos. Es lo mejor.

Al día siguiente de tu visita escribí a Hilda una carta tramposa, ofreciéndole renunciar a ella. La tomó al pie de la letra, confesándome su alivio porque todo se terminara, después de lo que había sucedido. Dice que ahora la que se ha ido a Minas es Dorita; sufre una depresión nerviosa y amenaza con suicidarse. Lydia dice que no lo hará; y yo tampoco lo creo. Estos son los días históricos en que envejezco, querido Ricardo; pero Lydia lo niega con entusiasmo, y te manda decir que en todo caso me ayudará a llevarlos. Es comfortable, escribe poemas sin ilusionarse con la gloria y ha jurado que nunca me pedirá que le declare que soy su únicombre.

III

—No es que me sienta comprometida por su nobleza de haberse callado. Después de todo, es lo que menos me importa. Te lo pido porque sé que está sufriendo y clama por verte.

—Clama, clama. ¡Cómo te gustan los verbos patéticos! No clama nada, si ni puede abrir la boca. Lo mejor es dejar que ese silencio nos aproveche a los tres para pensar de una vez por todas como adultos.

—No he visto una criatura más irritante. Lo ves todo con una neutralidad espantosa, como si no tuvieras ninguna relación con el asunto. ¿No se te ocurre que tendrías que pedir algo a cambio de lo que has dado?

—Que una noche feliz pudiéramos los tres volver a jugar a la lotería.

—¡Eso mismo! O al ludo.

—Quiero decirte: conseguir una forma cualquiera de paz. Como hace dos años.

—La paz de la joven investigadora, la paz de los lentes de carey y el microscopio. ¿No te parece una estupidez a los veinte años?

—Lo otro es muy lindo, en cambio. Abalanzarnos sobre las cosas, por el prejuicio de que fueron intensas.

—¿Intensas? Esa palabra es de Ricardo.

—Y si lo fuera, ¿no sirve por eso?

—Lo que no sirve es querer la paz con los hombres. Porque eso sí es la guerra.

—La guerra y la paz. ¿Se dice así? Fijate en cambio cómo lo siente Hugo, en esta carta: “Existen también las glorias de la frustración y el renunciamiento, las dulces conformidades en que nos comportamos como las hembras de nuestro propio Destino”. Destino con mayúscula, ¿te gusta?

—Es un poquito rebuscado, no lo niego. Como es él, al fin y al cabo.

—¿Sabes lo que le puse al margen, para estar a la altura? “Grandilocuencia salobre, de mente en lágrimas”.

—¿De mente en lágrimas? ¿De veras no te importa? ¿Estás tan seca?

—He resuelto que no puede importarme, y se acabó.

—Qué triste es estar segura de poder dominarse. Qué triste es la humildad, qué triste es la suficiencia, qué triste es “guardar la línea”.

—O triste o ridículo; cada cual elige.

—¿Entonces yo elegí el ridículo?

—Elegiste El Salto del Tigre, según cuenta Hugo. Yo tengo otro estilo.

—El de ir degradando los sentimientos.

—Ese mismo. El que me hace ver que ahora está con esa gorda snob y está muy bien, y que ella le brindará todo en bandeja para que pinte. Y eso es lo mejor, para que sepa de una buena vez si es un genio al que hemos estado haciendo trabajar de pordiosero, o un inútil con los bolsillos llenos de lápices.

—¡Perfecto, perfecto! Perfecto, sobre todo, que haya compensaciones en todo el asunto. Y muy justo: él me quiso muy poco y yo me lancé; ahora él se lanza y tú le quieres menos.

—Buena idea. Una historia de amor en la cual el sentimiento va averiándose a medida que pasa de personaje.

—A medida que pasa de edades. El más joven es siempre el más duro. Esa es la fórmula.

—De acuerdo a esa fórmula, ¿qué tendría que decirle, si al final le contesto?

—Que ahora te importa otro. Darle también tu salto. Ser cruel.

—¿Y no contestarle? ¿O decirle solamente que deje morir las cosas? O tomarle la palabra: ¡las glorias de la frustración y del renunciamiento!... Sería lo más lógico.

Estaban de pie y se tocaban las manos, de frente y con los brazos extendidos; pero no era un gesto de confortación o de cariño, sino de desentendida y deportiva cordialidad; la ligera cordialidad de dos personas que no quieren confesarse que se están compadeciendo mutuamente, pero por causas muy distintas.

XVIII

Mario Arregui (1917)

Otro estanciero, el anterior fue Amorim, nos sale ahora al paso: Mario Arregui, a quien, un poco absurdamente, alguien ha llamado un “**Valéry en las pampas**”. No creemos que Arregui sea muy Valéry, ni que Flores sea tan “**pampas**”. Pero aunque no compartamos estrictamente dicha fórmula, es posible admitir que ella tiene el mérito de subrayar un rasgo de la fisonomía humana y literaria de Mario Arregui. Reparte su atención entre el cuidado de su estancia —donde se halla radicado hace años— y la lectura de algunos autores que configuran una posición mental (muy de hoy) nada rural, por cierto; elabora muchos de sus cuentos con material extraído, o sugerido, del ambiente campesino, pero lo hace con una delectación formal que lo colocan siempre a un paso del esteticismo, cuando no dentro del esteticismo mismo. Ha publicado hasta hoy dos libros de cuentos: **Noche de San Juan y otros cuentos** (1956) y **Hombres y caballos** (1960), que reúnen entre ambos once trabajos (siete y cuatro, respectivamente). Recordamos algunos otros, todavía no reunidos en libro: **La casa de Piedras, Burbuja, Un cuento con el Diablo**. Conserva hasta este momento inédito un libro sobre el poeta Líber Falco. Una obra, pues, no muy vasta pero que le da, y cualquiera sea la posición crítica que se asuma ante ella, una fisonomía personal, un lugar distinguido en la narrativa uruguaya de estos años. A nuestro juicio, la narrativa de Arregui muestra excelencias evidentes junto a carencias también notorias. Procuraremos señalar unas y otras.

De los siete cuentos que componen **Noche de San Juan y otros cuentos** (1), cinco son protagoniza-

(1) Quizás convenga señalar que el autor gusta de clasificar sus cuentos, en pequeñas notas que abren sus libros. De acuerdo con la clasificación de Arregui, estos siete cuentos se clasifican así: dos (**El gato y Mis amigos muertos**) son fantásticos; tres (**Noche de San Juan, Diego Alonso y El caminante** y el

dos por personajes que no llegan realmente a definirse como “almas”, en el sentido que esta palabra debe tener en narrativa. Más que seres vivos, son meros “sujetos” en los cuales transcurre una serie de sensaciones y vivencias que no logran integrarse. Esos personajes fraternizan todos, aunque socialmente son muy diferentes, en una común sensación vital aniquilante y aniquiladora, hecha de angustia y aburrimiento. El Francisco Reyes de Noche de San Juan no es sustancialmente distinto del Ricardo Cáceres de El caminante y el camino, ni ambos de los innominados protagonistas de El viento del sur y de Las formas del humo. Carentes de vitalidad, desustanciados, sólo viven deslastradas sensaciones eróticas, que, al cabo, tampoco los satisfacen. El mundo se reduce para ellos a un pozo de desgano y hastío. Más que vivir son vividos por el fluir de sus sensaciones. “Yo vivo lentamente, baldíamente”, —dice uno de ellos—, “o, mejor dicho, dejo que me vivan los fugaces, húmedos metales de los días y que me camine la carne y los huesos la lenta, densa, negra materia de las noches”. Esta nadificante visión de la realidad se confirma, desde otra perspectiva, en Mis amigos muertos. Arregui inventa allí un mundo de ultratumba que solo es la duplicación de lo que fue el mundo terrenal para el personaje del cuento. La vida del personaje fue regida por el aburrimiento y la soledad; la soledad y el aburrimiento rigen a su vez el menorizado Nirvana inventado por Arregui. Pensamos que en estos cuentos Arregui no crea personajes, porque no hace sobrepasar casi nunca a sus protagonistas esos límites dentro de los cuales la vida se reduce a una simple, casi instintiva espontaneidad. Sus personajes viven como si el yo y la conciencia fueran estáticos devo-

camino) son realistas, y “se ambientan en un pueblo que puede ser cualquiera de nuestras llamadas ciudades del interior”; los dos restantes son “más difíciles de clasificar” porque “en ambos interviene el sueño incidiendo en una situación más o menos real”. Los cuatro cuentos del segundo libro son dos de ambiente pueblerino (Crónica policial, Unos versos que no dijo...) y dos de ambiente campero (Los caballos y Tres hombres).

radores de sensaciones, sin lograr que sus vidas se constituyan en un quehacer dinámico, consciente y voluntario. Los dos restantes cuentos del libro —**El gato** y **Diego Alonso**— no ofrecen la limitación señalada. El primero, de estructura nítida y feliz invención, muestra a una hechicera que logra transformar un gato en una especie de pequeño tigre y luego —el invento matando al inventor— es muerta por él. En este cuento, aunque la protagonista vive en forma casi puramente visceral y movida por extrañas fuerzas ancestrales, consigue Arregui un personaje nítidamente individualizado. En **Diego Alonso**, el protagonista, en un alarde muy criollo de coraje, se hace afeitar por un peluquero rival suyo en amores y que poco antes ha intentado apuñalarlo. Diego Alonso actúa casi solamente a impulsos de una mera instantaneidad y para demostrarse “que la raíz de donde puede nacer el coraje continuaba también intacta”, y el cuento, centrado sobre la situación indicada no ofrece antecedentes bastantes como para reconstruir la total historia interior del personaje, pero la peripecia, contada con vigor, actúa dinámica y conclusivamente y les da a ambos protagonistas, así como a los personajes secundarios, verdadera vida de seres de ficción. En esta mejor línea creadora, en la que el autor se esfuerza por crear “fauna imaginaria” con perfiles individualizados y visibles, se ubican, sin duda, los cuatro cuentos de **Hombres y caballos**. En estos cuentos (incluso los quizás demasiado habladores caballos del cuento inicial), tienen fisonomía propia. No desaparecen, es cierto, la impostación de “juego literario”, —esteticista a nuestro juicio—, característica de Arregui. (**Tres hombres**, que muchos estiman un cuento de antología, es una elaboración, en un plano literario culto, de dos recurrentes temas de la mitología popular: la nobleza gaucha, el coraje criollo. El cuento es juego literario, no transcripción de verdades hondas e intensas. No creemos que el autor haya querido dar en ese cuento ni una “verdad” que pertenezca al autor mismo, ni una “verdad” hallable en la realidad. Es otra cosa. Imaginería. Lúdico afán literario. Complacencia en componer un mundo irisado pero frágil como una pompa de jabón). Pero, como dijimos, los personajes tienen personalidad literaria, como “seres narrativos”.

Las mayores excelencias de la narrativa de Arregui se hallan, a nuestro modo de ver, en los aspectos formales, en la evidente eficacia de los medios expresivos. La estructura narrativa es en Arregui —aunque a veces eluda la concepción clásica del cuento— siempre sólida. Por leve que sea la anécdota de algunos de sus cuentos, ellos muestran siempre una ajustada composición. Evidencian, además, una conciencia literaria alerta, que sabe lo que quiere y lo realiza bien. Es eficaz al montar escenarios y decorados, valorizando los detalles y dándoles significación. Cada cuento tiene su propia atmósfera. El lector halla, finalmente, en sus cuentos, una tensa voluntad de estilo. Este mantiene siempre un ritmo y un tono ajustados. Bajo este aspecto, los cuentos de Arregui sólo podrían merecer una objeción, que para muchos no lo sería: se quisiera que el autor fuera, por momentos, menos lúcido y premeditado. Leyendo sus cuentos se recuerda la afirmación de Azorín, para quien el mejor estilo literario se alcanza cuando el autor, “**embebido en su propia visión interior**” no se da cuenta de como escribe ni repara en la forma literaria. Desearíamos, a veces, para el estilo de Arregui una espontaneidad de esa índole. Anotemos que así como hay un avance del primer al segundo libro en lo que respecta a la creación de personajes, hay también un avance, entre uno y otro libro, en lo que respecta al estilo. En este segundo, se percibe mayor espontaneidad, sin que por eso se pierda las necesarias conciencia y lucidez literarias. Hay en **Hombres y caballos** un cierto equilibrio entre ambos ingredientes. Nos parece oportuno señalarlo.

El cuento que publicamos fue tomado de **Noche de San Juan y otros cuentos** (Montevideo, Ediciones “Número”, 1956).

Diego Alonso

Diego Alonso salió de su casa, saltó la cuneta, cruzó la calle y comenzó a atravesar el baldío de enfrente —la cabeza erguida, los ojos limpios, el rostro afirmado en su dibujo y también abierto y sereno, la boca modulando un silbido bajo y de sosegados ritmos. Era hombre que no llegaba a los treinta años, de estatura mayor que mediana, de piernas largas y torso bien calibrado. Vestía pantalón azul y camisa color ladrillo; pañuelo al cuello y faja puntualizaban al hijo de un barrio de pueblo todavía con zanjones, caballos y yuyos. Llevaba lisamente peinado el pelo negro y fuerte; una barba de cinco o seis días le sombreaba la cara... Caminaba con pasos seguros y elásticos: se levantaba sobre los golpes sordos de sus alpargatas en la tierra endurecida por el largo verano.

Hacia la mitad del baldío, entreparó para encender un cigarrillo. Siguió caminando, con pasos que tal vez el fumar tornó más desganados. En las pausas del cigarrillo, retomaba su silbido bajo y monótono, de lascias modulaciones. Caminó a la vera de un cerco de tunas, esquivó el melancólico caos

final de un basurero y salió a una calle ancha y terrosa, llena aun de pervivencias del antiguo campo, donde el sol caído repintaba una pared rosácea de la izquierda. Miró sin ver esa alta pared, las casas sumisas, los ciegos ranchos; fumando y silbando, marchó hacia arriba por la calle orillera tumultuosa de niños y de perros —la liviana calle sin árboles que parecía prepararse para recibir, como un sacramento, la noche próxima.

La sombra ascendente ya había sobrepasado la puerta y estaba borroneando, encima, el letrero de letras torpes, de torcidos palotes: “Peluquería La Liberal”. El peluquero detuvo su trabajo para arrimar un fósforo a la lámpara, comprobó en la uña del pulgar el filo de la navaja y continuó afeitando al hombre de botas que ocupaba el único sillón.

—A l'oscuro no hay más que una cosa que se hace bien —acababa de comentar, riéndose, el herrero gordo que esperaba turno—. ¿Noverdá? —insistía desde una gran sonrisa estática.

El peluquero (cuarentón de pelo canoso y muchos oficios, con algún vago pasado carcelario, con historias de mujeres, conocido y respetado en las timbas) gruñó apenas, aprobatorio pero hosco, y acercó más sus ojos a la mejilla del paisano. Y dijo, mandón:

—No se mueva, don Sánchez.

Vivía el dueño de “La Liberal” un día taciturno y ceñudo; cierto empaque despacible, cierto aire de inconcreta hostilidad —muy raros en él, por lo menos durante las horas de trabajo—, habían sorprendido aquel sábado a sus parroquianos; en muchos instantes —sobre todo en ocasión de determinados movimientos profesionales— su cara un poco aindiada prohijaba durezas rencorosas, acritudes casi agresivas.

La sonrisa del herrero cicatrizó con lentitud, como a regañadientes. El peluquero cambió la navaja por la brocha y luego la brocha por la navaja, y el paisano aprovechó las treguas para estirar los brazos y mirarse furtivamente en el espejo. Ni el leve ruido áspero de la barba rasada, ni el zumbar de esas moscas húmedas, pertinaces y como sonám-

bulas que crían los pueblos y los días últimos del verano, alcanzaban a rayar el silencio; antes bien, parecían inscribirse o instalarse en él, señalándolo con señales vivas y dándole así una presencia completa, actuante.

—Buenas tardes —dijo Diego Alonso, al entrar.

Dirigió un corto gesto de saludo hacia el lado del sillón —sin advertir, en el espejo, los ojos bruscamente dilatados del peluquero—, interrogó el reloj despertador que colgaba de un clavo en la pared, estrechó la mano del herrero y se sentó en una silla retacona, junto a la percha. La contenida energía que venía subrayando sus movimientos, y que aún recalcó un poco el tono de sus “buenas tardes”, se disimuló en seguida en una suerte de abandono, de acostumbrada paciencia. Apoyó los codos en las rodillas, abatió la cabeza —acallando de ese modo al herrero antes de que empezara a hablarle— y quedó como absorto en la contemplación de sus alpargatas blancas.

Pero el dueño de “La Liberal”, había interrumpido su tarea y, vuelto hacia él, lo miraba duramente, manteniendo en alto —como si fuera a arrojársela, o como olvidando de que la empuñaba— la navaja llena de jabón. Alonso sufrió, con algún sentido sin nombre, el largo, sostenido impacto de aquellos ojos, y levantó los suyos. Las miradas se encontraron; en la cara de Alonso se pintó el asombro, en la del peluquero terminó de anudarse el odio. Al cabo de un momento, la voz del último, filosa y mucho más aguda que de ordinario, partió el silencio:

—¡Todavía te animás!...

Alonso, sin desembarazarse del asombro, contrajo su cara en el esfuerzo de comprender; y, con la boca como tironeada hacia atrás desde las comisuras, preguntó:

—¿Qué?

—¡Todavía te animás a venir aquí! —gritó el peluquero.

Y tiró la navaja sobre la mesa y avanzó hasta el centro del saloncito y allí se plantó en una expectante y desarticulada actitud de pelea. El paisano —una mejilla y un lado del cuello cubiertos de espuma— se volvió, atónito, en el sillón. Diego Alonso continuó quieto en su silla baja, algo pálido,

tenso y perplejo al mismo tiempo. La mirada vivaz y un mucho pueril del herrero cuestionaba alternativamente, con urgencia medrosa, a los dos hombres enfrentados. El peluquero movió sus gruesos labios como si fuera a hablar, pero no emitió sonido alguno. La voz de Alonso fue insegura:

—¿Qué te pasa?

—¿No sabés?

—No.

—¿Con quién pensás dormir esta noche, decí, con quién?

Alonso se puso de pie. Había comprendido, y el aplomo habitual regresó a él. La voz, entonces, fue nítida, casi retadora:

—No te importa. ¿Esa mujer es tuya, por si acaso?

—No; pero me importa —declaró el peluquero en un tono muy cambiado, enronquecido.

Y adelantó la mano derecha con el índice rígido y volvió al grito:

—¡Y tené presente!...

—Peor pa vos —interrumpió Alonso, encaminándose hacia la puerta.

Pero el peluquero se interpuso, la boca todavía abierta y las manos en ademán de atajar. Alonso aprestó los puños y avanzó un paso; el otro se replegó apenas y se alzó de inmediato, y al instante relumbró en su mano el puñal corto y fino que cargaba siempre en la cintura.

—¡Te viá dar! —profirió junto con el brillo vehemente de la primer puñalada.

Alonso saltó a un lado, esquivándola por centímetros, y retrocedió. A pesar de que sabía bien que no llevaba el cuchillo —y de que hasta lo pensó, lo vió, envainado y como ajeno en el cajón de la remota mesa de luz—, tanteó y retanteó su faja. Muy pálido, retrocedió un paso más, hasta la pared.

—¡Maula! —dijo casi sin separar los dientes—. Me agarrás desarmado.

El paisano, en el sillón, buscaba con los ojos una toalla, un paño, un trapo para quitarse la espuma —buscaba desesperadamente, como si le estuviera vedado intervenir, o ponerse a salvo, mientras le quedara un resto de jabón. El herrero,

como por milagro, estaba en el medio de la calle.

—Me agarrás desarmado —repitió Alonso, fijado en la frase.

El peluquero —la cara vibrante, el puñal inmóvil reluciendo a la luz de la lámpara— dominaba el saloncito.

—Yo te viá dar— insistió con un furor ya asordinado, teñido de crueldad y cálculo.

Alonso, demudado y acorralado, miraba el puñal. La mano que lo esgrimía era grande, morena, de piel tirante, de articulaciones nudosas, sin vellos en el dorso. Helada pero viva, inexorable, la corta hoja de acero se le aproximó pausadamente, con la punta inclinada hacia abajo; luego giró y se elevó, rapidísima, y relampagueó buscándole el pecho. Alonso volvió a saltar, eludiéndola otra vez, apenas; como enajenado, vuelto sólo instinto, preciso y vertiginoso, tomó y enarboló y descargó, al tiempo en que otro puñalada lo apremiaba, la silla retacona que había ocupado. El peluquero contuvo a medias el golpe con los antebrazos, pero retrocedió tambaleándose, sin soltar el puñal. Alonso se abalanzó y alcanzó la puerta.

La calle orillera —tumultuosa de niños, perros y exaltada luz de ocaso— estaba ya como desmentida por un libre aire nocturno que sabía a campo y caballadas. Diego Alonso, largo de piernas, corrió por ella en la dirección de su casa. El peluquero lo persiguió, barbotando injurias; a las dos cuadras, muy distanciado, abandonó la persecución. Vió al fugitivo perderse detrás del cerco de tunas y regresó a “La Liberal”, con lentitud, volviendo la cabeza cada pocos pasos —el puñal en la mano, sin envainarlo.

Todavía restaba una claridad rezagada y tranquila en la ventana de vidrios sucios: un rectángulo de luz diurna que allí moría sin lucha y cuyo gris polvoriento mostraba la pieza en una quietud abandonada, íntima y también vagamente defendida.

Diego Alonso puso dos vueltas de llave a la puerta y quedó de pie y con la espalda apoyada en ella, enfrentado a

sus escasos, viejos muebles, rodeado por las cosas familiares ordenadas y desordenadas por él. “¡Qué mierda todo!”, dijo en voz alta, entre jadeos, y permaneció varios minutos como escuchando a su corazón golpear y golpear la quietud de la pieza. Después, con un aire a la vez de borracho y de ciego, cerró y trancó el postigo de la ventana y fue hacia el lado donde estaban la cama y la mesa de luz; sin saber bien lo que hacía, encendió un fósforo; su mano temblaba junto a la vela, lo sorprendió; esperó que ardiera el pabilo, apagó el fósforo, se dejó caer en la cama.

Mientras el ritmo de su corazón disminuía, se sedimentaba en Alonso la sensación humillante de haber sido manoseado, vejado, por hechos sorprendidos y demasiado vivos, por “cosas que no deberían pasar”, según se dijo. Al mismo tiempo —y veloz y entreveradamente, y ya con cierta perspectiva de recuerdo— volvía a ver el puñal, la cara del peluquero, la silla levantada, la mano grande y morena y de piel tirante, la silla cayendo y golpeando, las apretadas paredes del saloncito, la estela del puñal en el aire...; con amargura, se veía dando saltos desesperados, manoteando, descargando el sillazo, huyendo... “¡Qué mierda todo!”, repitió, subrayando esta vez de rabia conciente las palabras. Esa rabia de haber sido sorprendido y, sobre todo, de que los hechos hubieran jugado con él sin que él pudiera poner en acción el coraje de que se sabía capaz. “¡Pero qué cosa!”, se dijo. ¿Por qué? ¡Ah, no haber sabido! Y se sintió miserable, aunque con una miseria no suya sino hija de las cosas: miserable de un modo como no se había sentido desde la adolescencia. ¡Cómo se había visto atrapado por una situación indomitable, absurda, alevosa! “¡Qué cosa para putear!” Pero comprendía que lo esencial, lo suyo, no estaba tocado, y que la raíz de donde puede nacer el coraje continuaba también intacta... Miró la vela (cuya luz multiplicaba y centraba la intimidad y las defensas de la pieza ahora cerrada con dos vueltas de llave), se estiró del todo en la cama, y casi sereno, comenzó a pensar el episodio, a buscar sus posibles causas, sus antecedentes ignorados; rápidamente, recordó y relacionó alusiones no entendidas, frases

en apariencias triviales que creía olvidadas, hechos que no había tenido en cuenta. ¿Es que acaso la mujer hubiera debido advertirlo? ¿Qué había pasado entre ella y el peluquero? ¿Ella era un poco culpable? “No; no tiene la culpa”, se afirmó. Y pensó con precisión en aquella mujer de ojos siempre como recién salidos del sueño y caderas anchas y planas —mujer que había sido, durante muchos días, la forma misma del deseo—, y notó en su carne que casi no la deseaba. Cerró los ojos y trató de pensarla con el cuerpo, de evocarla directa y puramente en su condición de hembra; pero la carne siguió sin responderle. . . . Entre el hombre que meditaba derrumbado en la cama y el hombre que horas antes estaba acercándose —entero, y firme en el tiempo— a la cita y la promesa de la noche, existía como enemigo, no podía dudarle, una distancia llena de cosas perdidas y fuera de sitio, de cosas a rectificar y, más que nada, a recuperar. Sintió entonces pena, vasta y aguda pena por eso y por todo; por los insensatos minutos vividos, por el peluquero, por la mujer, por su deseo casi muerto, por él corriendo como un niño asustado por la calle orillera. . . . Movi6 las manos en un leve ademán de rechazo y abandonó la cama y comenzó a pasearse de un lado a otro de la pieza.

Cuatro pasos hasta la puerta, cuatro pasos hasta la pared del fondo. . . ; las alpargatas blancas, yendo y viniendo una y otra vez, golpeaban sin vigor el piso de tablas flojas. Y cada paso, cada indistinto y liviano golpe, parecía ir alentando en Diego Alonso la necesidad de recuperar lo perdido, de reconquistar lo que afirmaba en si mismo y en el tiempo al hombre de esa tarde. . . . Se detuvo frente a la puerta cerrada y pensó en el hombre con su cuerpo que, hacia el amistoso fin del día, repechara fumando y silbando la calle orillera; pensó en él como en otro, como en una persona querida que ya no existiera o que se encontrara lejos, muy lejos. Estuvo un momento más como tratando de mirar a través de la puerta, apretó los puños y los labios, se tanteó la faja, recommenzó a caminar de un lado a otra de la pieza. Sí: tenía que volver a ser el que había sido esa tarde, ese día, ese año —el que había sido siempre desde el día o el minuto ya olvidado en

que aprendiera de una vez por todas quien era. Tenía que rehacerse, sí, y debía intentarlo. Y podía, también; podía porque la raíz del coraje estaba intocada, y una guapeza —aquella guapeza— era realizable... Cuatro pasos hasta la puerta, cuatro pasos hasta la pared del fondo...; sus pies golpeaban ahora con mayor decisión las tablas temblonas del piso. Finalmente, hizo lo que desde largo rato —quizá desde su arribo a la pieza— sabía de algún modo que iba a hacer: abrió el cajón de la mesa de luz y tomó el cuchillo.

Al entrar esta vez en “La Liberal” —el cuchillo bien oculto en la faja—, Diego Alonso no dejó de advertir en el espejo los ojos que se dilataban del peluquero. Otro hombre vestido de paisano, la cara inaveriguable bajo la espuma y la brocha, ocupaba el único sillón. Un desconocido de aspecto enfermizo y traje negro esperaba turno.

Alonso se sentó en la misma silla retacona de antes, silla que ahora —comprobó— tenía una pata floja y un palillo roto. El silencio de la peluquería —sin el zumbir de las moscas ya dormidas— era liso y quieto, irrompible. Colgado de un clavo en la pared, el reloj despertador roía el tiempo; su tic-tac laborioso incidía limpia y delicadamente en el silencio y actuaba como perfeccionándolo. Lejanos e irreales —irrealizados por la noche— llegaban gritos de niños. La lámpara humeaba un poco.

El peluquero dejó la brocha y —serio, circunspecto, profesional— comenzó a asentar la navaja. Una mariposa nocturna golpeó contra el tubo de la lámpara.

—Creiba qu’iba a encontrar la barbería cerrada —resonó sorprendentemente la voz desteñida y nasal del paisano—. ¡Pobre mi compadre Atanasio! Pa morirse, mire...

—Los sábados cierro más tarde —lo interrumpió con voz severa el peluquero—. Estese quieto —ordenó levantando la navaja y espionando por el espejo al inmóvil Diego Alonso.

El desconocido de aspecto enfermizo armó un cigarrillo delgadito y fumó con movimientos un poco duros; apretaba bien la boca después de aspirar el humo y lo expelía en su

totalidad por las narices, en dos chorros verticales, como la respiración de los caballos en el invierno. Alonso miraba el suelo, sus alpargatas, el indiferente hombre de traje negro, el humo sutil de la lámpara; veía los hombros y la nuca del paisano, veía —sin mirarlo directamente— al peluquero; oía la marcha del reloj, algún grito suelto y lejano, algunos lardidos, el levísimo ruido de la navaja; sentía el latido de su sangre.

—Está —dijo el peluquero.

El paisano se miró en el espejo y tendió un billete al peluquero.

—Pa mañana estoy barbudo —murmuró sin dirigirse a nadie—. Son apuradoras pa la barba las noches 'e velorio...

Ninguno de los otros tres hombres demostró haber oído.

—Sirvasé —dijo el peluquero.

El paisano recibió el vuelto, saludó con timidez, salió. El desconocido pasó a ocupar el sillón.

—Afeitár —dijo—. Una sola pasada.

—Bien —dijo el peluquero, y comenzó a enjabonarlo.

El reloj avanzaba sobre el tiempo; su tic-tac encarnizado aniquilaba los segundos, demolía y consumía los minutos; era la pequeña máquina un pequeño, insaciable monstruo comiendo el tiempo, tragándolo y haciéndolo pasar por dentro de él, lo mismo que esas lombrices que avanzan devorando su camino en la tierra. Alonso miraba el suelo, las alpargatas blancas, la colilla humeante que había dejado caer el hombre de negro; veía moverse y trabajar al peluquero; sentía en las sienes y en las muñecas la pulsación de su sangre. La navaja no producía ruido alguno al segar la barba —sin duda flaca y escasa— del enfermizo forastero.

Lo colilla dejó de humear. Poco a poco aumentaba el número de las mariposas nocturnas que golpeaban el tubo de la lámpara. El incesante tic-tac trabajaba hábilmente la superficie lisa del silencio. Alonso sentía ganas de fumar pero no lo hacía.

—Bueno —dijo el peluquero.

El desconocido pagó y se fue.

Solos, Alonso y el peluquero quedaron frente a frente. El peluquero, junto al sillón, atareaba las manos en doblar una toalla, y ponía en ello un cuidado desmedido. Sus ojos de vidrio negro —demasiado cercanos entre sí— miraban no a la cara de Alonso sino más bien al aire donde se inscribía la cabeza inmóvil del hombre sentado. Este, en cambio, sostenía rectamente sus ojos en la cara, en los ojos del otro. Quizá medio minuto pasó así sobre ambos... Al fin, el peluquero depositó en la mesa la toalla, que tal vez fue la que con más esmero dobló en su vida. Alonso se puso de pie y —muy pálido, el rostro como nublado y endurecido en el acatamiento a la voluntad de guapear— avanzó y ocupó el sillón.

—Afeitame —pronunció con voz clara y fría.

Y cerró los ojos y apoyó la nuca en el soporte del sillón.

El peluquero lo contempló casi como solía observar el filo de sus navajas para descubrir una melladura, y luego, gravemente, tomó la brocha. Muy seria y compacta la cara un poco aindiada, brillantes y contenidos los ojos demasiado cercanos entre sí, estricto y preciso en sus movimientos, cubrió de espuma la barba del hombre que había intentado apuñalar. Años de oficio, cientos y cientos de barbas enjabonadas parecieron convergir en aquella precisión bastante mecánica, en aquella mesura de movimientos que lindaba con la ritualidad... Abandonó la brocha y, con mayor gravedad aún, tomó y levantó la navaja. La filosisima hoja de acero relumbró a la luz de la lámpara, empuñada por una mano grande, morena, de articulaciones nudosas, sin vellos en el dorso. Diego Alonso no abrió los ojos.

La navaja comenzó su camino al lado de la oreja, descendió por la mejilla, llegó hasta el hueso de la mandíbula, se detuvo... El peluquero la limpió y la pasó por el asentador. Relumbró de nuevo y se acercó a la cara de Alonso y continuó afeitando hacia el mentón. Producía un leve ruido seco, áspero. Volvió a detenerse, volvió a relumbrar limpia, y cambiando el ángulo de su filo, bajó hacia la nuez, se desvió, afeitó un lado de la garganta. Los movimientos del peluquero eran todavía más refrenados, profesionales y lindantes con lo

ritual que cuando manejaba la brocha. Relumbró la navaja, comenzó su camino al lado de la otra oreja, descendió la mejilla, repitió toda su acción. Diego Alonso respiraba por la nariz, rítmica y audiblemente, con mucho de quien duerme. El filo para arriba, la navaja fue del mentón al labio inferior, afeitó las comisuras de la boca, saltó, limpió el espacio del bigote —terminando de descubrir un rostro duro en el que los ojos cerrados, apretados, difundían hermetismo.

—Bueno —tuvo que llamar el peluquero.

Alonso abrió los ojos, lo miró... y pidió:

—Otra pasada.

—¿En contra?

—Sí.

De nuevo cerró Alonso los ojos, y de nuevo la brocha lo enmascaró de espuma. Y la rápida y reluciente navaja, con breves interrupciones recorrió a contrapelo sus mejillas, costó el hueso de la mandíbula, afeitó hacia los costados del mentón, saltó al labio superior; casi de punta, buscó y limpió los troncos del cuello, la nuez, la garganta.

—Bueno —volvió a llamar el peluquero.

Alonso abrió los ojos y se enderezó en el sillón. El espejo le entregó su cara: afeitada, pálida, bien afirmada en su dibujo.

El peluquero —un poco retirado— se demoraba secando la brocha y la navaja.

Alonso lo miró un instante; reacomodó el aflojado pañuelo que llevaba al cuello, abandonó el sillón, depositó unas monedas sobre la mesa, salió de la peluquería.

El peluquero se apresuró tras él, pero no fue más allá de la puerta.

La calle orillera estaba llena de noche, de una noche reciente y agreste, sin luna y como acostada boca abajo, de espaldas a un alto y estrellado cielo de verano.

Débiles faroles ascendían en perspectiva rumbo al centro del pueblo; otros faroles de luces indolentes descendían, y se desgranaban hasta perderse, en el rumbo del campo.

Diego Alonso —largo de piernas, dueño de pasos seguros y elásticos—caminó hacia arriba por ella. Caminó con su andar acostumbrado, sin apuro, levantándose sobre los golpes sordos de sus alpargatas en la tierra endurecida. El primer farol lo denunció al pasar. Muy cerca de la esquina, ya en la luz del segundo farol, retomó su silbido bajo y monótono, de lacias modulaciones. Hubiera debido, quizá, doblar a la derecha, pero siguió sin desviarse por la calle que subía. Otro farol lo mostró, más borrosamente.

Desde la puerta de “La Liberal” —doblado hacia adelante para ver mejor— el peluquero lo miraba alejarse. Ya no lo veía, ya sólo lo adivinaba. Se dobló más, quietos como piedras negras los ojos. Otro farol se lo indicó un instante. Siguió mirando, obstinadamente. Un farol lejano le dió una sombra que quizá fuera Diego Alonso. Siguió mirando... Cuando era del todo imposible verlo, y cuando lo supo también fuera del alcance de su voz, se volvió y entró en la peluquería y cerró la puerta con un golpe seco, fuerte, excesivo.

XIX

Luis Castelli (1919)

He aquí un escritor que parece empeñado en practicar, en lo que se refiere a su presentación ante el lector, una especie de arte de prestidigitación nominativa. En su calidad de ensayista, crítico y conferencista es Domingo Luis Bordoli; como narrador, Luis Castelli. Este pintoresco fregolismo literario fue, por otra parte, para los lectores del autor, y casi desde el comienzo, un secreto con clave conocida. Domingo Luis Bordoli Castelli es el nombre completo de esos dos escritores que son uno, y Luis Castelli no es más que la conjunción del segundo nombre de pila y el segundo apellido. Es curiosa esa duplicación nominal en un escritor cuyas manifestaciones literarias diversas —ensayo, crítica, cuento— muestran una fisonomía tan unitaria y coherente. En último rigor, y si atendemos bien a su postura ante el mundo, a su visión de los hombres y de la realidad, percibimos que una misma sustancia humana y literaria corre, cálida y emotiva, por las páginas del narrador, del ensayista y del crítico. (Y, para sus amigos, también por esas letras y músicas de tango que compone como esparcimiento íntimo que ni se oculta ni se ostenta). Así, pues, ni el narrador es una especie de doble del crítico y ensayista, ni éste una especie de doble de aquél. No hay mutuo enmascaramiento. Contrariamente, uno y otro no enmascaran sino que evidencian a un mismo escritor que ha sabido acercarse a la realidad —los libros forman parte de la realidad también— con fineza intelectual y, a la vez, con estremecimiento emotivo. O mejor, si se quiere, dentro del orbe constituido por una intuición emocional de la vida —intuición descubridora de valores— se instala la fineza intelectual y organiza y sedimenta ese orbe. Orbe que tiene una clara tensión espiritual: la que le comunica el sentimiento cristiano —con precisión: la ortodoxia católica— del escritor. Como otros escritores de su promoción, Domingo Luis Bordoli tiene poca obra édita en libro. Estos, hasta ahora, son dos: uno de cuentos, *Senderos solos* (1960) y una *Vida de Juan Zorrilla de San Martín* (1961), que obtuvo el primer

premio en el concurso organizado por el Concejo Departamental de Montevideo para conmemorar el centenario del nacimiento del poeta. Pero, igual que otros escritores de su promoción, tiene mucha labor dispersa en publicaciones periódicas, la cual irá poco a poco —pensamos— entregándose en libros futuros. Añadamos, para completar esta imagen inicial, que fue, junto con Washington Lockhart, co-director de la revista de literatura *Asir*.

Doce cuentos congrega *Senderos solos*. La mayoría de ellos tienen un marco preciso: la ciudad de Mercedes (donde el autor, aunque nacido en Fray Bentos, ha vivido gran parte de su infancia y adolescencia). Las excepciones más notorias de esta ubicación geográfica son *Calle Ellauri*, de ambiente montevideano, y *Mundo verde y rojo*, cuya acción transcurre en la época artiguista (parte en Montevideo, parte en algunos lugares de nuestra campaña). Esta caracterización nos enfrenta a un conjunto de cuentos que, en su aspecto más externo, no dejan de tener un cierto satinado costumbrista. El autor, en efecto, se complace en ir construyendo una imagen del pueblo y sus habitantes sin rehuir, a veces, lo que uno y otro tienen de pintoresco y aún de humorístico. Pero este aspecto constituye sólo la corteza de los cuentos, porque el escritor ha efectuado un corte vertical a partir de esa superficie, y su mirada ha apresado, dentro, realidades más profundas. Con ellas ha creado su propio mundo narrativo. Este mundo narrativo ofrece, junto a ese satinado costumbrista y sin destruirlo, otro rasgo esencial: casi todos los cuentos constituyen, considerados globalmente, una especie de “*atmósfera lírica*”. ¿Cuál es el carácter del lirismo con el que se construye esa atmósfera? Diríamos, inicialmente, que ese lirismo no es una forma de la “*evasión*” sino del “*arraigo*”; es un lirismo que surge espontáneamente de los “*contenidos*” de la realidad. Se manifiesta, en ocasiones, como expresión de una gozosa, casi voluptuosa emoción ante la naturaleza: “*El pasto está tibio en medio de la tarde y baja en apretadas filas hasta bañarse en la ondulación silenciosa del agua; ésta se quiebra, a veces, en una pedrería de pequeños globos transparentes, y el pasto se revuelca allí lleno de verdor y juventud*”. En otras oportunidades ese lirismo nace de una delicada apre-

hensión de esos "primores de lo vulgar", de esos destellos de poesía que arrojan de sí las realidades más humildes: "Un poncho pampa cubre su cama. Este poncho de Marta es como un alma. Está lleno de su propia dicha y para poder vivirla se ha cubierto de humildad; así nadie lo advierte, ni nadie lo incomoda". Otros modos de manifestación tiene este lirismo (1). Dejémoslos de lado y anotemos que dentro de esa "atmósfera lírica" que es globalmente el cuento, el autor ubica personajes apresados con mirada realista y transmitidos con fidelidad a esa forma de visión. Al comentar, más abajo, algunos cuentos, nos referiremos a los caracteres de algunos personajes, pero nos parece oportuno consignar aquí que una manifestación de ese realismo en la aprehensión de los personajes se halla en la abundancia de breves retratos que el autor va diseminando a lo largo de sus cuentos. Son a modo de miniaturas, compuestas de algunos elementos estáticos, descriptivos, y de algún otro dinámico (un hecho, una anécdota) que da la singularidad psicológica. Véase, elegido al azar, el retrato del vasco Ezcurrea: "Era un viejo fornido, mas de piernas enclenques. Cuando se emborrachaba, se ponía impresionante. En una ocasión le dió un puñetazo a un caballo y recibió una coza en el muslo. Otra vez se prendió al teléfono a manijita y no recibiendo comunicación de inmediato, trajo un hacha y partió el aparato". Hubiéramos deseado reproducir otro de estos retratos (algunos tan llenos de humor y de gracia como los del vasco Pedro y el viejito Mederos, hinchas de fútbol, que aparecen en *El entierro*). La dimensión de estas presentaciones lo impide. Digamos, en cambio, que esta conjunción de lirismo y realismo es uno de los ingredientes que le dan un "sabor" original a los cuentos de *Senderos solos*. El aura poética que baña a los personajes (sin que ellos pierdan sus

(1) En dos cuentos (*Trago amargo* y *El entierro*) la "atmósfera lírica", sin desaparecer del todo, abre paso a un clima de "humor" dentro del cual se ubican los personajes. Pero notemos que el "humor", por lo que tiene de intensamente subjetivo, y especialmente si no es una forma del sarcasmo o la ironía, es también un modo de lirismo.

perfiles de realidad objetivamente apresada) los depura estéticamente, opera como elemento "cathártico". Esa inmersión en aguas líricas arranca también, en algunos personajes, destellos inesperados. (Recuérdese, al respecto, a Simón "el burrito", en **Día de lluvia**, paseando su inocencia en el encanto de esa llovizna mansa que, con aire de cosa inmemorial, cae sobre el pueblo).

Emir Rodríguez Monegal, en una nota titulada **Otra forma del rigor** (2), ha escrito que "la densidad humana de los temas" es característica de la narrativa de Luis Castelli. Entendemos que el crítico incluye en el cuerpo de la palabra temas, esta otra: personajes. Con esta explicitación, expresamos nuestro acuerdo con la afirmación de Monegal, subrayando, además, que esa densidad humana se manifiesta de distintos modos en los diversos cuentos. En algún cuento, **La golondrina**, por ejemplo, la densidad humana del tema y los personajes consiste en la verdad esencial con que está visto un drama de desolación y pobreza. Y proviene también, sin duda, de la co-participación sentimental en ese drama. Esa co-participación caldea con calor de vida la historia, sin enturbiar sus contornos esenciales. Con cuanta verdad (y qué nimbados de melancolía) surgen a la vida narrativa esos tres niños, y su padre, que parecen haber sido puestos en el mundo sólo para luego bañarlos en desolación y desdicha. (La muerte les arrebató a la madre; el descuido de un extraño, al cordero "Solito"; la pobreza, a la vaca "Golondrina"). Otras veces, los personajes y los temas adquieren su densidad humana a través de un estado (confuso en algunas ocasiones pero excitante siempre) de adoración de la vida. Adoración que no tiene su raíz en un hecho concreto que promueva la felicidad, sino en la temperatura interior del personaje mismo; casi diríamos que se genera en una especie de ebullición vital íntima de la que el personaje mismo apenas tiene conciencia. Tal ocurre en los adolescentes de **La pradera** y **Viento de primavera**, lanzados a la ejecución de hechos en cierto modo extravagantes pero en los que desahogan su anhelo de aventura y de riesgo. Hay dos

(2) Número. Año 2. N° 9. Julio-agosto de 1950.

cuentos: **La luz del hogar** y **La voz interior**, en que esa densidad humana de temas y personajes se verifica a través de algo que, aunque existente también en los otros cuentos, se evidencia en estos dos en forma más precisa. Ese algo es lo que podríamos llamar intuición de la “**vida comunitaria**” de los personajes, esto es, sus recíprocas influencias, a pesar de que muchas veces procuran vivir conciencia adentro como amurallados en un recinto de soledad. En **La luz del hogar** el juego de mutuas acciones y reacciones se da entre el viejo Dal, el zapatero Giménez y Nicolás. Ese juego es en este cuento muy complejo y urde un entramado muy delicado. Cada uno de los tres personajes lleva en sí un drama íntimo (recuerdo obsesivo de su hijo suicida, el zapatero; paternidad no realizada, el viejo Dal; soledad interior, incluso sensación de “**ajenidad**”, Nicolás), pero la conciencia de los tres está signada por una obsesión común: la idea de la muerte, presencia que anda enredada en todas las líneas del cuento. Aunque no es posible mostrar aquí en todas sus manifestaciones el aludido juego de acciones y reacciones mutuas, sí es posible indicar que es el suicidio del zapatero Giménez, es decir, la presencia concreta de su muerte, lo que determinará las reacciones más iluminantes del viejo Dal y Nicolás (dando lugar a la hermosa escena en que éste último va a nadar de noche al río, como con un gesto de desafío, sobre el mismo lugar donde había caído el zapatero, ya herido de muerte). En **La voz interior** hay como un enfrentamiento dialéctico entre dos seres antagonicos: Federico Borraz, alucinado por su miseria moral, y el casi seráfico verdulero Dionisio, alucinado, a su vez, como atravesado por una luz maravillosa, por la presencia de Dios. El cáncer que Dios mete en el cuerpo de aquella alma seráfica perturba a Federico y lo doblega ante ella; a su vez, Dionisio, frente a la reacción de Federico, descubre el sentido de su muerte (ve “**su propia muerte y la de cada criatura, enseñando a vivir a sus hermanos extraviados**”). Esta intuición de la vida comunitaria explica, además, el porqué hay en estos dos cuentos (e igual ocurre, aunque en menor proporción, en otros de **Senderos solos**) tantos personajes episódicos o secundarios. Ellos son un “**coro**” necesario. Los incidentes de la vida pueblerina, siempre que se regis-

tren en un grado de relativa intensidad, no son acaceres "individuales" sino "colectivos". Es todo un grupo humano que, aunque en distinto grado, se convierte en "actor" del acontecer. Los cuentos de **Senderos solos** transmiten con insuperable verdad este hecho. Y he aquí cómo esa abundancia de retratos de seres pintorescos que dan el satinado costumbrista de los cuentos, se convierte, en un plano más profundo, en elemento esencial de la creación que el autor se ha propuesto. Ellos crean una "atmósfera" imprescindible.

Se le ha reprochado a Luis Castelli, con cierta frecuencia, la debilidad de estructura de sus cuentos. Si atendemos a lo que el escritor "**ha hecho**", ese reproche, a nuestro juicio, es válido sólo muy parcialmente. Apresuramiento, por instantes, en el ritmo narrativo, algún descuido de escritura, son debilidades que cualquier cuento soporta bien (no hay casi autor que no pueda ser pasible, en ocasiones, de idénticos reproches). Pero los cuentos de **Senderos solos** tienen su estructura y se ciñen a claras normas narrativas. Si pensamos en lo que el autor "**pudo haber hecho**" admitimos, sí, como se ha dicho por algunos críticos, que la generosa materia humana de algunos de sus cuentos (en cuyos personajes entran en juego las ideas de la muerte, de Dios, del sentido de la vida, de la soledad, de la refracción de unas conciencias sobre otras), ganaría muchas veces si hubieran sido llevados a la dimensión de novelas breves. Dejamos señalado así suscintamente nuestro entender al respecto y pasamos a decir que los dos cuentos elegidos, tomados de **Senderos solos** (Montevideo, Ediciones Asir, 1960), se ubican en esa línea de creación de realismo lírico definidora de la fisonomía narrativa del autor.

Mundo verde y rojo

I

La gente solía decir, e Isidoro no lo ignoraba, que no se encontraría en todo el lugar un muchacho como él, más pacífico, más afable y deseoso de complacer a todo el mundo. Su semblante tenía el aire de pensar que es muy bello estar mirando los frescos pámpanos de las parras en el verano, y sentarse luego debajo de una de ellas para seguir escuchando aquella misma tranquilidad poblada de hojas. En la cara delgada de Isidoro, el mentón un poco saliente, denunciaba el hijo del vizcaíno, como asimismo la gorra negra que usaba sobre una oreja para descubrir en la sien opuesta un poco de pelo tenso peinado hacia atrás. En cambio, “su rostro aceitinado y sobre todo, sus ojos oscuros, tenían esa expresión dulce y medio triste que con frecuencia se ve en los muchachitos criollos de origen español”.

En la calle que el Montevideo antiguo llamó “de los Judíos” donde don Manuel Ayllón tenía instalado un almacén

de comestibles que era al mismo tiempo tienda y ferretería, podía verse a Isidoro sentado detrás de una compuerta, junto al mostrador donde asentaba los créditos. Allí se aburría mientras su cabeza se llenaba poco a poco de ideas. Era toda una escena contemplar al viejo comerciante de cara rubicunda cubierta de barba rubia y ensortijada, tan nutrida que apenas dejaba ver dos rosetones de púrpura sobre los pómulos, amenazando con el índice extendido y los ojos color de tabaco, centelleantes, a la cara distraída y soñadora de su primogénito. El muchacho tenía la actitud del que sentándose al borde del lecho cuando apenas ha despertado, se empeña en recordar el sueño que ha tenido durante la noche.

La verdad del caso era que don Manuel Ayllón estaba cada día más prendado de su propio hijo. El muchacho por su parte había entrado en un período de desconcierto. Cuando niño no había dejado al igual que los otros de corretear por las barrancas de la costa, saltando por entre las vigas de madera y amontonados desechos de los barcos. Usaban los pequeños la contraescarpa de la muralla de cuya altura descendían resbalando uno por uno, con las manos cruzadas sobre el abdomen. Isidoro hacía el tobogán una o dos veces y se quedaba luego ratos perdidos con los ojos clavados en el oleaje. Iba como despertando en él una necesidad de adoración y al mismo tiempo un confuso sentido de propiedad respecto a aquella tierra que rodeaba la espuma, cuya mansedumbre, visible en los pastos, en las piedras y en los desechos maderos, parecía dilatarse y vibrar cuando la atravesaban aquellas sucesivas y brillantes ráfagas.

Muchas veces experimentó sensaciones de esta índole, sobre todo en una ocasión en que con otros colegiales, había acompañado al Padre Arrieta hasta la farola del Cerro. El sacerdote se había propuesto perfeccionar la linterna, imprimiéndole un movimiento giratorio mediante un mecanismo de cuerdas. Durante muchas tardes estuvo trabajando en lo alto de la torre moviendo de un lado al otro las candilejas de barro, y daba órdenes a gritos, muy satisfecho de su invención. Isidoro en vez de tratar de comprender el mecanismo del

Padre Arrieta, se pasó todo ese tiempo sentado sobre el pasto que crecía al pie del murallón. Entonces experimentó una y otra vez en una y otra tarde, la sensación de que su vida dejaba de pertenecer a su familia, a sus padres, a lo que le había sostenido hasta entonces, y entraba a formar parte de aquellas colinas, de aquellas pasturas invernales que en las hondonadas se mostraban verdes y con centelleos de agua.

En el año 1815 la infancia de Isidoro llegaba a su término. Montevideo soportaba el gobierno de Otorgués. En el café de San Francisco establecido frente al antiguo Convento solían reunirse Blasito, Gay, Encarnación, los capitanes, los "guapos" de Otorgués. Allí "se jinetearon gordos" muchas veces. La humillación y la terrible prueba moral a que fue sometido en ese sitio don Manuel Ayllón, se grabaron para siempre en la mente de su hijo. Solía visitar dicho café un tío abuelo de Isidoro, un anciano encorvado, pequeño, de pelo blanco, rostro sonrosado y actitud solemne. Acostumbraba a llegar todos los domingos después de misa, a eso de las once. Se sentaba siempre en el mismo lugar junto a una ventana que daba a la calle San Luis, y golpeando con el bastón entre sus rodillas se hacía servir un coñac. Allí solía reunirse con otros ancianos para conversar sobre política hasta el mediodía. Entonces el ambiente estaba sacudido por la posible venida de un ejército reconquistador español. Fue una de esas mañanas de domingo, cuando apareció en la puerta Manuel Gay. Mostraba bajo su cara congestionada de caña, la blusa militar desabrochada en lo alto de su cuello, y por allí escapaba un vello encanecido. Vestía una gorra militar que había perdido la visera y su chaqueta azul con vueltas rojas, aparecía muy gastada. Empezó a balancearse sobre sus pies y a torcer la boca con asco como si hubiese probado estiércol o cosa parecida. Don Manuel Ayllón estaba sentado aguardando a su tío, en la mesa que aquél solía ocupar sobre la calle San Luis. El capitán empezó a recorrer con la mirada el semblante de cada uno de los parroquianos. El anciano entró por la calle San Fructuoso en el preciso instante en que la mirada

cruel de Gay se clavaba en la puerta. Había en el viejo un aire antiguo de señorial dignidad, un cierto empaque que, un alma buena, hubiera juzgado cómico, incluso tierno, pero que resultaba particularmente insoportable a la gente de Otorgués.

—¡Ajá!, a vos mismo... clamó Gay.

Sin percatarse de nada el anciano venía con paso menudo y ágil dando la vuelta hacia su mesa, cuando Gay se le acercó, remedándole con bastante precisión el trotecito, y asiéndole de la nuca se lo hizo continuar un poco más rápido.

En un instante, el anciano quedó transformado en una figurita de trapo, en un muñeco de resorte, o en una especie de vehículo que piloteado desde la nuca rodaba hacia atrás o hacia adelante con celeridad cada vez más viva.

—¡Tubiano viejo!...

—Medio nadita...

—Ta'todo ispiáu...

Y haciendo coro se desverijaban "los patrias" entre relinchos y risotadas.

Cuando Gay tuvo a su víctima en el centro del café, a vista de todos, lo lanzó de bruces y le saltó encima. Junto a la ventana, don Manuel Ayllón se revolvía en su asiento, lívido. Deseaba abalanzarse contra el salvaje y deshacerlo, entre sus uñas y con los dientes, aunque se le echara encima la jauría de forajidos y acabara luego con él a puñaladas. Pero la imagen de su mujer y sus pequeños hijos le retenían en su rincón.

Entre tanto Gay, daba vueltas sobre su humana cabalgadura a la que espoloneaba en el anca con una aguja colchonera. Lo que realmente impresionaba era el ímpetu prodigioso, casi sobrenatural, con que, a cada espolazo brincaba aquel viejecito de fuerzas tan débiles. Dos o tres veces logró erguirse y mantener en el aire el cuerpo del matón; después cayó destrozado, hecho un ronquido, inerte, recorrido de arriba a abajo por un temblor animal, y con la boca babeante.

—Ta reventau... comprobó con gesto curioso Gay, y

seguidamente lo cruzó de un chirlo por las corvas al mismo tiempo que gritaba: ¡Vamos! Cuando don Manuel Ayllón y otros parroquianos acudieron a levantar al viejo, éste ya había perdido el conocimiento.

Al mediodía, el comerciante que se había decidido a no revelar sus pensamientos hasta después del almuerzo, no pudo resistir más y, con cara demudada, comunicó a los suyos que debían marcharse de la ciudad cuanto antes. Un temblor de furia agitaba su cuerpo. Ninguno de los suyos le había visto jamás en ese estado. Don Manuel no pretendió eludir las preguntas de su esposa: contó la brutal escena con todos sus detalles, y cuando recordaba su indecisión crispaba los puños y se cubría la cara con las manos. Las dos pequeñas hijas aterrorizadas seguían con la vista todos sus movimientos. Levantada la mesa, don Manuel llevó aparte a su hijo Isidoro y hurgando en una de las estanterías de su negocio dio con una caja de la que extrajo un puñal, con la vaina adornada de flores de plata en una mano, y la hoja de acero en la otra. El padre masculló: Aquí tienes, es para que lo uses... —y con tristeza agregó: —Si algún día te viera aflojar como lo he hecho esta mañana, me moriría de pena, Isidoro. Y sus ojos fijos sobre el brillo de la hoja, parecían penetrados de ese mismo fulgor cuando miraron a la cara del hijo. Pero en realidad los ojos del comerciante brillaban de llanto e Isidoro se sintió invadido por la ternura.

Al día siguiente la familia Ayllón abandonaba la ciudad y se dirigía hacia el Manga buscando refugio en la chacra de Berro. Durante todo el viaje el padre se mantuvo silencioso. Isidoro interpretaba aquel silencio cavilando sobre la brutalidad del ambiente. Repasaba algunas escenas que había visto en la calle, alguna conversación que escuchara desde el umbral de los negocios. Recordaba una charla de dos soldados sobre diversos casos relativos al degüello y sobre todo no podía olvidar la ferocidad mediante la cual revelaban en sus palabras el placer, mejor dicho, la lujuria de matar plena y lentamente a un hombre.

—Después de un desfile e pescuezos duros de puros

viejos, si usted se hace una buena garganta'e muchacho, ej como un consuelo mismo, es sin duda nomás —decía uno de ellos con una actitud embelesada. Aquellas palabras produjeron en Isidoro un escalofrío, al mismo tiempo que la existencia toda se le iba imponiendo como una pesadilla incomprensible.

Las tribulaciones de la familia fueron poco a poco desapareciendo. Isidoro sentía, a veces, un malsano placer en descargar frente a todo lo nativo el rencor que había ido acumulando en la ciudad. El estado anímico de Isidoro, como el de toda la familia, cambió cuando trabaron conocimiento con un sacerdote.

Desde el año 1811, este sacerdote solía ir con frecuencia a la chacra de Berro. En esos días en que conoció a los Ayllón acababa de realizar un viaje a Paysandú y tenía una viva necesidad de contar sus impresiones. Por ejemplo, aquellas leguas y más leguas de arenales y cardos; la balsa construída con cuatro barriles sobre la que tuvo que pasar su coche; los míseros ranchos de pobres gauchos —catres de cuero, puertas de cuero, techos de cuero— el asado, servido también sobre un plato de cuero, y el guiso que a falta de cucharas comieron sirviéndose de conchas, “cucharitas de agua”.

Llegó a la chacra una de las primeras mañanas de julio. Llovía suavemente y en ese estado se mantuvo el tiempo todo el día. Apenas descendió del coche, enderezó bajo la placidez de aquella menuda lluvia hacia un cantero del jardín donde abundaban los junquillos y podía verse alguno que otro jacinto y alelí. Y se quedó allí un rato, con gran placer y concentración, mirando las flores que las finísimas gotas de lluvia sapicaban y envolvían a modo de un ligero vapor. Después se dirigió a la casa y saludó afablemente. Contemplaba aquel rostro colorado y aquel igualmente rojo y grueso cuello de toro, la familia Ayllón tomó contacto con otro sentido de la patria, representado por una aspiración moral y casi poética. Había en la voz y en el semblante del sacerdote una pureza tal, que más que sus descripciones del campo, parecía

estar empeñado en expresar otra cosa, una cierta piedad con respecto al país, mezclada a un entusiasmo lleno de ideas.

II

Una tarde, domingo de fiesta de 1817, saliendo por la puerta de San Pedro, Isidoro se echó a galopar de prisa rumbo a la Aguada. Cuando el animal empezó a ceder en su carrera, el muchacho lo apartó del camino y lo internó entre unos cardos. Después de breve trecho desmontó. Las plantas se hacían a poco, tan altas y espesas que un hombre sobre su cabalgadura podía quedar allí perfectamente oculto. Se dejó caer al suelo, al pie de los cardos, en un pequeño limpión cubierto por una colcha de trébol. Y en aquella hierba, hundió los brazos y el rostro como si deseara ocultarse un poco más. Las lágrimas rodaban por sus mejillas de un color verde aceituna que, ahora, un sentimiento de vergüenza enrojecía.

—Nunca serás nada, Isidoro— decía a sí mismo, sin poder olvidar un rostro y unas cuatro o cinco palabras que parecían haberle como sepultado bajo un montón de tierra. Isidoro se había enamorado de Ignacia. Tenía entonces dieciséis años. Pero la muchacha lo tenía por un cobarde, demasiado delicado y doméstico para ser un hombre de esos tiempos. Ella había perdido a su padre y a su único hermano; y hacía poco más de una semana que la noticia de la muerte del último había llegado a la familia. Los dos habían luchado en filas de Artigas. El no podía dejar de pensar en el rostro encendido desde dentro, como un fuego sombrío que avivaba las bronceadas mejillas. Esa era la idea más hermosa que él se había hecho de la juventud y de la vida en general; la idea de un cuerpo ardiente y sano asociado a una mirada melancólica. En realidad, habían cambiado entre ellos pocas palabras, en alguna fiesta juvenil o en las conversaciones que intercambiaba todo el mundo a la salida de la misa. Sin embargo, lo que acababa de ocurrir era sin duda definitivo. Deseando verla, el muchacho había llegado hasta la casa de

Ignacia, y saltando el cerco de ramas se había deslizado en el corral. La muchacha lo vió venir, pero no se inmutó. Era un poco menor que Isidoro. Estaba vestida de luto, con el rebozo negro volcado hacia atrás. Fingió no verlo, mientras continuaba arrancando unos tomates y enderezando los zarzos. Cuando Isidoro, rojo de vergüenza, se proponía decir algo, ella levantó los ojos y lo miró. Isidoro entró entonces en un estado de alalamiento. Aquello era una mirada que parecía sin párpados, completamente helada, semejante a la de una serpiente. Se dió cuenta que detrás de aquellos ojos acumulábase una enorme masa de energía. Isidoro bajó los suyos, y cuando ya se volvía oyó que Ignacia, desde atrás, serenita, lo levantaba en un insulto en el que eran mencionada su madre y el parto, su padre y España. Cuando se dio vuelta para replicar tornó a encontrarse con aquellos ojos. El deseo de deshacerla a puñetazos dejó paso a un sentimiento de extrañeza que no había experimentado jamás. Estaba contemplando, por primera vez, una especie de odio en estado puro, con toda su ferocidad concentrada en ese punto, pequeño como una cabeza de alfiler, en el que se hacía brillante la negrura de los ojos.

Ahora, él se estaba allí, temblando, encerrado entre los altos tallos de los cardos y sacudido por los sollozos. Le martirizaba el hecho de que no podía hacerse hombre de una vez por todas. A su lado había tendido la escopeta, y ésta quedaba casi oculta por las tibias hojas del trébol salpicado aquí y allá por pequeños botones amarillos.

Hacía poco más de un año, en el tiempo en que entraron a la plaza las tropas de Rivera, Isidoro se había sentido inmensamente feliz. La gente rivalizaba en su deseo de hacer bien a los soldados. Muchachitos de su edad servían en el ejército, y él quedaba trémulo y ardiente cuando ellos, recibidos como una bendición, sonreían a las mujeres y a los niños con toda la amplitud de su dentadura. Isidoro, llevando de la mano a sus hermanas y confundido entre los vecinos, experimentaba aquella sensación de afabilidad y de fortaleza como la esencia misma de la patria. Vió en ese entonces muchos

soldados, algunos mirando torvamente entre sus barbas y melenas crecidas, como un yuyal. Pero de todos ellos, uno fue objeto de su más profunda admiración. Era un sargento de Rivera, llamado Rogelio Basuá. Le había visto pelear en plena calle, parando con su puñal el ataque de dos forajidos de la "patria". Estos habían sido sorprendidos golpeando a un español con el fin de robarle. Basuá peleaba con expresión serena y a veces escapaba de sus labios una ligera risa aunque sus ojos renegridos viboreaban a un lado y a otro. Pese a las dimensiones enormes de su cuerpo atropellaba y retrocedía con la gracia de un muchacho. Uno de los "patrias", quedó al fin, balanceándose sobre la cadena de la vereda con la "olla" de su garganta abierta, y la sangre que por ella manaba, cayendo junto al poste de madera hizo allí un charquito insignificante. El otro, de ese mismo día, mientras la familia cenaba comentando el hecho, su padre había dicho con acento profundamente conmovedor, estas palabras: "¿Porque, qué cosa puede haber más hermosa en el mundo, que un gran coraje, sin crueldad?"

Pero después todo había quedado destruído con la entrega de la plaza. Ya no podía mirar a su padre sino con un sentimiento en que se reflejaba humillado todo ser y toda cosa. Su sueño de servir en el ejército se había roto, y no le quedaba más destino que sentarse detrás de una compuerta junto al mostrador donde asentaba los créditos; o en los días de fiesta como éste, ir a esconderse, humillado, entre los cardizales del extramuro.

En esos momentos llegó hasta los oídos de Isidoro, una especie de canto. El muchacho prestó atención. El canto parecía a veces una conversación y, en otra se reducía a un tartamudeo. Sin duda alguna se trataba de un borracho. Isidoro se arrastró rápidamente por entre las plantas hasta llegar al borde del camino. Acechó las hojas del cardal y vio que se acercaba un soldado portugués en uniforme de campaña. Podía vérselo debajo de la gorra el pelo entrecano. Su cara profundamente gastada tenía un color de borra de vino. Una impresión de debilidad se desprendía de toda su figura, y

sus cejas levantadas y arqueadas le daban un aspecto de pobre diablo. Isidoro corrió hacia adentro sin preocuparse del ruido que hacía al chocar con la maleza. El soldado se detuvo un instante, escuchó, y echó otra vez a andar. Traía en su mano un pañuelo azul lleno de choclos, y en la otra una damajuana. Nuevamente en acecho, el muchacho pudo comprender las palabras a las que el ebrio procuraba poner música. Se trataba de un pregón de las negras vendedoras de tortas: "Aquí está la morena. Aquí está la morena..." El hombre pasó delante de Isidoro con paso inseguro, haciéndose compás con la cabeza. Una vez que se hubo distanciado unos metros, el muchacho llevó su escopeta a la cara y disparó. El tiro dio en la espalda del soldado, que abrió los brazos. Isidoro disparó nuevamente. El soldado seguía empujándose como quien desea llenar de aire sus pulmones. Algunos choclos saltaron del pañuelo en que venían envueltos y se desparramaron sobre el camino. La damajuana, que se había desprendido de la mano del hombre, vertía su agua a borbotones. El soldado estaba caído de cara al suelo, y sacudíase. Isidoro largó la escopeta y corrió hacia él. Venía, trayendo desnuda desde unos pasos antes, la hoja del cuchillo que le había obsequiado su padre. Sin detenerse a elegir un sitio del cuerpo donde herir, aprovechó su impulso y hundió con fuerza la hoja en el costado. La quitó y volvió a hundir dos veces más. Luego tuvo el pensamiento de herirlo en el cuello, pero se detuvo. Reincorporándose rápidamente miró el camino a uno y otro lado. No se veía un alma en toda la extensión. La luz del sol caía entre los cardos. Isidoro evitaba mirar al soldado. Aunque todo había sido asombrosamente fácil, no quería mirarlo. De la damajuana tendida en el suelo corría un pequeño hilo de agua. Isidoro deslizó debajo la hoja ensangrentada. Luego levantó la vista hacia un costado y vio, con asombro, que le miraba entre las hojas de las plantas, intensamente, uno de los ojos de su caballo. Recién entonces comprendió que tenía que ocultarse. En cuanto salió fuera del camino, tornó a quedarse inmóvil entre los cardos, se podría decir que en aquel momento

casi los oía crecer, pues las grandes hojas lanzaban chasquidos intermitentes y se desembarazaban de golpe las unas de las otras con un repentino temblor. Ya iba a montar cuando recordó que olvidaba la escopeta. El caño del arma asomaba al borde del camino como un reptil. Isidoro fue a recogerla apresuradamente y cuando regresando, se proponía trepar a su caballo, volvió a detenerse. Tenía que mirar al soldado. No podía —se daba cuenta— matar así sin mirar por lo menos una vez a la cara. Fuese aproximando al cuerpo; los estertores ya apenas le movían. Una mano, cubriéndose el costado, estaba como vendada en sangre. La otra tapándose el rostro, dejaba ver un mechón entrecano y tras el belfo, brillante de saliva, una dentadura amarillenta. Ya no alcanzaba a ver, cubiertos por la mano, los ojos que le habían mirado, una vez para siempre, cuando le hundía el cuchillo. Isidoro se alejó de puntillas, iniciando luego un trotecito. Dio un salto sobre su caballo y echó a andar en aquel despoblado de veinte cuadras, lleno de inmensos cardales, rocas, barrancas y viejas canteras, y cubierto en otros sitios por macizos de acelga, verdolaga y malva. Por allí reconoció Isidoro a las mulas de dos o tres panaderías de la ciudad, que pastaban tranquilamente.

Hasta la nochecita, anduvo el muchacho dando vueltas por entre aquella masa de vegetación encrespada y cenicienta, a la que el aire imprimía el ancho movimiento de una ola. No quería salir de aquellas espesuras en las que no sólo se sentía oculto sino como abrigado por la humedad caliente que se desprendía de las plantas. Sin tregua, torcía a un lado y a otro el rumbo del animal. Así anduvo vagando, hasta que cuando llegó a la chacra de un amigo de su padre, llamado Zerpa, la luna empezaba a platear las hojas de los cardos. Tuvo la suerte de no encontrar en el establecimiento ni al propietario ni a ningún miembro de la familia. Todos se habían ido por la mañana a Montevideo a presenciar las fiestas. El muchacho hizo noche en el galpón sobre un catre de cuero que había traído uno de los esclavos. Pero no podía dormir. Tenía miedo de no lograr acostumbrarse a la nueva situación que se había creado desde hacía unas horas. Salió a la puerta

del galpón y se puso a mirar la clarísima noche y el resplandor de la luna que se extendía lejos sobre las colinas. Muy cerca de allí, marginado por una línea de álamos, empezaba un campo de maíz. Los verdes tallos crecían entre unos arbolitos de guindos. Las hojas eran agitadas levemente por el aire y la gran claridad de la noche resplandecía en ellas. Aquella dulzura del ambiente lo impulsó con un ardor extraño a recordar ciertas escenas del pasado, ahora que se sentía completamente ajeno a toda su existencia anterior.

III

Una hora antes de amanecer, Isidoro había ensillado y abandonado la chacra de Zerpa. Enderezó hacia el Norte en dirección al río Santa Lucía. Tenía el propósito de cabalgar sin rumbo fijo, con la sola esperanza de que algo se transformara radicalmente en él. Entre tanto procuraba ayudarse con todos sus pensamientos. Permanecían fijos en su imaginación aquellos ojos renegridos y serenos de Basuá. Y en sus oídos resonaba el acento conmovedor con que su padre había pronunciado aquellas palabras: “—¿Porque, qué cosa puede haber más hermosa en el mundo, que un gran coraje, sin crueldad?”.

Eran precisamente esas palabras de su padre las que habían impulsado a él, Isidoro, la tarde anterior, contra aquel pobre soldado. Pero no podía darse un contraste más humillante. Ahora se daba cuenta de ello. En lo que él había hecho, no sólo no podía verse coraje alguno, sino que todo había sido realizado en un arrebató de cobardía y de crueldad. Había matado desde atrás a un hombre viejo, eso era todo. Y al recordar cómo instantes después se lanzó a apuñalarlo, el muchacho comprobó con horror que, lejos de imitar a Basuá, había estado imitando a uno de los degolladores de Otorgués. Isidoro detuvo su caballo y, desolado, se cubrió el rostro con sus manos. ¿Cómo poder librarse de ese desánimo y debilidad que le aflojaba todo el cuerpo? Empezó a sentir

miedo. Un miedo que lo obligó a desviarse del camino, y avanzar a escondidas entre cardos y pajonales.

Al mediodía, el intenso calor pareció reanimarlo. Desmontó y se sentó en el suelo contra el tronco de un sauce, en un pequeño claro que dejaban las pajas bravas. Desde allí se veía brillar entre los tallos el agua fangosa y escasa de una laguna. En cuanto estiró las piernas y respiró con fuerzas el aire cálido, sintió hambre y cansancio. Trató de pensar algo agradable y se le apareció la figura de Ignacia. A la fuerza tuvo que representarse sus ojos, aquellos ojos helados y que parecían sin párpados, como los de una serpiente. Volvió a sentir un escalofrío. En realidad, tenía que haber matado a Ignacia y no a ese infeliz —se dijo—; eso era lo que tenía que hacer.

Promediaba la tarde cuando Isidoro llegó al Santa Lucía. Se dejó caer en un ribazo y se quedó largo rato observando la espléndida corriente que derivaba con desgano en el centro del cauce. Había logrado al fin librarse de sus tribulaciones. Ahora, casi exhausto, pensaba que no había nada más hermoso en el mundo, que eso, de estarse así, mirando un río; sintiendo que toda aquella luz que salía de las aguas llegaba, acariciante, hasta sus últimos pensamientos. ¡Qué sensación de frescura y de reposo! Volvió a pensar con alegría en el rumbo que había resuelto imprimir a su vida desde ese instante. Regresaría a su casa y modestamente se pondría a trabajar con su padre. Había seres así, como aquel sacerdote de mirada infantil, como su padre, como él mismo, que jamás llegarían a ser hombres de coraje. Estaban hechos así, y era preciso resignarse. Cuando se había llegado en la existencia a un cierto grado de suavidad, ya no se podía hundir dos y tres veces la hoja de un acero en el cuerpo de un hombre sin sentir una especie de horror sobrenatural y una soledad que ninguna cosa del mundo podría jamás mitigar.

Se extendía en su torno una alfombra verde y amarilla de macachines que cubría los bordes del ribazo. Las florecitas estaban todas inclinadas por la corriente suavísima del aire. Y eso también le acariciaba como el esplendor del río. Con-

tinuó reflexionando en torno a las dos vidas que se había propuesto imitar desde ese instante: la vida de su padre y la vida del Padre Dámaso. El sacerdote había fundado escuelas y hospitales, había levantado asilos donde recoger niños y prostitutas, había creado leyes, socorrido a los pobres, plantado el trigo y el maíz. Después, era verdad, había entregado la ciudad al invasor. Y experimentaba que era semejante a la vida de su padre. Los dos eran capaces de dar hasta la última gota de su sangre por algo que multiplicara en la tierra el ardor y el entusiasmo de vivir. Españoles, porteños, portugueses, ¿qué importaba todo eso? Isidoro sintió que su corazón se elevaba por un instante en una especie de frenesí sagrado y transparente.

No obstante, cuando poco después ensillaba su caballo dispuesto a regresar, pensó en los días de rutina que le aguardaban, y sintió que tenía que despedirse de muchas cosas. ¿Qué era lo que la existencia podía ya ofrecerle desde hoy? Su mente volvió a representarse aquellos muchachitos de Rivera, que recibidos como una bendición, sonreían a las mujeres y a los niños con toda la amplitud de su dentadura.

El muchacho montó en su caballo y se fue internando al trotecito por entre unas altas espesuras de cardos. Luego torció hacia la derecha en busca del camino real. Cuando desembocó en el camino y miró hacia adelante, detuvo mecánicamente su caballo. A una distancia de tres o cuatro cuabras se acercaba una patrulla de policía portuguesa. Algo más fuerte que su propia vida lo levantó, entonces, desde adentro, y sintió que lo libertada de sí mismo, al fin, en un instante. Sin darse cuenta de lo que hacía, lanzó su caballo a la carrera. Era algo que no había conocido jamás y lo impulsaba ciegamente hacia adelante, una embriaguez extraña que se había desatado en su interior y que le hizo prorrumpir de golpe en un grito seguido luego de una risotada. Escudándose en el cuello del animal, alzó la escopeta hasta su hombro y apretando los dientes, gritó, de nuevo, un insulto.

Los caballos de la patrulla se hicieron hacia ambos lados del camino, y envuelto en una cerrada descarga Isidoro pasó

por el medio como una exhalación. Siguió después gesticulando con ambas manos al mismo tiempo, hasta que de una de ellas saltó la escopeta que se mantuvo un instante en el espacio. Su cuerpo fuese inclinándose cada vez más hacia un costado del caballo, mientras continuaba vibrando en el aire su grito y risotada salvaje. El cuerpo de Isidoro rodó por el suelo pero sus pies y sus manos siguieron agitándose por un instante, al mismo tiempo que su cabeza inmóvil, hablando todavía, yacía atravesada por un balazo.

La isla del puerto

Uno está sentado solo, casi en la punta de la isla del Puerto, en Mercedes, envuelto en el pasto verde como en un tumulto de luces puras y calladas; en ese pasto disperso nacido de la tierra, mezclada con arena, sobre la que copia sus tallos y no muy largas hojas, igual que en el agua.

Cuando el aire sopla y desordena la cabeza de estas pequeñas plantas es como si todo el pasto latiera y transpirara. La vista rueda sobre aquella sudorosa superficie, sobre aquel lago de tres o cuatro metros de verdor titilante. Delante de esto uno piensa: ¿con qué otra cosa podría compararse la suavidad?

A tres o cuatro metros del pasto, el agua. Hay lugares en que un pasto avellonado como lana se zambulle en la orilla. Las hojas de esta clase especial de gramilla parecen rotar sobre sí misma en vez de abrirse hacia lo alto en nítidas puntas. Su suavidad es tan intensa que no hay una sola persona que se eche en ese pasto y no sienta la tentación de abrir los dedos de la mano, a modo de una garra, para apuñar perezosamente aque-

lla viva y desbordante opulencia. Es una sensación de suavidad que se hace más intensa a raíz de su seca frescura, una suavidad que sólo puede asociarse a un pensamiento vacío y limpio. A su contacto se siente la necesidad de mirar hacia lo alto y de abandonar errantes los ojos en el cielo.

Casi al alcance de la mano, un viejo y carcomido tronco de sauce ha dado un retoño de hojas tan tiernas y tan finamente recubiertas de un vello blanquecino que al bañarse en el sol tienen la transparencia, la sedosidad y la ligereza de un ala de mariposa. Sus sombras caen a tierra como un puñado de medias lunas, y al entrecerse haciendo como que pelean entre sí uno cae en la ilusión de proyectarle el sonido con que se llenan en el aire, un susurro sedoso y sucesivo, semejante al rumor que tienen en un día de carnaval los pelotones de serpentinas arrastradas por el viento.

También puede observarse, por ejemplo, la sombra de una planta de mora bastante joven, de unos dos o tres años. Las hojas proyectan una sombra que es exactamente parecida a una margarita. Y pocas cosas tan agradables como ver aquella móvil constelación de sombras nítidas, al parecer, de flores, estrellándose velozmente sobre la arena de la orilla. Ese fugitivo estampado nos hace pensar en un jardín familiar, y en esto radica gran parte del encanto, en lo sorprendente del efecto, tal como si viésemos en uno cualquiera de nuestros ríos, entre los carrizos, crecer un rosal.

Ocurre casi siempre que cuando uno contempla un paisaje familiar suelen presentarse a nuestra conciencia una o dos imágenes o escenas siempre las mismas. Aparecen sin ser llamadas, cada vez que intentamos con el espíritu abierto y libre comprender las sensaciones a un tiempo repetidas y nuevas de un mismo paisaje. Así, aunque la isla del Puerto multiplique sus estímulos, yo no hallo como respuesta nada más que la terca presencia de dos imágenes o escenas. Todo esto es sin duda, causa de tedio, y clara impotencia de no saber lograr ante sugerencias nuevas esas profundidades distintas que nos hacen vislumbrar.

Con insistencia, cada vez que paseo por la isla o me siento a contemplar el río al pie de un árbol, me sobrevienen dos recuerdos antiguos, dos escenas que no creo tengan mucho que ver con esta acariciante naturaleza. Porque se desprende de esos recuerdos, por lo menos claramente de uno de ellos, una exhalación maligna, en la que se entremezclan el pánico de la muerte y el horror por la criatura humana. Entretanto, y como contraste a ese estado opresivo, los herbosos lugares continúan inundados de un esplendor inocente, y el río reverberante hace de la pereza, de la luz, del silencio y del aire, una suerte de espacio viviente para la juventud, la soledad, la abundancia y el asombro de nuestro espíritu.

No encuentro ningún placer en narrar este recuerdo, y considero como una desgracia de mi naturaleza el no haber conseguido desprenderme de él cada vez que vagabundo por estos sitios. Es una fea historia de la más desoladora sexualidad. Se trataba de un muchacho de apellido corriente, empleado de ayudante de cocina en un hotel. Había venido a bañarse con otros amigos una tarde en que el río estaba muy crecido y corría con ímpetu. Cerca de ellos había acampado un grupo de mujeres a las que acompañaba un niño bizco y gordito de aire bobalicón. El pequeño, pese a su tierna edad, usaba unos gruesos lentes de aumento. Se entretenía, un poco apartado de las mujeres, jugando con una voluminosa y roja pelota de goma. El mozo del hotel lo vió y procuró mezclarse a su juego. Se había entrado al agua y desde allí, fingiendo la loca alegría del baño, pedía al niño que le lanzase la pelota; y cuando éste arrojábala hacia el río, por elevación, el mozo del hotel prorrumpía en exclamaciones y exagerados gestos de guardavalla. De ese modo procuraba separar al niño del grupo de mujeres. En una de éstas la pelota arrojada con mayor violencia por el pequeño se entró en la corriente, y el muchacho del hotel se lanzó a perseguirla. En ese sitio el río, después de salir de una ensenada de sarandíes, se precipitaba con toda su violencia. Las ramas de estos arbustos que exceden en elasticidad a todas las plantas conocidas, si se exceptúa el mimbre, soportan a medias zambullidas la em-

bestida del agua, dejándose arrastrar para levantarse luego de la superficie y caer, retornando al primer sitio, con un pausado movimiento de saludo. Mas si la velocidad de la corriente aumenta, se concretan a un corto movimiento circular que hace un hoyo de agua en medio. Las ramas más gruesas, que están privadas de aquella movilidad, resisten a pie firme y lo hacen padeciendo a cada instante como bruscas sacudidas eléctricas. Casi puede decirse que se ve el mudo esfuerzo de la planta empeñada toda en resistir. El agua es allí bajo las hojas de un perfecto tono aceituna, y las gráciles ramas se ajorcan de anillos luminosos, de los que se desprenden flecaduras y borbollones en línea.

Apenas si gritó dos veces el muchacho. En tanto que procuraban rescatar su cuerpo, lo que sólo pudo lograrse dos horas más tarde, uno de sus amigos inexplicablemente contaba a los circunstantes los detalles de la bestial intención.

Cuando vimos luego el cadáver depositado sobre la arena, había algo en todos nosotros, una especie de pánico que nos impedía reaccionar. El camino de la lástima estaba como cortado en algún sitio. No había tampoco fuerza suficiente como para refugiarse en la idea de un castigo merecido. Era un cadáver frente al cual uno no sabía qué sentir. Me pareció tiempo después, que esta perplejidad estaba dotada de un profundo sentido. Ese lívido cuerpo y el espíritu que lo había animado, se me aparecían como no pudiéndose integrar a nada, ni al paisaje circundante ni a nuestra intimidad. Hay un sentimiento de piedad espontánea que nos hace sentir a toda muerte como injusta, y al cadáver como un ser despojado de bienes y de afectos a los que tenía legítimo derecho. Surge entonces en nosotros una sensación de vínculo y de protección hacia esos seres y cosas, como una manera de aproximarnos al cadáver para que éste no se quede solo, absolutamente solo consigo mismo. Lo que interesa es que entre en relación y se vincule con algo, aunque no importa en el fondo que estas relaciones sean desesperadas.

Pero aquel cadáver del ayudante de cocina, con la fealdad de su malignidad postrera, impedía todo acercamiento

íntimo. En vano uno buscaba comprenderlo volviendo a mirar y remirar el pálido traje de baño azul, tan descolorido como el overol de un mecánico muchas veces lavado; o una de sus grandes orejas ya de color violeta, membranosa y casi animal, caída sobre la arena en actitud de escucharla; o la planta de sus pies azules, con ese azul morado y turbio que tiene el cielo opuesto al del crepúsculo.

Desde entonces, este asoleado paisaje de la isla no tuvo siempre aquella sensación acogedora y casi natal, que consistía en sentir que los árboles y los diversos pastos y el agua estaban hechos como para mí, para que me rebullera y revolcara en ellos al igual que una cualquiera de sus criaturas, presa de una especie de frenesí silencioso. Comprendí entonces que no era la muerte, sino un acto malo fijado por la muerte lo que corta toda vinculación del hombre con la naturaleza, y coloca entre ambos una extrañeza enemiga. Por eso, si paseando por esta isla tengo la desgracia de que me asalte aquel recuerdo, ya sé que durante el resto del día no podré observar ni contemplar gozosamente nada. En esas circunstancias, un árbol me es tan indiferente como un poste de hormigón.

El otro recuerdo es menos desagradable pero más confuso. Se mezclan en él sensaciones de mi vida infantil, y como éstas son raramente objetivas no estoy seguro de estar contando la verdad.

Sin duda alguna, los motivos por los cuales yo sentí el año 1928 como un año feliz son ridículos. Uno era el triunfo de los jugadores de fútbol en Amsterdam; el otro, la impresión provocada por los tangos que en aquel entonces hacían furor: "Adiós Muchachos" y "Noche de Reyes". Quizá la fuente de mi felicidad de entonces estaba en otro sitio, casi me atrevería a asegurarlo; pero toda emoción localiza sobre el mundo exterior al azar y ciegamente. El triunfo deportivo había dado a las relaciones humanas en el pueblo, una ligereza y una afabilidad inusitada. Era como si una oleada de vida hubiese misteriosamente rejuvenecido la cara

de la gente. Es claro que nadie procuraba revelar el motivo. Fue en esos días cuando vi a Natalia, detenida solitariamente en medio de la vieja pasarela de madera que conducía a la isla. Ya no era sin duda una jovencita. Y creo, por otra parte, que en ningún momento de su vida fue Natalia una belleza. En aquella mañana, se estaba en medio de la vieja pasarela sin dirigirse a ningún sitio, inmóvil precisamente en un lugar en donde a ninguna persona se le ocurría esperar a nadie. En aquel sitio tan visible hubiera podido fingir que se distraía, acodándose a la baranda con la vista fija en la rápida corriente que sin cesar, sobre los negros postes de madera prendía anillos palpitantes, como ojos. Mas no hacía nada por disimular. Tampoco podía pensarse que Natalia se había detenido allí con el propósito de exhibirse, pues a esa hora, las nueve de la mañana, no había un alma ni en la rambla ni en la isla, a no ser algún anciano fumando su pipa o el barrendero municipal amontonando hojas secas. Natalia era de elevada estatura y mediana edad. Estaba vestida con chaqueta y pollera gris bastante ajustadas a su cuerpo que no era grueso ni delgado. Miraba distraídamente hacia el embarcadero de los Treinta y Tres, en una actitud suspensa, como la del que trata de hallar un recuerdo en su interior y, no encontrándolo, espera luego sorprenderlo en el aire. Su cabello negro partido en dos y recogido atrás en un rodete comunicó siempre a Natalia su aspecto pueril. Pero de ello no podía darme cuenta en aquel instante. Un presentimiento doloroso me impulsaba a no ver ninguna cosa que pudiese disminuirla. Natalia padecía de cáncer y moriría en breve. Cuando supo de su enfermedad no quiso continuar siendo una mujer honesta y de su casa. Sin duda, aterrorizada se entregó a una vida escandalosa. Esto lo sabía todo el pueblo, hasta los niños. Y si nadie aprobaba su conducta, tampoco nadie encontraba placer en censurarla. Desde mi felicidad de niño, no podía quitar los ojos de la solitaria muchacha. Sobre la muchedumbre de pequeñas olas que se perseguían lamiéndose las unas a las otras se me aparecía como un punto muy breve, en el que yo concretaba lo vano de la vida, de toda

vida, de la mía incluso; un breve punto en el que yo daba también por ya vivida toda mi existencia restante, y desde el cual veía existir a la muchacha de un modo instantáneo, como por milagro. Pero era al mismo tiempo un minuto alocadamente delicioso. Porque la idea de la muerte desaparecía confusamente en medio de aquella esplendorosa juventud del oleaje. No había nada más que alegría también encima, en la desatada libertad del viento. Y sin embargo, la figura de la mujer, enferma de muerte, se estaba ahí, existiendo.

Tiempo después volví a experimentar un estado de ánimo parecido cuando vi a Natalia acompañada de un joven, sentada en el pasto bajo un pequeño espinillo de la isla del Puerto. Era un otoño después del mediodía. La pareja se había sentado en un lugar visible, bastante separados el uno del otro; y charlaban apenas, sin mirarse. Un otoño sin viento, sin frío, sin calor. Una hoja, la más ligera de las ramas de un árbol, podía permanecer completamente inmóvil durante todo el día.

El hombre que estaba con Natalia vestía siempre de negro y usaba botines de charol. Por aquellos años era éste el traje nocturno y arrabalero por excelencia de la gente embotarrachada de tangos. Tan desconceptuado como Natalia y después de una temporada en Buenos Aires, Renzo acabó por sentirse un ave de paso en su propio pueblo. Era alto, de ojos suaves, y de pelo rubio y ondulado.

Estaban sentados en el pasto con la apariencia de dos amigos de la infancia y envueltos en —lo que me pareció— una atmósfera de despedida. Renzo retornaría muy pronto a Buenos Aires dejando el pueblo para siempre. Natalia moriría sin duda a breve plazo. Y el colegial de guardapolvo que yo era se había propuesto beber hasta las heces la amargura y el inexplicable encanto de todo aquello. Entre tanto, entre anchos lagos de sombra, la luz de otoño esparcíase sobre ellos, fulgurosa, fantasmal, y con ese efecto de extrañeza que tiene la luz cuando es derramada sobre el pasto por una lámpara eléctrica o un farol de acetileno. Además, como por entonces, yo oía hablar de la muerte y meditaba sobre ella

nada más que en las funciones de la Iglesia, resultaba que un litúrgico olor de flores y de cantos venía a mezclarse sobre aquella escena, una sensualidad rica y perpleja, una embriaguez de los sentidos cuya fuerza era regulada, al mismo tiempo, por su disipación en una vaga idea de lo infinito y de lo eterno.

Cuando pasé caminando junto a ellos, Natalia me llamó. Pero después que me hube acercado, ninguno de los dos volvió hacia mí la cabeza. Renzo, se entretenía, acostado en el pasto, haciendo girar una brizna en sus dientes. Natalia miró hacia el río y luego elevó sus ojos hacia lo más alto del cielo, y, entrecerrándolos parpadeantes, experimentó un sacudimiento a tiempo que sus labios se entreabrían en una sonrisa de felicidad. Pero no dijo una palabra, ni lanzó ninguna exclamación ni suspiró. Dos o tres minutos después encontré perfectamente natural que me hubieran llamado porque sí, para no decirme concretamente nada. Me senté y me puse a mirar descaradamente la cara de uno y otro. No encontré en ellos ni sombra del sentido sexual que la gente suponía en esas relaciones. Creo que estábamos los tres en aquel instante dominados por la belleza del lugar.

Una preocupación me asaltó de golpe y estuve estúpidamente a punto de romper a hablar y decir: "Natalia ¿no es verdad que no es cierto lo que la gente dice de tu conducta?" Es que necesitaba también, sólo ahora me doy cuenta, estar completamente convencido de la inocencia de la muchacha, para que la embriaguez de aquella escena fuera completa.

No recuerdo cuánto tiempo permanecemos juntos. Pero ninguno hizo nada por salir de su ensimismamiento ni aún en el instante en que yo dije: "Bueno, me voy", y Natalia respondió suspensa y mecánicamente: "¿Te vas?".

Y mientras me alejaba, experimenté la evidencia de que no podría olvidar en mi vida aquel momento. También influyó sin duda, mi curiosidad, mi profundo deseo de entrar en el secreto de las vidas de Renzo y Natalia.

Aunque se le tenía por un holgazán, un vagabundo y un perdido, Renzo respondía a todos con una dulzona tristeza

de buey. Y creo que por esta manera de ser la gente no llegó verdaderamente a odiarlo. En altas horas de la noche se le sentía pasar silbando tangos, mezzo forte, y su silbo tenía esa espléndida, vidriosa y resonante transparencia del de la flauta. En mi lecho de niño aterrorizado por malos sueños, sentía por aquel silbo dilatarse la noche hasta los horizontes. Y él me dió absurdamente la primera imagen del coraje. Desde mi más tierna edad, mi imaginación tendió siempre durante la noche a representarse todas las escenas de muertos, velorios, entierros y cementerios que había visto. El mismo terror que me inspiraban me atraía irresistiblemente, produciéndome impresiones tan nítidas que parecían, sacadas de la vida real y no de la imaginación; por ejemplo: el ruido del viento que sonaba a la luz de la luna en las flores de los nichos y les arrancaba un sonoreo de papel; la blancura titilante, como de nube o de humo, de las lápidas; o en noches de lluvia, el brillo en las veredas del cementerio de las baldosas empapadas, y las chispas del agua colgándose de los tubos de bronce de los panteones.

A unas cuadras del fondo del cementerio de Mercedes, corre el arroyo del Dacá. A ese sitio solía ir yo con frecuencia a la hora de la siesta, incitado por la soledad del ambiente y sobre todo por la belleza del lugar. Bastaba que un auto o una persona a pie pasara por la carretera vecina para que me sintiese incómodo, y experimentase como frustrada aquella enorme rotundidad del silencio que en grandes oleadas transparentes se dejaba caer por todas partes. Restablecida la soledad me sentía seguro y corría hasta llegar a un ribazo donde el arroyo, que venía lleno, se angostaba y empezaba a cruzar entre unos mimbres. Nunca jamás he experimentado en ningún sitio como en aquél la sensación de la juventud de la naturaleza, de su inocente exhuberancia, y su despilfarro de vitalidad y alegría. Inasible, excesiva, infatigable, el agua rebrilladora chocaba contra los caños de oro de las plantas, y era un indescriptible rebullicio de la frescura, de la luz y de los sonidos que se escapaban borboteando con la velocidad de la culebra. Me gustaba entonces comparar ese

júbilo del agua con el silencio del cementerio allá en la cumbre. De los espléndidos monumentos de mármol de Carrara se veían las cruces muy por encima de la tapia. Se estaban solitarias y embebecidas en el azul. Tenía un enorme placer en realizar aquella comparación porque me convencía a mí mismo de que la muerte y los sepulcros eran despojados en un instante de su imponente gravedad, de su pavura y congelado silencio. No había más que compararlos con esa otra cosa inmortal, infantil y pequeña, que era la gracia del agua entre los mimbres.

Pero a la noche, cuando empezaban a dominarme fúnebres imaginaciones, se venía abajo el anterior encanto, y amedrentado por la proximidad de los fondos del cementerio me representaba el lugar de los mimbres mudo y sombrío, corriendo el agua en la espesura de la tiniebla con la mirada fija de la serpiente. Entonces era el silbido de Renzo en la alta noche, el que me apaciguaba. Me lo suponía vagando por los mismos sitios que a mí me horrorizaban y haciéndolo con aquella despreocupación, con aquel olvido y desgano, con aquella seguridad que él, sin duda, había ido haciendo en sus noches de prostíbulos, o en los bodegones entre naipes y copas.

¡Qué azar de la vida! Qué absurdo. Y sin embargo, qué permanentes son estas intuiciones primeras, estas soldaduras de los deplorables compuestos del azar. Un Hombre como Renzo fue para mí la primera imagen del coraje. Y lo que me ha sorprendido más es que, a los años, cuando me he encontrado con vidas parecidas a la suya, me ha sido necesario todo un esfuerzo para no otorgarles espontáneamente aquel conjunto de virtudes —casi una sabiduría de la vida— que yo encontraba en él en medio de los apuros de mis insomnios de niño.

Pasado el tiempo, recuerdo ahora un detalle de la figura de Renzo que me había pasado inadvertido. Era una cierta tendencia a la obesidad blanca, blanda y fofa. Esto mixtificaba en algo el milonguero que había propuesto ser. Para la gente humilde Renzo no cesó nunca de ser una especie de niño bien que experimentaba en los suburbios. Y creo que este

juicio era exacto. Se fue a Buenos Aires por 1930 y no regresó más.

Con Natalia el fracaso fue más estrepitoso. Poco tiempo después, supe conjuntamente con todo el pueblo, que no había ni tal enfermedad, ni tal próxima muerte. Se casó a los años, y su vida retornando a sus primeras costumbres, se ha desvanecido hasta hoy en un honroso anonimato.

La desilusión me hizo ver hilo por hilo el tejido de mis sensaciones de aquellos años. Nada tenían que ver con Natalia sin duda alguna. Fueron utilizadas por mí, en mis relaciones de niño que descubría la muerte. Y también quedaron ellas revestidas de la belleza de que yo tenía necesidad para defenderme de mis fúnebres horrores. La mentira de la mujer me hizo sentir como un fracaso mi vida de niño. Pero fue mía la culpa. Todas las sensaciones con las cuales yo ensoñé las figuras de Natalia y de Renzo eran sensaciones que me había prodigado la naturaleza. Nada tenían que ver con los hombres. ¿Por qué no me detuve a gozar en sí mismo aquel asombro solitario, aquel asombro de ríos y de plantas? Pero yo intenté, como todos, hacerlos vida y aventura en medio de las situaciones humanas.

Entre tanto, uno está sentado solo casi en la punta de la isla del Puerto en Mercedes. Uno abre los ojos y siente que se bañan en un estremecimiento de hojas.

Tendido sobre esa colcha fragante que ondula imperceptible con una luz resbalosa, y puesto a ventear la frescura que se desprende de cada planta, no es nada difícil despreocuparse por lo menos durante unos minutos de toda cosa, y sentir ese pasto como la almohada del mundo. En la fina corriente del aire, la frescura asociada al sonido nos envuelve y es como si pasara sobre el cuerpo en incesantes vendas, en listas fugitivas. ¿Qué cosa es comparable al arrullo de este ligero siseo de las hojas del pasto? Si un hombre está tendido sobre el pasto ¿por qué no piensa en él? "Pues si a la hierba del campo que hoy es y mañana es echada al fuego, Dios viste así...". Y efectivamente, es posible sentir este pasto como la esplendo-

rosa succulencia del mundo, y observar en él esa mirada centelleante, secreta y fija de las joyas, aunque no su dureza.

Si nos viniera el deseo de imitarlo en un plano humano, tendríamos que concebir una existencia risueña y misteriosa en donde la sencillez se hiciera una sola carne con la magnificencia. Ideal que sólo en apariencia resulta extraño. Porque si bien el hombre puede pensar que su carácter se forma a través de las grandes crisis de su vida, es igualmente verdad que el fondo sensible y más querido de su naturaleza, está hecho de placeres, tan callados y hermosos como el que se deriva de la contemplación de cualquier herbazal del campo.

XX

Mario Benedetti (1920)

Mario Benedetti es, entre los escritores de la llamada "generación del 45", expresión de cuya exactitud no nos responsabilizamos, el que tiene una mayor producción visible en libros. Es, también, el más multiforme de los escritores de esa misma promoción. Todos hemos visto, alguna vez, a uno de esos músicos ambulantes que, en los cafés, tocan la guitarra al tiempo que soplan una flauta, y, de cuando, en cuando, golpean con el pie unos platillos, dándose maña para hacer sonar, todavía, de tanto en tanto, un instrumento de percusión. Con cierto sentido del humor es posible asimilar a Benedetti con uno de estos polimúsicos ambulantes. Su multi-destreza expresiva, en efecto, se ha ejercitado en los más diversos géneros: publicó libros de cuentos (*Esta mañana*, 1949, *El último viaje y otros cuentos*, 1951, *Montevideanos*, 1959), de poesía (*La víspera indeleble*, 1945, *Solo mientras tanto*, 1950, *Poemas de la oficina*, 1956, *Poemas de hoy por hoy*, 1961), de ensayo y crítica (*Peripécia y novela*, 1948, *Marcel Proust y otros ensayos*, 1951, *El país de la cola de paja*, 1960), tres obras de teatro (*Ustedes por ejemplo*, 1953, *El reportaje*, 1958, *Ida y vuelta*, 1958) y dos novelas (*Quien de nosotros*, 1953, *La tregua*, 1960). Ha hecho, asimismo, asiduamente periodismo y ha sabido deslizarse agilmente por la tan resbaladiza pista del humorismo. (Como humorista tiene un rasgo simpático y no frecuente en el gremio: sabe reír la gracia ajena y no pretende haber acaparado la total disponibilidad de ingenio nacional. De notas humorísticas publicó un volumen: *Mejor es meneallo*, 1961). Es preciso añadir otro dato: dentro de su promoción Benedetti es un "best-seller". Algunos de sus libros han requerido ya una segunda edición y de *El país de la cola de paja* se prepara en estos momentos la cuarta. Digamos ahora que la mayor parte, y la más significativa, de toda esa producción tan varia en géneros, revela un afán persistente que le confiere unidad. Ese afán es el de hallarse situado —y empleamos términos que el escritor mismo ha usado con cierta frecuencia— en el "aquí" y en

el “ahora”; esto es: en nuestra circunstancia uruguaya de estas décadas que vamos viviendo. Espejo y reflejo de esa circunstancia, o de una zona de ella, es, pues, la obra de Benedetti. De ahí la significación que adquieren algunos de sus libros aún para los que no participamos de las opiniones o de la postura estética que en ellos se verifica. Un ejemplo: sus **Poemas de la oficina**, y los del “hoyporhoy”, pueden no encuadrar muy bien dentro de lo que entendemos y sentimos como poesía, pero son nítidamente expresivos de una “situación”: la de un mundo angustiado, triturado y comprimido por un engranaje que es, a la postre, estrictamente contra-humano; otro ejemplo: **El país de la cola de paja**, libro de brillante ejecución y discutible contenido, puede no satisfacer como explicación de la actual coyuntura uruguaya, pero no puede negársele su valor de testimonio —y de “yo acuso”— realizado por un testigo vital y doloridamente comprometido por esa coyuntura. Pero es, a nuestro ver, en la narrativa donde Benedetti denota con mayor nitidez los caracteres de su estar en un “aquí” y un “ahora”.

Esta mañana es la apertura del mundo narrativo de Benedetti. No es, dentro de la producción del autor, un libro desdeñable. Tiene esa limpieza de estilo y ejecución característica del autor; descubre, en sus líneas generales, esa franja de la sociedad uruguaya: la clase media montevideana, sobre la cual preferentemente el autor arroja su mirada indagadora para extraer material para su narrativa. Aunque cabe anotar, eso sí, que el libro perfila las facciones literarias del autor con diseño aún poco nítido, con trazo todavía inseguro. Un cuento de este volumen, el titulado **El presupuesto**, el más significativo, sin duda, y el de más depurada ejecución, pasó a integrar la segunda edición, 1961, de **Montevideanos**. Dos libros más debemos considerar antes de llegar al recién citado. Ello son **El último viaje y otros cuentos** y **Quien de nosotros**. Ambos evidencian un avance en la trayectoria narrativa del autor. Tres de los cuatro trabajos que integran el primero de esos dos libros fueron incorporados a la segunda edición de **Montevideanos**. Lo mismo que **El presupuesto** esos tres cuentos (**Inocencia**, **Sábado de gloria**, **La guerra y la paz**) se asimilan sin esfuerzo al mundo de **Montevideanos**.

El cuarto trabajo, el que da título al libro, es un cuento largo o novela breve. Con una técnica que podríamos llamar de caos organizado sigue el hilo de varias vidas, entrevera el destino de varios personajes y aun introduce, destacado en bastardilla, el sondaje en el siqueo de esas criaturas dicho en primera persona dentro del texto mismo del narrador. Caos, pero caos organizado, hemos escrito. Porque aunque el autor une y separa, fragmenta y muestra por instantáneas, en capítulos generalmente breves, todo el acontecer, o aconteceres, de la narración, todo eso, regido con mano segura, al cabo de la lectura adquiere un orden y diseño preciso. Los personajes —vidas poco reconfortantes, dicho sea de paso— emergen de estas páginas, componiéndose como las figuras de un “rompe-cabezas” y mostrando rostros individualizables. También **Quién de nosotros** se muestra como una novela con “**experimentación técnica**”. La historia es aparentemente simple: el desentendimiento de un matrimonio —Miguel y Alicia— a cuyo conflicto no es extraño un tercero: Lucas. La historia está contada desde varios puntos de vista: el de Miguel, a través de una especie de “diario” o confesiones que él mismo escribe; el de Alicia, visible en la carta que dirige a Miguel, y el de Lucas, por duplicado, ya que escribe un cuento donde los sucesos están literariamente deformados, pero donde pone notas al pie que narra la realidad tal como fue. Toda esta técnica responde a un contenido: **Quién de nosotros** es una novela donde la acción externa es mínima, la peripécia se da en lo íntimo de los personajes, que al practicar la introspección muestran la no coincidencia de sus puntos de vista. Es, en rigor, una historia de desencuentros. Desencuentros —íntimos— entre los distintos personajes; desencuentros —íntimos— de éstos con sí mismos. **El último viaje** muestra más alto nivel de destreza narrativa que **Esta mañana. Quien de nosotros**, aúna, a la pericia de narrador evidenciada en **El último viaje**, una mayor madurez y hondura en el buceo síquico de los personajes.

Tanto en **El último viaje** como en **Quién de nosotros**, se ve que el escritor, aunque sin distraer la atención de los contenidos internos, se halla demasiado preocupado por los “artificios” narrativos. Estos están al descubierto en forma casi provocadoramente osten-

sible. No hay, ni en **Montevideanos** ni en **La tregua** esa ostentación. No obstante, o quizás por eso, aquellos cuentos y esta novela alcanzan, dentro de la obra narrativa de Benedetti, el mayor nivel de eficacia expresiva. El escritor construye estructuras aparentemente simples. Pero en ellas todo está calculado para el logro de un fin y manejado con indudable pericia. Y manejado, además, con esa elegante habilidad que disimula el artificio. En uno y otro libro el autor consigue, también, que su característico mundo narrativo —temas y personajes— alcancen su definición más precisa. La mayor parte de ese mundo narrativo —ya lo hemos dicho— tiene su punto de partida, su base real en la clase media, montevideana. Corresponde preguntarse ahora qué imagen de esa clase social se refleja en la obra narrativa de Benedetti. Unos cuantos términos permitirán dar una idea de esa imagen, señalar algunos de sus trazos. Mediocridad. (Mediocridad en el bien y en el mal, en el pesimismo y la ilusión. Es un mundo de seres en que todos los impulsos vitales tienen proporciones módicas. La vida en esas criaturas tiene una temperatura media. Un esfuerzo sostenido por encima o por debajo —en pasión positiva o negativa— de esa situación media sería visto como un despilfarro insultante. Mediocridad hasta en la persistencia de una misma pasión. Un ejemplo: el odio de los hermanos de **No ha claudicado**, mantenido durante toda una vida. Es un odio que va descomponiendo el alma como si esta fuera una sustancia pútrida, pero su mayor horror es que no es una fuerza que de lugar a un acto excesivo. Es horrible por persistente y mediocre). Frustración. (Frustración: existencia de una posibilidad interior, de una fuerza íntima que por cobardía, apatía o ignorancia se deja morir. En estos personajes, representantes de una vida mediocre y sin tensión, ¿cuántas formas de la frustración no se podrían señalar? En el prólogo de la segunda edición de **Montevideanos**, Emir Rodríguez Monegal ha señalado una, esencial: la frustración sexual). Sordidez. (Pero una sordidez no material sino de alma. Oculta, muchas veces, bajo ropa limpia y bien planchada. Sordidez del amigo desleal, del coímero avergonzado y vergonzante, de la vida familiar donde el amor o la ternura tienen el difuso rostro de un viejo espectro). Otros términos podrían añaa-

dirse a la serie. Los dichos nos parecen suficientes. El cuadro, o la diagnosis de ese mundo, no es, ciertamente, reconfortante. No llega, tampoco, a ser sombrío. Y no lo es porque el autor a pesar de que levanta el inventario de un mundo deteriorado, no lo ha hecho con el aire de un profético acusador, ni con odio, sino (igual que en **El país de la cola de paja**) con el tono de un testigo comprometido en esa situación y dolorido por ella. Y, además, porque el escritor sabe, a veces sólo en entre líneas, poner el ademán suavizador de su humorismo.

Benedetti ha paseado su espejo de escritor ante una clase social y éste ha reflejado una imagen que se ha vertido en su obra. Esa imagen que la obra ha recogido, ¿refleja, en rigor, la realidad? Nos atrevemos a sostener que refleja con verdad y exactitud una parte de esa realidad: los aspectos negativos de ella. Pero aquel espejo pareciera empañado para reflejar el resto. En esa misma franja social (y el hombre Benedetti lo sabe tan bien como cualquiera) existen muchos seres que conservan intactas y —permítasenos la expresión un tanto absurda— en ejercicio activo muchas de esas virtudes, de esas inagotables reservas de energía y esperanza con las que se hace del diario vivir un callado oficio de humilde heroicidad. Su imagen de la clase media uruguaya se limita, así, y se parcializa. Esta visión parcializada conspira contra la amplitud de su creación literaria. La pone, incluso, en el riesgo de dar de la vida una imagen tan empequeñecida y falsa como la que de ella tiene el Miguel de **Quién de nosotros**, cuando escribe que resulta indecente nombrar la vida como si ella “fuera una divinidad, como si encerrase una esotérica significación y no fuera lo que todos sabemos que es: una repetición, una aburrida repetición de dilemas, de rostros, de deseos”. En **La tregua**, sin embargo, y lo consignamos con alegría, el autor da los primeros indicios de que su narrativa se abre a una visión más amplia. Esta novela —escrita, dicho sea al paso, con maduro oficio narrativo— ofrece, en efecto, aunque sin salirse de la línea más característica del autor y a pesar de su final melancólicamente pesimista, algunos destellos anunciadores de que el autor permite el acceso a su mundo narrativo de ciertas zonas del sentimiento, de la ilusión, de la esperanza, para

los que, antes, ese mundo parecía clausurado. Escrita en primera persona, a modo de diario de un oficinista ya maduro —49 años— y a punto de jubilarse, narra una historia de amor vivida como un paréntesis de luz —la tregua— por ese mismo oficinista en esos sus años de madurez. Esa historia de amor —cerrada trágicamente por un golpe absurdo del destino— vertebra la novela. Con habilidad, el autor orchestra en torno a ese motivo central otros muchos (desde la vida en la oficina hasta las reflexiones sobre Dios). El resultado es una novela rica de materia y de amena lectura. Pero de todo ello sólo podemos destacar aquí —y es lo que nos interesa ahora— ese acercamiento a ciertas claridades del sentimiento que, a nuestro juicio, significan una ampliación de su visión narrativa de nuestra realidad.

En cuanto a los tres cuentos que hemos elegido, se tomaron de la segunda edición de **Montevideanos** (Montevideo, Editorial Alfa, 1961).

Tan amigos

—Bruto calor —dijo el mozo.

Pareció que el tipo de azul iba a aflojarse la corbata, pero finalmente dejó caer el brazo hacia un costado. Luego, con los ojos de siesta, examinó la calle a través del enorme cristal fijo.

—No hay derecho —dijo el mozo—. En pleno octubre y achicharrándonos.

—Oh, no es para tanto —dijo el de azul, sin énfasis.

—¿No? ¿Que deja entonces para enero?

—Más calor. No se aflija.

Desde la calle, un hombre flaco, de sombrero, miró hacia adentro, formando pantalla con las manos para evitar el reflejo del ventanal. En cuanto lo reconoció, abrió la puerta y se acercó sonriendo.

El de azul no se dió por enterado hasta que el otro se le puso delante. Sólo entonces le tendió la mano. El otro buscó, de una ojeada rápida, cuál de las cuatro sillas disponibles tenía el hueco de pantasote que convenía mejor a su trasero.

Después se sentó, sin aflojar los músculos.

—¿Qué tal? —preguntó, todavía sonriendo.

—Como siempre —dijo el de azul.

Vino el mozo, resoplando, a levantar el pedido.

—Un café... livianito, por favor.

Durante un buen rato estuvieron callados, mirando hacia afuera. Pasó, entre otras, una inquietante mujercita en blusa y el recién llegado se agitó en el asiento. Después sacudió la cabeza significativamente, como buscando el comentario, pero el de azul no había sonreído.

—Lindo día para ser rico —dijo el otro.

—¿Por qué?

—Te echás en la cama, no pensás en nada, y a la tardecita, cuando vuelve el fresco, empezás otra vez a vivir.

—Depende —dijo el de azul.

—¿Eh!

—También se puede vivir así.

El mozo se acercó, dejó el café liviano, y se alejó con las piernas abiertas, para que nadie ignorase que la transpiración le endurecía los calzoncillos.

—Tengo la patrona enferma, ¿sabés? —dijo el otro.

—¿Ah sí? ¿Qué tiene?

—No sé. Fiebre. Y le duelen los riñones.

—Hacela ver.

—Claro.

El de azul le hizo una seña al lustrador. Este escupió medio escarbadientes y se acercó silbando.

—Hace unos días que andás de trompa —dijo el otro.

—¿Sí?

—Yo sé que la cosa es conmigo.

El lustrador dejó de embetunar y miró desde abajo, con los dientes apretados, entornando los ojos.

—Lo que pasa es que vos embalás en seguida.

—¿De veras?

—Se te pone que un tipo estuvo mal y ya no hay quien te frene. ¿Vos qué sabés por qué lo hice?

—¿Por qué hiciste qué?

—¿Ves? Así no se puede. ¿Que te parece si hablamos con franqueza?

—Bueno. Hablá.

Ambos miraban el zapato izquierdo que empezaba a brillar. El lustrador le dio el toque final y dobló cuidadosamente su trapito. “Son veinticinco”, dijo. Recogió el peso, entregó el vuelto y se fue silbando hacia otra mesa, mientras volvía a masticar la mitad de escarbadientes que había conservado entre las muelas.

—¿Te crees que no me doy cuenta? A vos se te ocurrió que yo le hablé al Viejo para dejarte mal.

—¡Y?

—No fue para eso, ¿sabés? Yo no soy tan cretino...

—¿No?

—Le hablé para defenderme. Todos decían que yo había entrado a la Gerencia antes de las nueve. Todos decían que yo había visto el maldito papel.

—Eso es.

—Pero yo sabía que vos habías entrado más temprano.

Un chico roto y maloliente se acercó a ofrecer pastillas de menta. Ni siquiera le dijeron que no.

—El Viejo me llamó y me dijo que la cosa era grave, que alguien había loreado. Y que todos decían que yo había visto el papel antes de las nueve.

El de azul no dijo nada. Se recogió cuidadosamente el pantalón y cruzó la pierna.

—Yo no le dije que habías sido vos —siguió el otro, nervioso, como si estuviera a punto de echarse a correr, o a llorar—. Le dije que habían estado antes que yo, nada más... Tenés que darte cuenta...

—Me doy cuenta.

—Yo tenía que defenderme. Si no me defiende, me echa. Vos sabés que no anda con chiquitas.

—Y hace bien.

—Claro, decís eso porque sos solo. Podés arriesgarte. Yo tengo mujer.

—Jodete.

El otro hizo ruido con el pocillo, como para borrar la ofensa. Miró hacia los costados, repentinamente pálido. Después jadeante, desconcertado, levantó la cabeza.

—Tenés que comprender. Figurate que yo sé demasiado que vos si querés me liquidás. Tenés como hacerlo. ¿Me iba a tirar justamente contra vos? No tenés más que telegrafiar a Ugarte y yo estoy frito. Te lo digo para que veas que me doy cuenta. No me iba a tirar justamente contra vos, que tenés flor de banca con el Rengo... ¿Me entendés ahora?

—Claro que te entiendo.

El otro hizo un ademán brusco, de tímida protesta, y sin querer empujó el vaso con el codo. El agua cayó hacia adelante, de lleno sobre el pantalón azul.

—Perdoná. Es que estoy nervioso.

—No es nada. En seguida se seca.

El mozo se acercó, recogió los más importantes trozos de vidrio. Ahora parecía sufrir menos el calor. O se había olvidado de aparentarlo.

—Por lo menos, dame la tranquilidad de que no vas a telegrafiar. Anoche no pude pegar los ojos...

—Mirá... ¿querés que te diga una cosa? Dejá ese tema. Tengo la impresión de que me tiene podrido.

—Entonces... no vas a...

—No te preocupes.

—Siempre dije que eras un buen tipo. Después de todo, tenías derecho a telegrafiar. Porque yo estuve mal... lo reconozco... Debí pensar que...

—¿De veras no podés callarte?

—Tenés razón. Mejor te dejo tranquilo.

Lentamente se puso de pie, empujando la silla con bastante ruido. Iba a tender la mano, pero la mirada del otro lo desanimó.

—Bueno, chau —dijo—. Y ya sabés, siempre a la orden... cualquier cosa.

El de azul movió apenas la cabeza, como si no quisiera expresar nada concreto. Cuando el otro salió, llamó al mozo y pagó los cafés y el vaso roto.

Durante cinco minutos estuvo quieto, mordiéndose despacito una uña. Después se levantó, saludó con las cejas al lustrador, y abrió la puerta.

Caminó sin apuro, hasta la esquina. Examinó una vidriera de corbatas, dio una última chupada al cigarrillo y lo tiró bajo un auto.

Después cruzó la calle y entró en la Oficina de Telégrafos.

Retrato de Elisa

Había montado en el caballo del Presidente Tajés; había vivido en una casa de quince habitaciones con un cochero y cuatro sirvientas negras; había viajado a Francia a los doce años y todavía conservaba un libro encuadernado en piel humana que un coronel argentino le había regalado a su padre en febrero de mil ochocientos setenta y cuatro.

Ahora no tenía ni un cobre, vivía de la ominosa caridad de sus yernos, usaba una pañoleta con agujeros de lana negra y su pensión de treinta y dos pesos estaba menguada por dos préstamos amortizables. No obstante, aún quedaba el pasado para enhebrar recuerdo con recuerdo, acomodarse en el lujo que fue, y juntar fuerzas para odiar escrupulosamente su miseria actual. A partir de la segunda viudez, Elisa Montes había aborrecido con toda su increíble energía aquella lenta sucesión de presentes. A los veinte años se había casado con un ingeniero italiano, que le dio cuatro hijos (dos muchachas y dos varones) y murió muy joven, sin revalidar su título ni dejarle pensión. Nunca quiso mucho a ese primer marido,

inmovilizado ahora en fotos amarillentas, con agresivos bigotes a lo Napoleón III y ojitos de mucho nervio, finos modales y asfixiantes problemas de dinero.

Ya en esos años, ella hablaba largamente de su antiguo cochero, sus sirvientas negras, sus quince habitaciones, a fin de que el hombre se sintiera hostigado y poca cosa en su modesto hogar con jardincito y sin sala. El italiano era callado; trabajaba hasta la madrugada para alimentarlos y vestirlos a todos. Por fin no aguantó más y se murió de tifus.

En esa desgraciada ocasión, Elisa Montes no pudo recurrir a sus parientes, pues estaba enemistada con sus tres hermanos y con sus tres cuñadas; con éstas, porque habían sido costureras, empleaditas, cualquier cosa; con aquéllos, porque les habían dado el nombre. En cuanto a los bienes familiares hacía tiempo que el difunto padre los había dilapidado en juego y malas inversiones.

Elisa Montes optó por recurrir a las viejas amistades, luego al Estado, como si unas y otro tuviesen la obligación de protegerla, pero halló que todos (el Estado inclusive) tenían sus penurias privadas. En este terreno las conquistas se limitaron a algunos billetes sueltos y a la humillación de aceptarlos.

De modo que cuando apareció don Gumersindo, el estanciero analfabeto, también viudo pero que le llevaba veinte años y pico, ella se había resignado a hacer puntillas que colocaba en las tiendas más importantes, gracias a una recomendación de la señora de un general colorado (en el tapete a raíz del último cuartelazo) con la cual había jugado al volante y al diábolo en lejanos otoños de una dulce, imposible modorra.

Hacer puntilla era el principio de la declinación, pero escuchar las insinuaciones soeces y las risotadas estomacales de don Gumersindo, significaba la decadencia total. Tal hubiera sido la opinión de Elisa Montes de haberle ocurrido eso a alguna de sus pocas amigas, pero dado que se trataba de ella misma, tuvo que buscar un atenuante y aferrarse tercamente a él. El atenuante —que pasó a ser uno de los grandes temas

de su vida— se llamó: los hijos. Por los hijos se puso a hacer puntillas; por los hijos escuchó al estanciero.

Durante el breve noviazgo, don Gumersindo Olmedo la cortejó usando la misma ternura que dedicaba a sus vacas, y la noche en que, recurriendo a su macizo vocabulario, le enumeró la lista de sus bienes, ella acabó por decidirse y aceptó la rotunda sortija. Sin embargo, los varones ya eran mayorcitos: Juan Carlos tenía dieciocho años, había cursado tres de inglés y dos de italiano, pero vendía plantas en la feria dominical; Aníbal Domingo tenía dieciséis y llevaba los libros de una mensajería. Las muchachas que eran dóciles, prácticas y bien parecidas, se fueron al campo, acompañando a la madre y al padrastro.

Fue allí que tuvo lugar la primera sorpresa: Olmedo, en su rudimentaria astucia, había confesado las vacas, los campos de pastoreo, hasta la cuenta bancaria, pero de ningún modo los tres robustos hijos de su primer matrimonio. Desde el primer día, éstos se comieron con los ojos a las dos hermanas, que, aunque gorditas y coquetonas, no habían franqueado aún la pubertad. Elisa tuvo que intervenir en dos oportunidades a fin de que la rijosa urgencia de los chicos no pasara a menores.

Instalado en su estancia, el viejo no era el mismo bruto inofensivo que había camelado a Elisa en Montevideo. Rápidamente, las muchachas y la madre aprendieron que no era cosa de reír cuando lo veían acercarse por el patio de piedra, las piernas muy abiertas y las puntas de las botas hacia fuera. En su feudo, el hombre sabía mandar. Elisa, que se había casado por sus hijos, se resignó a que las muchachas y ella misma pasaran hambre, porque Olmedo no aflojaba ni un cobre y se encargaba personalmente de las escasas compras. Tenía la obsesión del aprovechamiento de las horas libres, y por más que, para un extraño, su avaricia pudiera resultar divertida, las hermanas no opinaban lo mismo cuando el padrastro las tenía horas enteras enderezando clavos.

Allí empezó Elisa su letanía favorita y en las noches de sexo y de mosquitero se permitía recordarle a Olmedo las exce-

lencias de su primer marido. El viejo sudaba y nada más. Todo parecía indicar que sería lo bastante fuerte como para resistir las maldiciones. Pero cinco días después del sexto aniversario le empezó un dolor de estómago que le tumbó, primero en el lecho y ocho meses más tarde en el panteón familiar.

En esos ocho meses Elisa lo cuidó, lo trajo a Montevideo y deseó con fervor que reventara de una buena vez. Pero aquí fue donde Gumersindo le hizo la mejor de sus trampas. Los tres médicos que lo atendieran habían sido bien informados y sabían que aquí sí podía aplicarse el radio. El radio era tremendamente costoso y ocho meses de aplicaciones y sanatorio alcanzaron para que Olmedo consumiera su hacienda antes de morir. Pagados que fueron los médicos, las deudas y el entierro, arregladas algunas diferencias con sus entenados, quedaron para Elisa aproximadamente cuatrocientos pesos, que resultaban un precio excesivamente módico para haber enajenado la lujosa dignidad familiar.

Elisa se quedó en Montevideo e intentó volver a las puntillas. Pero el general colorado cuya esposa la había recomendado en las grandes tiendas, se consumía ahora en un honroso exilio correteando artículos de escritorio en Porto Alegre. Ya no era posible seguir descendiendo.

Más abajo de las puntillas estaba la chusma y Elisa tenía un agudo sentido de las jerarquías. De modo que hizo trabajar a sus hijas. Josefa y Clarita se convirtieron en pantaloneras de militares. Por lo menos eso, pensaba Elisa, por lo menos arrimarse al Ejército. Ella, por su parte, empezó a fastidiar tesonosamente a Ministros, Directores de Oficinas, Jefes de Sección, Conserjes y hasta a los peluqueros de los prohombres.

A los dos años de hacerse insoportable en cualquier antecala, obtenía una increíble pensión cuyos fundamentos nadie sabía a ciencia cierta. Tuvo la felicidad de casar a sus hijas en el mismo año y desde entonces se dedicó a los yernos.

El marido de Josefa era un tipo tranquilo, comilón. Había heredado del padre una ferretería de barrio, y él, sin reformar el menor detalle, sin agregar un solo renglón, había

seguido empujando el negocio por el cauce de siempre. El otro yerno, marido de Clarita, era un fogoso teniente de artillería, que decía los buenos días con la música de "De frente ¡march!" y que en los ratos de ocio, escribía el segundo tomo de una historia de la Guerra Grande.

Elisa se fue a vivir con los hijos solteros, pero pasaba los fines de semana con las hijas casadas. Su influencia no se limitaba al sábado o al domingo. Casi todas las peleas entre el teniente y Clarita se basaban en algún párrafo inocente pronunciado por Elisa entre el fiambre y los raviolos del último domingo; y casi todas las broncas que, de parte de Josefa, debía soportar el paciente ferretero, se debían a algún susurro deslizado por la suegra en el oído predispuesto de la muchacha, cuando ya el marido se retiraba a disfrutar la siesta sabatina.

Al teniente, Elisa le reprochaba su rigidez, sus ideas políticas, sus modales para comer, su pasión por la historia, su ansia de viajar, sus resfríos, su estatura breve. Al ferretero, en cambio, le recriminaba su blandura, su conformismo, su salud a toda prueba, su inocuidad política, su inclinación por los mariscos, su risa rebotona, su cargazón de anillos.

Pocas veces se reunían todos en una mesa familiar, pero una sola ocasión en seis meses bastó para que Elisa embarcara a sus yernos en una agria discusión sobre la batalla del Marne, de la que salieron enemistados para siempre. El teniente (perdón, ahora el capitán) tampoco se hablaba con sus dos cuñados, porque Elisa había informado largamente a su yerno de la intensa ociosidad desplegada por Juan Carlos y Aníbal Domingo, pero a Juan Carlos y a Aníbal Domingo les había comunicado que el cuñado opinaba que eran un par de zán-ganos.

Por otra parte, los años trajeron nietos y los nietos disgustos. Los dos varones del ferretero, de siete y ocho años respectivamente, intentaron meter los deditos de la nena del capitán en un enchufe eléctrico, pero fueron vistos por Elisa, que los mantuvo y le pegó a la nena. Más tarde convenció a Clarita de que la culpa era de los muchachos y aún le quedó

aliento para conseguir una paliza para éstos, pero no de su padre sino del tío militar, de modo que el correctivo sirviera también para que los concuñados se insultasen a gritos y estallase asimismo en Josefa y en Clarita el anacronismo de unos celos, a duras penas filiales y curiosamente retrospectivos.

En cada visita a sus hijas, Elisa recibía como un confesor la puesta al día de sus resentimientos. Predicaba una sostenida tolerancia, “salvo que te ofendan en algo muy sagrado”. Naturalmente, ¿qué más sagrado que la madre? En ese caso si debían decir cuatro verdades, recordarle al teniente, por ejemplo, que su abuelo había sido un cura párroco; al ferretero, que su tío se había suicidado por estafa. Si eso les ofendía, mejor, mucho mejor; un hombre alterado (“podrías aprender de mis padecimientos con tu padre y con el otro”) siempre es más fácil de conducir, de pescarle en contradicciones, de hacerlo pronunciar alguna idiotez irreparable. Lo malo era que a veces perdían los estribos y recurrían a los golpes, pero no había que desalentarse. Una bofetada recibida era siempre una buena inversión: significaba por lo menos un largo semestre de concesiones y arrepentimientos.

Pero Elisa no había tenido en cuenta el sexo. Es cierto que en sus dos matrimonios había disfrutado menos que una tabla. Pero las hijas estaban mejor dotadas y no desperdiciaban sus buenas noches. Los yernos eran derrotados en la vigilia con los argumentos que ponía Elisa en los labios de sus hijas, pero vencían en el lecho con los argumentos que les diera Dios. Era —es cierto— una lucha desapareja. Con vergüenza, pero sin titubeos, con la convicción de que se jugaban en eso su más deseado placer, las hijas le suplicaron que no viniera más, que preferían ir ellas a verla de cuando en cuando. Josefa, que había sido su preferida, no apareció nunca, pero Clarita a veces le escribía o se encontraba con ella en el Centro.

Elisa se quedó sola con Aníbal Domingo, que se estaba poniendo duro y a quién no le gustaban las novias. Juan Carlos era agente viajero, y venía por algunas horas una vez por quincena. Pero como esas horas eran de recriminaciones y de

sospechas (“quién sabe con qué pérdidas andarás ahora”), acabó por quedarse en el Interior y bajar a Montevideo dos o tres veces al año.

Cuando el dolor hizo su aparición, Elisa Montes no atinó a engañarse. Era, evidentemente, el mismo mal que había volteado a Gumersindo. Le pidió al médico que le dijera la verdad, y el médico se la dio con pormenores, como desahogándose por todas las otras veces en que había sentido conmiseración. Sabiéndose perdida sin remedio, no se le ocurrió como a tantos otros, repasar su conciencia, indagar su verdad. En los ratos en que la morfina le entibiaba el sufrimiento, escarbaba todavía con restos de fruición en las vidas inocuas que la habían rodeado. En los otros, cuando la horrible punzada apretaba, ni siquiera se sentía con ánimo para fingir, ya que aquello era realmente atroz.

Aníbal Domingo, tímido, inerte y servicial, la asistía sin fervor y recibía sus blasfemias. Sólo un tipo así, agostado, insensible, podía aguantar hasta el fin ese proceso de acabamiento, de soledad, de olvido. Pero aun él experimentó cierto alivio cuando una mañana la encontró sin vida, arrollada e implacable, como si la última paz la hubiese rechazado.

No publicó avisos, pero llamó a las hermanas, a Juan Carlos, a los cuñados; tuvo pereza de buscar a los viejos tíos. Todos se enteraron, sin embargo; hasta Juan Carlos, que dijo después no haber recibido a tiempo el telegrama. Pero sólo vinieron el capitán y el ferretero.

Detrás de la carroza, módica y casi sin flores, iba el coche de los deudos. Hacía años que los tres hombres no se dirigían la palabra, y ahora tampoco hablaban. El capitán miraba fijo hacia la calle, como asombrado de que alguna mujer se persignara al paso del mezquino cortejo.

Aníbal Domingo contemplaba hipnotizado la nuca enrojecida del chofer, pero a veces abarcaba también el espejito retroscópico donde se veía, siempre a la misma distancia, el otro coche enviado por la funebrera y que nadie había querido aprovechar. A Aníbal Domingo se le había ocurrido que

por culpa de la muerta no había tenido novias, y aun no se había acostumbrado a esa agradable revelación.

La sección nueva del Cementerio del Norte estaba cubierta por un sol alegre: aquí y allá, la tierra removida como para labranza. Al descender del coche, el ferretero tropezó y los otros dos lo tomaron del brazo para sostenerlo. El dijo: "Gracias" y hubo menos tensión.

A un costado, sobre el pasto, habían depositado un cajón muy liso, de cuatro agarraderas. Los deudos se acercaron, pero tuvo que ayudarlos el chofer, porque faltaba uno.

Avanzaron despacio, como si encabezaran un nutrido cortejo. Luego, dejaron el camino principal y se detuvieron frente a un pozo sencillo, exactamente igual a otros quince o veinte que también esperaban. Después de un golpe seco, el cajón quedó inmóvil en el fondo. El chofer se sonó la nariz, dobló el pañuelo como si estuviera limpio, y retrocedió despacio hasta el camino.

Entonces los otros se miraron, inexplicablemente solidarios, y nada les impidió arrojar los puñados de tierra con los que aquella muerte se igualó a las otras.

Los pocillos

Los pocillos eran seis: dos rojos, dos negros, dos verdes, y además importados, irrompibles, modernos. Habían llegado como regalo de Enriqueta, en el último cumpleaños de Mariana, y desde ese día el comentario de cajón había sido que podía combinarse la taza de un color con el platillo de otro. “Negro con rojo queda fenomenal”, había sido el consejo estético de Enriqueta. Pero Mariana, en un discreto rasgo de independencia, había decidido que cada pocillo sería usado con su plato del mismo color.

“El café ya está pronto. ¿Lo sirvo?”, preguntó Mariana. La voz se dirigía al marido, pero los ojos estaban fijos en el cuñado. Este parpadeó y no dijo nada, pero José Claudio contestó: “Todavía no. Esperá un ratito. Antes quiero fumar un cigarrillo”. Ahora sí ella miró a José Claudio y pensó, por milésima vez, que aquellos ojos no parecían de ciego.

La mano de José Claudio empezó a moverse, tanteando el sofá. “¿Qué buscás?” preguntó ella. “El encendedor”. “A tu derecha”. La mano corrigió el rumbo y halló el encendedor.

Con ese temblor que da el continuado afán de búsqueda, el pulgar hizo girar varias veces la ruedita, pero la llama no apareció. A una distancia ya calculada, la mano izquierda trataba infructuosamente de registrar la aparición del calor. Entonces Alberto encendió un fósforo y vino en su ayuda. “¿Por qué no lo tirás?” dijo, con una sonrisa que, como toda sonrisa para ciegos, impregnaba también las modulaciones de la voz. “No lo tiro porque le tengo cariño. Es un regalo de Mariana”.

Ella abrió apenas la boca y recorrió el labio inferior con la punta de la lengua. Un modo como cualquier otro de empezar a recordar. Fue en marzo de 1953, cuando él cumplió treinta y cinco años y todavía veía. Habían almorzado en casa de los padres de José Claudio, en Punta Gorda, habían comido arroz con mejillones, y después se habían ido a caminar por la playa. El le había pasado un brazo por los hombros y ella se había sentido protegida, probablemente feliz o algo semejante. Habían regresado al apartamento y él la había besado lentamente, morosamente, como besaba antes. Habían inaugurado el encendedor con un cigarrillo que fumaron a medias.

Ahora el encendedor ya no servía. Ella tenía poca confianza en los conglomerados simbólicos, pero, después de todo, ¿qué servía aún de aquella época?

—Este mes tampoco fuiste al médico —dijo Alberto.

—No.

—¿Quieres que te sea sincero?

—Claro.

—Me parece una idiotez de tu parte.

—¿Y para qué voy a ir? ¿Para oírle decir que tengo una salud de roble, que mi hígado funciona admirablemente, que mi corazón golpea con el ritmo debido, que mis intestinos son una maravilla? ¿Para eso quieres que vaya? Estoy podrido de mi notable salud sin ojos.

La época anterior a la ceguera. José Claudio nunca había sido un especialista en la exteriorización de sus emociones, pero Mariana no se ha olvidado de cómo era ese rostro antes de adquirir esta tensión, este resentimiento. Su matrimonio había

tenido buenos momentos, eso no podía ni quería ocultarlo. Pero cuando estalló el infortunio, él se había negado a valorar su amparo, a refugiarse en ella. Todo su orgullo se concentró en un silencio terrible, testarudo, un silencio que seguía siendo tal, aun cuando se rodeara de palabras. José Claudio había dejado de hablar de sí.

—De todos modos deberías ir, —apoyó Mariana—. Acordate de lo que siempre te decía Menéndez.

—Cómo no que me acuerdo: Para Usted No Está Todo Perdido. Ah, y otra frase famosa: La Ciencia No Cree En Milagros. Yo tampoco creo en milagros.

—¿Y por qué no aferrarte a una esperanza? Es humano.

—¿De veras? —Habló por el costado del cigarrillo.

Se había escondido en sí mismo. Pero Mariana no estaba hecha para asistir, simplemente para asistir, a un reconcentrado. Mariana reclamaba otra cosa. Una mujercita para ser exigida con mucho tacto, eso era. Con todo, había bastante margen para esa exigencia; ella era dúctil. Toda una calamidad que él no pudiese ver; pero esa no era la peor desgracia. La peor desgracia era que estuviese dispuesto a evitar, por todos los medios a su alcance, la ayuda de Mariana. El menospreciaba su protección. Y Mariana hubiera querido —sinceramente, cariñosamente, piadosamente— protegerlo.

Bueno, eso era antes; ahora no. El cambio se había operado con lentitud. Primero fue un decaimiento de la ternura. El cuidado, la atención, el apoyo, que desde el comienzo estuvieron rodeados por un halo constante de cariño, ahora se habían vuelto mecánicos. Ella seguía siendo eficiente, de eso no cabía duda, pero no disfrutaba manteniéndose solícita. Después fue un temor horrible frente a la posibilidad de una discusión cualquiera. El estaba agresivo, dispuesto siempre a herir, a decir lo más duro, a establecer su crueldad sin posible retroceso. Era increíble cómo hallaba siempre, aun en las ocasiones menos propicias, la injuria refinadamente certera, la palabra que llegaba hasta el fondo, el comentario que marcaba a fuego. Y siempre desde lejos, desde muy atrás de su ceguera,

como si ésta oficiara de muro de contención para el incómodo estupor de los otros.

Alberto se levantó del sofá y se acercó al ventanal.

—Qué otoño desgraciado, —dijo—. ¿Te fijaste? —La pregunta era para ella.

—No, —respondió José Claudio—. Fijate vos por mí.

Alberto la miró. Durante el silencio, se sonrieron. Al margen de José Claudio, y sin embargo a propósito de él. De pronto Mariana supo que se había puesto linda. Siempre que miraba a Alberto, se ponía linda. El se lo había dicho por primera vez la noche del veintitrés de abril del año pasado, hacía exactamente un año y ocho días: una noche en que José Claudio le había gritado cosas muy feas, y ella había llorado, desalentada, torpemente triste, durante horas y horas, es decir hasta que había encontrado el hombro de Alberto y se había sentido comprendida y segura. ¿De dónde extraería Alberto esa capacidad para entender a la gente? Ella hablaba con él, o simplemente lo miraba, y sabía de inmediato que él la estaba sacando del apuro. “Gracias”, había dicho entonces. Y todavía ahora la palabra llegaba a sus labios directamente desde su corazón, sin razonamientos intermediarios, sin usura. Su amor hacia Alberto había sido en sus comienzos gratitud, pero eso (que ella veía con toda nitidez) no alcanzaba a depreciarlo. Para ella, querer había sido siempre un poco agradecer y otro poco provocar la gratitud. A José Claudio, en los buenos tiempos, le había agradecido que él, tan brillante, tan lúcido, tan sagaz, se hubiera fijado en ella, tan insignificante. Había fallado en lo otro, en eso de provocar la gratitud, y había fallado tan luego en la ocasión más absurdamente favorable, es decir, cuando él parecía necesitarla más.

A Alberto, en cambio, le agradecía el impulso inicial, la generosidad de ese primer socorro que la había salvado de su propio caos, y, sobre todo, ayudado a ser fuerte. Por su parte, ella había provocado su gratitud, claro que sí. Porque Alberto era un alma tranquila, un respetuoso de su hermano, un fanático del equilibrio, pero también, y en definitiva, un solitario. Durante años y años, Alberto y ella habían mantenido una re-

lación superficialmente cariñosa, que se detenía con espontánea discreción en los umbrales del tuteo y sólo en contadas ocasiones dejaba entrever una solidaridad algo más profunda. Acaso Alberto envidiara un poco la aparente felicidad de su hermano, la buena suerte de haber dado con una mujer que él consideraba encantadora. En realidad, no hacía mucho que Mariana había obtenido la confesión de que la imperturbable soltería de Alberto se debía a que toda posible candidata era sometida a una imaginaria y desventajosa comparación.

—Y ayer estuvo Trelles—, estaba diciendo José Claudio, —a hacerme la clásica visita adulona que el personal de la fábrica me consagra una vez por trimestre. Me imagino que lo echarán a la suerte y el que pierde se embroma y viene a verme.

—También puede ser que te aprecien, —dijo Alberto—, que conserven un buen recuerdo del tiempo en que los dirigías, que realmente estén preocupados por tu salud. No siempre la gente es tan miserable como te parece de un tiempo a esta parte.

—Que bien. Todos los días se aprende algo nuevo. —La sonrisa fue acompañada de un breve resoplido destinado a inscribirse en otro nivel de ironía.

Cuando Mariana había recurrido a Alberto, en busca de protección, de consejo, de cariño, había tenido de inmediato la certidumbre de que a su vez estaba protegiendo a su protector, de que él se hallaba tan necesitado de amparo como ella misma, de que allí, todavía tensa de escrúpulos y quizá de pudor, había una razonable desesperación de la que ella comenzó a sentirse responsable. Por eso, justamente, había provocado su gratitud, por no decírselo con todas las letras, por simplemente dejar que él la envolviera en su ternura acumulada de tanto tiempo atrás, por sólo permitir que él ajustara a la imprevista realidad aquellas imágenes de ella misma que había hecho transcurrir, sin hacerse ilusiones, por el desfiladero de sus melancólicos insomnios. Pero la gratitud pronto fue desbordada. Como si todo hubiera estado dispuesto para la mutua revelación, como si sólo hubiera faltado que se mi-

raran a los ojos para confrontar y compensar sus afanes, a los pocos días lo más importante estuvo dicho y los encuentros furtivos menudearon. Mariana sintió de pronto que su corazón se había ensanchado y que el mundo era nada más que eso: Alberto y ella.

—Ahora sí podés calentar el café, —dijo José Claudio, y Mariana se inclinó sobre la mesita ratona para encender el mecherito de alcohol. Por un momento se distrajo contemplando los pocillos. Sólo había traído tres, uno de cada color. Le gustaba verlos así, formando un triángulo.

Después se echó hacia atrás en el sofá y su nuca encontró lo que esperaba: la mano cálida de Alberto, ya ahuecada para recibirla. Qué delicia, Dios mío. La mano empezó a moverse suavemente y los dedos largos, afilados, se introdujeron por entre el pelo. La primera vez que Alberto se había animado a hacerlo, Mariana se había sentido terriblemente inquieta, con los músculos anudados en una dolorosa contracción que le había impedido disfrutar de la caricia. Ahora, no. Ahora estaba tranquila y podía disfrutar. Le parecía que la ceguera de José Claudio era una especie de protección divina.

Sentado frente a ellos, José Claudio respiraba normalmente, casi con beatitud. Con el tiempo, la caricia de Alberto se había convertido en una especie de rito y, ahora mismo, Mariana estaba en condiciones de aguardar el movimiento próximo y previsto. Como todas las tardes la mano le acarició el pescuezo, rozó apenas la oreja derecha, recorrió lentamente la mejilla y el mentón. Finalmente se detuvo sobre los labios entreabiertos. Entonces ella, como todas las tardes, besó silenciosamente aquella palma y cerró por un instante los ojos. Cuando los abrió, el rostro de José Claudio era el mismo. Ajeno, reservado, distante. Para ella, sin embargo, ese momento incluía siempre un poco de temor. Un temor que no tenía razón de ser, ya que en el ejercicio de esa caricia pública, riesgosa, insolente, ambos habían llegado a una técnica tan perfecta como silenciosa.

—No lo dejes hervir, —dijo José Claudio.

La mano de Alberto se retiró y Mariana volvió a incli-

narse sobre la mesita. Retiró el mechero, apagó la llamita con la tapa de vidrio, llenó los pocillos directamente desde la cafetera.

Todos los días cambiaba la distribución de los colores. Hoy sería el verde para José Claudio, el negro para Alberto, el rojo para ella. Tomó el pocillo verde para alcanzárselo a su marido, pero, antes de dejarlo en sus manos, se encontró con la extraña, apretada sonrisa. Se encontró, además, con unas palabras que sonaban más o menos así: —“No, querida. Hoy quiero tomar en el pocillo rojo”.

XXI

Julio C. da Rosa (1920)

En sus **Cartas del Paraguay**, escribe uno de los hermanos Robertson, comunicando la impresión que le produjera Artigas en su choza (así la llama) de Purificación, que, a su juicio, el peso de todos los negocios del mundo cayendo sobre los hombros del Protector, no hubieran logrado quitarle la calma con que despachaba sus asuntos, en tanto comía, bebía, fumaba, conversaba y dictaba su correspondencia. Que se nos perdone la irreverencia, pero algunas veces al ver a da Rosa en su trabajo de ANDEBU, con un teléfono a un lado y otro al otro, requerido por mil solicitudes, hemos pensado, humorísticamente, desde luego, que da Rosa, como Artigas, tampoco perdería la calma aunque sobre su espalda cayeran los negocios de toda la República. Y es, sin embargo, extraña esa calma, en medio del tráfigo ciudadano, en este hombre de Treinta y Tres que lleva en el alma, igual que tantos "exilados" de la campaña, una incurable nostalgia de su pago natal. Nostalgia que es como una fina herida acicateadora que lo obliga, de vez en cuando, a disparar por unos días a aquellas tierras donde, según dice, recobra energía y salud de alma. De su región natal ha hecho, igual que el minuano Morosoli con la suya, la cantera de donde extrae materia para sus libros. Son cinco los que lleva ya publicados: tres de cuentos (**Cuesta arriba**, 1952, **De sol a sol**, 1955, **Camino adentro**, 1959), una novela breve, **Juan de los desamparados** (1961), y un volumen de evocaciones, **Recuerdos de Treinta y Tres** (1961). A través de estos libros ha logrado ya el autor construir su válido mundo narrativo. Esa validez arraiga en la conmovedora fidelidad con que da Rosa se atiene a la realidad que traslada literalmente a sus libros. Como todo creador, da Rosa selecciona de la realidad, para su creación, aquellos elementos que tienen un especial valor significativo; como todo creador modifica esos elementos y les da un "sentido". Pero en da Rosa, la selección estiliza y no deforma; la modificación creadora se atiene a los perfiles de lo real; el "sentido" otorgado a lo

real, no le es artificialmente "impuesto" sino "visto" en la realidad misma. Este esencial respeto por la realidad es el principio directivo de la labor literaria de da Rosa, el que la explica y la justifica hasta en sus limitaciones. Da Rosa no escribe más que de lo que conoce bien y de lo que conoce no pretende decir más de lo que sabe.

Da Rosa ha escogido para su creación criaturas que viven naturalmente su aventura humana. No importa que ésta sea dramática o dichosa, siempre un mismo aire de naturalidad las envuelve. Vivir, para estos seres, es un ademán que se ejecuta sin patetismo. Pero no carecen de profundidad. Todo lo contrario. Aunque no se dan en ellos esas complejidades (o complejos) tan frecuentados por la literatura contemporánea, y que, las más de las veces, no pertenecen genuinamente al personaje sino que le son sobrepuestos, con pujos de problematismo trascendente, por el autor mismo, los personajes de da Rosa son profundos porque hay en ellos autenticidad y plenitud vitales. Son profundos por la misma razón que son misteriosos, en último rigor, un insecto o una planta. Y esos personajes siempre le buscan, y generalmente le encuentran, las raíces a sus propias vidas. Estas raíces las hallan en el gozoso ejercicio de una actividad que es casi una "vocación vital". Gráficamente expresa un personaje esta situación cuando afirma que "**un hombre sin especialidá, es com' ojo sin vista**". Por esto, aun los más despojados e infelices de sus personajes aceptan sus vidas como un don que usufructúan con gozo. En realidad, hasta cabría decir que los personajes de da Rosa se construyen sus vidas y que (aunque una palabra en la cual ni piensan) persiguen y se crean su destino. Espontáneamente, con la naturalidad que da el fruto un árbol, las criaturas de da Rosa le dan un sentido a sus vidas. Un sentido arraigado en deseos y esperanzas humildes, en el amor más conmovedoramente tierno por las cosas más sencillas, que ellos persiguen incansablemente. Así es Ansin, que en su flauta y su música encuentra sustancia suficiente para colmar su vida; así es Macario Lago, lleno de condiciones para ser un hombre rico aunque lo que siempre le faltó fue plata, pero que llena su vida con la posesión de un rancho y un caballo y se siente "**hecho un diputau**" cuando, tras una temporada de

trabajo, puede llegar “hasta las casas en caballo propio” y gustar allí de ese “mar de soledad que le hace olas” hasta la puerta del rancho. Y no importa, para la mayoría de estos personajes, que aquellas cosas que se consideran finalidad de la vida no se logren nunca. Les basta, a veces, con esa actividad interior en que consiste el deseo y la esperanza. (Recuérdese a Silverio Fleitas, a quien todos conocían por bolichero pero nadie le conocía boliche; los más dichosos momentos los vive cuando sueña en el día en que pueda instalarse y ser realmente el bolichero que sueña). Por eso, el vivir esperanzado, y por grande que sea la intensidad del deseo, nunca es doloroso para los personajes de sus cuentos. Lo que puede resultarles doloroso es el acto de reflexión en que los coloca la necesidad de elegir, o el verse privados del ejercicio de su “vocación vital” cuando ya han podido ejercitarla (tal ocurre con Macario Lago, en **Jaulero**, y Crispín Artigas en **Crispín de las manos**). Este sentido activo de la vida que se da en los personajes de da Rosa, le confiere a sus cuentos dos singulares cualidades: hasta la desdicha adquiere en sus cuentos un aire de suave serenidad (Ansín, por ejemplo, tocando la flauta para sí mismo, cuando la invasión de las orquestas lo desplaza de los bailes, conmueve sin entristecer, porque lo sentimos arraigado aún a lo que es esencial a su vida) y ni siquiera el intenso dramatismo de ciertas situaciones tajantemente adversas a sus personajes consigue destruir en ellos la salud moral (como puede comprobarse, para citar un ejemplo, en el cuento **Loco, de Cuesta arriba**). Agreguemos a lo dicho la ternura que se advierte en el autor por sus personajes; agreguemos, todavía, el sesgo risueño pero no burlón con que sabe verlos y transmitirlos. Comprenderemos, entonces, porqué esas vidas conmovedoramente humildes que se dibujan en las páginas de da Rosa, adquieren para el lector un signo tan íntegramente afirmativo.

Es evidente que siguiendo, paso a paso, la producción de da Rosa en su sucesión cronológica, se podría hacer notar la creciente madurez de su visión de la realidad y de su modo de transmitirla. Madurez que se hará, sin duda, del todo visible con la publicación de su novela **Mundo chico**, de la cual ha hecho conocer hasta ahora sólo algunos excelentes frag-

mentos. Prescindiremos de las observaciones que nos sugiere esa creciente madurez, y anotaremos algo sobre el modo de composición de da Rosa. Utiliza, como Morosoli, un tiempo narrativo que no se atiene siempre al orden cronológico. Quiebra la vida de sus personajes en episodios e instancias que luego reagrupa según una ley asociativa que procura producir una impresión de simultaneidad entre hechos alejados en el tiempo pero que muestran situaciones o estados de alma semejantes o antagónicos. Esto da a la narración extraordinaria agilidad. El orden establecido es el estético, no el real. Es posible anotar, no obstante esta semejanza, que en Morosoli la estructura del cuento deja la impresión de ser más premeditada, mientras que la estructura de la narración de da Rosa parece más espontánea. Como si fuera agrupando en el cuento, sin orden visible, todo lo que sabe del personaje, como quien, en una conversación, se complace en ir transmitiendo recuerdos, anécdotas, dichos. Incluso los elementos naturales del paisaje se incorporan a la narración de acuerdo con esta ley narrativa. No se montan grandes escenarios ni se hacen, como decorados, extensas descripciones. Con breves toques, con una pincelada, dada en una frase gráfica y exacta, introduce en la narración el paisaje, estableciendo la relación entre el personaje y su ambiente. Pero mediante este aparente desorden deja finalmente armado al personaje en su cabal estatura humana y estética. Esta forma de narrar puede ser vista, desde la perspectiva de una estricta "retórica del cuento", como una deficiencia. No obstante, creemos que el autor es fiel en su modo de narrar a aquel respeto por la realidad que señalamos como normativo de su labor literaria. Como la vida no tiene "argumento" no quiere inventárselo a sus personajes. Deja que ellos se viertan en el cuento con la misma espontaneidad con que viven. El arte de da Rosa consiste en seguir fielmente el hilo de esas vidas.

Los dos cuentos seleccionados pertenecen a *De sol a sol* (Montevideo, Ediciones Asir, 1955) el primero, *Hombre-flauta*, y el segundo, *La vieja Isabel*, a *Camino adentro* (Montevideo, Ediciones Asir, 1959). De estos cuentos, tan nítidos en sus valores, sólo que-remos subrayar un aspecto: la actitud de los personajes ante las fuerzas del progreso que amenazan ani-

quilarlos. Ansín, desplazado por las orquestas, se refugia, ensimismado, en la música de su flauta, que casi dichosamente sólo toca ahora para sí mismo. No hay rebeldía. No hay resignación dolorida. Sólo serena aceptación y acomodamiento a la nueva circunstancia. La vieja Isabel se apresta, bravía, a enfrentar activamente la situación creada por el ferrocarril, que desplaza al viejo Patricio, el carrero; el ferrocarril, le dice a Patricio, sirvió **“pa dividir el mundo en hombres y flojos”**. El viejo Patricio, desplazado por el ferrocarril, pierde hasta el chiflido y se convierte en un pedazo de hombre, él que fue hombre entero. ¡Y tan entero! Indudablemente, el ser humano no está conformado por el medio. Es un ser reactivo. Vemos ahí tres modos de reacción ante igual o semejante circunstancia.

Hombre-flauta

Sin la flauta, Ansín no hubiera salido de cero. Con la flauta, llegó a ser el pobre infeliz que era. Esto no es una ironía; es una verdad. Verdad que atestiguaría quienquiera que hubiese conocido a Ansín con flauta y a uno de los tantos que pudo haber sido este mismo Ansín, sin flauta.

—Decía mi madre que yo nací flauta en boca.

No habría nacido, pero anduvo cerca. Más de uno recordaba al tuertito de las primeras retretas de la plaza.

—Un pirriaquito que nadie daba dos vintenes por él.

El que lo recordaba, lo recordaba flauta en mano o flauta en boca. Peticito, barrigón y descalzo, allí se le encontraba, domingo a domingo, por aquellos tiempos. Llegaba primero que la banda, cosa de colocarse. En ocasiones, mucho rato antes, de puro ansioso o para “ganarle el tirón” a algún canario de éstos que no iban a oír sino a tragarse la banda. Bien cerca del director, buscaba su lugar. La plaza se iba llenando de gente ociosa y paseandera. Ansín iba repasando las piezas aprendidas el domingo anterior. Y contando las campanadas del

reloj de la jefatura, tras las cuales sabía que, de un momento a otro, llegaría aquella única razón de su espera allí y solo. Tal vez la única razón, por entonces, de su vida de atorrantito con madre medio muerta de disgusto, por ser él como era.

Andaría por los diez años, cuando ella debió convencerse, a la fuerza, de una verdad que hasta entonces había peleado para no creer. Desde que él nació, había empezado a pelear.

—Parece medio anormalcito, comadre... —le había dicho la partera, después de bañar aquel montoncito, formado casi todo por una cabeza y un vientre.

—Más anormalcita tendrá usted la que le dije, ¿sabe?

La echó. Pero no bien había salido la otra, ella estaba desprendiendo alfileres y apartando trapos, para mirar a solas el contenido del envoltorio. No quiso mirar mucho. No precisaba, tampoco, para teparle la boca a la deslenguada.

—¡No ha de saber esta bíbora, que todo recién nacido se buelbe purita panza y cabeza!

Sintió enseguida la necesidad de que los días corrieran a la disparada. De que se formaran semanas y meses y años, sin demora y sin nada adentro.

Pero los días parecían con pega-pega, de lerdos. Parecían bolsas llenas de horas grandotas y pesadas. Gigantes cabezudos y panzones, parecían.

Hasta que vino aquella mañana inexplicable. Una mañana de cinco minutos; un relámpago, casi, apenas para mostrole el ojo blanco del hijo; apenas para darle tiempo a hacerse a la idea de que por toda la vida, debía mirarlo, tenerlo y quererlo con aquella herida incurable en el rostro. Enseguida, la mañana se le hizo noche. Noche ciega, larga, de muchos años. Como si los ojos se le hubiesen cerrado para siempre, ante la visión de aquel ojo.

—Lo que siento, no es la vista que le falta; ¡es que sia tuerto, pobrecito!

Todo lo que ocurrió después, ya fue a lo largo de esa noche larga. Y por eso, para ella todo fue poca cosa. Como fue la persistencia del tamaño desmesurado de cabeza y vientre; y el tartamudeo de años y la hurañez de bicho. Insigni-

ficancias, al lado de lo otro; de aquel pozo de agua lechosa, que ni el agua del tiempo ni millones de lágrimas habían conseguido ni conseguirían aclarar.

Tenía que llegar la maestra, cierta tardecita después de la clase, con un enredo de dos horas y algo más, para ella darse cuenta de que todavía quedaba algo para venirse abajo y todavía lágrimas para seguir llorando. De las primeras cosas que le dijo, fue que en los tres años que llevaba de escuela, Ansín no había aprendido ni a “poner ojo”. Ella enseguida se acordó de la flauta. Y estuvo con los labios despegados, para echarle las culpas de todo a la porquería. Nunca hubiera pensado que entre el montón de “entretenciones” que le había venido dando, el “mala idea” fuera a preferir semejante “cascarria ferrugienta”. Tanto la había preferido, que desde hacía buen tiempo no se pasaba más que soplando y soplando aquello. Horas cansadas, soplando, A veces, ella de rabia se la escondía.

—¡Me tenés almariada, con tu pío pío!

Pero viendo la “cara de pasmadito” que ponía al echar falta del mamarracho, se lo volvía a dar. Hasta que una ocasión no pudo soportar más. A martillo le hizo varios dobleces. Y lo aventó entre un yuyal. Al rato ya estaba lagrimeando de verlo con aquella cara. Anduvo una semana buscando hojalaterías por todo el pueblo.

—¿Me hace un cañito de mayor a menor, con seis o siete agujeros?

—¿Cañito de qué y pa qué?

—Si bengo a una latería, tendrá que ser de lata, me supongo, ¿no? Lo de pa qué, corre por cuenta de quien paga. Usté lo hace.

No se la hicieron. La fue a encontrar medio parecida en un figurín y la encargó a Montevideo.

Con los labios despegados, estuvo, para echarle las culpas a la flauta. Pero la maestra seguía y seguía hablando. Ni un claro le dejaba para descargarse de ese peso. Cuando se lo dejó, ya no le servía para nada. No quedaban culpas. Lo que quedaba era aquello que ella sabía, pero que no quería saber.

Lo supo, igual. Apretada entre el vendaval de palabras que le venía de frente y la noche de diez años que tenía a la espalda. Sumida en aquella noche, se quedó, con los labios pegados. Contestando por señas a las últimas palabras de la maestra normalista. Desde el día siguiente, Ansín no fue más a la escuela.

Para cualquier gurí de su edad, eso hubiera sido algo así como regalarle el mundo. Y el mundo era el pueblo con monte y río juntos. Pero para Ansín no había otro mundo que el que venía descubriendo él, a soplido y dedos. Solo, lo venía descubriendo. Despacito. Con una paciencia increíble en él.

Lo primero que se le fue dando en el incansable tanteo de todos los días, fue un arroró que tenía metido adentro desde no sabía cuando. Una cosita liviana, finita, casi un hilo de seda. Apenas medio la dibujó contra el silencio de un oscurecer, salió corriendo rumbo a la cocina. Llegó desparramando felicidad.

—¡Mire, mama!

—¿Mire lo qué? ¿Esa facha de güerfano, que tráis?

—No, no. Mire.

Cuando lo vió levantar la flauta rumbo a la boca, le vinieron ganas de “taparlo de un sosegate”. Pero no tuvo tiempo ni de largar la pala de revolver. Revolviendo, la agarró la punta de aquel hilo de seda suavcito. Más suavcito que un hilo de seda, ella lo sintió envolversele. Como un “casi nada”. Algo como la luz de la luna, que toca pero que no se siente. Y venido de lejísimos, como la luz de la luna. De mucho más allá de la vida y del mundo y de todo. . .

—¡Mama!

Largó la pala y dejó de balancearse. Estuvo buscando unas palabras, pero el hilo le había formado un ovillo en la garganta y una telaraña en los ojos. Atinó a envolver al mala facha en un abrazo sin fin. Después de haberle humedecido el pelo de llanto, recién encontró las palabras que venía buscando.

—¡M'hiciste acordar de un mundo de cosas, con eso!

—¿Qué cosas?

—¡Yo que sé! Cosas y más cosas.

Apenas cenaron, quiso volver a sentir aquello. Se durmió a su son mal dibujado a dos dedos, sobre el silencio de la noche.

Fue de ahí para adelante, que la fiebre de la flauta se le redobló a Ansín. Pero con el arroró, tres o cuatro vales y un tango viejo, el repertorio casero quedó agotado. Por mucho que la cargoseó, no le sacó más nada.

—Tararé, mama.

—¿Qué via'tarariar yo, muchacho?!

—Cualquier cosa, pa'sacar.

—Te digo que no sé.

Cualquier cosa le servía. Y andaba siempre a la pesquisa. Pasaba uno chiflando por donde Ansín lo oyera, le salía de atrás. Y lo seguía hasta donde el otro siguiera chiflando. Volvía derecho a "sacar". Eso, si no lo había seguido ya con la flauta, dedeando a la retaguardia.

Casa con victrola, era casa que Ansín empezaba a rondar. Trataba de hacerse amigo con algún comedimiento. Después que entraba, no salía hasta no haber pasado y repasado cuanto disco hubiese. Si se hacía de confianza, traía la flauta y allí mismo se ponía a "sacar". Si no, "agarraba" y se iba a su casa. Con un hallazgo de éstos, tenía para semanas encerrado, "dele geta y dedos".

De modo que, cuando descubrió la banda, ya tenía mucho camino hecho. Repertorio fuera de moda, pero variado. Además, bastante buen dominio del instrumento. No era cualquier "chapucero", el que lo iba a dejar parado con una nota.

En ocasiones, para pasar el tiempo, entre pieza y pieza, se le arrimaba un clarinete o un saxofón de aquellos más "corridos".

—A ver, tuerto, si agarrás ésta.

Ansín se preparaba. El otro tomaba bastante aire, y lo largaba todo en un chorro repiqueteado, como de medio minuto. Todavía estaban vibrando las estridencias del metal sonoro, cuando empezaba a nacer el eco apagadito y lerdo del latón ordinario.

—Parece que salió... —decía Ansín respirando hondo.

—Pero, ¿cómo hacés, birola?

—Golpe de oreja, no má.

—¡Dios te conserb'esa oreja y ese golpe!

Domingo a domingo estaba allí. Años. Al cabo de tanto, poca cosa podía ya dejarle la banda. Cuando mucho, alguna marcha que otra, de mes en mes. Buscó para otro lado. Empezó a hacerse invitar y a invitarse solo, a cuanta fiesta o reunión con música "olfateaba". Claro que no iba a lo que iba todo el mundo. Llegaba y se les pegaba a los músicos.

Para darse cuenta de que era él un músico, tuvo que faltar el saxofón de Pedro Pérez en una fiesta escolar muy grande, allá por Las Chacras. Estaba todo pronto para empezar el baile y ni sombra del moreno viejo. Se consultaron los dos "guitarras" y uno de ellos se le acercó a Ansín, que estaba también esperando allí, hacía horas.

—Usted trajo su aparato, tuertito?

—¡Cómo no! Aquí está.

Se tanteó un bolsillo.

—Diga una cosa: ¿usted no se animaría pa ir tirando?

—¡Ta mal, usted! ¡Yo no! ¡Qu'esperanza!

Tuvo que intervenir el presidente de la Fomento, para que se decidiera.

Entre miedosos y tentados, los acompañantes se pusieron a hacer unos floreos, cosa de salvar responsabilidades, haciendo ver su arte de antemano. Mientras la gente se hacía cargo de aquellas habilidades. Ansín esperaba callado en su rincón, con la flauta abajo del brazo.

Después de varios aprontes y firuletes, los de las guitarras lo invitaron a templar. Todavía con la esperanza del saxofón, lo invitaron.

Le pidieron sonido varias veces; dió sonido cuantas veces le pidieron. Estuvieron clavijando otro rato, se secaron las manos en las rodillas, se secretaron, se rieron con disimulo y, allá a las cansadas, el que había hablado convidó a Ansín:

—¿Bamo?

—Bamo.

—¿Con qué arrancamo?

—Con lo que guste.

El otro miró al compañero. Buscó una sonrisa, no la halló.

Otra vez a Ansín:

—¿Tango?

—Tango.

—Elija.

—Elija, no má.

El guitarrero ya no miró a su yunta. Se quedó serio y dijo fuerte:

—Pañuelito blanco.

Se soplaron ellos un cuchicheo. Ansín se acomodó. Dos o tres ajustes más, y largaron.

Iban enrando al cuarto o quinto “pañuelito”, cuando el cabeza del acompañamiento pudo darle un manotazo a Ansín. Pararon.

—Pero, ¿hasta cuando pensaba darle?

—¿Y yo que sé?

—Hace una hora que l'estoy haciendo señas...

—¿Y qué lo iba'ber con este ojo?!

—¿Y el otro ojo?

—El otro ojo taba en la flauta, pues...

Los largó acalambrados y bañados en sudor. Soltaron las guitarras y se fueron al patio a salir del asombro. Pero les quedaba todo el baile, para seguir asombrándose. En todo el baile no repitieron una pieza.

Ansín salió con plata y con fama de aquella fiestita.

Desde el día siguiente a esos exámenes, no lo dejaron parar. En esa época, en Treinta y Tres, un músico, queriendo, era hombre de cierto “pasar”. Pueblo muy divertido, donde había reunión tenía que haber baile. Y a victrola, sólo en local muy chico y cerrado, se podía bailar. Asimismo, mucha gente bailaba “al tanteo”.

Con el ruidaje de los pies no más, aunque fuera en piso de tierra, era muy difícil “llevar el hilo”. Ni que decir, donde el piso fuera de ladrillo, o de tabla.

Por todo eso y porque no abundaba, el músico de oído

vivía. Y vivía, quiere decir que comía y vestía bien y hasta se hacía algún gusto extra.

A Ansín no lo dejaban parar. En ocasiones no había llegado de un baile, cuando lo andaban buscando para otro. Dos, tres noches sin dormir, a veces. Y si por él fuera, toda la vida sin dormir ni comer. Intervenía la madre.

—¿T'Ansín?

—No 'stá.

—Es pa una serenata...

—Menos'ta.

—Toy aquí, máma.

—Usté no'stá, no señor!

—Pero máma; y éste que t'aquí, ¿quién es?

—Ese qu'est'áh, ta durmiendo y se calla.

No lo entregaba. Le quedaba doliendo el choque de la propia negativa, contra un deseo también propio, mucho más grande: el de que el hijo se fuera por ahí, a seguir asombrando el mundo. Pero la compensaba de ese choque, el gusto de usar, contra todos, aquel derecho que sabía sólo suyo.

Epoca de no dar abasto, era la del verano, hasta principios del otoño. Con diciembre, venían los exámenes de las escuelas, pretextos para grandes bailes, y las fiestas de fin de año. Con enero, las fiestas de comienzo de año, que duraban hasta mediados de febrero, pues no se andaban estorbando unas a las otras y entonces aquellos "comienzos" se estiraban hasta un mes y pico. De ahí, entre los carnavales y sus colas se iban dos meses más. Todo, "mechado" de cumpleaños, casamientos, bautismos, esto y aquello.

Ansín llegó a pasar semanas completas, fuera de la casa y hasta del pueblo mismo. Cuando volvía, ella lo estaba esperando llena de reproches.

—Ya ni tiacordás que tenés madre biba.

—Acordarme, miacuerdo, máma.

—¡Tiacordás! De la flauta, es la madre que tiacordás!

Mientras él le iba volcando en la falda, las ganancias de toda la jornada, ella lo "cafeteaba". Después lo mimaba, le daba de comer y lo hacía dormir un par de días. Un par.

La vieja Isabel

Señal inequívoca de que había habido trifulca regular en el rancho de González, era ver a doña Isabel coronando cerros en el tordillo viejo, sierra afuera. Trifulca universal; porque hasta los gatos ganaban el monte. El final era siempre un "mano a mano" con el viejo Patricio, que remataba ella con el lazo de arranque del macarrón a galope tendido.

Las chispas iniciales de aquellos incendios bárbaros, no solían pasar de menudencias insignificantes; cosas para hacer reír, antes que pelear; la renguera de un cuzco, los mocos de un gurí, un mate sin copete. Claro que atrás de todo eso, estaba la causa madre; que solía ser una carga de días, semanas y hasta meses de duración. Una carga de esas que no aguanta cualquier pecho. Como no aguantaba el de doña Isabel. Aunque aguantara el resto de la familia, que la mayor parte de las veces ni se "lomiaba". Gente de nervio duro, como ella decía. Endurecido allí; "un poco a las obligadas y otro poco a la fuerza". Pero además, gente a la que la continua presencia de aquella mujer pararrayos que era la vieja, había acos-

tumbrado a vivir sin temor a la tormenta. Tuvo que temblar una vez el pararrayos, para que todos entrevieran el filo de la catástrofe. Una sola vez, pero buena.

No fue preciso mucho tiempo para que, por el efecto, todo el mundo de por allí estuviera al tanto de causas y demás pormenores de semejantes líos. El efecto era el tordillo con la vieja arriba. Un efecto pintoresco, que tres o cuatro veces por año se descolgaba por entre la cerrillada, dejando la estela de comentarios al pasar por los ranchos como un fantasma.

—Parece qu'en lo e'Gonzale hubo desparramo...

—Tripas vacías o calostro en fija.

A veces las dos cosas. Pero en general, por la época se sabía el motivo de la cruzada de la vieja. De mediados a finales de invierno, era seguro que en el varal iban quedando los últimos huesos del último guacho, y en la troje el maíz de semilla, si quedaba. Sin embargo, era justamente en invierno cuando podía haber confusión. Porque más de una vez se juntaron las dos razones.

En verano no había dudas. Por seco que sea el verano, en la sierra nadie muere de hambre. A falta de frutos, da bichos, huevos, miel. Y el hombre es capaz de comer víboras; el gurí hasta insectos come. Por hambre no era que la vieja salía de su cueva. Por lo otro era. Y lo otro no solía ser falta de víveres, sino a la vez, aumento de bocas. Más propiamente hablando, aumento de nietos. Y más propiamente todavía, "salida de cuidau" de una de las hijas. Una cualquiera de las cuatro. Porque las cuatro venían a tener los hijos allí. De donde estuvieran, venían. Así la colocación fuera en alguna estancia medio cerca del pueblo, lo mismo enderezaban para el rancho de los viejos, no bien se acercaba la fecha, venían, tenían los hijos, se los entregaban a los abuelos como cosa propia y regresaban al conchabo. Era como una costumbre.

La vieja salía a buscar con qué vestir al gurí y con qué medio levantar el estado de la madre. Viaje de casi un día a la primera parada. Las relaciones de doña Isabel estaban lejos,

fuera de la sierra. Desde luego, las relaciones que valían la pena.

—Yo me doy con los rico. De pelaus toy hast'aquí.
Se tocaba la nuez.

—¡Uta viej'alabanciosa!

Le contestó una vez Doroteo, el más pelado de los Cabrera. Quedó ella con la palabra.

—¿Y a usted quién le dice perro pa que ladre?

Mucho más que los hechos y circunstancias motivantes de aquella permanente situación de la casa, a doña Isabel la desesperaba la pasta del resto de sus habitantes. De sus habitantes racionales y mayores de edad; porque de bichos y gurises estaba hasta la boca, como buen rancho de pobre. Bichos de cuanta especie inservible anda por el mundo. Cuanto más inservible, mejor; desde el cuzco "garronero" a la cotorra "boca sucia". Gurises de todos los pelos; gurises color apería, barrigones de comer macachines y maíz asado, hijos de aquellas madres trashumantes, que los dejaban allí como huevos "guachos". La pasta de aquellas madres y la del padre que tenían, era lo que no podía soportar la vieja. Una pasta que a ella le parecía tanto más espesa cuanto peor rodaban las cosas.

—Escom'un'acostumbración al relajo.

Al relajo o a lo que viniera. Tal como si detrás de los primeros desastres, sólo hubiese quedado un encallecimiento o una cicatriz sobre roca, no sobre alma humana. No podía perdonarles a las hijas una caída tan abajo. Sin embargo "fondiando" en sus cavilaciones, a veces creía hallar algo así como la raíz de una explicación. Pero esa raíz de explicación para lo de las hijas, era al mismo tiempo la raíz de la condena sin atenuantes para el viejo Patricio. Para él doña Isabel no hallaba explicación. Si alguna vez la halló, fue para tirarla lejos como algo que la quemase viva. Cuando alguien le recordaba la cantidad de primaveras que le habían pasado por el cuerpo al viejo, ella retrucaba:

—La vejez respeta la vergüenza.

Y cuando él se ponía a mascullar sus maldiciones contra el ferrocarril, la vieja le tapaba la boca con cuatro verdades.

—¡Andá, ferrocarril! El ferrocarril sirvió pa una cosa muy principal.

—Pa dejar a la gente abanando las manos.

—Y pa dividir el mundo en hombres y en flojos.

Lo dejaba pestañando ligerito, entre los tizones.

Había que haber conocido aquel pedazo de hombre, en sus tiempos de hombre entero, para darse cuenta del cambio.

Haberlo conocido como lo conoció ella. Dueño y señor del mundo, que para eso bastaban entonces cuatro yuntas gordas y mancarrón peludo. Lo otro venía solo. Como vino con aquella canaria soberbia que se le agregó a la carga en uno de sus viajes. Y con la “hilera de chancletas” que le fue sacando en busca del machito que al fin no apareció. Y con aquel “lujo e’rancho”, allá por Tupambaé, tal como se lo podía permitir un carrero de la época vieja. Había que haberlo visto cruzar por esos caminos, como un dios de soledades. Y llegar al pueblo curado de silencios; calado hasta el alma de tierra y agua, vientos y soles, con el sombrero requintado y la picana como lanza, casi un héroe chiflando su victoria sobre las distancias medidas por semanas y meses.

—¡Cómo chiflaba aquel hombre!

A doña Isabel le parecía mentira que hubiese perdido eso —el chillido— que es algo así como la muestra del hombre. Siempre decía:

—Dém’el chillido y le digo el hombre.

Mala seña es que un hombre no chifle. Algo está perdiendo.

Había que haberlo visto llegar a la casa pisando fuerte y gritando como un loco de contento; a las palmadas con hijas y mujer. Sentir las cuatro gurisas en las piernas y tenerlas los ratos perdidos amarradas a los desbarajustes de cuentos interminables del camino y de las noches. Sorprender a la mujer medio a las escondidas en un rincón cualquiera; hacerle sonar los huesos de un abrazo y largarla dolorida de besos y lágrimeando de cosas lindas. Ponerse después —sobre el sedoso

remanso del día siguiente al de la llegada— a hacer planes sobre un tiempo que tenía que venir, según decía; un tiempo lleno de sol, de plata y de cuanto cosa parecida se puede imaginar. Todo, a la sombra grande de aquella vencedora de tiempos y distancias, en cuyas ruedas él confiaba todo cuanto puede confiar un hombre para sentirse fuerte. Había que haberlo visto irse agrandando de a poco sobre el hilo de semejantes planes. De a poco, hasta convertirse en un gigantón capaz de ponerle el hombro al cielo, si por estas casualidades al cielo le hubiese dado por venirse abajo.

Había que haberlo visto entonces y verlo ahora; hecho un perro viejo enterrado en la ceniza. Mirando pasar los días y las cosas sin otro señal de vida que aquellas “putiadas” feroces al ferrocarril. Fue todo lo que le quedó de la época gloriosa. Es decir, lo que le puso punto final. Lo que terminó con carreta, bueyes, rancho en el pueblo y planes. Lo que sólo respetó a la mujer, a las cuatro hijas y un potrillito tordillo recién comprado. Y los pesos juntos, que se fueron como el agua, en la olla y en las cuatro cuadras de piedra y tres de tierra que allí encontró, recostadas sobre la falda del cerro Batoví. Siete cuadras que nadie había querido ni de regalo, porque no servían ni para sembrar miseria. Allí pobló. Terminaron de criarse las cuatro hijas. Terminaron de ser gurisas; porque no habían llegado a los quince, cuando ya andaban desparramadas por las estancias. Enredada entre todo eso estaba aquella raíz de explicación que solía encontrar doña Isabel en el pozo de sus cavilaciones.

Hasta la primera desgracia, todavía don Patricio era hombre capaz de enfrentar la situación. Ya con aquel demonio de ferrocarril royéndole las entrañas pero aún con aquella pujanza del carrero viejo, peleándolo como un león. Tanto era así, que él se hizo cargo de todo. Hasta de la paliza a la descarriada.

Era una tarde ventosa de setiembre, cuando ella apareció “echando los bofes” por entre las chilcas. A pie, venía; lejos del cuerpo la barriga remarcada por el vestidito de fulgurante. Los dos viejos hallaron fuerzas para recibirla como siempre.

Dónde las hallaron, no supieron; pero hasta para besos y demás, las hallaron. Pasó una semana casi normal. Otra semana de apenas “buenos días” y “buenas tarde”. Una tercera completamente muda. Viendo que la “cosa” se venía, la vieja lo “palabrió”:

—¿Y no pensás untarl’el lomo?

—¿Untarle... ¡Longiárselo!

—Si séguís esperando, el gurí te saldrá’recibir.

Casi lo sale a recibir. Por diferencia de unas horas la paliza no se juntó con el parto.

Fué esa la primera vez que doña Isabel ensilló el caballo tordillo para trasponer la sierra en busca de ayuda. Pero fue la última vez que todavía encontró algo del hombre que ella había conocido en el carrero viejo. De ahí para adelante, ella tuvo que ocupar el lugar vacío. Y él, que agarrarse de la última cuerda que lo ataba a sus buenos tiempos de dueño y señor de los caminos. Que eran aquellos reproches como quejidos contra su vencedor el ferrocarril. A partir de ahí, todo se desplomó en el rancho. Todo, menos aquella vieja “tora”. Fue como si las otras tres hijas hubiesen estado esperando el ejemplo de la primera, para seguirlo como una orden. Una tras otra, fueron siguiéndolo. Pero a partir de la segunda, fue la vieja quien tuvo que apechugar con la paliza y demás obligaciones. Ni que decir, de aquella obligación de salir sobre el matungo tapado de bolsas vacías, para volver con él de tiro y tapado de bolsas llenas. Si en los demás se fue haciendo la costumbre al desastre, en ella se fue haciendo la de abrirle un permanente fuego.

Aumentaba hasta de a tres eslabones por año, la cadena de nietos.

—¡Y qu’eslaboncitos! ¡Unos gurises purita boca!

Los inviernos son implacables en la sierra. La piedra sólo alberga cuervos. De la chilca no vive nada. Brama el viento contra los filos del roquedal. La helada mata de frío; la garúa y la cerrazón matan de tristeza.

Ya sobre las caídas del otoño, empezaba la sangre a agriársele a la vieja. De alta madrugada a bocas de noche,

no se oía más que el pororó de su rezongo sobresaliendo al del viento. Mes tras mes aquello iba subiendo de tono. Un día explotaba. Siempre en pleno invierno explotaba.

Del medio del entrevero, salía a buscar el tordillo, pedregal afuera. Entre el escándalo lo ensillaba. Le colocaba el bolserío encima, se encaraba con el viejo, le descargaba el penúltimo “chaparrón” y mientras él se atajaba, ella subía. Ya sentada, le soltaba el último; castigaba y salía a la disparada, en tanto él quedaba sacudiendo la cabeza, hecho una calamidad.

En el primer bajo doña Isabel “boleaba la pierna” y quedaba enhorquetada. Hasta la inmediata subida, donde se volvía a sentar. Así hasta la primera estación de la recorrida. Al primero que la recibiera, le dejaba la pauta.

—¿Cómo anda don Patricio, vieja?

—Ayá'stá aquel viejo ladiau.

Contaba la historia completa. Más allá, todo se repetía. Hasta que llenaba todas las bolsas. Volvía a pie, con el mancarrón de la rienda. Parecía un turco con semejantes cargas.

Una vez la cruzada “de vacío” de doña Isabel desconcertó al vecindario. Desconcertó por una serie de detalles. Entre ellos la época primaveral, la ausencia de novedades en cuestión de parto, y otros. Pero especialmente, desconcertó por la hora de la madrugada y por la aflicción de la vieja, según los que la reconocieron. Bañado en sudor el matungo había pasado hecho una exhalación por entre las abras.

La difteria negra se había descolgado como un ave de rapiña sobre el rancho de González. Cuando ella se dió cuenta, ya era el tendal de gurisitos. Pero el horror no era cosa que paralizara a doña Isabel. Le dió algunas instrucciones al viejo y salió a media rienda. A buscar remedios y a pedir que avisaran a las madres. Y buscar remedios, era como buscar oro, en la sierra y sus alrededores. Cuando volvió, aquello era el desastre. Y lo único que traía para enfrentar el desastre, eran las indicaciones de un curandero viejo. Más con las indicaciones propias que con las ajenas consiguió salvar la mitad de los nietos. La otra mitad fue a parar a una ladera del

Batoví. Brillaban con el sol los cajoncitos de tabla verde, amarrados a los gajos de un canelón.

Cuando llegaron las madres, ya estaba todo hecho. Sólo cuando las vió a todas juntas, la vieja se dejó caer. Caer a lo largo, como un árbol de siglos, minado hasta el cerno. La volteó la peste: la levantó a los dos meses largos, el cerno invencible de que estaba hecha la carnadura de aquella vieja "tora". Eso sí, le quedó el delirio de la fiebre brutal. Le quedó para siempre. Le quedó tal vez como una compensación por aquellos años bárbaros. Como un descanso de poco tiempo, por tanto tiempo de cansancio.

Deliraba doña Isabel con una carreta gigantesca, tirada por más de cien yuntas de bueyes. Sus ruedas del alto de las nubes iban emparejando con su peso irresistible, aquel suelo desperejo de la sierra. A veces se la veía haciendo señas de silencio para escuchar; escuchar —decía— el chillido de las cosas feas de allá abajo que aquellas ruedas iban aplastando. Otras veces llamaba a todos los de la casa. Cuando estaban todos, les señalaba con el dedo hacia los paredones de la quebrada, para mostrarles aquel viejo "machazo" que le tranqueaba al costado a la de las ruedas hasta las nubes. Un viejo montado sobre aquel animal tordillo, con el sombrero requintado y la picana como lanza, chiflando "com'un contento". Cómo chiflaría aquel hombre, que con oírlo no más doña Isabel sabía que se trataba del viejo Patricio González.

XXII

A n g e l R a m a (1 9 2 6)

Si la memoria no nos es infiel, el primer trabajo de Angel Rama que leímos fue un ensayo crítico sobre José Hernández y su **Martín Fierro**, aparecido, en 1947, en la revista de literatura **Clinamen**, de la cual era Rama uno de los animadores. (Esa revista, a pesar de su corta existencia —cinco números— tuvo una fisonomía propia, un tono personal que la hacen recordable entre las revistas literarias uruguayas de estas últimas décadas). Desde aquel año hasta este 1962, en que Rama hace ya cuatro que dirige la sección de literatura del semanario **Marcha**, son muchos los trabajos de crítica literaria que el autor ha publicado. Pero esa ahincada labor da muestras de una de las varias facetas de su personalidad. Rama ha abordado, con pareja intensidad vocacional, otras formas de la creación literaria. Así lo acreditan sus tres obras de teatro ya estrenadas (**La inundación**, 1958, **Lucrecia**, 1959 y **Queridos amigos**, 1961) y la publicación de dos libros en que se muestra como narrador: una novela, cuyo título quizás excesivamente exclamativo, es **¡Oh, sombra puritana!** (1951) y un conjunto de estampas sugestivamente tituladas **Tierra sin mapa** (1961). Otro libro de carácter ensayístico, **La aventura intelectual de Figari** (1951), completa la bibliografía de Rama, que anuncia la próxima publicación de otro tomo de relatos: **Desde esta orilla**. De la novela citada sólo acotaremos que nos parece producto de un hermoso ímpetu creador juvenil que no logró cristalizar en obra durable. Globalmente considerada, la novela nos parece falsa por su tema y sus personajes; aisladamente, el recuerdo rescata algunas escenas de limpia ejecución e intensa escritura. En cambio, su reciente **Tierra sin mapa** nos parece expresión de un narrador seguro en el manejo de su materia, trabajada con destreza y lucidez.

En las páginas finales de su libro, páginas tituladas **Adios** y escritas con hermosa, auténtica emoción, el autor narra el origen —tan íntimo— de **Tierra sin mapa**. De niño, oyó a su madre contar

recuerdos de su infancia en tierras de Galicia; ya hombre, visitó esos lugares y conoció los ambientes, paisajes, decorados y algunos de los seres que la memoria materna —estremecida de nostalgia— iba reconstruyendo, sin duda ya nimbados con esa luz de encantamiento que la distancia temporal, y en este caso también geográfica, pone en torno de los seres y las cosas. Con esa doble sustancia (una, vista con los ojos de la imaginación, en las figuras que la voz materna iba dibujando en el aire; otra, vista más tarde con los propios ojos corporales), fue construído el pequeño orbe narrativo de **Tierra sin mapa**. Todo esto explica los caracteres de este libro. Pensemos que hay allí —diríamos— una nostalgia en segunda potencia: la de la madre revivida por el hijo, el cual, a su vez, encuentra, en cierto modo, su propia infancia en la materna, ya que cada infancia, dice el escritor, “son dos infancias”, y las “alegrías, miedos, éxtasis de la infancia de nuestros padres que ellos evocan para nosotros” se entretajan con nuestra propia niñez “como una enredadera que viene de muy lejos”; pensemos, también, que “la realidad real” en la que el autor ha bebido esencias que transmitir a sus páginas es una realidad con la que no ha tenido una larga convivencia aunque sí esa convivencia entrañable de quien encuentra de pronto hecho materia real lo que fue materia del ensueño; pensemos en todo eso y comprenderemos el aire de poesía y realidad que suelta página a página, este libro. En la creación de ese clima de poético realismo radican, a nuestro juicio, las virtudes de **Tierra sin mapa**. El autor ha sabido sostenerse sin desmayos en una atmósfera en la que la realidad ha pulido toda posible aspereza de contornos, hasta convertirse en un entramado de recatada ternura. Esa ha sido su creación, la que logra dar existencia a esta tierra de la que no se hallará registro “en ningún atlas, por grande y minucioso que sea”.

El libro se abre con una **Entrada**, especie de “preludio” melódico que ubica al lector en el clima poético de la obra, y se cierra con el **Adios** ya citado. Entre esa **Entrada** y ese **Adios** se enmarcan las quince estampas que constituyen el cuerpo del libro. Estampas, hemos escrito, porque, en rigor, estos esbozos narrativos —y no se le dé al término “esbozos” ningún con-

tenido peyorativo— no constituyen en realidad de verdad “**cuentos**” en un sentido estricto (aunque, por su estructura, algunos se aproximan más a serlo que otros). Estas estampas, aunque independientes entre sí, aunque no ligadas unas con otras por un hilo anecdótico, se relacionan por la presentación constante de una niña, Lina, que adquiere en algunas carácter protagónico, mientras que en otras aparece perfilada discretamente en un segundo plano. La textura íntima de las estampas (y el carácter total de cada una, por consiguiente) no es idéntica en todas. La estampa inicial, **Los granos**, es casi estática; es un pequeño cuadro de atmósfera hogareña, teñido con un delicado matiz simbólico: los granos aludidos en el título son, a la vez, los días que van cayendo uno a uno en el pasado, y los de las vainas de guisantes que madre e hija desgranán “**bajo la campana de la chimenea, sentadas una al lado de la otra, y enfrente el caldero ennegrecido donde barbulla el agua**”. Otra, **Las lechuzas de Santa Marta**, redondea una anécdota y concentra la atención en el suceso y el decorado en el que ocurre. Un cuadro de costumbres, dinamizado por la variedad de puntos de vista en que el autor se coloca para verlo y transmitirlo, es **Las fogatas de San Juan**, donde a la vez se entreteje la historia de la maternidad de la “**contrahecha Florinda**”, cuya madre, Emilia, recibe conmovedoramente a aquel nieto, no nacido de nupcias, como una bendición de Dios. **Dos retratos**, en cambio, y aunque sin perder los trazos que caracterizan el resto del libro, alcanza a constituirse realmente como un cuento, a través del relato de Serafina que, en tanto pedalea incansable en la máquina de coser, va narrando lo que constituye la quintaesencia de su vida, ese su drama de amor, donde su rival es su propia hermana. Esta Serafina, por otra parte, junto con la Emilia de **Las fogatas de San Juan**, colocadas ambas con mansa y al mismo tiempo fuerte aceptación ante su propio destino, son dos de los personajes más logrados de estas narraciones. Otras estampas, —por ejemplo: **Sobre la costa**, **La lluvia**, **El viento**— aunque construídas sobre una “**situación**” concreta movilizadas mediante un tenue engranaje anecdótico, procuran antes que nada iluminar una reacción interior de Lina, mostrar uno de esos sentimientos característicos del niño que co-

mienza a descubrir la vida, o, como escribe el autor, una de esas "alegrías, miedos, éxtasis de esos años en que el mundo se desgarró ante nosotros como una inacabable tela de seda". (Esta intención —a veces, en primer plano; sólo subyacente, otras—, se halla, desde luego, en todas las estampas).

Pasemos, ahora, a considerar otro aspecto del libro. El que se relaciona con la creación de personajes. No nos parece que en esto haya logrado el autor —quizás no se lo propuso fundamentalmente— una creación sólida. En general, se siente que los personajes están diseñados como con un buril sobre cera; son perfiles, dibujos en superficie, no almas con volumen en profundidad, aunque algunos, que hemos señalado, estén más logrados. En alguna oportunidad, un toque rápido, una reacción, iluminan por un momento la interioridad de un alma (recordemos, al azar, al cura de **Las fogatas de San Juan**). Pero es un destello que pronto se apaga. Pensamos que donde esta debilidad de creación se siente en forma más ostensible es en Lina, por tratarse, precisamente, del personaje-eje de la obra. A nuestro juicio, el autor no ha conseguido crearle una individualidad definida y el personaje no se levanta de las páginas del libro con una personalidad de facciones bien diferenciadas. Es como si el escritor se hubiera acercado a su personaje con una ingenuidad premeditada, en esa actitud de quien, ante un niño, se infantiliza para colocarse a su altura psicológica. El resultado es un personaje demasiado genérico, un tanto abstracto. Estos reparos, por otra parte, en nada afectan a esa creación de un clima de "poético realismo" que antes hemos señalado y que, a nuestro ver, constituye la virtud mayor de la obra. Creemos, sí, que de haberse obtenido un mejor logro en aquel aspecto, **Tierra sin mapa** hubiera adquirido una mayor dimensión literaria. Es necesario añadir que en la composición y el estilo hay virtudes que deben ser anotadas. El autor ha logrado para cada estampa un contorno nítido, preciso, bien delineado, mediante la combinación muy bien proporcionada de sus diversos elementos: diálogo, paisaje, descripción física de personajes. Todo se ha ordenado como obedeciendo a una ley interna que no deja ver el esfuerzo del escribir ni sus artificios. La prosa es rica, de ritmo lento, pausado, pero nunca

rebuscada; tiene un andar natural; logra una precisa visualización en las descripciones. Destreza en la composición y hábil manejo de la materia verbal se alían y logran dejarnos una sensación global: la de un libro donde la sencillez no es elementalidad. **Nacimiento** ha sido tomado de **Tierra sin mapa** (Montevideo, Ediciones Asir, 1961).

Nacimiento

Mientras avanza, al paso remolón de la vaca, ve moverse el campo que en esa hora primera de la tarde también tiene novedades. El camino sube y dobla junto a la casa de la médica, edificada en la austera piedra de cantería que allí usan. A lo lejos hincha el lomo una ringlera de alisos, como si un animal se desperezara debajo de la tierra y ésta se plegara a las contorsiones de un espinazo.

La vaca se detiene ante una mata de hierbas nacidas entre las piedras del cerco. Lina se cuelga con ambas manos de la cuerda para apartarla.

—Vamos, Amarela. ¡Si no queda mucho por caminar! ¡Qué dirá la médica si nos ve comiéndole la casa!

La vaca gira hacia ella una enorme cabeza interrogante. Parece sopesar el ofrecimiento, y con un hondo mugido accede. Avanza, lenta, moviendo a compás su pesado vientre.

El camino vuelve a empinarsé. Desde la altura reconoce el sembradío de su madre, con los tres robles al pie de los cuales crece la zarzamora. Aquellas dos mujeres que inclinan

hacia la tierra cabezas cubiertas de pañuelos rojos, son sus hermanas. La gana una inexplicable felicidad: bajo el arco límpido del cielo el día se esponja. Haciendo bocina con las manos, llama:

—Hermiiiiiniaaa.

Como un eco llega una voz que dice: “Niiiiñaaa”. Una de las hermanas ha dado respuesta, y levanta un brazo alto y recto como un señaladero.

A su izquierda desciende un vallecito, cuadriculado como el tablero de un juego de oca. Como dispersadas al vuelo, ve en diversos cuadros las diminutas figuras de hombres y mujeres trabajando, acompañados de algunos animales inmóviles. Por el límite, entre dos parcelas, caminan en fila dos carabineros cuyos sombreros centellean.

También entre dos sembrados avanza ahora la niña mientras anuncia: “Ya estamos llegando, Amarela. Tendrás todo el pasto que quieras. tú y tu cría. Ese ternero tarda demasiado. Dime, ¿no estás cansada de esperarlo?”. Trepano a un murete obliga al animal a costearlo, mientras ella va por lo alto poniendo un pie delante del otro con precaución de improvisado juego. Desde lejos parece caminar delicadamente sobre el lomo de la vaca.

“Aquí está; hemos llegado”, exclama cuando entran por una hendidura del cerco a una parcela de campo no mayor de las que veía desde la altura. Gira en torno a la vaca palmeándola, preguntándole por su futura maternidad cada vez que alza el belfo del pasto. Pero se cansa al fin de un diálogo en que debe hacer las dos partes, y vaga por el campo acechando alguien a quien saludar y con quien cambiar palabras ceremoniosas, u otro niño que deba cumplir tareas similares: cuidar de los animales para que no invadan campos ajenos.

Se acerca a los robles que crecen en el límite del campo; por ellos trepa con la agilidad de una larga costumbre. En las ramas superiores se hamaca mirando el paisaje; una honda proyección de campo que con un movimiento de ese va hacia el horizonte y que cierra una colina.

Un carricoche arrastrado por un burro —de lejos se diría

que ambos son de juguete— va deteniéndose junto a los labradores que lo cargan con rápidos gestos, levantando las horquillas. Lo conduce Manuel, que tiene la edad de Lina pero es un palmo más alto: moreno, casi negro, con dos ojos oscuros debajo de unas cejas como balcones peludos; imita a su padre y perjura por nada, cada vez más fuerte, hasta que lo reprenden; entonces ríe y se ve que le faltan los dos dientes de adelante.

El carricoche repleto avanza, y detrás se forma una fila que ondula como una oruga gigante. De ella parte un murmullo melódico, un canturreo a boca cerrada; luego se abre en un canto que violentamente irrumpe y resuena como si con ellos cantara la propia tierra; a él se suman voces de mujeres que salen de la colina distante. Un canto pleno en que entra la tarde, el campo irregular, el aire, y hasta Lina, quien irguiéndose sobre la rama del roble, canta a voz en cuello.

Tendida sobre el pasto, con los brazos abiertos, sin mirar nada, ni siquiera el cielo entre el follaje del roble, oye el canto que se pierde. Algo le corre por la mano. Encuentra sobre el dorso un insecto de alas de leche y cabecita negra, un San Antonio que da vueltas a sus dedos sin poder irse. Lina, acostada boca abajo, lo pasa de mano en mano, lo hace subir y caer, y él sigue caminando con terca premura, buscando la salida del laberinto inacabable. Cuando por fin recuerda que dispone de alas y vuela, Lina, que ha apoyado la cabeza sobre el brazo, cae súbitamente en el sueño.

Cuando despierta, sobre el cielo sólo cuelga una vaga claridad verde. Su despertar es confuso porque no reconoce el sitio en que se encuentra, ni se reconoce a sí misma. Su confusión se resquebraja de pronto cuando oye el mugido monótono de la vaca; ese es el sonido que introduciéndose en su sueño ha apresurado su despertar, y de inmediato reconoce la realidad del mundo. También la inquietud; llegará de noche, la estarán buscando, y antes que nada está el miedo de ese gran campo vacío y oscuro que debe recorrer.

—Amarela, ven, vámonos pronto —exclama, refregándose los ojos, y con premura busca por el suelo el extremo

de la cuerda—. ¡Cómo haremos para llegar! ¡Está oscuro!

La vaca, algo apartada, es una sombra debajo de los roles; pero junto a ella hay algo, un bulto que parece moverse. Lina se detiene y la llama de nuevo. En vano. Tira fuerte el extremo de la cuerda sin conseguir que el animal se aproxime: sus cuatro patas parecen parte de la tierra. Pero sigue mugiendo desde la sombra, llamándola, quejándose.

No hay duda de que alguien, a su lado, le impide acercarse. Una voz se lo dice en secreto; es Agundo, el enano burión que se divierte rizando el pelo de los animales y obligándolos a galopar la noche entera dentro del reducido establo. Allí está y no deja moverse al animal.

—Amarela, acércate, no tengas miedo; espántalo con el rabo —musita bajito, y se retrae de inmediato, temiendo una venganza.

¿Qué hacer? No puede irse sin llevarla consigo; debe disputársela al enano que desde la sombra se le opone provocativo y a quien ella oye reír burión. Sin soltar la cuerda tensa, va trazando un círculo mágico en torno a la vaca, porque sin que nadie se lo hubiera enseñado descubre que ese es el conjuro: hay que cerrar un círculo.

Lucha ásperamente con el enemigo comenzando un padre-nuestro de carrerilla; tiene que ganar pronto, antes de que se haga la noche total porque entonces será vencida. Aunque tiene muchísimo miedo, no afloja la cuerda.

Ha dado un gran rodeo y ahora contempla al animal desde la parte baja del terreno, proyectado en sombra contra el poniente. Desde allí ve las orejas erguidas del enano y, cuando gira la cabeza, le descubre el hocico largo. Amarela muge hondo, llamándola, y Lina sabe que ahora debe acercarse y salvarla.

Avanza sin apartar los ojos del enano, esperando que salte. ¡Si la realidad fuera distinta de su miedo!, se le ocurre. “Amarela, huye, pronto”, grita y corre hacia ella prendiéndose de su gran cabeza. El enano sigue inmóvil; de reojo le mira: es un ternero pequeñito que ladea la cabeza asustado

mientras la vaca pasa sobre su lomo una larga lengua insistente.

Se le aproxima despacio, todavía no muy convencida de lo que está viendo; se inclina, lo toca con las puntas de los dedos. Sí, es un ternero. Alza la cabeza topándose con el hocico de Amarela inquieta y le dice casi sobre la oreja: “¡Es lindo!”. Siente que a ella le corresponde también algo de esa lindeza.

¡Cuántas veces, hace días y quizá años, le anunciaron el nacimiento del ternero! Tantos, que tuvo tiempo de bautizarlo por anticipado con un nombre que provocó la algazara de la familia, asombrada de la palabra rarísima que había inventado: Mozambique. Ahora que Mozambique vino, que lo contempla a gusto, y lo tiene al alcance de la mano, descubre algo tan sorprendente como simple: que es una vaca en pequeño. Debería haberlo sabido de antes, pero sólo ahora descubre que los demás terneros que había visto también eran hijos de vacas como Amarela.

—Mozambique —le dice Lina con la voz tranquila y dulce que se usa para que el animal entre en el círculo de la domesticidad— tenemos que ir a casa a contárselo a mamá.

El aire es más fresco. La noche ocupa el cielo que está estrellándose. Sólo hacia el poniente resta claridad del día pasado. Pero no tiene miedo, como si Mozambique valiera por un talismán de buena suerte.

Lo levantó en brazos, recogió las piernas que le sobraban, tranquilizó su espanto hablándole despacio detrás de la oreja, y emprendió la marcha seguida de la vaca que no necesitaba ya de cuerda para ir derecho por el sendero.

—Mozambique, te haremos una linda cama de paja en el establo. Y esta noche te prestaré mi frazada, porque en casa no hay otra para tí.

Descendían muy despacio la cuesta; seguían las vueltas del camino, la niña con la vaca detrás muy junto a ella. Sus hermanos y los vecinos que la buscaban, vieron avanzar la silueta negra de un monstruo mitológico que se deslizaba al

abrigo de la incipiente noche. Por encima del hombro de la niña la vaca avanzaba la cabeza para lamer una y otra vez, sin cansarse nunca, al ternero. Su lengua maternal parecía abarcar a su cría y a la niña.

XXIII

Marines Silva de Maggi (1929)

Hace unos quince años, algunas revistas y publicaciones periódicas montevidéanas publicaron unos cuentos que llamaron la atención en nuestros círculos literarios. Esos cuentos —muy personales— eran, por su carácter no-realista, como una floración extraña en la narrativa uruguaya de ese momento, y su autora, María Inés Silva Vila, era una joven muy joven, tan joven que prácticamente salía recién de la adolescencia. El primero de esos cuentos, **El espejo de dos lunas**, obtuvo un premio en uno de los concursos organizados por el semanario **Marcha** y fue allí publicado; el mismo semanario recogió el segundo: **El mirador de las niñas**; la revista **Escritura** publicó el tercero: **Ultimo coche a Fraile Muerto**; el cuarto, **La mano de nieve**, obtuvo una nueva distinción en otro concurso: en el organizado, para escritores menores de 25 años, por la revista **Asir** y apareció en la entrega que esa revista dedicó al concurso; el quinto, **La muerte tiene mi altura**, obtuvo el primer premio de un concurso organizado por **Mundo Uruguayo** y ahí fue dado a conocer; el sexto, **Mi hermano Daniel**, se publicó en la citada revista **Asir**. Estos seis cuentos, más uno hasta entonces inédito, **Una pluma de pájaro**, integraron un pequeño volumen, titulado **La mano de nieve** (1951) y que la escritora firmaba ahora Marinés Silva de Maggi. En ese mismo año, 1951, tuvo una mención en el segundo concurso organizado por **Asir**, con el cuento **El idiota** (publicado en la entrega Nos. 25-26 de dicha revista). Posteriormente, ha publicado muy poco. Un par de cuentos más, de los que es interesante destacar **Toda la noche golpeando**, dado a conocer en **Marcha** no hace mucho. Una producción escasa, pues, pero que, sin embargo, define una personalidad literaria original.

Con premeditada vaguedad, hemos definido como no-realistas a los cuentos que integran el volumen titulado **La mano de nieve**. Esa formulación, realizada con un adverbio negativo y un sustantivo, destaca un trazo que esos cuentos no tienen, pero lo que im-

porta, desde luego, es subrayar cuáles son los trazos que poseen y, por ende, los definen. Es entonces que tropezamos con la verdadera dificultad. Es fácil decir que los cuentos de *La mano de nieve* tienen “**clima poético**”, que lindan, con lo fantástico, que por algunos de ellos pasa, como un soplo no llevado a plenitud, la presencia de lo sobrenatural. Es fácil decir todo esto y no es inexacto. Pero es, sí, insuficiente. Dicho todo eso, experimentamos claramente la sensación que lo más característico de esos cuentos queda aludido pero no apresado; que más adentro todavía hay un “**algo**” que con un ágil esquivo se nos escapa cuando pretendemos asirlo. Ese “**algo**” tan elusivo es el que confiere una tonalidad tan particular a estos cuentos y el que les da, a la vez, su también particular encanto. Pero lo que no puede ser “**definido**” puede, en cambio, ser “**señalado**” (alguien ha dicho, como ejemplo, que el humo no define al fuego pero señala donde se halla). Procuraremos, pues, mediante unos rápidos punzamientos en algunos de esos cuentos, señalar algo de ese “**algo**”. Si desatendiendo a la ejecución fijamos la mirada en el aspecto anecdótico de *El espejo de dos lunas*, percibimos lo siguiente: el suceso narrado, los personajes que intervienen en él, si bien bastante fuera de la realidad corriente, no son, desde un punto de vista estrictamente real, imposibles. El cuento, escrito en primera persona, narra la estada de la relatora en casa de tres tías suyas, tres ancianas asombrosamente idénticas, “**igualitas como monedas**”. Las tres ancianas —Cora, Claudia y Cynthia— acentúan su parecido y procuran hasta borrar su individualidad. (Firman sus cartas “C. Brunet”, sin especificar a quien corresponde esa inicial). En tres días sucesivos, mueren (¿se suicidan?) las tres ancianas, y la relatora halla los cadáveres en el mismo sitio, “**junto el pie de la mesa del comedor, sobre la alfombra azul, tocadas “por el mismo rayo de sol”**”. El cuento se cierra con esta sorpresa: Esteban, un viejo primo de las ancianas y tan tétrico y enlutado como ellas, les dedica esta lápida: “**A. C. Brunet, mi novia querida**”. ¿A cuál de las tres está dedicada? ¿Es para las tres a la vez? En la muerte, Cora, Claudia y Cynthia siguen identificadas, “**igualitas, como monedas**”. Pues bien: el encanto de este cuento proviene de que en él se ha soslayado todo lo que hay de extravagante

o pintoresco en los elementos anecdóticos que hemos rápidamente sintetizado, y se ha subrayado, en cambio, todo lo que en ellos hay de misterioso. Todo el cuento crea un clima de poesía y misterio, pero de un misterio y una poesía transmitidas con un aire de total naturalidad. Por momentos parece que lo más inaudito toma un andar cotidiano y que lo más trivial adquiere una fisonomía extraña, como si envolviera un imponderable secreto. Y todo logrado sin esfuerzo, sin un jadeo que enfatice personajes o situaciones. En otro cuento, **Último coche a Fraile Muerto**, análogo clima de poesía y misterio se obtiene a través del relato de un viaje fantasmal en un ómnibus de aspecto también fantasmagórico. Pero aquí el clima —con algo de luz espectral— tiene un aire de alucinatoria ensoñación que ocurriera alma adentro del personaje. Lo que más gusta de este cuento —lo que más nos gusta a nosotros, por lo menos—, es esa especie de fantasmagorización de la realidad, la cual no pierde el seco ardor de sus perfiles pero parece, al mismo tiempo, arrojar de sí una luz opaca, extraña, misteriosa. Terminada la lectura del cuento, quedamos como bañados en una atmósfera de claridad lunar y de silencio. En **Una pluma de pájaro** hay también un modo de creación poética lograda por una especie de inmersión de la realidad en el ensueño y del ensueño en la realidad. Es como un juego imaginativo en el cual la fantasía se verifica mediante una combinación de retazos de realidad, reunidos con una armonía que no pareciera premeditada y que no muestra mayor preocupación por el engranaje “lógico” de todas las partes del conjunto. Hay momentos en que el plano de la “realidad real” y el de la “realidad soñada” se funden con un leve temblor, con ese traslúcido estremecimiento que tendría la conjunción de dos capas de aire distintamente coloreadas. Semejante en algo por su tono y procedimientos a **El espejo de dos lunas**, es otro cuento memorable: **El mirador de las niñas**, uno de cuyos personajes, el pintor Cazal, es una transposición narrativa de Raúl Javiel Cabrera, el acuarelista de las sugestivas, delicadas pero algo morbosas “**niñas con los brazos cruzados**”. Pero en este cuento, a diferencia de **El espejo de dos lunas**, parecen intervenir, muy tenuemente, fuerzas o elementos extra-naturales, aunque la delicada confesión de la

relatora (“Siempre me han dicho que veo cosas donde no las hay”) puede suscitar la sospecha de que esas fuerzas extranaturales no han actuado y que todo queda reducido a un estado alucinatorio de quien narra la historia. El cuento levanta, de todos modos, un ámbito de misterio y poesía donde se mueven, casi silenciosamente, los personajes.

Para completar nuestro intento de “señalar” ese “algo” imponderable que constituye el encanto de los cuentos de *La mano de nieve*, añadiremos que ellos se verifican mediante una escritura carente de grandes pretensiones estilísticas, y hasta con alguna renquera por momentos, pero de gran vivacidad e incisivamente expresiva. Una escritura natural, casi como de confesión espontáneamente arrojada sobre el papel. Con todas estas observaciones por delante, nos permitimos ahora afirmar que *La mano de nieve* es un libro de tono menor pero de tan personal sabor narrativo que resulta insoslayable en el cuadro de la narrativa uruguaya de estas últimas décadas. Y hecha esta afirmación agregaremos otras que pretenden indicar cuáles son, a nuestro juicio, los flancos débiles del libro. Nos atrevemos a pensar que lo que constituye su fuerza es, al mismo tiempo y como ocurre en tantas cosas, origen de su debilidad. El pequeño orbe narrativo constituido por esos siete cuentos nos ubica —ya lo hemos dicho— ante un clima de poesía, de ensueño y de misterio. Ese clima es el resultado, a nuestro ver, de la complicada, fervorosa persecución de una huidiza intuición de la vida que no logra en definitiva concretarse. Se persigue un inédito aroma vital —acotemos que una intuición de la vida incluye en sí siempre una de la muerte— del cual se espera obtener una suerte de deslumbramiento. Esa intuición no consigue plasmarse en una imagen precisa y de ahí la borrosidad que afecta también a algunos aspectos de estos cuentos. Hay en ellos sensaciones, emociones, sentimientos, incluso elementos narrativos que quedan como movimientos inacabados, que muestran el carácter difuso de lo que no ha llegado a plenitud. Pero —y de aquí que en esto radique su fuerza y su debilidad— si todo hubiera sido preciso y pleno, si los cuentos hubieran alcanzado esa rigurosa construcción lógica característica del cuento fantástico, el encanto de estos cuentos —que nace de la

persecución indicada, hecha con fervor juvenil— se hubiera diluído, clausurando la fuente de su particular poesía. Estos cuentos, pues, están bien como están. Aun cuando postulan un modo de creación que se cierra sobre sí mismo, sobre el cual no es posible avanzar. Sospechamos que la escritora así lo ha entendido. En los cuentos posteriores ha marchado sobre otros carriles narrativos. En *El idiota* procuró entrar en una forma de creación realista. El tema abordado es interesante y fuerte. De ese tema dan idea estas líneas, entresacadas de un breve comentario que del cuento hizo Líber Falco: “**El personaje representa a una juventud acosada por la perspectiva de una vida burguesa, en la que teme perder la conciencia de estar viva, y en la que, día a día, ve anquilosarse a los demás seres**”. (*Asir*, Nos. 26-26, enero de 1952). Con excelentes momentos, *El idiota* no es, sin embargo, un verdadero logro y se ve muy castigado por el desconocimiento de tipos y ambientes que se intenta dar desde una perspectiva realista. En *Toda la noche esperando*, último cuento que conocemos de la autora, nos parece que está hallando el camino de su creación de madurez. Creemos ver en este cuento una especie de síntesis dialéctica de las maneras de sus cuentos iniciales y del apenas esbozado realismo de *El idiota*. Complace pensar que por esta nueva vía vendrán nuevos frutos de una personalidad literaria tan original y auténtica. Sin duda, este último cuento muestra una conciencia literaria más madura. Pero hemos preferido dar en nuestra antología una de los cuentos de ese libro que definió inicialmente la personalidad de la escritora. Está tomado tal como aparece en *La mano de nieve* (Montevideo, Ediciones Fábula, 1951).

Mi hermano Daniel

Hace unas horas que viajo y aún no he podido llorar. Desde que subí al tren, junto con las casas y los árboles que asoman por la ventanilla, aparece un paisaje distinto, ausente—las callejuelas, la plaza, los jardines de mi pueblo—, donde resbalan lentos, los rostros familiares, y entre ellos, el pequeño rostro de mi hermano Daniel.

Cuando yo dejé el pueblo hace dos años, para completar mis estudios en la capital, Daniel tenía solamente ocho. Se me hace difícil pensarlo de otra manera que como era entonces, y sin embargo sé que ha muerto. No he recibido noticia alguna, pero estoy segura. Sé que al llegar no lo encontraré jugando en la calle, ni adentro, en la casa. No lo encontraré porque ya no estará. Sólo podré visitar su tumba. Pero nunca más se nos verá juntos, como antes, cuando éramos inseparables.

El casi no tenía amigos y yo aborrecía a las muchachas de mi edad. En invierno, como estudiábamos, casi no salíamos, a no ser a clase. Yo le enseñaba a hacer los deberes y le dibujaba hermosos títulos de colores, que eran la envidia de sus

compañeros. Siempre hacíamos un alto en el trabajo para jugar o conversar un rato. A él, le gustaba hablar de lo que sería cuando grande; no era nada constante en sus aspiraciones. A veces quería ser pescador; otras, millonario; otras, un escritor famoso. Recuerdo que en los días de lluvia le tocaba ser escritor.

En verano quedábamos totalmente libres. Casi siempre íbamos a Numa, a casa de Eloísa, una hermana de mi madre. Dentro de un rato pasaré por Numa; veré el pequeño puente del arroyo que corre paralelo a la vía y las dos manzanas de casas de ladrillos. La de mi tía Eloísa quedaba muy cerca del arroyo, al lado del almacén de Samuel. A veces nos levantábamos antes del amanecer y nos escapábamos hasta el puente, a esperar la salida del sol. No teníamos miedo porque en Numa era imposible tenerlo: caminábamos por la callejuela protegida por la doble hilera de casas y subíamos al puente. Casi siempre entrábamos en la casilla del guarda, y nos quedábamos un rato. Era un buen hombre. Nos convidaba con caramelos. Aún no sé cómo podíamos comerlos; eran de esos caramelos de colores —los llamábamos caramelos pintados— que sólo se comen en la niñez. Creo que fueron estos caramelos, los que motivaran que lo bautizáramos de nuevo con el nombre de “El Pintado”. Lo cierto es que el nombre le venía muy bien porque su cara era una sola masa de pecas anaranjadas.

Un día, la salida del sol coincidió con el pasaje del primer tren: desde la ventana de la casilla lo vimos recorrer uno a uno los techos de los vagones hasta que quedó solo nuevamente y nos pareció que caía un poquito en el cielo y se apoyaba en la ladera de la colina.

Generalmente decidíamos la suerte del día al salir de la casilla de El Pintado, recostados en la baranda del puente, mirando el arroyo que corría a nuestros pies. Podíamos pedir a Samuel que nos llevara en el carro del reparto, o ir a pescar o hacer un picnic si tía Eloísa nos preparaba el almuerzo temprano; podíamos también salir a cazar bichos o ir a visitar al cura (en Numa había un cura pero no había Iglesia).

Así pasaban los veranos. Regresábamos a casa para Semana Santa; la escuela y el Liceo empezaban antes, pero nosotros faltábamos los primeros días. Mi madre, el jueves y viernes de Semana Santa nos llevaba a la Iglesia. Oíamos el Sermón de las Siete Palabras y el Sermón de Soledad. A mí me gustaba escucharlos y lloraba mucho porque me sentía aludida en ellos y por lo tanto, me consideraba por un rato como una pecadora irremediablemente perdida. Daniel en cambio creo que se aburría un poco.

El sábado, mi madre casi nunca iba a Misa de Gloria, porque como era de mañana, tenía mucha tarea en casa. Ibamos nosotros dos solos. Como la Misa es muy larga y no hay obligación de escucharla toda, llegábamos un rato antes de terminar. Cuando después de la Misa la gente empezaba a retirarse, aparecían por el lado derecho del altar mayor —la puerta de la sacristía, un cura de barba blanca, el padre Felipe y dos novicios. Se acercaban a cada uno de los altares y con una escalerita, por la que subía el más joven, descubrían las imágenes. Después hacían una nueva recorrida y los novicios doblaban los paños violetas, mientras el Padre Felipe estiraba cuidadosamente los encajes del altar, que habían estado plegados toda la semana, ocultando, como un pecado, una carpeta de terciopelo rojo, y levantaba los cuadros de los Evangelios que aún permanecían boca abajo.

Parecía que todas las cosas habían estado en penitencia, y que daban de pronto, en común, un suspiro de alivio. La Iglesia recobraba su aspecto de siempre. Entonces el padre Felipe se acercaba al lado izquierdo del altar mayor, a aquella puerta que yo había visto cerrada todo el año. Por un instante se oía solamente el tintineo de las llaves en su mano y luego la puerta se movía, chirriando, hacia atrás. La primera vez que la vimos abierta nos acercamos despacio y nos arrodillamos en un altar. Confieso que tenía un poco de vergüenza, pero mi curiosidad la vencía o por lo menos la reservaba para cuando hubiera pasado ya todo. Una puerta siempre cerrada en una Iglesia provoca las ideas más extrañas. A Daniel se le había ocurrido que allí debían guardar una capilla

ardiente. Yo no sabía bien, pero sospechaba que esa era la puerta de un convento fantasma, así como la puerta de la sacristía, que se abría y cerraba a cada momento era la puerta de un convento de verdad.

Por desgracia, debo decir que cuando vi el interior de aquel misterio, me desilusioné un poco. Sé, sin embargo, que si no hubiera imaginado a su propósito historias extrañas, hubiera experimentado una sensación bien distinta. Era un cuartito pequeño, o por lo menos, la pared del fondo, que era la única que veíamos, se levantaba muy cercana a la puerta. En esa pared, totalmente gris, se recostaba un santo de mármol. Recuerdo que me dió mucha pena este santo desterrado, que debía suspirar día y noche por volver a su antiguo sitio, en algún lugar de la Iglesia.

A su derecha, un candelabro abría sus brazos, sosteniendo tres cirios gigantes. Todo esto lo veíamos la mayor parte de las veces por sectores, cambiantes según los continuados desplazamiento de los tres religiosos que seguramente acomodaban los cortinados violetas en algún estante invisible para nosotros.

Cuando salieron, el padre Felipe quedó atrás y se volvió para cerrar la puerta. Lo último que ví fue una rápida mancha gris. Después, los tres pasaron detrás de nosotros y se alejaron. Miré la puerta cerrada. Detrás de ella, apareció de nuevo el conciliábulo de los curas fantasmas.

Cuando recuerdo todas estas cosas, la cara de Daniel, un poco más abajo de mi hombro, junto a mí, frente a mí, detrás de mí, en la Iglesia, en el comedor de casa, en el puente de Numa, se me aparece clara, viva, con el cabello castaño y los grandes ojos que me sonrían, que me miran, y que terminan por ocultarse bajo los párpados, mientras la cara se endurece y permanece en un gesto, en un lugar, en una palabra que no dice y no sé bien cuál es. Daniel ha muerto. No debí dejarlo. No es que yo pudiera cuidarlo mejor que mi madre. Pero nosotros éramos inseparables y la muerte no hubiera podido sorprenderlo ni un momento solo. No creo que se hubiera atrevido contra los dos. Se que todo esto es más o menos

disparatado, pero lo siento así. Cuando me separé de él me sentí demasiado triste: seguramente supe de algún modo que no lo vería más, hubo algo en mí que me lo dijo y me hizo llorar al despedirme, y sin embargo me tranquilicé pensando que eran trampas que me ponía a mí misma para poder quedarme. Y fue este último pensamiento el que me dió el empuje final: yo quería ser una mujer fuerte e independiente y no una niña sensible. No podía tolerarme cosas de esa índole. Debía marcharme aunque me fuera insoportable estar lejos. Sabía con cuántos sacrificios habían ahorrado mis padres el dinero y ahora no iba a defraudarlos; estaría aquellos dos años en la capital y terminaría mis estudios. Recuerdo que hice todo el viaje llorando. Yo nunca había estado sola. Sabía que iba a cometer muchos errores y que tendría que dar la cara, sin la ayuda de nadie; sola, con el dinero justo para la pensión y el tranvía.

Los primeros días me instalé en el centro, en un hotelito que mi padre me había conseguido por carta. Pero me resultaba demasiado caro. En la Universidad me relacioné con algunos estudiantes que estaban en las mismas condiciones que yo y que me hablaron del barrio de San Pedro. Era un barrio obrero, en el lado oeste de la ciudad. Tenía el inconveniente de quedar a tres cuartos de hora del centro, pero se podían alquilar pizas extraordinariamente baratas. Se trataba de averiguar si había alguna para mí. Aquel mismo día, a la salida de clase, tomé el tranvía para San Pedro y padecí el primero de sus interminables recorridos.

Cuando me bajé, me encontré en una plaza pequeña y redonda, con bancos rojos y un cantero en el centro. Frente a mí se levantaba una Iglesia. Me gustó desde el primer momento, porque me recordaba a las casas de Numa: era una Iglesia de ladrillos, angosta y alta. Las ventanas, ovaladas, eran de vidrios de colores. En la torre descansaban las campanas, quietas y silenciosas. Alrededor de la Iglesia se extendía el barrio. Las casas, en su mayoría eran de madera, con jardincito al frente. Llamé a la primera que encontré, y pregunté si alquilaban piezas. Me atendió una mujer gorda, de

lentes, que tejía sin cesar mirando por encima de los cristales. Apenas se fijó en mí.

Los puntos verdes se acomodaban unos al lado de los otros, mientras las agujas de metal relampagueaban, entrechocándose. No tenía cuarto disponible, pero me dijo que tal vez pudiera arreglarme con doña Ana, que era una buena amiga suya.

—Si usted quiere, claro, si usted quiere —repetía—, como explicando que a ella no le importaba mucho. Con todo, se ofreció a acompañarme a casa de su amiga. Como no se resignaba a abandonar del todo su tejido, lo colocó bajo el brazo y así marchamos por la callejuela. Cuando llegamos golpeó la puerta con los nudillos. Cada golpe lo acompañaba, gritando: —“Doña Ana, tenemos visitas”. Me acuerdo de todo esto, como si hubiera sucedido ayer. Doña Ana era también regordeta, como mi guía. Vestía un batón de grandes flores —parecía una japonesa— de género ordinario, brillante. A pesar de su modo jovial me pareció enormemente vieja, y no sé por qué le tuve desde el primer momento, una especie de asco, que podía provenir de su traje o de su pronunciado olor a agua de colonia. Podía alquilarme una pieza. —“Y a la calle, señorita, a la calle, con ventana, no es un cuarto cualquiera! Pase, pase”.

El corredor era oscuro, de baldosas coloradas. Abrió una puerta y entró. Detrás pasamos mi guía y yo. Era una habitación chica, pero como decía doña Ana, tenía ventana, y eso era muy importante. Lo primero que vi fue un armario. Contra una de las paredes había una cama turca, cubierta con una frazada azul, que desaparecía en la cabecera bajo la almohada y el doblez de la sábana, todo muy prolijo. El centro del cuarto lo ocupaba una mesa y una silla; sobre la mesa había una jarra con agua y un vaso. Las paredes estaban cubiertas en muchos lados por paisajes recortados de revistas: montañas nevadas, bosques, arenales, muchachas haciendo ciclismo, se mezclaban allí e intentaban resumir el mundo. Si uno fijaba la vista en un paisaje marino, se encontraba con que de pronto, antes de tiempo, había saltado a tierra y trans-

formada de lobo de mar en perro danés, remontaba un caminito soleado. Aquella misma tarde, después de arreglar las condiciones con doña Ana, fuí a buscar mi equipaje al hotel. Regresé a las siete de la tarde. Decidí dejar cerradas las maletas hasta el día siguiente. Estaba cansada y me sentía incapaz de trabajar en nada, ni siquiera en ordenar mi ropa, mis pequeños recuerdos, en el armario.

Los días que siguieron los repartí entre mis clases, mi estudio y los trabajos que demandaba mi instalación. Como tengo muy poca habilidad, perdí muchos ratos en encontrar el lugar de cada objeto. Por ejemplo, fue un problema dar con el sitio de honor que correspondía al retrato de mis padres. De Daniel no tenía más que una fotografía pequeña, que llevaba en la cartera. Con tantas cosas para hacer, el día me resultaba corto, lo que era una suerte, porque casi no me quedaba tiempo para extrañar. Como viviendo en San Pedro ahorraba algún dinero por mes, podía ir los domingos a algún cine, en el centro. Una o dos veces salí con una compañera, pero me resultó insoportable y traté de evitarla. Prefería estar sola; creo que me gustaba un poco, que por momentos me parecía novelesco. En época de clases me pasaba toda la tarde en la Universidad. Volvía a las ocho, a cenar. Cuando llegaba, la comida estaba sobre la mesa, esperándome. (Yo había arreglado con doña Ana para comer en mi cuarto; me resultaba más cómodo).

Pero cuando un tiempo antes de los exámenes, dejaba de ir a clase, mis días transcurrían entre la mesa y la cama turca, desde donde se veía la torre de la Iglesia y las campanas quietas o balanceándose en el aire, quebrando el silencio del barrio, tres o cuatro veces. Así pasaron estos dos años. Ahora sólo me faltan dos exámenes para terminar, pero se que no volveré. Estos últimos días han destruído mi voluntad y mi decisión. No hay ser humano que resista ciertas cosas y la conciencia de esto me impulsa, como una criatura, a los brazos de mis padres.

Aquello empezó una de esas veces en que yo descansaba tendida en la cama. Era el Domingo de Ramos. Pensaba que

hacía mucho tiempo que no iba a la Iglesia. Me sentía culpable, triste. Contemplaba el dibujo de la última campanada, cuando oí aquel sonido extraño. Primero fue casi imperceptible, después fue como un lamento. Venía del tabique que separaba mi cuarto de la casa de al lado. Era un tabique de madera, con las tablas verticales pegadas unas con las otras. “Alguien está enfermo” —pensé, e inexplicablemente sentí miedo y ganas de llorar. Ya no se oía nada. Entonces me acerqué. Fue de pronto, como si sólo se hubiera interrumpido para atraparme cuando ya no pudiera escapar, que empezó de nuevo; ahora no parecía un lamento, alguien estaba tocando un órgano. Hasta podía escuchar el ruido de los pedales. Aquella música llegaba hasta mi con toda claridad; yo no la había oído nunca. Era muy triste, y a la vez muy suave, llena de bajos profundos, doloridos. Se abría paso inventando días de lluvia, carrozas mortuorias, cortejos enlutados, que permanecían a mi alrededor como si realmente existieran. De pronto, una nota sonaba alta, límpida, y hacía vibrar en el aire el rostro de un ángel. Cuando se detuvo me quedé un rato junto al tabique, esperando. No me podía explicar de dónde venía. La casa de al lado era de apariencia más pobre que la de Doña Ana, y era imposible que sus dueños poseyeran un órgano. Al día siguiente pude estudiar muy poco. Estaba nerviosa, e inconscientemente esperaba que cada momento fuera el primero de aquella misteriosa música.

Sin embargo hasta la noche no ocurrió nada. Después de cenar me dispuse a escribir a mis padres. No me permitió anotar más que la fecha, empezó más fuerte, más decidida que el día anterior. Un coro de niños entonaba un canto sereno, puro, como los que seguramente se oyen en el Paraíso. Yo no podía entender las palabras que pronunciaban, pero sé que eran palabras santas.

Cuando terminó saltó rápido, vibrante, como una nota más, un momento de silencio que quedó allí, inmóvil, sin posibilidad de prolongarse, ahogado por un ruido de bancos como el que se oye en las Iglesias cuando la gente llega o se retira. Después se oyó un murmullo. Sin querer, sin razón,

como si en verdad estuviera en la Iglesia, pensé: “Ahora están rezando el rosario”.

A la otra mañana amanecí con fiebre. Había pasado una noche atroz. Me tranquilicé pensando que no había sucedido nada, que con seguridad hacía días que estaba enferma y que por eso oía cosas raras. El azar o lo que fuera me dio tres días de tregua. En esos días me repuse un poco. Leí algunos poemas, algunos cuentos, pero me resultó imposible estudiar.

El Viernes Santo amaneció lluvioso. Después de almorzar abrí el libro y empecé a estudiar. No podía pasar de la primera página. Advertí que aún estaba nerviosa, pero pensé que no debía darle importancia. Decidí hacer un resumen de algunos temas ya sabidos, ayudándome con los títulos y los subrayados del libro. Me parecía un trabajo mecánico, al que no era necesario prestar tanta atención. Tracé varias llaves en el papel con el lápiz rojo, correspondientes a distintos períodos históricos. Hacía media hora que estaba trabajando cuando oí nuevamente, con toda claridad, aquel ruido como de un arrastrar de bancos. —“Va a suceder de nuevo”, pensé. Me quedé con el lápiz en la mano, la punta apoyada sobre el cuaderno. No me atrevía a levantarme como si la inmovilidad pudiera impedir que aquello que se sentía venir seguro, inevitable, siguiera su curso. Yo esperaba oír el órgano o el coro de niños, pero sólo escuché unos pasos como cuando alguien sube una escalera. Después, se levantó apenas una voz. Desde donde yo estaba no se podían distinguir las palabras. Conseguí llegar al tabique. En ese momento decía: —“Hoy estaré contigo en el Paraíso”. Fue entonces que se me ocurrió lo que tenía que hacer: sobre la mesa había un pequeño puñal, que yo utilizaba como corta papel. Lo tomé y lo hundí en una de las juntas del tabique, que ya estaba un poco abierta. Hice saltar algunas astillas hasta que quedó una hendidura, por la que se podía mirar. Del otro lado aparecía, como yo esperaba, un templo inmenso. Pero era un templo extraño, sin columnas, sin santos, ni habitantes. Junto al púlpito, también vacío, había un órgano. De pronto advertí que sobre las pa-

redes, donde debían estar los altares, se recortaban sombras negras, movedizas. Cuando se despegaron de la pared y avanzaron hacia la nave central descubrieron su verdadera personalidad: no eran simples sombras, eran hábitos sueltos, con vida propia. Se que no escondían a nadie dentro, porque había momentos en que se afinaban tanto que dibujaban solamente una línea vertical en el aire. De repente, uno de ellos bajó la escalerita del púlpito, escalón por escalón, como si fuera un hombre. Ya hacía rato que se oía el órgano; sobre los pedales había una mancha oscura, como un animal arrollado. Cuando vi que algunos hábitos venían hacia mí pensé que me habían descubierto. Aterrorizada abandoné mi puesto de espionaje y salí corriendo del cuarto; crucé de un salto el corredorcito y en un momento estuve en la calle. Tenía que averiguar la verdad o enloquecería.

La casa de al lado tenía la apariencia de siempre. Al entrar me encontré en un patio descubierto, al que daban cuatro habitaciones. Sólo una podría ser la que me interesaba. Tenía la puerta entornada. Sin llamar, la empujé y entré. Apenas se veía. Seguramente estaban las persianas cerradas. Con todo distinguí una cama en un rincón y un hombre sentado junto a ella. Cuando me acerqué me dí cuenta que estaba dormido, la cabeza entre los hombros y los brazos pesando a los costados. En la cama, entre las frazadas aparecía la carita de un niño. Tendría nueve o diez años. La edad de Daniel. Fue entonces, cuando pensé esto y ví los ojos fijos y abiertos del niño que me miraba sin verme junto al padre que dormía sin saber nada, que supe que Daniel había muerto.

Comprendí repentinamente todo lo que había sucedido, y sin embargo me sería imposible explicarlo. Solamente se que su motivo, su significación, está en la muerte de Daniel. Quisiera poder llorar. Sé que voy a llorar ahora o dentro de un rato, no importa cuando. Estamos llegando a Numa. Yo siempre había venido en dirección contraria, desde mi pueblo, pero para mí estos árboles, este arroyo, este puente, son inconfundibles de cualquier lado que los mire. Ya estamos. El tren

se detiene. En el puente hay unos niños apoyados en la baranda, mirándonos pasar. Sólo paramos unos minutos que dedico a recorrer el pueblo con la vista, situando algunos de mis recuerdos en su lugar de origen. Allí está, casi al principio de la callejuela, la casa de mi tía. Veo nada más que el jardín y una parte del frente. Nos ponemos nuevamente en marcha. Otra cabeza aparece sobre la baranda del puente: es Daniel. Lo llamo pero no me oye. Ya estamos lejos. La alegría de haberlo visto me evitó la sorpresa y el susto. Me equivoqué, eso es todo; no ha muerto. Soy yo la que estoy enferma y quiero estar en casa. Daniel tenía el mismo pull-over azul que llevé a la estación al despedirme, hace dos años. Cuando llegue a casa le pediré a mi padre que lo vaya a buscar, o tal vez lo haga yo misma mañana. Así también, de paso, puedo ver a tía Eloísa, y a Samuel y al Pintado. Al cura no lo iré a visitar hasta después, cuando pasen unos días. Antes quiero tranquilizarme, hablar de todo esto con mi madre. Me hará bien contárselo. A Daniel pienso mimarlo mucho: a pesar de haberlo visto, de saber que está vivo, me ha quedado un terrible miedo de perderlo. Siento que le debo una reparación por haberlo pensado muerto.

Por la ventanilla van apareciendo las primeras casas de mi pueblo. Recién advierto que he dejado todas mis cosas, mis libros, mi ropa. Al regresar de la casa de al lado no atiné a recoger más que el poco dinero que me quedaba y que gracias a Dios, alcanzó para el pasaje. Pero no importa: mandaré buscar todo. Me parece mentira estar de nuevo en casa. Qué sorpresa van a tener! No me iré nunca más. El tren pierde velocidad. Una sacudida y se detiene. Me asomo por la ventanilla y veo la pequeña estación con la gente esperando sentada en los bancos. Ya abajo, cruzo corriendo la estación y no me detengo hasta encontrar un taxi: —Olmedo, número 35, digo al chófer.

Las calles, las casas, la plaza, todo tan hermoso, tan tranquilo y familiar. En esta esquina había una casona antigua. Pasábamos con Daniel para ir a la Iglesia y robábamos jaz-

mines para la Virgen. No creo que fuera pecado. Ahora hay un chalet blanco, extranjero. Es una pena.

—Ya llegamos, señorita.

Yo ya lo sé. Sólo que me he quedado mirando: el portón verde, el jardín, el ventanal del patio. La puerta de calle está entornada. Recuerdo que antes, estaba siempre abierta. No sé por qué esto me entristece, como si fuera una mala señal.

Pago al chófer y abro el portón. El mismo chirrido de antes. Al cruzar el jardín la falda se me enreda en las ramitas de las plantas. De pronto, la puerta entornada se abre. Aparece mi madre, yo me quedo mirando su figura encorvada, envejecida y su ropa de luto.

Cuando la abrazo, confirma mi miedo, llorando:

—Hijita, tu pobre hermano!

LA PRIMERA TIRADA DE ESTE LIBRO
SE TERMINO EN LOS TALLERES DE
LA IMPRESORA REX S. A., CALLE
GABOTO N.º. 1525, MONTEVIDEO,
URUGUAY, A FINES DE AGOSTO DE 1962.

